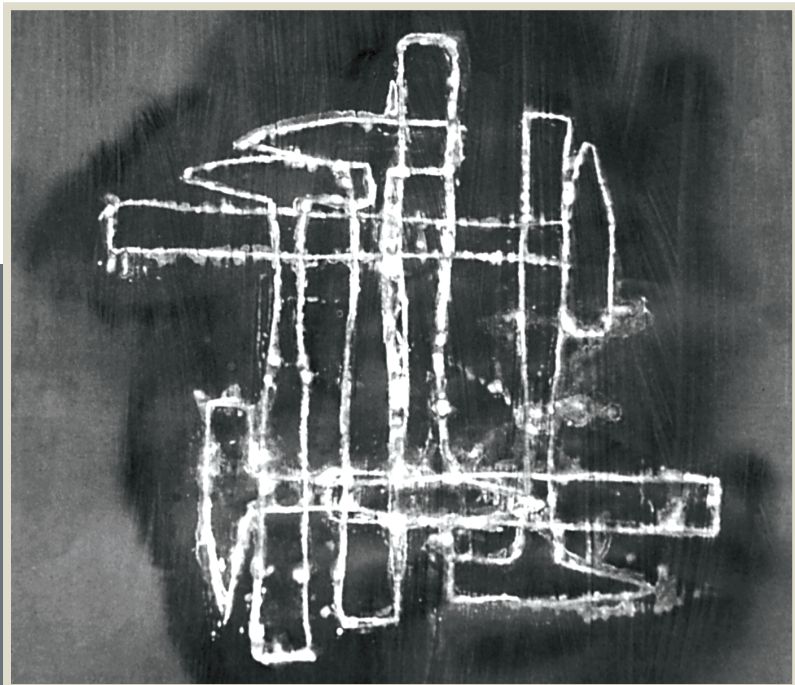


# encuentro

DE LA CULTURA CUBANA



## HOMENAJE A JULIO MIRANDA

PIERRE SCHÖRI

Lecciones de la crisis de octubre

ELISEO DIEGO

Poemas inéditos

SERGIO RAMÍREZ

Las fauces de Saturno

MONS. CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES

La iglesia católica en Cuba

*primavera / verano de 1999*

**12/13**

2.000 ptas.

REVISTA  
**encuentro**  
DE LA CULTURA CUBANA

DIRECTOR

Jesús Díaz

REDACCIÓN

Manuel Díaz Martínez

Luis Manuel García

Iván de la Nuez

Marifeli Pérez-Stable

Rafael Rojas

Rafael Zequeira

EDITA

ASOCIACIÓN ENCUENTRO

DE LA CULTURA CUBANA

c/ Luchana 20, 1º Int. A

28010 • Madrid

Teléf.: 915 93 89 74

Fax: 915 93 89 36

E-mail: encuentro@nexo.es

COORDINADORA

Margarita López Bonilla

DISEÑO GRÁFICO

Carlos Caso

COLABORADORES

Carlos Alberto Aguilera • Eliseo Alberto • Ramón Alejandro • Carlos Alfonso † • Rafael Almanza • Eliseo Altunaga • Uva de Aragón • Jorge Luis Arcos • Reinaldo Arenas † • Guillermo Avello Calviño • Gastón Baquero † • Carlos Barbáchano • Jesús J. Barquet • Víctor Batista • José Bedía • Antonio Benítez Rojo • Beatriz Bernal • Demetrio E. Brisset • Elizabeth Burgos • Atilio Caballero • Madeline Cámara • Mons. Carlos Manuel de Céspedes • Cino Molina • Maritelmá Costa • Radhis Curi Quevedo • Juan Manuel Díaz Burgos • Eliseo Diego † • Josefina de Diego • Vicente Echerri • Reynaldo Escobar • Oscar Espinosa Chepe • María Elena Espinosa • Carlos Espinosa • Tony Évora • Miguel Fernández • Raúl Fernández • Flavio Garcíandía • Alberto Garrandés • Florencio Gelabert • Berta Goldenberg • Jorge Goldenberg • Mario Guillot • Emilio Ichikawa • José Iraola • José Kozier • Emilio Lamo de Espinosa • Alberto Lauro • César López • Roberto Madrigal • Eduardo Manet • Pedro Luis Marqués de Armas • Carmelo Mesa-Lago • Julio E. Miranda † • María Montes • Gerardo Mosquera • Consuelo Naranjo • Joaquín Ordoqui • Mario Parajón • Enrique Patterson • Carlos Paz • Marta Mª Pérez Bravo • Waldo Pérez Cino • Jorge A. Pomar • Antonio José Ponte • María Poumier • Tania Quintero • Sergio Ramírez • Alberto Recarte • Raúl Rivero • Robier Rodríguez Leyva • Guillermo Rodríguez Rivera • Efraín Rodríguez Santana • Joel Fanz Rosell • Baruj Salinas • Enrico Mario Santi • Pierre Schöri • Fidel Serdangorta • Pio E. Serrano • Rafael Soto Vergés • Osbel Suárez • Armando Valdés • Enrique José Varona • René Vázquez Díaz • Carlos Victoria • Fernando Villaverde • Alan West • Yoss (José Miguel Sánchez)

12/13

primavera / verano de 1999

INTRODUCCIÓN / Jesús Díaz • 3

■ Homenaje a Julio Miranda ■

CARTAS DE JULITO

Berta y Jorge Goldenberg • 5

DESAPARECIÓ UN CUBANO INVISIBLE

Demetrio E. Brisset • II

LA PASIÓN DE LA ESCRITURA

Carlos Espinosa Domínguez • 17

AGUA POR TODAS PARTES

Julio Miranda • 21

■ La mirada del otro ■

LECCIONES DE LA CRISIS DE OCTUBRE

Pierre Schöri • 25

■ Textual ■

MONÓLOGO DEL CULPABLE

Raúl Rivero • 31

EL COMANDANTE Y EL GENERAL, EN LA MEMORIA

Emilio Lamo de Espinosa • 33

UN TESTIMONIO DE NEGRAS Y MULATAS

Enrique Patterson • 35



LOS EXCEDENTES DEL TALENTO / Luis Manuel García • 37

ARTE Y AUTONOMÍA DE CELIA CRUZ / Raúl Fernández • 45

LA IMAGEN QUE SE EVADE / Eliseo Altunaga • 51

EL RENACIMIENTO RELIGIOSO EN CUBA

Jorge A. Pomar • 56

DE LA PLANTACIÓN A LA NACIÓN:

UN VIAJE DE IDA Y VUELTA / Vicente Echerri • 68

LA IGLESIA CATÓLICA EN CUBA: CIENTOS AÑOS DESPUÉS

Y A LAS PUERTAS DEL TERCER MILENIO  
Mons. Carlos Manuel de Céspedes • 83

■ Poemas ■

UNOS POEMAS DE ELISEO DIEGO Y UN CUENTO DE  
REINALDO ARENAS HALLADOS EN EL ESTUDIO DEL POETA

Josefina de Diego • 97

POEMAS INÉDITOS

Eliseo Diego • 99

«ROSTRO DE LA COCINERA» Y RAZÓN DEL LIBRO

Eliseo Diego • 105

## ■ Cuentos de Encuentro ■

LOS ZAPATOS VACÍOS  
Reinaldo Arenas • 109

PAN CON HORMIGAS  
Robier Rodríguez Leyva • 110

LOS DELFINES  
Atilio Caballero • 118



REGISTROS DE UN CUERPO A LA INTEMPERIE  
Iván de la Nuez • 123

DIÁSPORA Y LITERATURA / Rafael Rojas • 136  
¡MIRALÁ! / Eliseo Alberto • 147

LA MANO IZQUIERDA DE SAN IGNACIO  
Rafael Zequeira • 151

LO DULCE Y LO AMARGO DEL HABLA CUBANA ACTUAL  
Carlos Paz • 161

PÍO TAIN / Mario L. Guillot Carvajal • 175

EL INDIVIDUO ANTE EL EMBARGO  
René Vázquez Díaz • 179

CUBA: DIAGNÓSTICO DE UNA CRISIS  
Oscar Espinosa Chepe • 182

## ■ Visión de América ■

LAS FAUCES DE SATURNO  
Sergio Ramírez • 187



MÁS ACÁ DE LA LITERATURA  
Miguel Fernández • 199

JUEGOS Y JUGUETES EN LA MEMORIA IDEOLÓGICA DEL 98  
Enrique José Varona • 201

EL SIGLO PERDIDO EN CUBA  
Carmelo Mesa-Lago • 208

FLORENCIO GELABERT / Gerardo Mosquera • 211

■ Buena Letra ■  
213

■ Cartas a Encuentro ■  
261

■ La Isla en peso ■  
265

MAQUETACIÓN  
Equipo Nagual, S.L.

IMPRESIÓN  
Navagraf, S.A., Madrid

Precio del ejemplar: 1.000 ptas.

Ejemplar doble: 2.000 ptas.

Precio de suscripción (4 núm.):

España: 4.000 ptas.

Europa y África: 6.650 ptas.

América, Asia y Oceanía:

7.900 ptas. / \$ 55.00

No se aceptan  
domiciliaciones bancarias.

ENCUENTRO DE LA CULTURA CUBANA ES UNA  
publicación trimestral independiente  
que no representa ni está vinculada a  
ningún partido u organización política  
dentro ni fuera de Cuba.

Las ideas vertidas en cada artículo son  
responsabilidad de los autores.

Todos los textos son inéditos, salvo  
indicación en contrario.

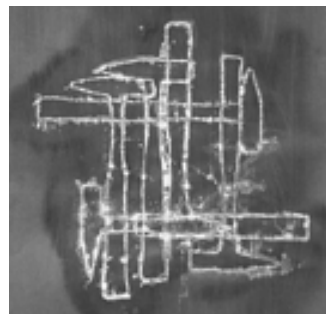
No se devolverán los artículos que no  
hayan sido solicitados.

D.L.: M-21412-1996  
ISSN: 1136-6389

Portada, contraportada e interior,  
Florencio Gelabert

Contraportada  
*Barca*, 1994

Portada  
*Martillos*, 1998



# Introducción

JESÚS DÍAZ

**D**edicamos el homenaje de este número a Julio Miranda, que murió hace unos meses en Venezuela, la tierra que lo acogió durante años. Quizá algunos de nuestros lectores se pregunten quién fue, y otros si merece un homenaje. Los textos que incluimos en la sección correspondiente responderán a esas preguntas. Interesa aquí señalar la doble tragedia que implica la existencia misma de las preguntas; por un lado, la de los escritores cubanos que mueren lejos de su tierra sin haber sido siquiera publicados en ella; por otro, la de los lectores y críticos de la isla a quienes les son escamoteados sus autores. Sólo en una Cuba regida por un estado de derecho podremos disfrutar de una biblioteca que merezca ese nombre; en ella, estamos seguros, se encontrará lo mejor de la obra del poeta, narrador y ensayista Julio Miranda.

Desde el primer número nos hemos curado en salud de los terribles peligros que implica una mirada nacionalista estrecha, sectaria y excluyente; de ahí que tantos escritores no cubanos hayan encontrado cabida en nuestras páginas. En esta entrega presentamos un lúcido ensayo sobre las lecciones contemporáneas de la Crisis de Octubre escrito especialmente para *Encuentro* por Pierre Schöri, una de las personalidades más destacadas de la socialdemocracia internacional, Ministro de Cooperación del Reino de Suecia y dirigente del Partido Socialdemócrata de ese país, quien fuera además amigo e íntimo colaborador del siempre recordado Olof Palme.

Siguiendo la línea de complejizar nuestra mirada damos inicio a una nueva sección, «Visión de América». Partimos de la evidencia de que Cuba tiene mucho en común con los restantes países de América y del Caribe y tiene también, por tanto, mucho que aprender de ellos. La transición mexicana a una democracia homologable, o el modo chileno de superar un doloroso pasado dictatorial, por sólo citar dos ejemplos, son procesos que los cubanos debemos seguir atentamente. «Visión de América» se inicia con una colaboración del novelista y político Sergio Ramírez, ex-vicepresidente de Nicaragua y ex-miembro de la Dirección Nacional del Frente Sandinista de Liberación Nacional, organización de la que fue expulsado por el «delito» de defender una opción limpiamente democrática para su país. Ramírez ha tenido la gentileza de entregarnos «Las fauces de Saturno», capítulo del libro inédito de memorias *Adiós muchachos*, que la editorial Alaguara publicará este mismo año. Las páginas del texto que adelantamos permiten asistir a un proceso fascinante, terrible y aleccionador, de especial significación ética para los intelectuales y políticos de izquierda de países que, como Cuba, han vivido la experiencia traumática de un proceso revolucionario.



*Fusion III*, (1996)

# Cartas de Julito

Berta y Jorge Goldenberg

*No, nosotros no somos infierno (me refiero a lo de Calvino<sup>1</sup>). Somos cielo, coño, somos hermosos y separados y todo y nos llevamos adelante en el corazón los unos a los otros, como antorchas. El último en morir que pase la luz. (carta de noviembre de 1988)*

No hay ninguna posibilidad de saber si seremos los últimos en morir, pero como es atrozmente seguro que Julito ha muerto, intentaremos sostener esa luz mientras nos sea posible.

Nos empeñamos en creer que él consideraría pertinente —vale decir paradójal y hasta un tanto bizarro— el hecho de que un par de argentinos (judíos, dicho sea para mayor o menor precisión) escriban desde Buenos Aires para publicar en una revista de cultura cubana que se edita en Madrid, acerca de un poeta nacido en Cuba y vivido —tal vez diría él— en Cuba, Miami, España, Francia, Bélgica, Portugal, Italia y Venezuela. *Pertinente*, arriesgamos, porque para Julito la paradoja y la ironía —la auto-ironía, sobre todo— no eran sólo estrategias de supervivencia o de seducción (que también lo eran), sino condiciones imprescindibles para que alguna verdad pudiera resultar discernible.

*«(...) Y enciendo otro pucho obligado a ser genial pues no esperas menos de mis cartas y es un compromiso escribir con el codo de Kafka en mis costillas y el viejito Canetti sobándose la nariz encima de la mesa y no, no todo puede ser dicho, ni siquiera pensado, quizás sentido pero no lo sabremos nunca.*

---

<sup>1</sup> Julio alude al siguiente texto, tomado de *Las ciudades futuras*, de Italo Calvino: «El infierno no es un riesgo futuro. Estamos en el infierno. Hay dos maneras de encararlo. La primera, muy difundida, es aceptarlo, confundirse con él hasta dejar de verlo. La segunda, riesgosa, exige atención y aprendizaje continuo: consiste en buscar y saber reconocer a los hombres y las cosas que, en medio del infierno, no son el infierno; hacerlas durar y abrirles espacio».

*El domingo pasado entró un colibrí a mi casita, a las seis de la mañana en que ya empiezan ellos a zumbar y libar y volar quietitos en el aire como helicópteros en miniatura y luego no sabía salir y se escoñetaba contra las ventanas y tuve que levantarme, excelente despertador, y correr tras él y recogerlo en un pañuelo todo(s) tembloroso(s) y abrir el balcón —no tengo balcón, no sé de dónde coño sale este balcón; abrir la puertaventana de la terraza, eso sí— y echarlo a volar —lo que no se atrevió a hacer durante el primer instante de su recuperada libertad» (septiembre 1982).*

Nos conocimos en Caracas, hacia junio de 1976, a través de Carmen Victoria Fermín y Gregorio Bonmatí. Nosotros habíamos decidido no volver a la Argentina tras participar de un festival y una gira con el Teatro Payró de Buenos Aires. Las razones eran casi obvias: desde abril, la dictadura militar cubría nuestro país con su nauseabunda sombra y nuestros antecedentes nos convertían en blanco potencial. (Comentando nuestras respectivas circunstancias locales —decir nacionales sería impropio tratándose de Julio— nos escribiría años después, en noviembre de 1988: «...Caramba, yo que pensaba haber encontrado una frase genial, casi en versitos, para expresar esto (este país se va a la mierda/ y yo con él) leo ahora en la tuya que «este país se va a la mierda», ese otro país también, será que hay muchos países yéndose a la mierda y todos nosotros con ellos, una especie de frenética rumba ochentanovista, menenando las caderas/ eso/ agitando los brazos/ vaya/ este país/ este país/ dale/ se va a la mierda se va/ menéalo/ azúca?Cuál será ya el noidoalamierda país que tengamos cuando nada sea exilio?»).

Sería vano todo intento por explicar cómo fue que con Julio, Roseline Paelinck (por entonces su mujer), Gregorio y Carmen Victoria, llegamos a necesitarnos y a querernos tanto. A lo sumo nos atrevemos a conjeturar sobre alguna condición que teníamos en común: ninguno de nosotros era de Caracas: Gregorio había nacido en España, Roseline en Bélgica y la única venezolana —Carmen Victoria— era oriunda de Margarita y había pasado largo tiempo en España. También es cierto que todos cultivábamos con empeño un saludable estado de alerta ante toda tentación de confundir identidad con nacionalidad o persona con pasaporte.

Durante más de dos años no pasó semana sin —por lo menos— un encuentro, circunstancia en la que contábamos historias, fabulábamos proyectos, discutíamos opiniones, evocábamos amores, provocábamos —y padecíamos— celos, aventurábamos teorías, o, sencillamente, nos dejábamos mecer —y estremecer, tal vez acotaría Julio— por el ron y el whisky.

Hacia el segundo año, seguramente empujados por nuestras tan enfáticas cuan erráticas conversaciones, nos constituimos en una suerte de espontáneo taller de investigación sobre un texto teatral: *Trotzky en el exilio*, de Peter Weiss. Las condiciones fundacionales de la actividad eran tres: a) todos los integrantes del taller se comprometían a participar en tanto actores en los ejercicios de improvisación; b) en cada jornada de improvisación, el integrante del grupo que fungiría de director debía ser otro; c) la tarea debía considerarse radicalmente carente de toda finalidad práctica, vale decir que quedaba descartada toda expectativa de producción o puesta en escena pública (ninguna

sombra utilitaria debía contaminar nuestro puro goce por el ejercicio lúdico / intelectual).

Descrita desde hoy, aquella experiencia que sostuvimos durante largos meses luce cargada de una buena dosis de ingenuo voluntarismo y hasta de soberbia. Y tal vez no estuviéramos realmente libres de tales pecados. En todo caso, la presencia de Julito entre nosotros garantizó desde el inicio la necesaria dosis de humor como para convertir en ridícula toda pretensión por considerar excesivamente trascendentes nuestra tarea y nuestras personas.

En septiembre de 1978 decidimos iniciar nuestro largo viaje de regreso a la Argentina. Hoy no podríamos dar una explicación demasiado consistente acerca de los verdaderos motivos de aquella decisión, aunque es más que probable que en nuestros razonamientos de entonces se filtrara alguna compulsión de orden moral y algún relente fatalista. Lo cierto es que nos fuimos, y lo que no es menos cierto es que desde entonces aquel tiempo con aquellos amigos se nos convirtió, quizás, en el más perdido de todos nuestros perdidos paraísos.

*«Hay, sí, infinitas posibilidades de liarse, porque todos somos intercambiables. Pero los dioses dispusieron que nuestra finitud tuviera límites espaciotemporales aceptables. Cada uno de nosotros es, al mismo tiempo, único y canjeable. Solemos encontrarnos bajo la especie de únicos. Con la conciencia de la intercambiabilidad» (1980).*

Luego llegó el tiempo de las cartas, los llamados telefónicos, y los encuentros tan breves cuan intensos en Caracas, Madrid, y de un último encuentro con Julio en Buenos Aires.

Y ahora, que es el tiempo de sostener la luz, preferimos callar y dejar que las palabras de Julito, a través de fragmentos de sus cartas, nos ayuden en la tarea.

*«(...) Nada, queridos, se les olvidará con ahínco, a no ser que se apliquen a perder en nuestra memoria —visitas, cartas, fotos, citas en algún lugar del mundo serían un buen remedio—. Olvido avisado no mata recordado» (octubre, 1978).*

*«(...) Por lo demás, si de vernos se trata, yo no puedo viajar, carente de pasaporte —mis paisanos tardan lo que les sale de los... para renovármelo» (1979).*

*«(...) y Julio, cuerpo y sangre gloriosos aunque destinados a la muerte y no a la resurrección» (1979).*

*«(...) La utopía siempre ha sido un mal consuelo» (febrero, 1980).*

*«(...) y valga igualmente como pretexto para enviar residuos de la poemitis recortados tan mezquinamente para parecerse —o siendo— páginas en miniatura ya que algunos textos requieren toda la página en su juguetona especialidad que de seguro o probablemente —por experiencia hablo— ustedes desaprobaban como ludismo y no nudismo del corazón o de la mente: el poeta entonces prefiriendo que la astucia o el siquiera ingenio sirvan como calzones del corazón o de la mente distribuye en la*



*página y constela palabras y juega, ciertamente, aunque otros poemas pequen quizás de obviedad o mecanicismo o dependencia brechtiana —con perdón— y el libro en conjunto se llamará —cuando libro haya— El Poeta Invisible y no, me niego, no, «El poeta en calzoncillos» (marzo, 1980).*

*«Somos, ciertamente, tan pobres, que magnificamos cualquier don. Somos, ciertamente, tan torpes y tan opacos, que necesitamos la evidencia del cuerpo, del cuerpo a cuerpo, los susurros en la penumbra, la saliva y todos los líquidos gloriosos, estoy —queridos— a punto de echarme a llorar. Sucede que me canso de ser hombre, decía mi hermano Vallejo, pero siempre me gusta vivir, ya lo decía —él también».<sup>2</sup> (1981).*

*«He decidido no afiliarme a la petropatria. Guardo mi pasaporte inútil.» (1981).*

*«(...) Bueno, al parecer yo fui demasiado rápido, al parecer fantaseé, me fui de bruces, me fui de espaldas, y, sobre todo, me fui de culo. Según ella, dejé de gustarle. En apenas 15 días. Mientras duró fue bueno, ya no hay nada. No acabo de entenderlo. No hay nada que entender, lo sé, pero cómo entenderlo?» (marzo, 1982)*

*«(...) Tampoco roo —extraño verbo— el hueso de la desesperación» (marzo, 1982).*

*«(...) Como quien vive, de golpe, lo que ha teorizado —la pobreza del «anau», escríbase como se escriba; del «pobre de Dios»; el recibirlo todo como un don; la desnudez— y desfonda, de golpe, otra parte de lo que ha teorizado y vivido —el amor simultáneo, la no posesión, la prescindibilidad, etc.— y se encuentra, apenas quince días después, en un desconocido y nunca sospechado desamparo. Mil noches de espanto por diez noches de amor: sea, lo asumo y estoy dispuesto a que ocurra de nuevo —esperando que no ocurra de nuevo, al menos no muy pronto» (marzo, 1982).*

*«Ésta es de nuevo una carta genial, no puedo evitarlo porque no puedo evitarme y algún día la Librería Fausto<sup>3</sup> incluiría el volumen, prologado por ti, mojado por tus lágrimas —ojo: borrones— y epilogado por Don Jorge que insistirá en aquello del punto de vista y en que mis cartas, como el cine documental según Grierson, son «elaboraciones creativas de la realidad» y, desde luego, infinitamente mejores que ciertas revistas que todos sabemos y apenas más amenos que mis propios poemas. Edición en piel, por favor. Me releo. Qué gusto. Moriré tonto» (septiembre, 1982).*

*«No he terminado mi «Oda a la Gusanera», aunque va bastante avanzada la serie de «Cassidas en los jardines de la Embajada del Perú»: «Dulces coloquios / entre los árboles / oliendo a mierda / en derredor / siguen llegando / por todas partes / las ovejitas / del Buen Pastor»; esto, natürlich, es sólo el comienzo. Casi de inmediato entran milicianos con gaitas y tamboriles y se entregan todos a endemoniada danza*

<sup>2</sup> En verdad, la cita es de Neruda, como el mismo Julio lo aclara al pie de la carta citada.

<sup>3</sup> Conocida librería de Buenos Aires.

*que, oída por los cubanos de Miami, es respondida con guitarras eléctricas. Miles de personajes con máscaras de la Historia Universal lanzan sus orinales al aire, acribillados por las cuatro bocas en una especie algo así como un contrapunteo de metales» (1982).*

*«(...) barrer los restos de la noche, secar el alcohol derramado, guardar la navaja encima de la cual me había dormido o desclavarla de la pared del armario. Porque uno no se pierde del todo, uno coquetea con la muerte pero la navaja la clava en la madera, no en el cuerpo, y uno hasta elige lo que va a romper en un «raptó de furia» de alguna manera controlado: el jarrón de gres no, el búho de barro no, el pajarito cubierto de espejitos no, venga pues el cenicero —aunque anoche debo haber maltratado mis lentes, o deben haber salido corriendo, pues a la mañana tenían una pata descojonada y ahí cuelga un poquito, como un recuerdo» (1982).*

*«Todavía no he dedicado unos días a revisar el año vivido y tomar algunas buenas resoluciones para el próximo, desde la más banal como fumar menos hasta otra más solemne tipo este año me enamoro y hago que se enamoren de mí. Por ejemplo» (fines de 1982).*

*«(...) Comprender no es consolarse» (1983).*

*«Me estoy venezolando de a poco. Me falta el examen de «materias patrias». A ver si así nos vemos, ay.» (sin fecha).*

*«¿Cómo coño voy a olvidarlos si sería olvidarme y mi ego no lo resistiría?» (1983).*

*«(...) También, que a veces me siento francamente hastiado, aunque nunca aburrido. Que sospecho y estoy casi seguro de que «la vida» no es esto, no es estar aquí encerrado con mi grafomanía, pero «la vida» como anhelo es una forma, no un contenido, y detallar los posibles contenidos nos mostraría quizás que cada uno de ellos es a su vez insuficiente. Ponerlos todos juntos entonces? Quizás entre «poesía» y «vida», si cabe la disyuntiva, yo he ido eligiendo la «poesía» por ser más manejable, más delimitada, y porque la experiencia prueba que soy mejor «poeta» que «viviente» o «vividor»? (sin fecha).*

*«Como suele ocurrir(me), todo ha quedado en Libro (...)» (enero, 1984).*

*«(...) A grandes rasgos: mayo y junio fue dedicado a Kafka. Aproveché que Franz cumplía 100 años y agarré sus obras completas, más las cartas a Felice, más algunos libros sobre él, y no hice más que leer y releer. Era enorme lo que no conocía —los cuadernos en octavo, las cartas a F.— y tremendo releer. Se me ocurrió entonces celebrar la vaina y le montamos una semana de homenaje, iniciada naturalmente el 27 de junio, en que Julito cumplía 38 años festejando los 100 de K. y pegando en las paredes del Instituto de Cultura cien «conferencias imposibles» —es decir, 100 cuartillas con citas de Kafka a máquina, rodeadas de comentarios míos a mano—*

*mientras le encendíamos 100 velitas que, hecho el periplo, apagué de un soplo. Nadie sabía que era mi cumpleaños y que me lo estaba celebrando así» (enero, 1984).*

«(...) yo sigo sin pasaporte, no es por trabajitos interesantes que no voy» (sin fecha).

«*Qué pecado, qué ofensa, qué gazapo, qué torpeza, qué inmundicia habrá cometido ahora este pobre humillado goy en su guarida, su antro, su cueva, su habitación tapizada de retratos de Paco Umbral con flores y velitas encendidas? Les escribí en febrero —no llegó la carta? no gustó la carta? ofendió la carta? molestó la carta? Escupan la carta! Maltraten la carta! Estrujen la carta! Incendien la carta! Pero escribanle al goy!!!!* (1986).

«*Y bueno, leo, leo, leo. Mi mayor placer es quedarme tumbado en un sofá leyendo en casa (he engordado) y algún ratico escribiendo. En fin, uno envejece —cumpló 41 años el 27 de junio—; conservo, de todos modos, cierta otoñal belleza y, claro, mi discreta coquetería; aunque, como decía Baroja de un personaje, no soy más que un águila vegetariana*» (junio, 1987).

«(...) *Quisiera escribir poemas que metieran miedo. Uy! O que hicieran morir de amor por el autor —pero ya lo sabes, nunca ocurre así, Julito. Nunca ocurre nada, quizás*» (sin fecha).

«(...) *cuando te toques tu calavera, acordáte del poeta*» (sin fecha).

# Desapareció un cubano invisible

SI USTEDES LE HUBIERAN PREGUNTADO QUE CÓMO NOS podíamos enterar de su existencia, os habría respondido que detectando *sus huellas en la página, única nieve que le pertenece y única, también, a la que estaba destinado*.<sup>1</sup> Esta explicación basta para darnos a entender que se trataba de un ser obsesionado con la literatura, un impenitente grafómano, que lo mismo se apasionaba con la poesía y el ensayo que con el periodismo; no en balde había ejercitado su pluma en todos los terrenos. Se nombraba Julio E. Miranda, y a punto de instalarse el otoño de 1998, como una hoja seca cayó de súbito y de bruces sobre una calle de la venezolana Mérida, en su trópico querido. A lo largo de sus 53 años había publicado 4 libros de crítica literaria, otros 7 sobre cine, 5 antologías, 12 poemarios, 3 libros de cuentos y una novela corta. Sentía encontrarse en su plenitud creativa, pero los problemas para publicar contracorriente le abrumaban: dejó 10 textos inéditos, entre ellos 2 novelas.

Su obra más ingente está constituida por incontables artículos en revistas de 10 países (incluyendo *Encuentro*), pero no es tanto la calidad de su prolífica labor literaria la que le otorga especial interés para nosotros, sino su afán de continuar siendo existencialmente cubano, a pesar de que desde 1961 no pisaba la isla, debatiéndose contra esas trabas con las que lastimosamente hemos tenido que convivir todos los que por el motivo que sea abandonamos nuestras raíces geográficas: el drama de *ser extranjero, y para más inri, cubano*. Sabemos por experiencia que *hay leyes y leyes, y cubanos y los otros*. Internacionalista vital e ideológico, vivió bajo el signo de la coherencia, trasladando de país en país sus escasas pertenencias, que cabían en un par de baúles; reiniciando una y otra vez su tarea: *inventar*

<sup>1</sup> Todas las frases en cursiva están extraídas de la obra de Julio E. Miranda.

*cada mes de qué saldrá la plata el siguiente.* Enemigo de todo tipo de dogma y poder, se fue construyendo como uno de sus personajes, a golpe de ingenio y esfuerzo, sobre el filo de la navaja de la Historia.

Sin tener terminados los estudios de bachillerato, ejerció como profesor en las universidades de Salerno (Italia), Granada (España), Caracas y Mérida (Venezuela). Siendo animador-productor radiofónico en la Radiotelevisión Belga, durante 3 años se involucró como redactor de la agencia de prensa alternativa «Libération», tratando de difundir esas noticias críticas que los gobiernos detestan. Para no alargar el recuento de sus actividades, mencionemos que fue jefe de redacción en varias revistas literarias de ilusionada y efímera vida, y que una de sus ocupaciones más tediosas y a menudo infructuosas, fue la de luchar contra los editores para cobrar los derechos de autor.

Ahora bien, ¿por qué se consideraba «invisible»? Según decía, *no es opción, sino reconocimiento. Algo ni siquiera muy pensado, salvo cuando me hacen preguntas: —¿Tú eres un cubano? —No, yo soy dos cubanos. Que era, en realidad, yo soy medio cubano, o acaso la tercera o la cuarta parte, una cubanidad que disminuye (¿o se concentra?) pero también que se exagera, se mitifica, se objetiva en absurdos como conservar nacionalidad y pasaporte para ser detenido, registrado, fotografiado, fotocopiado, interrogado y alguna vez deportado en fronteras que se electrizan ante la llegada del cubano.* Los que hemos viajado por libre durante las décadas de los 60-70, recordaremos que en los países occidentales nos trataban como agitadores comunistas, mientras que en los países del Este nos tachaban de agentes de la CIA. No se entendía que un cubano en el exilio pudiera llevar adelante su propia causa, una lucha individual contra los autoritarismos.

Prosigue Julio: *Soy, entonces, cubano pero no sólo soy cubano. Fui funcionalmente español durante cinco o seis años; soy funcionalmente venezolano desde —o, más bien, durante— casi treinta. Y, al reinventarme narrador en 1988, escribí paralelamente una noveleta en cubano, un conjunto de cuentos en venezolano y un (esbozo) de novela en andaluz, más por necesidad que por programa: tenía que dar cuerpo a todas esas voces. Y, emotivamente, en ese acarreo de materiales (¿de derribo?) que voy siendo, hay plazas y calles y cafés de Bruselas —y obviamente, hombres y mujeres—, que se entrecruzan con otros de España, Italia, Portugal, Francia, etc. Porque tampoco se vive impunemente aquí o allá. Porque uno se reconoce acariciando imágenes —o identidades— y dice: ah, yo he sido eso, y eso, y eso. Uno va siendo, entonces, venezolano, español, cubano, sin ser del todo ninguna de esas calificaciones pero también sin dejar de ser alguna de ellas.*

Para comprender mejor su atormentado conflicto interno, repasemos algunos de los episodios de la biografía del poeta Miranda. Había nacido en 1945 en La Habana. Tras un breve paso por Miami, en 1962 aterrizó en la sombría España del dictador Franco, con la intención de convertirse en fraile dominico, pero en vez de filosofar y entonar salmos, ayudó a introducir la poesía *beat* norteamericana, que fue acogida como revulsivo respecto a la cultura oficial. Colgados los pulcros hábitos, malvivió como un bohemio valleinclanescos, dando recitales poéticos a cambio de un plato de guiso y durmiendo en un armario (más bien se trataba de que el armario guardaba la cama plegable

que se extendía de noche en el pasillo, en una pensión de Madrid para estudiantes pobres). La bohemia le pasó factura, y cayó enfermo de neumonía y anemia en un hospital de beneficencia. Apenas recuperado, a finales de 1966 salió a la carretera del Norte de Madrid a «pedir botella», y tres nevados días después pisaba París, con un maletín que contenía ropa regalada de segunda mano. Ese iniciático viaje lo efectuamos juntos, y soy testigo de la alegría que le embargó al respirar el aire de la Ville-Lumière, donde las parejas se besaban libremente. Teníamos 20 años, y París bullía, aunque *no era una fiesta. Era, sencillamente, el centro del (tercer) mundo; la olla podrida de cuanta disidencia, divergencia, disgregancia, desquicio, dislate hubiera parido alguien alguna vez en alguna parte; era unos enormes cinemateca, museo y biblioteca; una manifestación enormísima, con aquellas banderas rojas al frente*. Mezclados con los militantes de ultraizquierda franceses, protestamos contra el imperialismo yanqui, coreando la consigna del Che de «crear dos, tres Vietnams».

En la Cité Internationale de la Universidad de París funcionaba la Maison de Cuba, residencia para estudiantes cubanos muy barata, y allí coincidimos un grupo que había llegado a través de diferentes itinerarios y propósitos, compartiendo una rebeldía generacional, en sintonía con gente de espíritu revolucionario y crítico en la isla. Prácticamente huérfanos, deseosos de mantener otro tipo de relaciones humanas, creamos nuestra nueva familia: la comuna. Esta intensa vivencia colectiva, mientras participábamos en la gestación del «Mayo del 68», veinte años después fue convertida en crónica por Miranda, en una breve novela que podría incluirse entre las joyas testimoniales de la literatura cubana de la diáspora: «Casa de Cuba» (Ed. Alfadil, Caracas, 1990). Esta residencia resultó ser un microcosmos bastante representativo de la realidad cubana. El comienzo de la novela nos sitúa en la planta en la que convivíamos: *Aquel pasillo separaba dos mundos. Tres, más bien. A la derecha hervía la gusanera. A la izquierda, los becarios del régimen. Al fondo, entre la cocina y los baños, entre dos aguas sucias, la comuna. Disidente. El pasillo era como el Muro de la Vergüenza, en hueco. Una alambrada de aire espeso y turbio, incluso en invierno. Un (mal) aliento. Nadie cambiaba de bando*. La comuna tenía sed de aprender, y prefería la pobreza material a cambio del suficiente tiempo libre como para absorber todo lo que París brindaba. Casi sin dinero, ganado en extraños trabajos temporales, se iba a pie de uno a otro confín de la urbe, y se «recuperaban» alimentos en los supermercados. Estábamos en contra del Orden, tanto capitalista como soviético, y nuestro conflicto se producía con ambos bandos. Como dice uno de los personajes (reales), un pintor que había defendido Playa Girón contra los mercenarios: *¡Nadie me va a decir: no pintes eso, pinta lo otro, ponte pacá, ahora ponte pallá! ¡Nadie! Además, ¿te lo dice el pueblo? ¡Qué coño te lo va a decir el pueblo! Te lo dice un jodido burócrata, un incapaz, un trepador, ése es quien te lo dice. ¡Pinga!* Unos nos compadecían como ilusos compañeros de viaje, y los otros, nos calificaban de lumpen no fiable. *Todavía no había ocurrido el caso Padilla: éramos viles exiliados, más sospechosos aún por no reptar gusanamente*. A pesar de estar en esta «tierra de nadie», cuando la revolución del mayo francés fue derrotada (entre otras causas por la traición de los comunistas,

camaleones del viejo orden) algunos de la comuna pedimos permiso para regresar a Cuba, creyendo que allí estaba surgiendo con dolor el «hombre nuevo». A Miranda, *el Pancho K. de turno respondió que «no era imposible»*. A otros, «su puesto está en Europa, compañero». La descripción poética de nuestra relación con la Cuba oficial podría ser que *estábamos la revolución y unos amigos conversando / entonces la revolución se levantó y se fue / mis amigos acabaron sus vasos / se levantaron y se fueron / yo acabé mi vaso / mi vaso se levantó y se fue / luego escribí muchos poemas / muchos*.

Durante su estancia en la auténtica «Casa de Cuba», nuestro autor se dedicó casi compulsivamente a estudiar la producción literaria de la isla, lo que abocaría en varias publicaciones: una antología sobre «Joven poesía cubana» (revista *Claraboya*, Madrid, 1968), otra sobre *Nuevo cuento cubano* (Ed. Fuentes, Caracas, 1969), así como el brillante libro *Nueva literatura cubana* (Taurus, Madrid, 1971). Si unimos esta faceta de su trabajo con la edición de una antología de textos periodísticos de José Martí (*Con los pobres de la tierra*, Bibl. Aya-cucho, Caracas, 1991), tenemos plasmada una intensa relación con su lugar de origen, *pero como cubano invisible, puesto que ni del todo cubano ni del todo extranjero; o mejor: Sabes que no hay exilio / cuando todo es exilio / ¿por qué dices entonces: / sería bueno tener un país? / porque sería bueno tener un país / cuando nada fuera exilio*. De hecho, el paisaje que asoma en sus libros son *colinas cubiertas de olivos, trenes que atraviesan llanuras nevadas, casas cavadas en montañas, bosques con osos y alces. La situación del poema, descrita cada vez, es una habitación —un contexto portátil— que se encuentra en Madrid, en Bruselas, en Caracas, en París, casi siempre con los mismos elementos. No soy, pues, un poeta cubano o, por lo menos, no hay nada temáticamente cubano en mi poesía. Pero sí hay cierto manejo del humor, cierta persistencia en el juego con las palabras, cierta irreverencia que son cubanos, aunque Cabrera Infante los haya rubricado con su nombre, para consumo boómi-co. Comparto ese «choteo barroco» que acuñé para la narrativa de Sarduy. Y lo comparto no sólo en la poesía sino también en la crítica. Siempre en el habla. Un habla sin acento, es decir, con varios. Se me cree, según el interlocutor, español o argentino, quizás chileno. Pronuncio el francés con acento belga. Sólo caricaturalmente hablo como cubano, pero no soy la caricatura de un cubano —ni de dos, ni de medio. En cualquier caso —admito varios— hay un sentido de patria dispersa que no se escoge sino se asume, al cabo de los años (36) vividos fuera del país natal, cuya realidad se difumina fatalmente y queda, además, del lado de la infancia. Afirmando de mí lo que sé de mí, puedo escribir que Cuba no es mi patria exclusiva, como no lo es tampoco mi infancia: no constituyen —si son dos realidades distintas— mi nostalgia, monopolizada por una plenitud imposible. Patria dispersa, pues, que comienza en mi cuerpo «de amor y de escritura» y que, como una telaraña, cubre partes del mundo deteniéndose aquí y allá, rodeando, tocando suavemente —para que no se desmoronen— los grumos de sentido que reconozco: gente que amo, trozos de ciudades, paisajes, algunos libros, films, cuadros, piezas musicales. Desde luego, también en esa patria dispersa hay elementos cubanos pero no conforman —pienso, no estoy seguro— una totalidad que envuelva a lo demás, sino que se integran en ese acarreo, en ese flujo, en ese curso o discurso: la patria dispersa es otra modalidad de lo barroco: una quincalla viva, un circo en espiral.*

*Y yo, en el centro (vacío) nazco. Y muero. Y nazco. Y —ahora con mi hija al lado— me saco la lengua.*

Testigo lúcido, quizás demasiado, de una revolución que se convirtió en maquillado cadáver; de la apropiación mediática y consiguiente banalización de las ideas transformadoras de Mayo del 68; de la cobardía de la sociedad que abandonó el ansia igualitaria por la posesión consumista (*Todos deseando que el hombre se callara / que lo mataran o no, pero que se callara / que lo liquidaran en otro lugar mucho más lejos*); de la soledad cotidiana de los intelectuales que no aceptan venderse ni participar de la política (*mi mujer busca un héroe debajo de la cama*); Julio Miranda se fue convirtiendo en sobreviviente, que si no pudo cambiar al mundo, al menos no dejó que éste le cambiara. Y la literatura se convirtió en una pasión absorbente (*escribir, como todo, es cuestión de vida o muerte*), que le llevaría a identificarse con el *retrato del artista como una joven máquina de escribir que escribe sola*. Pero que no siempre conseguía calmarlo, ya que *el poema es una trampa de sentido que captura nada. Yo he decidido no salvarme, porque ninguna salvación lo merece. Y me acuesto desnudo sobre mi navaja, para que sea ella quien decida*. Enemigo de toda solemnidad, a menudo le abatía la desesperanza, *evitando en lo posible el dudoso recurso de comparar mi vida / a un cigarrillo que arde inútilmente / porque el cigarrillo no arde inútilmente / y yo sí*. Si se preocupaba por encontrar el vacío del otro lado del espejo, *juego a mordirme la cara en el espejo*. Su espíritu divertido y el fulgor erótico de la naturaleza le salvaban.

Destacaron en él su nihilismo y su humor corrosivo (burlándose de todo y en primer lugar de sí mismo), así como la capacidad para mantener viva una red intercontinental de amistades: *pero mis amigos son irreprochables debo decirlo / caen borrachos de los tejados orinan / sobre sus poemas / se suicidan / o explican la poética de nicolás guillén / en las comisarías del país / esto y más hacen mis amigos / que son hermosos como locomotoras debo decirlo*. Constituían su verdadera patria dispersa, *pedazos de mi cuerpo / mis amigos no cesen / el simulacro que me salva. / Pero tampoco me dejen / morir el último*. Hasta que su derroche de energía síquica le consumió. *Escribí en mi diario: «entiérrenme en el aire / donde mueren los pájaros» / ¿me harán caso? Quizás no, pero al menos podemos grabar como epitafio su deseo culminado: Soy más mismo que entonces.*





*Fusion IV.* (1996)

# La pasión de la escritura

Carlos Espinosa Domínguez

TRES DÉCADAS DESPUÉS DE QUE ENTREGARA A LA imprenta su primer poemario y cuando su catálogo en ese género supera ya la decena de obras, Julio Miranda ha querido hacer balance de esa labor y, en particular, de la última etapa. Para ello ha preparado la breve antología, *La máquina del tiempo*<sup>1</sup> (una errata en la cubierta hizo desaparecer el artículo), que pretende ser, cito sus palabras introductorias, «una dubitativa selección —entre varias posibles— de mis últimos cinco poemarios (lo que no implica que reniegue de los anteriores sino que he preferido limitar la fragmentación), a lo que agrego los únicos poemas salvados de un libro más desechado que inédito». Y comenta lo desazonante que ha resultado «para quien ha pretendido escribir poemarios más que poemas, conjuntos de alguna manera orgánicos —pese o, quizás, gracias a una también buscada diversidad formal—», entresacar unos cuantos textos de cada libro, presumiendo además que sean los «mejores».

Los primeros textos corresponden a *El poeta invisible* (1981), en donde Miranda reincide en el ludismo formal y gráfico con el espacio de algunos libros anteriores. La cita de H. G. Wells, extraída de la novela de título casi igual al del poemario, constituye una buena guía de lectura para acceder a esas páginas: como el hombre invisible que vive en un clima frío, el poeta invisible se delata por las huellas que deja en la nieve de la página. La nieve es precisamente un motivo dominante, una fascinación de la cual participan muchos cubanos (alguna vez Gastón Baquero señaló que los hijos de las islas soñamos con la nieve antes de descubrir el mar de nuestra infancia). Como es usual en Miranda, hay en esos poemas humor inteligente, brevedad

---

<sup>1</sup> Julio Miranda, *La máquina del tiempo*, Ediciones Mucuglifo, Mérida, 1997, 98 pp.

y reflexiones sobre la propia escritura: «el mundo / cabe / en el / poema / que cabe / en una / página / del mundo». Poco de la poesía visual queda ya en *Vida del otro* (1982), título que marca el inicio de un cambio estético en su obra, que cristalizará de modo pleno en su siguiente libro. Su discurso es ahora más eficaz, más sintético, más preciso, y logra una mayor serenidad conceptual, como una flecha que en su trayectoria se despoja de sí misma y llega ágil al blanco, tal como expresó un crítico. Se asoma a asuntos nunca antes tratados por él (la muerte, la dispersión que conlleva el exilio), recrea su afición por el cine (ahí está ese delicioso *travelling*), insiste en precisar su poética («el poema es una trampa de sentido / que captura nada») y cumple el desdoblamiento anunciado en el título: «quien escribe la vida del otro / vive la muerte de quién? // quien escribe la muerte del otro / muere la vida de quién? // quién del uno o del otro / escribe sobre quién? // quién escribe o quien vive / quién se oculta quién ama // quién se nombra quién muere / al fin detrás de quién? // quién del uno o del otro / sueña escribiendo a quién?» Sin diferencias notorias en el tono y la voz, aunque sí en el desarrollo lógico que traen los años y el ejercicio, *Vida del otro* significó en la obra poética de Miranda la primera prueba del arribo a la madurez.

Con *Anotaciones de otoño* (1987), Miranda sorprendió a propios y extraños con su primer «arrebato lírico», una obra en donde se permite volcar su intimidad. Quien, como tantos escritores latinoamericanos de los sesenta y los setenta, rechazó la poesía «bella», terminó por rendirse a la belleza y a argumentos como el amor, el desencanto, la tristeza, el descreimiento. No hay que olvidar que el autor ha superado los cuarenta y que la imagen otoñal empieza a presentársele. Cuenta ya con un pasado al cual volver la mirada, aunque no lo hace con nostalgia ni actitud compasiva, sino con su inconfundible sentido del humor, aquí más tierno y discreto que otras veces. Hablan esos textos del amor y el desamor, éste último entendido como expresión del abandono y la soledad. Nos descubren a un Miranda más humano e íntimo, que pareciera conversar apaciblemente sobre los días finales de sus jornadas. De ahí que más que nunca su discurso sea manifiestamente antirretórico y se acerque a la percepción inmediata de los acontecimientos. Aunque en *Anotaciones de otoño* abundan las carencias y el conocimiento de la futilidad de la existencia, Miranda no traiciona su poética y conserva algo del trazo humorístico de sus títulos anteriores, así como una eficaz ironía distanciadora. Se va perfilando así el retrato estremecedor y entrañable de un ser humano lacerado que, sin embargo, no pierde la medida ni la elegancia. En ese sentido los poemas en prosa dedicados a Milena son piezas tan admirables como modélicas. Escritor prolífico que tiende a la esencialidad, incluye en el libro textos en donde demuestra su habilidad epigramática y su lapidaria síntesis: «vino la muerte / le dije: échate a mis pies / se echó a mis pies / para comerme mejor». Calificado por él mismo como su «*best seller* lírico», *Anotaciones de otoño* marcó la consolidación de Julio Miranda como poeta. Ha sido además el libro suyo que más elogios y comentarios ha recibido en Venezuela (para la mayoría de sus compatriotas, en cambio, sigue siendo hasta hoy un ilustre desconocido).

*Rock urbano* (1989) representa una abrupta ruptura respecto al oasis de verdad y hermosura que fue *Anotaciones de otoño*. El propio Miranda reconoce que es un libro atípico dentro de su obra, o un intento de no seguir hablando de sí mismo. El lirismo desaparece, lo mismo que las temáticas intimistas. El autor pasa ahora a otro discurso más sincopado, narrativo y poblado de personajes, que se amolda mejor a su propósito de presentar una descarnada crónica de la agresividad de la vida moderna en las grandes ciudades. En lugar del sujeto poético que compartió con el lector recuerdos y vivencias, hallamos ahora un testigo que cuenta lo que ve y encuentra por las calles: el travesti que recorre la Avenida Libertador, el francotirador que se sube a la azotea de un edificio para imitar lo que vio en el cine, las secretarías que salen en suaves oleadas al atardecer, el divorciado a quien su esposa despojó de todo, el cadáver que obstruye el paso por la escalera, los patrulleros que persiguen a un automóvil. Hay, como se ve, la voluntad de vincularse a la realidad más golpeante y terrible, lo cual puede tomarse como un retorno a la poesía social de los setenta. Miranda evidencia su madurez al manejar una materia prima tan cercana a la crónica sin caer en el tremendismo o el exceso. Lo consigue gracias a recursos como la burla, el juego crítico, la parodia y el ritmo musical del rock: «violaron a su esposa / masacraron a su familia / arrasaron su propiedad // lo botaron del trabajo / discontinuaron los repuestos del carro / subieron el precio de los cigarrillos / cayó en una redada // ahora tendrán que enfrentarse / a un hombre implacable». Un crítico se interrogó sobre si *Rock urbano* es una obra menor en la bibliografía de Julio Miranda, para concluir con sensatez que es sencillamente un libro distinto.

*Así cualquiera puede ser poeta* (1991) nos devuelve a un Miranda más reflexivo y sosegado, que se sube de nuevo al carro de la poesía concreta y las elaboraciones visuales. Hay, no obstante, una nota novedosa a destacar: la experimentación aparece ahora como una vertiente asumida, de modo que el autor puede permitirse el lujo de burlarse de ella, de desacralizar sus procedimientos más efectistas y gratuitos. Libro breve, como todos los suyos (*La máquina del tiempo* no es la excepción), está lleno de textos rebosantes de riqueza y gozosos ángulos, que se distinguen por la frescura y vivacidad del lenguaje. Algunos han hallado en esas páginas ecos de Pessoa, William Carlos Williams y, a ratos, un dejo de humorada mística o misterio zen. Mas la voz es la del Miranda de siempre, burlista, ingenioso, sintético, vital, que conjuga, como ha anotado el venezolano Francisco Rivera, una equilibrada mezcla de viejo sabio y *enfant terrible*: «encuentro en el jardín / una ardilla ciega // no se atreve a moverse / sólo / —apenas— / late // con agua tibia / lavo su cuerpo // luego / sobre la hierba / da pequeños / —precavidos— / saltos // y me / ¿mira?»

Los cinco textos incluidos del poemario inédito cuyo título toma prestado la antología, muestran a un Miranda más hogareño y familiar. Aparecen allí su madre, a la que va a visitar al hospital, y a quien, recuerda, su padre conoció cuando estaba en un árbol; la hija a la que sostiene en los brazos mientras improvisa una danza algo salvaje; los jóvenes a los que «hubiera querido, no sé / ¿advertirles / explicarles / cuidarlos? // ¿Decirles: / ‘Cuando tengan mi

edad'...». Todas estas páginas, junto a otras muchas que pudieron ser incluidas en *La máquina del tiempo* (de la selección quedaron excluidos poemarios tan estupendos como *Maquillando el cadáver de la revolución* y *Parapoemas*), trazan una trayectoria existencial que cubre desde la atmósfera rebelde y contestataria de los sesenta hasta el escepticismo y la desilusión de los noventa. En conjunto, integran además un edificio literario asentado sobre bases muy sólidas, capaz de satisfacer, por su atinada convivencia de burla formal, ironía e inteligencia, a tírios y troyanos.



*El silencio.* (1999)

# Agua por todas partes

---

Julio Miranda

**B**ALSA LLENA DE VACAS. SON VACAS, NO METÁFORAS: LA PRUEBA ES QUE mugen mirando el horizonte. Las vacas más cultas del mundo, como dijo el Máximo Vaquero, pero con la lengua afuera. Huyendo, traumatizadas, ¡carne de matadero sicoanalítico! Ahí está Roquentina: la náusea le agría la leche. A su lado Simona, jovencísima y, sin embargo, pensando ya en escribir sus *Memorias de una ternera ordeñada*. Más allá va Espronceda que, dominada por un raptó cuyas causas ignora, avanza hasta situarse frente a las otras y, agitada, declama:

*Con veinte cuernos por banda,  
viento en popa, a toda vela,  
no corta el mar sino vuela  
una balsa vaqueril.*

Apaciguada, se reintegra a la contemplación del pastizal líquido, de angustiosa inmensidad comparado al potrero.

Sufren, pero el regreso es imposible. Miran al cielo: ni una señal de Toros al Rescate.

Nicolasa, entonces, deja escapar, tan inoportuna siempre: *¡Qué de barcos, qué de barcos!* Gritan todas, histéricas: *¿Dónde, dónde?*, atropellándose en su afán de descubrir los navíos salvadores, embistiéndose, empujándose de lado y lado hasta casi zozobrar. Ya calmadas, rodean amenazadoras a Nicolasa quien, a punto de completar el verso y su perdición, tiene el tino de canturrear, sandunguera: *Tú ves, yo no lloro, tú ves...* Mugidos de satisfacción, lomos levemente estremecidos, pezuñas palante y patrás, vaivén de ubres, colas al compás, lo entonan a coro:

*Tú ves,  
yo no lloro,  
tú ves...*



Montoncitos de tierra hay en la balsa, pero no dispuestos de cualquier manera: son, a escala, la Sierra Maestra, el Escambray, la cordillera de los Órganos,

las montañas todas de la Isla que han mandado por el viento partes suyas, emisarios, emblemas, signos pero ¿qué significan? Van, se van, por una vez navegan: quizás lo soñaron siempre: hacerse al mar o hacerse —deshaciéndose— mar.

Penetrar lo que piensan sería vano. Podríamos, desde fuera, politizar el hecho. Mejor respetar su misterio, dejar intacta la evidencia de un ¿destierro, invasión o mensaje?

Dicen que el perfil de la Isla se aplasta, que su altura disminuye, que hay brigadas rellenas con chatarra las sierras para que no se note, que los árboles se miran perplejos, que los pájaros vuelan ahora más bajo. Dicen.

¿Alguien sube a medir las montañas?



Una balsa nupcial para Cirilo Villaverde, quien puso a la literatura a hablar en cubano. Tiene sobre las rodillas varias marionetas a las que anima con los dedos mientras que, prodigioso ventrílocuo, las hace conversar sin mover los labios. La gorda Josefina se contonea, dirigiéndose a Cecilia Valdés:

—*Labana etá perdía, niña. Toos son mataos y ladronisio. Ahora mismito han desplumao un cristián alantre de mi sojo. Lo abayunca entre un pardo con jierre po atrá y un moreno po alante, arrimao al cañón delasquina de Sant Terese. De día crara, niña, le quitan la reló y la dinere. No se pue un fiá de naide. ¡Adiós, caserite! Mucha sabí.*

Se retira graciosamente, cruzándose con Malanga, justamente uno de esos pícaros que ha mentado la seña Josefa. El criminal alardea de una de sus fechorías, diciéndole a quien lo ha inventado:

—*Es querei desisde ar señol, que dende el año pasao, entre yo, un paidito ñamao Picapica y un morenito ñamao Cayuco, paranos de mañanita temprano, junto a la plasoleta de Santa Teresa, a un blanquito mu currutaco que en cuando que le enseñó el jierro me se quedó muelto entre las manos y mos dio toas las prendas que tenía arriba de su cuelpo.*

Cecilia ríe y aplaude regocijada. Luego se acurruca mimosa sobre el hombro de Villaverde, tirando los muñecos al suelo. Ya le está desabrochando el chaleco a su Ciril cuando un furioso chapoteo los estremece.

—¡Tiburones! —chilla la mulata.

—¡Un coño! —responden desde el mar.

—El santo y seña —exige el narrador, implacable, enarbolando un remo. Aunque visiblemente agotado, el náufrago pronuncia, entre trago y trago de agua salada:

—La música afrocubana es fuego, sabrosura y humo; es almíbar, sandunga y alivio; como un ron sonoro que se bebe por los oídos.

—Suba, don Fernando.

Ayudan a trepar al viejo Ortiz, chorreante.

—Cirilo, mijo, una contraseña un poco más larga y me hundo...

—Ésa la escribió usted: si no fuera tan barroco...

—El negro Carpantié sí que se hubiera ahogao —palmotea Cecilia, haciéndole una muequita divina a Ortiz.

Otro espumoso torbellino se produce junto a la balsa, sobresaltándolos. Una oronda calva, de tonsura eclesiástica, aparece y desaparece entre las olas.

—¡El santo y seña! —gritan a coro.

—Niñas que vais bailando, al infierno vais saltando —cecea el mojado censor. Coinciden en la identificación: es el obispo Claret. Se miran, no dudan, lo hunden:

—¡Pargo al agua!

—¡Te jodite!

—Changó es también el dios de la música.

La balsa se desliza suavemente hacia un crepúsculo en technicolor, sobre el mar ya calmado. El trío se recuesta entre almohadones, con Ceci, desdoblada, en el medio. Flota una sugerencia de *ménage-à-trois*. Se oye un danczón (preferiblemente «Isora Club», por Cachao). FIN



El gallo y la gallina son los últimos en subir. Están preciosos con sus sombreros de mambí, ostentando la cubanía incluso en este trance, ¡más que nunca en este trance! *Sueño con serpientes* —le confía ella, al oído, temiendo el mal augurio. *¿Todas las noches?* —pregunta él. *Sí* —le dice, bajando la cabeza. —*Es una indigestión* —la tranquiliza él. Y, en verdad, tragó demasiados granos los días anteriores, previendo las penurias del viaje.

Los animales están inquietos. Cada uno lo expresa a su manera: pían, pifan, patean / rugen, crujen, berrean / trinan, aúllan, guerrear / chistan, gimen o mean.

Al fin llega la paloma, haciendo eses en el aire: *Confieso que he bebido* —admite, y al eructar deja caer la rama verde olivo que llevaba en el pico para despistar a los guardafronteras: el viento la impulsa mar adentro. *Buena señal* —chilla el totí.

*Yemayá, protégenos* —pronuncia Noé, agarrando el timón. Entonan todos:

*Virgen de Regla,  
compadécete de mí,  
de mí...*

Empujada por las patas de los patos, zarpa la balsa.

La balsa lleva sólo tres bustos. El de Lezama, provisto de un motorcito que hincha y deshinchas su pecho, simulando una respiración de asmático, luce en la boca un tabaco humeante. El de Sarduy se envuelve en una blusa de rumbera que, dadas las dimensiones de la efigie, queda suelta, flotante, cual metafórica espuma. El de Cabrera Infante, entabacado también, tiene a veces como un meneo, producto seguramente de otro oculto artefacto. A Virgilio Piñera lo representa un muñecón que cuelga por la borda, con los pies en el mar. Su voz temblona repite, grabación mediante, un verso de su poema más famoso, «La isla en peso»: *La maldita circunstancia del agua por todas partes*.



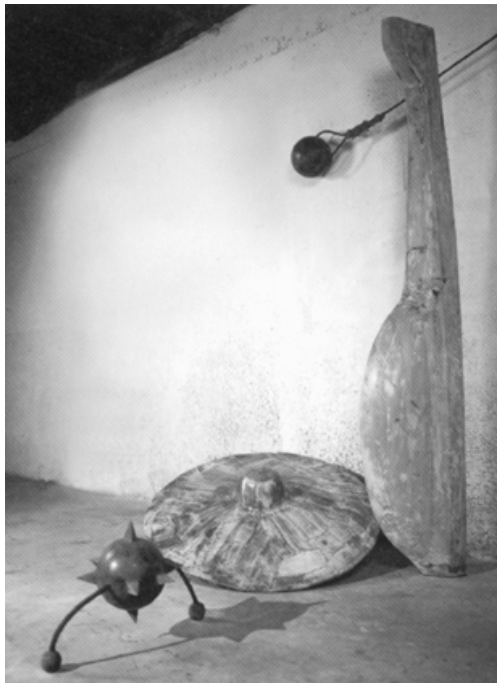


En esta balsa van mi padre y mi madre. Ella frota con ahínco mis medallas del colegio, protegiéndolas del salitre. Él va instalado en el sillón que, cuando esté en Caracas, bautizaré «la máquina del tiempo». Vivirá desde entonces sentado ahí, con los ojos cerrados, viajando sólo hacia atrás, regalándonos a veces atisbos de sus escalas: —*Hijo, qué bien lo estoy pasando, me encuentro en el Café Habana, qué lástima que tú no conociste su esplendor.* Luego se calla, vuelve a irse o a desaparecer, ensimismado, en esa regresión o regreso, inacabable, la única riqueza que le queda, mientras mi madre canta cabeza abajo, fortaleciendo los músculos del cuello para un grito que no ha dado aún.



Yo no me fui en balsa sino en avión.

*¡Qué vuelo más largo!  
Aún voy por el aire.  
Abajo veo el mar.  
Quiero tocarlo.*



*Prisoner of with in. (1997)*

# Lecciones de la crisis de octubre

Pierre Schöri

EL CAPITÁN DE LA MARINA MERCANTE NILS CARLSON, de Gotemburgo, se inscribió sin saberlo en la historia universal el 26 de octubre de 1962. Su barco, el buque frigorífico *Coolangatta*, había zarpado dos semanas antes sin ningún dramatismo del puerto de Leningrado, cargado de arenques y de papas. Había sido un día de trabajo completamente normal cuando zarparon. Aunque la guerra fría se reflejaba en las noticias —los diarios soviéticos escribían sobre la política agresiva de los Estados Unidos en Alemania y los periódicos americanos despotricaban sobre la infiltración comunista en Cuba— nada parecía indicar que ésta quizás sería la semana más peligrosa para la humanidad durante todo el siglo XX.

El destino del *Coolangatta* en octubre de 1962 era La Habana y su travesía comenzó al mismo tiempo que barcos soviéticos se dirigían a Cuba para entregar misiles con armas nucleares al régimen revolucionario de Fidel Castro.

Quedaban menos de cuarenta y ocho horas para llegar a La Habana cuando un destructor norteamericano se aproximó rápidamente al buque sueco. Dos días antes, los Estados Unidos habían declarado de forma unilateral un bloqueo naval a Cuba. A pesar de que el capitán Carlson lo sabía, se negó a obedecer la orden de parar y prosiguió infatigablemente su travesía hacia La Habana.

Lo que Carlson no podía saber era que su maniobra causó una gran agitación entre los americanos, y que el asunto del destino del *Coolangatta*, después de muchas vueltas, fue a parar al más alto nivel militar y político de los Estados Unidos. El Ministro de Defensa Mc Namara fue despertado al amanecer, llamó a La Casa Blanca y el consejero de seguridad se puso inmediatamente en contacto con el madrugador Presidente Kennedy, quien por fin dio la orden al capitán del destructor americano: «¡Deje pasar al *Coolangatta!*»

El buque frigorífico del capitán Carlson, con su carga de arenques y de papas, fue el único barco que pudo pasar por el ojo de la aguja del bloqueo naval norteamericano sin inspección y que, además, activó toda la cadena de eslabones del mando militar hasta el Presidente mismo, según escribe Björn Ahlander en *Krig och fred i atomaldern* (*Guerra y paz en la era atómica*, Gebers, Estocolmo, 1965).

El ex capitán Nils Carlson vive ahora en Stenungsund. A mi pregunta de cómo vivió el curso de aquel histórico día hace 36 años, me dijo que se quedó sorprendido pero también desconcertado cuando el destructor intentó apresarlos. «Pero decidí continuar y llegué como se había calculado. Después nos quedamos una semana en La Habana, donde fui citado por el embajador sueco, que se preguntaba qué hacía yo en Cuba. Luego seguimos viaje a Terranova con el periodista Björn Ahlander a bordo, a quien el bloqueo había dejado atrapado en Cuba».

El archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Suecia sigue con el relato. Al volver a Washington, Ahlander fue interrogado sobre su aventura en Cuba por el embajador Gunnar Jarring. El mismo día, el 27 de noviembre, Jarring escribió al Ministerio de Relaciones Exteriores, donde el destinatario del informe sobre el *Coolangatta*, declarado secreto, era el director general Sverker Aström.

Nosotros, que recordamos la crisis de los misiles de 1962, no tuvimos la misma presencia de ánimo de Nils Carlson en aquellos febriles días de octubre. Junto con las noticias del accidente mortal de Dag Hammarskjöld en el Congo el año anterior, las imágenes de la televisión de los barcos soviéticos continuando su viaje hacia Cuba en desafío a los más serios avisos de la otra superpotencia, constituyen los recuerdos más fuertes del principio de la década de los sesenta. Todo un mundo contuvo la respiración durante el duelo de Krushov y Kennedy, en el que había una amenaza nuclear tan manifiesta.

Dos libros recientemente publicados nos dan ahora más información y más detalles que nunca sobre la crisis de los misiles. Son los de Aleksander Fursenko y Timothy Naftali *One Hell of a Gamble* (*The Secret History of the Cuban Missile Crisis*), Harvard University Press, 1997, que presentan datos hasta ahora declarados secretos con material de las fuentes más reservadas tanto de Washington como de Moscú, desde el grupo de la crisis cubana del Presidente Kennedy en la Casa Blanca a los distintos archivos del régimen comunista. Entre lo más notable del voluminoso y franco material se encuentra el hecho de que ninguno de los miembros del grupo de crisis, posiblemente con la excepción de Robert Kennedy, sabía que el Presidente grababa cintas de todas las conversaciones.

Claramente aparece la imagen de un mundo que realmente estuvo al borde de una Tercera Guerra Mundial, pero donde ninguna de las superpotencias sabía lo cerca que estaba. Tendrían que pasar tres décadas antes de que la gente se diera cuenta.

En una conferencia realizada en La Habana en 1992, en la que participaron varios de los actores principales de la crisis de los misiles, inclusive Fidel

Castro, el general ruso Anatoly Gribkov dijo que la Unión Soviética no sólo tenía sus misiles de alcance medio dispuestos en octubre de 1962. También había nueve misiles tácticos con armas nucleares destinados a ser accionados contra una posible fuerza de invasión norteamericana. Cada misil tenía un alcance de más de 2000 kilómetros y una fuerza explosiva correspondiente a 70 bombas de Hiroshima. Además, como lo subrayó el general Gribkov, los comandantes soviéticos al mando de los misiles en cada lugar tenían autorización para lanzar estas armas nucleares tácticas sin tener que pedir instrucciones al Kremlin.

Aparece como indudable, tanto en los documentos que ya no son secretos y más tarde en los testimonios de los responsables más cercanos por parte cubana y soviética, que fue Nikita Krushov quien tomó la iniciativa del juego de póker nuclear .

Un motivo de esto podría haber sido la colocación americana de misiles Júpiter en Turquía, cerca de la frontera de la Unión Soviética. El mismo Presidente Eisenhower se había expresado acerca de la colocación como «un acto provocativo que podría compararse con que Moscú instalara misiles en México o en Cuba». Pero los documentos dan a entender que la mayor fuerza impulsora de la decisión del líder soviético fue dar a Castro la posibilidad de contener una invasión americana. La KGB había recibido informaciones fidedignas, según Furusenko y Naftali, sobre un nuevo intento de derrocar a Castro que se encontraba bajo consideración activa en Washington, tras la catástrofe de Bahía de Cochinos en 1961. El plan de la CIA, que fue aprobado en marzo de 1962, tenía el nombre de *Operation Moongoose* e incluía sabotaje, infiltración, guerra psicológica, maniobras militares y la preparación de una posible invasión.

Kennedy le había dicho en febrero al yerno de Krushov, Aleksey Adzubej, que la invasión de Bahía de Cochinos había sido una equivocación. «Pero —había añadido el Presidente—, no podíamos seguir indiferentes ante el desarrollo de Cuba, tanto como ustedes en lo referente a Finlandia».

El hecho de que Krushov tomó las decisiones de forma autocrática en el Kremlin se desprende claramente de *One Hell of a Gamble*. Krushov no buscó consejos sobre la colocación de los misiles en Cuba e impuso él mismo las decisiones, lo que también llegó a contribuir más adelante a su caída. El primer paso fatídico lo habría considerado Krushov la noche del 22 de octubre, unas horas antes de que Kennedy pronunciara su discurso a la nación sobre el descubrimiento de armas nucleares en Cuba.

Fue el 15 de octubre de 1962 cuando la CIA reveló las fotos del U2 sobre lo que resultó ser la construcción de rampas para armas nucleares soviéticas en Cuba. Al día siguiente el Presidente convocó a sus consejeros más cercanos en la Casa Blanca para discutir contramedidas. Lo que siguió después por parte americana se presenta en detalle en *The Kennedy Tapes*. El Ministro de Defensa Mc Namara expuso tres opciones distintas. La primera fue tratar de solucionar la crisis por vía diplomática, lo que rápidamente se consideró infructuoso. La segunda fue una acción militar contra Cuba que comenzaría con un ataque

aéreo contra las rampas y seguir con una fuerza de invasión con el objetivo de derrocar al régimen de Castro. La tercera fue anunciar un bloqueo naval contra todos los buques sea cual fuese su nacionalidad, combinado con conversaciones serias y exigencias de una retirada rusa de las armas nucleares.

Por suerte, se puede decir, el Presidente Kennedy resolvió el asunto después de casi dos semanas de deliberaciones con el grupo de crisis. Faltaban tres semanas para las elecciones americanas al Congreso. El Presidente había decidido ser duro, y la exigencia de desmontar las armas nucleares que estaban dirigidas contra objetivos americanos fue absoluta e incondicional. Si Krushov no hubiera cedido como lo hizo el 25 de octubre, es probable que Kennedy se hubiera visto obligado a ordenar un ataque contra los misiles rusos. Pero él quería evitar a cualquier precio una confrontación militar directa. El Presidente resultó ser el más inteligente y constructivo de los reunidos en la Sala Oval.

Las lecciones de la crisis de Cuba de hace más de 35 años son muchas, y algunas tienen validez aún en el día de hoy.

La principal lección tiene que ver, por supuesto, con las armas nucleares. El propio Kennedy no ponderó la posibilidad de usar armas nucleares, pero es probable que no hubiese tenido otra elección si los comandantes soviéticos acantonados en Cuba hubieran hecho uso de sus misiles contra una invasión de los infantes de marina norteamericanos. Robert Mc Namara es el que con más claridad ha asumido las consecuencias del juego de póker nuclear sobre Cuba y sobre la doctrina misma en la que se basan las armas nucleares de disuasión. Sus puntos de vista se basan en las experiencias de por lo menos cinco ocasiones en las que los estados mayores generales ponderaron la utilización de armas nucleares.

La crisis de los misiles de 1962 mostró que siempre que se tenga la disponibilidad de armas nucleares existe el riesgo de que sean usadas. De forma retroactiva Mc Namara le da también la razón a Olof Palme y maneja, en su libro de 1995 *In Retrospect: The Tragedy and Lessons of Vietnam*, los mismos argumentos que utilizaran Palme y su comisión de desarme en 1982.

Las otras lecciones tratan del duelo de las superpotencias en el tercer mundo durante las décadas de los 60 y los 70. Tres crisis regionales candentes, Laos, el Congo y Cuba se encontraban en el primer plano y llegaron a ocupar mucho del tiempo y la energía de la administración Kennedy.

Se decía que la Unión Soviética apoyaba a los movimientos de liberación nacionales, y la Administración de Eisenhower contestó con programas de apoyo económico a regímenes anticomunistas y, de ser necesario, con planes de la CIA para socavar lo que se consideraba que eran marionetas de los soviéticos.

La primera crisis fue la del Congo Belga, en la que los Estados Unidos apoyaron a una de las partes de la guerra civil y la Unión Soviética a la otra. Lo que en realidad era una lucha genuina por la liberación nacional se incorporó al conflicto este-oeste tanto por Moscú como por Washington. Tras el asesinato del anticolonialista Patricio Lumumba se creyó en Washington que el orden quedaba restablecido, y el apoyo de los Estados Unidos a los regímenes

dictatoriales en el poder en el Congo / Zaire continuó casi hasta el momento mismo de la vergonzosa dimisión de Mobutu.

También la Cuba de Fidel Castro estaba involucrada en el asunto. Che Guevara consideró que la colonia belga era el eslabón más débil del imperialismo en África y se unió a las fuerzas rebeldes con una centena de guerrilleros cubanos. Los quince meses de los cubanos en África los años 1965-66 fueron, sin embargo, un largo fracaso. «Vinimos para cubanizar a los congolese, pero fueron ellos quienes nos congolizaron a nosotros», escribió el Che amargamente en su diario. ¡Es posible que el fracaso cubano se debiera, en parte, a que su colaborador fuese un hombre imprevisible llamado Laurent-Désiré Kabila!

La segunda crisis se la advirtió el Presidente Eisenhower a Kennedy, que recién entraba en funciones. Ya en 1954 Eisenhower había acuñado su famosa tesis de que si Indochina llegaba a caer, «caería el resto del Sureste Asiático como una fila de fichas de dominó». Durante una reunión con Kennedy y su grupo en la Casa Blanca el 19 de enero de 1961, Eisenhower volvió a la misma idea: si Laos llegara a caer en las manos comunistas del Pathet Lao, la presión en Tailandia, Camboya y Vietnam del Sur sería enorme.

Según las anotaciones de Mc Namara en aquella reunión, Eisenhower dijo: «Si Laos se pierde para el Mundo Libre, a largo plazo perderemos todo el Sureste Asiático». El punto de vista de Eisenhower llegó a influir fuertemente en la actitud de los Estados Unidos en el Sureste Asiático. Un resultado de esto fue que los aviones americanos llegaron a lanzar más bombas sobre ese pequeño país que es Vietnam, que la totalidad de las bombas lanzadas durante toda la Segunda Guerra Mundial.

La tercera crisis fue Cuba y el régimen revolucionario de Castro, una crisis que junto con la Unión Soviética, medida tanto en tiempo como en sentimientos, llegó a ocupar a la Administración Kennedy más que cualquier otro campo de la política exterior. Durante todo su período presidencial, escriben Fursenko y Naftali, Kennedy invirtió un capital político siempre creciente con el objetivo de derrocar a Fidel Castro. Kennedy organizó comandos especiales, financió proyectos secretos, probablemente, a veces, en contubernio con organizaciones criminales, todo para alcanzar su objetivo. A pesar de que el Presidente había fracasado rotundamente dos veces, en Bahía de Cochinos y en el verano de 1962, todavía estaba tratando de probar medios de derrocar a Castro cuando fue asesinado por un fanático que odiaba su política hacia Cuba.

O sea, que en cada uno de esos tres casos la superpotencia Estados Unidos fracasó en llevar a cabo lo que deseaba.

En el Congo, el enemigo indirecto de los Estados Unidos, Laurent Kabila, no sólo ha sobrevivido décadas de guerra de guerrillas sino que hoy es el Presidente del país.

La victoria del Pathet Lao fue total y su líder se encuentra todavía en el poder en el país, 37 años después de la sombría profecía de Eisenhower.

Y en Cuba se encuentra Fidel Castro todavía firme en el poder, a pesar de que todos los Presidentes americanos, con la excepción de Jimmy Carter, y posiblemente Gerald Ford, han hecho lo imposible por deshacerse de él.

Si uno les pregunta a representantes prominentes del poder y sus cercanías en Washington, por las conclusiones que Estados Unidos saca de estas tres historias, la respuesta que uno suele obtener, a lo sumo, es un incómodo: «no comment».

Pero hay más lecciones que sacar de esas tres crisis:

En primer término, se puede hacer constar que el nacionalismo era una fuerza impulsora mucho más fuerte que el comunismo, el antiimperialismo o lo que uno quiera llamarle. No eran ideologías importadas; se luchaba por el derecho de andar por un camino propio y autóctono.

En segundo lugar, es evidente, por consiguiente, que ni siquiera una superpotencia nuclear puede, siempre, imponer sus soluciones a los demás. En tercero, también se demuestra que incluso a una superpotencia le resulta difícil actuar en contra de una opinión muy diferente a la de la comunidad internacional.

Y para finalizar, es evidente que la política de aislamiento y de embargo comercial que aún sigue siendo la política de los Estados Unidos hacia Cuba, no lleva a la apertura política y económica a la que se aspira. Al embargo se le ha llamado el mejor amigo de Fidel Castro, y le ha dado argumentos al régimen para no liberalizarse «bajo presión enemiga». La experiencia muestra que los canales abiertos, el diálogo y la colaboración regional fomentan la liberalización tanto económica como política. Mediante su membresía en ASEAN, algo que deseaban ardientemente desde hace tiempo, los regímenes comunistas de Laos y Vietnam han podido llevar a cabo reformas de economía de mercado y una incipiente democratización.

La esperanza, ante todo en América Latina, es que el Congreso americano aprenda de su política anterior, que no ha dado resultados, y adopte el mensaje constructivo del Papa: «Cuba debe abrirse al mundo y el mundo debe abrirse a Cuba». Pero mientras tanto el Papa, con su política razonable y de largo plazo, ha conseguido más *glasnost* y más apertura en el sistema cubano que todos los Presidentes de los Estados Unidos juntos.

## Monólogo del culpable

Raúl Rivero

LA HABANA - La letra de la ley sobre la protección de la independencia nacional y la economía de Cuba les permite a las autoridades de mi país condenarme por el único acto soberano que he realizado desde que tengo uso de razón: escribir sin mandato.

El camino que inicié hace unos años con la ruptura total con los medios de prensa y cultura del gobierno me ha ido convirtiendo en un ser humano distinto, alguien que se ha liberado por cuenta propia, alguien que en un entorno amenazador y hostil pudo empezar el viaje hacia la libertad individual.

Los miedos, las prisiones, el acoso sólo han servido para darles más valor a esos hallazgos. Han contribuido a que mi devoción por la soberanía del hombre sea ahora un instinto indomable, mucho más que una noción y una necesidad.

De modo que una disposición redactada con la tinta perecedera de las trampas políticas, envuelta en una maniobra chapucera para hacer aparecer a un pequeño grupo de periodistas que trabajamos en Cuba como aliados de narcotraficantes y proxenetas y mercenarios a sueldo de Estados Unidos, me produce sólo un variado cóctel de repugnancia.

Los años de cárcel que la ley promete con generosidad, por encima al temor del encierro y al castigo, hay que verlos con consternación. Es presentar a la nación cubana como una tribu enquistada en el Caribe, clausurada

para la información y el debate de ideas, ajena a la evolución y al cambio.

Para el brazo en alto de esta nueva ley, así como para los insultos de los oscuros funcionarios del periodismo oficial, las llamadas amenazadoras a mi casa, para el sobresalto de cada día yo tengo —me doy cuenta cuando me quedo solo con mi máquina—, el regocijo de saberme libre. La certeza de que informar con objetividad y profesionalismo y escribir mi opinión sobre la sociedad en que vivo no puede ser un delito muy grave.

Me cuesta mucho trabajo sentirme culpable. Es casi como si se me acusara de respirar o se me anunciara una eventual prisión por amar a mis hijas, a mi madre, a mi mujer, a mi hermano y a mis amigos.

No puedo asumirme como un delincuente por contar con precisión el drama de más de 300 prisioneros políticos o por informar que se derrumbó un edificio en La Habana Vieja o por publicar una entrevista con un cubano que quiere para su país una sociedad plural y plena libertad de expresión.

Nadie, ninguna ley podrá hacerme asumir una mentalidad de gángster o de delincuente porque reporte el arresto de un opositor o dé a conocer los precios de los productos básicos de la alimentación en Cuba, o redacte una nota donde diga que me parece un desastre que más de 20 mil cubanos



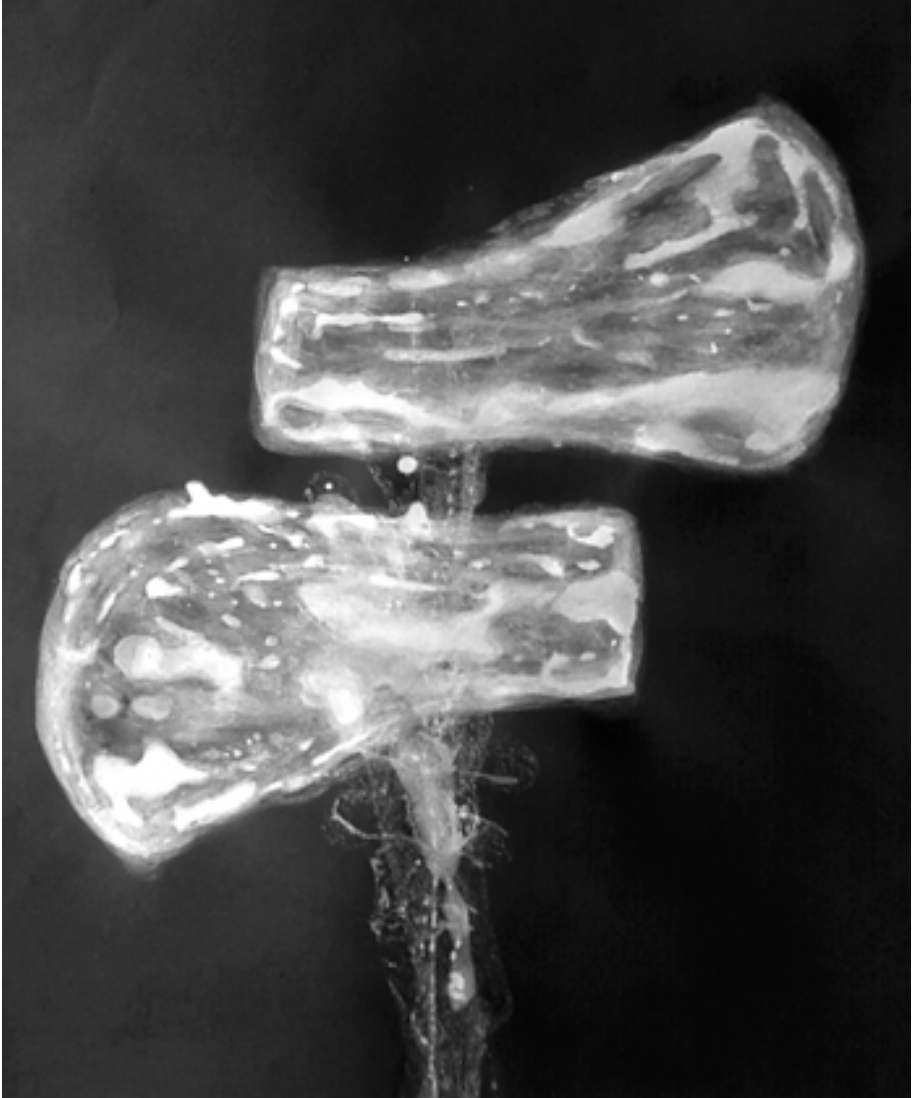
se vayan cada año al exilio, a Estados Unidos, y otros centenares estén tratando de quedarse en cualquier parte.

Nadie me hace sentir como un criminal, un agente enemigo ni como un apátrida ni

como ninguna de esas necesidades que el gobierno usa para degradar y humillar. Soy sólo un hombre que escribe.

Y escribe en el país donde nació y donde nacieron sus bisabuelos.

(Publicado en *El Nuevo Herald*, Miami, 21 de febrero, 1999)



Hachas. Técnica mixta sobre papel (1997)

# El comandante y el general, en la memoria

Emilio Lamo de Espinosa

**H**AY GENERACIONES, LA MAYORÍA, QUE no saben que lo son. No es el caso de la mía, que parece haber sido hecha para ejemplarizar la teoría de las generaciones. Desde bien pronto supo que había algo nuevo, que estaba aportando colectivamente una esperanza, una ilusión, y que lo hacía de modo colectivo, en Europa, en Estados Unidos, en América Latina. No fue mérito suyo, sino azar de los tiempos. La marcó el 68, la visión de los tanques soviéticos en Praga, los adoquines de París, los bombardeos con naphalm en Vietnam. Más aún la matanza de Tlatelolco, envuelta en un misterio todavía no del todo resuelto. Ello acompañado del descubrimiento de la música rock, los primeros contactos mágicos con el *cannabis* y, por supuesto, la libertad sexual. Muchos experimentaron con sus vidas, con drogas o con sexo, y no pocos se perdieron en arriesgadas aventuras de las que, sin embargo, salió una nueva forma de libertad personal que hoy todos damos por descontada. Y en aquel mundo que había roto con las rutinas y el orden cotidiano, casi inventando a diario la vida, y que se alzaba por tanto como experiencia primordial, brotaron algunos puntos de referencia fuertes que pasaron a ser núcleos duros de una identidad, parte inseparable de esa generación.

Uno de éstos fue la revolución cubana, los barbudos, Castro y el Che, Sierra Maestra. Era la gran esperanza ya en marcha cuando, con el 68, se reavivó la utopía de una frater-

nidad universal. Tenía todo el sabor y el color de la dignidad humana, el heroísmo y la valentía, pero además era hermoso. Razón, ética y estética unidas en un proyecto que parecía triunfar. La otra experiencia, esta vez emblema negativo, fue Pinochet arrastrando brutalmente esa misma ilusión de fraternidad, el suicidio / asesinato del presidente Allende, la espeluznante represión posterior. Sin razón ni legitimidad alguna, con una moral de hienas y la fealdad arquetípica del general con sus uniformes de cartón piedra y las gafas negras de quien no se atreve a mirar a los hombres. Una referencia positiva y otra negativa, el modelo y el contramodelo, que penetró hasta el subconsciente y se imprimió a fuego en el corazón.

Por ello es tan difícil, no ya perdonar a uno o condenar al otro —pues palabras rotundas como «perdón» o «condena» no aciertan bien a expresar los matices—, pero sí desdramatizar a ambos, secularizarlos para dejar de ver al ángel o al demonio, el bien y el mal, clarooscuro en maniqueo. Verlos no desde el recuerdo sino desde el presente, con los ojos de la realidad y no los del sueño o la pesadilla. Pues reconocer, no ya el fracaso de la revolución cubana —todas las verdaderas utopías acaban en fracaso y de ahí su hermosura— sino el fracaso de Fidel, que supedita cruelmente su permanencia al bienestar y la libertad de su pueblo, es reconocer que el resultado actual estaba escrito con letras ocultas en aquellas mismas fotos

de la entrada en La Habana. Castro sigue siendo bien recibido porque no se puede renegar de uno mismo.

¿Y cómo aceptar al tirano, al asesino? No sé si su pueblo lo ha perdonado pero no menos de una tercera parte le vota. Chile no quiere olvidar y quizás ni siquiera perdonar, pero sí desea vivir volcado hacia adelante y no hacia el pasado. Pero para esta generación es difícil hacerlo, pues es también reconocer que tampoco en esa hora toda la razón estaba de una parte, incluso cuando ésta parecía brillar más fuerte en el claroscuro de la violencia. De modo que entre el co-

mandante y el general, saltando del sueño a la pesadilla, cuesta despertar de los recuerdos para poner los pies en el suelo y descubrir entonces que, al final de los años, ambos se parecen cada día más, que el joven estudiante rebelde Fidel aparece hoy perpetuamente revestido con los atuendos del mando militar mientras el viejo mando militar ansía ser aceptado como representante civil de su pueblo, pues uno caminó desde la libertad a la dictadura en la que hoy se encuentra y el otro tuvo que iniciar el camino inverso. Ironías del destino que nos envuelven en la memoria enturbiando el juicio.

(Publicado en *El País*, Madrid, 15 de marzo, 1999)



*La inutilidad del uso.* (1994)

# Un testimonio de negras y mulatas

Enrique Patterson

**S**i me comprendieras. Así TITULÓ ROLANDO Díaz, cineasta cubano residente en Canarias, la película que el Miami-Dade Community College (recinto del downtown) exhibió el pasado domingo 20. El director, según cuenta él mismo, estaba haciendo un casting en La Habana, buscando la negra o la mulata apropiada para rodar una película musical. Luego, abandonó por el momento el proyecto e hizo un documental con las historias de todas esas mujeres. El resultado es algo diferente al documental que el director presenta. Rolando ha logrado una original película sobre La Habana actual, el período especial y la problemática racial desde la experiencia dura y angustiada de la mujer negra en la Cuba castrista.

Si hay un personaje que nos hace pensar sobre la realidad de la sociedad cubana actual en contraposición con el discurso oficial, ése es la mujer negra.

La búsqueda de la actriz funciona como un pretexto para mostrarnos la cotidianidad y los conflictos de la mujer negra. Pero, además, el proyecto orientado a filmar un musical sirve para presentarnos la cara tradicional, turística, colonizadora o blanca de la mujer negra y mestiza: cuerpos voluptuosos que se entregan con pasión al baile, en este caso, además, con el incentivo salvador de convertirse en actriz y, acaso, escapar de la obstinación, de la falta de oportunidades, de la discriminación, del período especial, de la explotación. El ojo que sólo se detenga en este ángulo del film necesita rehacerse: la mirada de Rolando toca este lado de la mujer

«otra» con sentido crítico. A través de estas muchachas irrumpe la vida real en el film, ellas mismas hacen el libreto, su vida real y sus conflictos pasan directamente al celuloide con un realismo y frescura apasionantes. Los cineastas las visitan y filman en sus hogares y, en la visita, se introduce en la película, además de toda la familia con los conflictos y traumas, la sociedad cubana actual.

Mientras el director nos cuenta la carpintería del musical frustrado, estas mujeres nos presentan su infravida en la Cuba castrista hablándonos desde su dura cotidianidad. Son muchas las historias de mujeres que Rolando presenta, a veces se llega a pensar que demasiadas. Pero no, la contundencia de la película está en el carácter aplastante, agotador de los testimonios. Donde mujeres de distintas experiencias, nivel profesional y educacional se debaten luchando contra un destino imposible que les impide la realización individual, limitación de la que no se salvan ni las en apariencia exitosas.

Está por ejemplo la glamorosa y bella modelo que ha logrado el «éxito». Sus contratos con casas de modas y revistas extranjeras no la han sacado de la casa miserable, ni le permiten mejorar las condiciones de vida de su madre y su abuela. La remuneración, de un monto que se deja entrever considerable, no llega a sus manos. El estado se queda con todas las divisas. Después no olvidamos esa voz que aspira a desarrollar su carrera y, claro está, estar en control de sus finanzas y destino.

Otra es una empresaria, que trabajando duro con su esposo abrió un paladar y—justo

cuando comenzaban a disfrutar con la esperanza de una mejor vida— se arruinaron por la irracionalidad de unos impuestos hechos precisamente para que los cubanos como ella, antes operadora de una grúa en San José, se arruinaran. O la bailarina profesional que, en el momento de salir de gira para Italia, la eliminan precisamente a ella para llevar a una advenediza que no es siquiera una mediocre profesional. «¿Por qué a mí? ¿Por qué a mí?, se pregunta la bailarina.

Si hay un personaje que nos hace pensar sobre la realidad de la sociedad cubana actual en contraposición con el discurso oficial, ése es Flor, la actriz. Me habían hablado mucho de ella; al fin la conocí mediante la película.

Graduada de la Escuela Superior de Arte en la especialidad de artes se lanza ella sola a combatir los «molinos de viento». No puede hacer un papel protagónico en la televisión pues, a pesar de su calidad interpretativa, sólo puede hacer, por negra, papeles de criada o de esclava. En la televisión cubana no hay espacio para los actores negros en roles protagónicos. Pero Flor, la actriz, lleva bien puesto el nombre: se ha salido de la estructura cultural oficial y, sin pedir permiso, ha creado un grupo de teatro negro que confronta el racismo de la sociedad cubana tradicional y, sobre todo, actual. Culturalmente, hay un «renacimiento negro» en la isla que anuncia otro de mayores dimensiones.

En la televisión cubana no hay espacio para los actores negros en roles protagónicos.

Alguien, algo, es responsable de que la modelo sea explotada, de que la bailarina no viaje, de que la empresaria se arruine y de que los actores negros no tengan las mismas oportunidades que sus compañeros blancos, a pesar de ser una sociedad tan «libre» y tan «unida».

Rolando Díaz presentó esta película en el pasado festival de cine de La Habana. Se puso un día con tremendo éxito de público y, no se sabe por qué, no se exhibió más a pesar de las gestiones al respecto por parte de grupos interesados. La película recibió una mención del jurado del festival que, no se sabe por qué, no fue anunciada junto al resto de los premios y menciones.

Hay, al parecer, mucho de subversor en este film y en estas mujeres que, con su sola proyección, destruyen varios mitos. Están atravesadas por conflictos sociales, culturales, políticos e históricos; aspiran a un futuro que no se avizora, pero luchan. Más que ponerlas a bailar, a través de ese pretexto el cineasta las ha puesto a hablar.

De eso se trata, de que hablen por sí mismas y de sí mismas en lugar de que otros hablen por su nombre. Cecilia Valdés, la imbécil, ha muerto. Estas mujeres reales y directas lo confirman. Sería una lástima que no salgan los hombres dispuestos a seguirlas y a morirse con ellas. En la Cuba que tarde o temprano tendrá que surgir, ellas tienen mucho que hacer. Mejor comenzamos a comprenderlas desde ahora.

(Publicado en *El Nuevo Herald*, Miami, 1 de marzo, 1999)

# Los excedentes del talento

LAS SIGLAS DEL PARTIDO COMUNISTA DE CUBA SON P.C.C. pero también, y no por casualidad, las de «Plástica Cubana Contemporánea», una exposición que reunió en México, a inicios de los noventa, a pintores cubanos residentes o no en la Isla. Comenzaba un proceso que en los treinta años anteriores no había pasado de balbuceos abortados por la intolerancia: la comprensión de que la cultura cubana, una y múltiple, no es monopolio de ninguna facción o geografía. Y si estos encuentros son posibles (imprescindibles, perentorios) es porque Cuba, país endotérmico durante siglos de historia, alimentado por una inmigración por momentos masiva; ha devenido Isla exotérmica, generadora de oleadas emigratorias cuya preparación profesional sobrepasa ampliamente la media de los millones que cada año buscan al norte la tierra prometida. Así puede hablarse, ya hoy, de la «órbita» de la cultura cubana. Una órbita cada día más imprecisa y cambiante, porque el «centro» puede estar con Zaida del Río en La Habana, con Triana en París, o con Fragonal en New York. Y no escasean las fronteras: amaneceres caribeños sobre basurales mexicanos, novelas cubanas en inglés y francés, músicas precursoras, como de costumbre entronizándose en una mulatez planetaria.

¿Cómo y por qué se ha producido este éxodo? ¿Político, económico, mixto? ¿Será que el sistema educacional cubano facturó más talento del necesario para el funcionamiento óptimo del país?

En los años cincuenta publicó lo mejor de su obra Onelio Jorge Cardoso. Cuentos de ambiente rural donde los personajes, campesinos iletrados, hacían uso de una sabiduría intuitiva. Habitantes de un mundo de creencias mágicas y diálogo con la naturaleza que la Revolución sobrevirtió con la Reforma Agraria y los tractores, la alfabetización y la enseñanza, hasta tal punto que alguien, en frase que devendría célebre, advirtió a Onelio: «*La Revolución te*

*mató los personajes*». Y era cierto. El déficit de profesionales, consecuencia del primer éxodo, alentado por Estados Unidos a inicios de los sesenta, fue subsanado con creces en una década. Cuba pasó de 6 universidades a 43, de escasos miles de profesionales a cientos de miles. El país que completó su alfabetización en 1961, tiene hoy 3,5 millones de estudiantes sobre una población de 11 millones. Más allá de las cifras, se generalizó el acceso a la cultura —alentado por los precios irrisorios o la gratuidad de los bienes y espectáculos culturales—, se creó una industria editorial, cinematográfica, que respondiera al fuerte incremento de la producción cultural. La creación artística y científica dejaba de ser un suceso marginal, y la condición del creador era dignificada.

Pero la masificación de la educación, exigida por la vocación desarrollista en un país sin grandes recursos, no ocurrió sin accidentes. Al entronizarse el sistema de las escuelas en el campo, donde los estudiantes combinaban el estudio y el trabajo, sucedió un milagro: el modesto 0,6% de incremento anual de la promoción, se multiplicó por once, hasta 6,9%, a pesar de que una gran parte del profesorado eran estudiantes sin experiencia profesional. No escasearon las escuelas que abolieron al bruto por razones ideológicas, y consagraron durante años el 100% de promoción. ¿Sería una epidemia de talento favorecida por el aire campestre? Pues no. Ya habían aparecido detractores que tildaban las escuelas en el campo de trabajo forzado encubierto. De ahí la necesidad gubernamental: demostrar que el nuevo enfoque era sustancialmente superior al anterior. Y como las demostraciones cuantitativas parecen más convincentes que las cualitativas, se llegó a la tácita aplicación de que no hay método malo si los resultados son buenos: El fraude masivo y generalizado imperó hasta entrados los ochenta, llegándose a dictar las respuestas por la megafonía de la escuela en un examen, y otros procedimientos menos escandalosos pero igualmente efectivos. El fraude como sistema, el facilismo masificado y la falta de exigencia, provocó una explosión de graduados de enseñanza media que las universidades no podían (debían) asimilar. Y lo peor: una generación de estudiantes habituados a recibir las preguntas con sus respuestas, de donde dedujeron que recibirían la vida toda con sus respuestas al dorso. Por suerte, el procedimiento no accedió a las universidades, garantizándose así la calidad a costa de la eficiencia del sistema (un graduado por cada cinco ingresos).

«Ser cultos es el único modo de ser libres», había dicho José Martí, y en la medida que el pueblo cubano fue accediendo a la educación y la cultura, no sólo dominó la tecnología y sustituyó a los técnicos extranjeros, sino que empezó a juzgar desde perspectivas más altas su propia circunstancia. No se puede enseñar a pensar y después pretender que el pensamiento sea obediente a una especialidad o a una consigna. Enseñar a leer para que los ciudadanos digan **Sí** sin faltas de ortografía. El talento es, por definición, desobediente. La instrucción y la cultura incrementaron las expectativas profesionales y materiales de una capa profesional emergente a un ritmo sin precedentes. Pero el gobierno sólo necesitaba asalariados que pusieran en práctica sus decisiones. Los puestos de «decididores» ya estaban ocupados.

En contraste con las necesidades de esta masa cada vez más pensante, se abolió la pluralidad del discurso social, el gobierno monopolizó la palabra y sus medios de difusión, y se desactivó el (frágil) sistema democrático republicano. Obsoleto, dado que las autoridades constituían, *per se*, la voz del pueblo, e interpretaban y ponían en práctica, por algún misterioso procedimiento telepático, su voluntad. Se ejerce hacia los creyentes, hasta fines de los 80, una persecución abierta (caso de las UMAP) o solapada (exclusión de universidades y empleos de cierta responsabilidad). Se minimiza la libertad de movimiento, y se sataniza cualquier decisión personal de migrar o emigrar, como acto de disidencia política. Se sanciona toda relación con el exilio, así sea con los parientes más cercanos —la Revolución es el gran padre adoptivo, al que se deberá supeditar la familia tradicional— y los viajes a la Isla desde la Cuba Outside no se permitirán hasta 1977.

A fines de los 60 e inicios de los 70, el discurso cultural choca contra la intolancia oficial, que en 1971 deja muy claro, en el documento final del Congreso de Educación y Cultura, que la función del arte sería meramente didáctica: enseñar al pueblo las virtudes del socialismo y guiarlo por el buen camino. Pero la cultura jamás ha sido un curso de moral y cívica. Hubo libros secuestrados, autores estigmatizados, hubo el «Caso Padilla» y un fuerte altercado entre el gobierno y la intelectualidad latinoamericana, que durante diez años había instituido a La Habana como capital cultural de América Latina, estableciendo un diálogo *inter nos*, posiblemente único hasta (y desde) entonces.

Este primer choque, además de cierto éxodo de intelectuales, sobre todo en la esfera artística —que se sumarán a la primera oleada emigratoria, compuesta por empresarios, profesionales y clase media cuyas expectativas fueron anuladas por la expropiación masiva de los medios de producción—, fue el inicio del llamado «quinquenio gris» (casi decenio): la dogmatización y el autoritarismo provocaron la masificación de un periodismo gris y monocorde, que sustituía la reflexión por la consigna, en obediencia al triunfalismo oficial. La literatura se redujo a una colección de textos maniqueos, que en su debilidad formal y conceptual resultaron a la larga olvidables. El cine se refugió en los temas del pasado para evitar la censura. Incluso la música, tan abierta siempre a lo nuevo, se encerró en fórmulas clásicas. La Habana, ex-capital cultural, levantaba muros ideológicos que conformarían el bloqueo interior.

Al mismo tiempo, el país de inmigrantes se convertía en un país de emigrantes, que ya suman casi la quinta parte de la población insular. Sobre esta Cuba Outside han operado diferencialmente dos Cubas: la Real y la Virtual, tamizada por la nostalgia. En medio de un proceso de transculturación, la Cuba del exilio ha fraguado la Isla en la distancia, no menos auténtica que los orishas criollos, trasplantados con raíces y todo en los barcos de Pedro Blanco. Se ha producido una traslación (geográfica, contextual, sincrética) de los códigos natales. De modo que mientras en Cuba se produce, a partir del primer decenio revolucionario, una insularización de la cultura, resultado del bloqueo externo y del bloqueo interno; fuera de Cuba los patrones de esa cultura, sin perder su identificación, se cosmopolitizan. Ninguna de las dos tendencias



implica un juicio de calidad, que la hay (o no) en ambas orillas. Lo cierto es que ya no puede hablarse de cultura cubana sin escuchar los rumores que desde toda la geografía conforman la Isla Planetaria.

A finales de los 70 y durante los 80 se produjo en la Isla el lento renacer de la literatura y el arte, que empiezan a cumplir una función no sólo decorativa o didáctica sino una función de indagación de la realidad. Ello, y la necesidad de hacer selectivo el ingreso a las universidades, ante la masa creciente de graduados, que desbordan la infraestructura productiva, son los mejores ejemplos del triunfo de la política educacional, a pesar del llamado promocionismo. Cosechar talento, no obstante, ha sido una labor agrídulce para el gobierno, dado su carácter ultracentralizado y autoritario.

La de los 80 fue quizás la década prodigiosa. Tras el éxodo por el Mariel en 1980, se establecieron medidas para mejorar el nivel de vida, y mayores márgenes de libertad que incluso alcanzaron a la prensa, convocada desde el 86 a combatir los llamados «errores y tendencias negativas». Pero no pasó de un tímido intento, rápidamente silenciado por las autoridades, que pretendían un periodismo crítico *ma non troppo*. Las noticias de *perestroika* y *glasnost* coinciden con la madurez de una intelectualidad artística que se replantea la realidad y pone en duda el *statu quo*, principalmente en las artes plásticas, pero de nuevo hay un choque frontal con el *establishment*: exposiciones cerradas, debate con las autoridades, concluyendo con el éxodo casi masivo de los pintores, que aún hoy viven fuera de Cuba. La literatura y en cierta medida el cine, se suman tardíamente a este movimiento crítico, a fines de los 80 e inicios de los 90, pero el llamado «Período Especial», la crisis más profunda de la historia reciente de Cuba, llega justo a tiempo para el cierre de una amplia prensa cultural, minimización de ediciones y de la producción artística en general. De ese modo, la cultura comienza a debatirse, como dentro de una camisa de fuerza, atada por limitaciones conceptuales y materiales.

Pero la contradicción entre el dogmatismo autoritario del gobierno y los profesionales creados por la propia revolución, no sólo se verifica en la esfera artística. Para desgracia de los cubanos, sometidos a racionamiento hace ya siete lustros, también ocurre en la economía.

En Cuba, la estimulación moral y las promociones recaen básicamente en aquéllos que cuentan con mayores méritos políticos. El decir es más respetado que el hacer y la confiabilidad del individuo (léase incondicionalidad) es tenida como la virtud suprema, merecedora de promociones y ascensos. A eso contribuye el hecho de que los cuadros al más alto nivel no fueron un resultado de cierta selección natural en que resultaran electos los más capaces. Su participación en la historia les otorgó un puesto perpetuo en el Olimpo tropical. Independientemente de sus capacidades. Méritos históricos y políticos que sirvieron para tasar, de ahí hacia abajo, a los cuadros a todos los niveles, hasta el extremo de hacerse sospechosa de disidente la eficacia y el talento (tan poco obediente), además de peligrosa, porque la capacidad del subordinado suele demostrar diariamente la incapacidad del jefe, de modo que es preferible librarse de un subordinado tan capaz como molesto. Se intenta

domesticar la creatividad. El técnico creativo suele ser indisciplinado, molesto, incluso prescindible. Así, la política de cuadros basada en un sistema de promociones a partir de la eficiencia y la idoneidad del hombre para el cargo que desempeñará, es sustituida paulatinamente por una nómina estable de «dirigentes confiables» que se rotan de un cargo a otro, aún cuando en cada uno demuestren su ineficiencia, porque la cualidad que los ha distinguido no es ésa, sino la obediencia. Se acuña entonces que «*El que sabe, sabe; y el que no sabe, es jefe*».

Al ser la rentabilidad de su empresa un factor secundario, el ejecutivo nombrado por su competitividad política, tratará de mantener el *statu quo*, no se arriesgará a la toma de decisiones que pudieran afectar su estabilidad, silenciará la creatividad y reprimirá el talento no imprescindible para la marcha acostumbrada; e intentará no destacarse por sus innovaciones, sino como ejecutor puntual y fiel, única conducta que a la larga reportará beneficios a su ranking. Fenómeno que los inversionistas extranjeros han constatado en Cuba: nadie decide, todos consultan. Decidir no es políticamente saludable. Obedecer, sí. La dirección rígidamente vertical está regida por la Gravitación Universal. Se fomenta la inmovilidad, la falta de iniciativa, y se bloquea la capacidad creadora de una masa *in crescendo* de personal joven y altamente calificado, cuyo nivel supera ampliamente el de sus jefes. Éstos cuentan para imponerse con su experiencia, su astucia, y una política proteccionista que permite al jefe encarnar, a nivel local, los «principios sagrados de la revolución», de modo que cualquier ataque a él será, por inferencia, un ataque a la revolución. Toda disidencia en el orden técnico y económico podría ser interpretada como disidencia ideológica.

El sistema contempla, asimismo, una planificación tan minuciosa que no puede ser controlada, y de hecho no se cumple, pero sí opera en términos de un esquema supercentralizado de decisiones, y abolición de los márgenes de libertad, sumado a una pobre estimulación. Decenas de miles de regulaciones y disposiciones bajadas «de arriba» atan de pies y manos a cualquier administrador creativo que por una de esas casualidades apareciera en ese ambiente tan hostil al talento. La indisciplina creadora —aún cuando ofrezca resultados— es inaceptable. La cúpula teóricamente marxista, reedita la contradicción básica del capitalismo según el viejo Karl: el desarrollo de las fuerzas productivas sobrepasa con creces el nivel de las relaciones de producción, que impiden su desarrollo.

Esto, sumado a las escasas expectativas económicas, se tradujo, para muchos profesionales, en insatisfacción, frustraciones y no pocas veces en idealización del Outside, confirmada por los antiguos gusanos, convertidos en mariposas tras cursar la crisálida de Miami. Por no hablar de los cubanos cuya vocación empresarial (ideológicamente perversa) carecía en la Isla de futuro.

Un país que invirtió enormes sumas en crear una infraestructura para el desarrollo, jamás alcanzó la productividad ni la solvencia, de modo que al cesar la subvención, con la desaparición de la Unión Soviética (que acaparaba las cuatro quintas partes del comercio exterior cubano), la economía se

desinfló, hasta un tercio que dos años antes. Cuba quedaba librada a su suerte, a solas entre el bloqueo norteamericano y el bloqueo político a sus propias capacidades potenciales, que fraguaron la ineficiencia crónica. Una parte del aparato (im)productivo se ve obligado a cerrar por falta de insumos, piezas y combustible. La inflación alcanza el 12.000% en unos meses y el poder adquisitivo real del dinero se reduce entre 50 y 80 veces. Las asambleas abiertas celebradas en 1990 denuncian un gran descontento y la urgencia de cambios. Pero son desoídas por las autoridades. La actividad científica pierde presupuestos, salvo en aquellas esferas que el gobierno considera promisorias (biotecnología, farmacéutica). Las subvenciones a la cultura prácticamente desaparecen. Y con ellas, buena parte de la industria cultural.

Ése es el panorama gris en que tendrá que vivir, sobrevivir o huir la cultura cubana de los 90. Si en las décadas anteriores los profesionales habían disfrutado cierta dosis de reconocimiento (social y en cierta medida, oficial), la crisis de hoy reduce la vida a mera supervivencia, crea una nueva picaresca del sálvese quien pueda y los menos preparados para ello son los profesionales. Prostitutas, productores clandestinos de bienes indispensables, campesinos, empresarios del mercado negro o funcionarios vinculados al dólar, son los más aptos. Ninguna de estas florecientes actividades necesita un físico teórico o un novelista. Tampoco las necesidades perentorias del día a día, las únicas que cuentan. De modo que son prescindibles.

El éxodo de profesionales comienza entonces a producirse de modo galopante. Un éxodo en varias direcciones: Ingenieros que abandonan sus fábricas para buscar un puesto de camareros y obtener propinas en dólares; maestros que abandonan sus aulas (el 10% hasta hoy, según cifras del ministro de educación) para incorporarse al mercado negro; y los que abandonan el país y quizás nunca regresen. La cultura artística no es ajena a este proceso. Carentes de medios para hacer una película o incluso para pintar, de ediciones que salven sus libros del puro manuscrito, los escritores y artistas buscan ví(s)as para continuar haciendo su obra fuera de Cuba. Por suerte, la Unión de Escritores y Artistas, argumenta ante las autoridades que es preferible un escritor que escriba en México o Madrid, a un escritor que no escriba en La Habana. Se facilita la salida de los artistas, no obligándolos a lo que es casi ley inexorable para el resto de los cubanos: la única salida posible es la definitiva, sin retorno. Así, se les permite una libertad de movimiento que condicionará el proceso de internacionalización de la cultura cubana, tímido hasta entonces. Bien porque los creadores se instalen en otras latitudes, bien porque se vean obligados a escribir, pintar o hacer cine destinados a editoriales, productoras, galerías y espectadores o lectores foráneos, dado que la industria cubana es incapaz de asumir y retribuir esas producciones. Ello ya va condicionando un cambio en el lenguaje artístico, destinado a nuevos públicos. Pero el precio es muchas veces la renuncia al lector y el espectador más natural de los creadores cubanos: su propio pueblo. En un país donde el transporte público y el almuerzo, un frasco de medicamento y el suministro de energía eléctrica, son lujos, importar bienes culturales es pura utopía.

En medio de este panorama tétrico, hay también algunas buenas noticias. La internacionalización obligada del arte cubano ha provocado su mayor difusión. Es durante el Período Especial cuando la música cubana abre espacios extrainsulares, la literatura conoce nuevos lectores, una película es nominada al Oscar, y los pintores jóvenes alcanzan un mercado creciente en Estados Unidos y Europa. También es el momento de la confluencia. Desde aquella exposición de México, se han producido otras en Barcelona y Madrid; encuentros de escritores hasta hace poco quiméricos, se concertan en Madrid y Estocolmo.

Salvo un pequeño grupo de intransigentes de ambos signos, impermeables al diálogo, la mayoría de los creadores se dispone al encuentro saltando latitudes geográficas e ideológicas. Se toma conciencia de que la órbita cultural no se puede reducir a un planetarium político-ideológico. Incluso, y puede que sea lo más curioso, se registran confluencias, interconexiones, caminos paralelos o convergentes, entre artistas y escritores de la misma generación aunque distintas orillas.

Otra buena noticia es que el lenguaje artístico de los creadores que residen en la Isla, desligado desde hace una década de los estereotipos condicionados por la retórica oficial, se diversifica y expande. Quizás sea la natural evolución de un arte que intentó primero desentrañar las claves de su pasado y su presente, y que ahora intenta una reflexión parabólica sobre su destino. La más reciente narrativa o las últimas películas de Tomás Gutiérrez Alea hubieran sido impensables hace apenas un lustro —aunque *Paradiso*, *Memorias del Subdesarrollo*, *El Siglo de las Luces*, mantengan su actualidad a prueba de efemérides y noticieros—.

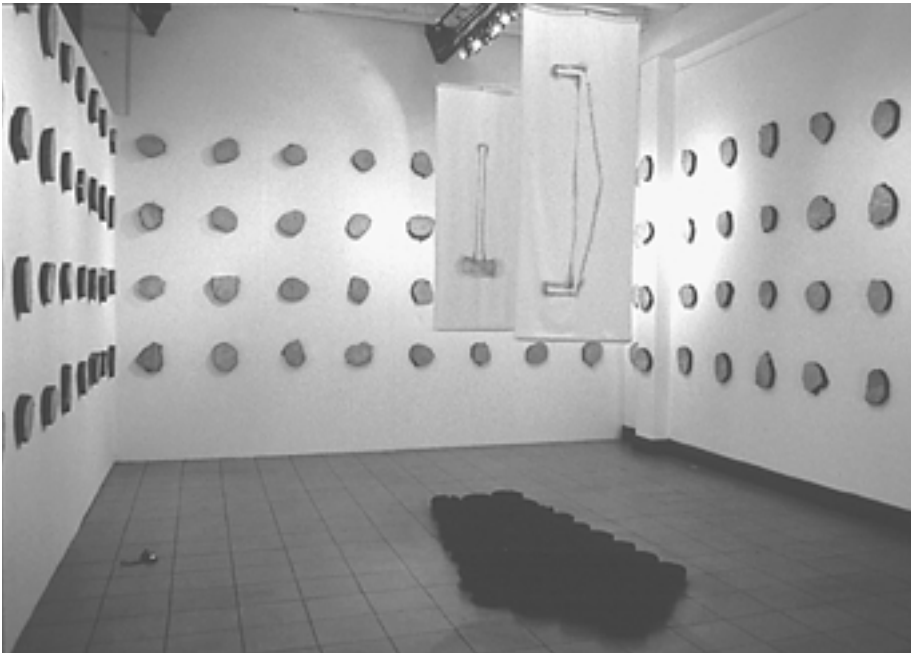
Lamentablemente, la crisis actual engrosa día a día su saldo terrible: la Isla que un día emprendió el asalto a la instrucción y la cultura, ve esfumarse su logro más incuestionable. La fuga de talento hacia el exilio o hacia el insilio de la supervivencia van destecnicando el país. A lo que se suma la falta de expectativas de los más jóvenes y el redireccionamiento de sus intereses. La prostitución es hoy más rentable que la universidad. Y la súbita popularidad de los dioses es sintomática: sustitución isomórfica de la fe en la consigna por la fe en otra consigna: esta vez la divina. Cuando el futuro caduca, necesitamos un paraíso de repuesto.

Cuba ha devenido uno de los mayores exportadores de talento, que es precisamente su mayor riqueza natural, cuya reposición llevaría tantos decenios como su acumulación.

Una población masivamente educada, portadora de una autoestima rara en nuestro vapuleado Tercer Mundo, percibe que su retribución jamás estará en consonancia con su preparación profesional o su esfuerzo. Incluso la creatividad más desinteresada, encontrará barreras burocráticas, incomprensión, suspicacia. Un cerco de prohibiciones inhibe la búsqueda de soluciones personales. Permitir ciertas formas de trabajo privado —artesanos, fabricantes de baratijas, pequeños restaurantes—, no es solución para esa masa altamente calificada, dado que se prohíbe a los profesionales ejercer por libre sus oficios,

evitando así el surgimiento de una empresa competitiva, que demuestre aún más la incompetencia del aparato estatal. El ingeniero fabrica pizzas, pero no motores; el médico vende dulces a domicilio y el periodista arma juguetes de papier maché, pero jamás se les permitirá instalar una fábrica o crear un periódico. Y sin hacer constar de forma definitiva la libertad de empresa y comercio de los nacionales, de modo que sea suprimible cuando no se le considere oportuno no es novedad, ya ha ocurrido.

Así, el éxodo se ha convertido en una de las industrias más rentables del gobierno cubano: venta de permisos de salida, cartas de invitación y pasaportes (todo en dólares, *of course*). A pesar de los obstáculos a la salida, y de los crecientes obstáculos a la entrada en los destinos elegidos por este turismo de la supervivencia, continúa la fuga de expectativas y creatividad que serían ingredientes óptimos, algún día, para el saneamiento de la Isla. Excedentes de un talento educado para el futuro, que resulta superfluo en un país catapultado hacia el pasado. Talento en busca de su oportunidad (única e improrrogable) sobre la Tierra. En realidad, déficits de hoy. Y más aún, de mañana.



*Sentido de relación (Serie), (1998)*

# Arte y autonomía de Celia Cruz

**P**OCOS LATINOAMERICANOS HAN ALCANZADO EL ÉXITO comercial de Celia Cruz, la dueña y señora de la música caribeña. Su carrera artística, que abarca un período de seis décadas, tiene mucho que ver con el auge de la música salsa y el desarrollo del *Latin Jazz*. Su impacto no ha sido meramente fortuito: Celia Cruz no es sólo poseedora de una gran voz y figura de los escenarios latinoamericanos, sino que sus decisiones artísticas, su participación directa en todos los detalles de sus grabaciones y actuaciones, y su selección de los números musicales que la hicieron famosa, la identifican como importante autora intelectual del impacto de su música en el mundo.

Celia Cruz Alfonso nació en la calle Serrano del barrio de Santos Suárez, en la ciudad de La Habana, el 21 de octubre... Su padre, Simón Cruz, era empleado del ferrocarril donde laboraba como fogonero en los trenes, mientras que su madre, Catalina Alfonso, se encargaba de los quehaceres domésticos. Celia se crió junto con su hermana mayor Dolores y sus hermanos menores, Bárbaro y Gladys.

Una vez completada la educación primaria, Celia se matriculó en una academia de las hermanas oblatas en la cual estudió mecanografía, taquigrafía e inglés; enseguida pasó a la escuela normal donde pronto obtuvo su certificado de maestra.

Con el comienzo de la radio en la década de los veinte, Celia se deleitaba escuchando la música y las voces de Abelardo Barroso, Fernando Collazo, Pablo Quevedo, Arsenio Rodríguez, Arcaño y sus maravillas, y una en especial: la de la cantante emperatriz del danzonete, Paulina Álvarez.

---

<sup>1</sup> Se agradece a la Jazz Oral History Program de Smithsonian Institution, su autorización para utilizar materiales provenientes de la entrevista con Celia Cruz realizada por el autor los días 25 y 26 de septiembre de 1996.

A Celia siempre le gustó cantar. Ayudaba a su mamá a dormir a los más pequeños con canciones de cuna. Entonaba tan bien las simples melodías con su fuerte voz que hasta los vecinos acudían a oírla, y su primo Serafín empezó a animarla para que participara en los concursos de talento *amateur*, que eran comunes en las estaciones de radio de La Habana de la época.

La idea le hacía poca gracia a don Simón quien, hombre de una época en que la diferencia entre mujer en público y mujer pública no estaba definida por la ideología imperante, se preocupaba porque su hija se dedicara a ser artista. Mas el apoyo irrestricto de su mamá Catalina valió para neutralizar los peros paternos.

Cuba sufría en los años treinta la debacle económica que afectó casi al mundo entero en esa década. Cundían la necesidad y la pobreza entre el pueblo, y los certámenes de canto en las radiodifusoras poseían un atractivo que consistía en que los premios eran, por lo general, canastas de comestibles, cajas de leche condensada y otras cosas por el estilo. En fin, Celia se dispuso a participar en un concurso en la Radio García Serra, de la barriada aldeaña a La Víbora. Compitió con el tango *Nostalgia*, el cual cantó acompañándose con un par de clavecitas a la manera de su ídolo, la establecida Paulina Álvarez. Con este número, Celia pasó la primera etapa de las eliminatorias y obtuvo en recompensa un *cake* (tarta). Tres semanas después Celia ganó la final y recibió de premio una cadenita de plata.

Poco después Celia comenzó a trabajar en forma regular en la radioemisora CMQ como una de los varios intérpretes que apoyados por la orquesta de planta de la estación de radio, cantaban los domingos por la tarde en un programa llamado «Estrellas Nacientes». La paga era mínima, pero el sonido excepcional de la voz de Celia comenzó a oírse a todo lo largo de la Perla de las Antillas.

Después de la crisis económica vino la guerra mundial que afectó negativamente el negocio turístico en Cuba y con ello las posibilidades económicas de una carrera de cantante popular. No obstante, Celia Cruz continuó batallando en su oficio, en esas circunstancias tan poco favorables. Cantaba cuando podía y donde podía: en funciones de «sociedad», en pequeños teatros de la ciudad y en eventos auspiciados por sindicatos obreros.

Por la misma época, Celia también cantaba en otras estaciones de radio capitalinas, como la Mil Diez, del Partido Socialista Popular, y la RHC-Cadena Azul, en la cual la pianista acompañante era, por lo general, otra grande de la canción cubana, la compositora Isolina Carrillo, autora del antológico bolero *Dos gardenias*. Fue durante estos años cuando una tía de Celia, al verla cantar, descubrió que su sobrina no se movía, se mantenía muy rígida en el escenario y le recomendó a Celia que debía moverse más, «sacudir el esqueleto»: consejo que Celia Cruz aprendió muy bien. Desde entonces su canto fue acompañado de un pimentoso contoneo. Comenzó Celia a tomar clases de música, que incluían lecciones de piano y, eventualmente, cursó dos años de teoría y solfeo en el Conservatorio Nacional de La Habana.

En 1946 Celia aceptó una oferta para trabajar en el Teatro Fausto, de La Habana, en el *show* «Sinfonía en blanco y negro», con música del compositor

Bobby Collazo, que incluía a otras cantantes como Xiomara Alfaro y Elena Burke. Un grupo de bellas bailarinas danzaba mientras Celia entonaba números como *Pulpa de tamarindo*, *Puntillita*, *Meneito pa'cá*; este espectáculo cosechó grandes éxitos y continuó por más de dos años, al final de los cuales terminó por llamarse «Show de Las Mulatas de Fuego».

Pronto la fama de las despampanantes mulatas se extendió a ultramar. En 1948, las mulatas y Celia Cruz salieron en largo viaje fuera de Cuba, a México y Venezuela.

Celia aprovechó el viaje a Venezuela para desplazarse hasta Maracaibo, donde cantó como parte de la orquesta cubana Anacaona, integrada completamente por mujeres, y para grabar con La Sonora Caracas.

De regreso a Cuba, Celia Cruz hizo su debut con La Sonora Matancera el día 3 de agosto de 1950, en un programa radial de variedades auspiciado por una marca de jabón. En poco tiempo, el programa transmitido por Radio Progreso, de La Habana, se convirtió en uno de los favoritos de los radioescuchas. Celia comenzó a grabar con La Sonora casi de inmediato. Sus primeras grabaciones con sus nuevos acompañantes fueron *Cao, cao, maní picao* y *Mata Siguaraya*.

En el curso de los siguientes años Celia continuó cantando con La Sonora Matancera por radio y después por televisión, y se convirtió en máxima figura de atracción en la actividad musical nocturna de La Habana, donde compartió el escenario con notables artistas nacionales e internacionales como la famosa *vedette* franco-americana Josephine Baker.

Aunque su nombre ya era conocido fuera de Cuba, con La Sonora Matancera el conocimiento se convierte en fama. Con La Sonora viajó a Haití en 1952. Visitó Colombia, por primera vez, en 1953. Meses antes, Celia Cruz, quien por años había escuchado con fascinación la bonita voz de Matilde Díaz en un radio de onda corta, tuvo la oportunidad de conocer a la estrella colombiana.

Matilde y Lucho Bermúdez visitaron La Habana en 1952, invitados a una celebración oficial. En esa ocasión grabaron varios números con la orquesta de Bebo Valdés, y cuando Celia se enteró de la presencia de Matilde Díaz en la ciudad, inmediatamente se puso en contacto con ella: fue el inicio de una amistad que dura hasta hoy. En Colombia, en 1953, Celia se presentó sin La Sonora en Cartagena, donde cantó en el Hotel Caribe, luego en Bogotá y en Medellín.

En el mundo supermachista de los años cincuenta, una mujer viajando sola podía encontrarse en situaciones difíciles e incómodas. Por eso, con el fin de evitarse problemas, en ésta y muchas otras ocasiones, cuando Celia viajaba sin La Sonora Matancera, ella siempre pagaba de su bolsillo para que la acompañaran en el viaje su hermana Gladys o su prima Nenita.

Celia Cruz nunca fue, ni lo es hoy en día, meramente una gran cantante que tuvo la suerte de grabar una gran cantidad de éxitos fabulosos. Ella, personalmente, escogió todos y cada uno de los números que se convirtieron en *hits*, a menudo en contra de la voluntad de compositores y músicos que querían que ella grabara otro material. Celia estudiaba las canciones que músicos y compositores le traían, leía las letras, las tarareaba y decidía cuáles iba a cantar y cuáles no: siempre grabó las que le gustaban; pero ahí no paraba su interés.



También se preocupaba mucho de que la orquestación de las grabaciones no resultara monótona y, por ello, cambiaba constantemente de arreglistas. En sus elepés con La Sonora Matancera de esa época, Celia, por lo general, se valía de tres o cuatro arreglistas, razón por la que su música siempre sonaba familiar pero no repetitiva.

Celia Cruz con La Sonora Matancera abandonó Cuba con un contrato de trabajo en Ciudad de México en julio de 1960 y ya no regresó. La gira comenzó el día 15 de julio de ese año en el Teatro Lírico de la capital; una semana más tarde apareció Celia con una renovada versión de *Las Mulatas de Fuego* en el Terraza Casino de la misma ciudad.

En ese país, Celia Cruz permaneció año y medio, período durante el cual se presentó por todo el territorio con la caravana de Toña La Negra y aparece en el filme *Amorcito corazón*, en el que canta el celebrado bolero *Tu voz*.

Como ocurre con frecuencia en el caso de mujeres que se distinguen en sus carreras, Celia Cruz no se casó joven. Lo hizo en Nueva York el día 14 de julio de 1962, con el veterano trompetista de La Sonora, Pedro Knight.

Celia se presentó en diversos escenarios en ciudades de Estados Unidos y viajaba con frecuencia a México, donde aparecía en teatros de la capital y *shows* en Acapulco. Se reunió con La Sonora de nuevo en 1965 durante una presentación en Venezuela y a partir de esa fecha volvió a hacer giras con esa orquesta de vez en cuando.

Pero estos años no se equiparan con las glorias de la década anterior hasta que, en 1964, Celia se reúne con un músico dominicano de vieja estirpe merenguera, el flautista Johnny Pacheco. Su primera grabación para Fania, el elepé «Celia y Johnny», resultó un rotundo éxito. Incluía una serie interesante de números, viejos y nuevos, cubanos y latinoamericanos. Entre las canciones viejas Celia escogió precisamente *Vieja luna*, de Orlando de la Rosa; entre los nuevos tuvo que batallar con los directores de la Fania, pues no querían utilizar el *Quimbara*, de Junior Cepeda; la voluntad de Celia se impuso y el *Quimbara* se convirtió en tarjeta de presentación de los conciertos de Celia Cruz con las estrellas de Fania. Como en otras épocas, el singular sentido musical de Celia en la selección del material fue clave para el éxito de la producción. Otra canción seleccionada por Celia Cruz se convirtió también en *hit*, el *Toro mata*, del viejo folclore negro del Perú.

Celia Cruz siempre ha sido amante de la música popular latinoamericana. Adora el folclore de Venezuela y Perú y las composiciones del colombiano Lucho Bermúdez; gusta de cantar rancheras mexicanas. Su vocación latinoamericanista es notable en su siguiente grabación con el boricua neoyorquino Willie Colón que data de 1977, en la que incorporó material de estirpe brasilera: *Usted abusó*; una bomba de Puerto Rico: *A papá*; un merengue dominicano: *Pun, pun, catalí*; una ranchera en tiempo de salsa: *Tú y las nubes*; su cubanísimo *Burundanga*; y una canción uruguaya con ritmo panameño: *Zambúlette y ven pa'cá*.

De Johnny y Willie, Celia pasó a grabar con La Sonora Ponceña de Papo Lucca. Con La Ponceña produjo un exitoso álbum, «La Ceiba y la Siguaraya», para lo cual escogió otra vez un sancocho latinoamericano: números cubanos

como *Sonaremos el tambó*, la bomba puertorriqueña *A la buena sí* y una de sus canciones favoritas de Chabuca Granda, *Fina estampa*.

De esta forma el gusto de Celia por lo latinoamericano transforma y enriquece la vieja música cubana de los años cincuenta, le añade nuevos elementos, ritmos y matices para así contribuir a la elaboración de una salsa que, dejando atrás su origen, se convierte en un género que pertenece a toda América Latina. Con la Fania, Celia Cruz viajó varias veces a Colombia, Puerto Rico y otros países del continente. También se presentó en Zaire, África, con motivo de la pelea de los pesos pesados entre Foreman y Alí.

En el aspecto exterior ha mantenido un cuidadoso control de su imagen. Para cada presentación escoge el material y el color de su vestimenta. Por muchos años sus atuendos han sido preparados por unos pocos sastres de su preferencia, con quienes trabaja de cerca en el diseño de la ropa para los espectáculos. El manejo directo y personal de su imagen artística se extiende literalmente de cabeza a pies: para trabajar en escenarios poco lisos o en algunos casos hasta con peligrosos huecos, Celia a menudo utiliza unos zapatos altos sin tacón, calzado hecho especialmente para ella por un ingenioso zapatero mexicano.

En la década de los ochenta, Celia Cruz alcanzó el pináculo de la fama. Se presentó en todos los países de América Latina, a excepción de Bolivia y Paraguay, y en todas las principales ciudades de Estados Unidos. Viajó a Francia, al Japón —con Tito Puente—, a Suiza, Alemania, Grecia, Italia, España —donde hizo dúo con Lola Flores—, Portugal, Inglaterra y Finlandia. Infatigablemente ofrece su canto en los más diversos escenarios, desde el Carnegie Hall en Manhattan hasta una tarima al aire libre en Buenaventura, bajo un torrencial aguacero, donde se resbaló y cayó, rompiéndose una pierna, lo que no obsta para que dos días más tarde apareciera en otro escenario en República Dominicana, con la enyesada pierna disfrazada con unas botas de lamé.

Aparece en esta década en varias películas: *Mambo Kings* y *La familia Pérez*, y en la telenovela *Filomena*. Su papel de madre de un santero en *Mambo Kings* y de espiritista en *La familia Pérez* contribuyen a afianzar la creencia popular de que Celia Cruz es creyente devota de la Regla de Ocha o Santería. Lo cual no es cierto: Celia Cruz no tiene «hecho santo» ni es creyente de la religión santera.

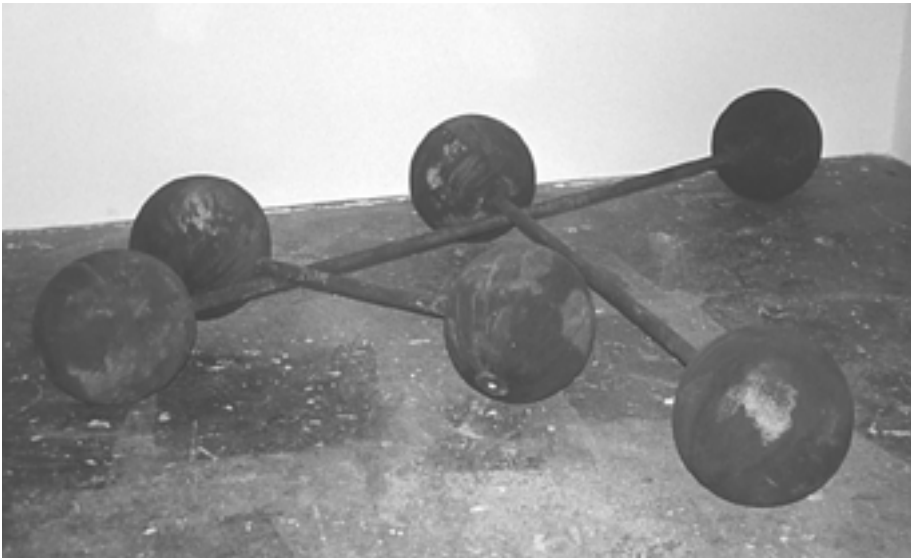
Sus giras por el mundo no cesan: atraviesa el globo de Perú a España, de Hollywood a Río de Janeiro, para cantar a dúo con Caetano Veloso. Vuela a Bogotá en 1993 para estar presente en el homenaje a los cincuenta años de vida artística de Matilde Díaz, con quien entona *Burundanga*.

En estos años firmó un nuevo contrato para grabar con Ralph Mercado y su nuevo sello RMM, dos CD: «Azúcar Negra» e «Irrepetible». En éste último tiene que insistir, contra la opinión de los productores, en la inclusión de un número que termina siendo, como era de suponer, el más popular del CD: *Que le den candela*. Este tema, escogido por Celia solamente por lo pegajoso de su ritmo, toca, sin embargo, directamente el álgido problema de la violencia doméstica. También cantó un número, *Obladí Obladá*, en el reciente tributo a los Beatles. Claro que ella hubiera preferido grabar su tema favorito de los

Beatles, *Yesterday*, el cual ha cantado en inglés en vivo, en el cabaret El Zorro de Acapulco, México.

En la segunda época, la era de la salsa, Celia mantiene su método de trabajo artístico y usa su influencia para añadirle a lo que era básicamente un género caribeño, una pasión por el folclore y las tradiciones de otros países latinoamericanos. El sentimiento de unidad que se desarrolla entre latinos con base en la salsa tampoco es una mera coincidencia: allí también encontramos la intervención artística y directa de Celia Cruz, quien hace de *Fina estampa* un tema más que peruano y de *Zambúlete* algo más que uruguayo o panameño. O sea que con su iniciativa personal, Celia Cruz logra modificar el alcance y carácter de la música hasta hacerla parte del folclore popular latinoamericano.

Celia Cruz mantiene intacta su fuerte voz de contralto. Todavía anhela llevar a cabo un nuevo proyecto: el de grabar un CD compuesto totalmente de boleros, quizá una mezcla de temas nuevos con algunas canciones hechas famosas por Panchito Riset. Éste ha sido su sueño por más de diez años, pero ha tropezado con las objeciones y «mieditis» de los ejecutivos de las multinacionales de la música. Esto a pesar de que la lista de boleros cantados con éxito por Celia es larga e incluye: *Tu Voz*, *Díle que por mí no tema*, *Espérame en el cielo*, *No encuentro palabras*, *Luna sobre Matanzas*, *Desvelo de amor*, *Aunque me cueste la vida* y *Quizás, quizás, quizás*. Esperemos que una vez más, Celia Cruz se salga con la suya y nos regale una selección propia de ese tan representativo género musical latinoamericano que es el bolero.



Fuerzas contenidas. (1997)

# La imagen que se evade

*Eliseo Altunaga*

**A**CIERTA EDAD, CUANDO UNO SE MIRA EN EL ESPEJO NO se reconoce, le parece que ese anciano reflejado en la luna azogada es otro, algo así como una vulgar falsificación de un hombre o mujer cuya belleza ha sido escamoteada. A los tres siglos de su existencia a algunos hijos de la nación cubana les ocurrió lo mismo y como remedo decidieron pintar en la luna del espejo un frío y hermoso retrato que han pretendido, durante mucho tiempo, vender como real. Lo increíble es que la imagen del espejo logró, por lo menos en el campo de la representación artística suplir la realidad. Nuestro reflejo era la copia de un reflejo, aunque debajo de la luna azogada, en las grietas que abría el clima y el tiempo al cosmético, tozuda, la imagen dejaba ver retazos de realidad. Aun hoy el fantasma de aquella falsificación cobra cuerpo y se propaga en visiones a veces desaforadas y hasta en escritos que pretenden una cierta autenticidad intelectual. ¿Somos blancos, latinos y católicos o somos negros, africanos y animistas? El qué somos parece aún no resuelto y la dudosa imagen del espejo aterra, al parecer, a muchos de los reflejados.

Los primeros europeos que llegaron a Cuba no figuran en los álbumes genealógicos; en su mayoría procedían de los sectores marginales, eran castellanos, extremeños y andaluces, luego arribaron canarios, catalanes, gallegos... además de plebeyos estaban lejos de constituir una nación. También era dudosa su pureza religiosa, su latinidad, pues a diferencia de sus rivales ingleses, franceses y holandeses, estuvieron durante siglos bajo la influencia del Islam. Es notorio que hasta el siglo XVI, en la península ibérica convivían musulmanes, judíos y cristianos en constante maridaje. Si durante el siglo XVI, España envió a América Latina en su conjunto poco menos de cien mil hombres, durante el XVII el flujo demográfico es inferior, dejando el crecimiento poblacional un poco a la suerte.

Mientras Europa sufre la depresión económica del siglo XVII, los criollos de la isla realizan su propio esfuerzo y crecimiento.

Casi simultáneamente, desde principios del siglo XVI, comienzan a llegar a Cuba hombres, mujeres y niños de regiones africanas ordenados socialmente desde las más simples organizaciones tribales hasta las de reinos bien estructurados, con diferentes lenguas, costumbres y tradiciones religiosas. Como reza el dicho no por racista menos cierto, la necesidad hizo al mulato. Por aquella época, en bolsones rurales de escasa comunicación se laboraba en extensas siembras de tabaco para el consumo interno, se llevaba adelante la cría ganadera bovina y caballar para la venta de tasajo y pieles y una amplia explotación forestal de maderas preciosas para la fabricación de muebles, barcos y viviendas. Tres siglos de convivencia hibridaron las culturas, confundieron mitos y leyendas, procrearon miles de mulatos e hizo surgir a un criollo, casi siempre hijo o nieto de mulata o negra, que fabricaba los más grandes barcos del mundo y fundía cañones y morteros, desarrolló numerosas ramas artesanales, desobedecía las leyes, era irreverente, desarrollaba el contrabando y asumía un cierto desdén por los peninsulares. Sensual y parrandero, gesticulador e indiado, gustaba del café con leche y el aguardiente, visitaba las fiestas de mulatas y negros libres. En las casas de campo amancebaba africanas que le parían decenas de hijos que se criaban a su amparo, y en las casonas de la ciudad vivía junto a decenas de sirvientes negros y mulatos. En los puntos muy alejados era la única autoridad. También criollos, había miles de negros y mulatos artesanos y maestros de oficio libres, funerarios, vendedoras de fiambres, tejedoras y hasta parteras y comadronas. Esos negros y mulatos criollos libres, aunque humildes, tenían aspiraciones similares al resto de los criollos y en no pocas ocasiones mucho mejor condición económica que los peninsulares pobres. Algunos poseían esclavos, un negocio, un buen oficio o una profesión como la de músico o pintor. También había africanos libres en la misma condición e incluso poseían negros criollos como esclavos. Ese criollo, blanco, mulato o negro difería sólo por el color de la piel y por el monto del dinero que podría manejar en zonas alejadas de Dios y de la ley o en una ciudad como La Habana donde el oro parecía ser el más grande signo de nobleza. Ya ese criollo, si no cubano, tenía el comportamiento básico que lo hace diferir del peninsular, aún del sevillano, y esos rasgos los asumían con orgullo mulatos, blancos y negros que han quedado estampados en la tradición de la cultura popular de España. Ya era otro, por lo menos un isleño, un tostado, uno distinto.

Al hablar de la población de la isla, y en particular de La Habana, a finales del siglo XVI, el gobernador Francisco Carreño afirmaba: «centro de todos los más delincuentes que vienen desterrados del Perú y de la Nueva España y de otras partes, y asimismo los que envían por casados a España y mercaderes quebrados, mujeres huídas de sus maridos que vienen en las flotas y frailes en hábitos de legos y gentes bajas... marineros que se huyen de las armadas y flotas y andan por los hatos y labranzas de vecinos ni temen a Dios ni a la justicia real». Citado por Roland T. Ely: *La Economía Cubana entre las dos isabeles, 1492-1832*, Editorial Librería Martí, La Habana, 1960, segunda edición, pág. 31.

A diferencia de las islas inglesas, francesas y danesas, Cuba, la mayor de las Antillas hasta mediados del siglo XVIII vivió al margen de la economía de plantación. La naturaleza misma del sistema de trabajo obligaba a que europeos y africanos trabajaran juntos en las más diversas tareas.

En el inicio de la riqueza azucarera, sobre todo en Occidente los negros y mulatos libres no sancionaban el sistema por un conjunto de razones. Eran isleños y a veces sus orígenes en la isla se remontaban a uno o dos siglos atrás. No se consideraban ni bozales, ni ladinos, ni africanos, eran criollos, y algunos rellollos como se llamaban los de varias generaciones nacidas en Cuba, libres, y en muchas ocasiones emparentados o relacionados con familias acaudaladas. Aunque eran víctima de arbitrariedades y prejuicios raciales tenían derechos y deberes ante el estado colonial que los manipulaba. Vivían una vida cotidiana con los dramas y problemas de cualquier familia ordinaria. En la isla, no surgió como en Haití, Guadalupe y Martinica una lengua criolla, creole, con voces y sintaxis africana, sino que sirvió de patrón lingüístico para todos los criollos blancos, negros y mulatos, el castellano con elementos de entonación y geminaciones que tenían como base las lenguas africanas. Hablar la misma lengua otorgaba un elemento aglutinador. Para ellos, los hombres de culturas yoruba, arará, bantú y carabalí que no hablaban bien el castellano eran tan extranjeros como un vasco, un catalán o un gallego que no hablase bien el castellano. Asimismo, muchos blancos pobres y negros y mulatos libres participaban en la maquinaria represiva colonial contra los alzamientos de esclavos provocados por los abusos y maltratos. Negros y mulatos eran también contramayorales, rancheadores, miembros de batallones de pardos y morenos, proxenetas, amanuenses, contrabandistas, tahúres, carceleros, policías y confidentes.

Mientras encontraban una solución teórica y práctica y el esclavo pudiese producir más barato que el azúcar de remolacha, los hacendados mantuvieron el régimen de plantación, intensificaron el trabajo esclavo, fortalecieron la despótica administración colonial y enriquecieron a sus corruptos funcionarios y burócratas para contrarrestar las presiones británicas y las conspiraciones internas. Por ejemplo, el capitán general Leopoldo O'Donnell recibía tres onzas de oro por cada esclavo introducido en Cuba y hasta la reina regente María Cristina de Borbón participaba en las utilidades. Aun en esas condiciones difíciles «los hacendados gozaron el privilegio que sus ingenios no respondieran a las deudas contraídas por sus propietarios; y durante muchos años también el azúcar cubano monopolizó el mercado internacional por su calidad y por el volumen de su producción. La industria azucarera cubana llegó a producir la cuarta parte de la producción mundial. Casi sin competidores, en un mercado necesitado de azúcar, los hacendados cubanos normalmente determinaban el precio del producto alto de por sí a la medida de sus intereses.» Raúl Cepero Bonilla. *Escritos históricos. Azúcar y Abolición*. Ed. Ciencias Sociales, 1969. La Habana, págs. 35-36.

Fue la plantación y su jerarquía económica quien dividió al cubano y creó un proyecto de identidad de negro africano y blanco europeo.

«La pintura que se inicia en Cuba a principios del siglo XIX —la Academia de San Alejandro fue fundada en La Habana por el francés Juan Bautista Ver-may en 1817— tuvo antecedentes sólo en los grabados realizados por artistas extranjeros de paso por la Isla. A lo largo del siglo, la pintura, académica siempre (neoclásica primero, de un paisajismo a la manera de Barbizón después) se negará sistemáticamente a considerar al negro como asunto posible. Escenas religiosas, retratos oficiales, paisajes brumosos por los que atraviesan personajes idílicos, escenas de la vida acomodada de la burguesía o modelos de la Academia: he ahí toda la gama de posibilidades temáticas.

Queda, pues, para el grabado, la galería de personajes del pueblo. Y es en ellos donde se fija la tipología de nuestro siglo XIX, con extraordinaria gracia y ligereza». Adelaida de Juan. *Pintura cubana: tema y variaciones*. El negro en la pintura cubana del siglo XIX. Ed. Contemporáneos. UNEAC. 1978, pág. 25.

Poco a poco se desplaza el arte de los criollos negros y mulatos. Las tallas de madera, los íconos de los santos realizados por hábiles artistas negros no sólo son sacados de las iglesias sino quemados. Los murales de la vida cotidiana son borrados de las casas y los muros y las fachadas. El criollo rico abjura de su imagen y busca en Europa una máscara o un disfraz para ampararse de su mestizaje.

Fueron pinceles pagados los que se encargaron de dar color a la luna azo-gada. El auge del grabado fue uno de sus instrumentos para dar a esta imagen un soporte de verdad, un seudo mundo referencial que apela a la idea de lo que el criollo rico quiere ser. Grabadores franceses realizan láminas litografiadas donde el criollo rico es limpiado con modelos europeos. En esa imagen el criollo rico era visto como un francés o un austríaco y los negros y mulatos como exóticos y graciosos servidores etíopes. La existencia como población activa de negros y criollos libres es evadida o censurada.

«... Lo único cubano, porque estaban instaladas en Cuba, eran las prensas. El verdadero mundo cubano, menos limpio y organizado, con sus contrastes desgarradores y, para entonces, ya con la fatiga del modo de producción que animaba a la colonia esclavista, no aparecía en las hermosas láminas. Todo devenía herencia y recurrencia, que moldeaban la comprensión y se asumía como válida. Tipos y costumbres constituyeron el *color local*. Se complacía la pupila del consumidor que deseaba disfrutar la benevolencia tropical pero contaminarse poco con *lo negro* de una isla de negros esclavos. La engañifa reside en que, al convertirlos en referencia atendible, aquellos elementos se extrapolan y toman por históricos. Les hicieron eco incontables zarzuelas y escenificaciones, no pocas páginas y toda una injustificada nostalgia y un bucolismo dúctil, que repetían hasta la náusea un mundo colonial idílico, apacible, de calesas y hamacas, refrigerios en amplios salones, abanicos y muebles torneados. Si en aquellos grabados la vida de las plantaciones parecía diferir muy poco del salón aristocrático, el pasado esclavista resultó exaltado por sus elementos ornamentales. Acriticismo y reiteración de lugares comunes se sumaron a una comprensión de indolentes coleccionistas. Cuba venía a ser un paisaje, un clima seductor, accidentado por hombres y mujeres *típicos*,

instintivos y candentes, cuando no abúlicos, pero siempre domeñables y sensuales». Reinaldo González. *Contradanzas y latigazos*. Editorial Letras Cubanas. La Habana. 1983, pág. 11-12.

Básicamente, salvo excepciones, en el cine, la radio y la televisión cuando se asume ese pasado se ve al negro como africano y al blanco como rico, europeizante y refinado. Es escaso encontrar el drama de un criollo negro o mulato libre, sus preocupaciones o su vida cotidiana. La imagen creada toma legitimidad y ahora intenta, al parecer, ocupar también espacio en los llamados estudios científicos o de pensamiento. Centro de Estudios Cubanos, cubanos que estudian el centro de la nación, intentan, como Arango y Parreño iniciar la historia en el instante de la mascarada e iniciar el surgimiento de la llamada *cultura afrocubana* en el siglo XIX. Una expresión que se le llama *afrocubana* como si a la llegada de los africanos ya existiese una nación cubana compuesta por hombres católicos y caucasianos que recibieron *un aporte* con los negros esclavos.

Nuestro pasado es turbio y si queremos conocerlo tenemos que verlo desde una perspectiva plural, múltiple y cosmopolita. África, Europa y Asia se fundieron como metales en un horno y para conocer los orígenes de esa fusión, los componentes hay que encontrarlos en diferentes regiones del planeta. En realidad cualquier abordaje de deslinde y desagregación es sólo un ejercicio intelectual, la cultura cubana es una e indivisible, lo que fue ya no es. Como agua ya pasada, como un colador en un río es imposible atrapar el misterio de lo que se fue. La cultura cubana es la resultante de la hibridación de espiritualidades de pueblos diversos, la fusión de enajenados discursos marginales, usando un término de Severo Sarduy la *summa* insular, el *curriculum cubensis*, una reverberación, un eco, un destello del que sólo atrapamos su apariencia.



# El renacimiento religioso en Cuba

---

## Elementos formadores de la conciencia religiosa del cubano

LA CONCIENCIA RELIGIOSA DEL CUBANO DE NUESTROS días es el resultado del choque entre las distintas etnias y culturas que han ido poblando la isla desde el inicio de la colonización. El primer choque, que es el que se da entre indígenas amerindios y colonizadores españoles, se salda con el aniquilamiento de los tres grupos aborígenes que habitaban el archipiélago cubano a la llegada de Colón. En poco más de una centuria guanajatabeyes, siboneyes y taínos sucumben a la ruda explotación colonial, dejando apenas reminiscencias en la arquitectura rural, el léxico y la raza, amén de su imagen como icono en la santería y ciertos hábitos como el tabaco, muy usado en las ceremonias afrocubanas para sahumar a los *oríshas* (dioses africanos), que en Cuba son fumadores. Con los indios sucumbieron también sus dioses.

El segundo choque enfrenta a los colonizadores y a los africanos arrastrados al Nuevo Mundo en el fondo de los buques negreros hasta más allá de mediados del XIX, y será factor determinante en la formación de la nacionalidad cubana y de su peculiar visión mágico-religiosa del mundo. Como cultura dominada, en el largo proceso de su asimilación, el negro bozal (recién llegado de África) y el negro criollo no sólo hicieron de sus creencias originales el baluarte de su identidad marginada, sino que además lograron imponerla como visión metafísica del cubano en general, llenando de un contenido africano a los dioses cristianos que les impusieron sus superiores blancos y relegando el dogma católico a un papel formal.

La masiva emigración haitiana desatada por la Revolución de Toussaint Louverture a fines del XVIII —emigración que por razones laborales se prolongará hasta más

*Jorge A. Pomar*

allá de la segunda mitad del XX— trajo a la isla el vudú, un culto que a la postre, dadas las dificultades lingüísticas y la férrea segregación de los haitianos, quedaría confinado a la comunidad haitiana en Oriente como un matiz folclórico regional. En materia de fe, más que asimilar, los haitianos serán asimilados. Por lo demás, este tercer choque interreligioso entra de lleno en el segundo.

Algo similar ocurre con la cuarta ola de inmigrantes: los chinos, que a partir de la segunda mitad del XIX arribaron a Cuba en una cifra que se calcula en más de cien mil (casi un décimo de la población cubana de entonces) y cuyos descendientes han sufrido una lenta pero perfecta asimilación a la cultura cubana, sin dejar huella visible en el campo religioso.

A partir de principios del siglo XIX, y en particular después del cese del dominio español, hace su entrada en la isla un quinto credo religioso: el protestantismo, cuyas sectas ganan adeptos en la clase media urbana. No obstante, la idiosincrasia anglosajona inherente al protestantismo aparecerá a los ojos del cubano corriente como un elemento extranjerizante que no encaja en absoluto en su mentalidad mágico-religiosa.

En las últimas décadas del XIX hace su entrada en la isla el espiritismo kardeciano, cuya variante popular, correrá mejor suerte que el protestantismo, amalgamándose con las religiones afrocubanas, en las cuales el culto a los antepasados se equipara con el culto a los orishas. La «misa espiritual» llegará a ser tan popular en Cuba que a fines de los años 50 ocupaba uno de los programas radiales de más audiencia en el país.

#### RELIGIÓN VERSUS MARXISMO

El sexto credo es, paradójicamente, un fenómeno de orden socio-político: la Revolución de 1959, que bajó triunfante de las montañas bajo el manto de los iconos que adornaban los grandes pañuelos de los «barbudos» de Fidel Castro: imágenes de Santa Bárbara (Changó), San Lázaro (Babalú Ayé), la Virgen de la Caridad (Ochún), la Virgen de Regla (Yemayá), El Niño de Atocha (Eleguá)... Aquellos pañuelos no eran sino la parte visible del iceberg de protección religiosa que acompañó a los rebeldes, que llevaban en el cuello, en los bolsillos o atados a los calzones un sinfín de amuletos y resguardos afrocubanos, junto a conjuros y oraciones cristianas. Aparte de considerarse amparados por *ebós* (sacrificios), promesas y rezos propios o de sus familiares. Lo cierto es que en los días siguientes al triunfo revolucionario, iglesias, santuarios como los de El Cobre, en Oriente, y San Lázaro, en La Habana, e innumerables altares afrocubanos (Regla de Ocha y Palo Mayombe) se vieron atiborrados de exvotos de sentida gratitud. En la imaginación popular, los dioses africanos, ante cuyos *otanes* (piedras sagradas) habían «movido los caracoles» ambas partes en conflicto —batistianos y castristas— se habían dedidido claramente a favor de los segundos. De este modo —interpretaba el creyente— en la enconada pugna entre tirios y troyanos cubanos, los dioses del Olimpo afrocubano habían acabado por favorecer a las huestes castristas. Más aún, el propio Fidel Castro era y es visto hasta hoy, según la tipología yoruba, como una encarnación de Changó, el más popular de los *orishas*, prepotente y guerrero,

dios del trueno, como el Ares de los griegos o el Wotan (Odín) germánico. Pero no sólo el cubano de la calle pensaba así: en los primeros meses de la Revolución, *Bohemia*, el semanario de mayor circulación en el país, publicaba en portada imágenes de los tres principales líderes revolucionarios con un halo luminoso alrededor de la cabeza.

Sin embargo, pocos años después, la Revolución se proclamó socialista, entrando en una guerra más o menos declarada contra todas las religiones. Por su carácter totalitario, que incluye una fuerte ideología materialista, excluía toda competencia metafísica, convirtiéndose *de facto* ella misma en sucedáneo religioso.

El resultado fue que las iglesias se vaciaron y aún los raigales cultos afrocubanos vieron mermar su feligresía. Si se era o aspiraba a ser militante comunista o a disfrutar de todos los beneficios del sistema —salvo excepciones notables—, no se podía ser creyente. En consecuencia, disminuyeron las manifestaciones externas del culto. Curiosamente, si excluimos al catolicismo —religión oficial y por tanto archiconservadora en tiempos coloniales y republicanos— y al protestantismo —ahora más lastrado que nunca por su origen anglosajón, o sea, como portador de la idiosincracia del gran enemigo del Norte—, los cultos afrocubanos pasaron entonces a un status similar al que tenían antes, o sea, a la marginalidad, como una de las tantas manifestaciones de ignorancia y superstición condenadas a desaparecer bajo las luces de la ilustración revolucionaria.

La actitud popular ante la nueva coyuntura se puede resumir en la siguiente frase: puesto ante la disyuntiva de elegir entre la fe revolucionaria, en la que creía y le convenía creer, y la fe religiosa, que no podía abandonar, el cubano corriente acabó por «guardar» a sus dioses, negándolos en público y haciéndose perdonar la falta con el culto privado. En cuanto a los ritos y sacramentos cristianos, como el bautizo, la comunión, la eucaristía, las misas de difunto o las bodas por la iglesia, prescindió casi completamente de ellos. Sin remordimientos, porque en el fondo nunca habían sido otra cosa que respetables formalidades sociales, más cuestión de prestigio que de fe en un país donde, dado el fortísimo influjo religioso de los negros —demográficamente mayoritarios hasta mediados del siglo XIV—, el catolicismo jamás alcanzó el grado de adhesión característico de las colonias españolas en América del Sur.

#### **CRISIS REVOLUCIONARIA Y DESTAPE RELIGIOSO**

A partir de la década del 80, empezó a operarse un vuelco radical en la actitud religiosa de los cubanos. Desde entonces las iglesias católicas han visto aumentar sostenidamente la asistencia a sus templos; están de moda el bautizo y la comunión, otrora los sacramentos más populares e incluso el matrimonio por la iglesia, un tabú absoluto hasta hace poco tiempo. Las homilias de los obispos han ganado en audiencia, al extremo de que en 1991 la pastoral de los obispos cubanos *El amor todo lo puede*, una especie de crítica reformista del estado de la nación, agudizó el conflicto entre la Iglesia católica y el Estado. Las sectas protestantes no se quedan detrás: ganan adeptos en todos los estratos sociales.

Pero el cambio más espectacular se registra en los cultos afrocubanos. En virtud del efecto nivelador de la propia Revolución, amplios sectores de la población blanca se han sumado a los distintos cultos afrocubanos. De repente, la gente no oculta sus *elekes* o collares religiosos, calles y caminos se han llenado de hombres y mujeres vestidos de blanco de pies a cabeza: son los *babalaos* e *ibalochas* (sacerdotes de las Reglas de Ocha y Palo Mayombe) y los *iyabós* (neófitos o iniciados). Están en boga los «registros» o consultas, los exorcismos y despojos. Y el repiquetear de los tambores en los *bembés* o fiestas en honor a los orishas se deja escuchar con más frecuencia. Los niños de pecho vuelven a llevar el infalible lacito rojo con el azabache contra el «mal de ojos» (*ieltatura*). En algunos pueblos de campo son cada vez más los creyentes que, antes de salir por la mañana zumban el jarro o el balde de agua purificador frente a la puerta de la calle para «alejar las malas influencias». El ojo con el puñal hundido en el iris sangrante vuelve a desarmar la mirada del malintencionado en las salas de muchas casas. Se multiplican los *kariochas*, como se denomina en yoruba a los costosos ritos iniciáticos. Se soborna a los empleados de los juzgados para que permitan regar *afochés* (polvos mágicos) en la sala del tribunal. Muchos estudiantes van «cargados» (con resguardos o amuletos) o hacen algún *ebó* propiciatorio antes de presentarse a exámenes. Y aún en los espectáculos deportivos se escuchan voces burlonas que gritan a los jugadores en mala racha: «Oye, no funcionó eso que regaste en la cancha» o «Ese polvo no era bueno». Aparecen cada vez más brujerías (cocos, maíz tostado, gallinas prietas y animales muertos, huevos rotos, racimos de plátanos con cintas coloradas, merengues, caramelos, monedas de cobre, etc.) al pie de árboles sagrados como ceibas, jagüeyes y palmas o en las encrucijadas de los caminos y los cementerios... Han reaparecido los pagadores de promesas con su vestimenta de saco de yute o de los colores del santo correspondiente, pidiendo limosnas por las calles para pagar sus deudas con los orishas.

El 7 de septiembre los habaneros celebran con gran entusiasmo el día de la Virgen de Regla (Yemayá) en la localidad ultramarina de Regla. Un día después, el 8 de septiembre, los orientales acuden masivamente a la Basílica de El Cobre para asistir al homenaje a La Virgen de la Caridad, patrona de Cuba, sincretizada con Ochún, la Afrodita yoruba. La víspera del 4 de diciembre, día de Santa Bárbara o Changó, es otra vez noche de velada masiva en todo el país. El 17 de diciembre, día de San Lázaro o Babaluayé, el milagroso santo leproso de los perros y las muletas, la procesión a su santuario en la localidad habanera de Rincón vuelve a ser una de las más multitudinarias e impresionantes de América.

Un dato inconfeso: los barcos cubanos que desde mediados de los 70 transportaban armas y combatientes a países africanos como el Congo, Angola, Mozambique o Guinea Bissau, traían clandestinamente de regreso, por encargo de ibalochas, babalaos, paleros y abakuás, tierra y piedras sagradas de África. De la misma forma, los aviones que regresan de La Habana a La Florida con los emigrados visitantes cargan también extraños envoltorios llenos de tierra y piedras del suelo «sagrado» de la isla, e incluso algún que otro hueso

humano hurtado de los cementerios para las *ngangas* o calderos sacramentales de los mayomberos, que «trabajan con muerto». Y es que a 90 millas de las costas de la isla, el fervor yoruba de los cubanos del exilio, con su casi atávico culto al pasado, supera con creces al de sus compatriotas insulares.

Entre los años 1989 y 1993 —los más graves de la actual crisis—, toda Cuba escuchaba con expectación el inquietante *itá* (oráculo) para el año entrante emitido por los babalaos de mayor reputación. Tras algunas vacilaciones y confrontaciones (sobre todo con el clero católico), la reacción del Estado frente a este escandaloso *revival* religioso se ha ido perfilando poco a poco como una estrategia conciliatoria en busca del reconocimiento de las respectivas competencias de las partes en conflicto.

Un primer paso consistió en abrirles las puertas del Partido a los creyentes que se considerasen revolucionarios, o sea, a quienes, descontando sus discrepancias metafísicas con el marxismo, apoyaran en todo lo demás la línea ideológica de la Revolución. Pero esto presupone un verdadero acto de acrobacia por ambas partes, pues la ideología marxista oficial excluye en principio el sentimiento religioso de la vida. Para aquellos militantes que durante décadas habían tenido que ocultar sus creencias religiosas, significaba reconocer una vieja impostura. Para muchísimos revolucionarios que durante tanto tiempo habían sido discriminados por motivos religiosos, la reivindicación llegaba demasiado tarde. Por lo demás, en unos y otros el fervor revolucionario distaba ya mucho de ser el de los años románticos de la Revolución.

Otra señal inequívoca en tal sentido fue la visita a Cuba del Oni de Ifé (Nigeria), reconocido como el sumo sacerdote de los yorubas y recibido en Cuba con todos los honores correspondientes a un jefe de Estado. Aunque Fidel Castro personalmente, en su oceánica oratoria, jamás había dicho en público una palabra sobre cultos afrocubanos, ni en bien ni en mal (en sus más de 300 páginas, el texto de su entrevista con el clérigo brasileño frei Betto, titulado *Fidel y la religión* no hay ni una sola referencia a los cultos afrocubanos), el gesto de invitar al Oni nigeriano encajaba perfectamente en su activa política africana. De modo que, cuando éste, al despedirse, aconsejó encarecidamente a todos los yorubas cubanos que ante todo había que «querer y cuidar a Fidel», hubo más comprensión que asombro, toda vez que en puridad el conflicto entre el Estado cubano y los cultos afrocubanos jamás se ha planteado en términos políticos, ni siquiera en tiempos coloniales.

No se puede decir que ocurra lo mismo con el catolicismo, pero de hecho la invitación al papa Juan Pablo II apunta en la misma dirección, con la particularidad de que en este caso el gobernante cubano puede legítimamente aludir a su educación jesuíta. Sin embargo, al decir de la *vox populi* criolla, Juan Pablo II es un papa «duro de pelar», que «muerde» (habla) bien español y —polaco de nacimiento—, «se las sabe todas» en materia de socialismo real y surreal. Por otra parte, aunque menos del diez por ciento de la población cubana frecuenta los templos católicos, no es menos cierto que todos los creyentes afrocubanos, negros o blancos, se consideran a sí mismos católicos, apostólicos y romanos, cosa que hasta cierto punto son, al menos sincréticamente. Sea

como fuere, los cubanos, siempre dispuestos a contemplar una buena pelea de gallos finos, esperan expectantes el encuentro entre el *aché* (carisma) del pontífice de Roma y el del «Siete Rayos» del patio, por más que ambos ya hayan visto pasar sus mejores tiempos. *Itá* yoruba: «La sangre no llegará al río».

### LOS CULTOS AFROCUBANOS

La *Santería* o *Regla de Ocha* es el principal culto afrocubano y fue introducida en Cuba por esclavos yorubas provenientes de Nigeria. Por su nivel de desarrollo teológico puede ser equiparada con la mitología grecorromana, con la salvedad de que el politeísmo yoruba incluye la existencia de un Dios-Padre preexistente, engendrador de los primeros orishas y, por intermedio de ellos, creador del cielo y de la tierra. Pero este Olodumare (Olofi) —que no es omnisciente ni omnipresente— es un dios «jubilado» que ha dejado a cargo de los orishas la atención de los asuntos terrestres y, por tanto, no es objeto de culto. La relación entre orishas y hombres es similar a la que se observa en la *Iliada* y la *Odisea*: los orishas se inmiscuyen constantemente en los asuntos humanos, tomando partido a favor de los suyos (hijos) en los conflictos y perances de la vida cotidiana, o bien castigándolos cuando incurren en faltas. A su vez, no es raro que *aborishas* (creyentes) e *ibalochas* y *babalaos* (sacerdotes) castiguen a sus dioses —por ejemplo, defenestrándolos, poniéndolos «a dieta» o virándolos boca abajo— cuando, pese a todas las rogaciones y ebós, éstos no les cumplen alguno de sus más caros deseos. Junto a los mitos teo-cosmo y antropogónicos, los *patakies* (leyendas divinas) narran las aventuras y desventuras de los orishas, tan veleidosos y vulnerables como cualquier ser humano. Roban (incluso al mismo Olodumare, el Dios-Padre), pecan y hasta cometen incesto.

*Grosso modo*, el clero yoruba se compone de *iyabós* (neófitos), *ibalochas* (sacerdotes consagrados) y *babalaos* (máxima jerarquía clerical). Estos dos últimos comparten los distintos cargos y funciones organizativo-administrativas (sacristanía) inherentes a los distintos oficios del culto. La Regla de Ocha carece de una estructura jerárquica centralizada. Cada *ilé* o «casa de santo» (templo), siempre la propia casa del santero, es independiente de los demás y en principio hay tantos como santeros que ejercen el sacerdocio. Aunque existe una comunidad religiosa mayor que el *ilé*, compuesta por todos los iniciados («ahijados») de un santero viejo. Algo así como una jerarquía de la edad, remedo de la antigua estructura tribal africana. Las mujeres juegan un papel muy importante en la Regla de Ocha, pero les está vedado alcanzar el grado máximo de *babalao*.

Una persona puede «hacerse santo», o sea, ordenarse como sacerdote yoruba, por razones de enfermedad y, a sugerencia del *itá* (predicción iniciática), no ejercer el sacerdocio. *Ibalochas* y *babalaos* detentan también funciones de curanderos; antiguamente eran de hecho los médicos de la tribu. En parte siguen ejerciendo esta función, ya sea por medio de la medicina natural (hierbas, cocimientos) o de recursos mágico-adivinatorios (oráculos, «desposos», *ebós*, etc.). Pero por lo general se limitan a complementar psicoterapéuticamente la labor de los médicos profesionales. En Cuba era y sigue siendo

usual que el médico mande al paciente al babalao y, viceversa, que el babalao mande al creyente al médico. En cuanto a las cuitas de la vida cotidiana, más que en sus sistemas adivinatorios y sus virtudes mágico-religiosas, ibalochas y babalao se apoyan en un hondo conocimiento de la psiquis de sus fieles.

Los orishas se comunican con los hombres por diversos medios: signos, sueños o incidentes numinosos. A través de varios tipos de oráculos: 1) El *biagué*, que son cuatro *obinús* (pedazos de coco) que el ibalocha tira al suelo y, según cuántos caigan boca arriba o boca abajo, dan una respuesta positiva o negativa a la pregunta formulada. 2) El *dilogún*, un juego de 16 *cauríes* (caracoles) que, según cómo se combinen al caer, responden con un refrán a la consulta formulada. 3) El *tablero de Ifá*, máximo sistema adivinatorio yoruba y, como tal, prerrogativa absoluta de los babalao. Se supone que el Altísimo (Olodumare) habla aquí por boca de Orula, orisha de la sabiduría. Consta de un tablero mágico y de dos métodos adivinatorios: los *ikines* (16 semillas de palma) y los *ekuele* (12 collares o cadenas de conchas o semillas). Por supuesto, los *odus* (vaticinios) de estos sistemas adivinatorios pueden interpretarse en distintas formas según el caso. En última instancia, si el «santo se emperrea», o sea, se empecina en dar una «letra» nefasta, el ibalocha o babalao repite la consulta. El *odu* puede resultar halagueño (*iré*) o nefasto (*osobo*). El *iré* trae dinero, amistad, amor, salud, prosperidad material o la solución de algún problema. El *osobo* significa lo siguiente de acuerdo con el *odu* o letra:

ODU O LETRA	SIGNIFICADO
Ikú	La muerte
Ona	Castigo
Ofo	Trastornos
Eyó	Líos con la justicia
Areyé	Discordia, odio, envidia
Ogo	Brujería

He aquí algunos refranes del *dilogún* (sistema de adivinación por *cauríes* o caracoles):

ODU O LETRA	REFRÁN
Obará	«El rey no dice mentiras»
Osa	«Su mejor amigo es su peor enemigo»
Eyioko-Eyeunlé	«Quieren quitar a un rey por la fuerza»
Eyiroso-Oché	«Muerto busca a quién llevarse»
Oché-Obara	«Una cosa piensa el borracho y otra el bodeguero»
Obara-Odi	«Perro tiene cuatro patas y coge un solo camino»
Ogunda-Odí	«Lo que se sabe no se pregunta»
Okana Sodi-Ofún	«El que mucho abarca poco aprieta»

Así como la Iglesia se sirve del latín como lengua litúrgica, los sacerdotes de la Regla de Ocha se expresan en yoruba, una lengua que muchos dominan en

distintos grados y que ha hecho numerosos aportes léxicos al habla popular cubana.

Finalmente, los orishas transmiten sus deseos por medio de la posesión mediúmnica de sus adeptos en trance. Se dice entonces: «A fulano lo montó el santo» o: «Mengano se subió». Y el «montado» o «subido» se contorsiona, pone los ojos en blanco y/o ejecuta una danza mimética alegórica que permite reconocer al santo que lo ha montado, al tiempo que repite enfáticamente el mensaje del orisha. Pero en el aparente desorden de estos espectáculos, donde todos los presentes se mueven al compás de cantos y tambores y a veces varias personas entran simultánea o sucesivamente en trance, todo está sujeto a una especie de coreografía litúrgica. Aparte de en el marco ritual apropiado (no en todos los ritos se debe hacer, o en todo caso no todo el mundo) los creyentes pueden entrar en trance en cualquier momento o circunstancia de la vida. Según la creencia, cada individuo tiene su *eledá* o ángel de la guarda y su orisha o dios tutelar.

Los yorubas adoran el monte, los árboles y las piedras sacralizadas u *otanes*, los mares y los ríos, considerados habitáculos de los dioses. Veneran a los difuntos y antepasados casi tanto como a los orishas. Porque, al decir de los santeros: «El muerto parió al santo». Creen en la metempsicosis o transmigración de las almas de los difuntos, que según ellos reencarnan en objetos, plantas, animales y seres humanos. La muerte es en este sentido una transición a otra forma de vida. No hay por tanto una concepción del cielo como premio al buen comportamiento en la vida. Todo lo bueno reside en la tierra. La muerte es una desgracia transitoria y los muertos están siempre presentes y pueden hacer bien o mal; es preciso rendirles culto y estar siempre en buenos términos con ellos.

Aunque su origen es diferente, las *Reglas Congas*, también llamadas *Palo Monte* o *Palo Mayombe*, y la *Regla Abakuá* o *Ñañiguismo*, presentan numerosas afinidades con la Santería o Regla de Ocha. Los adeptos de ambas no sólo reconocen como propias a las principales divinidades del panteón yoruba y comparten la mayor parte de sus fundamentos, sino que además suelen ser a la vez creyentes yorubas, pudiendo «tener santo hecho» y ejercer como ibalochas o babalaos.

La diferencia entre Regla de Ocha y Palo Mayombe radica en que *paleros* o *mayomberos* —también conocidos como *nganguleros*— ponen el énfasis en el aspecto satánico, «apropiándose» del espíritu de los *npungus* (difuntos) para hacer «daño» o incluso causar la muerte de un enemigo suyo o de su cliente. «El muerto cierra un pacto con el vivo y hace todo lo que el vivo le manda», dijo un mayombero famoso. A tal efecto, la *nganga* (caldero o prenda mágica del ngangulero), debe contener huesos del muerto con que ellos «trabajan». De la fortaleza de la personalidad a la que hayan pertenecido los huesos depende el mayor o menor poder de la *nganga* y del ngangulero, a quien acuden los creyentes para destruir a sus adversarios o resolver algún problema de otra índole. El ngangulero puede haberse iniciado en el llamado «mayombe judío» o maléfico (*nkisi*) —nótese aquí el uso del léxico despectivo católico—



o en el «mayombe cristiano» o benéfico (*ndoki*). En el segundo caso las afinidades con la Regla de Ocha, en principio consagrada al bien, son obvias. Por lo demás, el ngan gulero es un gran conocedor del monte y de las hierbas y plantas que curan los males del cuerpo y el alma. Una diferencia esencial con la santería es que las mujeres pueden alcanzar el grado máximo de *mama-nganga*, equivalente al de *papa-nganga* o *taitanganga* en los hombres. Su predilección por el mundo de los difuntos, emparenta a la Regla de Palo Monte con el espiritismo popular. La lengua litúrgica del ngangulero es un kicongo cubanizado.

En otro tiempo, los mayomberos tenían fama de sacrificar seres humanos para dar sangre a sus *ngangas*. La prensa sensacionalista tejió toda una leyenda macabra alrededor de la Regla de Palo Monte. Y cada vez que desaparecía un niño, se temía que hubiese ido a parar al caldero mágico de un «brujo» o sea, un mayombero. Sin embargo, nunca se pudo comprobar un hecho semejante.

Por su carácter esotérico, su profusa ritualidad, su culto a la «hombría», sus tabúes sexuales y alimentarios, su riguroso código de conducta y la presencia de un mito originario y un secreto vedado a los profanos, la *Regla Abakuá* o *Ñañiguismo* ha sido comparada con el orfismo y el culto de Eleusis en la antigua Grecia. Aunque, según el mito genesiaco de los abakuás, una joven imprudente (Sikán) revela al enemigo el gran secreto de Tanse, el Pez Sagrado, contaminando para siempre a todo el sexo femenino, en lo adelante considerado impuro y por tanto excluido de los ritos. En el sacrificio del *mbori* (chivo) se simboliza el holocausto de Sikán. Descontando este aspecto, el Ñañiguismo es ante todo una cofradía de la sangre, una especie de masonería de socorro y defensa mutua originaria del Calabar, en el sur de Nigeria, y establecida a partir de 1836 en La Habana y Matanzas con fines semejantes, pero en el contexto de la esclavitud. Los *ecobios* (miembros) de una misma «potencia» o «juego» abakuá están unidos entre sí por el pacto de sangre iniciático. Para fundar una nueva potencia se requiere la autorización de alguna de las existentes. Por lo demás, cada potencia es independiente de las demás. Pese a esporádicos hechos de sangre, el Ñañiguismo adquirió un enorme prestigio entre los esclavos, suscitando a la vez justificados temores en la población. Los requisitos raciales y sociales (al principio sólo los esclavos podían «jurarse») no tardaron en relajarse y pronto hicieron su entrada en las potencias abakuás los negros libertos y los mulatos. En 1857, apadrinada por la potencia Bakokó Efor, se fundó el primer «juego» blanco bajo el nombre carabalí de *Akanarán Efó Ecobio Mukarará* (Madre Efó de Iniciados Blancos), que pronto apadrinaría a su vez a otras potencias integradas por blancos. Existió incluso una potencia abakuá asiática.

Pese a esporádicos hechos de sangre (el estricto código del honor de los ñañigos exige que las ofensas graves se paguen con la muerte) y la presencia de criminales y matones entre sus miembros, el prestigio de los abakuás llegó a ser tal que muchos políticos de la época republicana (1902-1959), a título de *ecobios* o de amigos de algún jerarca abakuá, recababan su apoyo en pasquines electorales redactados en carabalí, lengua litúrgica de los ñañigos, que

además cuentan con una compleja escritura ideográfica conocida con el nombre de *ereniyó*.

Originalmente mayomberos y paleros se «rayaban», esto es, se hacían incisiones alegóricas en la piel —sobre todo en los ritos iniciáticos—, como aún se observa en África. Pero con el tiempo las rayaduras se han ido limitando a trazos de colores o pequeños cortes apenas visibles.

#### EL SINCRETISMO RELIGIOSO AFROCUBANO

Por lo general se entiende por sincretismo afrocubano la fusión del catolicismo con los cultos africanos, y en particular la identificación espontánea que estableció el esclavo —cristianizado a la fuerza, pero también por afinidad y conveniencia propia— entre sus orishas proscritos y los santos católicos. Veamos algunos de los principales ejemplos de equivalencias entre deidades de las cuatro religiones reseñadas:

CRISTIANISMO	REGLA DE OCHA	REGLA DE PALO	REGLA ABAKUÁ
Dios	Olodumare	Nsambi	Abasí
Santa Bárbara	Changó	Nsasi	Okún
		«Siete Rayos»	
Virgen de las Mercedes	Obatalá	Mamá Kengue	Obandío
		«Tiembla-Tierra»	
El niño de Atocha	Eleguá o Echu	Nkuyu Nfinda /	Efisa
		«Lucero Mundo»	
San Pedro	Ogún	Sarabanda	Sontemí
Virgen de la Caridad	Ochún	Chola Wengue /	Yarina Bondá
		«Siete Ríos»	
San Lázaro	Babaluayé	Tata Kañeñe /	Yiniko
		«Para Llaga»	
Virgen de Regla	Yemayá	Ma Kalunga /	Okandé
		«Madre de Agua»	
Virgen de la Candelaria	Oyá	Kariempembe /	Onifé
		«Centella»	

Cuando el cubano rinde culto a alguno de estos iconos católicos, en realidad su mente está más bien en los atributos y virtudes del homólogo africano. De ahí que el sincretismo religioso afrocubano se reduzca más bien a la natural adaptación de los cultos africanos al nuevo entorno humano. El uso del agua bendita y el crucifijo, la práctica de sacramentos católicos como el bautizo y la comunión o incluso la devoción por la Semana Santa o el Día de los Fieles Difuntos, el gusto por la fastuosidad y la iconografía católicas, no son fenómenos orgánicos en los cultos afrocubanos, que en lo sustancial siguen siendo los mismos que se practican hoy día en la actual Nigeria o el Congo.

Refiriéndose a la influencia católica en los cultos afrocubanos, en su monografía *Yemayá y Ochún* la etnóloga cubana Lydia Cabrera subraya el papel de:

...un catolicismo popular, pagano, fetichero, que a la vez que confiaba en la eficacia de las velas benditas por el cura [...], en reliquias, medallas, escapularios y oraciones, aún confiaba más en amuletos y talismanes. Creía en el diablo, en brujas y duendes, en almas en pena y malos espíritus que como en África se apostaban en las encrucijadas, y en polvos, brebajes, yerbas, fumigaciones y brujerías.

Ni qué decir que el africano, en contacto cotidiano con este catolicismo herético —hoy como ayer predominante en el mundo cristiano— debe de haberse sentido como el pez en el agua. Ni la ortodoxia católica ni su herejía popular han influido cualitativamente en los cultos afrocubanos. Lo que sí han provocado son cambios cuantitativos. De modo que, más que de fusión sincrética, cabe hablar aquí de adaptación transculturativa, coincidencia y coexistencia.

Si tomamos en cuenta la azarosa vida del cubano en todos los tiempos, la precaria situación de las masas populares, la inestabilidad de la vida cotidiana, la influencia de la cultura de la caña de azúcar con sus alternantes ciclos de trabajo y tiempo muerto, los igualmente cíclicos y destructores huracanes tropicales (ciclones), los cambios de gobiernos con su secuela de desempleo cada cuatro años para los pequeños y grandes funcionarios del partido derrotado, la alternancia de dictaduras y democracias corruptas, y un largo etcétera de incertidumbres, no será difícil comprender por qué la concepción mágico-religiosa del africano acabó por predominar en el carácter del cubano típico, que concuerda a la perfección con la tipología y la concepción de la vida y el destino inherentes a los cultos afrocubanos.

Cuando, pongamos por caso, en la isla y en Miami se dice que una persona es «hijo» de Changó, Ochún, Obatalá, Ogún o Yemayá, no hace falta decir más sobre su carácter y lo que cabe esperar de ella. Asimismo, en el orisha Eleguá, ese diablillo socarrón que abre y cierra los caminos según una lógica disparatada, que lo mismo dispensa el bien al malo que el mal al bueno, encarna la concepción del destino del cubano. Halagar a los veleidosos orishas, consultar su voluntad mediante los sistemas adivinatorios, «hacerse santo» o despojarse para alejar los maleficios, recabar el apoyo de los difuntos, proveerse de resguardos y amuletos, recurrir a la magia de los *afochés* (polvos mágicos) para resolver un problema amoroso, o asociarse a una secta abakuá, son en el fondo formas de enfrentamiento a un mundo lúdico y real-maravilloso, sin goznes ni puntos cardinales, intentos mágicos de revertir la propia suerte, tan válidos como, por ejemplo, el juego de interés, otra de las pasiones del cubano.

En La Habana —refiere la etnóloga Lydia Cabrera en la obra citada— se gastaba en un mes en buena cera de Castilla lo que en un año en otras ciudades [...]. Como era excesivo también el consumo de barajas. Diez mil docenas de cartas de barajas se importaron el año 1823, lo cual, teniendo en cuenta la población de la isla en aquella época [apenas un millón de habitantes], era una cantidad considerable.

### CONCLUSIONES

El afrocubano —y ya aquí incluimos a negros, mulatos, blancos y amarillos—, es decir, el «cubano de pura cepa», es culturalmente un mestizo. Pero en materia de religión ese mestizaje se da en forma de una doble, triple, cuádruple y hasta quintuple filiación religiosa en el mismo individuo, puesto que muchos cubanos son a la vez católicos, santeros, paleros, ñañigos y, por supuesto, espiritistas, amén de creer en el horóscopo y el calendario chino, pero siempre capaces de distinguir entre lo que es de un culto y lo que es del otro. Y como hemos visto en el caso de los tantos militantes del Partido obligados a negar su fe religiosa, se puede incluso ser ateo en público y creyente en privado. Todo es posible en una isla real-maravillosa cuyos nativos, en materia de fe, son tan abigarrados y barrocos como en el color de la piel.

El actual renacimiento religioso cubano es consecuencia del ocaso del interregno de estabilidad política y relativa seguridad material abierto por la Revolución de 1959. Como ocurrió en los países socialistas de Europa del Este, cuando las «aguas hayan vuelto a coger su nivel» y sobrevenga el inevitable cambio, las iglesias católicas y protestantes volverán a vaciarse como por arte de magia, retornando a su papel de antes, y como religiones genuinamente populares sólo quedarán sobre el terreno de la isla —aparte del espiritismo y un cristianismo herético afin— unos cultos afrocubanos considerablemente fortalecidos. Porque es bien cierto que el «perro religioso» cubano tiene más de cuatro patas y anda confuso, pero cada vez tira más para el camino de la herejía. Quieran los orishas que también en todo lo demás se aleje de los dogmas y enrumbe por un camino que tal vez tampoco sea de gloria pero que al menos congenie con la índole de nosotros, los afrocubanos, amantes del ron, el tabaco, el café, la comunión de las razas, la chanza, la rumba y la buena vida, pero también —en interés de todas estas bondades— amantes de la libertad y el trabajo debidamente remunerado.

# De la plantación a la nación: un viaje de ida y vuelta

EN LA MEDIDA EN QUE SE PROLONGA LA CRISIS ECONÓMICA, política y social de Cuba —según el régimen de Fidel Castro demuestra una mayor ineptitud para la gestión pública, y la corrupción agrede todos los estratos de la ciudadanía— los cubanos, de dentro y fuera, vamos cobrando conciencia de que algo más siniestro que un mal gobierno o un gobierno tiránico le ha ocurrido a nuestro país, que a la sociedad cubana la aqueja un mal que, al parecer, logra pervertir la idiosincrasia misma del pueblo. Cada vez con mayor frecuencia se oye emplear entre cubanos —tanto entre los que han vivido en el exilio por muchos años, como entre los que acaban de llegar— la palabra «envilecimiento» para referirse al ambiente que prima en Cuba y que, al parecer, no sólo ha terminado por arruinar o desacreditar a casi todas las instituciones, sino que también ha minado todos los valores, subvertido la moral ciudadana y aniquilado, por así decir, toda noción sustentadora, todo concepto de raigambre.

De suerte que la acentuación de esta crisis desde que comenzaran a flaquear los cuantiosos subsidios del desaparecido bloque soviético, ha ido acrecentando, al mismo tiempo, nuestra conciencia de frustración, pesimismo e impotencia ante lo que parece un proceso irreversible de degradación. Y es así que ya somos muchos los que creemos que no es Cuba como Estado, o como sociedad organizada, la que ha sucumbido a la devastación totalitaria, sino la nación misma la que ha naufragado, haciendo retroceder al pueblo cubano a un nivel anterior de su desarrollo; y de ese retroceso, si bien con matices de diferencia, no escapamos los cubanos que vivimos en el exterior, los exiliados. La nación cubana parece perder su carácter sustantivo allá y aquí. Y esa sola consideración es de tal peso y de significación tan radical que, de suyo, hace poner en duda de inmediato todas —o casi todas—

*Vicente Echeverri*

nuestras teorías y estrategias para la llamada «reconstrucción nacional» y nos obliga a un cuidadoso replanteo que, como es lógico suponer, compromete de manera agónica el destino personal de los que nos sentimos parte de esa nación. Este trabajo pretende ser una contribución a ese replanteo.

Definamos que una nación no es el equivalente a la sociedad políticamente organizada, es decir, no es el Estado, al cual en muchos casos antecede —si bien el Estado en algunas de sus formas primitivas, tal como el de algunas ciudades de la antigüedad y la Edad Media, o el de los grandes imperios clásicos, puede existir sin la nación—, ni es tampoco esa formulación geopolítica-espiritual que llamamos patria. Nación es en sí un segmento de la sociedad humana que ha alcanzado una identidad que la separa del resto del mundo, porque sus integrantes comparten la posesión de un suelo propio, o la aspiración a poseerlo, así como una común civilización, costumbres, lengua, etc. Hasta aquí convendrían muchos tratadistas; yo agregaría que se trata de un acto de *complicidad histórica*, a veces de siniestros orígenes —conquista, esclavitud, etc.— de los que participan de la herencia de un suelo y de unas tradiciones empeñados en un proceso vivo que endereza hacia un superior estadio moral.

La mera existencia de un pueblo no basta para darle categoría de nación, y la mera existencia de una nación en un momento del tiempo no es garante de su permanencia. Un pueblo es siempre el substrato básico de una nación, pero no su equivalente, acaso todo pueblo, aun los más bárbaros y atrasados, sea una nación en ciernes, pero no todos los pueblos cuajan en nación. Digamos que la nación es un pueblo que descubre y asume una identidad.

Es debatible entre historiadores si el pueblo cubano llegó a alcanzar en algún momento el estadio de nación en su sentido más completo. El desaparecido Leví Marrero, sin duda nuestro primer historiador contemporáneo, ve más bien la nación cubana como un proyecto, como una identidad a la que un pueblo tiende, un proceso perfectible cuya culminación el cubano no había alcanzado aún antes de las conmociones que malogran ese proceso, es decir, una nacionalidad en ascenso, eso que a él le gustaba llamar «la cubanía». La génesis y el desarrollo de este proyecto y las causas del virtual fracaso de hoy es, en esencia, el tema que aquí exploraremos.

El origen de una identidad nacional hay que ir a buscarlo al pasado como si fuese una partida de nacimiento. Cuando esa identidad se ve amenazada, como lo está la nuestra en el presente, esa búsqueda adquiere rango de deber. Es el propio Marrero quien al final del prólogo de su obra monumental *Cuba: economía y sociedad*, nos subraya elocuentemente este imperativo: «Explorar este pasado...es un desafío para quien no se resigna a que le prefabriquen o reescriban la historia a la cual le vinculara el destino».<sup>1</sup>

En base a esta aseveración puede decirse que la búsqueda de una identidad nacional consta de dos componentes: uno de obligación y otro de azar. El término «destino» subraya lo azaroso, nuestra condición accidental de cubanos,

<sup>1</sup> Levi Marrero, *Cuba: economía y sociedad* (Madrid, Playor, 1978) XII.

lo cual es particularmente cierto en un país como el nuestro donde, con la extinción de sus pobladores más antiguos, todos tenemos un inmigrante, más o menos cercano, en la sangre. La obligación es ineludible, sobre todo frente a un sistema que ha agredido directamente esa identidad queriendo escindir al pueblo cubano de sus raíces.

La más pavorosa revelación de la película cubana *Fresa y chocolate* es comprobar que el «hombre nuevo» formado por el totalitarismo marxista es una suerte de ser ahistórico, al que deliberadamente han privado de su pasado y que, aunque puede identificarse de un modo precario con eso que llaman lo cubano, es alguien en quien la identidad nacional está prácticamente obliterada. Si este individuo, castrado de la memoria histórica, es el modelo del cubano de hoy, bien podemos afirmar la inexistencia del proyecto nacional.

Por otra parte, sería un acto de soberbia pretender que nuestro pueblo exiliado conserva mucho mejor esa identidad que los que viven en Cuba, si bien es cierto que son muchos los compatriotas nuestros que han trabajado individualmente para conservarla. Pero, estos empeños individuales no bastan: huésped —en su mayoría— de la cultura más pujante del siglo, la nación cubana exiliada se ve afectada por constantes perversiones y adulteraciones —groseras unas, sutiles otras— y, si sus logros económicos han merecido justamente un amplio reconocimiento, fracasa cuando no custodia o ampara debidamente sus tradiciones y su cultura, o cuando las divulga de manera paródica.

#### LA GÉNESIS DE LA NACIÓN

Volvamos pues, a los orígenes. A fines del siglo XVIII Cuba no era más que una plantación sostenida por mano de obra esclava, a la que vienen españoles de diversos rangos a lucrar.

¿Cómo se gesta, en esa plantación, la conciencia de esa diferencia, que antes apuntábamos? ¿Cómo madura el proceso de esa complicidad histórica? Antes de hacer un recuento somero de la evolución de ese proyecto nacional en el tiempo, propondría, a manera de premisa, que lo viéramos contenido, o definido, en el marco de ciertos parámetros, sin los cuales no podría explicarse:

En primer lugar hay que tener en cuenta a España, y no sólo por lo obvio de nuestra herencia española, del hecho de que los cubanos somos, en gran medida, españoles de ultramar, sino a España como la resistencia contra la cual se va forjando el carácter de lo cubano. Aunque en Cuba el separatismo no se desarrolló con la misma celeridad que en el resto de la América hispana, España reprimió por muchísimo más tiempo el impulso de los cubanos a separarse, y esa resistencia produjo una de las luchas más largas y enconadas del continente, con secuelas que, a largo plazo, podrían responsabilizarse del hundimiento del proyecto nacional. Por mucho que nos mueva la generosidad hacia el país de nuestros antepasados, los cubanos no debemos olvidar que la mayor contienda de nuestra historia fue contra España.

En segundo lugar, la vecindad de los Estados Unidos, cuya influencia en la vida cubana, casi siempre benéfica, se ejerce desde mucho antes de que sus tropas vinieran a poner fin a nuestro largo conflicto con España. La existencia

de Cuba a las puertas de Estados Unidos, una nación cuyo poder creció a la par que se desarrollaba nuestra conciencia nacional, no sólo es un elemento que no podemos ignorar, sino que resulta un ingrediente indispensable de nuestro desarrollo, sin el cual no podríamos cabalmente explicarnos.

En tercer lugar está la composición racial del pueblo cubano o, más que eso, la esclavitud y la trata del negro, cuya masiva importación estaba llamada a alterar el perfil poblacional de una nación que sus fundadores concibieron desde una perspectiva blanca y europea.

Finalmente, y muy ligado a lo anterior, debe anotarse el auge de la industria azucarera que redujo a un distante segundo plano el resto de los productos del país y nos convirtió básicamente en un país monoprodutor. Estos últimos dos factores, azúcar y esclavitud, fueron el signo de contradicción de la clase empeñada en la renovación y los cambios, cuyo poder económico se derivaba directamente de la producción azucarera que, a su vez, dependía de la mano de obra esclava. De suerte que, como muchos historiadores cubanos ya han señalado, el azúcar, y el modo de producirla, fueron a un tiempo responsables de la prosperidad económica de Cuba y del retraso de su independencia política.

Es bueno resaltar en este punto que la gestión independentista no es idéntica al proyecto de la nación, sino tan sólo un aspecto del mismo y no el más permanente, un aspecto que sin duda fue cobrando peso y pertinencia en la vida pública cubana según avanza el siglo XIX y el espíritu nacional se aguza frente a la intransigencia del poder colonial.

En su libro *Las ideas en Cuba*, Medardo Vitier señala cuatro criterios o direcciones en la formación nacional o, como él mismo lo llama, «en lo concerniente al modo de superar la comunidad».<sup>2</sup>

El primero de estos criterios, es la intención revolucionaria, continua o intermitente, de signo anexionista en un momento y de marcado carácter independentista luego.

El segundo es «una preocupación educacional para formar una comunidad coherente, consciente».<sup>3</sup>

El tercero es lo que él llama «la reiterada petición de reformas políticas».<sup>4</sup> Llamémosle nosotros la vertiente reformista.

Y por último, la preocupación sociológica sobre la población cubana, que, en el ámbito intelectual se hace eco de la inquietud por la escasez de población blanca en Cuba hasta el inicio de la Primera Guerra de Independencia, y aún después.

Agrega Vitier, «no se puede conocer a fondo nuestro siglo XIX sin atender a estas cuatro actitudes en que la cubanidad oscila de lo radical a lo cauteloso y previsor».<sup>5</sup>

---

<sup>2</sup> Medardo Vitier, *Las ideas y la filosofía en Cuba* (La Habana, Edit. de Ciencias Sociales, 1970). p 71.

<sup>3</sup> *Idem.*

<sup>4</sup> *Idem.*

<sup>5</sup> *Ibid.* p. 72



Hay empero un denominador común que unifica estas actitudes que, por diversos métodos y senderos, laboran en pro de una identidad cubana. Se trata de una clase, una minoría guiadora que, con toda razón, podemos llamar *aristocracia*. Algunos miembros de esa aristocracia tendrán títulos nobiliarios —otorgados por la corona muchos de ellos a cambio de dinero o como excepcionales mercedes por servicios prestados—, pero no es en este sentido con que uso aquí esa palabra, ni tampoco en el de la «aristocracia del espíritu», término que acuñó Ralph W. Emerson en el siglo pasado. Se trata en nuestro caso de los miembros de una *élite* criolla, que ciertamente posee cuantiosos bienes de fortuna derivados, casi en su totalidad, del trabajo de las haciendas; pero que, estrechamente asociados con los intelectuales, o intelectuales ellos mismos —nutridos por el espíritu de la época, e imbuidos de las ideas liberales que, en lo económico y en lo político, llegan de Europa y de Estados Unidos— deciden otorgarle a lo cubano, a Cuba, jerarquía de nación, aunque este esfuerzo resultara bastante balbuciente al principio. ¿Cómo esto se produce? ¿Qué rumbos sigue?

A finales del siglo XVIII esta *élite* no tiene aún una clara conciencia política, eso vendrá más tarde, pero el enciclopedismo liberal que prima en la corte de Carlos III se refleja en La Habana del último tercio de siglo con la presencia de varios gobernadores que representan los ideales de la ilustración: Ambrosio Funes de Villalpando, Antonio María de Bucarely, Felipe Fondesviela; toda una lista de notables magistrados al final de la cual descuella la figura de Don Luis de las Casas, que gobierna en Cuba de 1790 a 1796.

Para Cuba comienza una época de altísima prosperidad que luego se conocería como el *boom* azucarero. La preocupación de la *élite* cubana no es todavía política: la obsesiona la idea del progreso, la aplicación de la física mecánica al trabajo industrial, la puesta en práctica de las últimas tecnologías agrícolas, el desarrollo de la educación y, desde luego, la libertad mercantil, el *laissez faire* que proponen los fisiócratas.

Con este espíritu se funda en enero de 1793 la *Real Sociedad Económica de Amigos del País*, la más antigua y duradera de todas las instituciones cubanas, pues se mantuvo funcionando sin interrupciones hasta que el régimen actual la disolvió. Se creó respondiendo al impulso civilizador de Carlos III y a semejanza de otras sociedades de igual nombre que aparecieron en la segunda mitad de ese siglo justamente llamado de las luces. En Santiago de Cuba ya funcionaba una de esas sociedades. La de la capital se fundaría a instancias de un grupo de 26 prestigiosos habaneros entre los que descollaban Francisco Joseph Bassave, el conde de Casa Montalvo, Juan Manuel O’Farrill y Don Luis Peñalver, nombres que hoy apenas si son conocidos entre los cubanos y que, sin embargo, pueden reclamar para sí el justo título de fundadores. Don Luis de las Casas fue el primer presidente de la Sociedad, y los primeros servicios de que ésta se ocupó fueron los de agricultura e instrucción pública. Ya en pleno siglo XIX, los estatutos se modificaron varias veces para ir ampliando esos primeros horizontes. La Sociedad se ocupará también de estadística y comercio, de industria popular y de historia, fomentará la

pesca, atenderá el crédito del país y su solidez. Laborará en pro de la literatura y de las artes.

Pero donde la Sociedad Económica hace una contribución notable es en el campo de la educación, entre las que vale destacarse la creación, en 1818, de la cátedra de Economía Política en el Seminario de San Carlos —que, por sí solo, será una institución de importancia y que merece espacio aparte—, cátedra que ocupan sucesivamente Justo Vélez y Antonio Bachiller y Morales. También en 1818, consta en las actas de la Sociedad el proyecto de una escuela de náutica, y ese mismo año la corporación creó una academia de dibujo que reorganizó en 1832 y denominó de «San Alejandro», en memoria del intendente Alejandro Ramírez, la cual permanece abierta hasta el día de hoy. En 1845, la Sociedad abre una cátedra de contabilidad mercantil y, en 1846, una escuela de maquinaria, con medio centenar de alumnos, donde se impartían dibujo, geometría, planimetría, y otras disciplinas mecánicas. A estas cátedras y centros se agregan la creación de un jardín botánico y una cátedra de química que fueron las primeras creaciones de la corporación, y su intensa labor en pro de la extensión de la enseñanza primaria.

A esta noble organización que, con insigne modestia, define su existencia como un acto de amistad hacia su país, se asocia, en el plano fundador de las ideas, el Seminario de San Carlos y San Ambrosio que sigue abierto en Cuba como casa de estudios teológicos pero que, en sus orígenes, también era plantel de disciplinas seculares, donde ejercieron su magisterio pensadores decisivos para la definición nacional, como son el P. Agustín Caballero, Félix Varela, José de la Luz y José Antonio Saco entre otros ilustres.

El Seminario nació veinte años antes que la Sociedad Económica y de ella dice Vitier en la obra que citamos: «ningún otro centro docente ha logrado en Cuba vivificar y orientar por modo tan enérgico y notorio el espíritu de las minorías animadoras, si no siempre dirigentes, como el seminario de San Carlos, cuya acción se sintió cabalmente en el período en que se escindía la sociedad colonial, para destacar, distinta, y con programa histórico, la cubanidad».<sup>6</sup>

El 31 de octubre de 1790 comenzaría a circular en Cuba el *Papel Periódico* que, aunque antecede en existencia real a la Sociedad, se convertirá luego en uno de sus principales instrumentos. Es muy temprano para ver en esta publicación un órgano definitorio de lo cubano; pero tiene el privilegio de haber sido el primero —con excepción de la oficial *Gaceta de la Habana*— en el camino de muchas otras publicaciones que aparecerían años después y que constituyen un factor de inmensa importancia en los primeros intentos de formar un carácter nacional en el siglo pasado, especialmente la *Revista Bimestre Cubana*, y las posteriores *Revista de Cuba* y *Revista Cubana*. Rebasaría los límites de este espacio hacer un recuento somero de estas publicaciones y de sus índices, en los que pueden constatar los vastos intereses de esta *élite* intelectual cubana y los trabajos formativos que publicaron en ellas.

<sup>6</sup> *Ibid.* p. 33.

Hasta aquí hemos señalado tres aspectos esenciales del quehacer de la clase orientadora que echa los cimientos de la nación en lo que concierne a una de las maneras —conforme a la clasificación de Vitier ya citada— en que procuraron definir lo cubano: su preocupación o vocación educacional, que prima sobre sus otras inquietudes durante las décadas iniciales del siglo XIX, pese a que en ese tiempo tienen lugar las primeras conspiraciones independentistas y que algunos cubanos notables tienen que marcharse para siempre al destierro. Todavía la mayoría de los miembros de esa aristocracia cree en la posibilidad de una avenencia con España que atenúe sustancialmente, si no elimine del todo, los abusos del poder colonial contra los criollos. El reformismo está en boga, y los cubanos más talentosos se comprometen con él. En España misma hay espasmos de liberalismo, y la constitución de 1812, que también rigió en Cuba, se implanta de nuevo en 1820 cuando ya el imperio español en América se ha perdido. En 1823, Fernando VII restablece el despotismo y poco después le concede a los capitanes generales de Cuba el ejercicio de facultades omnímodas que nadie pareció ejercer con mayor dureza que Miguel Tacón. En 1836, cuando en España se reinstaura la Constitución, Cuba se queda al margen de ese adelanto, acentuándose así su condición de colonia. Pese a que algunos cubanos prominentes —como Heredia, Valera y Saco— ya han conocido el exilio político, muchos sustentaron aún esperanzas de un avenimiento hasta esa fecha. A partir de entonces, el separatismo se acentúa; y aunque volverá a haber reformistas después del Pacto del Zanjón, y el reformismo —bajo el nombre de autonomismo— será capaz de contar con algunas de las primeras inteligencias del país aún después de la devastadora campaña de Valeriano Weyler, en lo adelante primará el recelo y la desconfianza. La tozudez de España será responsable, en gran medida, de que los cubanos se hicieran tan devotos del nefasto recurso de la revolución.

#### **AZÚCAR Y POBLACIÓN**

Una profunda contradicción social va a afectar desde sus orígenes y durante buena parte del siglo XIX el desarrollo del proyecto nacional: se trata del factor racial y, particularmente de la esclavitud y la trata de los negros. La aristocracia cubana que sueña convertir en nación a aquella plantación envilecida por la esclavitud es ella misma producto del trabajo esclavo; su riqueza depende, básicamente, de los ingenios azucareros y, en menor medida, de los cafetales. El auge de la industria azucarera que, tras el colapso de Santo Domingo, lleva a Cuba a adueñarse de ese mercado en el siglo XIX, justifica la importación masiva de mano de obra esclava que, según aumenta, altera la composición étnica del pueblo cubano y añade un ingrediente de inestabilidad que, paradójicamente, es un freno para el cambio político y social. De ahí por qué el abolicionismo tiene pocos defensores entre la clase alta cubana y entre muchos de los intelectuales que la respaldan. El ejemplo de Haití —donde una sangrienta rebelión de esclavos había barrido a un tiempo con los blancos y con la economía— estaba muy presente en la memoria de los plantadores liberales que aspiraban a un nuevo orden, y quienes temían, por igual,

una sublevación de los negros o los efectos desintegradores que traería para la economía y la vida del país una manumisión general. Los más lúcidos recomendaban la abolición gradual en tanto rechazaban con auténtica repulsión la trata; pero a esto se oponía la exigencia misma de una industria creciente que, si bien daba altos rendimientos, no tenía suficiente capital, en la mayoría de los casos, para incorporar los adelantos en materia de máquinas que había introducido la revolución industrial. El resultado neto fue que en Cuba entraron en el siglo XIX más negros que nunca antes en los trescientos años que ya duraba la importación de africanos.

Para agregarle una contradicción aún mayor a este cuadro, hay que tener presente que, a partir de 1820, Gran Bretaña le impuso a España y a los Estados Unidos la terminante prohibición de importar africanos a América, dando lugar con ello a la trata clandestina, que costó la vida a millares de infelices hacinados en las sentinas de los barcos negreros y quienes muchas veces terminaban en el fondo del mar, adonde los lanzaban encadenados cuando los traficantes estaban en peligro de ser capturados por la marina inglesa.

A pesar de estas dificultades —que encarecieron extraordinariamente el precio de los esclavos— la población negra no cesó de aumentar en Cuba, y hacia mediados de siglo sobrepasaba a la blanca, para inquietud de los plantadores liberales y de sus aliados. Cuando Richard Henry Dana, Jr. visitó la isla en 1858, calculó que había en ella no menos de 650.000 esclavos —si bien esta cifra estaba bastante por debajo del censo del año anterior— que sumados a 200.000 libertos hacía ascender la población negra del país a 800.000 habitantes, en tanto la población blanca era sólo de 700.000.<sup>7</sup>

Para esa fecha, las contradicciones entre los criollos y los españoles se han agudizado, siendo las autoridades las que parecen favorecer más la abolición y el adelantamiento de los negros libres, incluso el de permitirles que se alistaran en el cuerpo de voluntarios, un privilegio que pocos criollos blancos tenían. Esta política es percibida por los hacendados blancos, según lo cuenta el propio Dana «como un intento, de parte de las autoridades, de asegurarse la simpatía y la cooperación de los negros libres, en caso de un movimiento revolucionario».<sup>8</sup> Aún habrían de pasar diez años antes de que estallara ese movimiento, en el cual algunos plantadores cubanos —Carlos Manuel de Céspedes el primero— tomaron la audaz iniciativa de liberar a sus esclavos e incorporarlos a la revolución. Existe la teoría, nada despreciable, de que los hacendados se apresuraron a tomarle la delantera a los españoles que, de haber proclamado la abolición general —tal como había hecho Abraham Lincoln durante la Guerra de Secesión— hubieran podido levantar una milicia formidable de ex esclavos contra sus antiguos amos. Pero la iniciativa sería de los cubanos, y los esclavos de muchas plantaciones criollas se convertirían en *mambises*.

<sup>7</sup> Richard Henry Dana, Jr., *To Cuba and Back* (Southern Illinois Univ. Press, 1966). p. 109, 120.

<sup>8</sup> *Ibid.* 121.

La decisión de Céspedes —aunque fuese dictada más por la política que por la moral— resolvió el dilema cubano del siglo, y la experiencia de 10 años de guerra fue un factor decisivo para acelerar la integración racial que, justo es decirlo, ya había avanzado bastante en el plano civil para los libertos, quienes, al amparo de la ley existente, prosperaban en múltiples profesiones e industrias.

Los plantadores habían tenido suerte —al menos en las provincias orientales donde se libró fundamentalmente esta guerra de 10 años— porque la mano de obra esclava que la inevitable mecanización ya iba haciendo obsoleta, quedaba neutralizada o incorporada a la causa de la revolución. A diferencia de otras islas del Caribe, Cuba no se convertiría en un país negro —lo cual se tenía como causa del atraso de colonias que alguna vez habían sido prósperas. Hacia fines de siglo, la población blanca superaba a la negra, y este patrón se mantuvo, e incluso se acentuó durante la era republicana hasta este último tercio de siglo en que parece haberse revertido drásticamente.

Pero la guerra, al tiempo que funcionaba como un recurso de aceleración de la nacionalidad, y forzaba o estimulaba la integración racial, arruinaba —y, de alguna manera, desintegraba— a la clase que la iniciara. La contienda había sido larga, y España había sido pródiga en castigos y represalias. El patriciado cubano que comenzara la Guerra de los Diez Años se encontraba empobrecido y disperso en 1878. La Paz del Zanjón no le devolvería los bienes que el gobierno colonial le confiscara, ni tampoco el Tratado de París, veinte años después, que pasaría el arbitraje de los asuntos de Cuba a los norteamericanos.

#### LA INFLUENCIA NORTEAMERICANA

Es un error común suponer que los norteamericanos entraron en la política de Cuba a partir de la intervención militar con que pusieron fin a la dominación española en la isla. La relación de Cuba y los Estados Unidos comienza temprano, y esa relación, desde el día en que las damas habaneras recaudaron dinero para socorrer al ejército de George Washington durante la Guerra de Independencia, fue de mutua simpatía. Cuando España levanta el monopolio comercial, el mercado natural de Cuba sería Estados Unidos, donde, además, los norteamericanos han de invertir, en tierras y en industrias, a lo largo de todo el siglo XIX. Los productos norteamericanos —especialmente maquinaria industrial— encuentran en Cuba un creciente mercado, y los progresos de la joven república se apreciarán en Cuba primero que en otros países. Esto último fue una constante de la buena vecindad, por ello en Cuba corrió el ferrocarril antes que en España y, por la misma razón, y más de un siglo después, los cubanos disfrutaron de la televisión primero que muchos países de Europa. Con la adquisición de la Luisiana, La Habana se convertirá en la escala obligada de los barcos de carga y pasajeros que transitan entre Nueva Orleans y Nueva York, y la afluencia de viajeros, que vienen a divertirse o a escapar de los rigores del invierno aumenta de año en año. Por su parte, el azúcar y el tabaco de Cuba irán abriéndose paso en Estados Unidos y los

hijos de los ricos cubanos vendrán cada vez en mayor número a estudiar a Boston, Nueva York y Filadelfia. Por supuesto, este país sería el lógico refugio de los exiliados políticos desde que arreciara la represión colonial y el punto de reunión, conspiración y envío de expediciones de los cubanos exiliados. Sería en un edificio de la ciudad de Nueva York donde habría de ondear por primera vez la bandera de Cuba.

No creo que puedan pasarse por alto las intenciones anexionistas que animaron a varios políticos norteamericanos y que también varios cubanos alentaron en el siglo XIX, por parecerles que era la fórmula que combinaba la libertad con la seguridad. Sin embargo, ese proyecto —que se intentó consumir más de una vez, mediante compra o mediante acción militar— no prosperó. Creo yo que se oponía a él la formación de una idiosincrasia, de una peculiar fisonomía, que si bien disfrutaba de las prebendas que le brindaba la cercanía norteamericana, era fiel a sus orígenes y a su propia trayectoria; acaso también el temor de muchos hacendados criollos de ser despojados o suplantados por una inmigración anglosajona, tal como había ocurrido en Texas y California. En la medida en que el siglo avanza y el sentimiento independentista se acentúa, el anexionismo deja de ser mirado como una alternativa. Su decremento es parejo al ascenso de la nación, una nación que sus mejores hijos han cimentado con su fortuna y con su sangre.

No obstante, la influencia de los Estados Unidos no hace más que crecer. En la década que sigue a la Guerra de los Diez Años aumentan notablemente las inversiones norteamericanas en Cuba. Los señores del azúcar arruinados por la guerra, o sin suficiente capital para mecanizar la industria, comienzan a vender sus tierras y sus ingenios y los norteamericanos los compran, a veces a precios irrisorios, y los refunden en nuevas y gigantescas fábricas que inauguran toda una época en la producción azucarera. Comienza así la era del *central*, que es típicamente norteamericano, aunque, desde el principio, haya centrales cubanos y españoles en Cuba. Por su parte, muchos fabricantes de azúcar se convierten en cosecheros, en «colonos», dedicados ahora tan sólo a vender la caña a los centrales. Este proceso se desarrolla años antes de nuestra última contienda contra España; de suerte que cuando los norteamericanos finalmente se deciden a intervenir, no es menos cierto que también estaban haciéndolo en defensa de sus intereses.

Mientras esto ocurre en Cuba, en Estados Unidos un cubano excepcional —que aunque de humilde origen es, por la cultura y el espíritu, la culminación de esta estirpe fundadora de la nación— prepara una nueva guerra de independencia para su país. No voy a hacer ahora el elogio de José Martí que, desde hace mucho, se encuentra a la cabeza de nuestra hagiografía nacional; sólo destacar que si bien ha sido el más elocuente y grande de los cubanos, no es un milagro en nuestra historia sino más bien el vástago más noble y último de un linaje que desde la cátedra, la tribuna, la imprenta, el estrado del legista y el banco del investigador se empeñó en perfilar la nacionalidad a lo largo de nuestro siglo más fecundo. En él alcanza su máximo destello esa clase de cubanos que quiso que los hijos de esa isla de mercaderes,

negreros y esclavos se sentaran a la mesa de las naciones. Como el Padre Varela, él le rendiría culto a la libertad; y, al igual que José de la Luz, la educación sería su fanatismo. En él concurrían la pasión por la independencia y la fe en el progreso y la razón. Aunque murió casi al comienzo del siglo XX, es más el abanderado, el portavoz, el resumen magnificado de los próceres y mentores que le anteceden; él será la cima del proyecto nacional, que luego se torna decadente. La guerra de Martí no sería «generosa y breve» como él quería, no podría serlo. España opuso la mayor resistencia, y el país, apenas repuesto de la guerra anterior, quedaba ahora física y espiritualmente exhausto. Al final, lo que prevalecía de lo cubano se identificaba con el liderazgo militar. La Revolución —gracias a esta brutal y sangrienta contienda— adquiriría carta de naturaleza como expediente político. En la nueva era faltarían los grandes educadores del siglo anterior; generales y doctores de pacotilla habría de sobra.

#### LA DESCOMPOSICIÓN DE UN SUEÑO

La república debía ser la encarnación del sueño nacional, pero escaseaba el material humano y sobraban las ambiciones. Además, a la república llegamos por la mediación de los Estados Unidos, y esto se tradujo como prueba de ineptitud y frustración. Estas opiniones son ya lugares comunes de historiadores y comentaristas de lo cubano, yo no me ocuparé de cuestionarlas. Creo que la mediación norteamericana —que se llevó a cabo en connivencia con el liderazgo independentista cubano apoyado por la prensa que le era simpática— sí resultó generosa y breve y ayudó —en el orden económico— a echar los cimientos de un país que adelantaría bastante en muchos órdenes en las próximas décadas; pero esa intervención fue también demasiado generosa con los enemigos de Cuba, con el capital español que se había enriquecido con los despojos de nuestros patricios y con los cómplices de la opresión, y, en ánimo de apaciguar, los norteamericanos dejaron bastante intacta la estructura del poder colonial y en la miseria a los cubanos que lo habían dado todo por el sueño de la nación, privando de este modo al remanente de nuestra natural aristocracia de los medios para influir decisivamente en la vida pública.

De ahí por qué los ricos cubanos del siglo XX se comportan de manera tan diferente a nuestros hombres de fortuna del XIX. Sucede que, en su mayoría, son otros, logreros y rastacueros del coloniaje que la nueva Cuba se ve obligada a respetar. Es una clase filistea que vive para el lucro y que, como toda burguesía nueva, se conforma con las imitaciones. La crueldad de la guerra ha hecho popular el cinismo. Las bienandanzas de la paz favorecen el acomodamiento. Jorge Mañach, acaso la mente cubana más lúcida de la primera mitad de este siglo, consigna esta precoz decadencia republicana en su conferencia *La crisis de la alta cultura en Cuba*, que dicta precisamente en la Sociedad Económica de Amigos del País en 1925: «la hora del triunfo marcó también un momento de penuria espiritual que todavía estamos viviendo. Nuestra Cuba se abandonó a una gozosa lasitud, a una como disposición

apoteósica, franca a todas las voluptuosidades, reacia a todos los rigores»;<sup>9</sup> y las primeras décadas de la república las juzga como «un epinicio confuso y estéril, un desbandamiento de milites orondos, con algo de vandalismo hacia la cosa pública y mucho de caudillaje y de indisciplina».<sup>10</sup>

Mañach es optimista, considera que es un mal pasajero, lo explica como una secuela del triunfo de una revolución política que «trae consigo, fatalmente al parecer, un período sucesivo de apatía, de indignancia ideológica y de privanza de los apetitos sobre el ideal».<sup>11</sup>

Los males están bien descritos, el diagnóstico, en cambio, no es acertado. Los vicios que aquejan a la nación son permanentes, no transitorios. En Cuba el espíritu público se degrada constantemente, pese a que coincide con algunos momentos de gran actividad económica. El país prospera, la nación se hunde. El desdén de los ricos se hace cada vez más insultante, y el resentimiento de los intelectuales cada vez más acerbo. La canalla que medra y manda en la política aumenta parejamente su insolencia. De vez en cuando, algún santón, algún demagogo, algún gángster, invoca la revolución como una palabra mágica que curará todos los males. Los revolucionarios, por tanto, tienen un porvenir. Desde 1933, todos los políticos son revolucionarios, tanto del gobierno como de la oposición. La seriedad de instituciones y jerarquías ha sido socavada por la improvisación y el escarnio, el «cho-teo» que denunciara Mañach. El mito de la revolución se nutre de esa decadencia y suplanta, inadvertidamente para muchos, el ideal de la nación. Un megalómano, movido por un resentimiento antiguo y profundo, va a escamotearnos la libertad como en un juego de manos. La revolución en el poder, integrada por fanáticos e inquisidores, se propone, como tarea magna, la reescritura de la historia. Con este secuestro, el proyecto nacional acelera su degradación hasta lograr devolvernos —con algunas diferencias y pese a la supervivencia de algunos símbolos— a la plantación de la que alguna vez salimos.

Sólo una catástrofe de esta naturaleza puede explicarnos el envilecimiento de la sociedad cubana de hoy, y los empeños fracasados de nuestro exilio. La nación cubana, o su proyecto, no tiene continuadores orgánicos ni en Cuba ni fuera de Cuba. Hay en verdad algunos individuos y algunas agrupaciones que, modestamente, se esfuerzan en contribuir a su supervivencia; pero muchas veces este esfuerzo, por demasiado personal y modesto, es patético; otras veces, a fuerza de pomposo, es falso. Casi siempre es paródico.

Bien es cierto que la gestión totalitaria que dinamitara el cuerpo político y social de la república, deshaciendo algunas de sus instituciones más representativas como la prensa y los partidos políticos no se ha impuesto por casi cuarenta años sin oposición. En los primeros tiempos —especialmente en la

---

<sup>9</sup> Jorge Mañach, *La crisis de la alta cultura en Cuba* (Miami, Edic. Universal, 1991), p. 27.

<sup>10</sup> *Idem.*

<sup>11</sup> *Idem.*



década del 60— esa oposición se articuló en organizaciones de carácter revolucionario: algunas que habían tenido vigencia en la lucha contra Batista y que resultaron desplazadas por Castro y los suyos, y otras que se crearon, dentro y fuera de Cuba, para responder al secuestro político. Sin embargo, aunque algunas de ellas contaron con la cooperación de figuras públicas y de individuos de algún prestigio moral e intelectual, ninguna pareció darse cuenta del naufragio de la nación y se organizaron en torno a agendas inmediatistas —que se agotaban en la remoción del castrismo y en el retorno al sistema pluripartidista— sin que mediara la reflexión profunda sobre las causas de la erosión del proyecto nacional y el desastre al que lo había empujado la «acción revolucionaria» luego del colapso de la república. Las organizaciones políticas cubanas que lograron sobrevivir —en el exilio— a la represión impuesta por el régimen totalitario se fueron convirtiendo en simples focos de opinión, cada vez más inoperantes y desgastados cuyo impacto en la población exiliada, y entre cubanos en general, era poco menos que nulo (la tardía excepción de la Fundación Nacional Cubano-Americana, que sí ha llegado a ejercer un cierto poder en la política norteamericana y a tener algún peso entre los cubanos del exilio, parece agotarse en estrategias de presión a corto plazo, y en simples proyecciones económicas para «la reconstrucción» de mañana, sin llegar a plantearse una reflexión a fondo de nuestra crisis nacional y, en consecuencia, sin proponer soluciones igualmente profundas y radicales).

Por su parte, la prensa cubana, que en vísperas de la revolución había alcanzado una visible pujanza —aunque ya venía muy agredida por la frivolidad— no logró reponerse del asalto totalitario. En casi cuarenta años, no existe en nuestra comunidad exiliada diario alguno ni ninguna publicación informativa de cualquier otra frecuencia que merezca seriamente ese nombre. La presencia en el exilio de editores, periodistas y empresarios no bastó para la supervivencia del periodismo cubano independiente.

Estas graves limitaciones o carencias no son casuales, se derivan directamente de la atomización de la sociedad cubana, de la feroz sacudida que descoyunta a sus clases dirigentes —que ya eran intelectualmente muy débiles— suplantadas por un improvisado liderazgo que, en el exilio, tiene escasísimo poder de convocatoria y credibilidad y que, en Cuba, se le impone al pueblo por la fuerza.

Al llegar a este punto no encuentro mejor ilustración que la peculiar historia de una isla del pacífico donde los norteamericanos, durante la Segunda Guerra Mundial, instalaron una base aérea que quedaría definitivamente desmantelada poco después de firmada la paz. Sin embargo, los nativos de la isla habían visto muchas veces la «ceremonia» del aterrizaje y despegue de los aviones, y decidieron reproducirla con los medios a su alcance. En la enmohecida torre de control de ese aeródromo abandonado, puede verse aún hoy a uno de estos indígenas que dice algunas expresiones absurdas en su lengua frente a un objeto tallado que quiere remedar un micrófono, en tanto otro corre con unas alas postizas por la pista cubierta de malezas guiado por un

tercero que imita al que hace las señales. Esta imagen, con todo lo que tiene de conmovedor patetismo, me parece, por momentos, una dolorosa parábola de la nación cubana, de lo que somos en comparación a lo que fuimos o a lo que, al menos, alguna vez nos propusimos ser.

### CONCLUSIÓN

Sin embargo, esta visión desoladora no justificaría por sí sola esta reflexión. Si nada más hubiera que agregar a esta exégesis, a este obituario, sería mejor que los cubanos, prescindiendo de todo análisis, nos declararíamos en duelo permanente, porque ¿cómo podríamos, los que alguna vez creímos en la existencia y perfectibilidad de ese proyecto nacional, aceptar su extinción o, algo peor, su existencia permanentemente degradada y ridícula?

Frente a la gravísima crisis en que parece empozarse la sociedad cubana — sociedad que rebasa, gracias a una nutrida emigración sus fronteras naturales— nada hay más pertinente que la re-formulación del proyecto nacional que consecuentemente ha de partir de las raíces. Esa reformulación tendría que tener en cuenta, en mi opinión, las siguientes premisas:

■ *Revisión histórica*, a la luz del pensamiento de los próceres fundadores y de la sociedad republicana concebida por ellos, que conllevaría, necesariamente, el rechazo del modelo «revolucionario» que, si bien resultó magnificado en la etapa actual, se inoculó en el pensamiento cubano durante generaciones y ha constituido una de las perversiones más nefastas del mismo. (En casi cuatro décadas, el primer documento que se acerca bastante a esta revisión es el que con el nombre de *La patria es de todos* suscribieron el año pasado cuatro activistas de la oposición que viven en Cuba y que se encuentran en la cárcel por ello).<sup>12</sup>

■ *Alianza de las clases rectoras* de la sociedad (empresarios, políticos, intelectuales...) luego de casi un siglo de desconfianza y enemistad entre estas clases, de suerte que cultura, fortuna e interés político constituyan de nuevo los soportes mancomunados del proyecto nacional. Esta alianza la concibo más factible, de inmediato, en el fomento y desarrollo de alguna institución que —inspirándose en la desaparecida Sociedad Económica de Amigos del País— agrupe a individuos provenientes de diferentes posiciones políticas, seriamente comprometidos con la nación como un proyecto superior que rebasa la parcela de ideologías, filiaciones y «verdades» particulares, y en el cual tendrían cabida, por derecho propio, todos los ciudadanos.

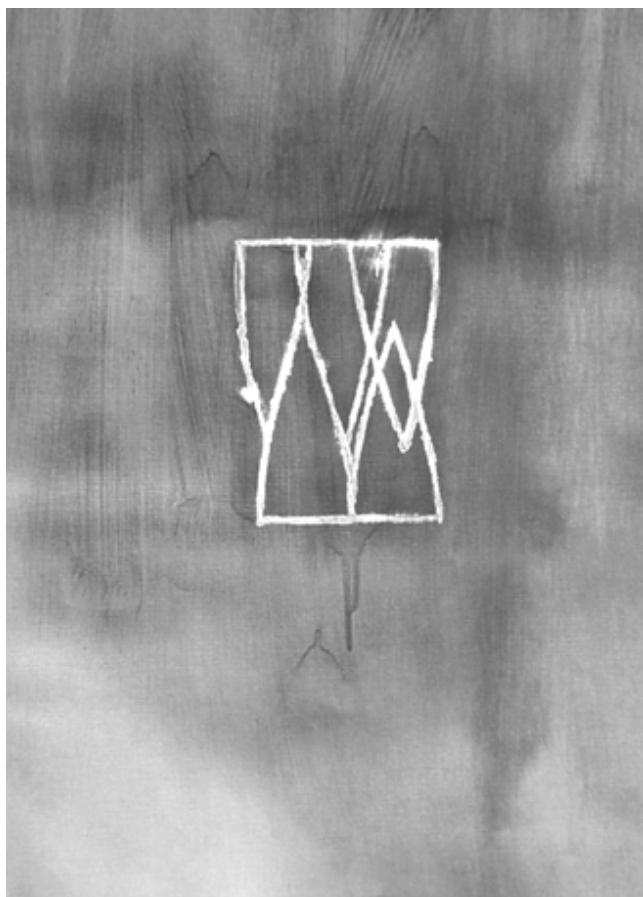
■ *Creación de amplias plataformas partidarias* para incluir, sin distinción, a cubanos que residen dentro y fuera de Cuba, quienes aspirarían y laborarían por

---

<sup>12</sup> Félix Antonio Bonne Carcassés, René Gómez Manzano, Vladimiro Roca Antúnez, Marta Beatriz Roque Cabello, que agrupados bajo el nombre de Grupo de Activistas de la Disidencia Interna en oposición a la plataforma del V Congreso del Partido Comunista de Cuba. El documento cuestiona radicalmente los supuestos básicos del castrismo, especialmente la identificación de la nación con la revolución. No es de extrañar la reacción del gobierno contra los autores.

reclamar y adquirir un espacio cada vez mayor en la sociedad cubana de ambas orillas. Esta acción, aunque costosa en recursos humanos y materiales, y no exenta de grandes riesgos y sufrimientos, ayudaría a sacar de su actual inacción a las fuerzas políticas del exilio que, al mismo tiempo, le brindarían un respaldo sustancial a los que se alinearán con ellos dentro de Cuba, y que obraría también como un factor decisivo en el aislamiento del régimen actual y de los que aspiran a convertirse en sus herederos.

El pueblo cubano no tiene hoy día mayor enemigo que su propio escepticismo, fruto de innumerables frustraciones y subproducto natural de la gestión totalitaria. Animar la fe en un destino colectivo es sin duda la primera tarea de cualquier *élite* que proponga de nuevo el ideal de la nación desde la arruinada plantación del presente.



Cabezas. Técnica mixta sobre papel (1998)

# La iglesia católica en Cuba: cien años después y a las puertas del tercer milenio

*Mons. Carlos Manuel de Céspedes*

*El tiempo presente y el tiempo pasado  
quizás están presentes ambos en el tiempo futuro  
y el tiempo futuro contenido en el tiempo pasado.*

THOMAS S. ELIOT, *Burnt Norton*

---

La falta de espacio nos impide publicar íntegramente el texto de la conferencia que Monseñor Carlos Manuel de Céspedes García-Menocal, Vicario General de la Archidiócesis de La Habana, pronunció en la Casa de América, en Madrid, el 29 de septiembre de 1998. No obstante, estas reflexiones son de tanto interés e importancia para la cultura cubana y para la responsabilidad que, a juicio de su autor, debe asumir en ella la Iglesia Católica de Cuba, que no queremos renunciar a la entrega de la zona fundamental de las mismas.

Monseñor Céspedes, al trazar un panorama de las posibilidades actuales y de los proyectos religiosos y sociales de la Iglesia Católica en Cuba, aclara que no habla en nombre de esta institución sino en el suyo propio, ya que no ha recibido mandato para expresar una opinión a nombre de la Conferencia Episcopal. El autor hace hincapié en que desea referirse al estilo de presencia de la Iglesia Católica en Cuba, y descarta el término «papel», que le sugiere algo cercano al mundo del teatro, de las representaciones, máscaras y disfraces, para decantarse por las palabras «tarea», «misión» y «responsabilidad», más próximas al mundo de la realidad.

**A**PESAR DE SER UN PAÍS LATINOAMERICANO, CUBA NO ES una nación típicamente latinoamericana. A pesar de

estar geográficamente situada entre América del Norte, América del Sur y América Central, entre el Golfo de México y el Mar Caribe y, por ende, ser geográficamente un país caribeño, Cuba tampoco es una nación típicamente caribeña.

¿Cuáles son mis razones para tales afirmaciones o, mejor, proposiciones?:

**a)** En la Isla no había una civilización aborígen bien desarrollada cuando llegaron a sus costas nuestros antepasados españoles, a finales del siglo XV, como sí fue el caso, por ejemplo, de México, América Central, Ecuador, Bolivia y Perú. No había tampoco un número significativo de habitantes. La mayoría de ellos murió muy pronto, a causa de las nuevas condiciones de vida y de trabajo impuestas por el gobierno español y como consecuencia de las enfermedades europeas, nuevas para los aborígenes, traídas a América por los colonizadores; los habitantes originales de aquellas tierras no contaban con los anticuerpos necesarios para defenderse de tales virus y bacterias. Los sobrevivientes se mezclaron de tal manera con los españoles y los negros africanos, que ya a fines del siglo XVIII resultaba muy difícil encontrar grupos de aborígenes puros en la Isla; solamente en las montañas del extremo oriental de Cuba —en donde es posible todavía descubrir rasgos físicos propios de los indígenas— y, curiosamente, todavía en el siglo XVIII existía un asentamiento poblacional aborígen, muy bien identificado entonces, en las afueras de Guanabacoa, al este del puerto de La Habana.

**b)** Hasta el siglo XVIII, Cuba fue solamente un puente de paso, una factoría de segundo orden entre Europa y el recientemente descubierto y colonizado continente. Los españoles no encontraron oro y plata abundantes en la Isla y, durante los primeros siglos de colonización, estos metales constituyeron el interés primordial del Imperio Español en América. En la Isla encontraron cobre, madera, puertos amplios y bien protegidos en la mejor intersección geográfica para los propósitos de la Corona, así como la posibilidad de la pesca y de criar ganado. Por supuesto éstas y otras fueron suficientes razones para mantener la Isla dentro de las fronteras del Imperio, pero la Corona no puso demasiado empeño en desarrollar instituciones sociales, la Iglesia Católica y la cultura en tal colonia de menor importancia.

**c)** En el siglo XVIII, a causa del interés creciente por la agricultura en el Imperio Español y, en el caso de Cuba, a causa del interés por la caña de azúcar, el tabaco y el café, que en la Isla crecían muy bien, la situación cambió radicalmente. El interés aumentó también a causa de la apetencia del Imperio Británico por la Isla, «antemural de Indias», como fue bautizada Cuba en ese período. En la segunda mitad del siglo, Cuba ya tuvo nuevas instituciones sumamente positivas para el desarrollo integral, como por ejemplo, la Universidad Pontificia de La Habana, la Sociedad Económica de Amigos del País —«la mejor hija de la Ilustración en Cuba», como fue calificada por Don Fernando Ortiz, uno de nuestros intelectuales de primer rango—, el Papel Periódico, imprentas, etc. Cuba fue también testigo del número creciente, la renovación y la promoción social de instituciones

y organizaciones ya existentes, como hospitales, escuelas y los dos seminarios del país, que llegarían a ser lugares decisivos para la evolución ulterior: los Reales y Conciliares Seminarios de «San Carlos y San Ambrosio», en La Habana, y de «San Basilio Magno», en Santiago de Cuba. Fue erigida la Diócesis de La Habana y aumentaron rápidamente el número y las condiciones humanas verificables de los sacerdotes del país. A fines del siglo XVIII, La Habana era la tercera ciudad del continente americano, después de México y de Lima, cuando New York comenzaba a dejar de ser una aldea portuaria.

**d)** La consecuencia inmediata y negativa de la expansión de la agricultura en Cuba fue la enorme y paralela expansión de la esclavitud, desde los últimos años del siglo XVIII hasta casi el final del siglo XIX, ya que la esclavitud fue abolida en Cuba en 1886 y aunque la trata había sido abolida en 1817, de hecho continuó realizándose de manera clandestina, muy lucrativa por cierto, con la complicidad frecuente de las mismas autoridades coloniales, comprometidas en principio con la supresión. La esclavitud de los negros africanos se sitúa en la raíz de muchos de los problemas sociales pasados y presentes en Cuba. Sin embargo, yo sostengo la opinión de que, simultáneamente, el hecho de haber importado negros de África a Cuba ha sido un enriquecimiento cultural —y, probablemente, también biológico— para mi país. Condeno la raíz de la presencia negra, o sea, la esclavitud; deploro los problemas que ésta arrastró, muchos de los cuales siguen estando vigentes como problemas sociales; pero me alegra la presencia negra y mestiza, abundante hoy. Si existe una palabra que podría definir y establecer la identidad cubana, esa palabra es «mestizaje». Y cuando digo «mestizaje» no pienso solamente en los mulatos y mulatas, hijos de parejas mixtas; pienso principalmente en el mestizaje cultural, que se manifiesta de diversos modos: música, lenguaje, religión, cocina, estilo de vida, escala de valores, etc. Cuba es un cocido dinámico en el que se cuecen ingredientes de muy diversas fuentes: europeas —fundamentalmente españolas—, africanas, americanas, chinas, judías, etc. «Ajiaco», lo definió descriptivamente nuestro ya citado Don Fernando Ortiz, utilizando la palabra que identifica nuestra versión criolla del cocido. Nosotros, el pueblo cubano —blancos, mulatos y negros—, compartimos este mestizaje cultural, nunca acabado, en evolución constante y progresiva. Este proceso dinámico de «mestizaje evolutivo» influye también en la religiosidad, ayer y hoy. Y, ciertamente, a niveles muy profundos.

**e)** Cuba —con Puerto Rico— fue el último país iberoamericano que se emancipó políticamente de España. Esta afirmación no se limita a ser una mera constatación cronológica, sino que, en realidad, significa: 1) que Cuba vivió el siglo XIX —es decir, la «modernidad»— bajo la influencia cultural ajustada de España y bajo el control político —por no decir militar— de España, con las ventajas del primer elemento y las desventajas del segundo; fue la única Nación del continente americano que tuvo esta experiencia, ya que las demás se independizaron tempranamente; 2) que

la Iglesia Católica en Cuba padeció, como la de España, las oleadas anticlericales y antirreligiosas nacidas y desarrolladas en el marco del pensamiento liberal español; así como la resaca opuesta, o sea, los afanes de manipulación, exitosa o no, de la religiosidad católica por parte de los gobiernos conservadores o de «restauración»; 3) que las luchas y guerras por la independencia política de Cuba duraron casi un siglo más que en el continente, lo que contribuyó a la expansión de una ideología política profundamente nacionalista y, al mismo tiempo, a la formación de una conciencia, lúcida y diáfana, de su peculiar identidad iberoamericana. Subrayo los dos adjetivos: «iberoamericana» y «peculiar». Quizás, en algunos círculos «criollos», podría unirse, ya desde el siglo XIX, la búsqueda de una solidaridad iberoamericana efectiva, que sólo ahora parece que comienza a abandonar el rango de pura utopía. Tengo la impresión de que tanto la identidad —ciertamente «restringida», pero identidad al fin y al cabo— como la solidaridad estuvieron más claramente pensadas y formuladas por algunos pensadores y patriotas cubanos —como el Padre Félix Varela, Carlos Manuel de Céspedes y José Martí— que por la mayoría de sus contemporáneos del continente; 4) «last but not least», que Cuba desarrolló relaciones muy especiales con los Estados Unidos de Norteamérica, debido a la proximidad geográfica y a la evolución de la realidad cubana en el siglo XIX, o sea, desde el momento no muy preciso, en el último cuarto del siglo XVIII, en el que «cubano» o «criollo» empezó a significar algo distinto a «español» o «peninsular»; momento que coincidió prácticamente con la independencia política de Inglaterra de las Trece Colonias, independencia a la que los cubanos ayudaron de manera muy efectiva. Esta relación especial, que se prolonga hasta nuestros días, se ha caracterizado por amor y rechazo simultáneos; comprensión mutua, incomprensiones y hasta agresividad, simultáneamente coexistentes también en nuestra historia común durante estos dos últimos siglos. Y esta relación, preñada de paradojas, de algún modo afecta también la vida de la Iglesia Católica en mi país.

Después de la emancipación de España en 1898, la Iglesia Católica inició un nuevo período en su historia, cargada con nuevos fardos y liberada de otros que había cargado antes: a) debió cargar con el «pecado» de su situación anterior, durante el período colonial español; bajo la «Ley del Patronato Regio» los cubanos se habían habituado a contemplar la institución «Iglesia Católica» como uno de los principales componentes de aquel complicado y contradictorio marco sociopolítico, lo cual generaba habitualmente, tanto en Cuba como en España, frecuentes ventoleras de anticlericalismo que no equivalían necesariamente a antirreligiosidad o, mucho menos, a ateísmo; b) los líderes de la Iglesia, clérigos y laicos —así como los políticos y los intelectuales del país— no estaban habituados a conducirse en el marco de las instituciones democráticas, con criterios y procedimientos democráticos; se vieron obligados a tratar de aprender a través de un proceso penoso y rápido y no todos lo lograron; c) durante la primera intervención norteamericana (1898-1902), la Iglesia Católica se vio realmente estremecida por el incremento excepcional

de la presencia de la Iglesia Anglicana y de Iglesias y movimientos protestantes, promovida por las autoridades militares norteamericanas. Para los norteamericanos se trataba de un asunto que, por una parte, estaba implicado en su concepción —correcta, a mi entender— de la libertad religiosa y, por otra, era un medio para reducir la influencia española, las tradiciones españolas, el peso cultural de España, y para incrementar el estilo norteamericano de vida y una cierta empatía o congenialidad con los Estados Unidos de Norteamérica; d) la Iglesia Católica se vio liberada de las manipulaciones de los gobiernos conservadores españoles y del anticlericalismo de los liberales, cada uno de ellos con su estilo, sus discernimientos políticos y su manera de tratar los asuntos, pero tuvo que manejar su presencia pastoral por sí misma, con sus propios recursos personales y económicos y no eran muy abundantes: número insuficiente de sacerdotes y de religiosas —sobre todo, de cubanos—, escaso número de laicos comprometidos y bien formados, carencia casi total de instituciones socialmente influyentes, escasez dramática de edificios eclesiásticos, ya que muchos habían sido dañados durante la Guerra de Independencia, etc.; e) la Fe católica y la ética católica, sin embargo, estaban profundamente presentes en la identidad cultural cubana y, además, por medio de las religiones sincréticas —entre el catolicismo y las diversas formas de paganismo africano presentes en la Isla—, el catolicismo aparecía integrado como una realidad irrenunciable para los estratos más populares y marginales del pueblo cubano, especialmente para los negros y mulatos. Esta cercanía al pueblo, aunque se trate de un camino ambiguo, ha sido siempre uno de los apoyos y estímulos más sólidos para el trabajo pastoral de la Iglesia Católica en mi país a lo largo de su casi siempre penosa historia: durante el régimen colonial español, durante las intervenciones militares norteamericanas, durante el anterior régimen más o menos democrático y durante la actual situación social y política «revolucionaria», considerada oficialmente todavía como socialista y marxista, aunque los cambios graduales, no bruscos, propios de todo período de transición, se hacen cada día más evidentes y, a mi entender, irreversibles, aunque sumamente lentos.

Despacio, paso a paso, en el marco del laicismo republicano, y bajo un régimen de total separación entre la Iglesia y el Estado instaurado por la Constitución de 1901 y mantenido por la de 1940, la Iglesia Católica llegó a ser a los ojos de los cubanos —incluyendo el liderazgo social en los diversos campos— una institución admisible, si no positiva, en la sociedad cubana. El número creciente de órdenes religiosas, de colegios católicos e instituciones católicas de diverso orden e importancia, la promoción de las vocaciones sacerdotales y religiosas cubanas y los realmente estupendos líderes laicos y movimientos de laicos (como la Acción Católica), presentes en todo el país, contribuyeron al cambio de mentalidad con relación a la Iglesia. Podemos afirmar que, en las décadas de los cuarenta y cincuenta, los católicos cubanos teníamos la impresión de que la Iglesia Católica estaba viviendo una ola creciente de consistencia, solidez y estabilidad, a pesar de las condiciones negativas de la vida política en el país en esos años —corrupción administrativa y



privada, gobierno dictatorial del General Batista, una cierta apatía social e injusticias socioeconómicas, que suelen hacerse más evidentes en períodos de crecimiento económico global, como sucedía entonces—, de los fermentos revolucionarios urbanos y de la guerra de guerrillas rural que desembocaron en la instauración del actual gobierno. En aquellos años, para una buena parte de la población, la Iglesia aparecía como una institución fiable. No era la mejor Iglesia local concebible, pero tampoco era la peor. Ésta era la convicción común entre los católicos y también de muchos no católicos en las décadas de los 40 y 50.

¿Teníamos razón o estábamos equivocados? ¿Acaso teníamos lentes distorsionadores frente a nuestros ojos y, por consiguiente, nuestra percepción de la realidad no era objetiva, sino el resultado de las deformaciones creadas por nuestros deseos más que por los hechos? ¿Acaso fue nuestra visión un embuste, una ilusión engañosa, la conversión en pseudorrealidad de lo que la Iglesia Católica había estado deseando vehementemente desde el inicio del siglo XX? Por el contrario, si nuestro análisis de la situación religiosa, especialmente de la Iglesia Católica y de la Fe cristiana, en términos generales, durante los cuarenta y los cincuenta, fue verdadero, realista, ¿cuál podría ser entonces la explicación del cambio súbito de los sesenta y de los setenta, de la ola invasora de ateísmo inducido y de las actitudes antirreligiosas de nuevo cuño de una más que significativa porción de nuestro pueblo cubano, para no decir que fue la actitud de la mayoría? ¿Cómo resultó posible a las autoridades cubanas tomar las conocidas medidas antirreligiosas y anticatólicas en particular, como la nacionalización de los colegios, la expulsión de sacerdotes, la supresión de instituciones católicas y del acceso a los medios de comunicación social, la discriminación social de los laicos identificados diáfananamente como religiosos, católicos o de otras confesiones religiosas, cristianas o no; medidas que afectaron, por consiguiente, no sólo a los mayoritarios católicos, sino también a los anglicanos, protestantes, judíos y miembros de otros movimientos religiosos? ¿Cómo resultó posible ofrecer razones, satisfactorias para muchos, con las que se desaba legitimar la represión «oficial» contra la Fe católica, la práctica y la enseñanza religiosa, sin que se presentasen reacciones significativas visibles del mismo pueblo cubano, cuya mayoría, sólo cinco años antes, se identificaba como católica? Dejo abiertas estas preguntas, sin respuesta, porque para mí, en mi interior, permanecen todavía abiertas. No tengo respuestas definitivas o contundentes para ellas, sólo hipótesis más o menos bien sustentadas y... un amplio margen de comprensión para con el inaprehensible ejercicio de la libertad y de la responsabilidad personal, en medio de la espiral de movimientos colectivos hiperentusiastas en algunas encrucijadas de la Historia. Y los primeros años de la entonces hiperentusiasmante Revolución cubana fueron una de esas peculiares encrucijadas en mi Patria.

Después de esos años, subsistió la Iglesia Católica, pero como una institución sumamente empobrecida, desprovista de muchos de los medios tradicionales que acostumbraba ejercitar y emplear para la realización de su misión en la sociedad: red de colegios católicos, organizaciones católicas de caridad y

asistencia social, movimientos de laicos católicos, publicaciones, acceso a los medios masivos de comunicación, ponderosidad o peso social, cultural y político, número suficiente de sacerdotes y de religiosas, etc. Sin embargo, una cierta Fe católica —por cierto, no muy puramente católica— individual o personal, oculta, carente de vínculos visibles con la institución «Iglesia Católica», pero evidentemente conectada con algunos valores éticos católicos, permaneció como uno de los elementos integrantes de la identidad cubana. Sin embargo, ha mantenido tal naturaleza semioculta y diluida, que, a pesar de la posibilidad de hablar de la importancia cultural y religiosa, del *pondus* de la Iglesia Católica en Cuba, para nosotros, todavía hoy, continúa siendo imposible ofrecer números realistas para identificar la proporción de católicos en la Cuba de hoy. Porque, me pregunto y pregunto, ¿cuáles son exactamente las fronteras de la Iglesia Católica, en cualquier parte, pero especialmente en países como el mío en el que existen tradiciones y formas de religiosidad mezcladas, es decir, religiosidad sincrética, y en el que, además, se ha simulado durante años en materia de religiosidad? ¿Quién es realmente católico y quién es solamente religioso, con algunos ingredientes de catolicismo no muy bien integrados en su vida? Como regla general, no me atrevo a establecer fronteras muy definidas entre las diversas formas de religiosidad en Cuba. Prefiero desarrollar un acercamiento personal y pastoral a cada persona que se me presenta con las características propias de la «mezcla religiosa» o de la simulación sostenida. Podemos afirmar que, más o menos, el 3% de la población asiste a Misa todos los domingos y que una proporción más amplia —probablemente hasta el 15%— viene a la Iglesia Católica de vez en cuando, para participar en celebraciones especiales, como son Navidad, Semana Santa, la fiesta de Nuestra Señora de la Caridad, etc.; podemos afirmar también que probablemente hasta el 60% de la población está bautizada en la Iglesia Católica y que, en la ciudad de La Habana, en cuyo cementerio principal existe una capilla a cargo de la Iglesia, aproximadamente el 60% de los difuntos recibe un funeral católico, solicitado por sus familiares. De acuerdo con la Oficina de Sociología Religiosa, institución estatal, no eclesiástica, la proporción de las personas que aceptan, de algún modo, la existencia de «algo trascendente», es el 86%, incluyendo en esa cifra tanto los que prestan adhesión a una Iglesia o «sistema» religioso, como los creyentes «libres» o «a su modo». Sería posible también brindar el número de los que reciben los diversos sacramentos, que no es muy elevado, pero que es un número creciente, como creciente es también el número de las vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa. Pero la práctica religiosa, a mi entender, es un índice, pero no es la medida única del peso de una religión determinada en un pueblo.

Además, con relación a las formas mezcladas o «cruzadas» de religiosidad, no se puede dejar de señalar que una proporción notable de hombres y mujeres que tradicionalmente habrían sido católicos, se han vuelto sincréticos, como consecuencia —a mi entender— tanto de la nueva y «revolucionaria» evaluación de las tradiciones culturales africanas, como de las presiones sociales con relación a las Iglesias históricas, mucho más difíciles de efectuar con

relación a los grupos sincréticos. Ser santero o palero o kimbisa o profesar cualquiera de las otras formas de sincretismo, no establece *necesariamente* vínculos visibles estables con una persona o institución religiosa, ya que todas las formas de religiosidad sincrética son, más o menos, *carismáticas y se ejercitan casi siempre sólo coyunturalmente*: no son formas institucionalizadas de religiosidad. Las personas adictas a ellas se relacionan con alguien en quien perciben poderes espirituales extraordinarios y frecuentemente la relación es sólo ocasional. Se encuentran con el hombre o la mujer en los que creen reconocer los poderes espirituales en su casa, no en un templo. Debemos añadir, además, que las formas sincréticas de religiosidad, normalmente, no incluyen exigencias éticas muy dificultosas; a veces, sólo el cumplimiento de ritos externos o «promesas» con el fin de lograr algo muy concreto (amor, salud, empleo, casa, etc.) y una relación cósmica con las fuerzas de la naturaleza, como en casi todas las tradiciones africanas. En las condiciones de mi país en los sesenta, setenta y hasta en los ochenta, convertirse a la santería o a otra religión sincrética, fue un camino, consciente o no, de implementar sentimientos religiosos o una cierta apertura a la Trascendencia o, por lo menos, a una realidad suprahumana, sin grandes riesgos sociales. Poco a poco, en el plazo de treinta años, las formas sincréticas de religiosidad se convirtieron en la religión de un espectro amplio de la sociedad cubana, no solamente —como ocurría con anterioridad— de la población marginal y de muchos negros y mulatos, de los que no eran muy cultivados intelectualmente. Los que eran adictos a alguna de estas formas de religiosidad, evitaban ser identificados, pues eran «mal vistas» socialmente. Sin embargo, a pesar de los problemas culturales y pastorales creados por el número creciente de adictos a la comunidad sincrética —si es posible hablar de comunidad en este caso—, me parece —ya lo insinué— que el sincretismo ha sido, paradójicamente, uno de los más efectivos caminos populares para salvaguardar algunos componentes importantes de la Fe católica, de los valores cristianos y de la adhesión efectiva a la Iglesia Católica en todos los estratos de la población cubana. No olvidemos que el sincretismo integra —defectuosamente, por cierto— componentes paganos de origen africano y componentes católicos. Una persona sincrética debe estar bautizada en la Iglesia Católica, debe recibir funeral católico, normalmente experimenta un gran respeto por las personalidades «sagradas» del catolicismo (religiosas, sacerdotes, obispos y, sobre todos ellos, por el Santo Padre) y debe participar en celebraciones litúrgicas católicas en fechas especiales. Así resulta más fácil comprender por qué podemos afirmar que el sincretismo, en Cuba al menos, depende del catolicismo no sólo como marco o como esqueleto teórico, sino del catolicismo encarnado muy concretamente en la Iglesia Católica. Lo cual no es tan evidente en otros países americanos en los que existe el fenómeno del sincretismo.

Me doy cuenta de cuán contradictoria es la situación religiosa real de mi país, al punto de que la Iglesia Católica puede ser considerada como un agente influyente en la sociedad y, simultáneamente, como un factor débil de transformación o de condicionamiento de la evolución del pueblo cubano. El

pueblo cubano es y no es católico. Una buena parte del pueblo cubano escucha la voz pastoral de los obispos y admira algunas personalidades católicas, pero la mayoría de los cubanos puede vivir sin tomar en consideración la ética católica proclamada por esas personalidades católicas con su voz y con su existencia. El pueblo cubano es religioso, pero no asume sacrificios muy costosos por causa de la religión. Estoy seguro de que se podrían añadir otras contradicciones del mismo estilo.

Sin duda que es posible, al mismo tiempo, señalar un buen número de cubanos católicos de la más auténtica y válida tradición, pero son solamente una minoría y resulta muy importante para los responsables de la Iglesia no olvidar esta realidad tan desagradable. Pero resulta muy importante también, a mi entender, no olvidar la siguiente consideración: si permanecemos en el dominio de las estadísticas de la práctica dominical, es cierto que la Iglesia Católica es sólo una minoría; sin embargo, me parece que la realidad de la Iglesia y su fuerza y su influencia social, aunque no sean determinantes, no pueden ser enmarcadas en dimensiones o cantidades medidas por tales estadísticas, ya que ella llega y toca la existencia humana más allá de los números.

Aunque tengo la impresión de que la Iglesia Católica, al menos por el momento, es incapaz de trazar los derroteros de la vida del país, no es menos cierto que en la Cuba de hoy, la única institución no gubernamental que está presente en toda la geografía de la Isla es la Iglesia Católica. Otras iglesias cristianas y movimientos religiosos y culturales están presentes en alguna región, pero no en todo el país. Y la única institución que ha estado presente en toda la historia de Cuba es también la Iglesia Católica. Llena de contradicciones, pecados y virtudes, presencia positiva y negativa y discutida, pero presencia después de todo. Y haber estado siempre presente y continuar estándolo todavía y evidenciar el propósito de continuar estándolo, confiere un reconocimiento y una autoridad moral muy particulares a las personas y a las instituciones que puedan presentarse con esta cualidad. Y el pueblo cubano percibe esta cualidad intransferible del catolicismo cubano y la reconoce. La reciente visita pastoral del Papa Juan Pablo II a mi Patria, la cálida y multitudinaria recepción que se le brindó, la atmósfera festiva generalizada de esos cuatro días y el buen recuerdo que aún permanece y estimula la esperanza en mejores posibilidades para nuestro pueblo, a todo lo largo de la Isla, parecen confirmar mis afirmaciones. Si esto constituye un privilegio de la Iglesia Católica, es también una responsabilidad y un reto.

#### **MISIÓN EVANGELIZADORA DE LA IGLESIA CATÓLICA EN LA CUBA DE HOY**

La Iglesia existe con la finalidad de evangelizar a todas las naciones y a todos los pueblos —personalmente y como miembros de un «cuerpo», de una «familia», de un «pueblo nuevo»— y a todas las posibles situaciones humanas, hasta las fronteras de la Geografía y de la Historia (... *hasta el final de los tiempos*, Mt. 28, 20). La Iglesia Católica en Cuba no debe ser considerada como una excepción a esta regla. Por consiguiente, todo lo que la Iglesia asume, en principio, debería estar enmarcado dentro de: • la proclamación

de la Fe por medio de las palabras y de la vida coherente; • la celebración de la Fe en la atmósfera comunitaria de la Liturgia y en la vida personal y la existencia común (tradiciones populares conectadas con la Fe católica); • el testimonio efectivo de la Esperanza cristiana y del Amor cristiano (caridad, presencia activa en los dominios sociales, culturales y políticos, etc.).

No me atrevo a afirmar que, históricamente, los responsables primarios de la vida de la Iglesia y los hombres y mujeres creyentes hayan sustentado siempre sus criterios pastorales, programas, actitudes y acciones concretas en tan evangélicas razones y fundamentos, pero tampoco es objetivo situarlos del lado de todas las causas nocivas de nuestra historia, como si todos ellos y siempre hayan sido más dóciles a Satán que al Espíritu del Señor. En la vida diaria de la Iglesia resulta posible encontrar, en todo tiempo y lugar, lo bueno y lo malo; virtudes, realizaciones, pecados y errores. Trato ahora, solamente, de presentar la misión constitutiva recibida de lo Alto, el ideal, la referencia real, que es simultáneamente la utopía cristiana hacia la que la Iglesia debe siempre volverse, como a su trama fundamental.

En coherencia con esta perspectiva, opino que la tarea o responsabilidad más importante para la Iglesia Católica en Cuba hoy, en la aurora del Tercer Milenio del Cristianismo, está relacionada con la evangelización de la cultura, en el más amplio y universalmente aceptado sentido de la palabra «cultura», como «modo de vivir», valores éticos comunes, visión y juicio de la realidad nacional en conexión con el resto del mundo, proyectos, etc., y no sólo como el conjunto de manifestaciones más sofisticadas de la cultura (como la filosofía, la literatura, la música, la pintura, las ciencias, etc.). Éstas tienen un valor enorme como signos desarrollados de las esencias más íntimas, no siempre fácilmente perceptibles, pero la cultura de un pueblo es una realidad más existencialmente abarcadora que dichas manifestaciones más elaboradas o notables. Considero que, precisamente es a la luz y en el marco de la evangelización de la cultura que la Iglesia asume sus diversas tareas, responsabilidades, actividades pastorales, formas de presencia social activa, etc. En su reciente visita pastoral a Cuba, el Santo Padre habló diáfana y ampliamente sobre esta dimensión básica de la evangelización en su encuentro con el «mundo de la cultura» en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, en la que se conservan los restos del Padre Félix Varela, uno de los fundadores de nuestra nacionalidad. De hecho, la meditación —fue más una meditación que un discurso— del Papa estuvo articulada principalmente en torno a la personalidad y a las enseñanzas del Padre Varela, a quien S. S. Juan Pablo II presentó como el mejor ejemplo de integración de la identidad nacional cubana y de la Fe cristiana y cuya herencia llega hasta la Cuba contemporánea, pasando a través de José Martí, poeta y héroe nacional, artífice de nuestra independencia política de España.

Si existe un servicio nada despreciable que la Iglesia Católica ya está brindando al pueblo cubano y podría ser aún incrementado, éste es la redención o rescate de la capturada o casi totalmente oculta conciencia histórica. Los cubanos jóvenes no saben muy bien quiénes son, de dónde vienen y hacia

dónde deben dirigirse si realmente desean preservar dinámicamente su verdadera identidad, promoviendo un proceso de crecimiento armónico y coherente. ¿Cómo sería posible construir la futura y nueva sociedad cubana, si se ignoran las posibilidades reales del pueblo cubano? ¿Cómo sería posible calcular las posibilidades del pueblo cubano, sin mitificarlo o, por el contrario, despreciarlo, si la mayoría de los jóvenes cubanos están deficitariamente informados acerca de su pasado y su presente y no han sido entrenados en asumir totalmente el curso de la Historia de nuestra noble nación, del mismo modo que una persona individual debe asumir la historia y la realidad objetiva de la familia en la que nació y ha crecido? Me parece que el hecho de ser la única realidad institucional y carismática presente a lo largo de los cinco siglos de la historia cubana coloca a la Iglesia Católica en una posición preferencial para realizar este servicio. El hecho es reconocido por casi todas las personas bien informadas y pensantes en mi Patria. Sin embargo, me pregunto: ¿Cómo realizarlo con un alcance amplio, si la Iglesia por el momento carece de canales de comunicación que lleguen a todos los sectores de la población cubana? Además, en el caso de que dispusiere de ellos, no abundan ahora los agentes de pastoral en la Iglesia Católica en Cuba, dotados de una visión y una actitud congregantes y con una aceptación suficientemente amplia, que estén realmente capacitados para estimular semejante tarea de instrucción y reflexión, sea a través de los medios de comunicación masiva, sea por medio de la implementación de la enseñanza de inspiración católica. Lo cual no quiere decir que la Iglesia deba renunciar a ese servicio, sino simplemente que, entreviendo su prácticamente inevitable realización futura, aunque no inmediata, la debe preparar y desde ahora lo hace, esforzándose por capacitar por medio de formas alternativas de educación, que su pobreza le permite asumir, para ser capaz de ejercer con eficacia tal responsabilidad llegado el momento oportuno.

La percepción del curso de la Historia, relacionándolo con las posibilidades en el presente de edificar una sociedad cubana mejor, normalmente debería estimular el desarrollo del sentido de responsabilidad. La falta del sentido de responsabilidad es un mal lamentablemente muy extendido en la Cuba de hoy. Los sistemas de gobierno paternalista y colectivista, como ha sido el de Cuba durante muchos años, no ayudan al desarrollo del sentido de responsabilidad personal y social. A pesar de que ya se perciben cambios, la cultura cubana contemporánea es —al menos en cierta medida— la cultura del «pichón» que mira hacia arriba con el pico abierto, esperando en el nido la comida adquirida por las aves genitoras. La más recientemente elaborada Doctrina Social de la Iglesia Católica, en diálogo con otras visiones de la sociedad y del hombre que la forma, podría ayudar a desarrollar el sentido de responsabilidad indispensable para el bienestar de cualquier sociedad genuinamente humana. En Cuba, también en la aurora del Milenio, todos los proyectos sociales, económicos y políticos deberían estar asentados en el *cambio radical de la «cultura-del-pichón-con-el-pico-abierto» a la «cultura-del-responsablemente-audaz-pájaro-adulto»*, capaz de volar fuera del nido buscando, con otros pájaros igualmente adultos,

sus *derechos y deberes comunes*. Este sentido del protagonismo responsable de nuestra propia Historia fue también uno de los temas reiterados por el Papa al pueblo cubano, dirigido especialmente a los jóvenes.

Paradójicamente, han disminuido notablemente, en la escena cubana, los criterios anticlericales y las actitudes concretas anticlericales y aún antirreligiosas, que fueron tan frecuentes en Cuba en los círculos intelectuales y artísticos desde la segunda mitad del siglo XIX hasta la década de los cuarenta y aún de los cincuenta. Actualmente podemos hablar de cercanía y hasta de estimación y simpatía en sectores muy amplios del pueblo para con lo institucional católico. ¿Se debe acaso el cambio de actitud al cambio de situación de la Iglesia en la actual «tela de araña» social y política? Yo no tengo una respuesta satisfactoria y es que, en realidad, por diversas razones, la presencia de la Iglesia Católica en los círculos intelectuales y artísticos no es muy intensa, es más bien pobre, pero, cuando se da, es apreciada; éste es un hecho fácilmente verificable. Por medio de este puente cultural es más que posible llegar a otros círculos, incluyendo los políticos, con el diálogo respetuoso como única arma, con el propósito de hacer presente la ética católica como ofrecimiento, no como imposición, con el fin de trabajar junto con los portadores de otras opiniones en la animación de genuinos movimientos sociales que pongan fin al marasmo que frecuentemente nos paraliza. Cada cual, evidentemente, con su propia identidad diáfana expresada.

La ética, personal y social, es probablemente otro de los servicios más importantes que la Iglesia Católica puede aportar en los presentes y en los futuros esfuerzos para recuperar los valores morales perdidos o disminuidos o, por lo menos, escondidos en mi Patria, cuya alma cristiana está viva todavía, pero gravemente herida por situaciones que han nacido antes y durante el actual «período revolucionario». Esta enfermedad tiene una larga historia, que comienza mucho antes de 1959.

Fortalecer la unidad de la Nación con el propósito de llegar a ser la Casa común y familiar —«la Casa Cuba»— demanda la reconciliación progresiva entre los cubanos, que tienen distintas actitudes políticas y diversas biografías, que viven en distintos países, consideren o no la posibilidad de un regreso más o menos definitivo a la Isla. Y la reconciliación demanda perdones recíprocos y renuncia a toda forma de violencia en las relaciones sociales. La Iglesia Católica podría apoyar, de modo muy sustancial, la pasión por la unidad nacional y podría asimismo predicar de palabra y con la vida su opción por la reconciliación nacional y el valor pluridimensional del perdón, dejando sentado de manera muy clara que cualquier forma de violencia podría destruir los remanentes de nuestra «Casa Cuba» y podría impedir la reestructuración —que es más que restauración—, para que todos podamos disponer de una «Casa Cuba» más hermosa y confortable y amplia, con un sitio para cada cubano y en la que todos los cubanos podrían ser capaces de sentirse «en casa». Los responsables y animadores de la vida de la Iglesia Católica no deberían dejar de trabajar en esta dirección, sin identificar a la Iglesia con un partido concreto o con un movimiento político específico, pero sí identificándose a sí misma con

la pasión por Cuba, con el bienestar compartido de todo el pueblo cubano, sin exclusiones, y con los valores que cualquier movimiento —sea cual sea su color— debería asumir si desea contribuir en la construcción de la «Casa».

### CONCLUSIÓN

Me doy cuenta de que mis reflexiones y proposiciones son incompletas y discutibles. *Incompletas*, porque resulta prácticamente imposible colocar el punto final y quedar satisfechos cuando pensamos, hablamos o escribimos acerca de la responsabilidad social de alguna persona o institución. Siempre es posible encontrar otro eslabón en la cadena interminable de las cuestiones calificadas como «sociales». El tema se vuelve más complejo y sutil si la institución a la que se hace referencia es la Iglesia Católica, presente, en principio, en casi todos los componentes de la vida, integralmente considerada. Además, en cualquier hipótesis, podría haber añadido anécdotas, relaciones de hechos concretos, de incidentes que, por una parte, contribuirían a dar luz a las reflexiones pero, por otra, las volverían interminables. ¡Son tantas las anécdotas, de uno u otro tono, que yo podría haber incluido, viviendo como he vivido, muy intensamente, durante estos decenios en Cuba y en la Iglesia que peregrina en ella! *Discutibles*, porque cuando pensamos, hablamos o escribimos sobre estos asuntos, estoy seguro de que caminamos riesgosamente sobre una tembladera o asumimos el papel del equilibrista que hace sus piruetas sin red bajo la cuerda. Son cuestiones, insisto, complejas y sutiles y yo mismo, que vivo dentro de la Isla, no veo con claridad todos los componentes del camino inmediato. Me refiero a la neblinosa transición social, política y económica de mi país. Ésta es la realidad de Cuba hoy, en el tránsito de uno a otro Milenio, y en ella debe bregar la Iglesia Católica: la transformación de nuestra sociedad actual en otra diversa, cuyos perfiles no percibimos todavía con claridad meridiana, pero que debe ser más capaz de abrirse al mundo contemporáneo y de acoger efectivamente la apertura del resto del mundo contemporáneo a ella, según el *dictum* de S. S. Juan Pablo II en Cuba, que ha hecho fortuna.

En todo caso, el significado o dirección de los cambios graduales o de la transición, como prefiramos denominar la tónica característica de la situación actual y del futuro inmediato de mi Patria, por el momento, permanece abierto. Mi opinión es que esta transición o estos cambios graduales ya comenzaron, pero la percepción del camino y de las metas a mediano y largo plazo no están siendo considerados de manera transparente y suficientemente participativa o, al menos, no están siendo presentados abiertamente. Para quienes vivimos fuera de los círculos en los que se elaboran los pasos de los cambios y se toman las decisiones, las apariencias nos hacen pensar en gestiones contradictorias: lo que se aprueba hoy, se modifica o se prohíbe poco después; lo que hoy se presenta como prohibido y sin posibilidades, se aprueba y recomienda poco después. Así no resulta difícil comprender que esta atmósfera de neblina es una de las dificultades principales con que tropieza la Iglesia en el cumplimiento de sus responsabilidades y tareas evangelizadoras, en el terreno de la ética sociopolítica y económica, en mi Patria.



Sin embargo, después de la visita pastoral de Juan Pablo II, los cubanos estamos de acuerdo en afirmar nuestra convicción de que algo grande está sucediendo en la Isla. Y, por supuesto, algo en la dirección de la confianza y de la Esperanza. Yo suelo decir a los que nos visitan, especialmente a los periodistas y demás personas relacionadas con los medios de comunicación social, cuando me preguntan acerca de aquellos inolvidables cuatro días y cuáles han sido las consecuencias de los mismos: *Ninguno de nosotros sabe exactamente cuáles podrán ser las consecuencias, a mediano y largo plazo, pero lo primero que debemos hacer ahora, todos nosotros, es sentarnos a reflexionar e interiorizar lo que hemos visto y oído... Una cosa es ya cierta: esos días han demostrado que todos los cubanos —cubanos de Cuba, de Estados Unidos de Norteamérica, de España, de todas partes; creyentes y no creyentes, católicos y no católicos— se pueden reunir con alegría y paz para un propósito bueno. Y si esto sucedió en una ocasión, puede suceder de nuevo si las condiciones son análogas.*

Monseñor Céspedes cierra sus conclusiones con una reflexión sobre la importancia del mensaje de Juan Pablo II en su visita a Cuba y una extensa cita del Tercer Poema de *Miércoles de Ceniza* de T. S. Eliot.



# Unos poemas de Eliseo Diego y un cuento de Reinaldo Arenas hallados en el estudio del poeta

Josefina de Diego

UN POEMA ESTÁ COMPUESTO DE VERSOS, EN UN ORDEN ESTRICTO, CON SUS silencios, sus espacios; en ese orden y no en otro. Igualmente sucede con los poemas que integran un libro. Al menos así pensaba mi padre, Eliseo Diego: «un poema es una suma de versos que buscan un significado. Un poemario es lo mismo, en otra escala: una suma de poemas que en su orden misterioso persiguen una idea, una poética determinada» (*La Gaceta de Cuba*, julio 1990, p. 16). En ocasiones le preguntaba por qué no incluía algún poema en el libro que estaba terminando. Sin levantar los ojos de su escritorio me respondía, muy serio: «no, no va ahí, no me preguntes por qué».

Así fue acumulando una serie de poemas que no «cabían», por insondables razones poéticas, en sus cuadernos. Algunos fueron publicados en la sección «Poemas al margen» de la antología *La sed de lo perdido* (Ediciones del Equilibrista, México, 1993 y Ediciones Siruela, España, 1993). Otros aparecerán, próximamente, en Cuba y en México, bajo el título de *Poemas al margen*. Un tercer grupo quedó en sus gavetas, esperando encontrar «su hora y momento». De ellos «Rostro de la cocinera» pertenece a la época de *En la Calzada de Jesús del Monte* (1949) y «Las estampas» a la de *Por los extraños pueblos* (1958).

El pequeño cuaderno que dedicó a mi madre, «cuando éramos novios», por el tipo de letra de la dedicatoria, debe haber sido escrito alrededor de 1945 (fueron novios entre 1941 y 1948, año en que se casaron). En esos poemas, que me pidió guardara «como una curiosidad», se encuentran condensados, apretados, cuidados, los temores, las obsesiones y la sobrecogedora atmósfera que más tarde aparecerían en su *Calzada* y en el resto de su poesía y de su prosa.

Guardó también, más que «como una curiosidad», durante casi treinta años, el primer cuento escrito por Reinaldo Arenas. Era la época en que dirigía el Departamento de Literatura Infantil y Juvenil de la Biblioteca Nacional. Se había hecho una convocatoria para narradores orales de cuentos para niños y Reinaldo, trabajador auxiliar de la Sección de Acopios en la administración de granjas del Instituto Nacional de Reforma Agraria, en vez de escoger uno de los tantos cuentos tradicionales, decidió escribir y narrar uno suyo, «Los zapatos vacíos». Cuando papá preguntó por el autor del relato, Reinaldo confesó, con cierta pena, que era él. El cuento, lleno de faltas de ortografía, era

perfecto. En una especie de conspiración literaria, papá y la Dra. María Teresa Freyre de Andrade, directora de la Biblioteca Nacional, mujer excepcional por más de una razón, decidieron que Reinaldo pasara a trabajar a la Biblioteca. Su principal y única ocupación sería leer. Papá siempre recordaba a Reinaldo como un joven que tenía una verdadera desesperación por aprender. Nunca en su vida, aseguraba, había conocido a nadie que sintiera esa avidez por la lectura. «Necesitaba leer como se necesita tomar agua o comer, con más urgencia. Era como si se le fuera la vida en cada libro. Lo leyó todo».

Gracias a la devoción y respeto de mi padre por la palabra, estos textos sobrevivieron el paso del tiempo y nos ayudan, como era su deseo, «a saber-nos mejor la conmovedora belleza de este mundo».

FEFITA: Me encontré' estos  
versos que escribí' para tu mamá'  
cuando éramos novios.

No recuerdo la fecha. Si quieres,  
guárdalos tú' como una curiosidad.  
Son de los primeros que escribí'.

Tápa'

10 de abril de 1990.

Para mi Betta, por la  
utilidad a of otro modo de  
que esta es para dar gracias  
a Dios.

De su

Estos es:

*Dentro del amarillo denso  
de los vidrios, callada guarda  
la casa el grave olor trizado  
de las velas. El suave  
roce de los encajes  
orla con dulce pesadumbre  
las húmedas esquinas. Vieja,  
duerme, la pobre, sin saberse  
todo el cansancio lento de sus huesos.  
Ahora sueña. Inventa,  
pausada, sus recuerdos.  
(Leve amanece en el balcón  
la encendida inocencia de la muchacha.)*

*(Esta tarde.)*

*La miserable gracia de unas botas  
me conmueve la sangre hasta las heces.  
Y la imposible danza  
que sueña la madera de los árboles.  
Muertos de risa ocultan  
sus no inventados caminos los lagartos.  
Raído barro del alma, polvo áspero,  
llueve el tiempo por dentro  
de los ojos.*

*Golpean  
adentro las cenizas de la tarde.*

*Qué grave adivinanza el aire  
propone a las serenas  
yerbas, que ellas dudan suaves.  
(No le veremos las manos; tan sólo  
su piel dorada.)*

*De quién los dedos ágiles, los ojos  
uno brillante, pero el otro  
vidriado. Arlequín  
vestido a partes. Juglar.*

*Muslos*

*finos de agua.*

*(Los álamos rumorán  
su nombre en una extraña  
lengua no aprendida.*

*Y callan.)*

*El pan que a la mañana como  
de noche es pan de nieblas.  
El dolor que sentí en los huesos  
no tiene dientes con qué roerlos.  
Por recordarla olvido  
la gracia cierta de la verja.  
Los ojos que te sueño  
no son los tuyos.*

*Sólo el ocio del muerto  
me pesará la tierra.*



*Tanta segura campanada lenta  
despierta el duro centro de las cosas,  
mueve los oros limpios en las rosas  
junto a la ciega tapia cenicienta.*

*Luego el silencio borra lo que inventa  
mi angustiada memoria. Despaciosa  
derrúmbase la forma, y la horrorosa  
sombra blanda extiende luz violenta.*

*No soñaré los árboles del fuego,  
sueño los bancos pardos de la plaza,  
las sobadas barajas sin el juego.*

*Contra la muerte dispondré la rasa  
tabla pesada de mi terco ruego:  
déjame, Dios, las piedras de mi casa.*

# «Rostro de la cocinera» y razón del libro

Eliseo Diego

«**R**OSTRO DE LA COCINERA» DEBIÓ FORMAR PARTE DE *En la Calzada de Jesús del Monte*. sin embargo, sólo se publicó en el N<sup>o</sup> 27 de la Revista *Orígenes*, correspondiente al año 1951. ¿Por qué?, me pregunto. Pertenece a la misma familia de textos de aquel libro, y según el testimonio de José Lezama Lima, no desmerece de los otros.

Una de dos: o formaba parte de *En la Calzada de Jesús del Monte* y fue deliberadamente excluido por mí; o fue escrito con posterioridad a la publicación del libro y apareció en la Revista como un intento de restituirlo a su lugar —cosa ya a todas luces imposible. *En la Calzada* corresponde a 1949, y el poema se publica dos años después, en 1951.

Sólo de una cosa tengo certeza: los símbolos ocultos en el personaje son esenciales a la estructura de mi niñez. La pequeña mujer, la taciturna señora de los calderos y potes y misterios de la cocina, reaparece en otros dos textos: como uno de los breves atisbos en prosa de *Versiones* (1970) bajo el título de «La Cocina»; y como poema en *Inventario de Asombros* (1982), donde se llama «Propio Nombre» —como si, desesperando de atraparla, quisiera yo conjurarla con el ensalmo de su nombre propio, pues la diminuta e irreductible hechicera se llamaba realmente «Inocencia». La anécdota que allí se sugiere sucedió en el todos-los-días de entonces, y fue para el niño que fui un golpe del que a todas luces aún no me he repuesto. Pequeña Gallega, amiga mía, yo te reintegro con pleno derecho a mi cariño. Más me diste que nos hurtaste, y después de todo lo hacías para salvar a tu único hijo de la guerra, puesto en Melilla en peligro de muerte. Sigue desde allá adentro irradiando tú los significados que nunca he acabado de entender.

Toda mi vida he pensado que cada verso contribuye a la significación total del poema, y que cada poema desempeña una función similar en el conjunto de un libro. Si bien este principio es aplicable a casi todos los textos incluidos en este libro, y excluidos por ello de los conjuntos a que estaban destinados, no me parece enteramente justo esgrimirlo en este caso. Lo mismo sucede con «Las Estampas», que debieron hallar su sitio en *Por los Extraños Pueblos*.

No hay otro remedio que aceptar un excesivo rigor para consigo mismos en los jóvenes a quienes se deben estas cosas, aparte de tildarlos de un tanto absurdos o quizás remilgados, y aparte, también, de los enigmas aún ocultos en la Cocinera. Los dos, quieran que no, están dentro de mí. Tiempo tuvieron para deshacerse del que, apenas un viejo, iba a enmendarles la plana.

Al más joven de los tres, el de *En la Calzada de Jesús del Monte*, que curiosamente goza de la simpatía de sus «contemporáneos» de hoy, daré un nuevo motivo de agravio. He dividido en estrofas lo que en principio concibió él como un texto compacto. ¿Quién tendrá la razón, él o yo? En fin, dicen que el diablo sabe más por viejo que por lo otro. Y mirándolo bien, es sólo una curiosidad que interesará a muy pocos.



Las consideraciones generales aquí expuestas son aplicables a todas las secciones del libro, excepto, quizás, una o dos. La de los textos escritos durante varios viajes, por ejemplo. No figuran en alguno de mis libros por demérito propio, sino porque sencillamente no había cabida para ellos. Siempre que la hubo, allí están. Véase, si se tienen las ganas, el libro titulado *Las vías de tu vida*. Allí encontrarán amigos y sitios familiares a muchos de mis bondadosos lectores.



### ***Rostro de la cocinera***

*Los pliegues espesos de la sombra  
uno tras otro en el fogón descienden  
atados con hilos de fanática llama.*

*Vuelve la cara contra el poniente rojo de los álamos  
absorta en el frío furor de su roca  
y el piadoso aroma de la madera y de los alimentos.*

*La obstinación de su vida en esta tarde  
sobrepasa el aroma que dan la cebolla y el aceite  
para ungir su pelo roto en la demencia de la ceniza.*

*Inmóvil entre brutales cacharros  
acepta el homenaje que le ofrecen las cosas  
en el húmedo silencio de esta tarde.*

*No son sus arrugas una escritura sacra  
ni se resigna el derriscadero de su aliento  
al esplendor de unos símbolos,*

*pero en su anónimo rostro se rompe la magnífica marea del año.*

### ***Las estampas***

*Sí la nostalgia está naciendo en el poniente  
de las viejas estampas amarillas. Escucha:  
la brisa entre las hojas del eucalipto ardiente  
se despide, y la penumbra en el espejo es mucha.*

*La visión de la tarde caduca, del ciprés  
mal hecho, del camino junto a los templos rotos  
—y la joven que se hunde, morada, en el revés  
del mundo, mientras buyen los pájaros remotos—*

*en la estancia que asombra la picuala, nos hiere  
con un vago estupor. Otro imposible, ciego  
rincón de flores que una violenta luz prefiere,  
salta en la porcelana, devora como fuego*

*y se apaga de pronto con las nubes. ¿Quién mira,  
desde qué sitio, los silenciosos paisajes  
donde, abolido, el tiempo llueve su inmóvil ira?  
Su nostalgia, llegándonos desde el pino salvaje,*

*nos va belando también los graves ornamentos  
del reloj y de las sillas. Pero la estampa triste  
de París en otoño, su casto movimiento,  
como la dicha pobre, convence al fin, persiste.*

# LETRA INTERNACIONAL

**N.º 62 (Mayo-Junio 1999)**

---

**LA EDAD DE LA INOCENCIA**

Sergio Ramírez

---

**PUBLICAR EN ESPAÑA**

Jesús Ferrero, Ana Gavin, Julián León, José Antonio Marina,  
Mario Muchnik, Miguel Munárriz, José Andrés Rojo

---

**REALIDADES AJENAS (3)**

Abdelwahab Meddeb

---

Robert Darnton • Eduardo Subirats • Christopher Domínguez  
Mariano Antolín • Fanny Rubio • Miguel Rubio • Felipe Hernández Cava  
M.A. Molinero • Carlos Álvarez-Ude • Amelia Valcárcel • Mª Angeles Escrivá  
Juan Octavio Prenz • Daniel Samoilovich

# LETRA INTERNACIONAL

**N.º 61 (Marzo-Abril 1999)**

---

**MEMORIA DE LOS 60**

Herbert Marcuse y Theodor W. Adorno, Rosa Pereda

---

**REALIDADES AJENAS (1 y 2)**

Jan Stage, James Hamilton-Paterson, Daniel Schwartz

---

**MUJERES DE CINE**

Lluís Alvarez

---

Manuel Rico • Sami Nair • Javier Alfaya • María Escribano  
Enrique Vila-Matas • Ramón S. Lizarralde • Mario Merlino

Suscripción 6 números:

España:		4.800 ptas.
Europa:	correo ordinario	5.500 ptas.
	correo aéreo	7.100 ptas.
América:		7.500 ptas.
Resto del Mundo		11.000 ptas.

Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

**Redacción y Administración:**

Monte Esquinza, 30 2.º dcha.

Tel.: 91 310 43 13 - Fax: 91 319 45 85 - 28010 Madrid

e-mail: [fpi@ctasa.es](mailto:fpi@ctasa.es)

# Los zapatos vacíos

Reinaldo Arenas

¡CARAMBA! ¿CUÁNDO SUCEDIÓ?, QUIEN SABE... ANTES; SIN FECHA EXACTA; TODO era tan parecido que realmente costaba trabajo distinguir un mes de otro, ¡ah! pero enero era diferente. Sabe usted, enero es el mes de los úpitos y de las campanillas, pero hay algo más, es el mes de los Reyes Magos.

Ya la yerba estaba amontonada junto a la ventana y los zapatos, un poco apenados por los huecos de las punteras, esperaban boquiabiertos, humedecidos por el sereno.

Pronto sería medianoche.

«Vienen cuando estés dormido.» —Me había dicho mi primo en voz confidencial.— «Y depositan los regalos sobre los zapatos». Cuando esté dormido, ¡pero no podía dormirme!, afuera sentía el silbido de los grillos y me parecía escuchar pasos, pero no, no eran ellos.

Dormir. Debía dormir, pero ¿cómo lograrlo?, los zapatos estaban allí, sobre el borde de la ventana, aguardando.

Debía pensar en otra cosa para poder dormir. Sí, pensar en otra cosa: «...Mañana hay que cortar los piñones y llenar el tanque de agua, luego iré hasta el arroyo y traeré una maceta de mamoncillos...» «No debí haber roto el nido, tenía dos pichones sin plumas que me miraban con miedo y con el pico abierto...»

Desperté. Era tan temprano que apenas si entraba la claridad por la ventana, casi a tientas caminé hasta ella. ¡Cuántas sorpresas, pensé, me estaría aguardando...! pero no. Toqué el cuero húmedo de mis zapatos, estaban vacíos... completamente vacíos.

Entonces llegó mi madre y me besó callada, pasó sus manos cansadas de fregar, por mis ojos húmedos y empujándome suavemente me sentó en el borde de la cama y me puso los zapatos, «Ven», me dijo luego en voz baja, «ya está hecho el café». Luego salí empapándome en el rocío, debía cortar los piñones.

Afuera todo era tan bello. Tantas campanillas, tantas, que se podía caminar sobre ellas sin pisar la tierra; tantas flores de upitos en el suelo, tantas, que tapaban los huecos de mis zapatos...

# *Pan con hormigas*

---

Robier Rodríguez Leyva

FUE SÓLO PASADOS DOS AÑOS CUANDO BENITO PÉREZ, PENSANDO UNA VEZ MÁS en aquella tarde de hormigas, comprendió rotundamente la fuerza que ejerció en su destino aquel suceso de cuentos.

Pero ya para entonces había logrado comprender otras muchas cosas «de las que normalmente no se deben comprender en un país donde se vive, hace tanto tiempo, de cuento en cuento» se dijo, pensando en su pasado, aquella noche de humedad pesada y calor sofocante.

Estaba parado en la oscuridad, frente a la amplia ventana embarrotada de su minúscula y apretada celda, vistiendo sólo unos calzoncillos blancos hasta medio muslo y tratando de atrapar, de a poco en poco, una bocanada de aire fresco que no había bajo aquel cielo cubierto de bajas y macizas nubes que parecían querer aplastar a todo lo que quedaba por debajo de ellas.

Ésas eran las horas más pesadas del día. Al menos, así lo sentía él que dedicaba las diurnas a leer y a escribir cartas a los familiares y amigos.

Leía allí cualquier literatura, desde las Sagradas Escrituras hasta los más mediocres libros policíacos que circulaban de mano en mano entre los presos y de los que las hojas mugrientas parecían querer escapar. Y escribía. Escribía largas cartas a su madre, su abuela y a una prima que le respondía profusamente. A otros parientes y algunos amigos les escribía cartas más cortas y menos sentimentales.

Pero las horas de la noche, en las que la oscuridad no le dejaba leer ni escribir y el calor arreciaba, se le hacían desesperantes. Sin embargo, aquella noche se le volvió súbitamente diferente, pues trajeron para una celda al lado de la suya a otro preso al que tenía gran interés en conocer.

«Ése sí es un preso político de los de verdad» había oído decir en varias ocasiones refiriéndose a ese preso, pero hasta entonces no había tenido oportunidad de conocerlo.

Hablaron sin verse, con los brazos entre los barrotes y de ventana a ventana y teniendo por delante, al otro lado del pavimentado patio, un espeso muro que llegaba hasta la altura de la segunda planta donde estaban y por encima de él un paisaje de montañas lleno de oscuridad a esa hora. Pero el muro, pintado de blanco, parecía al alcance de la mano bajo las luces de neón de las lámparas que rodeaban el edificio.

Mirándolo, Benito tuvo la impresión de que era con él con quien hablaba y él el que le respondía. O que las palabras iban hasta el muro y rebotaban

para volver al edificio entrando a otra ventana por un milagro de perfecta reflexión.

«¿Tú eres Benito Pérez?», fue el primer rebote de palabras que recibió y se sorprendió de haber sentido en la interrogante un sentimiento de verdadero interés y hasta de respeto.

El segundo rebote de palabras lo golpeó en el pecho y lo hizo apretar con fuerza los barrotes entre sus manos como si temiera ser atropellado: «Mañana comenzamos una huelga de hambre y contamos también contigo», dijo el recién llegado y continuó contándole las travesuras que había hecho para lograr que lo llevaran hasta allí, hasta «el castigo», y que en el penal todos le mandaban saludos.

Benito sintió que el sudor que le corría por la espalda se le volvía agujas de hielo. Tenía 32 años y llevaba dos preso por un delito de los clasificados como Delitos Contra la Seguridad del Estado. El suyo era el más común de esos delitos y su nombre a Benito le parecía sacado de una novela de espionaje: Propaganda Enemiga. Por demás, sólo al cabo de ese segundo año en prisión era que comenzaba a tomar conciencia de la magnitud de su delito: «Porque en verdad», se decía muchas veces él mismo «cuando me metieron preso no tenía ni idea de qué era Propaganda ni tenía muy claro quién debía ser el Enemigo».

«Presos contrarrevolucionarios» le decían las autoridades a los que estaban por los delitos Contra la Seguridad del Estado. «Presos Políticos somos» le había oído decir en los primeros días de prisión a uno de ellos mientras discutía con un oficial. «Presos Políticos de los que el Gobierno no quiere reconocer que tiene, pero Presos Políticos y por ideas».

«¿Por qué ideas estaba él preso?» se preguntaba Benito. Y aún después de bien enterado de su nueva condición se mantuvo huyéndole a la conciencia de tener algo que ver con política. Pasó todavía los primeros meses de preso como en un sueño de pesadilla y confiando en que no era más que un error lo que le sucedía y que en algún momento debían enmendarlo.

Viviendo los presos políticos en diferentes destacamentos y dispersos entre los presos comunes, Benito se camufló entre los últimos y casi ni se dio a conocer entre los primeros. Pero en breve se percató de que no le era posible convivir con tanta depravación.

Había sido criado sólo por su madre y como hijo único «con el esmero necesario para que llegara a ser un hombre de bien» decía ella siempre y se preocupó por mantenerlo apartado de que ni si quiera conociese que existían lo que ella llamaba «malos caminos». Así Benito, de la casa a los estudios y de éstos a la casa se hizo técnico medio y comenzó a trabajar. Pero siguió viviendo en el mismo círculo en el que se sentía protegido por su madre. Y llegó a los 30 años sin más experiencias de la vida que la que le proporcionaba ese cerrado mundo, con la poca maldad de 2 ó 3 travesuras cuando le tocó ir a la escuela al campo por unos días, y con la pequeña historia de algún que otro noviazgo frustrado por infantiles celos. Hasta que lo sorprendió aquella tarde de las hormigas.



Ya cercano al primer aniversario de su vida en prisión, sofocado por la convivencia cercana con la violencia viendo a su lado robo, juego, droga y sodomía a diario, Benito aprovechó un robo que hicieron en su celda y tuvo el valor de provocar una riña con la esperanza de que lo llevaran para «el castigo», de donde había oído decir que se vivía en celdas aisladas e independientes, y que algunos se quedaban permanentes allí.

«Veintiún días de castigo» le dijo el Jefe de Destacamento. Era un teniente joven y Benito en privado le confesó sus esperanzas y su incapacidad de seguir viviendo en destacamentos en medio de aquella delincuencia. El oficial le expresó con desinterés que eso no estaba en sus manos resolverlo. Pero cuando Benito le dijo que entonces él hablaría con alguien de la Dirección para explicarle su problema, el teniente se apresuró a prometerle que vería si podría ayudarlo. «No conviene que me vayan con chismes a la Dirección de que en mi destacamento hay esto y lo otro», pensó.

Benito no tuvo idea de la razón por la que el jefe del destacamento aquel lo ayudó en la decisión de que quedara permanente en el castigo, ni se imaginó la forma que tuvo aquella ayuda ni las consecuencias que le traerían. Todo eso sólo lo supo aquella noche después de haber sentido el miedo bajando por la espalda disfrazado de sudor helado.

Lo supo porque el recién llegado le contó cuánto se había comentado en todo el penal, sobre todo entre los presos políticos, la actitud digna y valiente que él, Benito Pérez, había tenido al desafiar a su jefe de destacamento.

«Yo mismo oí a ese oficial contándoselo a otro» le contó con entusiasmo desde su vecina celda mientras el calor se volvía más denso. «Decía que tú lo habías amenazado con formarle disturbios en el destacamento y que vivías haciendo proselitismo político».

Eso último fue lo que le dio la luz sobre lo que realmente había ocurrido: el jefe de destacamento se inventó toda una historia, con amenazas y proselitismo por el medio, para respaldar la solicitud de que quedara permanente en el castigo.

Otros dos presos políticos había allí permanente y Benito intimó con ellos a lo largo del último año transcurrido. Eran dos hombres maduros y con experiencia y conocimientos y Benito, escuchándolos en cada hora diaria de salida al patio de todo ese año, había logrado entender muchas ideas que antes ni siquiera existían para él. Ellos habían participado en ayunos de protesta y le contaban muchas de las cosas pasadas, y Benito sentía escalofríos cada vez que oía hablar de «huelgas de hambre». «No por el hambre» pensaba «sino por representar eso una posición política definida».

«Los políticos y las suegras son las peores plagas que se conocen» le había oído decir una infinidad de veces desde muy pequeño a su abuelo materno. Este abuelo, Bonifacio Martel, era un jovencito veinteañero en los años 30. Militó activamente en la revolución que derrocó al dictador General Machado en el 33 y luego se incorporó al grupo «Joven Cuba» que lideraba Antonio Guiteras. Muerto éste en el Morrillo dos años después, el joven Bonifacio sintió tal desilusión que se retiró a cultivar la tierra que heredaba de su padre y no quiso saber nada más de política para el resto de su vida. Ni siquiera el

contento general que hubo en el país al triunfar en enero del 59 otra revolución que derrocó entonces al dictador General Batista y por el cual Bonifacio sentía repudio especial por considerarlo un traidor a «la revolución del 30» y por su implicación en la muerte de Guiteras, lo hizo dejar de desconfiar.

«Se joden Generales y suben Comandantes» había dicho en el 59 y concluía «¡todos la misma ralea!». Y continuaba repitiendo lo de los políticos y las suegras. Un año después nació Benito y año tras año le oyó al abuelo repetir lo mismo y así la idea entró en su espíritu junto con los olores felices de la infancia. Y por eso fue heredero de aquella prevención traumática que conservó el abuelo toda su vida.

El padre de Benito, sin embargo, había sido un «alza'0» de la Sierra Maestra, de donde bajó con grados en el 59. Se casó enseguida con la hija mayor de Bonifacio y, con poco contento de éste, se la llevó a vivir a otro pueblo. Pero dos años después la abandonó con el niño de un año y la madre volvió a la casa paterna con la criatura. Fue por esa época cuando Benito sufrió el trauma con las hormigas que sería tan influyente en su vida casi 30 años después.

Benito vivió con el abuelo hasta los 15 años. Entonces su madre fue a vivir a la ciudad, en la casa de un tío, y puso al hijo a estudiar en un tecnológico. Benito se las arregló para, durante sus años de estudiante y luego de trabajador, no tener nada que ver con política. Según su idea esto significaba no dejar de asistir a ninguna de las actividades políticas que convocaran en la escuela, el centro de trabajo y el C.D.R. de la cuadra. Nunca se detuvo a pensar en lo paradójico que podía resultar esta situación y la aceptó como algo normal; pero en cambio se las arreglaba siempre para no llamar la atención ni destacarse en ninguna de esas actividades. Intuía que, precisamente, no asistir a ellas sería visto como meterse en política contra el Gobierno, y destacarse en ellas era hacerlo a favor del Gobierno. «No es posible otra neutralidad» pensaba.

Por todo esto dos años después de estar en prisión lo asustó la conciencia de que era un preso político.

«Un preso político de los de verdad» volvió a recordar aquella noche lo que había oído decir de ese preso que tenía ahora al lado y que le traía aquella historia sobre él y la huelga. Y se volvió a asustar de él mismo y de aquella voz interior que repetía «un preso político de verdad» y que lo hacía sentirse orgulloso a pesar del miedo que todavía lo mordía.

Y mientras el vecino le contaba cómo la habían organizado Benito pensaba en cómo se había iniciado todo para él con aquel pan con hormigas.

Cuando le preguntaban siempre decía eso, que estaba preso por un pan con hormigas. Y entonces siempre le volvían a preguntar que qué había hecho para «buscarse un pan con hormigas», pensando que él se refería al dicho popular con que se expresa un problema grande.

Benito, desde el principio, se percató del casual juego de palabras; pero dejaba a los preguntones con la incógnita y, ni siquiera a los otros dos presos políticos con los que durante el último año había intimado, les había explicado la verdad de por qué estaba preso, y les inventó una historia de carteles puestos en no sé cuantos lugares para explicarles eso del «pan con hormigas».

Pero se había percatado ya de que durante el primer año no lo explicaba por su trauma con la política y su natural timidez, mientras que después de un tiempo allí en el castigo había inventado una historia porque simplemente le daba vergüenza estar preso por tan poca cosa.

Aún no podía explicarse cómo fueron a parar tantas hormigas a aquel lugar. Muchas veces era su madre la que iba a buscar el pan, pero la casualidad quiso que fuese él precisamente el que fuera aquella tarde. Recordaba que al llegar del trabajo había encontrado a su madre enferma, y antes de cerrar la puerta siquiera ella le pidió que fuese a comprar el pan. «Mira que te den uno blanco» le había dicho al salir, pues no le gustaba el pan cuando tenía la corteza un poco quemada. Ella siempre se las arreglaba para que se lo buscaran más o menos blanco y que no estuviese muy aplastado. Pero a él le daba vergüenza entrar en el regateo aquel con la dependienta y siempre cogía el primero que le daban. También por esto le extrañaba tanto su misma reacción y sus palabras ante el hecho absurdo de las hormigas.

«Tal vez si hubiesen sido cucarachas, alacranes o ciempiés hubiese pasado... ¡pero hormigas!» pensó en broma aquella noche de dos años después.

Había sido criado en el campo y estaba por ello acostumbrado a lidiar con toda clase de alimañas. Pero teniendo apenas un año de nacido sufrió una experiencia sobrecogedora que lo dejó marcado psicológicamente para el resto de su vida con un pavoroso miedo a las hormigas. La madre lo dejó una mañana jugando desnudo sobre una loza pulida de piedra blanca que había en una esquina del patio mientras ella lavaba en una gran batea a sólo unos pasos. Algo fue a hacer ella a la cocina un momento y entonces el niño Benito escapó de la loza a toda velocidad de sus cuatro puntos de apoyo y fue a dar, en el otro extremo del patio, al centro de un hormiguero. Las hormigas eran bravas y a los gritos del niño acudió corriendo la madre que lo encontró revuelto en el fango, entre las gallinas y con todo el cuerpo cubierto de hormigas. Sin pensarlo dos veces lo tomó por las axilas, lo zambulló en la batea y lo restregó con la misma ropa que lavaba.

Pasaron muchos días antes de que le bajara la hinchazón de tantas picadas juntas, pero la impresión psicológica no lo abandonó nunca más. Ya de mayor creía recordar con exactitud el episodio, pero era sólo una ilusión producida por las tantas veces que le había oído a su madre el cuento. El verdadero efecto era subconsciente.

De todos modos, no fue hasta pasados dos años, en aquella noche asfixiante en que conversaba con aquel reciente vecino, que Benito asoció conscientemente el episodio de las hormigas de su infancia con lo sucedido aquella tarde del pan con hormigas.

Lo detuvieron. Durante el proceso de investigación, en el que estuvo más de un mes encerrado en los calabozos de la Seguridad del Estado, comprendió que la actitud de neutralidad política en la que había intentado refugiarse toda la vida se le viraba en su contra. No se explicaba muy bien qué podía tener de malo aquello, pues él siempre se comparaba un poco con los compañeros de trabajo y los vecinos y conocidos, y sentía que la mayoría era como él.

«Aquí la mayoría están y no están al mismo tiempo» pensaba y por eso se sentía seguro de que ésa era la mejor manera de vivir tranquilo, sin buscarse problemas. Pero durante la investigación y también en el juicio vio cómo fueron apareciendo testimonios de conocidos que lo indicaban como sospechoso precisamente por su neutralidad.

«La verdad es que él nunca fue muy entusiasta para nada», declaró la Presidenta del C.D.R., una viejecita a la que él saludaba siempre con cariño.

«Nosotros teníamos designado a un compañero con la tarea de realizar trabajo político-ideológico con él» comentó para el proceso investigativo el Secretario General de la U.J.C. en la fábrica donde trabajaba, y agregó «parece que no tenía arreglo».

La gente del Sindicato no dijo ni sí ni no, y el Partido dio un «miting» en su taller «para la expulsión oficial del contrarrevolucionario Benito Pérez» habían expresado.

«¡Contrarrevolucionario, contrarrevolucionario de mierda!» le habían gritado, primero un hombre vestido de verde-olivo que lo acusaba y luego dos o tres personas más que habían presenciado y escuchado sus palabras la tarde de la detención.

Todo el proceso lo volvió a recordar Benito aquella noche mientras escuchaba allí, desde su celda, a aquel preso político que él sinceramente admiraba. Y se preguntó si valía o no la pena meterse de veras en política y si se resolvía algo con andar constantemente escondiendo la cabeza. Se lo preguntó y se lo volvió a preguntar escuchando al vecino que le comentaba ahora que habían preparado muy bien la huelga aquella del próximo día y que ya la información estaba para la calle y que lo habían incluido a él, a Benito, porque todos aseguraban que con los políticos que estaban allí en el castigo siempre se podía contar: «por eso vine a avisarles».

Benito alzó la vista al cielo de nubes negras y respiró profundo un aire fresco que comenzaba a batir arremolinando las ramas del árbol que veía allá, más cercano que las montañas que no se veían a esa hora. Un momento después relampagueó en todo el horizonte y el aire fresco creció en ráfagas.

Lo más inexplicable para él habían sido siempre sus propias palabras aquella tarde del pan con hormigas. «¿De dónde saqué aquello? ¿De dónde me salió aquella idea?» se había preguntado un millar de veces. En los primeros días de estar detenido revisó mentalmente todas las conversaciones que había tenido en los días anteriores para ver si alguien había dicho esas palabras y él entonces las había repetido como un loro, pero no las encontró. Pensó en si las había leído en algún lugar u oído en la radio o la televisión, pero no le pareció.

Aún al cabo de dos años seguía sin encontrar una explicación a sus propias palabras de aquella tarde y entonces pensó en si no sería que esas palabras estaban en su cerebro ya cuando nació, en si serían palabras heredadas de su padre, por su rebeldía cuando la dictadura de Batista, o de su abuelo Bonifacio, por su época de luchador contra la dictadura de Machado, antes de su cambio a no querer saber nada más de política. «Quizás aquella vieja idea

apolítica de mi abuelo no era más que un gesto de rebeldía genética permanente en la familia» pensó.

Fuese como fuese, no dejaban de asombrarlo sus palabras de aquella tarde.

Llegó a la cola del pan y esperó su turno con paciencia mirando distraído el pasar de la gente en el atareo diario de esa hora en la que está llegando el final de una jornada. Alrededor del mostrador se aglomeraba un grupo de personas esperando simplemente o para que alguien le comprara. Cuando estuvo más cerca del mostrador Benito las vio. Pero pensó que habrían subido unas pocas del suelo atraídas por las migas. Pero cuando ya sólo le faltaban tres o cuatro lugares para comprar alcanzó un extremo del mostrador y entonces lo vio completamente cubierto por las hormigas. Eran negras y normales, de las llamadas «locas», que corrían en todas direcciones. Por un momento Benito no supo de dónde salían, pero un instante después se percató de que estaban en los mismos panes.

Cada vez que la dependienta sacaba un pan, de cualquiera de los sacos que estaban a su alrededor en el suelo, y lo dejaba caer sobre el mostrador salían veloces una infinidad de hormigas de su superficie y su interior. Corrían ésas y antes de que unas pocas alcanzaran los bordes del mostrador ya iba detrás otro ejército de las de otro pan salido del respectivo saco.

Entonces Benito comenzó a sentir como que era por sobre su cuerpo por donde caminaban. El cosquilleo perturbador le comenzó por los ojos y se le extendió rápido por el cuello, el pecho y las extremidades, hasta que sintió todas aquellas hormigas caminándole por fuera y por dentro de su piel con aquel paso loco de infinitas direcciones.

Los ojos, por donde sentía Benito que le habían entrado, se le quedaron fijos primero en la superficie de granito pulido llena de hormigas del mostrador y después los alzó. Miró a la dependienta con la misma mirada con que a las hormigas y le vió el rostro impasible y satisfecho de quien cumple normalmente con su trabajo.

La mano derecha de ella sostenía alternativamente un bolígrafo con que marcaba la libreta de abastecimiento que cada comprador le extendía y un cuchillo de hoja larga, ancha y afilada con el que cortaba las raciones de pan que le correspondían a cada libreta. Con la mano izquierda sacaba los panes de alguno de los sacos y recogía luego el dinero que le dejaban caer sobre el mismo mostrador los compradores, casi siempre monedas de 5 y 20 centavos. Con ambas manos de vez en cuando se sacudía las hormigas que le subían por los brazos y el cuello.

A Benito siempre le había molestado la falta de higiene con que veía que se despachaba en tantos lugares; pero ahora, además, por entre las monedas, el cuchillo, el bolígrafo y las manos y brazos de la dependienta, corrían las hormigas aquellas a cual y mejor, incesante y crecientemente. Y a los panes le salían de adentro y los compradores se alejaban sacudiéndolos muy tranquilos.

«Pero óigame, ¿qué es eso?!» casi gritó Benito cuando sólo le faltaba ya un lugar para comprar. La dependienta lo miró un instante como si no entendiera a qué se refería aquella pregunta exclamativa y luego, sacudiéndose otra

vez los brazos, alzó los hombros con gesto tranquilo y resignado. «¿No lo ve?... son hormigas, nada más que hormigas» dijo con una sonrisa forzada.

Fue entonces cuando Benito comenzó a perder el control de sí mismo. Recorrió con la vista los rostros de los que estaban a su alrededor y preguntó impersonalmente y con un creciente sentimiento de desamparo «¿pero aquí a nadie le importa esto?» Le respondieron algunas miradas curiosas, otras burlonas y las más indiferentes.

Las hormigas bajaban en enjambres desde el mostrador y se desparramaban en el suelo, y Benito sintió cómo le subían, ahora de verdad, por fuera y por dentro de los pantalones. «Déme su libreta» le dijo la dependienta en tono de reproche. Pero ya Benito no escuchaba lo que decían. Se cegó y sólo recordó después que lo que más sintió en aquel momento fue vergüenza, una vergüenza desesperada y angustiada por él y por todos allí.

Cinco años de prisión le pedían y en el juicio se quedó en tres. La abogada defensora, a la que vio sólo unos instantes antes del juicio, pidió que le cambiaran el delito de Propaganda Enemiga por Desorden Público. No lo logró, pero consideró una victoria la rebaja de dos años arguyendo la ausencia de antecedentes penales de Benito y su colaboración con el proceso de instrucción. Además se le había acusado también, en un principio, de Desacato a la Autoridad, pero quedó claro con los testigos presenciales que Benito no le hizo resistencia a la policía cuando se presentó en el lugar de los hechos. Sólo quiso decir algo más, pero no lo dejaron y lo empujaron con violencia dos policías hasta el auto celular.

«Yo no recuerdo casi nada de lo que dije» declaró con absoluta sinceridad durante el proceso. «¿Y qué es lo que recuerda?» le preguntaron. Y con la misma sinceridad respondió lo que recordaba de todo lo que dijo alto, muy alto, aquella tarde de hormigas: «¡Que ya no sólo dejamos que no nos respeten quienes nos gobiernan, sino que además no nos respetamos nosotros mismos!»

«¡Con eso basta!» exclamó el fiscal.

Ésas eran las palabras que él no pudo explicarse nunca de donde las sacó. Pero estaba seguro de haberlas dicho y al cabo de dos años comenzaba a sentir las suyas de verdad.

Aquella noche las recordó una vez más mientras el recién llegado a la celda vecina terminaba de contarle algunas noticias nacionales e internacionales. Era evidente que al hombre le gustaba conversar, pero afuera comenzó a llover con fuerza y tuvieron que apartarse de la ventana y abandonar la charla.

Ya era bastante tarde y Benito se acostó. Horas después aún continuaba despierto en la oscuridad pensando insistentemente en aquella huelga de hambre que comenzaba al siguiente día. Finalmente, en algún momento de la madrugada, Benito imaginó a la carretilla en la que llevaban el desayuno y al guardia que lo repartía sacando los trozos de pan de una vasija. Y en la imagen vio cada trozo que el guardia sacaba lleno, totalmente lleno, de hormigas. Se sonrió entonces, satisfecho de su imagen, y virándose de un lado se durmió profundamente.

# Los delfines

---

Atilio Caballero

AUNQUE EL BALNEARIO ESTABA RELATIVAMENTE CERCA, SALIERON BIEN TEMPRANO para aprovechar el día y ganar una jornada de sol, de mar azul y arena fina. Relativamente porque, en condiciones normales, nunca serían más de tres horas de viaje. Aún así, llegaron poco antes de la medianoche. Viajaron a saltos, empantanándose en algunos pueblos del camino. El dinero era mejor reservarlo para después, no debían malgastar en transporte. De todas formas, ellos contemplaron con entusiasmo y bondad estos villorrios nada pintorescos, con su parroquia y su carretera que los partía en dos. La recompensa de la meta atenuaba cualquier inconveniente.

Se celebraba un concurso sobre el amor, y a él le habían pedido evaluar aquellos versos ardientes, delirantes o temerarios. En la playa más bella del mundo, decían. Era una combinación excelente, y decidió llevar a su amante. Como invitado especial, nadie pondría objeciones. Las reglas de la hospitalidad y la etiqueta recomiendan solucionar estos imprevistos con eficiencia y soltura, de modo que el huésped no note siquiera la desazón inicial.

Era la oportunidad esperada. Y dadas las condiciones, no podía ser mejor. Tres días, con todos los gastos pagos, en un lugar de ensueño. Tanto tiempo haciendo el amor en los huecos de las escaleras, detrás de una puerta que en cualquier momento se podía abrir, en cualquier pausa entre una mirada y la otra los había hecho anhelar ese instante de tranquilidad, de abandono y entrega sin preocupaciones. El tiempo de la aventura se marchitaba, los sobresaltos comenzaban a agotarlos.

Había una fila de Mercedes-Benz parqueados, con la puerta del conductor abierta y un chofer de uniforme junto a cada volante. El camión se detuvo al final de la cola, les cobraron un precio ridículo «para no perder la costumbre», y ellos desfilaron ante la caravana de autos, rechazando las ofertas con suficiencia. Era un lujo digno del lugar, un buen comienzo. El hotel estaba unos dos kilómetros y prefirieron caminar, sentir la brisa fresca, la agradable sensación de saberse allí.

Lo que más les llamó la atención fue la calma. Paseando por una avenida que se abría entre dos hileras de pinos, podían oír desde allí el ruido de las olas. Parecía demasiado tranquilo siendo un sitio para el ocio. Aburrido, incluso, teniendo en cuenta la hora. No salía música de ningún local, no se oían risas. Todo en silencio, iluminado por resplandecientes anuncios de neón incitando al desenfreno, al alboroto de la feria. Cada tanto, alguien

cruzaba con prisa una calle. Vieron una pareja que se internaba entre los pinos, en dirección al mar.

El lobby parecía una prolongación del exterior. Espantaba de tan iluminado y vacío. En la carpeta un joven serio, despierto, miraba hipnotizado los cristales de la entrada. Ella se hundió en uno de los cómodos divanes de la terraza, que la envuelve como un guante de espuma. Nada era más agradable, después de todo un día de marcha, que estirar las piernas fatigadas y hermosas. Esperaba con ansiedad la salida del sol para mostrar su cuerpo de tigresa joven vagando por la arena. Él se identificó, y el carpetero registró sus generales. Dijo que tenían reservada una cámara personal. *No, no* era un problema de capacidad, sino que él *no* estaba autorizado a cambiar lo establecido. Sí, tenían habitaciones para dos personas, pero *no* podía resolver —ni siquiera momentáneamente— la situación.

Ella no lo podía creer. Que todo se desmoronara así, de repente, en las mismas narices de la gloria. Era un *criterio erróneo* empezó a decir, y terminó gritándole al carpetero que se metiera sus alcobas por el culo. Ya entonces ninguna excusa sería suficiente para deshacer el entuerto. Al otro día, él podría reclamar ante los organizadores del evento y el director del hotel, pero si no habían dejado prevista la solución de cualquier contingencia, no mucho se podía esperar. Al preguntarle si conocía alguna alternativa, el carpetero ni siquiera se dignó a mirarlo, hipnotizado otra vez frente a los cristales. Y allí en el lobby no podían quedarse, después de lo sucedido.

No tenía sentido indagar en otros lugares. Estas disposiciones funcionan en todas partes; sin muchos matices, siempre recibirían la misma respuesta. No podían regresar. Nada se movía. Pero tampoco lo deseaban. Si habían llegado hasta allí, algo del lugar tenían que usufructuar. Se trataba de la playa más hermosa del mundo, —decían.

Sin alejarse mucho de la villa se desnudaron y entraron al agua. El terral amainó, las olas (también) se habían calmado. Por un largo rato se mantuvieron a flote, acunados por ese manto de placer oscuro y tibio. Era comfortable estar allí, olvidarse de las fatigas del día bajo aquel cielo con luna llena. Cada tanto, aprovechaban su resplandor para sumergirse y nadar contra corriente. Esto daba la sensación de desplazarse en el espacio cósmico. Las diminutas partículas del placton absorben la luz como bacterias fotógenas, y su fosforescencia, al ser atravesada, hace ver miles de cuerpos errantes e iluminados que pasan a nuestro lado.

La playa estaba desierta. Sentados en la arena, compartieron las provisiones que quedaban del viaje. Habían guardado también un poco de alcohol en una caneca de J&B. Comieron y bebieron; luego los atacó la sed. Él regresó a la villa, donde el cocinero de guardia le llenó un recipiente con agua medio salobre. Ella lo esperaba afuera, sentada en la hierba del jardín. Desde allí miraba las ventanas cerradas de las habitaciones, intentando adivinar cuál hubiera podido ser la suya; escuchaba el rumor de los aires acondicionados, el goteo helado en los pasillos exteriores como lágrimas de ambrosía.

A un lado del hotel había un muro, de grandes piedras calizas, que casi llegaba hasta la orilla de la playa. Junto a él crecían algunas uvas caletas protegidas



por la misma altura de la pared. Allí había intimidad; por la quietud no tenían que preocuparse. Otra vez al mar para quitarse la arena de los cuerpos. De vuelta, recogieron sus cosas: dormirían entre los arbustos.

Aunque no era el paraíso, allí se estaba bien. Extendieron sobre la arena las amplias toallas de playa, las bolsas como almohadas. Ella sacó una cajetilla de Marlboro, guardada para el momento en que, ya acomodados en el dormitorio, se echaran sobre la alfombra a contemplar el horizonte entre las cortinas de seda movidas por la brisa marina. Bebieron otro poco de alcohol directamente de la botellita. Cuántos brebajes no había conocido la querida caneca, atesorada por su capacidad de aparecer siempre, después de las peores borracheras. Este tipo de fidelidad le ha permitido conservar las pocas cosas que posee. Igual pasa con su mala suerte, que se traslada con él dondequiera que va.

Ella, en cambio, prefiere ejercitar su imaginación, y como todo podía ser como debió haber sido allá arriba, en la tranquilidad y el confort verdadero de la alcoba, desabrocha la parte superior de su bikini y le acaricia el pecho desnudo con la punta de los senos. De abrir los ojos, él podría ver la lengua de su compañera cuando se humedece los labios para recorrerle el cuerpo. Realmente se pierde un gran momento: es la boca, la lengua, el gesto de una profesional. Pero prefiere mantenerlos cerrados y sentir el pelo cuando roza sus párpados, la punta de la nariz, los pómulos, toda la cara. Decide esperar entonces el peregrinaje de la saliva por la piel, el húmedo contorno que va perfilando sus músculos hasta envolver su miembro de piedra en una tibia cápsula de secreción espumosa. Ella tiene los labios llenos de sal, los pezones y el clítoris cuando la voltea y quiere arrancárselo con la boca. Boca de sal también. La luz de la luna, infiltrándose entre los arbustos, diseña ideogramas de plata en la espalda que convulsiona, cabalgando furiosa en la doma del cóctel, que descabeza y engulle con la presión de la vulva. Él la agarra por la cadera y empuja desde abajo, arqueando su cuerpo con cada golpe de penetración; quiere perforar esa oquedad y esparcir su semen en el cerebro de la amante, que la presión lo haga subir hasta allí.

Como casi siempre en ocasiones anteriores, era un amor furtivo, precario también, pero ellos ya no se acordaban. Al voltearla, ella afinca sus manos contra el muro, levanta las caderas y presiona hacia atrás, pero sin hacer resistencia. Ambos reprimían sus jadeos; los excitaba aquel sonido producido por la fricción viscosa de sus órganos, que se amplificaba con la intensidad de sus movimientos, con la pasión que crecía en cada uno. Ella pensó que el glande de su amante era imponente y preciso, y los primeros efluvios crecieron desde su oscuro manantial, inundando su fuente de jade con una baba dulce y caliente que se escurrió entre los dientes, colgando en hilachas de las comisuras antes de gotear sobre la arena. Ni siquiera intentaron alguno de sus juegos malabares; cada cual pretendía la posesión más feroz. Un luthier llama «ánima» a ese fulgor, al corazón inimitable de un violín y no al sonido de una cuerda vibrante, que puede ser sólo el resultado de una ejecución precisa. A ese núcleo se llega por desesperación, por extravío: el conocimiento nos

aproxima, pero desconoce la clave porque todas son distintas. Entonces gritaron. Muy fuerte, como si quisiesen demoler unas paredes inexistentes. De rabia y de deseo ambos, a la vez, sincronizados los orgasmos. El de ella perdura, sin embargo, queda suspendido en el aire, en el silencio. Todos sabemos —por descubrirlo fue cegado Tiresias— que el goce femenino es, al menos, doble con relación al de los hombres.

Relajada, conservando la misma posición en que un instante antes había aullado de placer, ella se quedó dormida sobre un amasijo de bolsos y toallas. Los rituales que la prisa imponía se habían vuelto familiares; eran voluptuosos pero sin grandes exigencias, y su modo de hacer el amor no tenía un claro inicio o un final definido, y muchas veces terminaba en el sueño. O el sueño lo interrumpía. La luna dibujaba ahora sus arabescos sobre las nalgas duras y perfectas de la muchacha, sombras variables con cada golpe de aire en los arbustos. Él extendió como pudo las toallas, tirando de las puntas en su intento de cubrir todo el territorio bajo su cuerpo sin despertarla. Hacía mucho calor, pero la humedad de la arena en la madrugada es nociva para los pulmones de una adolescente. Luego se tumbó junto a ella, bien pegado a la piel todavía sudada, y arrojó sin cuidado los dos cuerpos desnudos con un vestido de flores, ancho como una sábana.

Ella sintió un destello que le traspasaba los párpados, y entreabrió los ojos. A diez centímetros de su cara, el hocico jadeante de un pastor alemán la olfateaba. Los colmillos, dos cimitarras de marfil, brillaban en la oscuridad. Una tensa correa de cuero detenía los tirones del perro, impidiéndole acortar aquella distancia oscilante y precaria. Desde su posición pudo ver también la punta de una bota negra junto a las patas del animal. Fingió seguir profundamente dormida, y simulando uno de esos movimientos incoherentes propios del sueño, se cubrió las piernas y se volteó, enlazándose a su compañero. Él pudo sentir los pechos tibios aplastados en su espalda, y para reciprocitar esa muestra de afecto quiso virarse, pero ella, aprovechando la cobertura de la tela que los cubría, le apretó con fuerza un brazo. Era la presión del miedo, y él lo sintió enseguida.

—Vamos, despiértenlos.

—¿Usted está seguro, capitán? Parecen extranjeros...

—¿Extranjeros? Extranjero soy yo.

—Los de aquí no duermen desnudos en la arena. Además, no sé... mire la caja de cigarros...

—Sujeten bien a los perros. El que llamaban capitán encendió su linterna antes de aproximarse. Ellos, soportando el navajazo de la luz en el rostro, hicieron lo posible por no arrugar el ceño. Podían oler el aliento del hombre, mezclado con otro más caliente y apestoso que debía ser el de uno de los perros. Lo sintieron moverse alrededor, con cuidado, tocar la botella con la punta de la bota. Si se le ocurre pegarme el oído en el pecho estamos perdidos, pensó él. O en el de ella, que martillaba en su espalda.

—Yo mejor los dejaría... Puede ser un problema.

—Cállese.

Apagó la linterna y dio unos pasos hacia la playa. «Estos cabrones... qué bien viven...» Con el arreo de los perros en la mano fue caminando lentamente hasta la orilla, donde hizo que las cabezas de las bestias se aproximaran a la superficie serena y negra del mar. Allí se reflejaron los dos pares de ojos, cuatro brasas rojas que resaltaban entre las partículas plateadas de placton. Aquel hombre sabía que la mirada del basilisco es tan fuerte que su propia imagen puede matarlo, y los llevaba a abreviar allí, en el fluido oscuro, donde el reflejo de sus propios ojos no pudiese aniquilarlos.

Saciados, los ojos se apagaron. El hombre, entonces, metió entre los dientes de los dogos una mano forrada con un grueso guante de goma. Por las marcas podía medir la presión de las mandíbulas. Parecía satisfecho.

Los dos subalternos habían quedado empotrados en la arena, intentando adivinar las desnudeces que la tela sobre los cuerpos apenas insinuaba. El capitán se acercó. «Todo está bajo control. Muy tranquilo y muy bueno. De estos dos, mañana sabremos quiénes son. Ahora enmascaren los hierros y vamos al mar. Tal vez hoy los pescaos vengan más temprano».

Ellos podían oír las risas en el agua. El chapoteo de los perros. Aún así, decidieron mantenerse inmóviles. Se habían llevado la caneca, y ahora la lanzaban a los canes, que la traían de nuevo hasta la orilla. Él necesitaba un trago para calmarse; ella hubiera dado la vida por encender un cigarro. Así durante dos horas, hasta que comenzó a clarear. Las dos horas más oscuras de la noche, entre los gritos y los aullidos de los perros. Un par de veces lanzaron la botella cerca de ellos. Los pastores alemanes pasaron el hocico sobre la tela floreada, por las piernas descubiertas y cerca del cuello de él. Había luna llena. La segunda vez estuvo a punto de gritar, pero sólo la presión de la muchacha sobre su abdomen logró contenerlo.

«Aquí hoy no viene ni dios. Andando». Oyeron otros gritos, sin saber si estaban dirigidos a ellos o a las bestias. A estas alturas ya daba lo mismo, y la ronda se alejó despacio, bordeando la línea del agua. Un rato después, todavía paralizados, intentaron algunos movimientos cuando la brisa fría que venía del mar azotó los arbustos sobre sus cabezas. Entre los dos se frotaron los brazos y las piernas. Entraban en calor a medida que todo se hacía más nítido. Otra vez reinaban la calma y el silencio. Al incorporarse, vieron una pareja de delfines que se desplazaba paralela a la línea de la orilla. Saltaban hacia el sureste, cincuenta metros mar adentro. Corrieron entonces un buen tramo, manteniendo el ritmo de los mamíferos en el agua, hasta caer extenuados. Luego siguieron caminando, despacio, y con sus pasos borrraban las huellas de los perros en la arena.

# Registros de un cuerpo en la intemperie

Iván de la Nuez

a Antonio Vera-León

*¿Qué pasaría si Ulises y Homero, en vez de ser dos personas distintas que se distribuyen cómodamente los papeles, fuesen una sola y misma presencia?*

BLANCHOT

---

I. Hay cinco siluetas que componen la foto. Madre, padre; tres niños cuyas miradas se dispersan sin reparar en la cámara. La foto no tiene paisaje. No es que estén delante de la pared neutra de un estudio. Es que las figuras han sido recortadas y, de su composición anterior, sólo quedan cinco cuerpos adheridos a un papel blanco. Estoy mirando esta foto en Long Island, 20 años después de que fuera mutilada. 20 años después de que la aduana cubana clasificara el patio de Guanabacoa que aparecía detrás de esta familia como «zona estratégica»; propicia a ser utilizada por el enemigo. Dos décadas desde que esta gente viera recortado su álbum familiar antes de partir al exilio; liquidada toda posibilidad de archivar su territorio doméstico, un minúsculo contorno que sirviera de referencia o arraigo a aquellos rostros que ahora flotaban en el vacío. Habían quedado, sin más, como seres sin paisaje, sujetos planeando sobre la intemperie para pasar a signar la condición del habitante en una diáspora: escasa conexión con el entorno, desvanecimiento del jardín familiar, condena a morar para siempre como cuerpos sin «circunstancia».

La foto pertenece a la familia de alguien que, desde sus cartas y otros textos, me ayudó a comprenderme a mí mismo en tanto exiliado, a descubrirme las claves de lo que es habitar un destierro. Antes de tropezar con las cartas y los escritos de este amigo, durante mis primeros años de

habitante en la diáspora, yo pasaba alternativamente por dos renunciaciones que, afortunadamente, nunca coincidían. Etapas en las que me interesaba dejar de ser cubano, o bien rachas en las que lo que me impulsaba era dejar de escribir. Me había apropiado de una conocida frase de Borges, mediante la cual asumí que ser cubano (como ser argentino o ser mormón) era un acto de fe. Sólo que esa fe había dejado de acompañarme y atravesaba otras realidades —México, Miami, Barcelona— en las que, sin embargo, no me consideraba integrado, palabra de connotaciones fascistas que me provoca pavor. La mía, entonces, era —y sigue siéndolo— la historia de una extensa implicación en varios espacios y, simultáneamente, la historia de una intensa alienación de todos ellos. Esto podía alimentarlo gracias a cómo me había implicado en el exilio, al hecho de que mi «condición cubana» (cualquiera que ésta fuera) nunca fue un trabajo o un medio para ganarme el pan. De esta manera, mis rachas por olvidarme de todo lo cubano eran sustentadas por un relativo (aunque muy modesto) éxito en temas supuestamente extraños. Escribía sobre otros ámbitos y había decidido dar la espalda a mi país original. Al mismo tiempo, las penurias económicas de recién emigrado, mi propia terquedad y mi formación, me impedían mirar con frecuencia hacia atrás. Cuando uno tiene que sobrevivir no es recomendable perder el tiempo en melancolías. Además, ya desde Cuba me dedicaba a temas como el poscolonialismo, las culturas periféricas o el impacto de la posmodernidad en América Latina. ¿Por qué tenía ahora que oficiar de cubano si lo que siempre había soñado era acortar distancias con los escritores que leía y desde la isla me parecían inalcanzables? Ahora podía conocerlos, trabajar con ellos, tomar una cerveza, descubrir su ralea terrena. Ahora podía ver a Bob Wilson o David Byrne sin que me los «tradujeran» sus clones isleños. Un amigo melómano, también exiliado, no deja de repetirme lo mismo en su casa de Miami: «ya tengo lo que siempre busqué: la FM como emisora local».

Otros asuntos incidían en estas maneras de habitar el exilio. Veía, por ejemplo, que lo que había escrito sobre Cuba —en Cuba— no me colocaba en el pedestal de los héroes, pero no era necesario «limpiarlo» apresuradamente ni me obligaba a un arrepentimiento fundamental por el que entonar un mea culpa. Tampoco he tenido obsesión por parecerle simpático a las diversas variantes del Exilio Oficial. No tuve jamás un patrón dentro de los gurús de la cultura oficial de la isla y, por lo tanto, no he sentido la necesidad de buscar un sustituto en el exilio que me protegiera o impulsara una «carrera cubana».

A todo lo anterior habría que añadir mi casi feroz desacuerdo con los recientes profetas de la cubanidad, o mi afinidad —desde mis años cubanos— con las formas postnacionales de la cultura contemporánea. El caso es que mis días y mis textos viajan por un mundo que alterna temáticas cubanas, o próximas a esa determinación, con otras acerca de Orlan o Camille Paglia, Werner Herzog o Guillermo Kuitca, Octavio Paz o Marcel Duchamp. Es muy probable que yo no pertenezca nunca a ellos, pero tengo muy claro que ellos, ahora, sí me pertenecen a mí. Y el paisaje en el que se va registrando mi cuerpo es más vasto, más móvil, asumible o desechable, al punto de que me permite

rozar eso que el liberalismo, el existencialismo o el marxismo nos han escamoteado y que alguna vez se nos apareció en el horizonte como la libertad.

En otros tiempos, esto era una manera bastante extendida de ser cubano, pero hoy, en esta era global que ha puesto un par de maracas en las manos de todos los que procedemos de esa isla, semejante posición aparece como una tozuda renuncia, una pedantería snob, una antipatía, y convierte al que la sustenta en una especie de Tío Tom entregado a los valores enemigos (aunque no se sepa exactamente qué valores y qué enemigos). Un singular Tío Tom con su cabaña abierta, sospechosamente, al Tío Sam.

**II.** Escribo diáspora y me veo obligado a admitir, asimismo, que abordo una tragedia. La cultura cubana ha conocido el estallido de una bomba de tiempo. Se ha astillado en múltiples fragmentos, impensadas aristas, que nos colocan en esa multiplicidad precaria pero fértil que Antonio Vera León ha identificado como una Cuba cubista. Esta especie de Big Bang tiene detonantes globales, y podemos situar el inicio de su cronología en el estallido del Muro de Berlín así como en las inundaciones que a un lado y otro del mundo se han sucedido después de 1989. Mas lo que hoy llamamos diáspora cubana tiene su particular sello en 1991, año en el que un grandísimo número de artistas y escritores que nacieron con la Revolución pasaron al exilio, esta vez dispersado abundantemente en ciudades como México D. F., Nueva York, Madrid, Barcelona, Moscú, Caracas o París. Un exilio de condicionantes tan múltiples como las ciudades en las que se ha extraviado y que llevó a alguien a bautizarlo como un éxodo de «baja intensidad» o «exilio de terciopelo». Tales calificaciones han sido aplaudidas con entusiasmo por cierto exilio jurásico para su beneficio, si bien, en mi caso particular, de exilio he visto mucho y de terciopelo, muy poco. Casi todo, en una diáspora, está diseñado para zozobrar y uno descubre, muy pronto, que los 5 minutos de gloria decretados por Andy Warhol se nos convierten en 5 minutos de Gloria... Estefan.

Escribo la palabra diáspora y no puedo limitarla al espacio exterior a la isla, de la misma manera que cuando se habla de literatura cubana no se implica solamente al territorio insular. Si no, ¿cómo explicaríamos la cantidad de escritores que habitan formalmente en Cuba y publican en editoriales no cubanas? El listón más alto parece ponerlo la recién fundada editorial Olalla. Ésta ha anunciado para este año la edición de treinta novelas escritas en la isla, lo cual —como mínimo— pondrá en peligro el equilibrio ecológico de los novelistas cubanos.

Eso no es todo. Tiene que haber una poderosa razón tras el objeto de culto de los artistas provenientes del único experimento comunista del hemisferio occidental. Es un artefacto frágil, artesanal y móvil: la balsa. La balsa como vehículo de la muerte. La balsa como artefacto. El balsero como autorretrato. La balsa asediada por tiburones. La balsa como hundimiento de la simbología nacional. La balsa como cancelación de la familia. La balsa como un inmenso Elegua, el dios yoruba de los caminos, capaz de emprender y propiciar a la vez un buen viaje.

La balsa: el mismo artefacto por el que los cubanos han entrado, masivamente, a la globalización a través del Atlántico. Desde esta tragedia flotante, han logrado «archipielaquizar» el Atlántico y removido a la cultura occidental, situándola ante su propia condición postcomunista. Este hemisferio comienza a emerger como un enorme archipiélago en el que montar y desmontar la geografía de las naciones como quien arma y desarma una tienda de campaña después de haber quedado fuera del mundo. Como si brotara, de pronto, una singular Atlántida que invade todo el territorio occidental y remueve los diseños anteriores de su cultura.

En estas inmediaciones, se ha jugado una parte importante de mi historia. La historia de una gran dispersión espacial acompañada por una pequeña renuncia nacional. No es que no tenga memoria de los años que pasé en La Habana pero no encuentro motivos para albergar una nostalgia fundamental por ellos. Entre otras cosas porque mi memoria —vital, erótica, intelectual— está hoy extendida y extraviada en un pasadizo sin nombre de Managua, en un encuentro aleccionador a orillas del Mississipi, en ciertos itinerarios nocturnos de Miami Beach, en un barco durante una extraña madrugada de Acapulco, en casi todos los bares de Barcelona y en entrañables aunque un tanto decadentes antros de Madrid. No puedo decir que sean ilegítimos los sustancialismos actuales (tal vez mis construcciones no son más que la respuesta radical a éstos), pero no puedo asumir, como ha afirmado Eliseo Alberto, que los cubanos seamos como «sombras alargadas de palmas que van por el mundo». Imaginemos a Eduardo Mendoza o Javier Marías afirmando, ante sus lectores de Río, que los españoles son «como sombras de toreros que van por el mundo». ¿Cómo reaccionaría la crítica española frente a semejantes afirmaciones?

Conozco con cierta profundidad la intensidad cubana. También viví en La Habana días muy fuertes con sus correspondientes jornadas nocturnas. Y todavía hoy me divierte mi antigua afición a coleccionar titulares absurdos, abandonados junto a mis libros, mi música, mi perro o mis padres. También yo supe de noticias deportivas con titulares filosóficos: «Sócrates dice que no tiene problemas en venir a Cuba». Anuncios de alimentación que sí parecían del orden deportivo: «Pollo Piloto vence viernes». Reportes de guerra —en este caso de la creación de trincheras en toda La Habana— que nos remitían a la faceta gourmet del Máximo Líder: «Comandante, no tenga ninguna duda: convertiremos La Habana en un inmenso queso gruyere». Así como un anuncio de carpintería que nos colocaba ante un futuro temible: «Se venden corrales para niños cuadrados». Todo ello me ponía en un tránsito caótico mediante el cual iba dejando de ser un hijo de la Utopía para convertirme en algo así como un hermano de la Atlántida.

La diáspora en la que yo habito y escribo registra, asimismo, un desbordamiento geográfico no conocido antes por la cultura cubana. Es la multiplicación del exilio por cualquier parte del mundo, pero también el trasiego continuo de los cubanos no exiliados. Unos y otros han fracturado la antigua guerra fría para entrar en una especie de paz caliente que va dejando atrás los fundamentalismos y, no hay que olvidarlo tampoco, las grandes heridas de

antaño. Esto ha sido como un flirt con un itinerario sucesivo: antes la gente se veía en un encuentro y no se miraba. Más tarde llegaron las miraditas y los guiños. Hoy vivimos una promiscuidad desbordada, exhibicionista en lo privado pero convenientemente escondida en lo público.

III. Hoy se sabe de un babalawo que consulta futuros en Tokyo, mientras que en las pirámides de Egipto un cubano alquila una pareja de camellos a los que acaricia en árabe pero a los que regaña a viva voz con un castellano de acento habanero. Internet nos propone infinitas webs cubanas que van desde rémoras patrióticas hasta colecciones de chistes anticastristas. Hay noticia de paladares en Madrid, Vigo o Barcelona, ciudad en la que hay un prostíbulo exclusivamente de cubanas para el solaz masculino «ambicioso de islas». La diáspora ha expandido, igualmente, una subversión en el orden racial: un exilio que en los primeros años fue mayoritariamente blanco, conservador y racista, desde Mariel hasta las balsas se ha visto coloreado positivamente. Frente al edificio Dakota, en el que vivió y murió John Lennon, cada verano uno puede encontrar el domingo de la rumba donde un grupo mayormente negro de marielitos, balseros, artistas de mi generación, españolas y españoles ávidos y ávidos de cubanidad, se dan cita para escuchar un guaguancó en toda regla. Hay una escritora cubana de Miami —Daína Chaviano, reciente Premio Azorín de novela— que se siente heredera de la tradición celta. Mientras, el escritor y editor Radamés Molina ha dedicado (junto al joven filósofo catalán Daniel Ranz) tres años a la creación de un complejo CDRoom del *Tractatum*, la obra cardinal de Wittgenstein.

La diáspora trae también consigo un desbordamiento estructural. Pese a las publicaciones sostenidas de Verbum, Playor, Betania, La Torre de Papel, Colibrí, Deleatour o Universal, entre otras, la capacidad editorial de los cubanos en el exilio es insuficiente. Esto ha causado que el mundo editorial español ofrezca una amplia cobertura a la literatura cubana. Así, Planeta publica a Zoé Valdés y Daína Chaviano; Tusquets a Reinaldo Arenas, Mayra Montero, Abilio Estévez y Leonardo Padura; Alfaguara a Eliseo Alberto; Espasa y Anagrama a Jesús Díaz; Muchnik a los hermanos Abreu; Antonio Benítez Rojo ha publicado en Casiopea la versión definitiva de *La isla que se repite*, su clásico estudio sobre el Caribe, mientras Destino y CCCB editaron el libro multidisciplinario *Cuba: la isla posible*. Como las mujeres fatales de Tennessee Williams, los escritores de esta diáspora sabemos lo que es la amabilidad de los extraños; su innegable solidaridad. Algo en otra época insólito, es cómo ha variado el criterio según el cual en la isla se atesoraban los valores positivos y en el exilio se reproducían las zonas negativas o los reversos de éstos. Es curioso, pero ahora hay una revista *Encuentro* en Madrid y, quién lo diría, otras que se llaman *Contra corriente* o *Diáspora(s)* en La Habana.

La diáspora, al menos como yo la vivo, desata igualmente la posibilidad de la extrañeza, la multiplicidad, la diferencia y las salidas alternativas a los fundamentalismos cubanos. No nos llamemos a engaño, por debajo de la imagen tópica y turística de una cultura ataviada con los disfraces del carnaval, suele



ocultarse una impenitente disposición a los extremos y, por qué no decirlo, a la necrofilia misma. En el primer caso, están los polos de una cultura que se precia de tener un Máximo Líder (los otros son mínimos), un Líder del Mundo Libre (el resto forma parte del mundo cautivo), así como una vasta nobleza, plagada de monarcas como la Reina de la Salsa o, ya desfilando por la Calle Ocho de Miami, el Rey de la Pizza, el Rey del Ponche y el Rey de la Frita. En cuanto a la necrofilia, siempre una definición similar en toda la historia de la Nación: o el proyecto o la muerte. No se trata ya, aunque no podemos obviarlas, de las metáforas extremas de la insularidad: la Utopía o la Atlántida, la libertad o la cautividad, el florecimiento o el hundimiento. Se trata de eslóganes de una innegable continuidad: «Independencia o Muerte». «Patria o Muerte». «Socialismo o Muerte». El Himno Nacional de Cuba concluye con un rotundo «Morir por la Patria es vivir». Esto me recuerda las respuestas de dos poetas. Uno en Cuba. Otro en el exilio. El primero, Ramón Fernández Larrea, escribió en los años 80:

*Morir por la Patria no es vivir  
es morir por la patria.*

Gustavo Pérez-Firmat, por su parte, acotó lo siguiente desde Carolina del Norte:

*Bayameses, tengo noticias para ustedes  
Vivir sin la Patria es también vivir*

Si esto pareciera herético debería recordar que estos poemas se inscriben en una tradición de sospecha ante el Himno Nacional por la que ya transitó Nicolás Guillén, en la duda que una vez nos legó:

*Al combate corred Bayameses  
¿Y por qué no corramos?  
Me he preguntado esto algunas veces*

**IV.** Mi idea para significar la diáspora parte también de un cambio físico y, en buena medida, histórico. Siempre he pensado que una de las claves para la relativa estabilidad política de la Cuba moderna, tiene que ver con la forma en que las masas percibían la temporalidad de los líderes y su permanencia en el poder. Durante el siglo XX, Cuba ha conocido varias formas de autoritarismo con sus respectivas variables ideológicas, sistemas sociales y formas de dependencia del capital extranjero. Formas de dominación que han abarcado propuestas conservadoras, liberales o marxistas. La isla ha conocido el azote de verdaderas dictaduras elegidas democráticamente, como la del caudillo liberal Gerardo Machado, golpes de excepción como el de Fulgencio Batista —quien antes había gobernado gracias a las urnas en alianza con los comunistas—, o un régimen de corte comunista con el mismo líder durante unos seis años en la oposición y unos cuarenta en el poder. Medio siglo. Así, podría

pensarse que una de las claves de la relativa estabilidad —o la absoluta libertad de maniobra— que han conocido los autoritarismos cubanos, quizá radique en que durante todo este siglo los poderes anteriores han operado siempre acompañados por la secreta aspiración social de que en los momentos críticos, tales poderes abandonarían la isla. Fue lo que ocurrió de distintas maneras con Machado o Batista, quienes escaparon en el momento preciso, no sin antes llenar muy bien su equipaje de dinero robado. La situación actual es radicalmente diferente con respecto a esa tradición. No hay ningún indicio de que el actual líder político abandone el país, salvo en el sueño tardofranquista de Manuel Fraga Iribarne. El Líder no se va, pero el país, la nación misma, es la que entra en una fase de disolución, de fragmentación, que fue llevada a su máxima expresión en la crisis de los balseiros. Parecía —desde las vistas aéreas— que la isla se desgajaba, y se reproducía entre la espuma del mar como un inmenso archipiélago a merced de las corrientes del Golfo, los tiburones, o los guardacostas de la marina de Estados Unidos. Como si un centro único e inamovible apretara las clavijas hasta el punto de hacer estallar en múltiples pedazos los contornos de la ínsula. La isla aparecía como un espacio de cautividad, utopía, escape, paraíso turístico y como la siempre posible Atlántida; una situación que Reinaldo Arenas ya había previsto en su novela futurista *El color del verano*, cuya trama transcurre en 1999.

Lo que yo entiendo por diáspora consigna, incluso, el desmantelamiento de la que antes era conocida como la capital del exilio, Miami, así como la pérdida de su peso específico en la cultura cubana. El exilio tradicional cubano persiste en sus prejuicios «anticulturales», con una estética kitsch de nuevo rico que se integra a la modernidad a través del mall, el teléfono celular y el Internet, pero no desde las zonas críticas que esa cultura moderna trajo consigo. La diáspora de la literatura cubana se desenvuelve dentro de una gigantesca desproporción espacial —sin duda positiva— pero en el interior de una minúscula estructuración institucional. Así, la escritura de la diáspora es un mosaico de espacios literarios que están obligados no sólo a escapar de la Isla Oficial, sino que están también conminados a salirse del Exilio Oficial. No es casual, no puede serlo, que Guillermo Cabrera Infante viva en Londres, Antonio Benítez Rojo en Massachussets, Zoé Valdés en París, Eliseo Alberto en México D. F., y Jesús Díaz en Madrid. Tampoco es casual —no puede serlo— que Lydia Cabrera viviera y muriera subvalorada en Miami, de la misma manera que han hecho (lo uno y lo otro) Labrador Ruíz o Carlos Montenegro. Al punto de que, si una condición puede salvarse en la cultura cubana, es precisamente su sentido diaspórico. Diáspora africana, diáspora española, diáspora de los coolíes chinos, sin olvidar que el propio Fernando Ortiz, uno de los puntales más altos en la formulación de un modelo nacional, hablara de los cubanos como «aves de paso».

V. Anegar el mundo (y a negar el mundo), es mi lema favorito para entrar en la era global. Si Marshall Berman equiparó su vida en el Bronx con su experiencia de la modernidad, la balsa es el espacio prioritario de la experiencia

posmoderna en el Atlántico —esa confluencia de la cultura occidental. Si Ber-  
man tituló su libro con la conocida frase de Marx en el Manifiesto Comunista  
—«todo lo sólido se desvanece en el aire»—, los cubanos, que estuvimos tan  
cerca de los postulados del filósofo de Tréveris, podríamos afirmar que todo  
lo sólido se desvanece en el agua.

En medio de semejante inundación, las variantes literarias de la diáspora  
cubana desbordan mi alcance y, todavía más, mi gusto. (De hecho, este ensayo  
no puede construir una crítica literaria, más bien es una puesta al día de las  
sensaciones por las que he atravesado como escritor y como exiliado, si se me  
permite la redundancia). En todo caso, la escritura y la diáspora alojan múlti-  
ples opciones. Desde fórmulas de recuperación del país perdido —algo que  
Guillermo Cabrera Infante ha fundado como una poética, en cuya zaga y con  
desiguales resultados aparecen Cristina García u Oscar Hijuelos— hasta una  
incisión desgarradora del exilio como *Boarding Home*, de Guillermo Rosales,  
acaso la novela más impactante que se haya escrito nunca en Miami. Desde  
ajustes de cuentas con un pasado revolucionario —Jesús Díaz en *Las palabras  
perdidas* o Eliseo Alberto en *Informe contra mí mismo*—, hasta piezas acerca del  
desmantelamiento de la cultura nacional, como ocurre en casi toda la obra de  
Reinaldo Arenas o en *La nada cotidiana*, de Zoé Valdés. Desde grupos urbanos  
en contradicción con su entorno —como es el caso de una literatura sumergi-  
da de Miami y otros espacios de Estados Unidos, principalmente de autores  
que estuvieron alrededor de la experiencia de la revista *Marie!*— hasta la *Enci-  
clopedia de una vida en Rusia*, de José Manuel Prieto, una experiencia que es  
también «diaspórica» para la cultura cubana. Desde escritores sumergidos en  
otras lenguas —Gustavo Pérez-Firmat o Eduardo Manet— hasta apresamien-  
tos del lenguaje cubano a toda costa como una sustancia invariable, lo que  
hace la poesía de José Kozler. Desde proyectos estilo *bildungroman* —Carlos  
Victoria, por ejemplo— hasta autores que pretenden restaurar la cultura  
nacional cubana a una escala importante y antes de que estalle por completo:  
pienso en los ensayos de Rafael Rojas, así como los textos (novela, cuento, tea-  
tro) de Abilio Estévez, sin olvidar *Las comidas profundas*, de Antonio José  
Ponte, o trabajos de mecenazgo editorial como el que tiene lugar en Matan-  
zas, con el grupo Vigía.

El exilio te lleva, además, a lidiar con todo tipo de clisés sobre ti mismo,  
algo a lo que varios escritores y artistas han contribuido generosamente. Lo  
mismo pasa con los lectores, muchos de los cuales ya tienen codificada a la  
cultura cubana desde las coordenadas turísticas. En ese sentido, ha llegado a  
imperar —en la isla y en la diáspora— una especie de literatura de servicios  
que, como los hoteles y otras diversiones turísticas, no está escrita para ser  
consumida por la mayoría de los lectores cubanos. Así, la diversidad, antes  
expuesta, de la literatura cubana no es asumida en su totalidad por especialis-  
tas, editores y críticos. Por lo general, los éxitos cubanos suelen necesitar el  
aderezo de condimentos bucólicos, adecuados para turistas y regados hasta la  
exageración por la banalidad, la pandereta y los lugares comunes. Los cubanos  
y las cubanas se presentan a menudo de la misma manera que se presentaría,

exclusivamente, a los homosexuales como reinonas de plumas, los catalanes como tacaños, los andaluces como vagos y las lesbianas como camioneros. Imaginemos —sólo por un momento— que en México se produce un boom editorial de literatura española basada de manera unidireccional en los toros, las peinetas y las cantantes folclóricas. Es posible sospechar que la misma crítica que alaba los tópicos cubanos no perdonaría lo mismo a sus propios escritores.

El tópico más extendido hoy en el mercado editorial —y alimentado por un numeroso grupo de recién estrenados «exiliólogos» desde la isla— es el que reivindica la literatura del exilio como nostalgia. Esto suele operar con dos estrategias: una en el tiempo, que coloca su edulcoración de la Cuba pre-revolucionaria como el origen maravilloso de la cubanidad. Otra es una especie de nostalgia por el espacio, es decir por la inmanencia misma de una isla que, pese a todas sus catástrofes, vendría acompañada de autenticidad, de gente superior, de una cultura inmóvil que pasa por encima de todo avatar. Esto último es apreciable, por ejemplo, en Senel Paz y en su muy superficial visión del exilio cubano en Madrid. Me refiero al guión de *Cosas que dejé en La Habana*, la tragicómica película de Gutiérrez Aragón. En ella, los cubanos son apenas unos vividores que van pasando el temporal económico de la isla en España, tienen por frontera cultural una olla de frijoles negros (acaso una pata de jamón serrano) y casi no tienen disidencias culturales o políticas. Para ellos el país se transforma en paisaje; en una postal construida por y para las miradas externas y, generalmente, turísticas. De modo que nos encontramos a una izquierda que repite cada día ante la crisis de la Revolución lo mismo que antes reiteraba la derecha ante el apogeo de esa misma Revolución: «cualquier tiempo pasado fue mejor».

Nada de esto es fortuito. Éste es el tipo de literatura adecuada a una economía turística, con su folclore, sus luces de neón y un modernismo tan acrílico como fugaz. Ésta, como casi todo en esta vida, tiene su explicación. En la misma medida que los cubanos pierden el centro de su «canon nacional» proliferan los discursos folcloristas de la nación, la sexualidad, la escritura o la tradición cubana. Como si sólo a través de formas acrílicas hacia esa cultura pudiera recuperarse la isla perdida, la literatura fragmentada. Es posible que ésta sea la única forma de retener una cultura que se escapa. Esto es, remarcar sus aspectos más dóciles y fáciles de traducir, a través de reiteradas formulaciones de *afirmative action* en la que coinciden, como adalides de la nostalgia, la derecha tradicional del exilio y buena parte de los intelectuales orgánicos de la isla.

Ahora bien, ¿es acaso imprescindible retener una cultura a ese precio? ¿No es preferible el desbordamiento con toda su riqueza que la contención mediante la expropiación de las paradojas, las contradicciones y los antagonismos? Cuando un río se desborda e inunda otros predios, lo primero que ocurre —como ya vio Roland Barthes en *Mitologías*— es que ese río desaparece mientras cambia el contorno de sus alrededores. Ese desbordamiento, pero también esa desaparición, es lo que hoy signa a la literatura cubana y su condición diaspórica. Literatura y diáspora son dos estatutos obligados a vivir una

enemistad indisociable: la diáspora te abre la posibilidad de habitar un mundo que antes fue sólo leído. Y al revés: el mundo anteriormente vivido ya es sólo escritura, noticias del diario, webs en la red, cartas —en una palabra: texto. Hay también otra posibilidad, literatura y diáspora son aspectos prácticamente contrarios: las dificultades de un exilio a menudo no dejan posibilidad de escribir, y pronto se nos presenta la cruda realidad, muy distinta al viaje de regreso y a lo que atisbó Maurice Blanchot al leer *La Odisea*. Es decir, hay que dejar de ser el Homero que uno fue para convertirse en el Ulises que puede llegar a ser. Cambiar la escritura por la navegación, sordera ficticia ante los cantos de sirena, y la siempre patente (y patética) posibilidad de regresar a un lugar que no existe.

La cultura cubana tiene, en su propia fundación, una versión singular de Ulises: Matías Pérez, el aeronauta que desapareció de La Habana el verano de 1856. Su artefacto no fue, sin embargo, un navío sino un globo. Suyo no era el reino del mar sino el del aire; algo que puede hacernos pensar que este sujeto siempre tuvo la secreta ambición de abandonar el mundo, pues una balsa, como sabemos, es suficiente para abandonar la isla. Sabemos que este sujeto era toldero y ello encierra en sí mismo una gran metáfora: abandonando Cuba, Matías Pérez dejaba La Habana en la intemperie, bajo la inclemencia del sol o de la lluvia, sobre todo si descubrimos que su globo era del mismo material que los toldos.

En una investigación compartida, Antonio Vera León y yo detectamos que en la cultura cubana se da una singularidad importante: sobre Matías Pérez existen poquísimas fuentes, una de ellas, por cierto, una obra teatral de José Brene. En el reverso de esta situación, sobre *Espejo de paciencia*, el dudoso texto fundador de la literatura cubana, se encuentran centenares de fuentes. Matías Pérez se comporta como un enigma. *Espejo* como un dogma. Matías Pérez sufre una ausencia de significación. Incluso el dramaturgo Brene es incapaz de imaginar el «más allá» del personaje y lo lleva exactamente hasta el momento del vuelo. La literatura cubana ha sido prolífera en analizar y canonicar *Espejo de paciencia*, un texto que cifra su fundación, por más dudoso que éste fuera (hay enormes probabilidades de que el texto haya sido realizado casi dos siglos después de la época que se le atribuye, cuando hacía falta hablar de la fundación de la Nación, y se sospecha del tertuliano criollo Domingo del Monte como su principal instigador). En cambio, acerca de Matías Pérez, un personaje que existió —ya había volado otras dos veces según recogen los periódicos de la época— nuestra escritura calla y establece amplias zonas de silencio. ¿Por qué? Tal vez se debe a que Matías Pérez abandonó el país y, aún más grave, a que no murió por la Patria. No podía, de esta manera, ser inscrito en la tradición, ni en el himno, ni en el conglomerado simbólico (y terrestre) de la nación cubana. Proyectaba desde su ausencia un espectro sobre el cuadro de la nación que no convenía exhibir, ni interrogar, ni pensar. Una paradoja sobre la que se extendía el silencio, del mismo modo que sobre aquel poema tropical de palmeras y frutas —antecedente, seguramente, de las campañas turísticas— se ha vertido todo un caudal de escritura.

No ha importado, siquiera, que el vuelo en el globo haya sido uno de los grandes gestos de la incipiente modernidad cubana. Porque, bien mirado, París fue para Matías Pérez el modelo que guió a poetas insulares como José María Heredia o José Martí. Y la aerostática con su precursor, Godard, fue para el primer aeronauta de la isla lo que los textos de Rimbaud, Verlaine o Baudelaire para los escritores modernistas cubanos.

En una cultura en la que la Nación, la Patria, el Líder o la Tierra, asumen condiciones de identidad fuerte y sustancial, las formas menores no tienen demasiado espacio y las experiencias minoritarias se ven obligadas a un exilio real o metafórico. Mar y aire: elementos en tensión con la topografía fija de la sustancia de la tierra. Cuando alguien se va del país o estalla en su puesto de trabajo, deja de pertenecer a la gran corriente de la nacionalidad cubana y todavía hoy se le describe con esta frase: «voló como Matías Pérez». Al mismo tiempo, las estatuas ecuestres de los héroes de la independencia, el caballo como forma mitológica del poder masculino, ocultan una serie de metáforas aéreas o marinas para desacreditar la debilidad, la homosexualidad o, incluso, el bilingüismo: pájaros, pargos y chernas nombran estas formas que se oponen al recio legado del paisaje de la tierra. Prejuicios, por cierto, que no escapan siquiera al dramaturgo Brene, quien deja caer, como quien no quiere la cosa, la posibilidad de un Matías Pérez medio maricón. Un «volador», como los pájaros, a quien se le sospecha como un transeúnte que recorre el tramo que va de ser loco a ser loca.

No tengo que reiterar mi admiración por Matías Pérez. Se trata, lo asumo, de una admiración infantil que tiene que ver con los misterios, con las zonas prohibidas, las puertas infranqueables, las partes oscuras de los personajes y las historias inquietantes. Y lo he admirado aún más después que leí una versión de este texto, en Palma de Mallorca, y alguien comentó con toda agudeza que el mío era el texto de un «desalmado». Es decir, a diferencia de algunos hombres buenos, cuya alma continúa su errancia después del fin de su cuerpo, resulta que yo era un cuerpo que había sobrevivido a su alma. Me sentía como el hombre sin atributos de Musil, el cuerpo sin órganos de Deleuze y Guattari, el hombre sin contenido de Agamben. Mis crímenes, sin embargo, siempre han sido menores. ¿Qué podía, entonces, ser tan grave en un individuo corriente? La respuesta estaba, sin duda, en mi deserción del alma nacional. Y al hecho de seguir la estela aérea e imprecisa (desalmada) por la que había desaparecido mi héroe. Primero yo, y luego mi propia alma, habíamos «volado como Matías Pérez», para utilizar una expresión popular que me resulta adecuada. Como él, yo no moriría por la Patria. Porque lo importante no es, en ningún caso, que pases a vivir en el exilio, sino que dejes de hacerlo en tu país. No se trata ya de que te vas a morir en el destierro, se trata de que no morirás por tu Patria. Te conviertes en un fantasma corpóreo. Y ello a pesar de la forma tan ética que ha adquirido el alma nacional cubana, a juzgar por la publicidad del ron Havana Club, que nos dice que ese elixir es, precisamente, el «alma de Cuba».

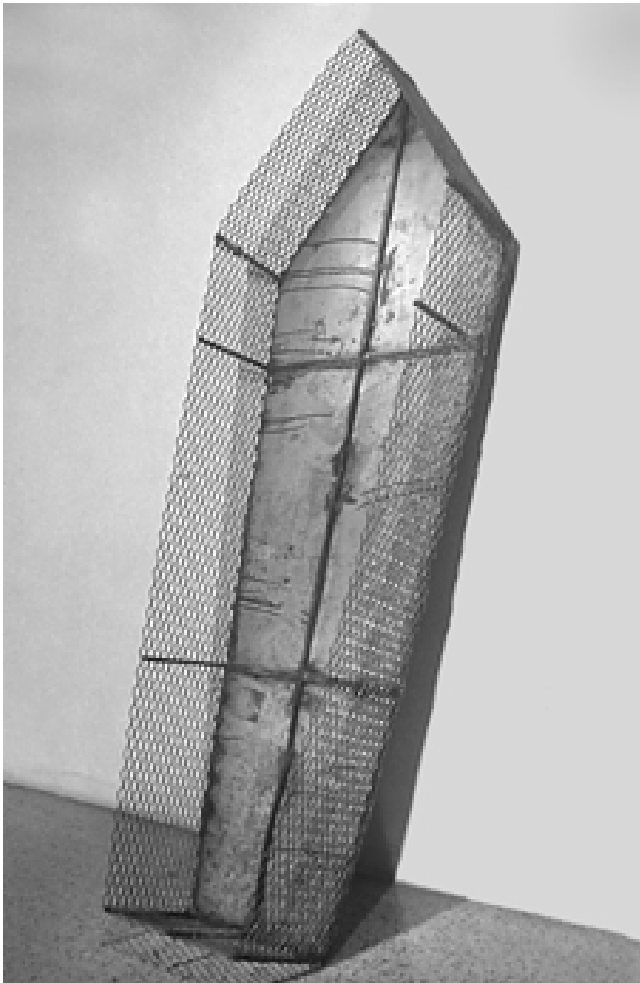
**VI.** Entiendo, en fin, por escritura de la diáspora —sobre todo por mi escritura de mi diáspora—, la de una cultura que ha entrado en su fase postnacional

y en el cuerpo de identidades y diferencias que tienen lugar en esa circunstancia. Que un grupo de escritores cubanos se dedique a ejercer la literatura como una guía turística es el síntoma propio de complicidad con un cierto postcolonialismo y de su correspondiente banalización de las culturas que crecen en las vecindades del modelo global. Occidente necesita codificar con usos exóticos para poder asumir de manera simple las culturas complejas que existen más allá de sus mares, al punto de no reconocer siquiera el carácter occidental de otras culturas, como es el caso de la cubana. Así, hoy se ha hecho dominante una literatura que reitera hasta la saciedad la reinención de parajes bucólicos, poblada de matices neoconservadores, acrítica con su tradición autoritaria y alabardera también —digámoslo todo— de los poderes establecidos en los países de acogida. Una literatura que parece operar como bálsamo para un Occidente aburrido que tiende a sublimar y destruir simultáneamente la Amazonia, los parajes cubanos o la selva de Costa Rica para construir hoteles, recoger caucho o filmar *Jurassic Park*.

En cualquier caso, si bien carezco de alma, todavía suelo tener algunos destellos de memoria. Últimamente me persigue con frecuencia un cuento de la infancia. Una fábula de Hans Christian Andersen que nos narra lo siguiente: un niño del siglo XIX logra detener la inundación de una zona agrícola de los Países Bajos. Lo consigue poniendo durante horas un dedo en el pequeño hoyo de un dique, a la espera del regreso de los mayores, que labraban la tierra en el campo. En estos días, esta fábula no puede aplicarse a nuestra situación. Si allí se nos hablaba de un mundo que aún podía mantener sus fronteras, conservar su integridad doméstica, sentirse a resguardo, en este fin de siglo y de milenio, el dique ha estallado por todos lados. Ese dique —¿el Muro de Berlín?, ¿el Malecón de La Habana?, ¿las alambradas de Ceuta y Melilla?, ¿la frontera en El Paso?— explotó en múltiples pedazos para dar paso a una inundación que ha transformado la configuración espacial y humana del mundo. Yo navego en esas dislocaciones en las que quizá ya sólo nos sea posible una poética de la experiencia. Una mínima moral por la que replantearse nuestra relación con el mundo, la sociedad, la historia y la naturaleza desde los retos que impone un presente que nos ha colocado en la intemperie, acaso la más extraña y libre de las patrias.

**VII.** Uno de los artistas plásticos más influyentes en el panorama contemporáneo es Félix González-Torres. Un cubano, nacido en Guáimaro, que comía frijoles negros y escuchaba a Celia Cruz en su casa, aunque siempre tuvo el talento de no hacer de eso un emblema. Su obra es uno de los legados más interesantes y bellos del arte neoconceptual, aunque González-Torres es prácticamente un desconocido entre los cubanos o en los mundos ajenos al arte. Además, no es lo que pudiéramos considerar un escritor. Sin embargo, el intenso cuidado de la palabra, su manera de hacer habitar lo privado en lo público, su fina composición del texto, el modo en que deja subyacer las historias en la imagen, siempre las he asumido como un legado por explorar desde la escritura. González-Torres había fundado el *Group Material* en Nueva

York y luego desarrolló una sólida y contundente obra en la que no hizo concesión alguna al folclorismo ni a los oportunismos multiculturales. Él entendía la identidad cubana como una temporalidad, un gesto, una marea. Murió de sida a los 39 años, dejando unas piezas que todavía hoy nos enseñan la clave de lo que es este arte de habitar en la diáspora. En una de ellas, aparece una valla pública que reproduce con toda sencillez un lecho sin hacer, una cama antes habitada con la huella de sus componentes. Como si los cuerpos sin paisaje del comienzo de este texto encontraran su contraparte en el paisaje sin cuerpos que hoy sólo nos remiten a un rastro. Ésa es, tal vez, la clave de escribir en la diáspora, cuando ya no hay hogar ni regreso al mismo: conceder un paisaje a cuerpos que no lo tienen y, a la vez, encontrar los cuerpos perdidos tras una huella marcada en la intemperie del mundo.



*Lógica existencial.* (1994)



# Diáspora y literatura

---

## Indicios de una ciudadanía postnacional

... Las dejé desfilar: venían de mí, cargadas conmigo, con esa maraña heterogénea de cosas que evidentemente soy, y no tuve valor para interrumpirlas... Esperaba, quizás, que acabaran llevándome al país que vislumbrara Martí.

ORLANDO GONZÁLEZ ESTEVA

---

### EL NACIMIENTO DE OTRA NOCIÓN

En febrero de 1994, el filósofo norteamericano Richard Rorty publicó en *The New York Times* un artículo, titulado «The Unpatriotic Academy», que reactivaría el viejo debate occidental entre patriotismo y cosmopolitismo. Por el contrario de Harold Bloom, quien había publicado su libro *The Western Canon* ese mismo año, Rorty, desde la izquierda académica, le reprochaba al multiculturalismo postmoderno, ya no que institucionalizara el rencor y la queja, sino que, en «nombre de una política de la diferencia repudiara la idea de La identidad nacional y la emoción del orgullo nacional».<sup>1</sup> El artículo provocó la reacción de Martha Nussbaum quien, siguiendo a Kant, defendió la idea ilustrada de una pedagogía universalista, y luego otros cuatro intelectuales norteamericanos, Anthony Appiah, Amy Gutmann, Charles Taylor y Michael Walzer, se sumaron a la querrela, recurriendo a la maña aristotélica del gusto medio: ni cosmopolitismo antipatriótico ni nacionalismo antiuniversal.<sup>2</sup>

Es curioso que el italiano haya sido el medio intelectual europeo donde la polémica tuvo un mayor eco. El

Rafael Rojas

---

<sup>1</sup> Richard Rorty, *et. al.*, *Cosmopolitas, o patriotas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1997, p. 28.

<sup>2</sup> *Ibid.*, pp. 45-64.

filósofo liberal Norberto Bobbio argumentó que el nacionalismo, a diferencia de lo que muchos republicanos creen, no es un sustrato ideológico favorable para la construcción democrática. Del otro lado, Gian Enrico Rusconi, autor de *Si dejamos de ser una nación* (1993) y de *Patrias pequeñas, mundo grande* (1995), insistía en que Italia, por su tardía unificación nacional y por la mala conciencia del nacionalismo fascista, necesitaba de una moral cívica y patriótica para afianzar su transición a la democracia.<sup>3</sup> Creo apropiado trasladar el debate al caso cubano no sólo porque Cuba, por el doble hecho de hacer frontera con los Estados Unidos y ser también un país migratorio, construido por inmigrantes y emigrados, ya siente los efectos de una cultura postnacional, sino porque, al igual que el italiano, el nacionalismo insular es romántico tardío, del siglo XIX, y también produce un orden totalitario, aunque comunista, en el siglo XX.

El nacionalismo cubano es una mentalidad, un discurso y una práctica cultural de ciertas élites criollas, sobre todo blancas y mestizas, de los dos últimos siglos; pero la nación cubana es la hechura social de pequeñas y grandes inmigraciones, como la africana, la española, la china, la judía, la norteamericana o la rusa. Aunque a finales del siglo XIX hubo exilio de minorías intelectuales y políticas a Madrid, Nueva Orleans o Nueva York y, sobre todo, una importante emigración trabajadora a Tampa y Cayo Hueso, hasta principios de los años 60 de este siglo, tuvo más peso la inmigración que el exilio en la historia social de Cuba. A partir del triunfo de la Revolución en 1959 y del establecimiento de un régimen comunista en 1961 este proceso se invirtió radicalmente y la sociedad cubana comenzó a generar más exilio que inmigración. El nuevo movimiento migratorio, hacia afuera, no sólo fue mucho más cuantioso que el del siglo XIX, sino que estuvo más repartido entre los Estados Unidos y algunos países europeos y latinoamericanos, en especial, España, Francia, México, Colombia, Venezuela y Puerto Rico. El exilio cubano siempre fue diaspórico; sólo que hoy, por la densidad demográfica que alcanzan sus distintas colonias, dicha condición se hace más tangible.

Cuenta Guillermo Cabrera Infante que fue Calvert Casey quien primero aludió al exilio de la isla como una *diáspora*.<sup>4</sup> Es curioso y, a la vez, comprensible que dicha noción aparezca en la obra de un escritor norteamericano-cubano, nacido en Baltimore, formado intelectualmente en La Habana y exiliado en Roma, donde se suicidó a mediados de los 60. En este caso, el uso del término, inspirado en el motivo bíblico de la errancia judía, proviene, pues, de la vida nómada del autor de ese sintomático cuento titulado «El regreso». El tipo de identidad que dos décadas después producirán algunos escritores cubano-americanos, como Oscar Hijuelos, Virgil Suárez, Cristina García, Roberto Fernández, Gustavo Pérez Firmat y Antonio Vera León, viene siendo

<sup>3</sup> *Ibid.*, pp. 16-19 y 65-90; ver también Antonella Attili, *La política y la izquierda de fin de siglo*. México: Cal y Arena, 1997, pp. 81-108.

<sup>4</sup> Guillermo Cabrera Infante, *Mea Cuba*. México: Editorial Vuelta, 1993, p. 375.

un viaje en sentido contrario al de Casey. La hibridez de estos autores es, por lo general, de raíz binaria: dos lenguas, dos costumbres, dos políticas, dos culturas, dos naciones. El acomodo a ese biculturalismo suscita una estetización del limbo, de la vida entre dos aguas: *life on the hyphen* le llama Gustavo Pérez Firmat; *sujeto di-vertido* le llama Antonio Vera León.<sup>5</sup>

Más que una subjetividad nómada la experiencia cubano-americana podría implicar un nuevo tipo de sedentarismo que recurre a la localización bicultural de una frontera demasiado fija.<sup>6</sup> De ahí, tal vez, esa sutil resistencia a una noción radicalmente traslaticia, como la de diáspora, que ya comienza a observarse en esta literatura.<sup>7</sup> Desde mediados de los 80 los autores cubano-americanos abrieron un campo literario que rechaza la idea de *exilio*, por su infatuada política de la nostalgia; ahora, a fines de los 90, ese campo literario, en tanto figuración de un *ethnos* minoritario dentro de los Estados Unidos, probablemente se cierre ante la emergencia de poéticas diaspóricas, cuya representación de la frontera es más móvil, desterritorializada y, en resumidas cuentas, más cosmopolita. Paradójicamente, muchos intelectuales de la isla también rechazan la noción de exilio, por su carga política, y prefieren el término neutro de *emigración*, aunque algunos ya aceptan el concepto de diáspora.<sup>8</sup>

Vale señalar que este nuevo mapa de las identidades está conformado no sólo por experiencias y poéticas personales, sino por prácticas movedizas de la escritura. En la poesía, por ejemplo, es más rara la formulación de una estética bilingüe y bicultural. Dos de los poetas más importantes del exilio cubano, José Kozler y Orlando González Esteva, que siempre han escrito en español, difícilmente podrían enmarcarse en el *cuban-american way*. El primero, por su identidad judía, sus peregrinaciones latinoamericanas y su actual residencia en Málaga, después de 35 años en Nueva York, prefiere considerarse una criatura *et mutabile*, un «alma arrojada despidiendo sus atributos».<sup>9</sup> El segundo, quien siempre ha vivido en Miami, aunque ha publicado casi toda su obra en México, está muy cerca de ese patriotismo literario del primer exilio que se empeña en recobrar, a través de la imagen, el paraíso perdido de la cubanidad.<sup>10</sup> Tal vez el

<sup>5</sup> Gustavo Pérez Firmat, *Life on the Hyphen. The Cuban American Way*. Austin: University of Texas Press, 1994, pp. 1-20 y *Next Year in Cuba. A Cubano's Coming of Age in America*. New York: Doubleday, 1995, pp. 1-12 y 267-274; Antonio Vera León, «Beckett en La Habana (sujetos biculturales y escrituras bilingües)», en *Cuba: la isla posible*. Barcelona: Ediciones Destino, 1995, pp. 67-77.

<sup>6</sup> Homi K. Bhabha, *The Location of Culture*. London & New York: Routledge, pp. 212-235.

<sup>7</sup> Las críticas de Pérez Firmat a la ausencia de escenas neoyorquinas en la poesía de José Kozler tal vez se encaminan en esa dirección. Gustavo Pérez Firmat, *Life on the Hyphen. The Cuban American Way*. Austin: University of Texas Press, 1994, pp. 156-180.

<sup>8</sup> Víctor Fowler, «Miradas a la identidad de la literatura de la diáspora», *Revista Temas*. La Habana, abril-junio de 1996, N° 6, pp. 122-132. Mi único reparo a este magnífico ensayo sería, precisamente, que su autor sugiere una contraposición binaria entre los conceptos de *diáspora* y *exilio*.

<sup>9</sup> José Kozler, *AAA1144*, México: Verdehalago, 1997, p. 27.

<sup>10</sup> Esto se observa en casi toda la poesía de González Esteva, desde *Mañanas de la poesía* hasta *Escrito para borrar*; aunque un reciente libro de prosa lo expresa con singular claridad: *Cuerpos en bandeja. Frutas y erotismo en Cuba*. México: Artes de México, 1998

único poeta plenamente cubano-americano sea el propio Gustavo Pérez Firmat, como se muestra en *Equivocaciones* y, sobre todo, en *Bilingual Blues*. A unos versos de Heberto Padilla, «¿cómo puede seguir uno viviendo / con dos lenguas, dos casas, dos nostalgias / dos tentaciones, dos melancolías?», Pérez Firmat responde: «y yo te respondo, Heberto, talmúdicamente: / ¿cómo no seguir viviendo con dos / lenguas casas nostalgias tentaciones melancolías? / Porque no puedo apuntarme una lengua, / ni tumbar una casa / ni enterrar una melancolía».<sup>11</sup>

La memoria de Kozer, en cambio, es diaspórica desde el momento en que superpone el legado errante de su raíz étnica a la doble experiencia de un exilio familiar y nacional: «todas las tiendas de La Habana se han cerrado,/ los obreros se han puesto a desfilar enardecidos,/ y mi padre, judío polvoriento,/ carga de nuevo las arcas de la ley cuando sale de Cuba».<sup>12</sup> González Esteva, desde un exilio más tradicional, nos ofrece, por su parte, otra política de la memoria y otra poética del éxodo: la escritura en la distancia como el regreso a un lugar de origen que ha sido previamente sacralizado por la *anamnesis*. Es curioso que al evocar aquella escena de *El color del verano* de Reinaldo Arenas, en la que la isla abandona su plataforma y navega sin rumbo, alegoría de eso que Iván de la Nuez llama «la balsa perpetua», González Esteva rearticule el mito origenista del nacimiento de Cuba dentro de la poesía, de la génesis por la imagen: «esta visión de Arenas de una Cuba trashumante, lejos de ser un presagio, bien pudo ser una reminiscencia de quién sabe qué circunnavigaciones efectuadas por la isla en épocas in memoriales».<sup>13</sup> Pero la fijeza de González Esteva se distingue de la de Lezama porque no proviene de la estetización de un paisaje accesible, sino de una pérdida, de un descentramiento fundacional: el destierro.

En todo caso la experiencia cubano-americana no sólo es la más híbrida de la diáspora por su densidad demográfica, sino por el hecho de transcurrir dentro de una comunidad multiétnica y multinacional por antonomasia. En los Estados Unidos, aquellas políticas de la postmodernidad que conducen al perfilamiento jurídico de una ciudadanía multicultural, y que trascienden el modelo cívico del nacionalismo republicano, han sido más tempranas y eficaces que en Europa o América Latina.<sup>14</sup> Sin embargo, la cultura cubano-ameri-

<sup>11</sup> Roberto Durán, Judith Ortiz Cofer y Gustavo Pérez Firmat, *Triple Crown*. Tempe, Arizona: Bilingual Press, 1987, p. 159.

<sup>12</sup> José Kozer, *The Ark Upon the Number*. New York: Cross-Cultural Communications, 1989, p. 6. Ver también la sección «Diáspora» de su libro *Y así tomaron posesión en las ciudades*. México: UNAM, 1979, pp. 3-10.

<sup>13</sup> Orlando González Esteva, *Cuerpos en bandeja*. México: Artes de México, 1998, p. 115.

<sup>14</sup> Will Kymlicka, *Multicultural Citizen: Chip a Liberal Theory of Minority Rights*. Oxford: Clarendon Press, 1995, pp. 10-33; Georgie Anne Geyer, *Americans No More*. New York: The Atlantic Monthly Press, 1996, pp. 56-94; Jurgen Habermas, *Más allá del Estado nacional*. México: FCE, 1998, pp. 29-39; Etienne Balibar & Immanuel Wallerstein, *Race, Nation, Class*. New York: Verso, 1991, pp. 37-67; Carlos Thiebout, *Vindicación del ciudadano. Un sujeto reflexivo en una sociedad compleja*. Barcelona: Paidós, 1998, pp. 275-282.

cana es sólo un lugar de la diáspora y no toda o la única diáspora, ya que el término alude, justamente, a un descentramiento, a una atomización traslaticia, a una fragmentación del territorio por medio de la errancia o, si se quiere, a un ejercicio radical de eso que Eugenio Trias ha llamado «la lógica del límite».<sup>15</sup> No veo, pues, una relación excluyente entre los conceptos de diáspora y exilio, ya que la primera quiere significar el conjunto de todos los espacios migratorios, mientras que el segundo se refiere a un tipo específico de emigración: aquélla que concibe el éxodo como destierro nacional, como viaje hacia la oposición política.<sup>16</sup> Dicho gráficamente: Miami es un lugar de la diáspora, pero la mayoría de sus habitantes aún vive en el exilio.<sup>17</sup>

Esto no quiere decir, en modo alguno, que una cultura territorializada por la política del exilio, como la de Miami, sea propiamente *nacional*. A pesar de que Miami parezca un santuario de la cubanidad y que sus habitantes reproduzcan los cánones morales del nacionalismo cubano, cada día, esa comunidad está más cerca de pertenecer a un *etnos* que a una nación. Lo mismo, en mayor o menor medida, está sucediendo con todas las colonias de la diáspora cubana en Europa y América Latina: cubano-españoles, cubano-mexicanos, cubano-colombianos, cubano-puertorriqueños... La globalización, como advierte Saskia Sassen, produce en los *ghettos* de inmigrantes un desplazamiento del «nacionalismo cerrado» por el «etnicismo abierto».<sup>18</sup> De ahí que si el ritmo de la emigración legal, iniciado en 1994, se mantiene en los próximos años, a principios del siglo XXI más de 3 millones de cubanos conformarán una ciudadanía postnacional étnica y culturalmente heterogénea. La emergencia de ese sujeto nos hace regresar, pues, a la cadena de preguntas que suscitó el debate entre cosmopolitas y patriotas: ¿será esa ciudadanía postnacional un sujeto de derechos políticos en una Cuba democrática? ¿Favorecerá la naciente democracia cubana esas políticas postmodernas de la diáspora? ¿Es posible una democracia sin un modelo cívico republicano?, o mejor, ¿es concebible un modelo cívico republicano sin una identidad nacional, aunque sea débil, crítica o abierta?<sup>19</sup>

#### CIUDADANOS DEL NO LUGAR

La literatura, como ha demostrado Michel de Certeau, es siempre una «pro-

<sup>15</sup> Sigo aquí las ideas de James Clifford en *Routes. Travel and Translation in the Late Twenty Century*. Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1997, pp. 244-277.

<sup>16</sup> Elazar Barkan & Marie-Denise Shelton, *Borders, Exiles, Diasporas*. Standford: Standford University Press, 1998, pp. 1-11.

<sup>17</sup> Iván de La Nuez, *La balsa perpetua. Soledad y conexiones de la cultura cubana*. Barcelona: Editorial Casiopea, 1998, pp. 137-144.

<sup>18</sup> Saskia Sassen, *Globalization and its Discontentes. Essays on the New Movility of People and Money*. New York: The New York Press, 1998, pp. 31-53.

<sup>19</sup> Uno de los más honestos esfuerzos por resolver este dilema se encuentra en Pheng Cheah y Bruce Robbins, *Cosmopolitics. Thinking and Feeling Beyond the Nation*. Minneapolis: University of Minesota Press, 1998, pp. 1-41.

ducción de lugares». <sup>20</sup> La naturaleza profética, más que utópica, de toda narrativa está dada por la insinuación de aquellos sujetos que aún no verifican sus prácticas en la historia. Entrelazando esta idea de Michel de Certeau con otra de Carlo Ginzburg, podría decirse que la literatura, además de *lugares*, produce *indicios* de una subjetividad, de una ciudadanía cultural y política. <sup>21</sup> ¿Qué lugar o qué ciudadanía narran los escritores de la diáspora cubana? Es sugerente pensar que se trata del *no lugar* de una ciudadanía postnacional, es decir, del territorio de esa «comunidad que viene», desprovista de las figuraciones románticas del espíritu de la nación y aferrada a los ejercicios anónimos del cuerpo de su civilidad. <sup>22</sup>

Guillermo Cabrera Infante en Londres, María Elena Blanco en Viena, René Vázquez Díaz en Estocolmo, Zoe Valdés en París, Jesús Díaz en Madrid, Eliseo Alberto en México, Carlos Victoria en Miami, Leonardo Padura Fuentes en La Habana... narran el mismo lugar del futuro desde distintos lugares del presente. Esa operación, involuntariamente colectiva, es similar a los reflejos múltiples de las mónadas de Leibniz, que, al decir del gran filósofo francés Gilles Deleuze, conforman una suerte de polifonía barroca, una «disonante armonía»: ventanas, espejos, miradas que llegan a la plaza de una ciudad por calles diferentes. <sup>23</sup> La nueva fauna social que describe esta narrativa viene siendo algo así como una taxonomía o un carnaval de los sujetos del siglo XXI: macetas, jineteros, balseros, empresarios postcomunistas, disidentes, salseros, rockeros, *dealers*, emigrantes buscavidas, travestis, expolicías..., es decir, toda una picaresca que, como en la España del Siglo de Oro, anuncia la muerte de un mundo y el nacimiento de otro.

La diversificación que supone esa taxonomía contrasta con la homogeneidad cultural del sujeto revolucionario de los años 60 y 70. Dicho sujeto era el *compañero*, una suerte de ciudadano estatal, que resolvía su sociabilidad dentro de una red de aparatos políticos que penetraban, incluso, la vida privada. Es en este sentido que puede hablarse del orden totalitario comunista como otra vuelta de tuerca al modelo cívico republicano. La vocación política del ciudadano en la República se vuelve lealtad al Estado en la Revolución. La nueva narrativa de la diáspora ubica, justamente, en los años 70, la emergencia de una primera marginalidad cultural que quiebra los mecanismos de socialización del orden revolucionario. En la novela *La travesía secreta* de Carlos Victoria encontramos la reconstrucción de ese momento en que los nuevos sujetos descubren que la unidad social de la Revolución es

<sup>20</sup> Michel de Certeau, *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana, 1993, pp. 108-115.

<sup>21</sup> Carlos Ginzburg, *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e historia*. Barcelona: Gedisa, 1994, pp. 138-164.

<sup>22</sup> Ver Marc Augé, *Los «no lugares». Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa, pp. 81-118; y Giorgio Agamben, *La comunidad que viene*. Valencia: Pretextos, 1996, pp. 15-16.

<sup>23</sup> Gilles Deleuze, *El pliegue. Leibniz y el barroco*. Barcelona: Paidós, 1989, pp. 155-177.

ficticia, que también en el comunismo «el mundo está dividido, la gente está separada».<sup>24</sup>

Victoria cuenta las peripecias de un grupo de jóvenes intelectuales, en La Habana de fines de los 60 y principios de los 70, ilustrando, a cada paso, esa fractura moral que se produce entre la Revolución y sus criaturas. Después de vigilancias y castigos, cárceles y suicidios, traiciones y locuras, los personajes terminan localizados en un lugar, que, por estar fuera del Estado totalitario, también está fuera de la Nación. Esta localización extra-nacional es la experiencia que condicionará, en buena medida, el éxodo de más 120.000 personas por el puerto de Mariel en 1980. La taxonomía social de ese exilio aparece esbozada, *a priori*, en la exhaustiva descripción que hace Victoria de aquella comunidad contracultural habanera de los años de la *Ofensiva Revolucionaria*, agremiada, en pequeños círculos, alrededor de la heladería Coppelia:

Pero los grupos de genuina *onda* eran los que abundaban, dispersos en los jardines de la heladería. Se concentraban en bandas, casi siempre alrededor de un capitán: Pedro el Bueno, un mulato de imponente afro, dirigía «Los chicos de la flor»; Raúl Egusquiza, con su guitarra a cuestas, era el líder de «Los sicológicos del Cerro»; Marcelo el Avestruz era el jefe de «Los pastilleros», famosos por su consumo de anfetaminas; Tadeo, más conocido por Abracadabra, era el integrante más destacado de «Los duendes», de los que se rumoraba que mantenían actividades subversivas, como romper teléfonos en el barrio de Marianao; un tal Arturo, al que apodaban Lord Byron, que además de ser cojo se parecía al poeta, presidía «Los morbosos». Éstos últimos eran la vanguardia pensante de aquel remolino juvenil: sus miembros hablaban de cine y poesía, leían a Marcuse y Ortega y Gasset, citaban a Kafka y a Baudelaire... También circulaban por el lugar personajes aislados, como Amelia Gutiérrez, ganadora de un premio nacional de poesía por un libro que nunca llegó a publicarse; José Manuel el científico, expulsado de la carrera de Física por poner en duda la eficacia de la enseñanza en la Universidad de La Habana; el pintor Aguirre y su mujer Berta Torres, ambos de una fealdad pasmosa, que en su afán de imitar a Sonny and Cher recurrían a una ropa estrafalaria que les había ganado el título de «La Pareja Asesina»; el negro Gerardo, que escribía cuentos surrealistas, y que una vez recorrió descalzo el Malecón, de una punta a la otra, con una enorme cruz de madera al hombro, lo que le costó seis meses en la prisión del Morro por escándalo público; Tony el Mexicano, con su pelo lacio y fuerte que le llegaba a la cintura, pero que él recogía sabiamente bajo un sombrero para evitar un mal rato con la policía; Víctor Armadillo, que había dirigido documentales revolucionarios sobre la siembra de caña y la cosecha de café, pero que luego había caído en desgracia por posesión ilegal de dólares; Terencio Pelo Viejo, que alardeaba de haber introducido la Dianética en Cuba, y que en los últimos tiempos se había convertido en asi-

<sup>24</sup> Carlos Victoria, *La travesía secreta*. Miami: Ediciones Universal, 1994, p. 413.

duo cliente del Hospital Psiquiátrico de Mazorra; Pablito el Toro, al que muchos consideraban un policía disfrazado de hippie; Ana Rosa la India, mujer enigmática que se acostaba todas las noches con un joven diferente; un afeminado alto y silencioso, de facciones agraciadas, a quien llamaban La Punzó, pues su ropa habitual era una guayabera teñida de rojo y un pantalón del mismo color... Todo este exhibicionismo sin sentido, era una resistencia pasiva... Pero adónde conduciría esta efervescencia, era algo que nadie podía prever.<sup>25</sup>

La imaginación sociológica que despliega Victoria en esta novela vislumbra, acaso, la oportunidad fallida de un 68 habanero. El principio de enumeración *ad infinitum*, que constituye la taxonomía naturalista, permite, como señalaba Michel Foucault, una «representación duplicada», la narrativa de una «continuidad» cuyo único desenlace puede ser la «catástrofe».<sup>26</sup> Esa fragmentación de la sociabilidad revolucionaria en pequeñas cofradías marginales, estructuradas, por cierto, bajo el mismo patrón caudillista del poder, es una imagen recurrente, una especie de sello estilístico de toda la narrativa del Mariel. El propio Reinaldo Arenas, escritor canónico de esa generación, lo plasma en sus memorias *Antes que anochezca*, cuando describe las tertulias literarias que, junto a los hermanos Abreu, celebraba en el Parque Lenin a mediados de los 70.<sup>27</sup> En aquellas tertulias, como lo confirma el testimonio de Juan Abreu, surgió la idea de editar una publicación, titulada *Ah, la marea*, que luego, en el exilio, se convertiría en la importante revista *Mariel*.<sup>28</sup>

El proceso de descomposición moral del sujeto revolucionario, que se inició en los 70, culmina en los 90, con la emergencia de una nueva marginalidad, virtualmente mayoritaria, y un nuevo éxodo, también masivo: el de decenas de miles de balseiros en el verano de 1994. Sería interesante emprender una lectura paralela de las inscripciones de ambas subjetividades en la última narrativa cubana. Más allá de los matices históricos, las dos fragmentaciones de la identidad nacional a que aludimos, la de los 70 y la de los 90, comparten una representación literaria taxonómica que, siguiendo a Foucault, podemos relacionar con el asombro de la escritura ante el espectáculo de la diversidad moral.<sup>29</sup> En su deliciosa novela *Máscaras*, Leonardo Padura Fuentes, escritor que reside en la isla, imagina una fiesta *gay*, en un apartamento de La Habana Vieja, como alegoría de un carnaval de la diferencia, en el que conviven los nuevos actores de la sociedad cubana de fin de siglo:

<sup>25</sup> Carlos Victoria, *op. cit.*, pp. 293-295.

<sup>26</sup> Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*. México: Siglo XXI, 1985, pp. 69-73 y 146-151.

<sup>27</sup> Reinaldo Arenas, *Antes que anochezca*. Barcelona: Tusquets, 1992, pp. 148-149.

<sup>28</sup> Juan Abreu, *A la sombra del mar. Jornadas cubanas con Reinaldo Arenas*. Barcelona: Editorial Casiopea, 1998, pp. 99-101.

<sup>29</sup> Michel Foucault, *op. cit.*, pp. 42-49.



Y el Conde supo que en aquella sala de La Habana Viega había, como primera evidencia, hombres y mujeres, diferenciables además por ser: militantes del sexo libre, de la nostalgia y de partidos rojos, verdes y amarillos; ex-dramaturgos sin obra y con obra, y escritores con ex-libris nunca estampados; maricones de todas las categorías y filiaciones: locas —de carroza con luces y de la tendencia pervertida—, gansitos sin suerte, cazadores expertos en presas de alto vuelo, bugarrones por cuenta propia de los que dan por culo a domicilio y van al campo si ponen caballo, almas desconsoladas sin consuelo y almas desconsoladas en busca de consuelo, sobadores clase A-1 con el hueco cosido por el temor al sida, y hasta aprendices recién matriculados en la Escuela Superior Pedagógica del homosexualismo...; ganadores de concurso de ballet, nacionales e internacionales; profetas del fin de los tiempos, la historia y la libreta de abastecimientos; nihilistas conversos al marxismo y marxistas convertidos a la mierda; resentidos de todas las especies: sexuales, políticos, económicos, sicológicos, sociales, culturales, deportivos y electrónicos; practicantes del budismo zen, el catolicismo, la brujería, el vudú, el islamismo, la santería y un mormón y dos judíos; un pelotero del equipo Industriales que batea y tira a las dos manos; admiradores de Pablo Milanés y enemigos de Silvio Rodríguez; expertos como oráculos que sabían quién iba a ser el próximo Premio Nobel de Literatura como las intenciones secretas de Gorbachov, el último mancebo adoptado como sobrino por el Personaje Famoso de las Alturas, o el precio de la libra de café en Baracoa; solicitantes de visas temporales y definitivas; soñadoras y soñadores; hiperrealistas, abstractos y ex-realistas socialistas que abjuraban de su pasado estético; un latinista; repatriados y patriotas; expulsados de todos los sitios de los que alguien es expulsable; un ciego que veía; desengañados y engañadores, oportunistas y filósofos, feministas y optimistas; lezamianos —en franca mayoría—, virgilianos, carpenterianos, martianos y un fan de Antón Arrufat; cubanos y extranjeros; cantantes de boleeros; criadores de perros de pelea; alcohólicos, siquiátricos, reumáticos y dogmáticos; traficantes de dólares; fumadores y no fumadores; y un heterosexual machistaestalinista.<sup>30</sup>

Aquí, como en aquella clasificación de los animales, según alguna «enciclopedia china», que cita Borges en *El idioma analítico de John Wilkins* lo decisivo es la *taxinomia* y no la *mathesis*, la desagregación de la comunidad nacional en una microfísica civil y no la síntesis de los valores hegemónicos que determinan una identidad.<sup>31</sup> Al igual que Victoria, Padura proporciona, con su narrativa, todo un registro de nuevos actores que ejercen una política radical de la diferencia, encaminada a configurar el territorio de una ciudadanía históricamente inédita. Aunque ambos autores no tratan en sus novelas el tema de la diáspora, el hecho de que el campo literario cubano se disponga como lugar

<sup>30</sup> Leonardo Padura Fuentes, *Máscaras*. Barcelona: Tusquets, 1997, pp. 143-144.

<sup>31</sup> Michel Foucault, *op. cit.*, pp. 77-82.

de inscripción para sujetos tan diferenciados es, al decir de Ginzburg, un «signo indicial» de la constitución de ciudadanos postnacionales.<sup>32</sup>

Los sujetos emergentes de esa comunidad virtual figuran también en la representación literaria del éxodo. En los últimos años hemos visto cómo el arquetipo social del exiliado comienza a poblar las nuevas ficciones. En la ingeniosa novela *La piel y la máscara* de Jesús Díaz, el personaje de Lidia, que debe ser representado por la actriz Ana, es una inmigrante cubana en Nueva York que regresa por primera vez a la isla después de veinte años. El texto, que se asume como la reescritura de un guión y como las memorias de un rodaje, encara despiadadamente el dilema de la identidad nacional del exiliado. Ana, la habanera *new yorker*, es una figura doblemente ficticia, ya que es un personaje del guión y de la novela. Cuando el Oso, escritor y director del filme, quiere corregir el aspaviento de la actriz le dice: «más bajito, estás en un hospital y no eres exactamente cubana, vienes de Nueva York».<sup>33</sup>

El paso, a través de la ficción, de ese personaje del exilio, que no es «exactamente cubano», al personaje de la diáspora, que es, más bien, «demasiado cubano», puede ilustrarse con la novela *Café Nostalgia* de Zoe Valdés, que apareció un año después de *La piel y la máscara*. Aquí se narra la historia del desencuentro y el reencuentro de un grupo de amigos cubanos que ahora se hallan dispersos por el mundo: en Buenos Aires, Miami, Tenerife, México, Nueva York, La Habana y París.<sup>34</sup> En un momento de la novela, Zoe Valdés transcribe varios mensajes telefónicos que dejan sus amigos en la contestadora de Marcela, el personaje narrador, que es un visible *alter ego* de la autora. Algunos dicen desde donde hablan, como si marcaran con puntos rojos el mapamundi de la diáspora: «sigo en Quito», «ando por Brasil», «en Nueva York todo bien», «te habla Oscar desde México», «hace un tiempo estupendo en Tenerife...»<sup>35</sup> Sólo dos personajes no mencionan su lugar: Andro, que vive en Miami, y la madre, que vive en La Habana —¿será porque ambas ciudades son las zonas impronunciables del adentro?—.<sup>36</sup> Sin embargo, todos quieren darle a su amiga alguna noticia de Cuba, cifrando, así, la huella de un vínculo territorial en la memoria.

Esos personajes de *Café Nostalgia*, actores de una diáspora reciente que, como fragmentos a su imán, fijan en la evocación el horizonte de sus confluencias, son los mismos que Eliseo Alberto reproduce, en largas listas, al final de *Informe contra mí mismo*.<sup>37</sup> Ambos libros, dentro y fuera de la ficción, están atravesados por una política de la memoria muy similar: aquélla que

<sup>32</sup> Carlo Ginzburg, *op. cit.*, p. 15.

<sup>33</sup> Jesús Díaz, *La piel y la máscara*. Barcelona: Anagrama, 1996, p. 217.

<sup>34</sup> Zoe Valdés, *Café Nostalgia*. Barcelona: Planeta, 1997, pp. 21-25.

<sup>35</sup> *Ibid.*, pp. 127-129.

<sup>36</sup> Ver Michel Foucault, *El pensamiento de afuera*. Valencia: Pretextos, 1997, pp. 7-14.

<sup>37</sup> Eliseo Alberto, *Informe contra mí mismo*. México: Alfaguara, 1997, pp. 178-287.

todavía patalea por preservar cierta fijeza simbólica de la nación en medio del frenesí centrífugo de los 90; sea a través de la nostalgia, del cinismo o de la disidencia. Aún así, el paso de una diáspora incómoda a una plena dislocación territorial puede ser tan breve que el propio Eliseo Alberto parece darlo en su novela *Caracol Beach*. Aquí el lugar mismo se ha convertido en una ficción postnacional, habitado por criaturas caprichosamente híbridas, que parecen sacadas de aquel sueño de la raza cósmica de don José Vasconcelos: militares hawainos retirados, pescadores haitianos blancos, jóvenes de la generación YUCA (*young urban cuban american*), veteranos de la guerra de Angola, cubano-americanos, chicanos, texanos, panameños, catalanes y hasta un gay armenio, dueño del exitoso restaurant *Los Mencheviques*.<sup>38</sup>

La misma estructura del relato taxonómico, que en Padura y en Victoria permite testificar la fragmentación del cosmos nacional en lugares menos fijos, donde habitan sujetos más móviles, le sirve a Eliseo Alberto para describir la antiutopía de la nacionalidad. Caracol Beach es esa «comunidad postnacional que viene», poblada de ciudadanos con orígenes diversos, identidades traslaticias y destinos electivos.<sup>39</sup> No se trata, en modo alguno, de la certeza de una prospección sociológica. El lado profético de la literatura le debe más a las insinuaciones del presente que a los escenarios del futuro. El filósofo inglés David Miller, quien ha escrito la más persuasiva defensa del nacionalismo a fines de este siglo, reconoce con lucidez que, aunque el principio de la nacionalidad no sufra una decadencia irreversible, eso que los modernos hemos llamado *nación*, durante casi doscientos años, será cada vez más parecido a una miniatura del mundo.<sup>40</sup> De ahí que los indicios literarios de una ciudadanía postnacional en Cuba tal vez no sean más que el vislumbre, acaso fallido, de una nación sin nacionalismo.

<sup>38</sup> Eliseo Alberto, *Caracol Beach*. Madrid: Alfaguara, 1998, pp. 337-357.

<sup>39</sup> Ver Engin F. Isin, «Who is the New Citizen? Towards a Genealogy», en *Citizenship Studies*. Carfax Publishing Company, Vol. 1, Number 1, 1997, pp. 115-132.

<sup>40</sup> David Miller, *Sobre la nacionalidad*. Barcelona: Paidós, 1997, pp. 223-237.

## Apuntes para un contrapunteo cubano de la fruta y la vianda

*Eliseo Alberto*

**M**I ABUELA SIEMPRE DECÍA: «SÓLO A LOS ÁRBOLES QUE dan frutos les tiran piedras». Esta noche de lluvia, al empezar la fiesta de la música, la pintura y la palabra, supongo que mi presencia aquí no se deba a mis irresponsables incursiones en el campo minado de la crítica o el elogio literarios (soy un pésimo especialista en la materia), ni a mi enamoramiento por la pintura cubana (tan bien representada por Ramón Alejandro), ni a mi fanatismo sin límites por los poetas de la isla, los verdaderos líderes de la nación, ni mucho menos a mi infundada fama de bailador o de cocinero (retiro lo de infundada), sino, pienso, la amable invitación de los editores, se deba, digo yo, a mi enfermizo amor por esa Cuba republicana y criolla, potencialmente próspera, de tradiciones graciosas, también alburera, chismosa y cómica que nos hace la boca agua en todos y cada uno de los ensayos, décimas y redondillas de Orlando González Esteva. La isla de Corcho, el país de la Siguaraya, del Titingó, del dominó de nueve números, es un lugar de ampanga. Le ronca el mango. Golfá en el Golfo, caimana en el pantano, Cuba también parece, entre otras metáforas posibles, emocionales, animalistas, geográficas o gastronómicas, una cáscara de plátano en la escalera insular del Mar Caribe: el que la ignore, el que la aplaste, el que la pise, tarde o temprano se cae. Después que no digan que no lo dije.

Yo he conversado con Orlando apenas cuatro horas, con cuatro o cinco rones en la garganta, y puedo decir, sin faltar a la palabra, que lo conozco de toda la vida. Me es tan familiar el temblor de su barbilla al hablar de la isla, el brillo de la mirada, el puñetazo contra la pared, la carcajada sin miedo. Todos los días del mundo, donde quiera que lo sorprenda la mañana, hospedado en los burdeles de la noche imaginaria, él anda su país, el país de Ramón, mi paisito, de arriba a abajo, página a página, recogiendo huesos

y desenterrando versos, tesorero y sembrador. En el plato del tocadiscos se escucha un tema de Orlando de la Rosa. Tuvo que aprender el camino desde lejos. De memoria. Sin brújula. A huevos. Contra la espada. De llanto en risa. José Martí (ya iba siendo hora de citarlo para que luego no me acusen de mal hijo) nos advirtió que hay frutas que maduran en las ramas y frutas que maduran en el mercado, a palos. Así también le sucede al hombre. A algunos hombres. Palos van y palos vienen, Orlando se guió por la palma de su mano. Ahí estaba, entre líneas, el mapa que los poetas pintaron en carne viva, las rutas del amor, el destino y la muerte tatuadas con sangre, lágrimas o bilis, que a fin de cuentas todo vale con tal de tentar al pasado. Hasta la pena. El amor más tenaz es el soñado. Pide poco el poeta: una libreta de escuela, un lápiz, que haya frutas en temporada y que alguien tenga a mano una guitarra española. Una noche se pasa bajo una piedra. A la luz de un cocuyo, el muchacho de Palma Soriano lee *La Flor Oculta de la Poesía Cubana*. Viajero incansable, cartógrafo de la cultura nacional, hoy por hoy Orlando González Esteva anda de músico entre músicos y los pintores lo tienen por pintor. La mueca de angustia se volvió una sonrisa, como una tajada de melón de agua. De vuelta a casa, se sentó a escribir sobre lo que había visto y leído, a contarnos lo que probó durante la travesía. Lo hizo a su manera: la prosa limpia, de masa pura, con esa pizca de sal que fija el dulzor en el batido de mango o esa cucharadita de azúcar que espesa, por sí sola, el caldero de los frijoles dormidos. Cito: «La chirimoya, de la familia de las anonáceas, fue escogida por un clérigo del siglo XVII como la fruta idónea para avivar en los europeos moribundos ‘el deseo del paraíso’. De ahí su posterior escasez en la isla». Fin de la prodigiosa cita.

Los cubanos somos un lío. Tremendo lío. Un arroz con mango. Nos importa lo mismo chichá que limoná. Por algo, Ramón empujó a Jesús en un papalote y lo hizo flotar, crucificado, sobre el patio de una casa (¿será de Vuelta Abajo?) donde se ven, en bandejas, puros anillados e impuras encadenadas, mangos y tirapiedras, palmares y estrellas de mar. Le ronca el merequetén. No me pregunten qué rayos es el merequetén: sólo sé que es algo que le zumba la berenjena. Voy, pues, a lo que vine. Al quiribombo. En el plato del tocadiscos se escucha ahora un tema de Frank Domínguez. Quiero hablar de *Cuerpos en bandeja*. Y como no estoy enteramente de acuerdo con Orlando, o estoy de acuerdo pero quiero decir que no estoy de acuerdo para ponerle mendó a este texto, estableceré, a la manera de don Fernando Ortiz, un Contrapunteo cubano de la fruta y la vianda. Cito al propio Orlando en la Nota Inicial, más bien Portal, de su libro: «La persona que está divertida no está sola, o, por lo menos, no tiene conciencia de su soledad; ha vencido el tedio».

En el festín erótico de la nación cubana la fruta, y con ella la mujer, ocupa el centro de la mesa. No enjuicio su majestad. *Cuerpos en bandeja* demuestra el poderío: de la papaya a la piña (esa fruta loca que se cree palma), de la piña al mango, del mango a la chirimoya, de la chirimoya a la guanábana, de la guanábana al mamoncillo (qué nombre tan gracioso, mamoncillo: en México sería albur), del mamoncillo a la naranja, de la naranja al mamey y del mamey, otra vez, a la soberana papaya. Sin embargo, también habría que

mencionar la otra parte, mejor dicho la contraparte, el complemento viril del fetecún nacional: la vianda, esos tubérculos machistas y terrenales que van, en comparsa, detrás de la carroza donde a las frutas se les venera como Reinas del carnaval. No puede entenderse el Paraíso sin tentación. Entre la orgía de una ensalada de frutas y el caldo sofocante del ajiaco, emana, dulce y vaporosa, el alma cubana. Ojo: el sustantivo alma, siendo masculino, se adjetiva en femenino. En el plato del tocadiscos se escucha ahora un tema de Ernesto Lecuona, cantado, me parece, por Esther Borja. La papaya es a la fruta lo que la yuca a la vianda: reina y rey, en el trono del comedor o en la mazmorra del lavadero. La fruta se ofrece en la rama, asciende con ella: las que llegan más alto, resisten mejor a la pedrada. Mi abuela tenía razón: nadie le lanza una piedra a un marabú. La vianda vive bajo tierra, oculta, buscando ganar en profundidad. La fruta es de altura. La papaya no depende de su tamaño sino de su pulpa. La yuca no. Qué va. La yuca se mide en pulgadas. Una buena yuca es un yucón. Tremendo yucón. La fruta es bella en sí misma. La guanábana lo sabe. La naranja adorna el naranjo como aretes de gitana. Los frutereros se ven bien en el comedor. Todas las frutas juntas. Unas sobre otras. La vianda no. La vianda es tosca, bruta, más bien solitaria. El ñame parece una roca volcánica. Los vianderos se esconden junto a los lavaderos de la ropa sucia. La fruta se tumba de la rama. La naranja se tumba. Se tumba el mango. La novia de un compañero también se tumba, jamás la de un amgío: hay que dispararle primero. Tumbé la manga, decimos. Le tumbaste la novia a ese cretino, decimos. Qué bueno. La vianda no. La vianda no se tumba. Se saca. Se saca la yuca. Con las manos. El ñame se saca. La malanga se saca. Tienes que embarrarte, al menos la punta de los dedos. La fruta se muerde en estado natural, sin necesidad de procesarla, de someterla a la llama. Se desviste con los labios. Se desnuda. La vianda, en cambio, se encuera. La fruta se paladea. Se goza. La vianda no. La yuca se cocina, se calienta. Se fríe en manteca de puerco. La cáscara guarda el palo. La malanga se hierva. La fruta se come al tiempo. La vianda hace sudar. A mares. Las frutas presumen tres edades públicas (pensando en Caín, iba a decir públicas): verdes, pintonas o maduras. La vianda no. Qué va. La yuca, la malanga, el ñame, lo que tú quieras, sólo tienen dos alternativas: están blandas o están duras. No hay opción. La fruta, en el peor de los casos, se conserva en preservativos químicos. No es albur. La guayaba, en casco o mermelada. La papaya, en trozos. El coco, rallado. No es lo ideal, pero resuelve el drama de permanencia. Cuando la nostalgia aprieta la bamba del alma, cuando el hambre de un país prohibido le abre a uno un hueco en la boca del estómago, la dulce patria, aun en lata, nos endulza y alimenta. No así las viandas. La malanga dura lo que dura dura. Sí, lo reconozco, es albur. Para conservar un ñame lo mejor es enterrarlo en el patio y olvidarnos por un tiempo del cadáver exquisito. Sin una yuca, todos somos viudas. La fruta exclama: ¡Azúcar!... El tímido ñame susurra a la calabaza, donde no lo oiga la fruta bomba: ¡De tranca!... «¡Frutas!... ¿Quién quiere comprarme frutas?», pregona el canario del puesto de la esquina. El rumbero, en el traspatio del solar, dice a su compadre apesadumbrado: «Dile a Catalina que te compre un guayo, que la yuca se te está pasando».

La fruta sirve para el elogio: «¡Vaya papaya!», se lee en la tapa de un libro de Ramón Alejandro con picantoso texto de Guillermo Cabrera Infante. La vianda no. La vianda insulta: «Eres un ñame», decimos al niño que no aprendió las tablas de multiplicar. «Tienes un chopo en la cabeza». ¡Quién no se acuerda de El Bobo de la Yuca! Hoy, en la mañana, llamé por teléfono a varios compatriotas de hueso colorao y les hice esta sencilla pregunta: «¿Con quién se quiere casar El Bobo de la Yuca?» Un historiador, experto en el arte de la espera, me aseguró que con una «viudita de la Capital». Tres consultas después, un novelista, estudioso de la vida cotidiana en Rusia, me aclaró que la alegre «viudita» era la prometida del Arroz con Leche. ¡Qué tal, la muy mosquita muerta! No se dice nunca a quién amaba el tierno Bobo de la Yuca; sólo se sabe que pretende pasar la luna de miel comiendo trapo y comiendo papel.

Y termino con la espada de un plátano en la mano. Lo dejé para último, a propósito. El plátano se las trae. Lo complica todo. Hay plátano fruta y hay plátano macho. Plátano vianda, se dice en Cuba. Yo no soy un moralista, me considero, incluso, un fundamentalista de la libertad de elección, pero pienso que, puestos a pelotear el asunto, uno de los dos «se está haciendo». El resbaladizo plátano «se hace la fruta o se hace el bárbaro». Yo supongo que es el llamado vianda, que siendo fruta, preferiría ser macho. Cuando menos, es una actitud singular, aunque no atípica, en el teatro culinario de la nación. El plátano travestí se deja freír en una cama de manteca hirviente, cocinar a fuego vivo, aplastar por el mortero. Su consagración definitiva la consigue cuando le invitan a participar en un ajíaco criollo, y así logra codearse, en la cazuela con la yuca, el ñame y la malanga, sus admirados tubérculos, endulzando el caldo junto a la vieja ramera de una calabaza. Pero el eufórico plátano macho no estalla en júbilo cuando lo rellenan de picadillo, en una forma empanizada de embarazo, ni cuando lo sirven, como postre, en tentación, horneado bajo un desabillé de caramelo, ni cuando lo rebanan como galleticas de María y no falta el prejuicioso que diga, de punta a punta de la mesa, ¡Coño, Fulano, déjame por lo menos una Mariquita! No. Ése, sin duda, resulta un momento muy emocionante, intenso, casi peligroso. El plátano, por más señas verde, logra su orgasmo de felicidad cuando el guapo chef de un restaurante lo manosea, lo machuca, lo adoba en mojo de ajo, cebollas y naranjas agrias, lo hace una bolita y, entonces, ¡que suenen los cueros del tambor!, lo entrega a la mesa y los comensales dicen a coro: «¡Qué ricura! Diosito, pero que rico sabe este Fufú». Que le llamen Fufú en su propia cara, Fufú delante de todos, Fufú en la Plaza, Fufú en el mercado. Fufú, Fufú, simplemente Fufú, es el sueño de todo plátano macho: para él, el platanito Johnson se pierde lo mejor de la vida. Luego les paso la receta.

¡Levanten, pues, las copas de la pachanga, que al reloj de la poesía cubana aún le queda mucha cuerda, y brinden conmigo por Orlando González Esteva, Ramón Alejandro y sus locos editores, porque ésta es la literatura nuestra, la literatura de los que amamos a esa islita en las buenas y en las malas, en los amaneceres de aguaceros torrenciales, en las mañanas lentas y claras de los miércoles y en las tardes vagas del verano, cuando la demasiada luz forma nuevas paredes con el polvo.

# La mano izquierda de San Ignacio

Rafael Zequeira

EN EL AÑO DE 1522, ÍÑIGO LÓPEZ DE RECALDE CABALGA hacia Cataluña, con el propósito de embarcar allí hacia Jerusalén, donde proyectaba quedarse a vivir para siempre, al servicio de la fe católica. Cuentan que, cerca de Pedrola, sintió unos deseos difícilmente reprimibles de asestarle *dos piadosas puñaladas* a un moro que lo acompañaba, sólo porque cometió la falta gravísima (¿delito de propaganda enemiga?) de poner en duda algo que él afirmaba categóricamente; a saber, la virginidad inmarcesible de la madre de Nuestro Señor Jesucristo. Este peregrino, que en 1540 obtendría una bula del Papa Pablo III para instituir una orden religiosa con estructura y mecanismos de unidad de combate y hermetismo vigilante y caviloso, tal vez no era consciente de que con su intolerancia paradigmática estaba fundando una nueva forma de rencor: el rencor ideológico elevado a la categoría de sistema inteligente y sutil. Ciertamente que en 1540 hacía más de tres siglos que existía la Inquisición, que habían sido combatidos con fiereza implacable albigenses y cátaros, torturados cientos de herejes y achicharradas miles de brujas, pero una cosa es la hoguera ruidosa y maloliente de Tomás de Torquemada y otra bien distinta los *Ejercicios espirituales* de San Ignacio de Loyola. Digamos que no es lo mismo darle candela a una persona a causa de sus creencias y opiniones que tratar de modificarle esas creencias y esas opiniones, equivocadas y perniciosas, desde luego, mediante un procedimiento ingenioso, aplicado desde alguna forma de poder, que culmina con el secuestro de su biografía. (Aparte de que si el procedimiento no resultara eficaz con alguien, siempre queda la posibilidad de regresar a las llamas, piadosas y salvadoras, eso sí, como las puñaladas de marras, para sacarlo de su error maldito.)

No es mi propósito contar aquí la historia de la Iglesia, aun cuando pienso que, al menos para el mundo occidental, esa historia está tan indisolublemente ligada a la



humanidad misma, que es La Historia, pero no me parece superfluo hurgar en el pasado algunas informaciones que, estimo, ayudan a comprender algunos de los descabros más sombríos que hemos sufrido los cubanos en las últimas décadas, y seguimos sufriendo todavía (baste recordar que, después de cuarenta años de intentos obstinados por parte del poder en la Isla por hacer prosperar esos «métodos juiciosos», se encuentra con que no tiene nada mejor que ofrecer que las amenazas con el paredón de los primeros tiempos). En cuanto a la constancia detallada de esos descabros que muchas veces se adentran en las demarcaciones de la tragedia, no se puede buscar, desde luego, en la prensa nacional, que es en su totalidad oficial y no deja siquiera un espacio mínimo para la diversidad, ni mucho menos en la llamada «prensa del enemigo», que padece los mismos males; esa constancia hay que buscarla —y por suerte existe— en la literatura, que, a pesar de escribas y albarderos, es un coto de caza privado al que, afortunadamente, el poder no tiene acceso. Hoy en día se cuenta con una serie de novelas, escritas tanto por cubanos de dentro como de fuera, que constituyen la única fuente referencial legítima para enterarnos de qué nos ha pasado; también empieza a existir una ensayística joven que intenta explicar por qué nos ha pasado. El resto no es más que pregón diligente o elogio exaltado (candoroso o malintencionado, según el caso), aun cuando provenga de celebridades de la literatura misma.

En cuanto a las novelas, voy a mencionar algunos de los títulos y autores que, en mi opinión, rastrean con mayor lucidez y coherencia la realidad cubana, con independencia de las desigualdades en cuanto a calidad literaria propiamente dicha que puedan existir —y existen— entre estas obras. Es decir, no me propongo valorar estas obras desde la perspectiva de sus logros o desaciertos formales, aunque tampoco pretendo reducirlas a documentos de amanuenses. Para aclarar la imposibilidad de semejante escisión, tal vez resulte útil recordar que en siglo XV deben de haberse pintado en Fiésolo centenares de anunciaciones, pero *La Anunciación* de fra Angélico es una sola, no comparable a ninguna otra, a pesar de que en todas el asunto es el mismo, lo cual no debe hacer suponer que el tema del diálogo entre el arcángel Gabriel y la futura madre de Dios haya sido un simple pretexto para el fraile talentoso, puesto que muy bien podría haber pintado, tal vez sin ninguna gracia, el retrato de su abuela; de modo que tiendo a pensar que *esa persona*, para pintar *así*, tenía que pintar *eso*. Y tengo igualmente la impresión, salvando siglos de por medio y oficios expresivos diversos, de que *Paisaje de otoño* (Tusquets, 1998), de Leonardo Padura, *Dime algo sobre Cuba* (Espasa, 1998), de Jesús Díaz, *Caracol Beach* (Alfaguara, 1998), de Eliseo Alberto, *Puente en la oscuridad* (Universal, 1993), de Carlos Victoria, *Érase una vez en La Habana* (Verbum, 1998), de Mons. Carlos Manuel de Céspedes, y *Los paraísos artificiales* (Espasa, 1999), de Benigno Nieto, son novelas que, irremediablemente, tenían que tratar lo que tratan. En todas ellas (sé que hay muchas más, pero la inclusión impone la exclusión, a veces inmerecida) hay algo en común que va más allá del realismo, más allá de cualquier testimonio ramplón, ética de moraleja o denuncia airada: hay, en primer lugar, literatura, y en segundo, el deseo de rescatar

a la persona humana del aburrimiento, la estupidez y el absurdo del infierno y revelarle que su vida, aunque le hayan hecho creer lo contrario, le pertenece y debe vivirla según su propia elección.

*Paisaje de otoño* es la última parte de una tetralogía de título vivaldiano (*Las cuatro estaciones*) sustentada por los recursos de la novela policial clásica. En ella el teniente Mario Conde, que había ingresado a la policía cubana en la década de los setenta, consigue ser licenciado justamente el día en que cumplía treinta y seis años y un ciclón comenzaba a azotar La Habana con vesánico furor. Cuesta creer que un policía se llegue a licenciar del todo, más aún si se trata de uno que pertenece a un cuerpo que algo tiene de secta esotérica para iniciados, pero Mario Conde es un policía increíble: tiene vocación de escritor, es amigo de sus amigos y se pregunta por qué escogió semejante oficio, para terminar respondiéndose que «había estado en la policía durante más de diez años, postergando su propia vida, con tal de arañarles al menos la seguridad prepotente y, si era posible, hacerlos pagar algunas de aquellas culpas impagables». Pero no precisa a quién o a quiénes quiere pasarles semejante cuenta, ni tampoco cuáles son esas culpas.

*Dime algo sobre Cuba* es una novela delirante en la que el autor opta por los desatinos propios de los bufos como único recurso para explorar una realidad que ya tiene mucho de esperpéntico. Es una obra que parece llamar la atención en cada página sobre el hecho insólito de que el diablo se haya vuelto estúpido sin dejar de ser diabólico. Desde el hecho mismo del nombre del protagonista, Stalin Martínez, hasta su abandono final, solo y de madrugada, en medio de un mar que desconoce, las peripecias sucesivas de este hombre lo convierten en el protagonista de una vida que no es la suya. «El personaje se va convirtiendo —la definición, acertadísima, es de José María Guelbenzu— poco a poco en el resumen de todas sus desgracias, y ahí es donde deviene representación de un trastoque vital y mental que es un emblema de la situación del mundo cubano».

*Caracol Beach* es para mí una insuperable alegoría de Lucifer, y en este sentido me resulta impresionante. Por un camino más bien laberíntico aborda un tema hasta ahora eludido por la literatura cubana, a pesar del drama humano que representó para muchas familias en Cuba y de su prolongada duración: la guerra de Angola. La novela no se desarrolla en Cuba, la mayor parte de los personajes que en ella aparecen no son cubanos, y, sin embargo, hay una cubanidad predominante, auténtica y malsana a lo largo de todas sus páginas. Interfieren, a veces, los relumbrones de prosa garcíaamarquiana que hasta se presienten cuando van a aparecer en el texto, pero el destino de Beto Milanés, ex-combatiente de Angola, exiliado en La Florida, loco de una locura que no se merecía y que hace posible una complicada convergencia trágica de circunstancias y personas, resulta sobrecogedor y hace pensar que una mística del terror nos ronda a todos con vehemencia posesiva.

*Puente en la oscuridad* no es el propósito de Carlos Victoria de dar un testimonio del exilio de los cubanos en Miami; tampoco es un análisis psicológico de las relaciones familiares difíciles ni un informe de lo lúcida que puede ser

a veces la demencia. La novela se afincan en todos estos componentes y en un caústico sentido del humor tal vez con la única intención de reencontrar la poesía. Natán es un exiliado cubano que no está loco pero está solo, que es ya una manera de estar un poco loco, y uno nunca llega a saber del todo si ese hermano que busca afanosamente a través de toda la novela y que parece dejarle continuamente señales de su existencia, existe realmente o si él se lo ha inventado para defenderse de la adversidad de un exilio que, de alguna manera, no ha elegido.

*Érase una vez en La Habana* es el menos novela de estos libros; a veces parece uno de esos largos poemas discontinuos tan propios de estos tiempos; otras veces parece un libro de memorias; otras, un testimonio; otras, narraciones sueltas con una dudosa o forzada conexión entre sí, pero lo cierto es que constituye un documento muy valioso, sobre todo la parte final («Las estaciones de Vladimir») que es donde la prosa del autor se contrae, el estilo se despoja de vericuetos decimonónicos y se introduce (esta vez la forma de narrar sí es coherente con un tema que evidentemente conoce) en el mundo de la marginalidad juvenil de La Habana. El resultado es de un dramatismo desgarrador, sobre todo porque se trata de algo de lo que se sabe muy poco y ha habido demasiado interés oficial en que se sepa menos, quizá porque el suicidio, la homosexualidad, el alcoholismo y la drogadicción no son las mejores cartas credenciales para un país cuyo gobierno cultiva, como pretexto para conservar el poder, la pretensión abstrusa de salvar la especie, aunque para ello tenga que incurrir en la paradoja de aniquilarla.

*Los paraísos artificiales* viene a ser de algún modo la novela cubana de los años sesenta, del tránsito de una revolución triunfante y popular hacia un Estado autoritario y caudillista, de la ponderación de un macrogonadismo glorioso que convertía al caudillo en un nuevo demiurgo, único principio activo del mundo, y de las familias dramáticamente divididas y fragmentadas en espacios contendientes. No sé si, como afirma Heberto Padilla, «a Hispanoamérica le faltaba esta novela». Me parece desmesurado que a un continente le falte un libro, sea el que sea. Ni siquiera me atrevería a asegurar que le faltaba a Cuba. En todo caso, y ya esto es bastante, le faltaba a su autor y se le agradece que deje su versión y su visión de unos años en los que, efectivamente, las personas en Cuba se vieron sometidas a presiones de una agresividad tan irracional que hicieron posible que miembros de un mismo grupo familiar se odieran, se repudiaran, se delataran, se atomizaran por el mundo y hasta se mataran. Y aunque Benigno Nieto no es para nada cuidadoso con su prosa, tal vez porque le urge demasiado ir directamente al grano y contar su historia, tiene el buen gusto y el acierto de limitarse a eso: contar su historia.

Estas seis novelas que he seleccionado y analizado muy someramente, tienen casi tantas diferencias como coincidencias. Pertenecen a escritores cuyas edades fluctúan entre los cuarenta y los setenta años. Todas han sido publicadas en la década de los noventa, y todas, igualmente, parecen suscribir una frase de *Paisaje de otoño*: «porque el fin del mundo seguía acercándose, pero aún no había llegado, pues quedaba la memoria».

Con la ensayística ocurre algo diferente. Los textos más notables, aunque no numerosos todavía, están siendo escritos por personas que apenas rebasan los treinta años, y esto hace que muchos de ellos no alcancen aún la madurez de pensamiento ni el volumen de información ni la depuración de la prosa que el género requiere. Pero la voluntad, la tenacidad y el talento que reflejan varias de estas obras ya constituye algo muy significativo, sobre todo si se tiene en cuenta que algunos de los pensadores de más edad, mejor formados, de más prolongada participación personal en la vida cubana y de ideas más decantadas, parecen estar sumidos, sabrán o no ellos por qué, en una especie de ensimismamiento que hace que sus libros, que tanto aportarían, no se escriban o se escriban a medias. Para mí el título más significativo de esa ensayística joven es *El arte de la espera*, de Rafael Rojas (La Habana, 1965), publicado en Madrid por Colibrí, editorial de reciente creación y que tiene el propósito de asegurar un espacio a este tipo de indagación. *El arte de la espera* es una selección de ensayos breves y artículos, agrupados con un curioso criterio dramático, que destaca por la precisión con que disecciona los más espinosos y controvertidos descabros de la política y la historia de Cuba, y por las claves nada políticas que aporta para la comprensión y el mejoramiento de esa realidad. Es un análisis lúcido y coherente, despojado de arideces profesoriales o logomaquias académicas. Podría decirse que se trata de un libro que, insertado de algún modo en la antigua tradición humanista, tiene el acierto inusual de abordar claramente asuntos políticos sin perseguir propósitos políticos, y esto no es un simple juego de palabras, sino algo tan sencillo y necesario como una exploración inteligente y bien intencionada en esa Cuba que hoy, más que presente, es proyecto y es memoria.

Y la memoria no es la Historia. Tienen que ver, pero no son lo mismo. El poder, cualquiera que sea, siente una fascinación patológica por la Historia (sobran ejemplos y frases célebres al respecto), pero la memoria suele jugarle una mala pasada. Ni siquiera Íñigo López, a pesar de haber sido elevado a los altares con el nombre de San Ignacio, logró poner su célebre Compañía de Jesús a salvo de la memoria, y poco tiempo después de su muerte vino al mundo Melchor Inchofer, quien resultó ser, posiblemente, el primero en abrir una hendidura a través de la cual escudriñar la realidad oculta tras los velos propagandísticos de la piedad, la inteligencia, la sensatez, la humildad y las bienaventuranzas.

Inchofer nació en Viena en 1584; en 1605, con sólo veintiún años, ingresó en la Compañía, y salió de ella a los sesenta y cinco, hacia el camposanto de Milán. Fue historiador, retórico, filósofo, teólogo, perito en Astronomía y en ciencias naturales y considerado en su tiempo uno de los jesuitas más doctos de aquel remoto (no tanto, en realidad) siglo XVII. También él pretendía resistirse al olvido tendencioso, y por ello escribió un libro sorprendente: *La monarquía jesuita*, al que tuvo que adjuntarle una «clave secreta» para que el lector pudiera comprender el significado real de muchos de los nombres que en el texto habían sido trocados. El pertenecía a la orden, seguiría perteneciendo a ella hasta su muerte a pesar de que no estaba físicamente encarcelado, y no podía correr el riesgo de expresar con claridad y derechamente sus opiniones.

No tiene sentido ni es mi propósito hacer una comparación entre el texto de Melchor Inchofer, un vienés de siglo XVII, y seis novelas de otros tantos escritores cubanos de finales del siglo XX, pero sí quiero referirme a lo que me parece un nexo importante entre uno y otros, y que, al parecer, aporta presuntas «claves secretas» a todos estos libros: el refinado resentimiento ideológico que ya he mencionado antes y que para mí surge precisamente con la Reforma y la modernidad (la Reforma tuvo una inspiración sajona o germánica, mientras que la Contrarreforma, encabezada por San Ignacio, español, representaba un conservadurismo católico), del que todos tratan de escapar como mejor pueden, y la atracción irresistible que una personalidad de magnetismo siempre polar ejerce sobre los demás, impidiendo, a veces que logren esa fuga, lo que los convierte, de hecho, en protagonistas de una vida ajena, en personas cuyas biografías no son realmente suyas, lo que viene a hacer de esta práctica un subgénero de vampirismo incruento.

En *La monarquía jesuita* se puede leer la siguiente afirmación, referida al General de la Orden: «Si quiere, las cosas serán completamente distintas de como son. No se cree más que lo que él decide. Si la razón y los sentidos se oponen, no se les hace caso. Quien replica es castigado, quien observa también. Hay que escucharlo todo, encontrarlo todo razonable, aplaudirlo todo, aprobarlo todo (...) Si quiero disputar contra él, se me amenaza con el destierro; con la muerte si intento resistirle». Más adelante, hay un texto muy divertido y que cualquier cubano que haya asistido a cualquier reunión política de cualquier nivel entenderá perfectamente: «Las principales cuestiones filosóficas, cuya discusión les ocupa son: si los escarabajos hacen las bolitas de estiércol paradigmáticamente; si se originarían naufragios por orinar un ratón en el mar; si los puntos matemáticos son recipientes de los espíritus; si la expulsión de gases del cuerpo humano es el suspiro del alma; si las manchas de la luna son producidas por los ladridos de los perros».

Esta embriaguez de poder y de tontería y la fascinación desvariante que la misma origina, debidamente acompañada (por si acaso) por un aparato represivo muy eficaz, le ha proporcionado a Cuba, en las últimas cuatro décadas, un inventario de calamidades absurdas tan descomunal, que han convertido al país en esa mezcla triste de sainete y tragedia que se disfruta y se padece en *Dime algo sobre Cuba*. Otras están prolijamente referidas en las restantes novelas mencionadas. Y todavía otras muchas ya van dando lugar a una lista tan interminable de libros serios o no, atractivos o no, premiados en concursos o no, aclamados por el gran público o no, importantes o no, escritos por cubanos o *cubanólogos*, que el tema corre el riesgo de degenerar en una narrativa neo-costumbrista-crítica muy propicia para el bostezo largo. Sin embargo, los seis libros mencionados, así como el de Inchofer, cuentan con otra característica común que los pone a salvo de cualquier costumbrismo de nuevo tipo: indagan en el alma de sus personajes para tratar de descubrir por qué éstos se resisten a romper definitivamente con esa variedad de pacto mefistofélico que, en definitiva, no han suscrito. Y las respuestas, desde luego, no las encuentran en las palmas lejanas, en el tocororo ausente, en las nostalgias por

las canciones insuperables de Beny Moré, etc. ¿Dónde, entonces? Tal vez no existan respuestas para los misterios de la pertenencia, y por eso lo más sensato es limitarse a narrar. Porque resulta muy difícil, quizá imposible, averiguar por qué alguien se pasa la mayor parte de su vida implicado (aun cuando la elección sea la del exilio) en un sistema de gobierno cuyos procedimientos no respeta y cuya legitimidad se cuestiona (Stalin Martínez, por ejemplo, después de un primer viaje accidental a Estados Unidos, decide regresar a Cuba). ¿Por qué alguien decide vivir una vida que no es la suya, sino la de otro? ¿O es que eso no lo decide nadie y un buen día en que se avecina un ciclón y hay que encontrar al autor de un asesinato o a un hermano virtual se descubre que es así?

Andrés, un personaje secundario de *Paisaje de otoño*, médico brillante y de aparente éxito profesional y personal, tiene un largo discurso final en el que confiesa su descubrimiento tardío de que «decidieron que la vida de uno fuera de una forma y no de otra, sin que uno tuviera verdadero derecho a escoger». A continuación anuncia que ha decidido (esta decisión es la más generalizada en Cuba) abandonar el país. Pero entonces ocurre que «la confesión de Andrés cortó los efectos del alcohol en el cerebro del Conde. Una lucidez malsana se instaló en su mente, con una interrogación sobre su propia vida (...) Y el Conde comprendió cabalmente (...) que él también necesitaba huir, aunque fuera incapaz de moverse de lugar».

También Melchor Inchofer quiso escapar muchas veces de una orden religiosa en la que, escribió, sus miembros «no tienen relaciones constantes de compañerismo. Los mejores amigos se convierten de pronto en enemigos declarados. Los juramentos más solemnes, los lazos más estrechos, aun los de la sangre, no tienen fuerza ninguna cuando se trata de ganar el favor del soberano con adulaciones o calumniosas denuncias». Quiso escapar, pero lo cierto es que murió, ya viejo, dentro de esa orden a la que había ingresado muy joven. Y tuvo que conformarse (¿será eso conformarse, o será la mejor manera de no conformarse?) con escribir ese libro en clave, en el que San Ignacio es llamado *Brotacano*, el Papa Urbano VIII *Busnaturio*, los jesuitas son los *solipsos*, etc. Y todo esto tuvo que hacerlo porque, al igual que en la Cuba de hoy, es forzoso escribir desde el riesgo a causa de que la literatura, como declaró Leonardo Padura hace poco a la prensa española, «ha tenido que sustituir a la prensa en la indagación de los problemas de la sociedad, y eso, qué duda cabe, entraña un riesgo».

A la vista de todo esto y del hecho particular de la educación recibida por quienes en Cuba encabezan las más altas élites del gobierno, me queda la impresión de que en la Isla los mecanismos del poder y el principio de autoridad (los reales y profundos, no los esquemáticos y exteriores), están más alentados por el paternalismo confesional-salvacionista y la severidad castrense del pensamiento ignaciano que por el marxismo-leninismo-stalinismo, aunque, desde luego, el *probabilismo* practicado por la Compañía, y su casuística fullera, posibilitaron el ardid coherente de convertir las ideas de Marx y Lenin en el cabestrante oportuno que permitiría izar el enorme peso muerto de un poder ilimitado y mayestático, sobre todo si se le añade el hecho de que, como explicó

Carpentier en su desvariante novela sobre el dictador latinoamericano (*El recurso del método*): «somos harto aficionados a la elocuencia desbordada, al *pathos*, la pompa tribunicia con resonancia de fanfarria romántica...» No es fortuito, en definitiva, que San Ignacio, vasco de alma beligerante, cojo pero no hemipléjico, por lo que le funcionaba también, como a todo el mundo, además de su mano derecha, su mano izquierda, soldado perpetuo, fundador de una orden guerrera que se presentaba a sí misma como milicia, haya escrito una *Carta de la obediencia* en la que dice: «procurad de hacer entera la resignación de vuestras vountades; ofreced liberalmente la libertad», lo cual, es obvio, es como pedir que hipoteques el alma, cosa tal vez aconsejable cuando se gobierna una orden religiosa, pero no cuando se gobierna una nación.

Pero Mario Conde, Stalin Martínez, Beto Milanés, Natán, Vladimir, Luis Rentería y otros tantos (observo la ausencia de personajes femeninos), se han resistido a semejante sacrificio y han pagado su resistencia de las más diversas maneras: el exilio, el suicidio, el alcoholismo y otra serie de calamidades que los han convertido, en el mejor de los casos, en fantasmas condenados a los ejercicios vagarosos de la desilusión, el escepticismo y el fracaso, tanto profesional como personal. Porque presumo que cuando Mario Conde logró descubrir quién había sido el asesino de un antiguo alto funcionario del gobierno revolucionario, ladrón, además, de obras de arte, más que estar descubriendo realmente algo, no estaba sino incrementando el error. Cuando Stalin Martínez decidió, en Ciudad México, efectuar una escapatoria funambulesca hacia los Estados Unidos, fingiendo que era perseguido por la Seguridad del Estado, lo único que de verdad estaba haciendo era lanzarse hacia la mayor de las incertidumbres y hacia una opción que, por forzosa, más que opción era presión. En cuanto al tigre de bengala que atormentaba a todas horas del día y de la noche a Beto Milanés y que terminó obligándolo a convocar la fatalidad y el absurdo, fue adquirido en una guerra que no era suya y en la que ni él mismo supo nunca por qué participó; hubiera sido tan sencillo decir no, pero no lo dijo y se marchó a la selva angolana, a librar combates ajenos, a perder la razón y a convertirse en el factotum de alguna jerarquía macabra. Por lo que respecta a Natán, es un joven de sensibilidad exacerbada, devorador habitual de poesía clásica inglesa, que un buen día se encuentra, sin saber muy bien cómo ha sucedido, con que ya no vive en Cuba, con que sus amigos no son sus amigos de siempre, como no lo son las calles, las casas, los automóviles, los parques, las iglesias; y como único recurso para tanta desolación, lo único que se le ocurre es ponerse a perseguir por todo Miami, con tenacidad compulsiva, la sombra de un hermano espurio, recurso que, finalmente, resulta tan desolador, o más, que el mismo exilio inmerecido. «¡Qué locos! ¿Sabes lo que han hecho? Se han inyectado sangre de enfermos de SIDA». Esto es lo que ocurre con Vladimir y algunos amigos suyos, jóvenes habaneros o llegados a La Habana procedentes de otras partes del país, y lo más patético consiste en que lo han hecho como única alternativa para tener «cuarto propio y comida asegurada, televisión a colores, cine, conciertos de rock, paseos y algunas escapatorias posibles». Finalmente, el destino de Luis

Rentería es aún más desquiciado: antiguo luchador de la clandestinidad contra Batista, infantil ideólogo del proletariado, venido a menos en las jerarquías oficiales después del triunfo revolucionario a causa de su candorosa honestidad, destruye su familia y se destruye a sí mismo en nombre de una presunta fidelidad a un proyecto en el que ha dejado de creer, para terminar muriendo de un modo tan truculento que nunca queda claro si fue un suicidio o un asesinato oportuno y, por qué no, piadoso.

Todas estas novelas y estos personajes revelan el disparate de que varios millones de personas hayan sido impelidas a protagonizar una vida que pertenece a otro, en la que las únicas alternativas sean los tigres de bengala adquiridos en la guerra de Angola o la silla de ruedas a causa de un balazo recibido en la misma guerra, o inyectarse el virus del SIDA, o freirse a la plancha en una azotea de Miami para parecer un balseiro, o buscar desesperadamente a un hermano inventado, o romper con la mujer y los hijos para morir después. Y todo porque un solo individuo, llámese *Brotacano* o como se quiera, después de nacer dónde y como haya nacido, de estudiar con los herederos de San Ignacio o con quienes lo haya hecho y después de padecer los odios, resentimientos y frustraciones que sean, haya tenido la terca voluntad de librar las luchas personales más delirantes o aviesas. Son las novelas de los alcoholes suicidas, la irracionalidad y la desilusión radical, en las que los personajes, como Mario Conde, escapan sin ir a ninguna parte.

Y pienso que ésta es la única clave para entender estos libros, menos secreta que la de Inchofer para su *Monarquía jesuita*, porque Cuba, ya se sabe, es un país de secretos a voces. Después están los recursos profesionales de los autores, más felices o menos felices; los trucos del género para enganchar lectores y que las novelas resulten, además, vendibles; están las metáforas más o menos afortunadas que quizá se remitan más de la cuenta a ciclones arrasadores y justicieros. A mí, personalmente, no me parece demasiado atinado aludir a los ciclones para referirse a una revolución que por envejecida y caduca ha dejado de serlo hace mucho tiempo (no me imagino un ciclón que dure cuarenta años) para no ser más que otra variante de un conservadurismo tan agresivo, dislocado y despótico como otro cualquiera, sin que importe demasiado si es feudal o burgués, católico o luterano o mahometano o ateo, de derecha o de izquierda, porque el mundo, ya se sabe, tiende a ser cada vez más mestizo, mestizaje que terminará por ser total, incluso en los países que más se resisten, y que no puede reducirse a su aspecto racial, sino que tendrá que abarcar también, y de hecho abarca, el ideológico, y cualquier ilusión de pureza o cualquier proyecto de gobierno o de estado fundado en esa ilusión conduce a todos sabemos dónde. Tal vez sería oportuno recordar ahora, cuando se ha estado hablando de novelas, que uno de los lemas proclamados por Benito Mussolini en aquellos años sombríos en que se proclamó *Duce* y jefe absoluto de una nación, decía textualmente: «Con el Estado todo, contra el Estado nada».





*Guadaña.* (1993)

# Lo dulce y lo amargo del habla cubana actual

Carlos Paz

POR ALLÁ POR LOS AÑOS 80, CUANDO DON MANUEL Alvar, quien era entonces Presidente de la Real Academia Española, dijo en Cuba: «el habla cubana es dulce como el guarapo y picante como el ají guaguao», probablemente no lo habían tratado de *asere* por las calles de La Habana, ni lo habían saludado con un *¿qué bolá?*, o sea, con palabras y giros que no, para todos, son «dulces». No obstante, estoy seguro de que, a pesar de estar don Manuel al frente de la docta Institución, que «limpia, fija y da esplendor», su magnífico sentido del humor y su gran dominio de las variantes del español americano hicieron que creciera su interés por el español de Cuba.

No nos cabe duda de que si un visitante, sea turista o no, llegara a tierras cubanas con su bagaje de español peninsular, oficial y académico, estaría expuesto a constantes sorpresas. Por supuesto, sería siempre bien recibido, pues la hospitalidad es algo que nos caracteriza como cubanos, y lo más probable sería que a cada paso, con caras de buenos amigos, lo saludaran con un *¿qué bolá, asere?* (¿Cómo estás, amigo?) Y no faltaría quien lo exhortara a *darse unos palos* (tomarse unos tragos) o a *echarse unos lagartos* (tomarse unas cervezas) en la *shopping* (tienda en dólares), o en la *paladar* (pequeño restaurante privado) más cercana.

Hasta pudieran invitarlo a *coger un camello* para trasladarse de un lugar a otro de La Habana, y conocer en carne propia al que también han llamado *La película del sábado* porque contiene «lenguaje de adultos, violencia y sexo», como suelen decir los cintillos de las películas que se exhiben por televisión en la medianoche del sábado.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> El *camello* es un invento cubano, tan grande como un camión de carga, con igual motor, la carrocería fabricada con placas de metal y la supuesta joroba que le ha valido el sobrenombre está dada por la altura desigual del vagón y la cuña que arrastra. Dispone de 33 asientos, tiene capacidad para transportar a más de 200 pasajeros de pie y es actualmente el centro

Por supuesto, que si se trata de un visitante argentino, mexicano, uruguayo o chileno, la invitación a *coger un camello* puede ser malinterpretada, por la connotación sexual que en esos países posee el verbo *coger*. Los cubanos solemos *coger* todo, sin embargo, en Chile, Argentina, Bolivia, Ecuador y Perú al que *coja una guagua* podría acusársele de abuso infantil, puesto que *guagua* se llama a los niños de teta.

En similar aprieto nos vemos cuando delante de los puertorriqueños decimos que se nos ha metido un *bicho* en el oído, o en cualquier otra parte, pues tenemos la costumbre de llamar *bicho* a todo tipo de animalito cuyo nombre no conocemos, no recordamos, o sencillamente porque lo despreciamos, ya sea por miedo, asco, u otra razón. En Puerto Rico ésta es la palabra más informal para denominar al pene.

Aun con los brasileños, a pesar de no hablar español como primera lengua, corremos el riesgo de pasar por situaciones embarazosas. Tengo la experiencia personal de haber invitado a mi casa a un colega brasileño, y luego de prepararle un delicioso daiquirí le pregunté —evitando la palabra *pajita*, que en Cuba es sinónimo de masturbación, o *pitillo*, que para los habaneros es el cigarro de marihuana— si quería un absorbente. Mi amigo brasileño, con los colores muy subidos de tono, y con una maliciosa sonrisa me respondió: «Es que no he traído a mi mujer». *Absorbente* es para los brasileños la almohadilla sanitaria que en Cuba conocemos por *Íntima* (nombre comercial).

Interminable sería el relato sobre los aprietos por los que pasamos con el léxico cuando viajamos a otros países, aunque hablemos el mismo idioma. En la propia España me han ocurrido infinidad de anécdotas. Mi primer día de clases como profesor invitado en una universidad española resultó inolvidable. En una de esas aulas-auditorio, concebidas para más de cien estudiantes, a pesar de que el grupo no sobrepase los cuarenta alumnos, casi siempre algunos varones tienden a sentarse al final, y el infortunado profesor tiene que gritar para que lo escuchen los de atrás. Les pedí entonces que tuvieran la bondad de *correrse* (sin percatarme de que, en este país, *correrse* es sinónimo de eyacular). Todos se rieron maliciosamente y se miraron con sorpresa. Uno de ellos hasta preguntó en todo de broma: «Pero, ¿aquí?»

Todo esto no es más que una demostración de la unidad y diversidad que caracteriza al español que hablamos, lo cual, a mi juicio, lo hace más rico, dinámico, hermoso e interesante. Me imagino la monotonía de hablar todos igual.

Nuestros visitantes extranjeros deben estar preparados para que les vendan una pizza a cambio de una *monja* (cinco pesos), si la pizza es con jamón probablemente cueste un *pescado* (diez pesos), o les propongan un *rifle* (botella de ron) en cuatro *fulas* o *faos* (dólares), y no faltará quien les quiera presentar a una *jinetera* o *jinetero*, expertos en el arte de hacer el amor, eso sí, sólo con extranjeros. Nada de cubanos porque éstos no tienen *fulas*, y por lo tanto, tampoco acceso a ciertos sitios.

---

del esquema de tráfico en la capital cubana, en el que fue introducido en los últimos años como una alternativa para paliar los graves problemas del transporte colectivo.

La arbitrariedad en la selección de uno u otro estilo de nuestra variante de lengua es precisamente lo que más preocupa a muchas personas, puesto que consideran que se tiende a deteriorar el idioma, y por tanto, el hablante resquebraja su imagen ante la sociedad.

El español de Cuba tiene el sabor americano, y puede uno transitar plácidamente por él sin tropezar. El que estudió el español sólo por los diccionarios y las gramáticas puede llevarse un susto, pero el que conozca el habla familiar y popular de otras partes de América, o el español hablado en Andalucía o Canarias, no se sentirá tan ajeno, puesto que resulta innegable que en los niveles superficiales, como la fonética y el léxico, la lengua española en América se nos muestra rica en variedades regionales y locales. No sucede igual con los niveles profundos como la fonología y la gramática.

Las tendencias actuales que se manifiestan entre una buena parte de la población cubana a la hora de emprender el acto lingüístico-comunicativo, recurriendo indiscriminadamente a los códigos menos prestigiosos, atropellando la articulación y utilizando tonalidades y gesticulaciones vulgarizantes, es cosa aparte.<sup>2</sup>

Las variantes territoriales en Cuba suelen ser poco sensibles, como es el caso del español hablado en la antigua provincia de Oriente con respecto al del centro y occidente.

Los matices o rasgos que permiten considerar como variantes territoriales las diferencias entre oriente, centro y occidente en los diversos niveles de la lengua no afectan la comunicación entre los hablantes de una y otra zona.

Por otra parte, vale señalar que, debido al incesante movimiento migratorio entre las provincias, la influencia ejercida por los medios masivos de comunicación, así como al prestigio de que casi siempre gozan las capitales, las diferencias lingüísticas regionales tienden a menguar día a día, puesto que casi siempre son las capitales las que establecen los estándares apoyándose en el lenguaje utilizado en la creación literaria, en asuntos oficiales, en los tribunales, y por supuesto, en los medios de comunicación.<sup>3</sup>

Hace algunos años era mucho mayor el número de personas que, en algunas provincias orientales, recurrían al uso de palabras como *cutara* para referirse a la chancleta, o utilizaban *balde* por cubo, *balance* por mecedora, *macho* por puerco, o *guineo* por plátano fruta.

Las variaciones léxicas suelen ser más abundantes en algunas esferas, como la de la alimentación. Por ejemplo, las encuestas realizadas para el proyecto ALCU (Atlas Lingüístico de Cuba)<sup>4</sup> arrojan la alternancia de los términos

---

<sup>2</sup> El concepto de *prestigio* se asocia con el acercamiento a la lengua estándar. Los estándares suelen coincidir con los estilos más formales del sociolecto (variante social de lengua) alto de cada zona.

<sup>3</sup> A su vez resulta paradójico que sea en la capital donde más se advierta la ruptura con el estándar, si del lenguaje coloquial se trata.

<sup>4</sup> El proyecto de investigación Atlas Lingüístico de Cuba (ALCU), concebido por Raquel García Riverón, luego de varios años de intenso trabajo se canceló por falta de recursos financieros, y por la salida del país de sus sucesivos directores: Raquel García (becada en España), Max Figueroa (México), L. R. Choy (Estados Unidos).

*chatino*, *tachino*, *tostón* y *ambuila*, para denominar al plátano verde que se aplasta y se fríe. A cierto tipo de dulce cubano hecho con harina, levadura, azúcar, polvo de hornear y sal, los informantes de la región occidental han denominado *tortica de Morón*, mientras que en la zona central y oriental se conoce como *polvorón* y *mantecadito*, respectivamente. Asimismo, al refresco de sirope con hielo «frappé» se le conoce como *granizado* en La Habana, *rasco-rasco* en Matanzas y *rallado* en la región oriental (Bayamo y Santiago de Cuba).

Las diferencias se tornan aún más interesantes cuando una misma palabra adquiere una connotación popular en una región y vulgar en otra.<sup>5</sup> Tal es el caso de *papaya*, que en la zona occidental de Cuba se utiliza como vulgarismo para nombrar el órgano sexual femenino, y en Oriente alude al fruto del papayo, conocido en el resto del país como *fruta bomba*.<sup>6</sup>

En el lenguaje o jerga de los estudiantes, también se advierten las variaciones: *echarse las clases* (no asistir injustificadamente a clases) es para el alumno capitalino lo que *comerse la sogá*, *comerse la guayaba* o *comerse la guásima* es para los escolares avileños, bayameses o santiagueros, respectivamente.

También en el lenguaje utilizado por médicos y personal paramédico, así como en todas las profesiones y oficios encontraremos un lenguaje que los identifica y distingue de los demás gremios o agrupaciones, que los aparta en la sociedad, que vincula y ata camaraderilmente a sus miembros.

Es habitual escuchar, entre médicos y enfermeros, frases como *hacer fiebre* por tener fiebre: «El paciente no *hizo fiebre* anoche». Y el que visita a los pacientes en sus propios domicilios, está *haciendo terreno*. En los hospitales usted encontrará que existen *Comités de Fallecidos*. Sin embargo, los integrantes están bien vivos, puesto que este *Comité* está integrado por especialistas que cada día se reúnen para analizar las causas de los fallecimientos.

En el aspecto fonético resulta la /-s/ en posición distensiva, como el fonema más importante para la variabilidad. Estos procesos de cambio que tienen lugar en el fonema /-s/ son característicos del español de Cuba con mayor

<sup>5</sup> Aunque algunos especialistas no admiten la contraposición popular / vulgar y sientan que se trata de una misma cosa —atendiendo al concepto académico de *vulgar*, perteneciente al vulgo, y *vulgo*, a su vez, como el común de la gente popular— he recurrido al uso de la voz *vulgar* centrándome, sobre todo, en la connotación social del término como sinónimo de malsonante, obsceno, prosaico (Cf. Paz Pérez: *Diccionario cubano de términos populares y vulgares*, La Habana, 1994, 1996; p. 2).

<sup>6</sup> Para establecer las gradaciones entre lo *popular*, lo *vulgar* y lo *marginal*, nos hemos basado en el grado de generalización establecido, no sólo por lo que arrojan las encuestas, sino también por pura experiencia callejera, ya que éste puede fijarse mediante dichas vías. Considero lo *estándar* como lo más generalizado (en Cuba); le sigue, muy generalizado, donde se agrupan los términos y frases con ese «sabor» estilístico peculiar de lo *popular*. También generalizado, aunque no tanto, sigue lo *vulgar*, que, aunque muchos pueden usar en determinadas circunstancias, es consustancial a las personas y ambientes sistemáticamente vulgares, con ciertos tintes marginales en esa vulgaridad misma, sin que esto tenga que llegar al delito, pues aunque virtualmente todas las maneras de delinquir llevan aparejadas actitudes marginales, no todos los marginales delinquen, a pesar de que su modo de vida se aparta totalmente de las más elementales normas de convivencia social.

Finalmente, está lo más críptico, lo menos generalizado o difundido, es decir, lo *marginal*, propio de este ambiente, que incluye el delito y el trato o roce sistemático con delincuentes (Cf. *op. cit.*).

fuerza en el habla popular, y se hacen sentir más en las ciudades de Santiago de Cuba, Guantánamo y Baracoa: *pajta* (pasta), *ecuela* (escuela), *tre* (tres), *caco* (casco), *lune* (lunes).

En la región occidental, con determinada frecuencia encontramos ciertos rasgos típicos en la pronunciación, como la sustitución de /-r/ por /-l/: *buscal* en lugar de buscar, o *llamal* por llamar, la omisión de la /-d/ intervocálica (bastante generalizada en el español), la geminación: *bakko* en lugar de barco, o *puekko*, por puerco.

A partir de las encuestas realizadas para el ya mencionado e inacabado proyecto del ALCU se aceptó la división territorial que secciona la Isla según los rasgos distintivos de la pronunciación. Así, se consideraron cinco zonas: *Occidental* que incluye: Pinar del Río, La Habana, Matanzas, Cienfuegos y Trinidad; *Central*: Santa Clara, Sancti Spiritus y Ciego de Ávila; *Centroriental*: Camagüey, Las Tunas, Holguín, Manzanillo y Bayamo; *Suroriental*: Santiago de Cuba y Guantánamo; y *Extremoriental*: Baracoa.<sup>7</sup>

Todo esto nos revela que en Cuba, al igual que en el resto de los países de América se produce una variedad de lengua que se aparta totalmente de la norma académica, la cual coincide por razones históricas con la norma madrileña. Razón por la cual muchos puristas subvaloran nuestras variantes americanas, y aducen que tales y más cuales palabras «no existen», como suele suceder con la palabra *policlínico* en Cuba. Me atrevo a afirmar que el ciento por ciento de la comunidad cubana parlante utiliza la voz *policlínico* para referirse a las clínicas de primeros auxilios y consultas médicas ¿Es prudente entonces afirmar que «no existe» por el solo hecho de que el diccionario académico recoge *policlínica*?<sup>8</sup> Lo mismo sucede con muchas voces más, así como con rasgos fonéticos típicos y diferenciadores de las distintas regiones hispanohablantes. Es totalmente inadmisibles pretender imponer el uso de una palabra porque la misma esté incluida en el diccionario, si bien es la existencia de la palabra la que le gana un lugar en el diccionario.

Por otra parte, el sistema socioeconómico imperante siempre genera un vocabulario que se ajusta a sus realidades e ideología, y que pudiera entorpecer la comprensión de cualquier hispanohablante ajeno al mismo. ¿Acaso recoge el *Diccionario de la Real Academia Española (DRAE)* palabras o frases como *área dólar*, *jaba de estímulo*, *microbrigada*, *microbrigadista*, *comecandela*, *cuentapropista*, *pollo de dieta*, *pollo piloto*, *carne de población*, *carne de niño*, *punto de leche*, *día corto*, *día largo*, *sábado corto*, *sábado largo*, toda la interminable serie de *diplos* (*diplo tienda*, *diplogarage*, *diploferreteria*, *diplopanadería*, etc.), *interrupcto*, *integrado*, *debilidad ideológica*, *mercado de frontera*, *acto de repudio*, *período especial*, *plan jaba*, etc.?

<sup>7</sup> Cf. Luis Roberto Choy: «Algunas consideraciones sobre la historia de la geolingüística cubana». En: *Actas del Primer Congreso de la Lengua Española en América y España*. Universitat de Valencia, 1995; pp. 40-44.

<sup>8</sup> Cf. Real Academia Española: *Diccionario de la Lengua Española*, Tomo II, Madrid, 1984; p. 1081.

Mención aparte merece el lenguaje de la oficialidad, por un lado discursivo, plagado de frases estereotipadas y de clichés. Todos los discursos comienzan por: *Bien compañeros*; o *En el marco de las actividades del X Aniversario...*; *Tenemos que crecernos ante las dificultades*; *Hay que superar los errores*; etc.

El lenguaje un tanto belicoso está casi siempre presente en el lenguaje utilizado por la oficialidad. Matizado con palabras como *defensa*, *batalla* y *conflicto*, el lenguaje de los funcionarios cubanos es algunas veces tan belicoso que cualquier extranjero que lo escuche podría pensar que la isla está en guerra.<sup>9</sup>

Estados Unidos es *el enemigo* (*El enemigo* está a 90 millas). Otras palabras con igual matiz son: *contienda* (Ganaremos la *contienda* azucarera); *batalla* (Estamos librando la *batalla* por una mejor atención al paciente); *pelea* (Nuestros ingenios están enfrascados en la *pelea* final por el cumplimiento del plan de azúcar); *conquista* (No renunciaremos a nuestras *conquistas*); y la más austera de todas las consignas no deja de ser la de *Socialismo o Muerte*.

Ciertos verbos adquieren en Cuba significados en consonancia con la realidad por la que atraviesa el país. Me refiero a la utilización de *dar* como sinónimo de vender (Están *dando* el picadillo de soya). Se asocia probablemente este verbo con la acepción del DRAE de donar, desprenderse de algo. Talmente parece que el Estado dona o se desprende de algo caritativamente para beneficiar a la población. El sentimiento de no concebir como un derecho lo que se recibe por pagar, gracias al esfuerzo del trabajo, impone —inconscientemente— en el hablante la utilización del verbo *dar*. Similar situación encontramos en la construcción: «Le *dieron* un viaje a España». Tal estructura puede resultar confusa para un extranjero quien, para viajar, sólo necesita contar con los recursos económicos, y si acaso, con una visa.<sup>10</sup>

El verbo *resolver* posee también una alta frecuencia de uso: «*Resolví* un poco de harina»; «*Resuélvame* un poco de leche en polvo»; «Esto lo *resolví* en mi trabajo». En casi todas las ocasiones en que se usa este verbo, alude a la acción de robar, obtener de forma ilícita, aunque se utiliza, además, como pedir (prestado o regalado): «Voy a ver si la vecina me *resuelve* un limón».

El hecho de que los productos no se mantengan de forma estable en el mercado, ha dado al verbo *llegar* un uso poco común en otros países hispanohablantes. Los cubanos en el vecindario se preguntan o se avisan de los productos que *llegan* al supermercado o al agromercado: «*Llegó* el perro sin tripas»; «¿*Llegaron* las cebollas?»; «¿Ya *llegó* el pan?»; «¿*Llegó* la carne de niño?»

El contenido semántico de los verbos *luchar* y *escapar* se desplaza de uno a otro. *Estoy luchando* es expresión elíptica por *estoy luchando por o para sobrevivir*. Una de las denominaciones dadas a la *jinetera* (a quien me referí anteriormente) es la voz *luchadora*. En cuanto a *escapar*, alguien dijo un día en la Unión de

<sup>9</sup> Cf. Frances Kerry: «El lenguaje belicoso salpica el argot oficial cubano». Cable de la agencia Reuter. La Habana, mayo 21, 1996.

<sup>10</sup> En este caso la utilización del verbo *dar* puede estar relacionada con la dependencia que tiene el cubano de las autoridades para que le sea concedido el permiso para viajar al extranjero.

Escritores y Artistas de Cuba que la mayoría de nuestros artistas plásticos no se habían marchado del país, sino que *estaban escapando* en el extranjero.

El verbo *tocar* tampoco escapa de esta lista. Se utiliza muy frecuentemente con la significación de corresponder: «Hay café en la bodega, pero no me *toca*»; «Le *toca* el pescado al primer grupo, pero no hay»; «A mí me *tocó* pasta de oca porque no tengo plan jaba».

Pero no es ni la variante de español americano, matizada por el gracejo criollo que nos caracteriza a los cubanos, ni las jergas de profesiones y oficios, así como tampoco el argot oficialista lo que despierta el interés de muchos preocupados por el buen hablar. Lo dulce, para ellos, es lo genuinamente popular, pero lo que está produciéndose carece de dulzor, es un lenguaje con sabor amargo.

Las jergas de la marginalidad y el presidio se han generalizado entre muchos ciudadanos. La receptividad de la población no marginal hacia estos códigos ha aumentado con el decursar de los años. Se trata de una proliferación de vocabulario, pronunciación y matices entonativos, acompañados de factores extralingüísticos como la gesticulación, extrapolados de sectores marginales y delincuenciales.

La contaminación lingüística se ha acentuado en las últimas décadas porque existen factores sociales que la han favorecido. De este modo ha crecido el número de sinónimos dentro de la jerga del delito, puesto que una vez extrapolado el término, éste pierde su carácter esotérico, y deja de tener interés para estos grupos. Un ejemplo a destacar serían las voces que aluden a la mariguana. El que la fuma o la trafica busca un nuevo término para sustituir al que se ha *quemado* porque se ha extrapolado, ha perdido su carácter críptico. Entre sus denominaciones están: *grasa, manteca, yerba, aldaba, pito, bombita, enfori, chivirico, mani, marilú, taco, taladro, tisa*, etc.

El habla cubana actual atraviesa por dos procesos que parecen ser el motivo de preocupación de muchas personas que atacan fuertemente las manifestaciones lingüísticas extrapoladas de grupos marginales. Por un lado, en contraposición a la tendencia que normalmente existe en todas las sociedades a imitar los patrones de conducta lingüística más elevados, existe en Cuba una premeditada intención de imitar los códigos menos prestigiosos, provenientes de los sectores sociales más bajos. Por otro lado, se observa una marcada torpeza para establecer el deslinde entre popular y vulgar o marginal, o entre registros formales e informales, lo cual hace que se utilicen de forma indiscriminada y arbitraria códigos pertenecientes a los estilos de menor prestigio, sin tomar en consideración «cuándo, dónde, y con quién».

La situación de empobrecimiento lingüístico en Cuba (me refiero al empobrecimiento de los hablantes, ya que el idioma se nutre con lo que la sociedad le aporta) se aprecia —como ya antes dije— en la desmesurada y arbitraria utilización de palabras y frases de bajo prestigio social.<sup>11</sup> No se trata

---

<sup>11</sup> Llamo empobrecimiento a la limitación de opciones que tiene el hablante para desplazarse de un estilo a otro, de unos códigos a otros.



de un lenguaje popular propiamente dicho. Lo popular también está presente en el habla de las personas más letradas, porque surge espontáneamente del pueblo, ya que responde a una intención o una emoción, matizado por un deslumbrante color local que marcha a la par con nuestra idiosincracia. El hablante no se cohibe de pronunciar frases o términos populares en ningún círculo donde se encuentre: *Me has puesto en tres y dos; Fulano es un ratón; Cogiste cajita; Le salió el tiro por la culata; A correr liberales del Perico; Se mató como Chacumbele; Vine en botella; Me quedé embarcado; etc.*

Tan nocivo resulta dominar solamente los códigos procedentes de los estratos sociales más bajos, como ceñirse solamente al lenguaje culto y literario. Lo ideal resulta escalar todos los peldaños, poderse desplazar desde los pisos más bajos hasta los más altos. Eso es el idioma: un edificio con varios pisos. La educación nos enseña a llegar a los pisos más altos. Si ésta falla, nos quedaremos en la planta baja. Un hablante culto es aquél que no sólo es capaz de entender el léxico utilizado por escritores de la talla de Lezama Lima, Alejo Carpentier y Severo Sarduy, sino el que domina el vocabulario utilizado por Carlos Montenegro, Reinaldo Arenas o Zoe Valdés para caracterizar personajes de las clases más bajas de la sociedad, lo que en Cuba llamamos el idioma de los *asere*s.<sup>12</sup>

La alusión a palabras y frases socialmente menos prestigiosas se dirige directamente a las voces y locuciones provenientes de la jerga marginal y delincuencial (códigos restringidos) que el cubano ha socializado, por lo que han llegado a constituir una modalidad de habla conocida por la mayoría, con independencia del nivel sociocultural del hablante. Es frecuente escuchar: «*Puro*, ¿qué hora tiene ahí?» (Señor, ¿me podría decir la hora?); «*Mi tía*, compro *fulas*» (Señora, compro dólares); «Me dijeron que te van a dar un *faster* a España» (Me dijeron que te van a dar un viaje a España); «La *pura* está pa' la *yuma*» (Mi madre está en Estados Unidos); «Si quieres pasa por el *gao*» (Si quieres pasa por mi casa).

No es un fenómeno privativo de Cuba el hecho de que los jóvenes utilicen un lenguaje que los distingue y afianza como grupo frente al de los adultos. Eso sucede actualmente y ha sucedido siempre en todas las sociedades, cuando los jóvenes están entre sus iguales. Lo preocupante de Cuba es *el no cambio de código* en concordancia con la situación comunicativa, lo cual demuestra una evidente pobreza lingüística. «El hablante del código restringido está severamente limitado en todos estos sentidos: cognición precaria, visión estrecha y limitada del mundo, desarrollo de patrones de obediencia, etc.»<sup>13</sup>

En el caso de la sociedad cubana actual, un buen número de hablantes instruidos parece no interesarse por adoptar los registros pertenecientes a estilos

<sup>12</sup> Aunque su origen es algo incierto, la palabra *asere* ha sido utilizada por la Secta Secreta Abakuá, introducida en Cuba por los esclavos africanos. Actualmente *asere* es la forma de tratamiento más comúnmente utilizada por la población masculina cubana como sinónimo de compañero, amigo.

<sup>13</sup> Cf. Humberto López Morales: *Sociolingüística*. Editorial Gredos, Madrid, 1989; p. 58.

elevados, sino que premeditadamente recurren a las frases y términos considerados más vulgares como manifestación de rebeldía contra una sociedad frustrante. Es significativo el número de encuestados que coinciden al afirmar su desinterés por expresarse de otra forma, y alegan que «no vale la pena hablar fino, cuando se han perdido valores tan esenciales como son el respeto al prójimo, la unidad familiar y el amor al trabajo». Las frases de mayor frecuencia de uso entre la población cubana son: *no es fácil* (nada resulta fácil en Cuba), y *estar ostinao* (por un proceso de semantización el verbo obstinar ha adquirido la significación de asfixiar). «Si estoy *ostinao*, ¿qué sentido tiene que esté cuidando mi forma de hablar?», me decía un entrevistado.

Tengamos presente que «el que se elija una determinada lengua como fuente de préstamos léxicos no es un hecho casual, sino la expresión simbólica de cómo los hablantes se ven a sí mismos, a los grupos sociales con los que establecen vínculos elementales y al resto de la sociedad».<sup>14</sup>

Y es que la importancia que los grupos sociales tienen para la lingüística está en la naturaleza esencialmente social del lenguaje: el lenguaje es el medio de comunicación por excelencia, para eso existe, no para responder a fines privados e individuales. Cada situación comunicativa requiere de códigos lingüísticos diferentes: no nos expresamos igual en nuestro grupo de amigos, en el hogar, en el centro de trabajo, en la iglesia, o en una reunión social.

Sin lugar a dudas, la crisis económica que ha caracterizado al llamado «período especial» ha tenido una fuerte incidencia en el español que actualmente se habla en Cuba, sin que pretendamos achacar a menos de diez años, un fenómeno que se viene produciendo desde principios del triunfo revolucionario.

La limitación de opciones que afrontan muchos hablantes para seleccionar los códigos más convenientes en el acto lingüístico-comunicativo, sin siquiera estar conscientes de ello, es algo alarmante, puesto que se simplifican los conceptos. Pero —como he expresado— no es un fenómeno actual, sino que se ha producido paulatinamente, aunque en los últimos años se ha agudizado notablemente.

La revolución cubana desde su mismo comienzo orientó una campaña de «nivelación» en todos los órdenes. Se trataba de acabar con la división clasista y pregonar la «igualdad» de todo el pueblo en una sociedad proletaria, donde la burguesía derrotada no tenía cabida. Se «orientó» romper con todos los patrones de conducta pequeño-burguesa, y proletarizarlo todo. Los gestos, la vestimenta, el lenguaje, todo tendría que ser proletarizado. Imitar cualquier patrón de conducta de las clases derrotadas era identificarse con ellos y exponerse al estigma.

Pero el cubano, que casi siempre se caracteriza por no llegar, o traspasar los límites, interiorizó —y nadie lo rectificó— «proletarización» como sinónimo de «vulgarización». El lenguaje, por supuesto, no escapó de esta vulgarización

---

<sup>14</sup> Cf. Luisa Martín Rojo: «De la excepción al paradigma. Análisis de los fenómenos lingüísticos presentes en la jerga de los delincuentes españoles». En: *Ibéricas*. N° 1; Université de Toulouse-Le Mirail, 1993; pp. 155-195.

que consistía en asistir con ropa de trabajo agrícola a las oficinas, sin usar prendas y maquillajes, y omitiendo los «buenos días», «muchas gracias», «disculpe»; así como utilizando como complemento extralingüístico una gesticulación también vulgar. Las formas de tratamiento *señor* y *señora* se tornaron tabú y fueron sustituidas por *compañero* y *compañera*. Las «malas maneras», y una sobredosis de palabras y frases soeces fueron incluidas en el mismo cajón donde ostentosamente se leía: *Proletarización*.

La masividad en la instrucción también ha sido responsable, puesto que, para llevar adelante la instrucción masiva (obsérvese que digo instrucción y no educación) se requirió de la improvisación de maestros que, en su mayoría, distaban mucho de ser patrones de conducta lingüística, y, a veces, ni siquiera de conducta social.<sup>15</sup>

Otros factores, no por últimos menos importantes, también contribuyeron en alguna medida a esta crisis de paradigmas lingüísticos, como fue la pérdida de la selectividad de personas que ocuparían puestos de trabajo en los cuales tenían que tratar con público, tales como recepcionistas, empleadas de terminales de ómnibus y trenes, o centros donde se informaba al público a través de altavoces. A su vez, recordemos las campañas orientadas por la Unión de Jóvenes Comunistas con consignas y frases donde abundaban palabras obscenas y chabacanas: «Tenemos un Comandante que le ronca los *cojones*»; «Yankis, *desmayen* eso»; «No *coño*, no»; etc.

A pesar de todo, no hay que ser pesimista, pues el cubano es de los que cuando quiere, puede. Si en algún momento llegamos a pensar que las manifestaciones de deficientes modales eran irreversibles, la realidad de estos últimos años nos indica que no todo está perdido. La observancia de la empleomanía juvenil que labora en las empresas de inversionistas extranjeros en la Isla nos demuestra que las circunstancias los ha obligado al aprendizaje y puesta en práctica de elementales reglas de educación y cortesía, por lo que puede escuchársele el *buenas tardes*; *¿en qué puedo servirle?*; *que tenga un buen día, señor*.

No hay dudas, el medio hace al hombre. En estas empresas, el trabajador se siente motivado, puesto que recibe mensualmente ciertos estímulos materiales, como pueden ser una bolsa con artículos de primera necesidad, quizás algunos dólares, tal vez propinas, si se trata de los que están vinculados al turismo, etc. En fin, éstos no suelen estar tan *ostinaos*, como otros que no gozan de estas ventajas, y que por lo tanto, no les importa tampoco cuidar su forma de hablar.

Basta observar el cambio cualitativo experimentado en el lenguaje empleado por muchos de los *balseiros* llegados a Miami, procedentes de la base naval de Guantánamo, quienes fueron alguna vez legítimos representantes de los *aseros* cubanos más recalcitrantes.

No me caben dudas de que, en Cuba, desde un punto de vista sociolingüístico, se ha caído en un círculo vicioso en el que ciertos y determinados patrones

<sup>15</sup> Los maestros y profesores calificados que no se incorporaron a las «milicias» fueron depurados de las escuelas y sustituidos por otros improvisados.

sociales producen ciertos y determinados patrones lingüísticos, los que a su vez reproducen los patrones sociales.

Lope Blanch al referirse a la «estigmatización» que pueden sufrir los seres humanos a causa de las deficiencias de su habla individual, recuerda la cruel sentencia con que, en el mundo hispánico se condena la suma ignorancia, con que se hace referencia a la máxima torpeza, con que se simboliza la estupidez total, con que se declara la absoluta bestialidad de alguien: *Ése no sabe ni hablar*. Y señala el lingüista mexicano que «hay que reconocer que, dentro de su ofensiva crueldad, tal sentencia tiene un indiscutible fondo de verdad, ya que es precisamente el lenguaje lo que distingue al hombre de las demás bestias».<sup>16</sup>

Controversial también es lo relativo a la letra de las composiciones de algunas agrupaciones salseras que difunden lo marginal acuñándolo como popular. Digo controversial porque mientras unos las defienden, otros las atacan. Los detractores exponen que no contribuyen a la educación de los jóvenes quienes constituyen la mayoría de los receptores, repiten mecánicamente los estribillos, y poco a poco interiorizan la información que se desprende de ellos («Búscate un *temba* que te mantenga pa' que tú goces, pa' que tú tengas, que pase de los 30 y no llegue a los 50; un *papirriqui* con *guaniquiqui*»).<sup>17</sup>

Los defensores aducen que la salsa cubana es perfecta para bailar, y cuando se baila la letra no importa. «Lo que vale es el sabor de la música y un estribillo que pegue», así dijo una joven entrevistada. Otros han afirmado que «la música popular bailable, como su nombre lo indica, es para bailar. La gente no va a pensar a un baile».

La polémica entonces gira en torno a si la divulgación de estas letras contribuye a vulgarizar los valores y el habla del pueblo, o si el compositor se inspira en su experiencia como ser social para escribir sus canciones. El cuento del huevo y la gallina. Hay mucha tela por donde cortar, y esto sería tema para otro trabajo. Lo cierto es que los salseros cubanos más atacados se han puesto a la defensiva y han lanzado números como ése que dice: «*Hay que desmayar al que se pase de rosca*<sup>18</sup> / *Hacer una letra para un número no es fácil / sobre todo si se quiere cronocar o criticar / aunque en mi país de todo se puede hablar / hay algunos que se pasan, que se dicen culteranos / y niegan sin respetar la cultura popular / que se aserebó del cubano / nos quieren hacer creer / que nuestra forma de hablar / nuestra manera de bailar / la expresión de lo popular / no corresponde a nuestra sociedad...*»<sup>19</sup>

Algunas letras de la música popular bailable han sufrido una involución, de la misma manera que muchas personas instruidas descuidan de forma premeditada su competencia lingüística.

<sup>16</sup> Cf. Juan M. Lope Blanch: «Habla culta y habla popular en la ciudad de México». En: *Problemas Sociolingüísticos de Iberoamérica* (coloquio). México, 1984; pp. 17-24.

<sup>17</sup> *El Temba*. Intérprete: La Charanga Habanera.

<sup>18</sup> La frase significa: hay que eliminar al que se extralimite.

<sup>19</sup> *Son para un chabacano*. Intérprete: Banda Meteoro.

Independientemente de que dicha música se dirija al trabajador que labora en los muelles y en las fábricas, como ha expresado un defensor de estos textos, estos obreros hace tiempo que dejaron de ser analfabetos y —se supone— que aspiren a imitar patrones de conducta lingüística correctos y no a degenerar e involucionar. Si esta suposición se da a la inversa, la sociedad estará «patas arriba».

## Anexo

### Diálogo entre dos jóvenes cubanos<sup>20</sup>

(Captado con grabadora oculta en un barrio de La Habana)

- ¿Qué bolá, asere? To' el día buscándote compadre.
- No me digas, si yo me he pasado el día en el gao hoy.
- Sí, asere, a ver si me haces la pala a la chopi, pa' comprarme unas percha ahí..., que ya to'as las perchas que me trajo la pura se me gastaron y to' eso. A ver si me echo unas perchas ahí.
- ¿Qué te vas a echar?
- Na', vo' a meterme una lima, unos fardos, unos toscos... bobería de ésa, tú me entiende, pero bueno, quiero que tú me haga la pala, asere...
- No, te hago la media... no hay lío, no hay cráneo.
- Ah, bueno, elegante, ¿cuándo voy pa' allá?
- Na', mira, mañana sábado.
- No, mañana sábado no, asere, mañana sábado estoy complicaao, tengo tremenda moña con la jeva, la jeva me botó, y esto es del carajo...
- No, vamos el lunes entonces.
- Ah, bueno, está bien, asere.
- El lunes a primera hora, pa' allá pa' las siete, siete y media partimos pa' allá.
- Claro, pa' virar temprano, asere.
- Cogemos el camellón, y hasta el parque.
- Hasta el parque completo, hasta allá.
- Ven acá, y todavía quedan... todavía quedan faos?
- Sí, cómo no van a quedar, asere. Tú sabes que yo siempre voy a portar una guan-za elegante y conmigo no hay na' d'eso.
- Tú lo que eres tremendo trapichador, yo creo.
- Ah, bueno, hay que estar en la moña, hay que estar en la vuelta, asere, oye esto está malo.
- No, eso no te lo critico, si puedes luchar la vida a tu manera, y si tienes la posibilidad, lucha.
- Claro, hay que buscársela como sea.
- Sí, sí, vamos pa' allá.
- Ah, está bien, sin lío.

<sup>20</sup> Para la mejor comprensión de este diálogo recomiendo consultar mi *Diccionario cubano de términos populares y vulgares*. Editorial Ciencias Sociales. La Habana, 1994 y 1996.

- A lo mejor se me pega algo.  
—No, aparte d'eso, voy a ir con mi loca. Otra loca más, aparte de la que me botó, otra loca más que tengo ahí.  
—No me digas, aquella la chiquitica...  
—¡No te digo que está jineteando!, pero bueno, que voy a hacer...  
—Vamos después de llegar a la shopping y comprar lo que tú vayas a comprar, vamos a salir por ahí.  
—Sí, sí, sí, no, pero primero...  
—Nos tomamos unos láguer.  
—Está bien, pero primero tengo que ir pal gao a dejar la jeva esta, asere.  
—Así que no me digas que terminaste con Elizabeth, la chiquitica, la bonita aquella, oye estaba riquita.  
—Esa misma, asere, pero imagínate, ahora me empaté con una jinetera, ahí, no es fácil.  
—Tenía tremendo porte de loca, pa' que tú sepas.  
—Oye, pero la jeva ésta está luchando tremendo baro, asere, y aquí la talla es el baro, aquí no hay más talla, ninguna.  
—¿Tú sabe en lo que anda, verdad?  
—¿En qué anda, asere?  
—Tú sabe en lo que anda.  
—Na', no me diga na' d'eso, consorte.  
—Un consorte ahí me pasó el play.  
—¿Cómo fue la talla?  
—No, chico, esa jeva últimamente está haciendo tortilla.  
—No, mentira, asere.  
—¿Cómo que no!, está haciendo tortilla.  
—Asere, que va, tengo que llamarla a contar pa' que se deje de descarar conmigo.  
—Ese consorte está en toda, ese consorte se las sabe toda, todas se las sabe.  
—No, no, mentira...  
—Ah, no, ¿qué pasa?  
—¿Quién fue el que le dijo eso a ese consorte, asere?  
—¿Tú sabes quién es Carli, el chamaquito que vive allí, cogiendo, doblando la esquina, segunda o tercera casa?  
—Ah, sí, ya yo sé ya...  
—Ese Carli tiene un hermano que se llama, un bróder que se llama...  
—Coño, asere, ése vive al lado del gao de la jeva, compadre.  
—Pero, ¿cómo es que le dicen al chamaco ése, el Tuli, no?  
—El Moro. El Moro, asere. Él tiene tremendo ambiente.  
—Sí, pero con todo su ambiente y su guapería tiene pinta de lo que tú sabes.  
—Sí, aparte de eso, todo el mundo sabe en la cuadra que él es marica, olvídate d'eso.  
—To' el mundo sabe que es cherna. Imagínate, a través de él fue que llegó la información al chamaco.  
—Ese tipo no tiene que estar metiéndose en na' d'eso. Ese tipo es un descarao, asere.  
—Pero, bueno, tú sabes como es... tú sabes como es el chismorreo...  
—Pero, yo lo voy a llamar a contar, asere, yo lo voy a llamar a contar pa' que él vea...  
—Pero, ven acá, ¿y tú no sigues con esa jeva, o qué bolá?

—No, no, ya pienso darle el bate con to' lo que tú me has dicho, asere, me has llenao la cabeza de humo.

—Te he volao la cabeza, no me digas eso. No fue mi intención, tú sabes que tú y yo somos...

—Sí, asere, pero, coño, me has puesto mal.

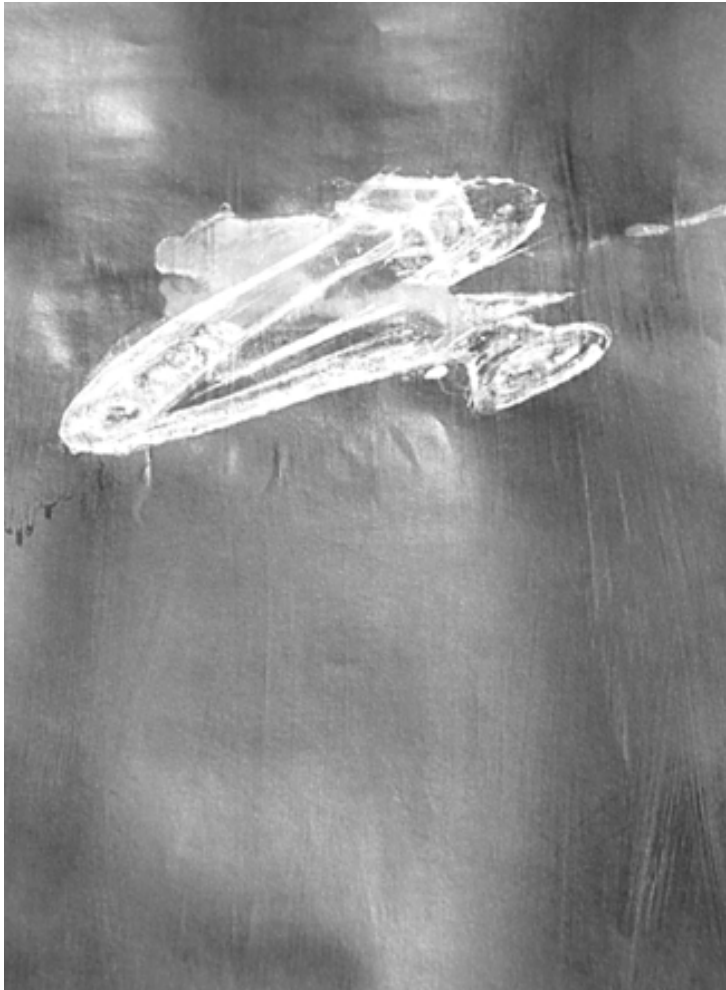
—Tú sabes que tú y yo somos bróders.

—Me hubieras llamao... no sé, otro día, pero hoy que yo pensaba salir con ella. Ya hoy mismo llego al gao y la boto.

—A los consortes míos les hablo franco, les hablo claro, pa' que no te escaches con esa tipa.

—Ya, ya, ya, le voy a dar el bate rápido, y al tipo ése lo llamo a contar.

—Llámalo, llámalo a contar.



Las herramientas (Serie). Técnica mixta sobre papel (1999)

Pío tain<sup>1</sup>

**I**NCLUSO LAS PERSONAS QUE ODIAN EL BÉISBOL, TIENEN que dominar su lenguaje particular, si quieren entender el habla coloquial cubana. Tomemos por ejemplo a mi amigo Cocoliso, enemigo jurado del pasatiempo nacional, desde que siendo muchachos, los batazos *le caían en la cabeza*, y además, *tenía que poner el bate, la pelota y los guantes* si quería jugar. Ahí tenemos los dos primeros ejemplos, utilizados, de conjunto o por separado, para decirle a alguien que es poco hábil en alguna actividad: «Tú eres de los que ponía el guante y el bate para poder jugar».

Pues bien, a pesar de su rechazo al juego, mi amigo el Coco habla como si fuera narrador deportivo especializado en béisbol. Para referirse a mi desmedido apetito, dice que yo jamo *como un cuarto bate*, o que *le doy en la costura*. Y si está contando a terceros alguno de mis atracones más famosos, cierra la anécdota con *el tipo se llevó la cerca*.

Al antiquísimo dicho de estar entre la espada y la pared, lo ha sustituido por *estar en tres y dos*: «La jeva<sup>2</sup> me puso en tres y dos cuando se enteró que estaba con otra»; y el genio y figura hasta la sepultura, ha dado paso a *ser pelotero desde la gorra a los espais*<sup>3</sup>: «El tipo es un abogado de la gorra a los espais». No importa si el abogado jamás ha jugado al béisbol, o si es una mujer. Cuando íbamos a la escuela juntos, tenía unos clasificadores para los profesores, de acuerdo a la dureza de los exámenes que ponían: los exigentes *estaban picheando duro y pegado* (también de vez en cuando comentaba cosas como «Oye, el Comandante está picheando duro y pegado con lo del Mercado Campesino»); mientras que los profesores buenagente *no*

<sup>1</sup> Todos los niños en Cuba saben que deben decir *pío tain* para interrumpir momentáneamente algún juego; pero quizás pocos sepan que la frase viene de *pido time*.

<sup>2</sup> En este caso se refiere a la esposa, novia o pareja. Puede utilizarse para referirse a una mujer con la que no se tiene ninguna relación.

<sup>3</sup> Derivación de la palabra inglesa *spike* (clavo, espiga), nombre del calzado que se usa en el béisbol.



*tenían nada en la bola*: «Ese *picher*<sup>4</sup> está al *ñate*<sup>5</sup>, no tiene ná en la bola». Si alguno de los del primer grupo se aparecía con un examen sencillo (que curiosamente provocaba tantos suspensos como uno lanzado en *naquel bol*<sup>6</sup>), aseguraba que el profe *había marcado por el centro del home*. «Entró por el centro del *jon*<sup>7</sup> cuando nadie se lo esperaba». Pero si uno de los del segundo grupo soltaba una prueba endemoniada, era porque *tenía la bola escondida*. «Todo el mundo esperando la jugada y el hombre tenía la bola escondida».

Cuando el Coco aprobaba una asignatura en la que todos lo dábamos por suspenso, nos recordaba que las casualidades no pueden descartarse, pues *la pelota es redonda y viene en caja cuadrada*.<sup>8</sup> Y cuando los desaprobados venían por pareja, era porque había *bateado para doble play* (alguna que otra vez bateó para *triple play*); bateo que también aplicaba a las temporadas en que en lugar de dos suspensos (mejor dicho, además de dos suspensos) tenía dos novias.

En el barrio también usa el argot del béisbol a todas horas. Tras una redada policial en busca de quién sabe qué, recomienda a los vendedores clandestinos que se mantengan *quieto en base*, y al que tenga algo comprometedor en casa, le indica que *deje caer la pelota*<sup>9</sup> para sorprender al contrario.

El día que la policía apresó en una redada a Choly, el que hacía «hueso'e tigre»<sup>10</sup> con azúcar prieta, precisamente al salir del sitio en que compraba la materia prima; el Coco pasó por mi casa y me dio la noticia. «Figúrate, *lo estaban esperando con la bola en la mano*». <sup>11</sup> Y en general a los despistados les advierte que están *más atrás que el ampaya*<sup>12</sup>: «No te hagas el rápido que tú estás más atrás que el ampaya».

Siempre está disponible para escuchar una propuesta de negocios; pero si le parece mala te aclara que es *fao*<sup>13</sup>. «Esa movida es fao; no voy en ella». Y si la considera terriblemente mala, entonces es *fao a las mallas*. Pero cuando

<sup>4</sup> *Pitcher*, lanzador en el juego de béisbol.

<sup>5</sup> La voz *ñate*, que tal vez sea endémica de Cuba, significa una manera de lanzar las bolas (canicas) palanqueando con el dedo pulgar. Decir que un lanzador está «al ñate» quiere dar a entender que está lanzando tan flojo que daría lo mismo que lo hiciera impulsando la bola sólo con el pulgar.

<sup>6</sup> Derivación de *knuckle ball*: bola de nudillos. Es un lanzamiento muy difícil de batear, y se utiliza para designar cualquier situación enrevesada.

<sup>7</sup> Derivación de *home* (home plate), base a la que se debe llegar para contar una carrera.

<sup>8</sup> Esta frase que los fanáticos del béisbol repetimos con frecuencia, quiere dar a entender que es un deporte en el que no hay nada decidido hasta eliminar al último jugador contrario, puesto que no depende de un tiempo de juego como el baloncesto o el fútbol.

<sup>9</sup> Se refiere a una jugada de alto riesgo en que se opta por no dejar caer un batazo que sería fácil atrapar de aire, para intentar eliminar a dos jugadores en la jugada.

<sup>10</sup> *Huesoe' tigre*. Especie de ron casero. Recibe muchos nombres, según la zona del país en que se esté.

<sup>11</sup> Forma muy sencilla de eliminar a un jugador contrario.

<sup>12</sup> Derivación de *umpire*, árbitro. Detrás del árbitro principal, no hay nadie.

<sup>13</sup> Derivación de *foul*, bola bateada fuera del terreno de juego, que se declara *muerta* y se repite la jugada. Cuando estaba penado poseer dólares, se comenzó a usar el vocablo *fao* para denominarlos (indistintamente con *fula*, palabra de origen africano); y todavía se utilizan ambos a pesar de la despenalización.

alguien *le esconde la bola* al presidente del CDR y/o al jefe del sector de la policía, aplaude la jugada afirmando que se *ha robado la base*, cuyo superlativo (para jugadas maestras) es *robarse el jon*<sup>14</sup>. «Francisquito se le escapó a la monada<sup>15</sup> saltando desde la ventana del baño; y después dio la vuelta y entró en su casa como si acabara de llegar. Les robó el jon en las narices».

Pero es en todo lo que tiene relación con el sexo, que Cocoliso llega a usos insospechados de términos del juego. Y no sólo porque escribiera en la pared de los urinarios del cine Cuatro Caminos aquella frase sin necesidad de explicación: *Si tienes el bate corto, arrímate a jon* (que por cierto no era original suyo ni mucho menos, sino un famoso grafiti *de cuando los estadios no tenían luces*).

Para referirse a alguien demasiado selectivo a la hora de acercarse a las chicas, dice que está *esperando la buena para hacer suin*<sup>16</sup>: «El Bomba no tiene jeva todavía porque le gusta esperar la buena...»; pero que de tanto esperar va a perder el tacto y *poncharse*<sup>17</sup> *sin tirarle*. «...pero si sigue así, cuando quiera hacer suin no le va a dar tiempo a tirarle a la bola».

Cuando ve venir por la calle a una cubanísima, le suelta aquello de «muchacha, tus padres *la sacaron del parque el día que te hicieron*» (hasta una popular canción de salsa tiene un estribillo que afirma *botaron la pelota tu papá y tu mamá, con lo linda que te han hecho para mí*<sup>18</sup>). Y cuando la cubanísima es de las que paran el tráfico (cuando había tráfico), entonces *la sacaron con las bases llenas*. En una de esas gracias la mujer *lo sorprendió fuera de base* (tonteando) un día; porque él *no cogió la seña* (el aviso) de un socio que la veía venir por su espalda con sigilo (es decir, *tocando la bola*) para *sacarlo ao*<sup>19</sup>. «La jeva tocó la bola y me cogió fuera de base. No me llevé la seña que me hizo Mamerto».

La mujer *lo dejó al campo en el final del noveno* (que es la más triste de las derrotas, pues no hay tiempo para hacer nada) por haber *sacado el bate atrasado* (por lento). «Por sacar el bate atrasado me dejó al campo en el noveno». En ese momento no le dijo nada, pero se buscó *un bateador emergente* (sustituto). Cuando el Coco llegó a la casa, fue a *tirarle una curva* (disimular, engañar) a su media naranja, para *cantarle el tercer estrai*<sup>20</sup> (lograr su propósito, generalmente con engaño): «Llegué al gao<sup>21</sup> pensando en tirarle una curva para cantarle el tercero».

<sup>14</sup> Robarse el home plate es la jugada más difícil del béisbol. El béisbol es probablemente la única actividad humana en la que «robar» sea una acción positiva.

<sup>15</sup> Policía.

<sup>16</sup> Derivación de *swing*; gesto con el que se golpea la pelota tanto en el béisbol como en el golf.

<sup>17</sup> *Poncharse*. Ser retirado directamente por el lanzador, al recibir tres lanzamientos buenos sin hacer contacto con la pelota.

<sup>18</sup> Sacar la pelota del parque (o botarla del parque) es hacer un batazo de home run (en Cuba decimos, por supuesto, jonrón); la mayor acción ofensiva posible en el béisbol.

<sup>19</sup> Derivación de *out*, voz con que el árbitro declara la jugada a favor del equipo a la defensa.

<sup>20</sup> Derivación de *strike*, lanzamiento favorable al lanzador en detrimento del bateador. El bateador que reciba tres strikes, es declarado out.

<sup>21</sup> Casa.

Pero se encontró con la grabadora puesta a todo lo alto, con Celia Cruz cantando *Que le den candela*; en el momento exacto en que la Gran Celia le decía a la mujer del Coco: *Él no sabe que tú tienes otro en el bulpén*<sup>22</sup>.

---

<sup>22</sup> Derivación de *bull pen*, lugar donde calientan los lanzadores sustitutos, esperando ser llamados para entrar al juego. El origen de esta voz en el béisbol, parece debido a que uno de los primeros estadios adornaba la zona de calentamiento con una valla publicitaria de una marca de cigarrillos llamada *bull pen* (lápiz de toro).



# El individuo ante el embargo<sup>1</sup>

ANTE LAS DECISIONES, MUCHAS VECES FATALES, QUE NOS impone el destino, podemos consultar a nuestros seres queridos, dejarnos llevar por la presión social o confiar a Dios nuestras cuitas y dudas. Pero una vez tomada una decisión y adoptada una postura, nos quedamos solos ante nuestra propia conciencia. Una vez lanzada la piedra, no podemos detenerla ni evitar el daño que hará; lo que hay que hacer es parar la mano antes de tirarla.

La ética es quizás la parte más individualista de la filosofía ya que nos habla de los juicios de valor que aplicamos a la hora de discernir entre el bien y el mal. Ante el hecho concreto del embargo yo, como muchas otras personas (cubanos o no) he tomado mis decisiones y adoptado una postura.

El embargo constituye un sufrimiento añadido al que ya le produce, al pueblo de Cuba, el socialismo que allí se practica. Los que nos fuimos tenemos una vida hecha en el extranjero: una casita, un apartamento, un auto o dos, un trabajo, una pequeña empresa, una cuenta grande o menos grande en un banco. Además de todo eso, que pertenece al mundo de la realidad, tenemos otra cosa muy amada perteneciente al mundo de las ilusiones: una vida en la Cuba futura, una vida en la cual invertiremos los frutos de nuestros esfuerzos actuales. Los cubanos que se quedaron en la Isla, en cambio, no tienen absolutamente nada en ningún otro lugar de este planeta. Solamente tienen lo que los rodea: una casa más o menos desvencijada, un terruño, una escuela para sus niños, un trabajo que por lo general no da para comer, un gobierno que unos quieren, otros aborrecen y todos temen, una familia más o

---

<sup>1</sup> Ponencia presentada en el simposio «Salud y nutrición en Cuba, efectos del embargo americano», el 13 de septiembre de 1997 en el Hotel Sofitel de Miami, Florida.

menos numerosa así como los despojos de un sueño que una vez fue hermoso y hoy está desarbolado. Yo no le reconozco absolutamente ningún derecho a ninguna potencia extranjera, cualquiera que ésta sea, a implementar ninguna política que agrave la precariedad de los que optaron por quedarse en esas condiciones.

Abandonar un país no es ningún mérito ni significa que uno, por el simple hecho de haberse ido, se convierta mágicamente en un intrépido luchador investido de una moralidad superior a la de los que no se fueron. Haber abandonado un régimen con el que uno no está de acuerdo, o incluso al que odia o desprecia, no debería hacernos soberbios e implacables, sino humildes y comprensivos *con los que viven* bajo ese régimen. ¿Qué decir de los millones de cubanos que están convencidos de que ese sistema responde a sus intereses? En mi condición de demócrata, digo lo siguiente: ellos son, primero, mis compatriotas; después mis adversarios políticos; jamás mis enemigos a los que tengo que eliminar. El fundamento de la democracia es la aceptación de que lo que cada bando representa *no contiene toda la verdad*.

Don Miguel de Unamuno decía que él se negaba a participar en el engrandecimiento de su patria, y hasta de su hegemonía mundial, si eso habría de lograrse a costa de su personalidad. Yo me fui de Cuba por eso, porque me imponían un engrandecimiento nacional a costa de mi ser más profundo. Y dije que no; que hicieran su revolución sin mi ayuda. En el exterior, no he cambiado de actitud. El embargo es antidemocrático, constituye una violación de los derechos humanos del pueblo de Cuba y yo no le deseo a los hijos de nadie, ni siquiera a los de mis adversarios políticos dentro o fuera de Cuba, lo que no les deseo a mis propios hijos. Por añadidura, no se trata de un embargo mío: no me pertenece, no me favorece y no lo he pedido. Es un embargo de otros, de una parte exógena del conflicto que tiene sus propios intereses que defender. Que los defiendan, pues, sin la participación de un individuo llamado René Vázquez Díaz.

Pero bueno, ¿y si yo estuviese equivocado y el embargo contribuyese a introducir en Cuba la democracia y la economía de mercado? En casi cuarenta años, el embargo y sus defensores no han logrado más que intensificar belicosamente el orgullo nacionalista de los compatriotas que defienden el tipo de socialismo que hay en Cuba. Además, ha paralizado a quienes no lo defienden y ha dividido aún más a los cubanos de la Isla y del exilio, haciendo difícilísima una concordia futura. Pero aun si fuera cierto que el embargo ayuda a introducir los cambios que yo aspiro para Cuba, *tampoco lo apoyaría*. Pues sería lograr un objetivo político aplastando mis principios éticos y morales y porque cualquier victoria alcanzada por medios ilegales y mediante la fuerza de Estados Unidos viciaría de origen la democracia naciente en Cuba, dando pie a nuevas frustraciones que nos sumirían en un calvario de nuevas luchas de consecuencias imprevisibles.

Como Lezama Lima, yo creo en el poder unificador y purificador de la familia cubana. Eso lo demuestran los miles de casos de exiliados que vociferan que apoyan el embargo pero que, en cuanto se les enferma la madre o la

hermana en Cuba o su sobrina va cumplir los quince, se movilizan y no escatiman esfuerzos ni dinero para enviarles lo necesario, aliviar sus dolencias y organizar la fiesta. Curiosa doble moral. La familia, decía Aristóteles, es anterior al estado, y por lo tanto también a la política; pero sobre todo es anterior a la politiquería.

Existe un consenso dentro y fuera de Cuba: el régimen totalitario cubano tiene que cambiar. Pero un consenso es susceptible de fanatizarse hasta el punto de imposibilitar una acción equilibrada que lleve a los resultados deseados. El embargo y la Ley Helms-Burton fanatizan ese consenso. Don Miguel de Unamuno habló de la lástima que él le tenía a «los pueblos unánimes», pero ante todo a esa calamidad todavía peor que son «los hombres y las mujeres unánimes», o sea aquéllos que se han liberado de toda contradicción interior y de todo tormento de duda, aquéllos que no llevan «una guerra civil dentro de sí», y se arrojan el derecho de tirar la primera piedra, y la segunda y la tercera, como si fueran portadores de *toda* la verdad. Yo sí llevo esa guerra civil dentro de mí, y por eso desearía evitársela a mi país. El embargo forma parte activa de nuestro problema y no de su solución. Ella está en nosotros, los cubanos de dentro y los de fuera.



# Cuba: diagnóstico de una crisis

**L**A ECONOMÍA CUBANA, DESPUÉS DE CIERTA RECUPERACIÓN a partir de 1994, muestra signos de estar retrocediendo a una situación de plena crisis.

El país, al perder en 1989 las enormes subvenciones procedentes del bloque soviético sufrió un enorme shock causante de una disminución acumulada del Producto Interno Bruto (PIB) del 34% hasta fines de 1993, con un impacto demoledor sobre el nivel de vida de la población y prácticamente todos los aspectos de la sociedad.

La crisis generalizada comenzó al inicio de la década de los noventa por las razones apuntadas, pero no es menos cierto que ya en los años ochenta el modelo económico aplicado en Cuba dio claros síntomas de agotamiento a pesar de la inmensa inyección de recursos provenientes del bloque soviético.

En 1982, ante la imposibilidad de hacer frente a la deuda externa en moneda libremente convertible (MLC), el Gobierno solicitó a sus acreedores una renegociación, lo cual fue aceptado. Al continuar la insolvencia, se recurrió a nuevas reprogramaciones en 1984 y 1985 sin poderse cumplir de nuevo los compromisos establecidos. Esto condujo a la suspensión de los reembolsos en el segundo semestre de 1986, perdiendo Cuba su acceso a los créditos internacionales de mediano y largo plazo en MLC, panorama que persiste hoy. En la actualidad lo adeudado sobrepasa los 11,0 miles de millones de dólares, cuatro veces el monto de 1982, por el continuado impago del principal y sus intereses.

Debe agregarse que en el quinquenio 1985-90 existió un virtual estancamiento del crecimiento económico, con años (1987 y 1990) cuando el PIB disminuyó y 1986 cuando el aumento fue tan insignificante que no rebasó la tasa de incremento poblacional.

Estos elementos niegan la tesis oficial de que la actual crisis tiene su base en factores externos, pues la verdadera

*Oscar Espinosa Chepe*

génesis radica en un sistema económico, político y social que desde hace tiempo está dando claras señales de inoperancia.

Por supuesto, la terminación del enorme flujo de ayuda ha sido un formidable catalizador del despliegue de la crisis, ya que al concluir la sustentación económica exógena, han quedado al descubierto las múltiples e insuperables contradicciones del esquema presente en Cuba durante tantos años.

Aclarado lo anterior puede decirse que, cuando la crisis llegó a su peor momento en 1993, el Gobierno se vio forzado a la adopción de tímidas reformas, algunas de las cuales se había negado reiteradamente a aplicar con anterioridad.

En un país con un considerable caudal productivo sin explotar, bloqueado por un sistema que impide el desarrollo de las fuerzas productivas, la modesta apertura iniciada propició una cierta reanimación económica en los años 1994-97.

Sin embargo, las pequeñas reformas lentamente se han ido paralizando, incluso en algunos casos los espacios abiertos a la iniciativa individual se cierran paulatinamente. El trabajo por cuenta propia es un ejemplo, pues debido a continuas limitaciones y prohibiciones el número de personas dedicadas a esta actividad se ha reducido notablemente.

Las consecuencias de tal política sobre la economía no se hicieron esperar. Si en 1996 el PIB creció con respecto al año anterior en un 7.6% en 1997 el aumento fue del 2.5%, con un deterioro generalizado de los principales indicadores económicos, entre ellos los relacionados con el nivel de vida de la población, la productividad del trabajo, la producción azucarera y la balanza comercial.

Respecto a 1998, las pésimas perspectivas vislumbradas a principios de enero han quedado opacadas por los pobres resultados económicos obtenidos en los ocho meses transcurridos, presagio de un posible crecimiento negativo del PIB en 1998.

A pesar de la falta de información oficial, es conocido que la zafra de 1998 ni siquiera alcanzó los 3.3 millones de toneladas métricas de azúcar, constituyendo la peor de los últimos 55 años. La agricultura no cañera también registra, por segundo año consecutivo, una disminución productiva global con apreciables reducciones en los volúmenes de papa, tomate, granos, leguminosas y otros.

Como se señaló, no existen informaciones oficiales sobre el estado de la economía, pero son obvias las sensibles afectaciones en importantes ramas debido, en primer lugar, a la disminución de la capacidad de compra externa.

A esta caída productiva, superior a los vaticinios más pesimistas, se une una situación económica internacional que influye muy adversamente en los precios de los productos y materias primas básicas<sup>1</sup>), a lo que no ha escapado el azúcar y el níquel, rubros determinantes en las exportaciones cubanas.

---

<sup>1</sup> De acuerdo al índice de precios de productos y materias primas básicas que regularmente publica *The Economist*, las cotizaciones han caído en un 30% como promedio desde mediados de 1997, llegando en términos reales a sus niveles más bajos de los últimos 25 años.



Fácilmente puede apreciarse que el estado de las finanzas externas proseguirá agravándose por encima de los insostenibles niveles actuales, situación angustiosa para una nación que tiene prácticamente cerrado el acceso a los préstamos internacionales.

Es cierto que dadas las excepcionales condiciones poseídas por Cuba para el turismo, inexploradas durante decenios, el número de visitantes siguió creciendo en 1998 y con ello el ingreso bruto en divisas generado por esta actividad.

También deberá incrementarse el volumen de las remesas de los cubanos que viven en el extranjero, concepto que actualmente aporta el mayor ingreso neto en divisas.

Tanto la llegada de visitantes como las remesas se beneficiarán por las medidas tomadas meses atrás por la Administración Clinton para facilitar los viajes de los cubanos residentes en los Estados Unidos, así como para el envío de ayuda humanitaria a sus familiares y amigos.

No obstante el posible aumento en la recepción de divisas a través del turismo y las remesas, no se podrá evitar la agudización de las tensiones financieras dados los impactantes desequilibrios existentes en la balanza de pagos y la imposibilidad de recurrir al crédito externo.

La entrada de capitales extranjeros, mediante inversiones directas y otras formas, pudiera ser un paliativo, pero si se analizan los datos de la balanza de pagos cubana publicados recientemente por CEPAL<sup>2</sup>), se observa que la entrada de capitales en el período 1994-96 fue inferior al Servicio de los Factores (repatriación de dividendos, pagos de intereses de créditos a corto plazo, etc.), problemática muy difícil de revertir en el mediano plazo.

Incluso el propio turismo y las remesas podrían verse seriamente afectados por la crisis que hoy azota con dureza algunas zonas del planeta, si sus efectos se propagaran con mayor fuerza a los países de la Unión Europea y los Estados Unidos, lo cual provocaría influencias devastadoras sobre una economía tan maltrecha como la cubana.

Si los factores externos presentan tendencias altamente negativas, las perspectivas internas no son mejores. Desde hace años la eficiencia productiva permanece estancada a niveles mediocres. La producción azucarera no sólo ha disminuido, sino también los rendimientos cañeros, de acuerdo con datos de la FAO<sup>3</sup>) y CEPAL rondan las 35 TM/ha, los más bajos del mundo; mientras el rendimiento industrial en el período 1991-95 fue como promedio de 10,48%, un 19% inferior a los existentes en los últimos años de la etapa pre-revolucionaria.

A lo anterior se añade un continuado proceso de descapitalización material y humana, lo cual puede observarse en las estadísticas confeccionadas por CEPAL, donde los niveles de inversiones han disminuido radicalmente a montos

<sup>2</sup> CEPAL: Comisión Económica para América Latina y el Caribe de la Organización de las Naciones Unidas.

<sup>3</sup> FAO: Organización para la Agricultura y la Alimentación de las Naciones Unidas.

que difícilmente pueden sobrepasar los ritmos de depreciación de los medios básicos existentes.

Estos ritmos deben ser significativamente altos teniendo en cuenta la falta prolongada de mantenimiento adecuado, la utilización de lubricantes de baja calidad en el transporte automotor y el equipamiento en general, el procesamiento de insumos contaminados con materias nocivas (uso de petróleo con alto contenido de azufre en las termoeléctricas), maquinaria sin utilizar durante amplios períodos, entre otros elementos potenciadores de la desvalorización acelerada que sufren los medios básicos disponibles en la nación.

En lo que corresponde a las viviendas, viales y otras construcciones, la situación de deterioro es palpable a simple vista. Sólo en la ciudad de La Habana, el promedio de derrumbes de edificaciones sobrepasa los 3 diarios.

Referente al capital humano, las pérdidas son constantes. Es real que el país llegó a poseer una gran cantidad de fuerza de trabajo calificada. Sin embargo, se ha visto considerablemente mermada, pues muchos profesionales presionados por la crisis han optado por abandonar la Isla o desean hacerlo en el futuro. Otros cambian de trabajo hacia actividades de menos calificación en búsqueda de mayores ingresos. Asimismo, un elevadísimo porcentaje de los que permanecen en los puestos para los cuales fueron preparados, vegetan sin estímulo alguno para seguir superándose. De esta forma, hay un proceso de descalificación masiva perdiéndose la mayor riqueza nacional.

Por otra parte, las finanzas internas se mantienen en un penoso estado. Las medidas de saneamiento iniciadas a mediados de 1994 no sólo están agotadas, sino que se aprecian claros signos de un proceso regresivo tendiente a un nuevo crecimiento del circulante en manos de la población, concentrado en ciertos estamentos. Esto, unido a la creciente dolarización de la vida económica, actúa de manera devastadora sobre el interés laboral.

En este entorno, los avances logrados durante décadas pasadas en la educación, la salud pública, la seguridad social y la seguridad ciudadana frente a hechos delictivos se desmoronan, y con ello muchos valores espirituales heredados de nuestros antepasados, a lo que no escapa la propia identidad nacional en significativos segmentos poblacionales.

Hoy es altamente preocupante el constante incremento del robo, la prostitución, la violencia, el individualismo, la mentira, la doble moral, etc., que hacen parecer como si la sociedad cubana se estuviera retro trayendo al pasado, sumiéndose en sus vicios sin adoptar sus virtudes cívicas.

En esta encrucijada en que se halla el destino nacional resulta urgente un cambio para evitar la ruina de nuestra Patria. En un mundo inmerso en un inevitable proceso globalizador que requiere poner en tensión todas las potencialidades internas dado el grado creciente de competitividad en los mercados, la nación permanece aislada y bloqueadas sus fuerzas productivas por un sistema probadamente incapaz de promover el desarrollo económico-social y la prosperidad del ciudadano.

Las transformaciones, como en otros países, podrían iniciarse en la agricultura, mediante la entrega de tierra a los campesinos y, paralelamente,

donde sea recomendable, creándose verdaderas cooperativas y otras formas de gestión, de manera que sin la carga burocrática actual los productores dirijan sus organizaciones y decidan sus destinos, o sea la puesta en marcha de medidas encaminadas a la liquidación del ineficiente latifundio estatal, regresándose así a los originales presupuestos del movimiento social triunfante en 1959.

Un importante paso sería dejar a los ciudadanos cubanos tener sus propios negocios, terminándose con el vejatorio y discriminatorio trato que actualmente reciben, mientras a los extranjeros se les dan todo tipo de ventajas para invertir en la Isla.

Por otra parte, deberá terminarse la política de administrar el Estado miles de microempresas, fuente actual de pérdidas enormes para la sociedad y pésimos servicios a la población. Todas estas pequeñas empresas podrían ser arrendadas con opción de compra a particulares o asociaciones de trabajadores.

Lógicamente, la apertura deberá abarcar aspectos más amplios de la economía, así como transformaciones políticas y sociales en un correspondiente marco jurídico dirigido al establecimiento de las normas que deben regir una sociedad justa, ética y solidaria.

Este proceso debe ser configurado en un programa integral de reformas con sus etapas y secuencias que, de una forma ordenada y gradual, trace el camino para la salida de la crisis. Hoy es más patente que sin un cambio urgente y profundo de la asfixiante realidad cubana, las probabilidades de que suceda una terrible conmoción social son más probables que nunca.

El dilema nacional permanece entre una verdadera apertura liberadora de las fuerzas productivas y la permanencia de un modelo político, económico y social provocador de la mayor crisis de la historia cubana; entre la tolerancia, el pluralismo y la reconciliación nacional, y el inmovilismo y el dogma.

#### Fuentes

- «La economía cubana, reformas estructurales y desempeño en los 90», Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), 1997.
- Revista *Economist*.
- Anuarios Estadísticos de la FAO.
- Informaciones publicadas en *Granma, Juventud Rebelde y Trabajadores*.
- Anuarios Estadísticos de Cuba, publicados por el Comité Estatal de Estadística hasta 1988.
- Trabajos publicados por el autor.

# Las fauces de Saturno<sup>1</sup>

Sergio Ramírez

LA HORA DE SENTARSE A DIALOGAR DIRECTAMENTE CON el Directorio de la contra iba a llegar tarde o temprano. Si antes el eje de la estrategia política era la intransigencia, buscando una victoria militar, ahora todo confluía hacia la búsqueda de la negociación, porque tras una década de conflicto armado estábamos exhaustos.

La economía había entrado en un pantano. Con la espiral inflacionaria siempre ascendiendo, cada vez teníamos menos divisas para importar; la agricultura se mantenía en baja por la falta de recursos de crédito e insumos, y crecía la escasez de productos básicos, bajo la tarjeta de racionamiento. El espacio político interno era siempre crítico, y nos acercábamos a unas nuevas elecciones en 1990, que otra vez tendrían una credibilidad relativa. Pero, sobre todo, la cantera para el servicio militar estaba prácticamente agotada, y ya no era posible reponer con nuevos reclutas a quienes cumplían su período obligatorio de dos años; pesaban, además las continuas deserciones.

El Servicio Militar Patriótico (SMP) llegó a convertirse en el elemento más traumático de esa década, y determinó, al final, la derrota electoral del FSLN en 1990. Eran ya demasiadas muertes. Precisamente durante esa campaña yo me encontraba en Malpaisillo, en un mitin en la plaza del pueblo frente a la iglesia, cuando me pasaron una nota pidiéndome que mencionara la caída en combate, el día antes, de un muchacho de la localidad. Pedí en mi discurso un minuto de silencio, y al bajar de la tarima le dije a los activistas locales que quería visitar a la madre en su casa. Ellos, sorprendidos, me desaconsejaron, pero yo insistí.

La idea ingenua de que todas las madres veían la muerte de sus hijos en la guerra como un sacrificio necesario había ido desapareciendo, y los activistas lo sabían bien. Ellos debían reclutar, hacerse cargo del impacto que causaban

<sup>1</sup> Capítulo del libro en preparación *Adiós muchachos*.

los muertos en su localidad, y además tratar de asegurar votos, extremos a fuerza irreconciliables, como los resultados electorales terminarían por demostrarlo.

La casa humilde, a la que se entraba por el patio alambrado, estaba llena de vecinos que se quedaron silenciosos al verme aparecer. Encontré a la madre en la cocina. No era una mujer vieja, pero acabada por las privaciones, ya encorvada y enjuta, lo parecía. Su reacción fue hostil, de una hostilidad dura, dolida. Su otro hijo estudiaba para técnico agropecuario en Cuba, y sin dejar sus quehaceres, atizando el fogón, cambiando de lugar un trasto, me dijo que necesitaba que se lo trajeran para el entierro. Quise explicarle que no era tan fácil en tan poco tiempo, pero ella se mantuvo inflexible.

—Ustedes pueden todo —me dijo.

Se lo prometí, entonces, y le cumplí. Vino el muchacho al entierro, y antes de regresar a Cuba pasó por la Casa de Gobierno, dándome las gracias. Pero aquél no era más que un caso, entre miles. La guerra misma, compuesta de ausencias, separaciones, sufrimientos, muerte, y la falta de perspectiva de su fin para la gente que padecía bajo su peso fatal, sería el gran adversario electoral, y no podríamos derrotarlo.

Las primeras tentativas de diálogo con el Directorio de la contra se dieron en República Dominicana en diciembre de 1987, y luego, a comienzos de 1988 en Costa Rica y Guatemala, en todos los casos bajo la intermediación del Cardenal Obando, quien actuaba de correo entre las dos representaciones porque nosotros nos negábamos todavía a un encuentro cara a cara. El Directorio de la contra, radicado en Miami, no era, por otro lado, una contraparte fácil, porque a pesar del peso determinante que la CIA ejercía sobre sus miembros, sus pleitos internos quitaban coherencia a sus posiciones, y tampoco tenían influencia real sobre las fuerzas militares en el terreno.

A comienzos de marzo de 1988 el EPS ejecutó una operación masiva bautizada «Danto 88», dirigida a destruir el Cuartel General de la contra en territorio de Honduras. Las tensiones se agravaron, y Estados Unidos movilizó a la 82 División Aerotransportada, con lo que nosotros convocamos al Consejo de Seguridad de la ONU. Pero fue precisamente en este clima de tensión que se abrió el 22 de marzo la primera negociación directa con el Directorio de la contra en Sapoá, el puesto fronterizo con Costa Rica, teniendo como testigos al Cardenal Obando y al Secretario General de la OEA, Joao Baena Soares.

La reunión culminó con un acuerdo, conseguido a última hora, que incluía un cese al fuego de sesenta días; la amnistía para los alzados, y las garantías del gobierno para su reinserción en la vida civil y en las actividades políticas del país. El Directorio se comprometía, por su parte, a recibir solamente ayuda humanitaria del gobierno de Estados Unidos a lo largo de todo el proceso que debía culminar en el desarme definitivo de la contra.

Esas conversaciones continuaron en el mes de abril del mismo año en el Hotel Camino Real, en Managua, cuando se buscó definir las zonas de reconcentración de las fuerzas de la contra, para su posterior desarme; pero tras muchos contratiempos e interrupciones al fin colapsaron. Humberto Ortega

representó en todas ellas al gobierno como Ministro de Defensa, y tenía poderes para negociar; pero el jefe militar de la contra, el Coronel Enrique Bermúdez, nunca asistió, y desconoció luego los acuerdos, alentado por Estados Unidos.

Nosotros negociábamos bajo la convicción de que no teníamos posibilidad de una victoria militar. Pero los contras tampoco podían ganar la guerra, y su situación era más precaria que nunca. El Congreso de Estados Unidos había vuelto a suspenderles el apoyo militar y financiero, hasta entonces masivo, y los acuerdos de Esquipulas, suscritos por los presidentes centroamericanos, tendían a quitarles toda legitimidad política. Para los gobiernos de Guatemala y El Salvador, enfrentados a la guerrilla, el desarme de la contra creaba un precedente beneficioso. Y nosotros estábamos ganando, además, la batalla de la opinión pública dentro de Estados Unidos, en momentos en que la era Reagan tocaba a su fin.

En las circunstancias de agotamiento a que habíamos llegado, y con las advertencias del campo soviético respecto al futuro del apoyo económico, las elecciones de 1990 venían a ser, de nuevo, la pieza clave para apresurar el fin negociado de la guerra. Aunque estuviéramos dispuestos a concesiones cada vez más profundas en el terreno político, la paz significaba para nosotros el desarme de la contra, y el cese de hostilidades de parte de Estados Unidos.

En este sentido, veíamos las elecciones como la mejor manera de conseguir una situación de estabilidad que nos permitiera iniciar, por fin, la reconstrucción del país. Las señales de inconformidad, la resistencia creciente frente al servicio militar, las calamidades económicas, las considerábamos situaciones pasajeras a las que, precisamente, el cese de la guerra traería remedio.

Desde comienzos de 1989 meditamos mucho sobre la importancia que cobraban las elecciones, y una tarde del mes de enero, mientras íbamos hacia una asamblea en un barrio de Managua, Daniel manejando su jeep y yo al lado, coincidimos en la conveniencia de adelantarlas a febrero de 1990, aunque fuera necesario reformar la Constitución Política que las fijaba en noviembre.

El mejor escenario para ese anuncio fue la Cumbre de Presidentes Centroamericanos celebrada en San Salvador en febrero de 1989. El reclamo de adhesión a la democracia representativa se había convertido en una constante de las declaraciones de las cumbres, como una banderilla que los presidentes de los demás países querían clavar siempre al sandinismo; pero también porque la mayoría de ellos era fruto de sistemas electorales todavía frágiles, después de muchos años de gobiernos militares, y trataban de curarse en salud. Y si queremos otra paradoja entre tantas, a través de las elecciones que habían dado paso a gobiernos civiles en Guatemala, El Salvador y Honduras, se buscaba evitar, precisamente, que prosperaran revoluciones como la de Nicaragua.

Ya para entonces el proceso de paz había cobrado su propia dinámica, que no era la misma que Estados Unidos buscaba imponerle. Los presidentes discutían cara a cara, en encerronas sin protocolo, y se veían obligados a ser francos para encontrarle salidas reales a un conflicto que minaba a todos sus países por igual. En una de esas encerronas, ya la discusión subida de tono, Daniel le había reconocido al Presidente Duarte que el suministro de armas

desde Nicaragua para el FMLN existía; y precisamente porque existía, le dijo, debía ser tomado como un factor de la negociación global.

Una negociación entre cinco países demandaba, por fuerza, mutuas concesiones que afectaban a cada uno, y a todos en su conjunto. En este contexto, el proyecto original de la revolución resultó modificado, como también lo sería por otros factores. Formar parte de la región imponía a nuestra propia realidad un sesgo insoslayable; Centroamérica seguía siendo un sistema de vasos comunicantes, como a lo largo de toda su historia, y Nicaragua estaba conectada a ese sistema.

En ese sentido, el proceso de paz se consolidaba como uno solo en la región y Nicaragua era la pieza esencial, aunque la propuesta original del Presidente Oscar Arias de Costa Rica, que dio paso a los acuerdos de Esquipulas y le valió el Premio Nobel de la Paz, excluía precisamente a Nicaragua, ausente de la primera cumbre convocada por él en San José. Fue el Presidente de Guatemala, Vinicio Cerezo, quien hizo corregir aquel error.

El 3 de agosto de 1989, en una reunión hasta el amanecer con los dirigentes de todos los partidos de oposición celebrada en el Centro de Convenciones Olof Palme, firmamos un acuerdo en el que ellos obtenían una nutrida lista de garantías para participar en las elecciones de 1990, y nosotros, a cambio, su respaldo unánime al desarme de la contra. Con este acuerdo en mano Daniel se presentó en la Cumbre de Presidentes Centroamericanos en Tela, Honduras, y allí se aprobó un plan de desbande de la contra, a ejecutarse bajo la vigilancia de la OEA, que fue recibido con poca simpatía en Washington.

Por su parte, los dirigentes del FMLN vieron el plan como un mal precedente, y temieron que Nicaragua llegara a respaldar uno similar en El Salvador. Al contrario, a pesar de todos los riesgos implícitos para la credibilidad del gobierno sandinista, recibieron apoyo masivo en su ofensiva de finales de 1989, que otra vez pretendía ser la final, y que los llevó a ocupar sectores importantes de la ciudad de San Salvador.

Los gobiernos centroamericanos aceptaban convivir con un gobierno sandinista electo, y reconocido por la oposición; pero la administración Bush, que se había iniciado en enero de 1989, aunque sabía imposible una victoria militar de los contras, rechazaba semejante convivencia. Financiar a los partidos de la UNO, y mantener viva, a la vez, la amenaza militar de los contras hasta el final, sería para Estados Unidos la manera de influir en el resultado de las elecciones de 1990.

Que la administración Bush hubiera admitido un entendimiento con el gobierno sandinista de haber ganado nosotros las elecciones, es algo que queda entre las hipótesis. Pero mientras tanto, iba a hacer todo lo que estuviera a su alcance para que no las ganáramos, en una circunstancia de extrema tensión, donde aún los actos de fuerza de Estados Unidos emprendidos por otras razones, tenían consecuencias en Nicaragua. Así ocurrió a finales de diciembre de 1989 con la invasión a Panamá, un país demasiado cercano.

El Ejército Popular Sandinista rodeó con tanques soviéticos la Embajada de Estados Unidos porque la nuestra en Panamá había sido rodeada por los

tanques norteamericanos, y así una provocación dio paso a otra. Extremar las crisis para negociar con ventaja, al borde del desastre, era una de las reglas de oro de la diplomacia del sandinismo; pero ahora estábamos en media campaña electoral, y lo que percibieran los electores se volvía decisivo.

En la encuesta tomada dos semanas después, a mediados de enero de 1990, habíamos perdido diez puntos en la intención de voto, y creció el número de indecisos. El peor mensaje electoral era el de una guerra inminente con los Estados Unidos, que la misma invasión a Panamá ya estaba transmitiendo por su cuenta. Pero como en la siguiente encuesta nos recuperamos un poco, no tomamos aquella señal en serio.

Nuestro problema político mayor seguía siendo el de las incompatibilidades. La confrontación abierta no calzaba en el marco electoral, ni mucho menos con nuestro mensaje de campaña que se basaba en la oferta de la paz. Las encuestas nos decían que la paz era lo que la gente quería más, y es lo que le ofrecíamos; pero el FSLN era un partido antiimperialista que no podía dejar de exhibir la vulnerabilidad de su conflicto con Estados Unidos, y reaccionaba en consecuencia a ese conflicto.

Además, aunque nuestra principal oferta era la paz, se transmitió una imagen agresiva de Daniel Ortega, recibido en todas las plazas por el corrido de guerra *El gallo ennavajado*, que se convirtió en el himno de campaña. No podía haber otro símbolo peor. Y las encuestas postelectorales dejaron muy en claro el sentimiento dominante en las urnas: el 96% de los electores había estado seguro de que nunca seríamos capaces de detener la guerra, y lo mismo creía el 56% de los votantes del propio FSLN.

Sabíamos por las encuestas la importancia electoral de la paz, pero podía más el viejo sentido mesiánico del poder que conectaba la idea de revolución popular, con toda su parafernalia ideológica, al respaldo incondicional de los pobres. Al fin y al cabo, los pobres nunca serían capaces de clavarse el cuchillo ellos mismos. Y cuando las encuestas nos dijeron lo contrario, que también perdíamos respaldo en los sectores más humildes, tratamos de corregir las encuestas.

Stan Greenberg, quien luego sería el encuestador estrella de las campañas de Clinton, vino a trabajar con nosotros en las últimas semanas. Los sondeos seguían revelando tendencias poco sólidas en favor nuestro, y el segmento creciente de los indecisos se volvía un misterio. Entonces entramos a examinar la opinión de los indecisos sobre las cualidades de los candidatos: quién de los dos, Daniel o Violeta, era más capaz, quién de los dos tenía más experiencia, dominio de la economía y de los temas internacionales; y le pedimos a Greenberg que extrapolara los juicios positivos para Daniel, que siempre resultaban mayoritarios, para sumarlos a la intención de votos a su favor, con lo que así pasaba a la cabeza.

La verdad fue, al fin, que casi todos los indecisos votaron en contra nuestra, no en base a juicios de valor sobre los candidatos, sino al criterio sobre quién de los dos sería capaz de ponerle fin a la guerra: si Violeta vestida de blanco, o Daniel en figura de gallo ennavajado.



A finales de enero de 1990 discutimos las encuestas con los secretarios políticos departamentales del FSLN, que actuaban, a la vez, como jefes de campaña en sus territorios. En Masaya, por ejemplo, perdíamos, lo mismo que en Diriamba, o en Matagalpa, reconocidos bastiones sandinistas. Ninguno de ellos les dio crédito, y cada quien defendió su trabajo proselitista bajo el alegato de que conocían a los electores casa por casa.

El 21 de febrero de 1990, aniversario del asesinato de Sandino, celebramos nuestra concentración de cierre de campaña en la plaza junto al Lago de Managua. Nunca antes se había reunido en el país una multitud semejante, y aquella prueba de fuerza terminó de convencernos de nuestra victoria. Tal como estaba apuntado en el guión, Daniel y yo caminamos hasta el extremo del muelle que desde la tarima entraba en la multitud, y allí, entre gritos y aplausos que se perdían en la distancia, chocamos la mano como señal inequívoca de que el triunfo estaba asegurado. Los dirigentes de la UNO, viendo las imágenes del acto por la televisión, tampoco tuvieron dudas de que iban a perder.

Al final de cuentas, fue el peso de la guerra lo que marcó la derrota de 1990. Y seguramente empezamos a perder esas elecciones desde que las convocamos. Mucho se dijo después que Daniel iba preparado para anunciar en su discurso de ese día la derogación de la ley del Servicio Militar Patriótico, y que retrocedió en el último momento frente a la desbordante presencia en la plaza. Nunca fue así. Dentro de la estrategia de guerra el SMP no era una variable política, sino militar, y el criterio de Humberto Ortega, cuando se discutió el tema, había sido que un anuncio de esta naturaleza podría provocar deserciones masivas y alentar, a la vez, a la contra a tratar de conquistar terreno.

Era, de nuevo, contradictorio, porque en un momento electoral el SMP se convertía necesariamente en una variable política, y es como la gente lo estaba viendo. Esperaban el anuncio como demostración de que se podía confiar en la voluntad de paz del FSLN, y volvieron a sus casas sintiendo que la guerra seguiría. Y el gobierno de Estados Unidos, a través de sus voceros, se encargaba de dejar claro que efectivamente seguiría, si el FSLN ganaba.

Igual que el triunfo de la revolución en 1979 crearía una atmósfera irreal a la que entrábamos encandilados por la sorpresa y la ansiedad incontenible de futuro, así la derrota de 1990 creó otra atmósfera igualmente irreal. Antes no queríamos creer que habíamos ganado, con miedo de despertar. Ahora no queríamos creer que habíamos perdido, y queríamos despertar.

La noche de las elecciones, esa atmósfera de irrealidad comenzó a cernirse sobre la Casa de Campaña. Teníamos preparado un sistema de cómputo que nos daría una muestra aleatoria de los resultados en base a los informes de nuestros fiscales en las mesas, y un poco después de las ocho le pedí un avance a Paul Oquist, el diseñador del sistema. Pero él quería completar la muestra en base al 5% de los votos, y todavía no entraban datos suficientes.

En eso llegaron el Presidente Carter y su esposa Rosalyn, con el equipo de observadores del Centro Carter; venían de recorrer las mesas en varios barrios de Managua, y sus caras eran de consternación. Jennifer Mc Coy me dijo que en

el Barrio Monseñor Lezcano perdíamos abrumadoramente. Carter se limitó a hacer algunas preguntas ajenas al tema de los resultados, y se despidieron.

Ya no tuve paz. Los informes de nuestros fiscales seguían tardando en entrar, y cerca de las nueve presioné a Paul para que preparara una muestra de al menos 3%. Pronto estuvo lista. Y cuando leí en la pantalla del monitor aquel primer resultado en el que la UNO iba adelante con el 53%, le pregunté si podíamos considerarlo irreversible. Él asintió gravemente. Entonces, llamé a Daniel a la Casa de Gobierno.

—Lo oigo preocupado, doctor —me dijo en tono de broma.

—Será mejor que te vengás de inmediato —le dije yo.

Cuando todo estuvo claro para los dos, llamamos a una reunión urgente de la Dirección Nacional del FSLN en la Casa L en la Loma de Tiscapa, la residencia de Somoza y de su amante Dinorah Sampson hasta el último día, utilizada ahora por Humberto Ortega como despacho privado.

El ambiente era de confusión, y en algunos de incredulidad.

—Son muy pocos votos, tenemos que esperar —dijo, escéptico, Carlos Núñez, el Presidente de la Asamblea Nacional.

—Hay que aceptar que perdimos —le dije. —Esta tendencia no tiene vuelta atrás.

Pero llamé de todos modos a la Casa de Campaña. Paul tenía ya la muestra del 5%, y la proyección no variaba.

Por mucho que los usos del poder nos hubieran enseñado, el fraude electoral no estaba entre las lecciones aprendidas. A nadie se le ocurrió violentar los resultados, ni desconocerlos. El consenso unánime fue aceptar la derrota, y preparar desde ese momento la transición de manera ordenada. El juego táctico, se convertía en un juego leal.

Carter era el mejor emisario delante de Violeta y los representantes de la UNO, cuando ni siquiera existía un puente entre las dos partes, tras una campaña extremadamente ruda, y polarizada. Le pedimos una reunión urgente, y mientras tanto se resolvió reforzar los cuarteles con militantes sandinistas a los que se entregaron armas, en previsión de que la contra, alentada por los resultados, intentara una ofensiva para ocupar las cabeceras departamentales en los territorios en conflicto.

La reunión se dio cerca de las once de la noche en la Casa de Campaña. Otra vez, como en septiembre de 1979, cuando llegamos triunfantes a la Casa Blanca, Daniel y yo estábamos frente a Carter, que ahora quería consolarnos.

—Cuando yo perdí las elecciones creí que era el fin del mundo —le dijo a Daniel. —Pero no fue el fin del mundo.

Afuera, en un predio donde habíamos instalado un sistema de altoparlantes y reflectores para la celebración de la victoria, la gente seguía congregándose, y *El gallo ennavajado* sonaba a todo volumen. El Consejo Supremo Electoral empezaría a dar pronto los primeros resultados parciales, que coincidían con nuestras encuestas y con las del equipo de la UNO.

Antes de la medianoche Carter estaba de regreso. Le había transmitido nuestro mensaje a Violeta en su casa, y a partir de ese momento comenzaba el

proceso de transición que sería negociado bajo su patrocinio. Nuestros partidarios abandonaban ahora el predio, ya apagados los reflectores, y llenos de incertidumbre se dispersaban de vuelta a sus hogares, vestidos con sus camisas y gorras de campaña.

Se firmó semanas después el Protocolo de Transición, que sentó bases de estabilidad en un período de gran potencial explosivo para Nicaragua. Estableció la transferencia ordenada del gobierno, la institucionalización del Ejército y las fuerzas de seguridad, y el desarme ordenado de la contra; y reguló las transferencias de propiedad, a la postre la mayor fuente de conflictos.

El Protocolo dividió, sin embargo, a la UNO, y los más radicales dentro de la alianza triunfante acusarían a Antonio Lacayo, yerno de Violeta y su Ministro de la Presidencia, de haberse entregado al FSLN. Un entendimiento de aquella naturaleza, difícil de lograr dentro de las tensiones imperantes, chocaba con la voluntad de quienes querían la desaparición del sandinismo. Pero si el sandinismo no había ganado las elecciones, tampoco la contra había ganado la guerra; y sólo se imponía la convivencia.

En mis largas conversaciones con Daniel en aquel ambiente de abandono que iba creándose en la Casa de Gobierno, hablamos del tema de la propiedad, como ya he relatado, y también del poder mismo. Una tarde entró a mi oficina, presa de una gran desazón.

—Vamos a perder el poder —me dijo— ya lo estamos perdiendo, y no nos damos cuenta.

Era como si por primera vez pudiera recapacitar sobre las consecuencias de la derrota electoral. Pero creo que aquél fue sólo un momento de duda, dentro de su determinación obsesiva por conservar un poder que en el fondo, y de acuerdo a un antiguo esquema, no consideraba en verdad perdido.

El aparato de poder sandinista, tal como había venido afianzándose, estaba compuesto por diversos elementos que se articulaban entres sí: el gobierno, el partido, el ejército, las fuerzas de seguridad, los organismos de masas. Era un esquema hegemónico, que la guerra había contribuido a consolidar, y en el que el partido pretendía ocupar la cabeza.

Quizás como una manera de gratificarse a sí mismo, Daniel sostenía que la derrota electoral sólo significaba la pérdida de uno de los elementos de poder, el del gobierno, mientras los demás podrían seguir girando alrededor del partido. Y bastaba con empezar a gobernar desde abajo, aplicando la presión popular, no importa cuán violenta fuera, para imponer nuestros intereses. Fue así que a las pocas semanas de instalado el gobierno de Violeta se llamó a las huelgas, se levantaron barricadas en las calles, y se encendieron las asonadas callejeras, con lo que se consiguió ganar demandas sindicales. Pero fue un método que nunca convocó respaldo popular, y no tardó en perder eficacia.

Daniel actuaba, además, bajo la convicción de que todo reclamo de los trabajadores era justo por sí mismo, sin necesidad de detenerse a medir la viabilidad de la lucha emprendida, y sus consecuencias políticas. Éste era un método que se basaba en las viejas intransigencias revolucionarias, cuando

contra Somoza todo se valía; pero el gobierno de Violeta ni siquiera tenía en sus manos una fuerza represiva, y su fragilidad se convirtió, a la postre, en su fortaleza.

Yo pensaba, por el contrario, que el gobierno era el elemento clave de poder, porque representaba la legitimidad, y que sin él, todos los demás iban a desarticularse; y el primero en sufrir las consecuencias iba a ser el partido mismo, que se alimentaba económicamente del gobierno y ya no podría sostener su burocracia, inútil, además, desde la oposición.

Por lo demás, Humberto Ortega pudo quedarse en su cargo tras un forcejeo dramático que terminó de dividir a la UNO; pero fue el primero en entender la necesidad de colocar al Ejército bajo el paraguas de la institucionalidad, única manera en que podría sobrevivir. Se separó de la Dirección Nacional del FSLN, porque nadie entendería, en las nuevas circunstancias, que fuera al mismo tiempo Jefe del Ejército y dirigente de un partido, y menos del partido sandinista; y en su celo por demostrar independencia chocó muchas veces con Daniel, y se enemistó con los cuadros del FSLN a quienes llegó a acusar de terroristas por promover las asonadas callejeras.

Tomás Borge no tuvo la misma suerte como Ministro del Interior, y en su lugar fue nombrado un civil, Carlos Hurtado, muy cercano a Antonio Lacayo. Y la Policía Sandinista, surgida igual que el Ejército de la costilla de la revolución, fue la que más sufrió el papel de defender la institucionalidad amenazada por las fuerzas de choque del FSLN. Llegó a haber en esos enfrentamientos policías muertos que habían sido jefes guerrilleros, el mayor de los contrasentidos de aquel drama que se representaba tras las mismas barricadas, pero ya sin heroísmo.

Y los organismos de masas, surgidos también de la costilla de la revolución, federaciones sindicales, gremios de productores agropecuarios, de profesionales y técnicos, asociaciones de campesinos, de mujeres, de jóvenes, buscaron también su independencia como forma de ganar legitimidad, y pasaron a elegir a sus dirigentes en lugar de seguir aceptando que les fueran nombrados a dedo, desde arriba.

Las primeras semanas después de la transferencia de poder fueron cruciales para advertir cuál futuro nos esperaba. El FSLN no estaba preparado, como un todo, para asumir su papel de partido de oposición dentro del sistema democrático porque no había sido diseñado para eso. Su estructura vertical era inspiración de los manuales leninistas, de las imposiciones de la guerra, y del caudillismo, nuestra más vieja herencia cultural.

Se celebró por entonces una Asamblea de Cuadros en El Crucero, en la sierra de Managua, precisamente para discutir el futuro del FSLN como partido. Henry Ruiz (*Modesto*) y Luis Carrión, miembros de la Dirección Nacional, y Dora María Téllez y yo, entre otros muchos, encabezamos una posición que entonces logró amplia mayoría: tomar distancia de *la piñata*, y pedir cuentas a los responsables de malversaciones; asegurar el funcionamiento del FSLN como un partido democrático; y abandonar todo uso de la violencia. Pero esas resoluciones nunca se ejecutaron.

La insistencia en la violencia afectó profundamente al FSLN. El fin de la guerra había despertado un estado anímico nuevo en la sociedad, que se entregó sin reservas a consumir la reconciliación. Como ya dije, la guerra había desgarrado al país de arriba a abajo, dividiendo a todos los estratos sociales, y a la familia, que en Nicaragua sigue siendo la institución primordial.

Volvían miles de refugiados a través de las fronteras de Honduras y Costa Rica, volvían los expatriados de Miami, los desmovilizados de ambos bandos regresaban a sus hogares, y en las comarcas campesinas y en las ciudades se sentaban juntos a la mesa los jefes militares de la contra y del Ejército. Dos hermanas, Rosa y Marta Pasos, hijas del doctor Luis Pasos Argüello, uno de los renombrados juristas del país, habían sido una, vocera del Ejército en Managua, la otra, vocera del Directorio de la contra en Miami. Ahora se encontraban también. La tolerancia, la recuperación de los afectos era algo que el país disfrutaba, y en esa atmósfera los llamados a la violencia callejera resultaban extraños, salvo para los más fieles a la ortodoxia.

Tras asimilar el trauma de la derrota había llegado a sentirme aliviado. Salía del gobierno, y no tenía ningún cargo en el partido; así que hice planes para reemprender mi vida de escritor, y empecé por aceptar una invitación de la Universidad de Oviedo para participar en un ciclo sobre creación literaria.

Pero de acuerdo a la Constitución, como candidato perdedor a la vicepresidencia había sido electo diputado suplente de Daniel ante la Asamblea Nacional, que como candidato derrotado a la presidencia recibía el asiento en propiedad. La decisión de la Dirección Nacional del FSLN fue que Daniel se quedara a la cabeza del partido, y yo asumiera el asiento y pasara a ser Jefe de la Bancada Sandinista. Y los papeles que de esta manera nos tocó asumir, ayudaron a marcar la separación de criterios, y más tarde la división de posiciones entre los dos.

Para mí fue una experiencia nueva, y compleja. Entre los diputados electos había jefes guerrilleros y viejos cuadros sandinistas, de los que se llamaban históricos, muchos de ellos difíciles de llevar; otros de gran figuración en el gobierno, que antes de la derrota no tenían en mente ocupar sus escaños, y carecían, igual que yo, de experiencia parlamentaria; y aún otros de la anterior legislatura, fieles al Comandante Carlos Núñez, miembro de la Dirección Nacional del FSLN y hasta entonces Presidente de la Asamblea, encima de quien yo aparecía de pronto colocado. Por suerte mi hermano Rogelio estaba entre los electos, mejor político que yo, y capaz de congeniar con todo el mundo.

Lo primero fue establecer reglas democráticas en la toma de decisiones, empezando por mi propio cargo que fue sometido a votación; y elegimos una directiva, con Dora María Téllez como vicejefa. Discutíamos los temas de la agenda parlamentaria hasta la saciedad, antes de votar la posición a asumir en el plenario, y todos los acercamientos, acuerdos y alianzas también eran discutidos y votados.

Dentro del FSLN era un procedimiento nuevo, porque sólo se conocía la regla vertical; y el hecho de que por primera vez en la historia del país la Asamblea Nacional pasara a ser el centro de gravedad política, le dio a la bancada, y

a sus actuaciones, un peso propio, alejándose del aparato del partido que bajo la dirección de Daniel se había lanzado a las calles a desafiar el sistema que, mientras tanto, nosotros cultivábamos dentro del recinto parlamentario.

Porque de pronto nos encontrábamos en el salón de sesiones, al otro lado del pasillo, con los líderes de la contra llegados de Miami que ahora eran diputados, y con los antisandinistas recalitrantes que sólo querían vernos desaparecer. Pero abrimos el diálogo, y de esa convivencia nació un clima político diferente para Nicaragua.

El gobierno se vio desde el primer día sin una mayoría parlamentaria. Violeta Chamorro no pertenecía a ningún partido, y su candidatura había sido objeto de muchas disputas dentro de la coalición de la UNO, donde otra vez estaban desde los viejos comunistas hasta los conservadores del pasado. Esa coalición, ya frágil de por sí, se rompió tras la firma del Protocolo de Transición, y se creó desde el primer día una alianza mayoritaria entre los diputados que se quedaron respaldando al gobierno, y nosotros.

Pero habríamos de entrar a medio período en una alianza distinta, con el otro sector de diputados de la UNO, para lograr la reforma de la Constitución Política, ya entonces en contra de la voluntad del gobierno, y del propio FSLN, y en medio de una severa crisis institucional que involucró a todos los poderes del estado.

Las reformas constitucionales, promulgadas al fin en 1985, impusieron la prohibición a la reelección presidencial sucesiva, a la sucesión del Presidente por sus parientes más cercanos, y a que un pariente del Presidente pueda ser Jefe del Ejército. Liquidaban así la vieja tradición autoritaria del país, basada en los gobiernos familiares, y que la Constitución de 1987, la nuestra, había dejado intacta.

La disputa por las reformas terminó de poner fin a la alianza que se había abierto entre Antonio Lacayo, Humberto Ortega, y yo, desde el gobierno, el Ejército, y la Asamblea Nacional. Esa alianza, que desbordó el marco del FSLN y actuó no pocas veces en contra de los criterios de la Dirección Nacional, dio frutos mientras los tres pudimos mantenernos unidos alrededor de la búsqueda de la democratización, la estabilidad y el fortalecimiento de las instituciones. Facilitó el desarme de la contra y la transformación del Ejército, que pasó a tener un carácter nacional, sin apellidos partidarios, y le dio un marco institucional a la Policía Nacional. Y por último, sirvió para buscar solución a los problemas de la propiedad, que seguían siendo múltiples, y para ordenar el proceso de privatización, a pesar de todos los abusos que en ambos casos se cometieron.

La alianza se rompió no sólo por la cerrada oposición de Antonio Lacayo a las reformas constitucionales, que por ser yerno de Violeta vedaban su propia candidatura presidencial. Tuvo que ver también la insistencia de Humberto Ortega de quedarse como Jefe del Ejército de manera indefinida, cuando chocó con Violeta, que al fin le impuso su salida; y tuvo que ver la ruptura dentro del FSLN, de la que yo era actor.

Yo había entrado a formar parte de la Dirección Nacional del FSLN a raíz del Primer Congreso celebrado en julio de 1991. Entonces se dio un intenso

debate alrededor de la forma de elección, que quienes buscábamos desde entonces la renovación interna, propusimos fuera individual, y no por plancha. La plancha significaba que la vieja Dirección Nacional del FSLN podía ser reelecta en bloque, sin necesidad de que cada uno de sus miembros tuviera que ser votado por separado; y fue lo que se impuso.

Al fin entré yo en la plancha única, tras muchos forcejeos, junto con René Nuñez, fiel a la vieja guardia y todo el tiempo secretario de la Dirección Nacional, quien reponía a su hermano Carlos, muerto poco antes; y entre los dos completamos el número sagrado de nueve, porque Humberto Ortega ya no se presentó.

La mayor oposición a mi ingreso vino del lado de Daniel. No sólo porque estábamos ya en campos adversos, sino porque en él seguía pesando el criterio ideológico de que aquélla debía seguir siendo una Dirección Nacional compuesta de manera exclusiva por los sobrevivientes de las catacumbas, entre los que yo no estaba.

La fidelidad ideológica a un mundo que ya no existía seguía siendo una obsesión de la vieja guardia. Nació entonces la tendencia Renovadora dentro del FSLN, encabezada por mí, y como contraparte la tendencia Ortodoxa, encabezada por Daniel. Él buscó la convocatoria de un Congreso Extraordinario para dilucidar la disputa; y en ese congreso, que tuvo lugar en mayo de 1994, fuimos derrotados por la maquinaria burocrática, y resulté defenestrado de la Dirección Nacional.

No tardaría en perder mi cargo de Jefe de la Bancada Sandinista, que Daniel reclamó para sí, y muy pronto me vi puesto bajo las baterías que el partido reservaba para sus peores enemigos. El Padre Miguel de Escoto, ahora un ortodoxo encendido, compareció cinco días seguidos en la *Radio Ya* para cubrirme de vituperios escogidos. Después, por la misma radio empezaron a atacar con insidia de pandilleros a mi hija María, como conté al principio. Era una conspiración urdida desde la sombra por los mismos compañeros de mi vida.

Había llegado la hora de decir adiós. El mismo día que *Radio Ya* se ensañaba a toda hora con María, llamé a una conferencia de prensa en mis oficinas del barrio Las Palmas, y en presencia de Tulita y de mis tres hijos, que habían venido otra vez a acompañarme, anuncié mi renuncia a las filas del FSLN.

También todo aquello parecía irreal. Sentado frente a un enjambre de micrófonos a la mesa de sesiones donde la Bancada Sandinista había llevado adelante todos sus debates, tenía a mis espaldas el retrato de Sandino pintado por el maestro Arnoldo Guillén.

Ligeramente inclinado, el rostro afilado bajo el ala del sombrero Stetson, Sandino empuña en ese retrato un fuste con pomo de plata, y bajo la solapa del saco asoman las cabezas de un juego de lapicero y estilográfica. Era como si hubiera estado allí, otra vez, para despedirme. O para recibirme.

No puedo decir que no me sintiera conmovido. Por el recuerdo del pasado, por todo lo que quedaba detrás de mí. Y por los agravios, ahora que Saturno me alzaba desde el suelo para meterme entre sus fauces.

# Más acá de la literatura

M i g u e l F e r n á n d e z

H ACE MÁS DE TREINTA AÑOS QUE LA EDITORIAL NACIONAL de Cuba publicó la obra príncipe de Alexander Isaevich Solzhenitsin. Ninguna otra ha visto la luz entre nosotros, pero el autor no fue olvidado: el alemán Harry Thürk con *El acróbata* (Arte y Literatura, 1986) y el checo Tomas Rezac con *La espiral de la traición de Solzhenitsin* (Arte y Literatura, 1987) pudieron comunicarnos, en sendas traducciones al castellano, la intención publicística de tenerlo al menos como enemigo.

Es la misma tesis, pero vuelta al revés, que adelantó el *Times Literary Supplement* en su comentario sobre la concesión del Premio Nobel (1970): los libros de Solzhenitsin «han sido recibidos por cerebros vigorosamente lavados para que se lean de manera que intensifiquen el significado político y la atención antinatural en el autor». Mas *Un día en la vida de Ivan Denisovich* (1963) sigue la mejor tradición de la literatura rusa. El héroe de mi cuento—escribió Tolstoi—es la verdad. En su diario de guerra Solzhenitsin había fustigado ya la atmósfera irreal prevaleciente entre muchos escritores soviéticos. Esta postura crítica llegó a formar parte de los cargos penales en su contra, como reconoce el fallo del Tribunal Supremo (URSS) que lo rehabilitó en 1956. (Cuando entra en la escena literaria, el autor no tenía otros fines que contrarrestar aquella prosa bien alejada de lo concreto, así como restablecer una suerte de compromiso con la experiencia vital.

Las memorias de Nadezhda Maldelstam explican cómo el temor de su marido a que se perdiera el testimonio del pasado, dentro y fuera de las prisiones stalinistas, determinó que éste concibiera la literatura a lo Visarión Belinski. Si no es aliento de la sociedad ni trasmite sus dolores y temores; si no advierte oportunamente de los peligros morales —alega Solzhenitsin ante el IV Congreso de Escritores Soviéticos (1967)—, la literatura queda como simple fachada, pierde la confianza del pueblo y sus obras acaban por servir de papel de desecho, en lugar de ser leídas.



*Un día en la vida de Ivan Denisovich* distó mucho del sensacionalismo. Solzhenitsin evitó tanto los cuadros de violencia como las peroratas políticas, para concentrarse en una verdad imposible de olvidar y transmitirla tan fresca y completa como le fuera posible. Al efecto pudo haber tomado en préstamo una máxima de Gogol: se debe tratar honradamente a la palabra, porque es el don mayor que Dios ha dado al hombre. Si el permiso inesperado de publicación lo convirtió, como señalara Tvardovsky, en uno de esos fenómenos literarios que marcan un antes y un después, fue porque se expresaba una persona de talento y valor. El crítico Arkadii Belinkov observó ya que Solzhenitsin introdujo en la composición literaria rusa ideas desconocidas o enterradas acerca del bien y el mal, la vida y la muerte, el individuo y la sociedad.

Ivan Denisovich reflexiona que lo mejor del campo de prisioneros es que se tiene mucha libertad. Los héroes solzhenitsinos nunca dejan de vivir las experiencias de la integridad: reconocen el valor de una lata de sopa o de una hora de paz, aprehenden el significado de la amistad y el sentido mismo de existir...

Para el autor, la verdad no es cuestión filosófica enrevesada, sino aquello que debe reemplazar a las mentiras del presente. Así predica una suerte de responsabilidad social, porque no estar libre de la sociedad, sino en ella, presupone que se le diga la verdad a la gente, tal y como todos esperan. Muchas de sus obras recalcaron que si década tras década no se permite contar lo que uno está viendo con sus propios ojos, los cerebros se tornan irreparablemente obtusos, al punto de que casi resulta más difícil entender a un compatriota que a un extraterrestre. Solzhenitsin contribuyó, por lo menos, a disminuir ese peligro.

#### FRAGMENTOS DE OTRAS OBRAS (A MODO DE ILUSTRACIÓN)

Un tal Kozhevnikov, galardonado con el premio Stalin. Éste era A. Kozhevnikov, pero también había un S. Kozhevnikov y un V. Kozhevnikov. Diomka se quedaba pasmado al ver cuántos escritores había. En el siglo anterior hubo unos diez, todos ellos grandes, en éste hay miles: se cambia una letra y se tiene otro escritor. Hay un Safronov y asimismo un Safonov, al parecer más de uno. Y, ¿sería Safronov el único Safronov? Nadie podría leer entonces todos sus libros. Y no parece importar mucho cuál escoger. (*Pabellón de cancerosos*)

Cada vez que empezaba algo de cierta envergadura, se prometía a sí mismo y le decía a sus amigos que esta vez no haría concesiones a nada ni a nadie, que esta vez sí escribiría un libro auténtico (...) Pronto se percataba de que no escribía solo, que la persona para quien escribía flotaba ante él (...) Esta persona no era el lector, el camarada o el amigo, ni tan siquiera la crítica en general. Era siempre el crítico más importante de Moscú (...) Así que, párrafo tras párrafo, se esforzaba por anticiparse a las objeciones y adaptarse a ellas. (*El primer círculo*)

# Juegos y juguetes en la memoria ideológica del 98

Enrique José Varona

EL JUEGO COMO FENÓMENO HISTÓRICO, SOCIAL Y ETNOGRÁFICO, manifiesta actualmente un creciente interés en el campo de las ciencias sociales. Términos como ludoteca, ludística, ludometría o ludotécnica, enriquecen el vocabulario científico del siglo XX aportando nuevas posibilidades gnoseológicas e investigativas.

*Homo Ludens*, se ha llamado al hombre, sin olvidar que las especies animales más avanzadas, sobre todo los mamíferos, se apropian también de acciones lúdicas como reflejo incondicionado. La persistencia de la actividad lúdica desde la prehistoria hasta nuestros días constituye el centro de múltiples estudios que en muchos casos recrean nuevos e interesantes matices en la perspectiva histórica.

Los cambios sociales se reflejan directamente en la cultura lúdica de un pueblo, influenciando el comportamiento, los hábitos sociales, la educación. Al mismo tiempo, los juegos se nutren del entorno histórico contemporáneo para encontrar su definición y proyección colectiva. Desde ejemplos milenarios como el Ajedrez, practicado en la antigüedad junto a otros juegos de reflexión, de estrategia elemental o de azar, hasta las pantallas de nuestros ordenadores, el juego nos acompaña a través de los siglos como testigo excepcional de la evolución social.

En el paisaje histórico occidental, puede concedérsele una evidente importancia científica al juego sólo después de la revolución francesa de 1789. La metamorfosis de la percepción de la infancia y la adopción de las ideas de los enciclopedistas del Siglo de las Luces, se patentizan en los juegos del siglo XIX, marcados por el desarrollo de la burguesía y de las relaciones de producción capitalistas, la revolución industrial y las sucesivas guerras del período.

De las campañas napoleónicas a la primera guerra mundial se suceden y desarrollan más de mil y un juego

*nuevo y otros viejos*, parafraseando el título de un artículo publicado en 1889 en Nueva York por José Martí en su revista infantil *La edad de oro*. A través de esas líneas el autor expresa con objetividad el testimonio de un período en el que las relaciones de producción y el desarrollo educacional de una pedagogía moderna y diversificada, propiciaron cambios trascendentales en el espíritu lúdico y la concepción del juego. Martí comenta a los jóvenes lectores de América Latina un repertorio de juegos modernos norteamericanos, señalando el paralelo de la actividad lúdica contemporánea con los juegos de la antigüedad.



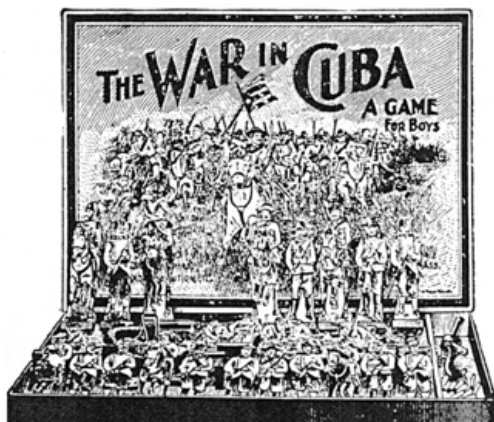
Cubierta del juego *The War in Cuba*. Parker Brothers, New York, 1897

Martí sin embargo, no llegó a conocer la extraordinaria influencia que llegaría a alcanzar en la industria norteamericana del ocio, la guerra a la que consagró su vida; influencia que se explica con la importancia simbólica de la victoria de los Estados Unidos sobre el viejo continente, el fin de cuatro siglos del dominio colonial europeo más implantado en el nuevo mundo y el afianzamiento total de la hegemonía yanqui en las antiguas colonias españolas.

Esta influencia, apreciable de 1897 a 1905 aproximadamente en la industria del juguete y los juegos de sociedad, constituye un elemento documental poco estudiado dentro de las consecuencias culturales de la guerra hispano-cubano-norteamericana en el seno de la sociedad estadounidense.

Hacia 1900, el mercado norteamericano contaba ya con diversas categorías de juegos y juguetes, que en gran número, exploraban la guerra contra España en sus más diversas facetas, exaltando la superioridad militar de los Estados

Unidos. Los ejemplos más importantes se agrupaban en la categoría de juegos de sociedad, que combinaban pedagogía y recreación con fines didácticos. Dentro de ellos, los llamados juegos de roles constituyen un grupo de importancia capital, por ser una vía eficaz de transmisión ideológica, fácilmente adaptable a los fenómenos históricos o a la política. Estos juegos desarrollan sistemas de ejercitación intelectual y físico-motora, que los sitúan cronológicamente en la modernidad. En el tema que nos ocupa, el aspecto ideológico y político se impuso como elemento protagónico, siendo aún más importante que el de simple instrumento recreativo.



**The War in Cuba.**  
With pistols shooting wooden ammunition. An exciting toy  
game .....\$1.25

Anuncio del juego *The War in Cuba*, publicado en el catálogo de Schwarz,  
New York, el 8 de noviembre de 1897

Cabe destacar el interés de la ludopedagogía en la sociedad norteamericana del momento. La adopción, por ejemplo, de sistemas como los de Richter (1806), Fröbel (1881) y otras teorías modernas de enseñanza, despertaron un interés abierto hacia el juego colectivo reglamentado, no sólo a nivel escolar, sino también extendido al ámbito doméstico y comercial.

Una familia dentro de los juegos de roles, es la llamada *wargames* o juegos de guerra, que alcanzaron gran difusión internacional en Europa y América durante todo el siglo XIX. Desde sus inicios, los temas preferidos del *wargame* fueron los conflictos bélicos medioevales, a menudo de inspiración fantástica e imaginaria, las campañas napoleónicas y las guerras coloniales. En norteamérica se comercializaron estos temas «clásicos», y se enriqueció el género con episodios de la independencia de las trece colonias, la guerra de secesión, o los enfrentamientos entre indios sanguinarios y aguerridos cowboys.

No obstante, la verdadera novedad de los juegos de guerra en los Estados Unidos a fines del siglo XIX está en la inclusión del conflicto hispano-americano de 1898 con carácter contemporáneo, confiriendo a los ejemplos lúdicos resultantes un importante valor documental como instrumentos de propaganda ideológica.

El primer ejemplo en este sentido, y quizás el más importante, es el juego *The War in Cuba* (La guerra en Cuba), que muchos niños estadounidenses recibieron en la navidad de 1897. Un hábil comerciante septentrional transcribió al universo lúdico una realidad histórica, poniendo a la venta cuatro meses antes de la explosión del Maine en el puerto de La Habana el 15 de febrero de 1898, un juego de guerra que implicaba una toma de posición ante el conflicto.

Este juego, publicado en el catálogo de navidad de la tienda *Schwarz Toy Bazaar* de Nueva York el 8 de noviembre de 1897, está constituido por un estuche de madera de 58 x 43 cm, representando en el frontispicio la imagen de una



Anuncio del juego Uncle Sam's Mail, publicado en el catálogo de Schwarz, New York, el 8 de noviembre de 1897

carga al machete encabezada por el General Antonio Maceo. Se trata de una cromolitografía en colores, que imita la iconografía militar europea postnapoleónica, exaltando en la imaginación infantil una victoria cubana preconcebida. Maceo es representado enérgico, victorioso, en primera fila, sobre su caballo blanco. Detrás le sigue su ejército, enarbolando una flamante bandera cubana. A lo lejos, apenas perceptible, el cadáver de un voluntario español no deja dudas sobre la toma de posición del fabricante ante el conflicto: la victoria es de Cuba. La caja contiene 35 figurines de madera recortada, entre ellos los generales identificados, y dos pistolas con municiones. Es un juego de destreza, destinado a desarrollar el tiro al blanco y apoyado en reglas simples de confrontación entre dos jugadores.

En el fascículo que explica las reglas del juego, el fabricante se refiere a *very familiar names* (nombres muy familiares), cuando cita a los generales cubanos Gómez y Maceo y a los españoles Weyler y Muñoz, lo que evidencia el interés contemporáneo de la opinión pública norteamericana, que llegaría a la conocida escalada de la prensa sensacionalista desatada por Hearst y Pulitzer.

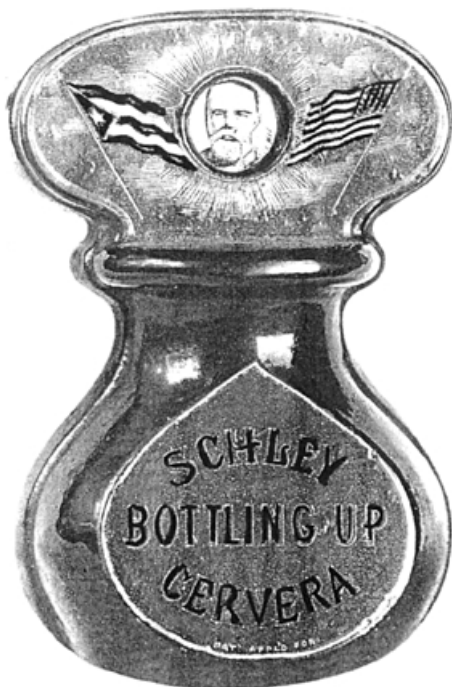
*The War in Cuba* fue producido por la firma *Parker Brothers*, de Salem, Massachusetts, considerada una de las tres primeras empresas norteamericanas de la segunda mitad del siglo XIX especializadas en juegos y productos diversos destinados a la infancia. Su línea de juegos de guerra se caracteriza por el empleo frecuente de soldados, de dimensión más pequeña que en el resto de los fabricantes del período, y por su calidad de factura, con cajas sólidas y decorativas. Fundada en 1833 por George Parker (1867-1919), esta empresa produjo a principios del siglo XX el juego de sociedad más vendido en el mundo, el célebre *Monopoly*, que generó en la Cuba republicana una popular versión conocida bajo el nombre de *Capitolio*.

Tras la aparición precoz de *The War in Cuba*, y después de la entrada oficial de los Estados Unidos en la guerra, más de una veintena de *wargames* se sumaron al tema, recontextualizando antiguos juegos a través de un enfoque directo de la guerra del 98.

Dentro de la copiosa producción del período sobresale la firma *Chaffee & Selchow*, de Nueva York, que realizó entre 1898 y 1899 varios juegos alegando el conflicto, centrados siempre en el bando americano *Sheley at Santiago Bay*, *Miles at Puerto Rico*, *Dewey at Manila*, *Roosevelt at San Juan* y *The little Corporal* son algunos de estos ejemplos.

Otros fabricantes trataron globalmente la contienda, como *Rhode Island Game Co.* de Providence, a través del juego de recorrido *Uncle Sam's at War with Spain*, que ilustra en su tablero la Casa Blanca de Washington, los puertos de Boston y Nueva York, el Palacio Real de Madrid, el puerto de San Juan de Puerto Rico y el castillo del Morro custodiando la bahía de La Habana.

Diversos juegos de sociedad se unieron a juguetes y a placas de proyección para linternas mágicas, representando la explosión del *Maine* o la toma de Santiago de Cuba. Hubo incluso alcancías mecánicas, como *The U. S. and Spain Bank* o la muy perseguida por coleccionistas americanos actuales, *Schley Bottling Up Cervera Bank*, alusiva a la batalla naval de Santiago de Cuba. En este juguete, mediante un ingenioso mecanismo de contrapeso, se sustituye la imagen del almirante español Pascual Cervera, representado entre las banderas de Cuba y EE.UU, en el cuerpo en forma de botella de la alcancía, por la del oficial americano Schley, tras introducir una moneda. De esta manera, siguiendo el mensaje simbólico que transmite la denominación del juguete, el peso de la moneda norteamericana «embotella» (*Bottling Up*) a Cervera.

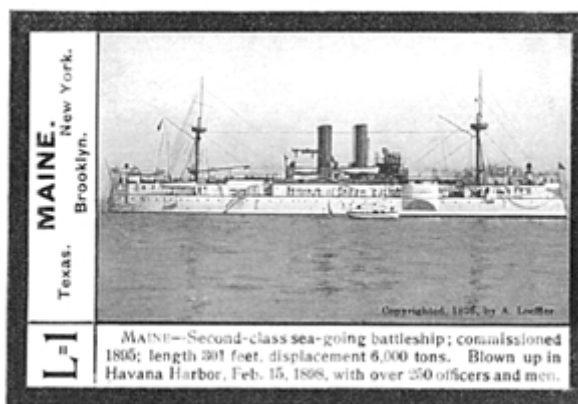


*Schley Bottling Up Cervera Bank*, una ingeniosa alcancía mecánica de fabricante desconocido. Estados Unidos, 1898. El general español Cervera, representado entre las banderas de Cuba y EE.UU, es «embotellado» por cada moneda introducida, apareciendo en su lugar la imagen del oficial norteamericano Schley

Por otra parte, para la navidad de 1898 se comercializaron en los Estados Unidos juguetes importados que evocaban la victoria contra España. La célebre firma alemana *Märklin*, de Goppingen, hizo desfilar por los estanques y playas norteamericanas, versiones reducidas de los navíos *Maine*, *New York*, *Oregon* y toda la flota que garantizó el poderío estadounidense en Filipinas, Puerto Rico y Santiago de Cuba, a través de verdaderas joyas de perfección tecnológica. Estos mismos navíos habían servido de tema a la firma *The Firestone Co.*, de Cincinatti, para patentar en 1896 el juego de cartas *White Squadron*, que se anunciaba como un juego descriptivo del poderío naval norteamericano. Se

trata de un juego de asociación de cartas apoyado en el modelo clásico de familias, que fue corregido y aumentado tras los sucesos del 98, agregando en la información referente a cada barco, el rol que desempeñaron en las batallas navales contra España.

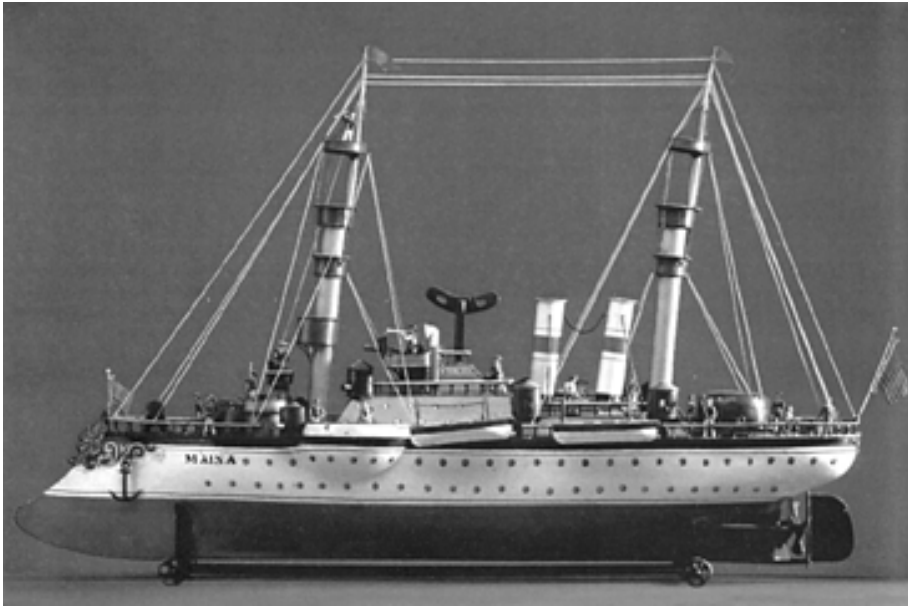
También dentro de los juegos de cartas, es interesante el conjunto *Hood's War Game U. S. vs. Spain*, que cuenta con 13 grupos o familias de 4 cartas cada uno, debiendo ser completados por dos o más jugadores durante la partida. En este caso las cartas se refieren a los ejércitos beligerantes, designando los navíos, las principales batallas, así como los oficiales cubanos, españoles y americanos. Este juego no excluye a los adultos, y refiere de forma muy directa las concepciones políticas del fabricante, representado por la firma *C. I. Hood & Co*, de Lowell, Massachusetts. Basta con leer el encabezamiento de la primera carta *The United States Wich Said that Spanish Cruelties in Cuba Must End* (Los Estados Unidos, quienes dijeron que las crueldades de España en Cuba deben cesar).



Carta representando el buque Maine y reverso de cartas del juego White Squadron, The Firestone Co., EE.UU., 1898 © Colección Tomi Ungerer, Museos de Estrasburgo, Francia



Es evidente el marcado interés político e ideológico implícito en cada uno de los ejemplos lúdicos citados, al mismo tiempo que reflejan la relación estructural entre guerra y juego. En ambos casos, guerra y juego, está presente el mismo principio de confrontación: la existencia de dos bandos opuestos, de dos campos o terrenos diferenciados y de un ganador al final del combate. Una relativa espontaneidad en el juego de guerra es acentuada por esta relación, difícil de encontrar en otros temas lúdicos, y bien aprovechada por la industria norteamericana del ocio para incorporar la política hegemónica de Washington a la conciencia nacional a través de la dimensión comercial del juego. Debe tenerse en cuenta que los *wargames* son dirigidos evidentemente al sexo fuerte, por lo que en este caso pueden asimilarse como un esfuerzo deontológico dedicado a potenciales soldados del futuro.



*Versión juguete del acorazado Maine, fabricada en Alemania por la firma Märklin hacia 1898, para la exportación a los Estados Unidos. Obsérvese la germanización del nombre*

Como lo demuestra el tema de la contienda hispano-americana, las acciones lúdicas enriquecen de forma permanente su contenido imaginario y narrativo a través de soportes variados y coherentes que influyen de forma decisiva en el pensamiento ideológico colectivo.

Los juegos infantiles y el juguete como objeto constituyen un reflejo de la sociedad que los genera y en este sentido, los juegos de guerra norteamericanos de 1898 representan una importante fuente de estudio poco frecuentada y digna de reflexión.



# El siglo perdido en Cuba

---

## Un comentario al artículo de Ignacio Sotelo

HACE UNOS VEINTE AÑOS QUE CONOZCO A IGNACIO Sotelo y que nos encontramos periódicamente en Alemania donde nuestro tema de conversación inevitablemente desemboca en Cuba. Él me ha invitado a dictar conferencias sobre la economía cubana en el Instituto de Política Internacional de la Universidad Libre de Berlín y yo me he enriquecido con su conocimiento de España y Alemania. Aunque no coincidimos en algunos aspectos, estimo a Ignacio, como intelectual profundo y ameno, izquierdista honesto, y hombre preocupado por los problemas del socialismo democrático en su patria y en el mundo. La última vez que lo vi en Berlín fue en el verano de 1997, cuando ya estaba preparando su viaje a Cuba y mostraba la excitación por la anhelada visita. Así que cuando vi su artículo en *Encuentro* (el simple título es un anticipo: «...un siglo perdido») fue lo primero que leí, de un tirón.

No me decepcionó su lectura. Estoy de acuerdo en la inmensa mayoría de su análisis económico y me complace que en el mismo ratifique puntos y cifras que aparecen en mis trabajos. Quizás la parte más importante del artículo es cuando se pregunta si el Líder Máximo es la causa principal del fracaso de la revolución, y a ese efecto describe los oportunistas «giros de ciento ochenta grados» de Fidel, de manera que a lo que «un día llamó negro, conviene más tarde considerarlo blanco». Ignacio ofrece como ejemplo de esto las oscilaciones antagónicas en la estrategia del desarrollo: en el azúcar (abandono primero y metas de producción utópicas después), en el turismo (erradicación y expansión a ultranza), en la industria (prioridad absoluta y democión a segundo plano). Pero dichos vaivenes han alcanzado un ámbito aún mayor, ya que no se limitan sólo a la estrategia desarrollista sino que atañen al sistema general de organización económica.

Carmelo Mesa-Lago

El 9 de marzo de 1999 presenté, en la Conferencia sobre Estudios Cubanos de la Universidad Internacional de la Florida, las primicias de un ensayo (que actualiza y sistematiza mis ideas anteriores) en que caracterizo los 40 años de la economía cubana por ciclos recurrentes entre el idealismo y el pragmatismo, entre el plan y el mercado. Por ejemplo: la «Ofensiva Revolucionaria» y el intento idealista de crear un «Hombre Nuevo» (1966-70), la tímida reforma hacia el mercado de estilo soviético pre-perestroika (1971-85), el «Proceso de Rectificación» anti-mercado (1986-90), el «Período Especial en Tiempo de Paz» con el viraje más fuerte hacia el mercado, pero interrumpido desde 1996. Ignacio resume con brillantez una idea similar: «En suma, en estos 40 años lo que más llama la atención es el carácter errático de la economía cubana, saltando de una posición a la contraria, impuestas en cada ocasión con el mismo optimismo dogmático, pese a que al poco tiempo todas hayan terminado dando los mismos pésimos resultados».

La parte en que el artículo me toca de cerca es aquélla en que Ignacio lleva este tipo de crítica a su extremo y sus interlocutores cubanos replican molestos: «Lo mismo que dices, lo están diciendo las clases dominantes más reaccionarias desde el mismo día del triunfo de la revolución. De creer a Carmelo Mesa-Lago, llevamos 40 años equivocándonos sin un sólo acierto. No es tolerable una reprobación global de todo lo ocurrido, porque ello significa entregarnos sin defensa a los Estados Unidos».

La citada frase por una parte me halaga (Ignacio confirma mi pensamiento y el discurso oficial lo reconoce, si bien lo distorsiona) pero por otra parte me sorprende. Como en el caso del marido engañado, yo he sido el último en enterarme que, en lugar de haberme situado en Cuba en el modestísimo estrato medio, pertenecía a la misma «clase dominante» de los Gómez Mena, los Lobo, los Fanjul, los Menocal, etc. Pero además descubro que estoy también entre los más reaccionarios, lo que escandalizaría en este caso a los grupos extremistas del exilio que me miran con recelo, en buena medida porque, desde 1968, me he manifestado en favor de eliminar el embargo (aunque de una manera negociada en pro de una apertura política) y porque participé en el Diálogo de La Habana en 1978. Mi buen amigo Carlos Alberto Montaner, buen exponente del pensamiento neo-liberal, también se extrañaría, ya que en una de nuestras estimulantes polémicas sobre el futuro de Cuba acabó tildándome de «social demócrata empedernido». Pero lo más absurdo es la afirmación oficial de que no he reconocido ni un solo acierto de la revolución. No hay duda que mi obra de 40 años ha documentado en detalle los múltiples errores de la política económica revolucionaria (si bien varias de mis críticas luego se aceptaron por el propio Fidel), pero igualmente es correcto que he reconocido los avances en la educación, la salud y la seguridad social (hasta la crisis del noventa) y esto último ha contribuido también a despertar el rechazo de los grupos más recalcitrantes del exilio. Es irónico que en la Mesa Redonda sobre la Economía Cubana, la cual aparece en el mismo número de *Encuentro* que el ensayo de Ignacio, sea yo (y no los socialistas Carlos Solchaga o José Juan Ruiz) el que más defienda

la necesidad de salvar los aspectos sociales positivos de la revolución en una Cuba pos-Castro.

La aviesa crítica oficial es reminiscencia de la polémica sobre la «Cubanología» en los años ochenta, cuando me convertí en el centro del ataque de funcionarios y académicos cubanos que acusaron (a mí y al programa de Cuba en la Universidad de Pittsburgh) de ser el centro ideológico en la estrategia para destruir a la revolución. Acusación que, con amplia y sólida documentación, demostré que era ridícula, incluso en dos artículos pioneros publicados en una revista económica de Cuba, respondiendo a mi principal crítico, el actual ministro de economía y planificación José Luis Rodríguez. Convencidos de la futilidad de esa campaña vil, la misma fue abandonada a fines de los ochenta, pero ahora parece resucitar en esta nueva etapa de histeria paranoica.

Es absurda también la conclusión oficial de que el tipo de crítica objetiva y documentada que hacemos Ignacio, otros académicos y yo (no la ciega «reprobación global de todo lo ocurrido» como ellos falsamente alegan), provoca «la entrega sin defensa a los Estados Unidos». Por lo contrario, es la intransigencia de la dirigencia cubana, su empeño en no permitir la crítica a sus errores y silenciar a los que se atreven a hacerla, y el cierre a toda posible apertura política, lo que más levanta el espectro de un colapso violento del sistema y una vuelta a la dependencia de los Estados Unidos. La reciente «Ley de Protección de la Independencia Nacional y la Economía de Cuba» y la condena a prisión de los «Cuatro de La Habana» por solicitar en su documento *La Patria es de Todos* el derecho a la participación política en la búsqueda de una solución pacífica nacional, son claros ejemplos de dicha conducta intolerante, que han generado considerable crítica internacional y puesto en peligro la celebración de la Cumbre y la visita de los Reyes de España a Cuba. Por último creo que el siglo que concluye ha acarreado sufrimiento y retrocesos pero también lecciones valiosas y avances en el largo camino por una Cuba mejor.

# Florencio Gelabert

Gerardo Mosquera

La diáspora de artistas cubanos en los 90 ha despertado muchas interrogantes. Una de las más frecuentes se pregunta acerca del futuro de su obra en tierra extraña, dados sus vínculos tan directos con el contexto de la isla. Otra preocupación contigua es el influjo negativo que puede tener el mercado sobre una práctica cultural que se desarrolló fuera de presiones económicas, sin hacer concesiones artísticas. Hasta ahora, en contra de algunas expectativas, en la mayor parte de los casos las obras se han mantenido, han mejorado o han encontrado nuevos derroteros. La posibilidad de concentrarse en el trabajo sin las mil constricciones materiales y espirituales que se sufren en Cuba, parece haber sido crucial para la mayoría de los artistas.

Florencio Gelabert fue el primero de su generación en establecerse en Miami. En su caso el exilio condicionó no sólo superar la desorientación que sufría su obra, sino alcanzar su máximo momento artístico. Desde 1991 su trabajo consigue una coherencia general. Su poética se afina en un lenguaje específico, llevando al máximo su capacidad de concentración expresiva. El interés matérico prevalece por encima del espacial y el constructivo, interiorizando la presencia del *minimal* en calidad de estructura, fundida dentro del discurso, como condensador de la expresividad de los materiales. Ocurre una estilización pero no en el mal sentido de la palabra, pues, por el contrario, las piezas ganan una rudeza y hasta una agresividad de gran impacto en términos visuales, físicos (en su presencia como objetos) y emotivos. Se trata en realidad de una depuración y resolución de su lenguaje.

La obra actual de Gelabert cumple las promesas de su comienzo, al comunicar una condensadísima y ruda poesía de la dialéctica entre el objeto y sus materiales, o, mejor, entre el material y sus objetos — pues su búsqueda parte ante todo de la materia— junto con una expresión simbólica que alude a la agresión, la defensa, y sus intercambios. Aparte de los valores intrínsecos de su obra, ésta constituye un espacio único dentro del arte cubano, signado por la personalidad de su autor más que por los procesos artísticos y culturales. A pesar de haber participado desde temprano en el movimiento de renovación de los 80 Gelabert ha permanecido fuera de sus orientaciones generales (afán analítico y conceptualizador, cosmovisiones no occidentales, cultura vernácula, crítica social, cultural, política y de la representación, apropiación directa, etc.), siguiendo como un camino aparte. De igual manera, es un caso único en la trayectoria de la escultura en Cuba. Un «extraño en la escultura» y en todas partes.



# Revista de Occidente

N.º 217

Junio 1999

## **CIEN AÑOS DE BORGES**

### **DICCIONARIO DE BORGERIAS**

Mario Paoletti, Ezequiel de Olaso, Norman T. di Giovanni,  
Horacio Salas, Pilar Bravo, Carlos García Gual,  
Carlos Hugo Mamonde, José Pazó Espinosa,  
Alberto Lezin

**ENTREVISTA CON MARIO PERNIOLA**

## La clave de un gran universo literario

JESÚS DÍAZ

---

Antonio Benítez Rojo  
*La isla que se repite*  
 Editorial Casiopea  
 Barcelona, 1998, 406 pp.

---

ANTONIO BENÍTEZ ROJO ES, A MI JUICIO, uno de los más grandes autores que escriben hoy por hoy en lengua española; sin embargo resulta desconocido por el gran público e ignorado por una buena parte de la crítica. El que Benítez Rojo sea conocido y reconocido en el marco de la lengua inglesa —gracias a excelentes traducciones y a editoriales y críticos de primer nivel—, no hace más que subrayar la flagrante injusticia de que es objeto en el que debería ser su propio universo lingüístico y poner de manifiesto la fragmentación e incluso la indigencia de éste.

Entre las causas que podrían contribuir a explicar la exclusión de la obra de Benítez Rojo de un canon al que sin duda alguna terminará perteneciendo señalaré tres. Primera, empezó a publicar en Cuba, durante los sesenta y los setenta, pero no fue un «intelectual orgánico» del régimen (al estilo de Roberto Fernández Retamar, por ejemplo), con lo que no se benefició de la maquinaria de construcción de prestigios de la izquierda oficial; segunda, siguió publicando en el exilio, pero no devino un exiliado emblemático (como sí lo fue, a justo título, un Reinaldo Arenas, digamos), con lo que tampoco se benefició de la maquinaria de la disidencia; y tercera, no fue nunca un escritor al tanto de la moda (como Zoe Valdés, pongamos por caso) lo que le ha impedido contar con el apoyo de la formidable maquinaria del mercado.

Puede trazarse con relativa facilidad un hilo conductor en la obra de Benítez Rojo,

tanto la escrita dentro como fuera de Cuba: el de sus propias obsesiones literarias. Es esa coherencia intelectual la que le ha permitido construir una obra de primerísimo nivel. En ella, *La isla que se repite*, su ya clásico conjunto de ensayos sobre la cultura caribeña, ocupa un lugar clave. Sin embargo, este libro estaba «fuera de mercado» en las librerías de lengua española hasta que hace poco la editorial Casiopea, de Barcelona, en un acto de justicia poética, nos ha hecho el regalo de reeditarlo.

Como todo clásico, el libro al que me refiero es susceptible de varias lecturas; a mí me interesa destacar, en el estrecho marco de esta nota, que *La isla que se repite* puede ser leído, también, como la clave de las obsesiones literarias y vitales de Antonio Benítez Rojo, como un acercamiento magistral al conjunto de su obra. «En tanto observador y parte del fenómeno caribeño —nos dice el Autor en el Epílogo (pág. 414)—, pienso que me habría sido imposible escribir este libro si mi propia vida no hubiera tocado la magia, el odio político y racial, y el intelectualismo posmoderno de la academia norteamericana».

Propongo un juego a los lectores de este libro admirable: que hagan una lectura cruzada de *El mar de las lentejas*, primera novela de Benítez Rojo (también reeditada por Casiopea) con las zonas de *La isla que se repite* donde el autor establece y desarrolla la cultura de «los pueblos del mar»; otra del libro de relatos *El escudo de hojas secas* a la luz del estudio teórico-literario de la «economía de plantación», columna vertebral (y otra de las lecturas posibles) de *La isla...* y una tercera del cuento «Recuerdos de una piel» a partir de los sobrecogedores descubrimientos literarios a los que asistimos en la Segunda Parte del libro que comentamos, en la que Benítez Rojo nos entrega una reveladora, complejísima y contemporánea interpretación de la figura y la obra de Fray Bartolomé de Las Casas.

Estoy seguro de que los resultados de tales juegos serán absolutamente esclarecedores, de que permitirán entender tanto la verdadera magnitud contemporánea y universal

de la obra de Benítez Rojo como el fascinante universo del Caribe; también lo estoy de que la novela que este autor prepara en la actualidad (y de la que hemos hablado en inolvidables veladas en Madrid y Nueva York), podrá leerse asimismo a la luz de *La isla que se repite* y más aún, adelante la hipótesis de que habrá de constituir con ella un todo formado por dos serpientes trenzadas alrededor de un palo, el Caribe, caduceo y a la vez corona de la realza literaria de Antonio Benítez Rojo. ■

---

## Treinta años de una voz singular

RAFAEL SOTO VERGÉS

---

Manuel Díaz Martínez  
*Señales de vida (1968-1998)*  
Col. Visor de Poesía  
Madrid, 1998, 130 pp.

---

MANUEL DÍAZ MARTÍNEZ (SANTA CLARA, 1936) ocupa un lugar relevante en la Generación del 50 cubana, también llamada Primera Generación de la Revolución. Involucrada ésta en las ideas trascendentalistas de la revista *Orígenes*, cobrará vida propia con voces personales como las de Heriberto Padilla, Pablo Armando Fernández, Domingo Alfonso, Eduardo López Morales, Nívaria Tejera, David Chericlán, Roberto Fernández Retamar y Fayad Jamís, entre otros, a los que habría que agregar algunos, más difundidos en Europa, como son Severo Sarduy, Carilda Oliver y el propio Manuel Díaz Martínez.

El proceso de «exteriorización» o de objetividad narrativa, llevado a su cenit por la revista *El caimán barbudo*, cedería sitio a estéticas coloquiales y a las audacias expresivas. Ganaría plaza el intimismo, a veces expresionista, y el culto a la memoria lírica. Ése

es, pues, el contexto en el que desarrolla su teoría expresiva nuestro autor.

La riqueza, diversidad y calidad de la poesía cubana, ya advertida por Juan Ramón Jiménez en su conocida antología, ha arropado el quehacer y la fluencia de este poeta singular. Pero sus aportaciones personales, su matiz íntimo, su *etymon*, deben ser aflorados, siquiera sea concisamente, en este breve artículo. Para ello, haremos un escueto recorrido por a) su vida y obra, b) su ideología poética y c) su drama textual o lengua lírica.

a) *Vida y obra*. Nacido el 13 de septiembre de 1936, en la ciudad de Santa Clara, Manuel Díaz Martínez residió siempre en La Habana, excepción hecha de un año de estudios en París y dos años en Bulgaria, dedicados a tareas diplomáticas. En febrero de 1992, y por causas políticas, se exilió en Las Palmas de Gran Canaria. Ocupado en el periodismo, la docencia y la creación literaria, trabajó como investigador, durante años, en el Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba. Fue jefe de redacción del suplemento cultural del periódico *Noticias de Hoy* y de *La Gaceta de Cuba*. En 1967 obtuvo el Premio Nacional de Poesía «Julián del Casal», de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. En 1994 ganó el Premio «Ciudad de Las Palmas de Gran Canaria». En 1995 creó, en Las Palmas, la revista universitaria de literatura y arte *Espejo de Paciencia*. En 1998, la Academia Internacional Oriente-Occidente, de Rumanía, le concedió el Gran Premio Internacional de Poesía «Curtea de Arges» por la totalidad de su obra. Ha dirigido seminarios y dictado conferencias en centros universitarios de Europa, Estados Unidos e Hispanoamérica. Desde hace varios años es miembro correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua. Ha publicado los siguientes libros poéticos: *Vivir es eso* (1968), *Mientras traza su curva el pez de fuego* (1984), *El carro de los mortales* (1988), *Memorias para el invierno* (1995), en tanto que su último poemario, titulado *Paso a nivel*, permanece inédito. Su antología *Señales de vida (1968-1998)* contiene selecciones de todos estos libros.

b) *Ideología poética*. Como un acarreo, una herencia o, tal vez, una reminiscencia, de aquella objetividad narrativa que propugnó el «exteriorismo», su poesía revela una relación de ida y vuelta entre los polos del *concepto / objeto*. Ya en el año 1967, Enrique Lihn observó la tendencia objetivante de su cuidada lírica: «Otra característica que comparte con sus compañeros de ruta latinoamericanos se refleja en el aspecto objetivista de algunos de sus poemas. La primera persona, que no abulta en ninguno de ellos, se adelgaza entonces hasta identificarse por completo con el poema objeto» (recogido por Luis Alberto de Cuenca, en su «Prólogo» a esta Antología comentada). Mas, como propugnase la *co-sificación* sartreana, y hasta la teoría *distanciadora* del poeta y dramaturgo Bertolt Brecht, nuestro autor se ha alejado del verso, aun antes de escribirlo. Así lo advierte Eliseo Diego: «parece que viniera de muy lejos en sus poemas, y así es, en efecto: viene de dar vueltas las cosas por su costado nocturno, abriéndole escotillones al abismo, con lo que aun los sucedidos muy recientes cobran esa resonancia, ese gran vaho de caja honda, en que se escucha la buena poesía de todos los tiempos. Véanse los versos que quedan bajo este título en sordina: «Mi madre que no es persona importante» (recogido por Luis Alberto de Cuenca en su «Prólogo»).

Azoramiento, tristeza, sensibilidad: «Hallo que tu libro (*Vivir es eso*) es triste, y tú mismo lo eres» (Agustín Costa, vid. «Prólogo»). Para Virgilio López Lemus, la poesía de nuestro autor se corresponde con una reflexión humanística, una endógena y emotiva visión del ser en la existencia. José Lezama Lima denuncia el *hueso quevediano* en sus pulmones caribeños. La tradición y la melancolía literaria, el conceptismo existencial y esa buena madera neorromántica, entre sentimental e irónica, han construido su obra lírica. Esa nocturnidad de su ojo crítico, sustantivo, *medroso* y contenido, ha devenido en poesía meditativa, de alto contenido visionario y de remota y necesaria trascendencia.

c) *El drama textual o lengua lírica*. En la

cuestión del texto, habría que remitirse, tanto como a Quevedo, a Emilio Ballagas o a Juan Clemente Zenea, en lo que concierne a la emotividad elocutiva. El cultismo cubano y la anunciada tradición hispana abonan unos campos semánticos de muy ricas contigüidades expresivas. Términos como *umbrío*, o *sorpresas grises*, denotan la opacidad objetual de sus visiones. Cioran nos advierte de que hace mal tiempo, en esa *pertinaz melancolía*. Pero el recurso a la belleza, a la sombra y la luz; al orbe «inconfesable» de los sentimientos, generadores de la poquedad imprecativa y de la ironía estetizante, también están ahí, ineludibles: *si yo aprendiera a ser como es el agua. O: sobre la mesa oscuramente yacen. / ¿Son rebujos de polvo, chamuscados / fragmentos de cortezas, renegridas / semillas vanas, pétalos marchitos...?* Y el sarcasmo lloroso: *Nadie ha dispuesto aún tus funerales, / señal de que no eres una persona importante* (del poema «Mi madre, que no es persona importante», dedicado a José Lezama Lima, en *Vivir es eso*, 1968). Pero más ironías beneplácitas: *Mis relaciones con la angustia son cordiales / porque no creo que en el mundo todo está ganado*. Y ese inenarrable lamento: *Yo, como todo hombre normal, estoy enamorado de una mujer, / de una gran mujer nerviosa, bellísima, al borde de la histeria (...). Estoy enamorado de una mujer, bellísima y neurótica como la Historia*. La épica, personal y emotiva. Y la sintaxis y la métrica, al servicio siempre de aquella refrenada compulsión, del dolor de un pasado, que se canta en presente. En versos bien rimados y en versos libres.

El claroscuro sentimental, la opacidad del laberinto por el que transita, con plena convicción de lo efímero. Y la abstracción intelectual, en los procesos distanciantes, y la hipostización romántica entre la mujer muerta, la voluntad místico / heroica, y la enervante soledad, han conducido a esta hermosa poesía. La insaturación lingüística, su refrenado y bajo *claxon*, entre los griteríos de la inconsciente marcha fúnebre, hacen de su alegato lírico un perfumado muro contra la desventura y la tristeza eterna. Estamos ante una poesía bellísima y profunda. ■



## Elixir de sabiduría

ENRICO MARIO SANTÍ

---

Rafael Rojas  
*Isla sin fin*  
 Ediciones Universal  
 Miami, 1998, 230 pp.

---

LA PUBLICACIÓN DE *Isla sin fin* NO PUEDE menos que describirse como lo que en filosofía se llama un «evento», una meditación que marca una época, deslinda un campo y sin el cual no se puede ya pensar. En ocho ensayos que el autor viene escribiendo durante varios años y publicando de diversos modos, el libro de Rafael Rojas cumple distintos propósitos, todos impresionables. Nos hace un repaso de la historia de Cuba, no para describirla sino para interpretarla. Así, nos ofrece una filosofía de la historia y entabla lo que él mismo llama, en varios momentos del libro, el meta-relato identificatorio y teleológico de la Revolución cubana. Me temo, sin embargo, que al señalar esos parámetros en su prólogo, el autor no le hace justicia a su libro. *Isla sin fin* es mucho más que una meditación sobre la situación política actual que, como la isla que Rojas estudia, no parece tener fin. En realidad, tenemos ante nosotros una nueva filosofía de la historia de Cuba, no la única que existe ciertamente, pero sí la más audaz, la más informada por la atalaya del pensamiento contemporáneo, y por lo mejor de esa terra incógnita que hoy llamamos, con desacierto, las «ciencias sociales».

No conozco ningún libro como éste. Es la obra de un historiador, pero también está lleno de agudas observaciones políticas; tiene líneas brillantes sobre textos literarios, pero siempre dentro de una meditación sobre la historia del pensamiento; habla acerca de teoría literaria, pero nunca deja de avizorar el horizonte de la filosofía. Es un ensayo, género que reúne todas estas carac-

terísticas, y más, pero sin anhelo de cierre y abriendo las perspectivas que los eventos históricos van ofreciendo. Que Rojas llegara a producir este libro no fue, ni es, un accidente. Formado dentro de la élite cultural cubana de las últimas cuatro décadas, Rojas es un resultado anómalo, en el buen sentido de contestatario, del régimen actual. Fue preparado intelectualmente para formar parte de la élite que gobierna, y hoy estaría haciéndolo si las circunstancias fueran distintas y él no tuviese la profunda conciencia moral que también lo caracteriza. Su formación fuera de Cuba, primero en la Unión Soviética y luego en México, cambiaron al joven pensador para siempre. Y la lección de esos viajes fue, en realidad, muy sencilla: la realidad es compleja, la historia no se puede reducir a una sola línea o tendencia, y los seres humanos tienen sentido no porque sean o piensen igual sino porque son diferentes.

La diferencia cubana, el título del cuarto y último ensayo de la primera parte de *Isla sin fin*, bien podría ser el subtítulo, o el mismo título del libro. Título que podríamos a su vez modificar y llamar, para mayor abundancia, en su plural: las diferencias cubanas. No sólo porque Cuba, como España, como dice el anuncio publicitario, «es diferente», sino porque la historia de Cuba, como toda historia, es la historia de las diferencias —sociales, ideológicas, raciales, culturales, económicas, políticas, geográficas, etc.— que forman el tejido de una nación. Pensar esa diferencia, por encima de las predilecciones personales del filósofo, el partidismo del político o los intereses del *bussinesman* ha sido el gran reto —vale decir el gran fracaso— de la época moderna, empezando por la confección de sistemas totales en filosofía, y terminando con los totalitarismos en ideología y política.

Rojas señala el metarrelato identificatorio y teleológico de la revolución porque éste ha sido, en efecto, el más excluyente. A sabiendas, desde luego, que la palabra Revolución a la que él se refiere y le dedica tantas páginas, tiene como referente una tendencia de pensamiento o mejor dicho de creencia política a todo lo largo de la histo-

ria cubana a partir de su despertar dentro de la modernidad (fines del siglo XVIII), y no necesariamente a los desmanes de un barbudo delirante. La crítica que hace Rojas es, en este sentido, mucho más abarcadora y, por tanto, mucho más profunda, terrible y, sobre todo, peligrosa. No en balde cada vez que se publica uno de los ensayos de Rojas —pienso sobre todo en el caso de uno como «La otra teleología cubana»— los funcionarios del régimen le han salido al paso con respuestas rápidas. Pensar la diferencia cubana, a la manera que lo ha hecho Rojas, equivale a decir, en filosofía, que «la Patria es de todos».

Es cautivante, en este sentido, constatar la relectura de la historia cubana que Rojas realiza a partir de la dialéctica del Iluminismo, el concepto que acuñaron juntos Adorno y Horkheimer, y luego recogió Habermas, en virtud de la cual se yuxtapone una «razón instrumental» a otra «razón emancipatoria». Si la razón instrumental es la propuesta por el liberalismo industrial, que en Cuba encuentra su tradición a partir de Arango y Parreño y encuentra sus avatares contemporáneos en Fernando Ortiz, Ramiro Guerra y Manuel Moreno Fragnals, la otra razón emancipatoria es la esgrimida por la tradición, por el Padre Varela, que culmina en Martí, y luego se degenera en el pensamiento jacobino, o dícese revolucionario, del siglo XX. Si la lógica instrumental piensa la isla como progreso material, la otra la piensa como isla profética, al decir de Waldo Frank: esa cabeza de playa de una liberación ética y espiritual que cubriría al continente americano entero, que fue el sueño de José Martí y la pesadilla del Che Guevara. Una es, en efecto, utilitaria; la otra, emancipatoria, utópica y, sobre todo, teleológica: el telos, el fin, el destino, determina su razón de ser y su forma de devenir. Y por eso la una es atea, o al menos material; mientras que la otra es religiosa —aun cuando, como en el caso del actual régimen, su postura pública, hasta hace poco, al menos, haya sido indiferente hacia la religión. Esto podrá lucir paradójico, pero las complejidades de la Historia casi nunca se adhieren a una lógi-

ca racional. Por eso mi maestro Octavio Paz decía que el buen historiador no sólo es un buen científico sino también un visionario. Rojas es, en este sentido, un visionario ejemplar.

Cómo estas dos razones, o lógicas de la Modernidad, en una dialéctica autojustificatoria se conjugan en la historia de Cuba es precisamente el metarrelato que Rojas desentraña de una manera brillante y, yo diría, muchas veces sorprendente. Sin ese metarrelato, diría yo, no podemos ya pensar muchos aspectos de la historia cultural de nuestro país, y hasta de la historia a secas. La filosofía de la historia fraguada por un Cintio Vitier en *Ese sol del mundo moral*, por ejemplo, aparece ahora, al decir de Rojas, impuesta «sobre otra racionalidad de tipo instrumental, articulada por el liberalismo reformista, autonomista y anexionista». El resultado actual de nuestra historia será, en efecto, la pesadilla de la razón emancipatoria o utópica, pero lo importante no es ya ver esa pesadilla únicamente como el sueño martiano subvertido por Fidel Castro y sus secuaces sino como un discurso latente en la Historia de la isla que permitió el empalme retórico y autojustificatorio del actual régimen. Si el castrismo, para repetir el lugar común, no es causa sino resultado, la respuesta a ese enigma está, según Rojas, en la imposición de esa otra lógica, la utópica y trascendental, que la historia de Cuba no ha podido, o no ha querido, pensar, dialectizar y, finalmente, olvidar.

Nadie ha leído la historia intelectual y política de Cuba como Rojas, en el sentido de que nadie nunca lo ha hecho con semejante amplitud y fuerza abarcadora. Una idea tan al parecer peregrina como la «teleología insular» de Lezama Lima, por ejemplo, viene a ser, según este esquema, la versión poética, y totalizante, cuando no totalitaria, de la razón emancipatoria implícita en nuestra historia. Mi entusiasmo por la publicación de este libro es tal que bien podría convertirse, él mismo, en el germen de otro movimiento utópico, ése que postularía, a la lectura o digestión de su contenido, en una liberación del lector. Leer este libro sería, de esta manera, una de esas señales

que el propio Lezama, como el visionario que era, postulaba en salteados números de *Órigenes* como signos proféticos del devenir histórico. Pero nada estaría más lejos del propósito aleccionador de la meditación de Rafael Rojas. Al final del libro, al terminar su defensa de lo que él llama la tradición suave de convivencia y reflexión, Rafael invoca que «el encuentro con la huella de una fuga basta para hablar de nuestra historia». Es ese encuentro con la fugacidad de la historia, y no con su peso fuerte y supuestamente liberador, el evento que *Isla sin fin* nos invoca. Como en el poema de Gorostiza, que nos invita a pensar la muerte desde la liminalidad del ser enfermo, el texto de Rafael Rojas nos invita a considerar la forma del vaso para empezar a beber el elixir de la sabiduría. ■

---

## Páginas de amor y nostalgia

MANUEL DÍAZ MARTÍNEZ

---

Santiago Castelo  
*Hojas cubanas*  
Academia Cubana de la Lengua  
La Habana, 1998, 180 pp.

---

EN LOS POEMAS, DISCURSOS, ARTÍCULOS Y crónicas reunidos en este libro, el poeta y periodista español Santiago Castelo, subdirector del diario madrileño *ABC* y miembro correspondiente de la Academia Cubana de la Lengua, da fe de su amor a Cuba. Un amor que llega al fervor y que le conozco desde hace largo tiempo, desde aquella lejana tarde de 1989 en que le escuché, en «el silencio espectral y mágico» de la casa de Dulce María Loynaz, en El Vedado, su curso de ingreso a nuestra Academia.

Atrapados por una mirada emotiva y llevados a una escritura en la que juntan y

complementan sus oficios el lírico y el periodista, paisajes, acontecimientos, personajes humildes y figuras de las artes y las letras desfilan por esta suerte de devocionario insular, que viene a incorporarse, con su visión amable pero también por momentos crítica de la Cuba de hoy, a la bibliografía de viajeros que han pasado por la isla y han dejado testimonios que son parte de la memoria del país.

Es evidente en estos versos y prosas de Castelo (las últimas, casi todas, publicadas en las páginas de *ABC*) la voluntad de exaltar los vínculos culturales que, pese a todos los desencuentros y turbulencias que conocemos, unieron a criollos y peninsulares durante cuatro siglos y que se han mantenido, con las inevitables mutaciones que imponen los avatares históricos, aún después de la gran ruptura de 1898. En uno de sus más bellos artículos nos dice Castelo: «Todo habla de España en las calles de La Habana. Se respira en las casas, se gusta en las comidas, se presiente en el aire. La Habana es un pedazo de Andalucía, de Extremadura, colocado en el corazón del mar Caribe». Por la vía de la evocación emocionada de un encuentro de amigos, de una escena teatral, de un rincón habanero, de una charla, de un crepúsculo, de una noche, portador él de esa nostalgia por Cuba que aún hoy flota en el alma española —«a todos los españoles nos traen (las calles habaneras) rumores de viejas cartas con sabor antillano y virreinal»—, Castelo se funde espiritualmente con la isla dejándose fagocitar por ella.

Si en el conjunto de poemas que constituyen las primeras secciones del libro («Y amén por siempre, Cuba» y «Sonetos del Gran Teatro») hallamos una apasionada incursión lírica a lo cubano, inclusive en el uso de formas habituales de la versificación insular, como la décima y el son (en la estructura acuñada por Nicolás Guillén), en los textos que integran las secciones en prosa («Discursos», «Artículos y crónicas» y «Habaneras de los doce meses») hallamos que esa incursión se efectúa a través de una mirada directa sobre la realidad inmediata de la isla. Castelo es un excelente periodista. Tiene sagacidad, cultura y experiencia y

sabe apartar el grano de la paja. Su prosa, cuidada, precisa, lo que nos quiere dar nos lo da con vivacidad y elegancia, virtudes convertidas en tradición del periodismo hispano por los extraordinarios articulistas que de Larra a nuestros días han surgido en este país.

Castelo dedica algunas de las más afortunadas páginas de su libro a la bailarina Alicia Alonso, al compositor y pianista Ernesto Lecuona, a la soprano Esther Borja y a los poetas Dulce María Loynaz, Nicolás Guillén, Eliseo Diego y Gastón Baquero. Al aproximarse, con el respeto y el alto nivel de conocimiento con que lo hace, a la labor de cada uno de estos creadores de la cultura cubana contemporánea, nos deja ver cuán familiar y fascinante le resulta el mundo intelectual isleño, con el que desde hace tiempo viene relacionándose tanto desde España como en la misma Cuba.

Para mí, los textos de esta colección que ejemplifican las singulares dotes de prosista de Santiago Castelo y su capacidad para captar y transmitir, aun en sus matices más sutiles, el drama actual del cubano —textos, algunos de ellos, que podrían ocupar sitio en cualquier muestra antológica del periodismo español de nuestros días—, son los que el autor agrupa al final del libro bajo el rubro de «Habaneras de los doce meses». Ante los ramalazos de realismo crítico que dejan marcas de amargura en estas cariñosas viñetas, y dada la conocida política del régimen castrista de no tolerar críticas a sus realidades, no deja de ser cuanto menos curioso que la Academia Cubana de la Lengua haya prohijado las *Hojas cubanas* de Castelo (precedidas, además, por un prefacio de Alicia Alonso), en las que pueden leerse párrafos como éste: «Silba suavemente el viento tropical. La noche avanza. En la primera planta del hotel hay un bar que tiene nombre americano «Cocktail Blue». En Cuba hemos vuelto al círculo vicioso. Y eso enerva. Como entonces, todo funciona con dólares; hay un hotel de lujo que concita, como entonces, los deseos; y millares de cubanos que no pueden entrar en él, como entonces, si no es del bracero —y camino de la cama— del turista de turno». ■

## De amor y de exilio

MARÍA MONTES

Eduardo Manet  
*D'amour et d'exile*  
Bernard Grasset  
Paris, 1999, 276 pp

EL CASO DE EDUARDO MANET, NOVELISTA y dramaturgo (Santiago de Cuba, 1930) es poco común. Bien apreciado por el público francés, desde su pieza teatral *Las monjitas*, en 1969, y más recientemente por una larga serie de novelas en que aborda diversos temas de la realidad cubana, Manet aparece en la actualidad como un perfecto marginado del portentoso mundo editorial hispano-americano.

Tal vez porque las españolas no lo publican, tampoco lo hacen otras editoriales consagradas casi exclusivamente a los autores latinoamericanos. Es posible que el fenómeno responda a políticas de edición erróneas, inspiradas en el rechazo de los escritores ancianos, es decir, de aquellos que por razones particulares han decidido escribir en otra lengua que la suya propia. Como, cualesquiera que sean las razones, el obstáculo no se debe a ningún juicio de valor, quisiera tener hoy el optimismo de creer que la obra de Manet está siendo considerada para su próxima traducción y publicación al español.

Perdonen entonces los que han podido conocer *D'amour et d'exile* en el original francés esta síntesis del argumento que en otro caso no se justificaría.

Leonardo Esteban, alto empleado del Ministerio de Comercio Exterior cubano, de 54 años, ha decidido exiliarse en Francia aprovechando un viaje de funciones. Su único conflicto es de orden amoroso. Exiliarse deberá implicar la renuncia al único lazo que actualmente él reconoce: una relación de amor pleno y gratificante con Berta, su amante desde hace 11 años, empleada en el propio ministerio, mujer casada, madre,

hermana de un coronel de la Seguridad y ella misma, por razones familiares y de trabajo, integrante de sus filas.

En el afán por reunirse una vez más con Berta, Leonardo alega pretextos personales para retardar su regreso a la Isla, lo cual desata la alarma en el Ministerio del Interior. En medio de las dudas, pero sin saber en realidad a qué atenerse ante la singular demanda del antiguo combatiente y trabajador intachable, las autoridades cubanas deciden encomendar a Berta la misión de rescatarlo.

Trabajada como arcano de Tarot, *D'amour et d'exile*, nos presenta sus dos caras. Habla mucho de una parte mientras la otra, igualmente esencial, guarda con celo su sentido. Este hermetismo perturbador, que se mantiene hasta el final de la novela, se presenta como una propuesta firme: el hombre, buscador eterno de sí mismo, es pregunta ante su alma.

El personaje de Leonardo Esteban se afirma, se define en el terreno resbaladizo y sorprendente de las motivaciones internas. Entre su determinación de no volver a Cuba y el intento de ganar para su causa a Berta, Leonardo Esteban pisa un suelo minado por contradicciones. Es en esta tensión que surge la necesidad del personaje de repasar su vida, sin que parezca mediar en ello nada que comprometa la decisión tomada. No se trata, pues, del frecuentado tópico del conflicto ante la elección, sino de un viaje introspectivo que aporta al individuo, con la riqueza de sus claves, orientación y conocimiento de sí.

En la revelación paulatina de la biografía de Leonardo, Manet indaga en las raíces del pasado histórico de su país para dejar lanzada, como un reto, una pregunta capital. En un país poblado por emigrantes ¿tiene que ver con la definición de nuestros días tantos exilios encontrados en una Cuba en formación?

A través del lúcido análisis que sobre diferentes tipos de exiliados realiza el personaje de Altunaga, y que el ejemplo de Zumárraga completa, Manet se refiere de modo preciso a la historia de Cuba y a sus pobladores, dejando entrever con nitidez nexos de continuidad con el presente.

La relación inversa que caracterizaría la inmigración / emigración en nuestro pasado / futuro no interesa al autor por su obviedad, pero queda implícita en el miembro del par que marca los orígenes.

Existen los exiliados típicos de siempre y otros que, como Leonardo, inauguran lección aparte, al emerger de otras circunstancias en las cuales se imbrican el presente y la actualidad.

Veamos los tres casos de exiliados que presenta la novela.

1. Hay, de un lado, aquéllos que son enviados fuera del país con el propósito de hacerlos defender los intereses de la patria, tal cual acontece a Zumárraga, enviado a Cuba cuando la guerra cubano-española. Es el drama de tantos hombres colocados al servicio de un ideal, una bandera.

Como contrapartida de éstos y en el mismo rango, el autor distingue a los negros africanos, arrancados salvajemente de sus tierras para hacer de ellos unos emigrantes de por vida: «El exiliado, Leonardo... es un poco como los esclavos negros. Ellos también han sido transplantados por un imperativo brutal».<sup>1</sup>

Otra variante es la integrada por aquéllos que se ven obligados a escapar de su país para evitar la cárcel, la persecución o la muerte. Son los exiliados políticos de todos los tiempos y que Antón Altunaga, en su escapada de las fuerzas represivas de Franco, tipifica.

En todos estos casos, aclara el padrino, es el concurso de fuerzas externas el que decide sin que medie para nada en ellos el deseo ni la voluntad del exiliado.

2. Y, luego, están los movidos por imperativos económicos, los que «han abandonado su país por propia decisión. Ellos han ido a México, a Canadá, a la Argentina, a las Américas, atraídos por el Nuevo Mundo, con la sola idea en la cabeza de volverse ricos».<sup>2</sup>

A estas dos filas de hombres impulsados al exilio por factores de orden político o so-

<sup>1</sup> E. Manet, *D'amour et d'exile*, p. 30, traducido por M. Montes.

<sup>2</sup> E. Manet, *op. cit.*, p. 25, idem.

cio-económico, se añade el caso de los que, como Leonardo, obedecen a un impulso nacido del interior y que sólo casuísticamente es posible analizar. Pierre Lepape, en un artículo reciente sobre esta novela, cree con Hugues de Saint Victor en la existencia de una rara casta de individuos proclives al exilio, que el personaje de Eduardo Manet ilustra.

Permítaseme citar un fragmento de su comentario:

«Y luego existe el caso más extraño de ‘verdaderos’ exiliados, aquéllos que Hugues de Saint Victor calificaba de ‘perfectos’: aquéllos que han elegido el exilio cuando nada les obligaba a hacerlo, sino una imperiosa necesidad. Es el caso de Leonardo Esteban, el héroe de la novela de Eduardo Manet. Es el caso de él mismo, que abandonó Cuba y su lengua materna hace treinta años por vivir en Francia y escribir en francés. Las más de las veces sobre Cuba».<sup>3</sup>

Sin embargo, cuesta reconocer en Leonardo la madera del «emigrante puro» o del «exiliado perfecto». Leonardo ha estado demasiado comprometido con la realidad política de Cuba para que su silencio terco y absoluto a este respecto pueda pasar por inocente. Aunque el crítico francés tiene razón al señalar que la determinación del protagonista no aparece provocada por contingencias externas, no es posible guiarse en esta novela por lo que exclusivamente se nos dice, ya que igual o mayor importancia mantiene en ella todo lo que se calla, lo que es desterrado a posta del lenguaje discursivo de los personajes principales.

Esta estilística del silencio obedece al propósito del autor por apartarse en esta obra de caminos trillados al abordar, una vez más, la problemática política cubana. Manet trabaja aquí por omisión. Con atrevimiento desenfadado él corta, elimina, extrae todo lo que puedan remitir directamente al contexto político de la Cuba actual para crear

con esa extraña e imposible extirpación un eco amplificado del tema y una perspectiva nueva para interrogarlo.

Considero, efectivamente, con Lepape, que la falta de confrontación ideológica entre los personajes de *D'amour et d'exile* es uno de sus aciertos más cumplidos. De nada valdría argumentar las crisis, las interrogantes, las expectativas personales o el puñal acuñante de lo problemático y doloroso de la realidad si, de pronto, el hombre no consigue ver todo claro en su interior, como le acontece a Leonardo en el presente.

Por eso, a sabiendas de que él le debe una explicación a Berta, quien no puede, desde luego, conformarse con la razón de una pretendida búsqueda de El Dorado en el País Vasco, Leonardo evade de mil modos la respuesta, creando con ello un clima de tensión que aumenta con el desarrollo de la trama y que sólo la fuga de Berta logra distender.

Colocados entonces ante la gran pregunta de su destino como pareja, lo que les aterra hasta el final es si podrán situarse por encima de ella y lograr seguir marchando juntos o si tendrán que pagar con la separación.

Desdeñando todo paralelismo con la biografía del autor, que no viene al caso, habría que considerar en Leonardo su diferencia esencial con los exiliados de vocación, otra manera de llamarlos, por el simple hecho de que él va a permanecer de un modo u otro preso dentro de la realidad que abandona, aunque no sea más que porque en ella queda Berta. El epílogo de *D'amour et d'exile*, con el ceremonioso ritual del retorno de Leonardo cada mes al lugar donde ambos tiraron la monedita para invocar el milagro de permanecer juntos, no puede ser interpretado de otra manera que como el sacrificio del amor ante la libertad, lo único que puede estar más alto.

Todo adquiere, entonces, sentido, si vemos en Leonardo al individuo que reivindica para sí un acto de libertad suprema en un momento de crisis moral e ideológica que, fuera del contexto cubano actual, no se explica.

Precisamente, cuando desaparece el aliciente político-social que lo sustenta y el hombre ve su vida convertida en la de un

<sup>3</sup> Pierre Lepape, *La Havane mon amour, Le Monde*, 19 de febrero de 1999, traducido por M.Montes.

autómata, su única defensa es la afirmación en la libertad. Libertad que es salvadora y sólo en sí misma perfecta porque es responsable. Para decirlo con palabras de Kafka, Leonarndo actúa como si Altunaga le dijera:

«Tienes tu patria y puedes renunciar a ella y quizás sea lo mejor que puede hacerse con la patria, especialmente porque a lo que hay en ella de irrenunciable no se renuncia realmente nunca».<sup>4</sup>

Más que con razones suficientes, los personajes de Manet expresan de manera inédita, con su palabra silenciada, el viejo desgarramiento ante un mundo de imperativos políticos caducos.

La astucia con que el autor escapa a los estereotipos más característicos de una buena parte de la novelística cubana actual es prueba de su talento como escritor. En *D'amour et d'exile*, Manet ha sabido dosificar ingredientes habituales, tales como sexo, deserción, crisis moral, viaje interior, desarraigo, amor, logrando finalmente esa «verosimilitud» que era toda la realidad que Aristóteles demandaba a la obra de arte. ■

---

## La cara oculta de La Habana

JOAQUÍN ORDOQUI GARCÍA

---

Pedro Juan Gutiérrez  
*Trilogía sucia de La Habana*  
Ed. Anagrama, Col. Narrativas Hispánicas  
Barcelona, 1998, 360 pp.

---

**E**S MUY PROBABLE QUE CUALQUIER ACERCAMIENTO a la obra de Pedro Juan Gutiérrez comience recordando a Bukowski, a

Hemingway (maestro de Bukowski) o a Henry Miller. Es casi seguro que una de las primeras reacciones del lector de *Trilogía sucia de La Habana* será el escándalo ante una narración descarnada de la sexualidad habanera, sobre todo en sus modalidades más aparentemente marginales. Una vez detectadas las inevitables progenitoras, después de superar el asombro provocado por el voluntario cinismo del autor, si el lector es serio, comprenderá que estamos ante una de las obras más honestas, necesarias y estéticamente coherentes de la narrativa cubana y acaso la única donde lo popular abandona su permanente condición de objeto para asumir el protagonismo del sujeto: no es relatado, sino que relata.

Llegado a este punto, se hacen necesarias dos aclaraciones. Primera: *lo popular* en Cuba es una abstracción, una estadística, cuyas esencias, comportamientos y gustos varían considerablemente según la región, la ciudad, el pueblo o el barrio donde habite el sujeto; segunda: la *región* (no precisamente más transparente) que Pedro Juan Gutiérrez trasciende en literatura es, principalmente, la habanera, donde las fronteras entre lo popular y lo marginal pueden llegar a ser muy imprecisas.

Una vez hechas las anteriores, se impone una tercera: nada más lejano a una literatura *sociologizante* que *Trilogía sucia de La Habana*. Desconozco los avatares biográficos del autor, pero es indudable que para llegar a un libro como éste, es necesaria una muy curiosa suma de experiencias —vitales y culturales— donde son evidentes dos elementos: una participación completa en el mundo que se narra y un dominio consciente del lenguaje y de las estructuras narrativas.

Como indica su título, el libro consta de tres partes («Anclado en tierra de nadie», «Nada que hacer» y «Sabor a mí»), aunque las dos primeras tienen tantas afinidades entre sí que no logro descubrir las razones para separarlas. En ambos casos, se trata de relatos breves, siempre narrados en primera persona, casi siempre carentes de una dramaturgia aristotélica, y que se apoyan y refuerzan entre sí, dotando al conjunto de

---

<sup>4</sup> Frank Kafka, *Cartas a Milena*, citado de memoria.

una estructura casi novelística. «Sabor a mí» está compuesta por narraciones más largas, en algunos casos en tercera persona y mucho más cercanas a lo que comúnmente entendemos como cuentos.

Lo que más me atrae de este libro ya fundamental, es que se trata del primero que conozco que no se acerca a lo narrado desde los ideales románticos del deber ser, que tanto daño han hecho y hacen no sólo a nuestra literatura, sino, y ante todo, a nuestro ser nacional. Pedro Juan es siempre políticamente incorrecto. No intenta potenciar un arquetipo, no pretende demostrar nada. Las cosas son como son y él sólo quiere mostrarlas. Si hay conclusiones, lo cual parece dudoso, que las saque el lector. Los personajes, *alter ego* incluido, carecen de toda épica: sólo son sobrevivientes, en una época en que el principal problema de los cubanos es cómo llegar a mañana.

Sin embargo, no confundirse. Aunque *Trilogía sucia de La Habana* muestra un catálogo de tipos populares y aunque su devenir se desarrolla en la Cuba post muro de Berlín, ni se trata de una obra costumbrista, ni se queda en mero testimonio de una época terrible. Es, ante todo, una obra de arte comprometida con lo único importante, el autor, y que urge de forma salvaje e implacable en las zonas más terribles del alma de La Habana, esas zonas que con tanto ahínco generaciones de capitalinos nos hemos negado a ver. Esta capacidad de trascender la cotidianidad a literatura, de trasmutar el testimonio en obra de arte es la condición *sine qua non* de la literatura. Es, también, una de las más difíciles de encontrar.

He llegado a pensar que el personaje principal de *Trilogía* es el sexo. Es la única zona trascendente, en cuanto orgásmica. Los personajes se realizan fugazmente en la esperma, en un ciclo que se repite sin otra conclusión posible que la muerte. Sin embargo, se trata de un sexo siempre efímero, que no busca otro trascender ni pretende otra cosa que un alivio pasajero, un momentáneo y reparador descanso en una ruta gris e infinita que recuerda (no sé si remite) a Sísifo.

La sexualidad (como la música, el baile y la religión) es una zona muy curiosa de la

cubanía. Hasta donde he podido comprobar, Cuba y Brasil son los únicos países del entorno judeo-cristiano donde el sexo no suele venir acompañado de culpa y donde su ejercicio puro y duro sólo asusta a los medios de comunicación y a algún beato(a) insólito(a). Como la música, el baile y la religión, nuestra sexualidad es pagana y dado que (a pesar de esa curiosa atribución de *latino* a todo cuanto procede del Caribe) no creo que seamos, precisamente, los herederos directos del orbe cultural romano, nuestro paganismo hay que buscarlo en África: en el África que recibimos de España y que fue potenciada al máximo por el África que nos llegó en las naves negreras. Conuerdo con Eliseo Altunaga que el sólo hecho de mencionar el aporte de las culturas africanas a la cubanía es no entender lo más importante: lo africano no es un elemento exógeno que se incorpora a un corpus preexistente, sino uno de los elementos fundacionales de dicho corpus.

Esta consideración está interiorizada y expresada en *Trilogía sucia de La Habana* de una forma muy eficaz, sobre todo en «Anclado en tierra de nadie» y en «Nada que hacer». El narrador, hipotético *alter ego* del escritor, asume exteriormente su blanquitud —incluso desde un ejercicio basto de constante racismo—, pero su alma es mestiza y collares de orishas, tambores de litúrgica raigambre y una sexualidad desinhibida pueblan sus días y sus noches con los ecos del no tan lejano continente.

Una de las inevitables dudas que salta siempre que aparece una *opera prima* de indiscutible calidad literaria como *Trilogía* es la capacidad del autor para mentener el nivel. Esta duda es aún mayor, cuando nos encontramos ante una obra con una gran carga autobiográfica. Sin embargo, los cuentos que aparecen en «Sabor a mí», la tercera parte del libro, me hacen confiar en que Pedro Juan Gutiérrez no ha agotado su universo creativo con la literaturización de una parte de sus vivencias. Espero, pues, esperanzado y ansioso, la próxima entrega de este autor que tanta falta hacía a nuestra narrativa. ■



## El color de una maldición total

IVÁN DE LA NUEZ

*La maldición total, sin explicación ni fin, para que sea perfecta. Ese será mi cuadro.*

---

Arenas Reinaldo Arenas  
*El color del verano*  
 Tusquets  
 Barcelona, 1999, 466 pp.

---

LA LITERATURA DE REINALDO ARENAS ESTÁ atravesada de manera radical por su vida inconforme, censurada y prófuga. Otros escritores se esconden tras la muralla que sus palabras construyen. Éste no es el caso de Arenas, cuya literatura no puede ser más exhibicionista. Fugitivo total, protagonista de varias disidencias, manipulador, presidario, homosexual abierto y beligerante, poseedor de un humor cruel y despiadado, su literatura es, asimismo, cruel, manipuladora, despiadada, rebelde, homosexual, iconoclasta e inconfiscable.

Esta relación entre literatura y vida alcanza su punto más alto en *El color del verano*, cuya trama se desarrolla en un hipotético carnaval de La Habana en 1999, año que coincide con el que ahora vivimos y que —aún más importante— lo anuncia de un modo increíblemente certero: Arenas previó una Habana caótica, llena de personajes extranjeros, con una jerarquía envejecida pero aferrada al poder y, para rematar, visitada por el Papa. La novela tuvo que ser escrita varias veces, dentro de un ciclo maldito mediante el cual Arenas terminaba el manuscrito, después lo escondía, éste era secuestrado por la censura cubana y, entonces, él comenzaba a escribirlo de nuevo.

El propio Arenas aparece en la novela como escritor, narrador de la historia y protagonista de primer orden; y se refiere a sí

mismo como Reinaldo, Gabriel, o la Tétrica Mofeta. Son personajes intercambiables, que describen —junto a Tomasito La Goyesca o la Condesa de Macondo, Oliente Churre o la Jibaroinglesa, Mahoma o la Mayoya, Tiburón Sangriento o La Dama del Velo—, la vida delirante del presente que imaginó hace una década y que es, en parte, el futuro que le hubiera correspondido al novelista de haber sobrevivido en Cuba hasta nuestros días. En esa línea, no hay que ser demasiado avisado para entender que tras la Condesa de Macondo se esconde García Márquez, que bajo el nombre de Zebro Zardoya nos encontramos con Severo Sarduy, o que Armas Maquiavelo no es otro que Armas Marcelo. Algo más difícil es entender el juego de palabras mediante el cual podemos intuir que La Jibaroinglesa es Guillermo Cabrera Infante (nació en Gibara y se radicó en Londres). En todo caso, Arenas, hay que reconocerlo, es tan demoledor con el prójimo como consigo mismo. En *El color del verano* los personajes son esencialmente carnavalescos: todos son plebeyos o reyes por un día. Así, Fifo (que en la novela representa a Fidel Castro) interviene en los asuntos de Tomasito la Goyesca, Severo Sarduy tiene acceso al mundo de Mahoma, un travestido famoso por hacer plataformas rosadas en La Habana, y el mismo Tiburón Sangriento ha salido de la película de Spielberg para dirigir una tropa de escuálidos que vigilan las aguas cubanas, además de practicar un sexo literalmente voraz con los cubanos que quieren desgarrar la isla de su plataforma y robársela de su geografía, acaso de su historia.

Tratamos con un libro construido como el *Jardín de las Delicias*, la obra maestra de El Bosco. Arenas vivió el tiempo necesario para concluirlo, antes de suicidarse en su modesto apartamento de Nueva York en 1990, pero no alcanzó a verlo publicado. La primera edición es un mérito editorial que habrá que reconocer para siempre a Manuel Salvat, propietario de Ediciones Universal en Miami, una editorial irregular, habitualmente de pago, pero que ha salvado casi toda la obra del propio Arenas y de Lydia Cabrera. Así, *El color del verano* dibuja el calendario de una odisea editorial que reproduce, en los

ocho años que separan la publicación en Miami de su aparición en Tusquets, el itinerario de censuras que marcaron los 47 años de vida —intensa, fugitiva, terrible— del escritor cubano. Y ello a pesar de que *El color del verano* contiene todos los elementos que cualquier editor querría para sí —un autor maldito pero contrastado, una novela fundadora, irreverencia a raudales, humor hilariante, futurismo, experimentación formal.

Su cadena de obstáculos no es el único ni el más importante valor de este libro. Pese a escribir la novela delirando y, literalmente, muriéndose, pese al caos que en ella se aloja, pese a la estructura complicada y la profusión de personajes que la habitan, pese a que Arenas se lo juega todo por una broma, *El color del verano* tiene una armazón fríamente calculada, un ritmo sostenido, una cadencia precisa, una elaboración circular con la anatomía de un ciclón. La novela es ciclónica no sólo en lo que narra, ni en el sentido de noria sin salida de los personajes, sino en su estructura toda, en esa construcción que hace de *El color del verano* un libro armado como un remolino, escrito para desolar el mundo, como buscando la fuerza suficiente para conseguir lo que su trama nos propone: desgarrar a Cuba de su plataforma insular y cercenarla radicalmente de su historia, de su fatalidad geográfica, de las ficciones de su tradición nacional, del autoritarismo de su trayectoria política.

Si *El color del verano* es un ciclón, ¿cuál es, entonces, el vórtice de esta novela? El capítulo llamado «Pintando». Allí está el verdadero índice del libro. «Pintando», véase bien, no «escribiendo» o «narrando», sino pintando. Arenas intuye que debe salirse de la escritura. Porque no se trata de escribir una novela, sino de «pintar» un libro.

Reinaldo Arenas merodeó lo que convencionalmente llamamos «géneros literarios»: ensayo, poesía, teatro, cuento y novela aunque, digámoslo todo, fue un ensayista de muy pobres vituallas, un poeta discreto (aunque *El central* tiene la intuición de enfrentar una estructura épica en la que han navegado con éxito Nicolás Guillén, Virgilio Piñera, Aimé Césaire o Derek Walcott), y su teatro fue apenas un apunte de sus obsesiones, la

singular viñeta de su obra narrativa. Mas en *El color del verano* —que lo mezcla todo— consigue arrasar con todo, dado que encuentra un punto de la escritura que está más allá de todas sus carencias y de todas sus virtudes como escritor. Para eso era preciso salir «buscando a El Bosco», desde un mapa no visitado antes, no viciado por su propia textualidad, inédito en los confines de una escritura que ya había dado, supuestamente, todo de sí y llevado a su autor, con su segunda novela, *El mundo alucinante* (terminada en 1966), a morar —para su horror quizá, para su aburrimiento seguro— en el canon occidental compuesto por Harold Bloom.

Canonización inútil: Arenas —que ha recibido el impacto directo de autores como Virgilio Piñera o Rabelais, Sade o Cabrera Infante, Camus o Lezama Lima— no sintió jamás la «angustia de las influencias». Él escribía como si nadie hubiera escrito antes, como si cada libro comenzara frente a un paisaje ignoto y desértico que fuera necesario poblar con premura, acaso con desesperación.

Antonio Benítez Rojo, en *La isla que se repite*, ha avistado en el carnaval caribeño una manera de vivir el mundo al revés, en línea con Bajtin, y de canalizar una violencia ancestral. *El color del verano* —que es un gran carnaval en La Habana de 1999— puede leerse de este modo pues, en buena medida, es el reverso de una utopía: en lugar de ir hacia una isla desconocida para colocar en ella su emancipación individual y cultural, para fijar allí un espacio de ruptura con la historia, aquí se parte de la fatalidad geográfica que ya había adelantado el poema fundamental de Virgilio Piñera —*La isla en peso*— y se ofrece una alternativa radical a «la maldita circunstancia del agua por todas partes». De hecho, *El color del verano* es la parábola de este poema de Virgilio Piñera llevado hasta sus últimas consecuencias.

En lo que se refiere al lenguaje, Arenas introduce un habla marginal que no implora patente intelectual de ningún tipo, como sucede en *Tres tristes tigres*, de Cabrera Infante o, por ejemplo, en *Rayuela*, de Julio Cortázar. A diferencia de estos autores, que reivindican el idioma cubano o el argentino, Arenas se coloca dentro de un habla (y

una trama) marginal y homosexual que fractura, precisamente, cualquier idea única de un lenguaje nacional. Él no sólo recoge palabras, sino que las crea, las inventa, al punto de que podemos decir, sin exageración, que hay un lenguaje «Arenas». No es cubano lo que él busca, sino la posibilidad de destruir cualquier posibilidad de lo cubano como canon. *El color del verano* es, asimismo, políticamente incorrecto hasta la médula. Aquí los negros son objetos de deseo por eso: por negros. O se constata que el mestizaje puede ofrecer productos humanos de la peor calaña, con la suma de lo peor de cada raza. Mientras, a los personajes más crueles se les sospecha homosexualidad y la misoginia es reiterada y contundente. De manera que no es posible leer a Arenas como un cínico y equidistante escritor posmoderno que no es ni lo uno ni lo otro. Arenas, por lo general, es lo uno y lo otro. Anticomunista furibundo tanto como crítico con todo el orden burgués y sus estratifi-

caciones de las diferencias. Anticastaista feroz e igualmente crítico con los exiliados cubanos (llegó a afirmar que en Miami no hay una dictadura porque los cubanos no han podido separar la Florida de Estados Unidos), a veces tiene rachas de melancolía —como sucede en «Final de un cuento»— y otras es capaz de concebir una obra tan violenta con la «condición cubana» como si quisiera destruirla para siempre.

*El color del verano* es un libro extremadamente cruel con los personajes que desfilan por él (escasamente se salvan de la furia de su autor Virgilio Piñera y Lezama Lima). Pero también, a su manera, y dentro de su brutal venganza, *El color del verano* es un homenaje a la literatura (hay pocos libros donde aparezcan más escritores). El caso más paradójico es, a todas luces, el capítulo dedicado a Guillermo Cabrera Infante, uno de los más descarnados, aunque no hay otro libro de Reinaldo Arenas tan marcado por la literatura del último Premio Cervantes cu-



EDICIONES UNIVERSAL, con su filial, Librería & Distribuidora Universal, es una empresa que desde 1965 se dedica a la distribución y edición de libros en español en general y especialmente de autores y temas cubanos. Juan Manuel Salvat, su esposa e hijos, dirigen esta empresa que ha publicado más de 900 títulos de temas históricos, literarios y de aprendizaje.

**Solicite nuestros catálogos gratis e información sobre los temas o autores que prefiera.**

SERVIMOS PEDIDOS A TODAS PARTES DEL MUNDO

## EDICIONES UNIVERSAL

(EDITORES - DISTRIBUIDORES - LIBREROS)

3090 S.W. 8 Street  
Miami, FL 33135. USA.

Tel: (305) 642-3234  
Fax:: (305) 642-7978

e-mail: [ediciones@kampung.net](mailto:ediciones@kampung.net)

<http://www.ediciones.com>

bano. Y no se trata sólo de los abundantes juegos de palabras, tan característicos de Cabrera Infante, sino de la estructura misma del libro, cuyas intersecciones llamadas «La historia», nos recuerdan *Vista del amanecer en el trópico*, una pequeña joya literaria del escritor cubano exiliado en Londres. Pero si en este libro Cabrera Infante consigue escribir una historia de Cuba sin nombres, en *El color del verano* Arenas coloca casi tantos personajes como páginas. Los nombres en Cabrera Infante han sido aniquilados por el itinerario de una historia implacable. En Arenas estos sujetos llegan a desbordar la historia que los aniquila. En Cabrera Infante se da una lección inaugural —en términos cubanos— de cómo concebir una historia sin héroes, Arenas hace coincidir sujetos marginales o «menores» con grandes hombres y mujeres de la cultura y la política. Es lineal la historia en *Vista del amanecer en el trópico*, es circular en *El color del verano*. En Cabrera Infante lo absurdo es la historia misma, en Reinaldo Arenas se nos ofrece el absurdo de los personajes que la pueblan. Y es que el libro de Cabrera Infante se centra en la historia, mientras el de Arenas se inscribe en la geografía, en la búsqueda de cómo arrancar a la isla, definitivamente, de su plataforma.

Tiene razón Abilio Estévez cuando nos afirma que este libro es la última venganza de Reinaldo Arenas. En tal sentido, la única objeción que cabe hacer a esta edición es su glosario, en el que sólo aparecen los personajes muertos (aunque no es contra los muertos hacia quienes van dirigidas las furias mayores de Arenas) y en el cual se cometen varios errores: entre otros, hay títulos de libros cambiados, se llega a afirmar que Lydia Cabrera es una novelista, José Martí es importante apenas como un escritor infantil, o Levi Marrero aparece fundamentalmente como el autor de un libro escolar de geografía. Estos detalles no menguan el valor —en todos los sentidos de esta palabra— de la edición de Tusquets, que publicará toda la pentagonía de Reinaldo Arenas y, con ella, el proyecto literario más radical que se haya concebido jamás en la cultura cubana. ■

## Reflexiones sobre la «raza»

CONSUELO NARANJO OROVIO

Rafael Fermoselle  
*Política y color en Cuba. La guerrita de 1912*  
 2ª edición  
 Editorial Colibrí  
 Madrid, 1998, 214 pp.  
 (1ª edición Montevideo, 1974)

AL COMENTARIO DE ALGUNOS HISTORIADORES sobre el papel vertebrador del azúcar y la esclavitud en la economía y sociedad cubanas en los siglos XIX y XX, habría que añadir que, en este marco económico y social generado por el dulce, la «raza» cobró un lugar central y clave en la dinámica social y, tras el inicio de las guerras independentistas en 1868, en el juego político. Es en este juego político, y de forma concreta, en la lucha de la población de color por sus derechos y la integración en una nación en la que algunos sectores les limitaban y negaban la igualdad, en el que Rafael Fermoselle sitúa su estudio sobre la guerra de color de 1912.

La violencia racial desencadenada en 1912 no puede comprenderse, al menos con un mínimo de lógica histórica —si es que ésta existe—, sin retroceder en el tiempo a un pasado cercano en el que la esclavitud gravitaba sobre la sociedad con tanta fuerza que condicionó la evolución de Cuba y retrasó su independencia hasta los últimos años del siglo XIX. El inicio de las gestas independentistas es utilizado por Fermoselle como punto de partida para comprender cómo se desembocó en la llamada guerra de color apenas iniciada la República, ya que la Guerra de los Diez Años (1868-1878) y, fundamentalmente, la última guerra (1895-1898), abrieron un nuevo marco de relaciones sociales que provocó una movilidad e hizo posible el ascenso social de aquellos grupos subalternos integrados en su mayoría por individuos de color. En el nuevo escenario, con actores y reglas de juego dife-

rentes, la República no podía ignorar las nuevas relaciones interraciales que se habían producido durante la guerra, además de tener que legislar sobre aspectos nuevos como eran el sufragio universal y el derecho de ciudadanía de la población de color. La importancia de estos dos últimos aspectos venía también marcada por el porcentaje elevado de la población de color que, a pesar de haber ido disminuyendo a partir de la década de 1840, arribó al nuevo siglo constituyendo el 33% de la población total de Cuba; porcentaje que fue descendiendo lentamente en los años siguientes y, pese al cual, siguió siendo considerable (en 1907 constituían el 30'3% y en 1919 el 27'7% ).

Su importancia numérica estaba en relación, como explica el autor, con la competencia que se establece entre los partidos políticos por atraerse el voto de este sector que representaba algo más del 30% del electorado, porcentaje que asciende hasta el 43% en otros análisis. Ante esta situación los partidos tuvieron al menos que mostrar cierta preocupación por el futuro de este amplio sector de la población cuya situación distaba mucho de alcanzar parámetros similares a los de la población blanca en alfabetización, educación, sanidad, vivienda, etc... Pero también es importante su cifra porque en este juego político, de ser canalizados sus votos por un partido propio, como fue la opción del Partido Independiente de Color, éste restaría a las otras candidaturas un tercio de los electores. La lucha por el «voto negro» comenzó en el mismo momento que se inició la vida política republicana con las elecciones de 1901. En la actualidad, algunos estudios (Alejandro de la Fuente y Michael Zeuske) coinciden con Rafael Fermoselle al destacar la importancia que estos primeros a os tuvieron para el desarrollo político del país, ya que en ellos se establecieron patrones electorales que fueron claves en el futuro. Las bases políticas de los diferentes partidos se establecieron en una fecha tan temprana como fueron los primeros años del siglo XX, y al mismo tiempo que se constituía el Estado nacional se formaban o consolidaban las redes clientelares que iban a manejar el panorama político.

Pero, además de este transfondo político, donde las clientelas se entremezclan con el problema racial, existían otros condicionantes que, además de frenar la incorporación de la población de color a la sociedad, mantuvieron vivos los viejos fantasmas de la negritud y el miedo al negro. El hecho de que el Gobierno Provisional de la joven República no contase con un solo miembro negro o mulato, o que aquellos hombres de color que habían luchado por la independencia de la Isla fueran apartados y destituidos de sus posiciones cuando se proclamó Cuba Libre, son hechos que, según algunos historiadores, evidencian un acuerdo entre los líderes separatistas blancos y las fuerzas del gobierno interventor a fin de contrarrestar el potencial revolucionario de esta población. Y en este sentido, es interesante destacar cómo el fantasma de la negritud fue desenterrado a lo largo de los a os como un medio de azuzar a la población blanca contra la población de color, que en definitiva era, como había sido a lo largo del siglo XIX, un mecanismo de control social y político. El miedo a la negritud y, ya en el siglo XX, el temor a una posible revancha negra, que deseosa de venganza con poder —argumentaban algunos— se hiciera con el gobierno, fue manejado desde diferentes órganos de opinión que no dudaron ante cualquier conflicto que estallase en presentar el suceso como consecuencia del antagonismo entre las «razas». La participación de la población de color en las guerras de independencia tuvo varias lecturas y, para el caso que aquí nos ocupa, se utilizó como arma por parte de la élite blanca; así, cualquier acontecimiento era un buen pretexto para atacar a la población de color y anunciar la temida guerra de razas que llevaría al país a la barbarie bajo un gobierno de negros.

En el proceso de articulación de la nacionalidad cubana estuvieron presentes todos los miedos, prejuicios e intereses que relegaban a la población de color a un segundo plano a partir de su supuesta y, aceptada por un amplio sector, inferioridad. Para demostrar dicha inferioridad e incluso la incapacidad del hombre no blanco de generar cultura y civilización se utilizaron todo tipo de

argumentos —históricos, biológicos, culturales, antropológicos, etc.—, pero fue la ciencia, en concreto la medicina, la biología y la antropología, la que proveyó más criterios para demostrar de manera «científica» que unas poblaciones eran inferiores. El origen científico de estos argumentos, aceptados en esos momentos por la gran mayoría de la comunidad científica, no sólo legitimaron la esclavitud y toda una serie de prácticas sociales y laborales en las que el individuo de color fue relegado a los puestos más bajos, sino que permearon en la cultura popular y en las mentalidades de tal manera que el racismo se convirtió, en muchas ocasiones, en una práctica social y cultural totalmente aceptada. Un racismo que impregnó a todos los individuos divididos y clasificados en función del color de la piel, que en el caso cubano se extendió a toda la sociedad al ser un lugar donde el mestizaje y la variabilidad humana son unas de las características no sólo culturales sino también más visibles del país, y que actuó en varias direcciones —aunque lógicamente con peso y consecuencias muy diferentes—, del negro al blanco, del blanco al negro, del mulato al negro, del ochavón al cuarterón, etc.

La imagen del negro se presenta como la negación de las cualidades del hombre blanco, carente de cultura e incapaz de generar civilización; al negro, que le había sido negado el derecho a formar parte del pueblo cubano e integrar la nación en el siglo XIX, se le siguió vetando, ya entrado el 1900, el acceso a determinados lugares públicos y a algunos puestos de trabajo. El interés aparente hacia sus reivindicaciones y problemas que los políticos mostraban en sus campañas electorales se disipaba una vez que terminaba la campaña, por lo que parte de este sector acordó luchar desde un partido integrado por individuos de color. La gestación, desarrollo, objetivos e ideología del Partido Independiente de Color (1908) es analizada por Fermoselle en *Política y color en Cuba. La guerrita de 1912*, que utiliza una rica documentación localizada en el National Archives de Estados Unidos (Washington, D.C.), que le ayuda a recrear y comprender algunos de los acontecimientos que

entre 1906 y 1912 se sucedieron y desembocaron en la guerra de color en 1912. La capacidad de convocatoria y, como comentamos, el porcentaje de votos que podía restar el PIC alarmó a los otros partidos, que no dudaron en apoyar el proyecto de ley presentado por Martín Morúa Delgado, Antonio González Pérez y Tomás Recio a fin de ilegalizar a los partidos y organizaciones que se basaran en la «raza», la clase etc., y con ello lograr que el PIC fuera declarado ilegal. La aprobación en el Senado de la Enmienda Morúa, en febrero de 1910, fue la demostración más palpable para los dirigentes de color de su marginación de la vida nacional.

A la violencia física desatada contra la población de color, recreada en este libro, le sucedieron los ataques de intelectuales y políticos quienes, además, utilizaron la ocasión para ratificar las viejas tesis sobre el salvajismo de estas poblaciones, la indolencia tropical del negro, y la superioridad intelectual, física y moral del hombre blanco. Al calor de la guerra de color nacieron obras como la de Gustavo Enrique Mustelier, *La extinción del negro. Apuntes político sociales*, de 1912, en la que se alaba que el problema racial era el aspecto más peligroso para el bienestar y el desarrollo de Cuba. Tanto éste como otros intelectuales —médicos, antropólogos, novelistas y hombres que desempeñaban cargos en el gobierno— retomaron argumentos pasados, pero presentes en los usos y costumbres de los pueblos, achacaron directamente a los negros la degeneración del pueblo cubano, «han corroído el alma nativa produciendo verdaderos estigmas en el cubano...». Asimismo, y apoyándose sólo en estadísticas, se siguió planteando el problema negro como un problema social, en una sociedad sumamente jerarquizada en la que las poblaciones con menores oportunidades e ingresos, en su mayoría de color, presentaban un elevado índice de delincuencia.

Estudios como el de Rafael Fermoselle permiten indagar en las incidencias de la guerra de 1912, no sólo cuantitativas, y preguntarnos a partir de ese momento cuál fue la posición de la población de color en la

sociedad y en la cultura nacional y, sobre todo, la valoración que de ésta hizo el resto de la sociedad. En un período en el que los intelectuales más destacados, como Emilio Roig de Leuchsenring, abogaban por la integridad, unidad y soberanía nacionales y creían que la unidad cultural y poblacional ayudaría a conseguir las, la población no blanca siguió siendo relegada y considerada, por muchos de ellos, un factor no sólo de retraso y degeneración, sino un elemento que impedía la consolidación nacional.

En una sociedad tan rica, diversa y heterogénea como fue y es la cubana el factor racial es uno de los elementos que más han pesado directa o indirectamente en su devenir. Pese a ello, su estudio, hasta hace algunos años, ha estado relegado a un plano muy secundario, del que está siendo rescatado por algunos investigadores, entre ellos Michael Zeuske, Aline Helg, Alejandro de la Fuente, Armando García, Consuelo Naranjo, Tomás Fernández Robaina, Raquel Mendieta, Rebecca Scott, Ada Ferrer, etc., que desde distintas ópticas se acercan al problema racial. Por ello felicitamos la iniciativa de la Editorial Colibrí de reeditar *Política y color en Cuba. La guerrita de 1912*, en unos momentos en los que, por fortuna, los «otros» tienen cabida en la Historia. ■

---

## Fumando dulce

TONY ÉVORA

---

Fernando Ortiz  
*Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*  
EditoCubaEspaña  
Madrid, 1999, 474 pp.

---

«**L**O MÁS EXPRESIVO DE NUESTRA HISTORIA Leconómica es en realidad ese contraste multiforme y persistente entre las dos producciones que han sido y son las más características de Cuba». Escrito poco antes de

1940, cuando este libro apareció por primera vez en La Habana, la irrefutabilidad de esa afirmación no deja lugar a dudas. Enunciando un puro y me detengo ante el término «expresivo», que le da a la frase una fuerza de precisión lingüística y calidad literaria poco comunes. Y es que en esta obra magnífica, cargada de documentación y buen saber, Fernando Ortiz lució sus mejores galas como apasionado prosista y nacionalista.

Durante la presentación de esta hermosa edición el 1 de marzo en la Casa de América de Madrid, un volumen al cuidado de María Fernanda Ortiz Herrera, hija del autor, quien también lo prologó, el narrador canario Juancho Armas Marcelo declaró sentir una vehemente pasión por este texto: «Es lo mejor para comprender a Cuba». Elegante se refirió a ese exasperante prurito de tantos españoles que van a Cuba por una semana y ya creen conocerlo todo, cuando sólo han abierto una pequeña puerta.

Actualmente existen cuatro ediciones en español del *Contrapunteo*. La segunda, bastante revisada y ampliada por Ortiz, la realizó el poeta y folclorista Samuel Feijóo en la Universidad Central de Las Villas en 1963. La tercera versión, también de 1963, es prácticamente igual que la segunda; la publicó el Consejo Nacional de Cultura en La Habana. La cuarta fue publicada en Venezuela por la Biblioteca Ayacucho en 1978, basándose en la de Las Villas. La que ahora comentamos, también ilustrada, está basada en la que sacó Feijóo, pero incorporándole las añadiduras y rectificaciones realizadas por Ortiz, entre 1940 y 1963, a una copia de la edición de 1940, y cuyos facsímiles aparecen en el Apéndice. Compuesta en la fuente Garamond se puede leer gustosamente, a pesar del formato grande de la obra y por ende, la longitud de las líneas; quizá debieron considerar maquetarla a dos columnas, como los anteriores volúmenes.

En su Introducción a la edición príncipe, el profesor Bronislaw Malinowski, de la Universidad de Yale, afirmó: «El presente libro es una obra maestra de investigación histórica y sociológica, tan magistralmente condensada y documentada como libre de toda erudición pedante y estéril». Entusiasmado

por la obra y por el conocimiento personal del cubano desde su primera visita a La Habana en 1929, añade: «El autor después nos da una breve reseña de la química, de la física, de la técnica y del arte en la producción de aquellos dos productos comerciales. Como corresponde a un verdadero «funcionalista», buen sabedor de que la estética y las impresiones sensoriales deben ser tenidas en cuenta junto con el *habitat* y la tecnología, el Dr. Ortiz pasa a estudiar las creencias, supersticiones y valores culturales que rodean así las sustancias como las acciones de fumar y de endulzar».

La obra se compone realmente de dos partes. Una se podría calificar de síntesis de la sociedad cubana pasada y presente (hasta 1940). Otra, que viene en apoyo de la primera, cubre temas específicos, elaborados con penetrante erudición.

Miro el anillo del enorme Romeo y Julieta que he mantenido fresco en la nevera y leo: «La vitola es del tabaco ‘su figura’. No es sólo, como asegura la Academia de la Lengua, ‘la medida con que por su tamaño se diferencian los cigarros puros’. No es tanto expresión de tamaño como de forma. En su origen ese vocablo, sacado de la jerga marinesca como muchos otros del lenguaje hispánico de América, significó el modelo por el cual en los arsenales se escantillaban las piezas para los ensambles en la arquitectura naval... Hoy día se aplica enormemente el vocablo vitola al anillo (adorno circular de papel que llevan los puros)... Es un error; la vitola es la figura del tabaco puro, el anillo es sólo como su corbata de linaje». Un dato curioso: el sello de garantía, que todavía hoy se pega a las cajas de cigarros cubanos, fue establecido en 1931.

Envuelto en la lectura y entre el humo del habano paso páginas deliciosas, disfruto con la sintaxis de Ortiz, barroco y acucioso como la propia elaboración del tabaco y el azúcar. «El tabaco nace, el azúcar se hace... El tabaco es oscuro, de negro a mulato; el azúcar es clara, de mulata a blanca... El azúcar no huele; el tabaco vale por su olor y ofrece al olfato una infinidad de perfumes, desde el aroma exquisito del cigarro puro habano, que produce embriaguez olfativa,

hasta las apestosas tagarninas de las tabacaleras foráneas, que prueban hasta dónde pueden envilecerse las aberraciones del gusto humano». Y pienso en las cosas que ha producido mi país, donde se creó toda una cultura de la sobremesa: azúcar, café, tabaco y música. Cada una de ellas fue a incidir en las otras desde diversos ángulos, pero es curioso observar cómo las tres primeras se han convertido en problemas relacionados con la salud a nivel internacional mientras que la última sigue siendo el mejor antídoto contra la pereza y la depresión, convirtiéndose en un vehículo de gozo, de solidaridad y comunicación humana de primer orden. Un complejo vitamínico rompe-barreras que ahora, casi alcanzando el siglo XXI, se vende en discos compactos que encapsulan música arrebatadoramente dinámica, hecha con el corazón.

¿Y qué tiene que decirnos Ortiz de la combinación música-tabaco-azúcar-café? Porque estos cuatro jinetes salieron machete en mano a conquistar el mundo, y a pesar de angustiosas altas y bajas lograron su objetivo durante largo tiempo. Pero el desastre de las últimas cuatro décadas ha demostrado que sólo la música cubana sigue manteniéndose como reina de la exportación. ¡Que les recuerden a los que han deshecho a Cuba que una cosa es la timba y otra es la economía!

De los verdaderos orígenes de nuestra música escribió mucho Fernando Ortiz. Diez años después de la aparición del *Contrapunteo*, se enfrascó en la publicación de tres libros clave para analizar el ajiaco criollo: *La africanía de la música folklórica de Cuba* y *Los bailes y el teatro de los negros en el folklore de Cuba*, que ya reseñé en *Encuentro* 10, así como la vasta obra *Los instrumentos de la música afrocubana*, que comenté en *Encuentro* 6/7. Todos estos libros han sido publicados por la Editorial Música Mundana Maqueda.

Positivista rabioso y hábil sintetizador de metodologías, Ortiz fue un verdadero predictor de ideas, muchas de las cuales alcanzó a ejecutar. Vida, obra, saber y hacer en un contrapunto infinito en una doble vida, la del político y el científico, con la que cargó hasta 1930.



Acumulo las cenizas del Romeo y Julieta para algún día pintar con ellas, y bebo un té sin azúcar. Y recuerdo que crecí oyendo la afirmación devastadora: «Sin azúcar no hay país», lo que obligaba a un monocultivo atroz. Según Ortiz: «La naturaleza en Cuba ha dado a la caña de azúcar un perfecto ciclo anual para su cultivo y beneficio, el cual constituye un verdadero privilegio cubano... En ninguna otra parte del mundo el sol, la lluvia, la tierra y las brisas trabajan más de consuno para hacer azúcar en esos pequeños ingenios naturales que son los canutos de las cañas».

Si el tabaco es natural de la isla, y tenía un sentido sacramental de comunión que vinculaba a los aborígenes entre sí, la caña de azúcar fue introducida por Colón en su segundo viaje al Caribe sin sospechar que transplantaba las semillas de la historia económica de Cuba. La mancha verde de los cañales, de los cañaduzales o de los cañame-lares, se fue expandiendo sobre los antiguos cacicazgos indígenas. Usando una falsa denominación —cañaverales— los primeros colonizadores confundieron la caña sacarífera con la ruín cañavera, que era carrizo, forraje para el ganado en España.

Concluiré citando una certera sinopsis del *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*: «Cuidado mimoso en el tabaco y abandono confiante en el azúcar; faena continua en uno y labor intermitente en la otra; cultivo de intensidad y cultivo de extensión; trabajo de pocos y tareas de muchos; inmigración de blancos y trata de negros; libertad y esclavitud; artesanía y peonaje; manos y brazos; hombres y máquinas; finura y tosquedad. En el cultivo, el tabaco trae el veguerío y el azúcar crea el latifundio. En la industria, el tabaco es de la ciudad y el azúcar es del campo. En el comercio, para nuestro tabaco todo el mundo por mercado, y para nuestro azúcar un solo mercado en el mundo. Centripetismo y centrifugación. Cubanidad y extranjería. Soberanía y coloniaje. Altiva corona y humilde saco».

Y termino de fumar. Y seguiré leyendo a Ortiz. Y me prometo reflexionar sobre su dictamen: ciencia, conciencia y paciencia, porque seguramente carezco de más de una de esas cualidades. ■

## Mitos, misterios y secretos de la santería

CINO COLINA

Tomás Pérez Medina

*La santería cubana.*

*El camino de Osha. Ceremonias, ritos y secretos*

Editorial Biblioteca Nueva

Madrid, 1998, 492 pp.

UN VIEJO PROVERBIO DICE QUE EL CUBANO se acuerda de Santa Bárbara cuando oye tronar. ¿Cierto? ¿Falso? Cada cual tiene su respuesta y la da como la más convincente. De lo que no hay dudas es que al menos en este cuarto final de siglo, mucho se ha hablado, difundido y escrito sobre Changó, deidad yoruba del trueno y del fuego. Y si se tiene en cuenta que un reciente estudio meteorológico lanzó la hipótesis de que una zona de Cuba es la parte del planeta donde hay mayor actividad eléctrica en la atmósfera, no es de extrañar.

*La santería cubana. El camino de Osha. Ceremonias, ritos y secretos*, de Tomás Pérez Medina, se incorpora a la bibliografía en aumento que acerca a los nuevos iniciados, a los practicantes y a todo aquel interesado en el tema religioso y en particular a este culto de origen yoruba.

A partir de la diáspora africana con el inicio de la trata esclavista, los orishas marcharon a los barracones con sus fieles y permanecieron más o menos ocultos. Con la libertad se fueron expandiendo y ya en este siglo han ido afincando sus raíces en distintos países del Caribe, Norteamérica y algunas zonas de Sudamérica, a partir del bastión brasileño, como es el caso del batuque, practicado por argentinos de clase media y raza blanca con notoria devoción.

En Cuba, cuando en el siglo pasado se comenzó a unificar la creencia y se estableció el embrión de una doctrina, la Regla de Osha comenzó a transformarse en la Sante-ría, término mucho más conocido y utilizado,

con características propias que no sólo se han acentuado sino que también se han difundido sin distinción a todas las capas sociales. El sincretismo surgido en los barracones de esclavos para enmascarar el culto a sus deidades bajo la devoción de sus amos, se propaló y hoy día no se sabe a ciencia cierta si los peregrinos a El Rincón, en las afueras de La Habana, rinden culto a San Lázaro, obispo de Betania, o al viejo Babalú Ayé aunque la popular imagen del anciano, las muletas y los perros hayan sido desplazada del templo por el clero católico, ni si las multitudes en la iglesia de La Merced, los días 24 de octubre, rinden tributo con sus velas a la virgen o a Obatalá, como señalan collares y pulseras. Otro tanto se pudiera decir de las visitas al santuario de El Cobre, en Santiago de Cuba, o a la capilla de la virgen de Regla, entre otras causas por la ausencia de un templo yoruba, cuya construcción ha sido anunciada muchas veces pero nunca ejecutada.

Pérez Medina inicia su ensayo a partir de la iniciación o ceremonia de asiento (*Sodo-Orisha*), con minuciosidad, detalles poco conocidos, rezos, cánticos, ofrendas. Si se conoce que la ceremonia es secreta e incluso que con suma frecuencia el iniciado no sabe en verdad qué ocurre en ella (durante una buena parte permanece cubierto por un paño blanco) hasta que más tarde participa como ayudante en una similar, se puede apreciar con mayor certeza el valor de esta descripción paso a paso aunque la lectura pueda resultar, por momentos, compleja y enrevesada al neófito. Uno de los principales aciertos del autor está en la explicación de qué se hace con el dinero para quitarle la maldición y de ese modo poderlo emplear, o sea, los denominados derechos de los santeos participantes, el significado de los vestidos del *iyawó* o iniciado, el por qué de los baños y corte del cabello, y muy en especial la forma en que se realiza la ofrenda de animales sacrificados al santo en cuestión, con algunos consejos que constituyen valioso testimonio de experimentados practicantes.

Particular interés despierta su información sobre el *jio-jio* o tributo al guardián del camino que conduce al cielo o la tierra, según el caso. Esta ceremonia se realiza sólo

dos veces en la vida del santero: al iniciarse en la religión, nueva vida en *isalaye*, la tierra; y al morir, es decir, su partida al *ode-orun*, el cielo, a donde sólo debe llegar su espíritu, *emí*. La mayoría de los textos sobre la Regla de Osha se refieren a la iniciación, por lo general de forma más o menos velada, omitiendo lo que Pérez Medina denomina el tratado del río, y suelen omitir el *itutu* (apaciguamiento) o ceremonia mortuoria que «tranquiliza y refresca al muerto». De acuerdo con el culto, éste es tan importante como la iniciación pues el santero requiere de su despedida ceremonial con vistas a que el muerto «no regrese a perturbar o a castigar a los que no hayan cumplido con él como es debido». El libro plantea con minuciosidad todo lo que hay que hacer, el orden establecido y quiénes son los responsables de esa ceremonia que se empieza el mismo día de la defunción y se prolonga durante nueve días, cuando tras la misa cantada en una iglesia se le da coco a su espíritu por todos los participantes. Asimismo, agrega el levantamiento del plato, rito con frecuencia omitido en los textos y en la práctica, y que desliga totalmente al difunto de la vida terrenal y sus necesidades materiales.

Aspecto no por muy tratado poco y mejor difundido, es la parte correspondiente a la adivinación que, de por sí, despierta el interés del neófito. Si bien la lectura resulta tan compleja como la ceremonia, no es menos cierto que resulta tan rica en matices como aquélla. Pérez Medina se adentra con buena marcha por el oráculo del *Biagué* o registro del coco, como paso previo a la descripción del método de los caracoles o *dilogún*, con profusión de refranes y dichos africanos, historias a interpretar en cada tirada y las combinaciones de éstas, que abarca alrededor de cien páginas. Incluso para el más incrédulo de los lectores, esta parte del libro presenta una riqueza admirable y constituye, sin dudas, uno de los mayores aportes del autor en la difusión del culto y en contra de las tan frecuentes engañosas en el campo adivinatorio.

Conforme para unos Oyá, la diosa yoruba de la centella, se escribe con Y mientras para otros es con LL, se identifica para algunos

con Santa Teresa de Ávila y para otros con la virgen de la Candelaria; en lo que no hay duda es que pronunciado su nombre, se sabe a qué orisha uno se refiere. Eso se debe a que como es conocido, la cultura yoruba se transmitió de generación en generación por vía oral. Los secretos de la Regla de Osha comenzaron a ser recogidos por medio de la escritura de forma titubeante por los propios iniciados en las llamadas «libretas de santeros», algunas de las cuales constituyen hoy día auténticos tesoros culturales, religión aparte. Iniciada en el estudio del folclore africano por el sabio don Fernando Ortiz, fue Lydia Cabrera la encargada de plasmar lo fundamental de esa información en su obra cumbre, *El Monte* (1954), cuyo valor desde todo punto de vista se mantiene incólume y como punto de partida para creyentes e investigadores.

De ahí que, salvando la posible y discutible ortografía de los vocablos, nombres de deidades, ceremonias, atributos y demás aspectos en que irrumpen vocablos yorubas, se encuentre en esta obra de Pérez Medina una enjundiosa parte dedicada a rezos y cánticos que enriquecen el caudal que de éstos conozcan practicantes y estudiosos. Quizá un día las viejas grabaciones realizadas por Lydia Cabrera para la Universidad de Yale de los rezos de sus informantes, muchos de ellos antiguos esclavos, pasen al dominio público; mientras llegue ese momento, el testimonio escrito de las *moyugbas* aprendidas por vía oral en ceremonias, constituye la principal y única fuente para los estudiosos e iniciados.

Otro aspecto notorio en este ensayo es la inclusión de un glosario dividido en secciones (el cuerpo humano, útiles de cocina, saludos, despedidas, la división del tiempo, colores, utensilios, comestibles) y orden alfabético en yoruba que auxilia al lector y contribuye a la recolección de términos que cada vez se confunden y tergiversan más con el paso del tiempo.

Tal vez la parte más polémica de este libro pudiera ser la denominada por algunos santeros «el recetario». Se trata de «obras» y «trabajos» con fines muy determinados como «atraer» personas, la suerte, colocaciones,

«para quitar daños» o para hacerlos, sahumerios, amuletos y consejos, por cuanto, como bien dice el autor, se requiere consultar a un experto para tales tareas. Válido como testimonio de una parte innegable de esta religión y para muchos el gran atractivo, empobrece el conjunto al limitarlo a determinados ingredientes, proporciones y encomiendas de dudoso éxito, más cercano a lo más pintoresco del folclore que a un estudio sensato.

No es un secreto que en el avance de la Regla de Ocha o santería cubana, tanto en Cuba como en Estados Unidos, México, Venezuela y España, han sido iniciados ciudadanos de otros países. Polémica aparte de la dosis que de progresión religiosa o de estafa tengan tales iniciaciones, no se puede obviar que el creyente se somete al rito y aspira a desarrollarlo de forma habitual a lo largo de su vida, incluso que se le celebren las ceremonias correspondientes a su deceso. En buena medida esta obra de Tomás Pérez Medina contribuye a que esos interesados tengan cierto dominio de lo que deben realizar y cómo llevarlo a cabo en la medida de sus posibilidades. La empresa no es fácil, pero este ensayo de Pérez Medina puede servir de auxilio. ■

---

## Al borde de la ficción

RAFAEL ROJAS

---

Julieta Campos  
*Reunión de familia*  
Fondo de Cultura Económica  
México, 1998, 574 pp.

---

ENTIENDO PORQUÉ JULIETA CAMPOS ABRE esta nueva antología de sus relatos con un breve ensayo sobre la modernidad. Salvo la pieza teatral *Jardín de Invierno*, todos los textos que forman *Reunión de familia* fueron escritos entre 1960 y 1980: dos décadas en las que muy pocos escritores de este continente (Paz, Borges, Lezama, Rulfo y alguien

más) lograron mantenerse a cierta distancia del frenesí vanguardista y de una supuesta imaginación fantástica latinoamericana. La enigmática prosa de Julieta Campos es parte de ese torbellino que levantó la última modernidad literaria en América Latina, pero su peculiar *modo de estar ahí* logra una voz de rara elegancia dentro de aquella literatura.

No hay desmesuras experimentales en *Reunión de familia*; tal vez, porque se trata, precisamente, de una prosa que habita en la resistencia de la ficción moderna. Borear la ficción, «aquel ficcionar fronterizo», era también borear la modernidad. De ahí que sea cuestionable la habitual inscripción de estos relatos en el imaginario estético del *nouveau roman* francés (Sarraute, Robbe-Grillet, Butor, Simon...) o de la llamada narrativa del *boom* latinoamericano (García Márquez, Cortázar, Vargas Llosa, Fuentes...), dos tipos de escritura que, en todo caso, reforzaron la identidad de la ficción y contribuyeron a institucionalizar y comercializar aún más la novela moderna.

Algunos textos de Julieta Campos discurren sobre las condiciones de posibilidad de la ficción: son relatos sobre la génesis de algún relato. En «Tiene los cabellos rojizos y se llama Sabina» se observa claramente el deseo de narrar ese momento anterior a la creación de una novela, esa proto-novela en la que el autor, los personajes, la trama y los escenarios son entes traslaticios y difusos que siempre mudan de esencia y lugar. Pero, además de esos dispositivos ambiguos del relato, Julieta Campos narra sus referencias, sus lecturas, sus autores favoritos, sus pasiones, sus ideas políticas, en fin, su memoria personal. Así, de tanto narrar el nacimiento de una novela, el texto se convierte en su enemigo: una pieza de ficción.

En relatos como «La Ciudad» y «El miedo de perder a Eurídice» esta metaficción se vuelve más arqueológica que genealógica, es decir, se centra más en el encadenamiento de las referencias que en el juego con los orígenes de la trama. El primero es una suerte de palimpsesto en el que pasajes de algunos escritores cubanos (Villaverde, De la Iglesia, Carpentier, Cabrera Infante y Lezama) sobre La Habana se intercalan en un

retrato rigurosamente físico de La Ciudad: cualquier ciudad —a pesar de la inconfundible atmósfera tropical y portuaria que invade la escritura y de algunas menciones muy localizadas a Wifredo Lam o a la Alameda de Paula. El segundo es, tal vez, la más refinada composición del insularismo literario en América Latina. Ni siquiera en Pedreira o en Lezama se halla una arqueología tan erudita y, a la vez, tan justificada de la representación de las islas en la cultura occidental.

Se tiene, pues, la impresión de que la prosa de Julieta Campos vive en una suerte de frontera entre el ensayo y la ficción. Si aceptáramos la idea originaria de Montaigne sobre el ensayo, y no la de Bacon, *ensayar* sería justamente lo que hace la autora de «Celina o los gatos»: narrar las inscripciones de su experiencia en la memoria y el cuerpo. La cercanía de la ficción estaría dada, entonces, por el hecho de que esas inscripciones casi siempre nos remiten al trazo poético en que se articula una fábula. En este sentido, textos muy ensayísticos como «De gatos y otros mundos» o las primeras páginas de «El miedo de perder a Eurídice», más que ejercicios de erudición felina e insular, son destellos o tropismos ficcionales de los relatos que vendrán.

Creo que era María Zambrano quien observaba que aquellos escritores que se inclinaban a la confesión, es decir, los más dotados para transcribir sus memorias, eran, curiosamente, los mejores paisajistas. Michel Foucault habría argumentado que eso se debe a que el principio occidental del «conocimiento y cuidado de uno mismo», la *épiméleia / cura sui*, produce en dichos escritores una nítida representación de los paisajes del alma. Baste recordar, acaso, los «océanos, montes, astros y ríos» de San Agustín, la hiperestesia del Dante en su viaje infernal, los bosques interminables de Rousseau o las meticulosas descripciones de las casas de Beacon Hill en *Persons and Places: Fragments of Autobiography* de Georges Santayana.

Julieta Campos alcanza, como pocos escritores latinoamericanos, una convergencia lírica entre las dos caras de la memoria: el cuerpo y sus alrededores. En esta prosa hay

fragmentos densamente físicos que la crítica apresurada ha visto como asunciones estilísticas de una «narración objetiva» a lo Sarraute o Butor y no como juegos con las formas reminiscentes de un Proust o un Faulkner. Pienso en algunos de sus personajes más abstractos y, a la vez, más tangibles: la ciudad, el agua, la humedad, el mar, una isla, un puerto, los gatos, las mujeres, los acantilados, la escritura. Pienso en aquel sopor, el mismo que encontramos en *Aire frío* de Virgilio Piñera, interrumpido a ratos por un café con leche o un balanceo de sillón, que desplaza a sujetos borrosos como Eloísa, Laura y Andrés, y se convierte en el verdadero protagonista de *Reunión de familia*. Sería difícil no ver también en ese sopor el tedio de aquellas almas caribeñas, que maldicen el calor y pasean lentamente por el malecón con una curiosidad erótica irrefrenable.

Sin embargo, en algún lugar, esta narrativa exterior de Julieta Campos funciona como un testimonio del reverso de la memoria, del *oblivium*. En «El Bautizo» y en «La Ciudad», en «Tiene cabellos rojizos...» y en «El miedo de perder a Eurídice», las ciudades, los puertos y las islas son territorios del olvido: imágenes evanescentes que sólo pueden ser recuperadas por medio de la escritura. Sus habitantes, nos dice, «pierden la noción del tiempo» y «no queda más remedio que construir una muralla de palabras..., porque las palabras tienen esa ventaja sobre el ladrillo y la piedra: ni la pica, ni la labor erosiva de los elementos, son aptas para demolerlas. Por eso hay que seguir buscando las palabras; palabras que le roben algo de su ser a la ciudad para depositarlo en un lugar seguro...»

La ciudad es, en fin, su reconstrucción literaria y el escritor no hace más que juntar y esparcir palabras para que esa tenue luminosidad no se apague en el tiempo. He aquí, pues, una alegoría tan antigua como moderna: el letrado como artista de la memoria, como testigo-mártir de la ciudad. Tal vez, por eso, al releer estas páginas de Julieta Campos me vinieron a la mente aquellas palabras que, a mediados del siglo XIX, le dedicara la Condesa de Merlín a La Habana colonial: «ya lo veis; a esta ciudad le falta la

poesía de los recuerdos; sus ecos sólo repiten la poesía de la esperanza. Sus edificios no tienen historia...» Desde entonces, desde aquella época en que los primeros románticos visitaban estos tristes trópicos, la literatura ha sido practicada, acaso inútilmente, como un ritual memorioso, como un acto de brujería contra la muerte y el olvido. ■

---

## Las islas de Jesús

RAFAEL ALMANZA

---

Jesús Lozada Guevara  
*Archipiélago*  
 Editorial Letras Cubanas  
 La Habana, 1994, 94 pp.

---

LA CONCIENCIA DE LO FRAGMENTARIO, ESE lema de la fe postmoderna, tiene en este libro de Jesús Lozada una realización paradójica. La insula es aquí, en efecto, la palabra con minúscula, la articulación, el balbuceo, el accidente negativo y a la vez la encarnación de la Palabra. Cada texto es la imposibilidad de lograr la palabra total —la vida total, la comunión total del ser—: el archipiélago de términos, de vivencias, de vislumbres son un intento imposible de reconstruir el sentido completo del universo. Pero, a diferencia de Mallarmé, no se trata del culto romántico del fracaso ni de la religión de lo verbal. Para el poeta la totalidad existe categóricamente y ni siquiera es trascendente al hombre: «cada uno de nosotros pisa a Dios». De ahí el continuo fervor glorificante de estos versos, su carácter profundamente afirmativo. Sólo que entre la presencia de Dios en el universo y el universo mismo existe una diferencia, una fricción trágicas, que sólo puede ser resuelta por una ascesis, por el sufrimiento que supone asumir esa fricción misma en toda su raíz. La desarticulación sintáctica de esta poesía está pues muy lejos de ser un collage frívolo

o una condición de impotencia formal. Es significativo que Lozada, uno de los grandes narradores orales de la escena iberoamericana, escriba esta verbalidad agónica, difícil. Iluminación por la penitencia, su poesía es fragmentaria no como una claudicación sino como una invocación: el archipiélago es una invitación al todo, a la comunión de todo y de todos, en nuestra gloria como Dios.

Esta dialéctica de lo uno y el todo dicta también la estructura y las visiones del libro. La primera parte, «Las Ínsulas Extrañas», expone la problemática de la experiencia individual: el descubrimiento de sí mismo, de la vida erótica, de la presencia en el mundo, todo ello marcado precisamente por la insuficiencia de la vida en el yo, por la necesidad y la angustia de trascenderlo. Para el poeta «la libertad de ser corpóreo / finito» es al mismo tiempo «la libertad de ser imposible»; le tortura el propio anhelo, ineludible sin embargo, de salir de sí: «¿no podríamos estrangular los remos / no penetrar no volver sobre nuestros aleteos?» Por eso lamenta «la soledad sodomita del soltero», en la que encuentra un falso «caminar hacia la presencia del todo», aunque «para entrar» —es decir, para salir hacia el otro— «hace falta / que el varón respire / en la sombra / el rostro de otro varón / sagrado». Y es que el poeta se reconoce a sí mismo en la sustancia de lo distinto: «Tal como en mí son las aguas / innumerables / es la tierra devuelta que se lava / para entrar con menos»: purificación de la tierra, símbolo en todo el libro de la realidad de la inconciencia, de los instintos básicos del hombre. Trascender la ínsula tiene pues en esta primera ascesis dos sentidos: ser «el que lleva la ofrenda», ofrecerse como objeto de amor, o aceptar la muerte como plenitud erótica: «arte marcial de la caída / del desmoronamiento de la hoja fascinada en el suelo». La sección termina con un extraordinario, despojado poema de cinco versos, resumen del carácter de esta ascesis, que conduce a una muerte en vida como totalidad trascendente de la vida de los instintos:

*Poco antes de la muerte destrozará mi corazón  
la perfección y el lujo de los gestos*

*solamente quedarán las herramientas  
Muévanme las herramientas  
El colmo de Amor.*

El poeta ha verificado una verdadera aventura espiritual: ha logrado pasar del uno nocturno y limitado a la visión de la globalidad de la luz: «La tribu en el astro». El yo ha sido trascendido en función de la Ciudad del Amor en donde todos, y cada uno como uno, «es recuperado» finalmente. Pero esta Ciudad, esta «patria de la luz» en la que el poeta se siente habitando ya, no es más —ni menos— que una profecía, hacia la que vamos «arrastrado por el deseo de una tribu / que mirará sobre sí misma». Se trata pues de una anagnórisis colectiva, aun cuando se sepa que «todo el atlas es proyecto», pues su futuridad no depende de una construcción exclusivamente humana, sino que es «La creación que se obstina» de aquel Uno que «está vivo en cualquier sitio / porque todo tiene sentido de presencia». La tribu evoluciona hacia la Ciudad como la creación única de Dios y los hombres, a través del sufrimiento. Y la República es su estadio intermedio, donde «lo santo comienza / cuando la justicia es humilde», donde pueda exclamarse en éxtasis: «qué pequeño el sacrificio / qué mínima la luz». Sumergido en la visión de su pueblo como alianza de la humildad, el cuerpo del poeta queda redimido, «encantado por la transparencia de su ley».

Pero la amplitud de estas visiones y la fuerza de sus tensiones internas no agotan la riqueza ni la belleza del libro, especialmente en su superior segunda parte. La desolación y el deslumbramiento, el horror y la esperanza, la memoria y la ausencia, la oscuridad de la voz y la claridad del silencio dan a estos versos una sinceridad quemante, una sabiduría dolorosa, una desollada calidez de testimonio, que es, vale la pena apuntarlo, la de un hombre joven y vital. Esta poesía aparentemente rota, voluntariamente pobre, alcanza casi en cada poema momentos de raras y misteriosa perfección, grupos de inspiradas palabras que definen una verdad, una realidad espiritual: «La luz tocó mis bodas»: «el signo que hace visible / lugar de cita invisible»: «¡Cuánto más la luz

no tiene que alumbrar: / el silencio / la oscuridad / están llenos!». El tema de la luz —recurrente y central en el libro, como el del silencio— alcanza su mayorazgo en este arranque verdaderamente ciclópeo, digno de los *Versos Libres* de José Martí:

*Es la Ciudad que pasará en el Árbol  
en el vino que alza  
es la caballería ardiente de la luz  
Todo se nombra en mí  
se yergue o se evoca en mí  
Pozo de luz  
desfiladero de la luz  
boca perdurable en la luz  
Aún me quedan fuerzas  
para la reforestación del universo.*

La raigalidad y el atrevimiento de la poesía de Jesús Lozada exigen un lector dispuesto a enfrentar la palabra como una confesión en carne viva y como una oración ilusionada. Para él, toda experiencia está sostenida por un significante que la supera y la expresión de conjunto de esa aventura constituye una sabiduría y una obediencia: estamos aquí en las antípodas de la frivolidad postmoderna. Y lo que hay de ilusión en estos versos proviene de una metafísica personal, de una especie de escatología privada, de un trascendentalismo heterodoxo cuyos fundamentos son cristianos —la agustiniana *Civitas Dei*, la luz como símbolo de la revolución del Espíritu, la piedra como iglesia popular, la memoria como evidencia del Paraíso perdido—, pero que no sólo está desprovisto de las referencias y los énfasis de la poesía cristiana de expresión castellana —falta, sobre todo, el diálogo con el Tú divino—, sino que resulta construido sobre la utilización de símbolos provenientes de la mitología azteca —el jaguar, el Sol de Soles, la serpiente que vuela, el pico de jade, la idea misma de la «tribu celeste»—, que pudiera apuntar hacia la construcción de una especie de Antiguo Testamento americano, con Quetzalcoatl como profeta de Cristo. ¿O se trata del mundo de los apóstoles, cuando el Amor acaba de abandonar la tierra y toda la historia es antigua y primitiva y la realidad comienza a andar?

«No es éste el país» —afirma el poeta, pero añade: «ni los astros el astro». Para él todo el universo está en una fase primitiva, previa, o más bien intermedia entre el Paraíso original y el final. Hay, pues, rendición. En todo el libro no se menciona explícitamente a Cristo, pero, como suele ocurrir en Cuba, en este poema la figura de la redención está representada por José Martí. En conmovedora visión el poeta encuentra a un Pobre, «más allá de la muerte», velando por la patria:

*lleva siempre el mismo traje  
la misma bestia  
el mismo zapato  
y su oquedad  
que era luz.*

«No es éste el país» —lamenta el poeta, y concluye rotundo: «Pero está aquí».

Así, la metafísica de estos versos, siguiendo el dogma cristiano de la Encarnación, decide asumir la historia. Pues el acto, la creación sobre la realidad, es también para él una vía del espíritu, el signo que hace visible la cita: «Permanezca el corazón iluminado / por una obra real». Luego de la terrible profecía de la liberación que constituye el penúltimo poema, el libro cierra con un resumen de todos sus grandes temas: la redención de la isla-persona en la isla-pueblo, que evoluciona a su vez hacia el astro que será, o que no será sino sólo Luz. Aunque es ella misma la que avanza a recibirnos, como anuncia himnicamente el poeta: «Cuerpo que caminas hacia el fondo / te saluda la Luz». Es ese mismo cuerpo, ese fragmento del archipiélago y de la tribu, cuyas «calladas imágenes» irresistibles le han juzgado —pues el libro, en sí, como toda creación humana, pero aquí explícitamente, espera un Juicio—, aparece salvado en el último texto, en la última línea, por una ley que es la transparencia misma. El poema ha logrado «recobrar el mundo», trascender el fragmento, convertirse en Árbol. La unión de la persona, el pueblo y el universo equivalen a Dios, significan el retorno del Paraíso. En un instante de dicha, el poeta lo ha conocido.

Magnífica ópera prima, verdaderamente,

ésta cuyo comentario debemos concluir aquí. En el grupo de poetas cubanos que retornan a las ambiciones de pensamiento que ha sido siempre insignia de nuestra mejor poesía, Jesús Lozada aporta una voz abisal, una revisión radical de todos los problemas del sentido y de la forma. Él es el intransigente, el dispuesto a la locura de rehacer las palabras como la Palabra. Pero si algo debiera celebrar en este libro es la excelencia de su fracaso, el momento en que el poeta se despoja de la noble tortura de su búsqueda y ungidamente escucha:

*Vivir  
vale la pena en el silencio  
de las palabras precisas.*

---

## El arte de crecer

LUIS MANUEL GARCÍA

---

Mario Guillot  
*Familia de Patriotas*  
Excmo. Ayuntamiento de Valladolid  
Valladolid, 1998, 66 pp.

---

DESDE QUE ASOMÉ A ESA EDAD DE LA DUDA que suele ocurrir entre los catorce y los dieciséis años, en La Habana fervorosa de 1968 a 1970 —Fervor cerrado por reparaciones—, empecé a descubrir que no coincidía el número con el billete, es decir, que entre la realidad retórica y la realidad objetiva y fuera de nuestra conciencia (según la misma retórica) existían hiatus que mi adolescencia era incapaz de explicar. Como aún no estaban tan de moda los conflictos generacionales, me acerqué con inocencia a mi padre, intentando que subsanara mis dudas (meros errores de apreciación seguramente), pero una y otra vez insistió en lapidar con discursos mi incompreensión de los otros discursos, de modo que al cabo, desistí. Muchos años después, cuando Fidel Castro proclamó el

Proceso de Rectificación y aclaró que «ahora sí vamos a construir el socialismo», mi padre apagó la tele para no escuchar a Fidel negar a Fidel, o para no barruntar la idea de que durante un cuarto de siglo se había dedicado con fervor a comer catibía en conserva.

Todos hemos tenido un padre, un tío, un hermano así, suscrito al fervor perpetuo, incapaz del politeísmo, y menos aún del ateísmo político. Personajes lineales capaces de explicar lo inexplicable y maquinar argumentos, que García Márquez envidiaría, si la deidad mayor del Olimpo Político necesitara coartada. Son seres de una fe conmovedora, como de beatas que se creen literalmente la Biblia de cabo a rabo.

A esa especie pertenece Ramón Matamoros, hijo de mambí y abuelo de una jinetera, que Mario Guillot nos presenta en la novela corta *Familia de Patriotas* (finalista del Premio Ateneo-Ciudad de Valladolid, 1997). En segunda persona, un narrador que se nos muestra entrañable, por momentos tierno y con dosificada asiduidad irónico, va presentando a Ramón Matamoros a través de una combinación de ataques por los flancos: en su relación con Eduardo, el yerno muerto en Angola; con Flora, Florita y Tatiana, su mujer, hija y nieta respectivamente; con Agustín, su padre mambí; o defendiendo a la Revolución con las armas y el trabajo. Una serie de aproximaciones que van edificando el personaje con la paciencia de un puzzle, superponiendo en ocasiones datos, pero iluminando casi siempre zonas de su personalidad hasta ese momento en tinieblas, o apenas vislumbradas.

Si bien el narrador enfoca desde afuera a Ramón Matamoros, al asumir la retórica revolucionaria, al conceder a sus aplicaciones y explicaciones sólo de vez en vez el beneficio de la duda, al ironizar en cuidadas dosis sobre el mundo de tareas del Partido, Movilizaciones y Lucha Antiimperialista en que habita el personaje; el narrador se adentra sin rubor en la dialéctica interior de su criatura, logra despojarlo de la aridez de un esquema y convertirlo en alguien creíble, por el que llegamos a sentir una enorme piedad. Y posiblemente ésa sea la mayor virtud de *Familia de Patriotas*: lograr que el fanatismo, la



certeza indudable que ni pruebas necesita en su apoyo, el fervor de este elegido, capaz de clasificar a las personas de carne y hueso por estricto orden de tamaño político, alcance una dimensión humana que es, sin dudas, una dimensión trágica: la del hombre abandonado por su propia obra.

Si hay personajes unidimensionales (y por fuerza superficiales) como Eduardo; si lamentamos el dibujo leve, esquemático, de Florita, cuya evolución desde la fe a la desilusión requeriría un tratamiento más detallado; si echamos de menos un planteo más extenso y rico de Tatiana, la nieta jinetera; no es menos cierto que el protagonista cumple sobradamente nuestras expectativas y el interés con que lo hemos seguido; salvo el final catastrófico, que no voy a develar, y que me resulta innecesario; o ciertas moralizaciones del último capítulo que son prescindibles. Si a eso sumamos una oralidad cuidada, dosificada y sin estridencia, una dramaturgia que nos atrapa desde la primera palabra, y el verismo de quien se mete en la carne y la sangre de la palabra, podemos incorporar felizmente esta *familia de patriotas* a la familia de nuestra literatura, con el atisbo de que recibiremos de Mario Guillot nuevas alegrías de la palabra. ■

---

## El placer de un habano: un tema para Barthes y Boccaccio

MADÉLINE CÁMARA

---

Marcia Morgado  
69. *Memorias eróticas de una cubanoamericana*  
Editorial Casiopea  
Barcelona, 1998, 176 pp.

---

**E**L DEBATE ENTRE LAS DEFINICIONES DE erotismo y pornografía parece acompañar con cierto tufillo de escándalo a la pu-

blicación del libro de Marcia Morgado 69. *Memorias eróticas de una cubanoamericana*. Aunque los diccionarios como el Larousse no atienden a ella, cualquier diccionario sobre sexualidad con un enfoque más o menos actualizado dejará claro al lector que las manifestaciones diversas de lo pornográfico sólo aspiran a generar en la audiencia la excitación sexual. En el provocativo libro *Caught Looking*, publicado en Estados Unidos en 1988, queda claro que para que un material sea considerado legalmente obsceno debe «describir la actividad sexual de manera ofensiva» y además «carecer de interés artístico, literario, político o científico» (Introd. p.8). Por otra parte, lo erótico, al ser recibido y producido, implica a una gama más sofisticada de sensaciones que involucran motivaciones de carácter cultural muy variadas. Sobre este aspecto del erotismo ha dicho Octavio Paz en *La llama doble*: «una de las funciones del erotismo es domar el sexo e insertarlo en la sociedad» (p.16).

No obstante, suele suceder que las disquisiciones sobre si una obra de arte cae dentro de un campo o del otro atañen muchas veces más a la moral con menosprecio de las teorías de análisis pertinentes. En mi opinión, tanto lo uno como lo otro pueden ser admisibles dentro de una obra dada si contribuyen al carácter estético de la misma, si se integran funcionalmente al mensaje que pretende comunicarnos su creador. Y viene a mi mente la película japonesa *El Imperio de los sentidos*, de Nagisa Oshima donde es imposible discernir entre ambos efectos, al tiempo que se ofrece una pieza del cine contemporáneo y un testimonio gráfico de gran valor para conocer la cultura de este pueblo.

Con la primera obra de Marcia Morgado enfrentamos el debut de una nueva voz narradora femenina que se ha propuesto abrir un espacio propio donde, en este momento, lo erótico parece ser una moda que amenaza con desgastarse. Éste podría ser un buen punto de partida para preguntarnos por qué escogió ese tono descarnado, y se dispuso a retar todo tipo de tabúes, tanto de la moralidad como de la escritura convencional. Con este libro asistimos a un audaz intento de liberar a la escritura de los prejuicios de la

obsценidad, de levantar la veda a ciertas palabras, ciertas situaciones y emociones que tienen su mayor censor en lo que la crítica puede o no considerar «literario». Creo que Barthes hubiera saboreado esta doble aventura en pos de un texto del goce totalmente reñido con los estereotipos.

Sin embargo, al menos en mi lectura, más que orientado hacia el erotismo o la pornografía el libro está concebido como una sátira de ciertos valores culturales muy arraigados en la comunidad cubana de Miami. Quizá, para poner un toque de humorismo sobre el tono a veces patético con que discurrimos sobre el destino excepcional de la nación cubana, o para recordarnos que el placer del sexo, además de toda la espiritualidad que puede provocar, tiene un fundamento biológico, hormonal y psicológico, en una palabra, físico. En fin, que ni la muerte de Fidel nos garantiza la vuelta de la democracia a nuestra querida Isla, ni el matrimonio más conveniente asegura la felicidad personal que todos buscamos. Ambos problemas: la libertad de Cuba y la realización de cada individuo, se las traen.

Pero la burla en arte es tono difícil de sostener sin carenar en la caricatura y por eso, para futuras entregas, me gustaría que la escritora definiera mejor su relación con el objeto o sujeto que describe. La hipérbole, que parece ser su figura literaria favorita, aparece tanto cuando quiere distanciarse mediante la ridiculización del asunto que crítica, como cuando quiere acercarse a ciertas escenas eróticas con una carga emotiva considerable. Así, llega un momento en que el conjunto se abigarra y se hace indistinto, perdiendo el lector la noción de si es momento de entregar sus sentidos a la risa sarcástica o detenerse a disfrutar de la emoción erótica. Por eso, al menos en mi experiencia, decidí escoger sólo el camino de lo lúdico, sin explorar demasiado ni la moral ni los sentimientos de la protagonista, a quien lo que más le interesa es la búsqueda del placer. Y creo que el personaje de Fisselle hubiera podido entregarnos mucho más sobre su filosofía del goce de no haberse visto atrapada por las situaciones caricaturescas en que la autora la sitúa para cumplir con

su objetivo de crítica a la atmósfera pacata de un cierto Miami que va desapareciendo y que ni siquiera merecería tanta atención. Sin embargo, el lector pasará un rato divertido con esta lectura y, con más cuidado, encontrará las claves de lo que podría llegar a ser, por qué no, un estilo literario novedoso que mucho dará que hablar dentro del controvertido tema de escritura y sexualidad femenina.

Por último, celebro la intención de la obra (obsérvese que no me interesa la clasificación novela, en esta suerte de historias a lo *Decamerón*, donde los encuentros sexuales dictan la trama) de sumarse a una serie de intentos de una generación de escritores de textualizar Miami: así, la obra poética de Néstor García de Villegas y una parte de la narrativa de Carlos Victoria y de Juan Abreu. Por eso, más allá de la crítica ácida a las celebraciones de quinceañeras, al conservadurismo ideológico de algunas viejas familias de la clase media cubana, del machismo de los dirigentes políticos del exilio, yo me quedo con el olor a café del kiosco de la Ocho, nunca tan vivo como en estas páginas, el filoso paisaje de los *espressway*, el ritmo del *spanglish* de los Cuban-American: en fin, la oralidad y la cultura popular que se describen, cuya resistencia a desaparecer, es también una muestra de una forma de la identidad cubana que no conoce fronteras ni idiomas. ■

---

## Poesía negrista y actualidad cubana

JESÚS J. BARQUET

Alina Galliano  
*En el vientre del trópico*  
Prólogo de Carlos Franqui  
Serena Bay Books  
New York, 1994, 76 pp.

**N**O RESULTA DIFÍCIL ESTUDIAR ESTE RE-  
ciente libro de Galliano, poeta cubana

residente en Nueva York, como un poema épico «nuevo *Espejo de paciencia*» de la literatura cubana, que «narra acontecimientos a múltiples planos de la pérdida de la Isla», según afirma Carlos Franqui en su prólogo. En el libro, los orichas de la religión afrocubana se quejan de que los cubanos han dejado de respetarlos y venerarlos debidamente y que, en particular, los actuales gobernantes les han robado la Isla, la cual los orichas consideran como «mi palacio natural», «mi casa / mi vivienda favorita». Para lograr sus propósitos políticos, han convertido la Isla en prisión y, según afirma el oricha Osaín, han embrujado además a sus habitantes, quienes confiaban ciegamente en el proceso sociopolítico iniciado en 1959. Los diversos hablantes poéticos presentes en el libro se proponen no sólo explicar de manera narrativa los motivos del descontento de los dioses con la historia cubana posterior a 1959, sino también exponer líricamente las formas de la venganza divina, la cual constituye la causa —según el texto— de la crisis económica y de la asfixia social que vive actualmente el país. Así lo confirma Osaín: «ahora toda la magia, / todo el poder del alma que yo soy, / va a convertirse en una fuerza destructora sobre la Isla». Debido al agravio sufrido por los orichas, otro de ellos, Oggún, presagia un futuro apocalíptico para Cuba, tema —y temor— muy común en el discurso de muchos cubanólogos actuales: «todavía se desconoce / de quiénes serán los cueillos necesarios / cuando el destino de la Isla desate / el tiempo prefijo, / la hora temible / que dará comienzo a La Gran Ceremonia del Desagravio».

La intención heroica es explícita en el poemario: su asunto es «la más sangrienta e inacabable / de las guerras espirituales». Dicha guerra espiritual no comenzó, sin embargo, con el proceso sociopolítico de 1959. El agravio del pueblo cubano al panteón afrocubano comienza mucho antes: se manifiesta en la tradicional actitud racista o de menosprecio hacia el componente africano de su identidad. Es, según el poema inicial, «la zanganería de creernos / más finos y más blancos / que la fineza y la blancura misma / de todo ser viviente». Pero después

de 1959 dicho agravio se recrudece cuando el pueblo y los gobernantes cubanos adoptan actitudes cada vez más irreverentes hacia los orichas, afirma el texto de Galliano. Con tal orientación, el poemario se inserta en la corriente de pensamiento que considera que el problema racial en la Isla, si bien es un vestigio del pasado, no ha sido resuelto por el actual gobierno, sino que, por el contrario, se ha exacerbado. El acto de robarles la «casa» a los orichas constituye la máxima transgresión al panteón afrocubano ocurrida durante el mandato de Fidel Castro, quien parece ser el referente inmediato del poema XVII: «Quién iba a imaginarse / lo que puede costar un hombre hermoso, / un señorito como aquél, treinta y tres años, / piel como pétalo de rosa / y una lengua que hasta la miel podía envidiarle su dulzura». Toda esta irreverencia de las últimas décadas despierta la cólera vengativa de los orichas: Elegguá le borra «los caminos a la Isla», mientras que Yemayá la transforma en «un cabezal de tiniebla» y desorientación y le amarra su destino y sus puertos. Una perspectiva totalizadora de la circunstancia cubana está, pues, en la base de la épica santoral de Galliano. De ahí que la propuesta de desagravio a los dioses que el libro propone, signifique una forma factible de comenzar la necesaria recuperación espiritual y material de la nación cubana actualmente en crisis.

Aunque el poemario no cuente con nítidas subdivisiones externas, podría detectarse internamente tres secciones, marcadas por la matización del hablante poético:

1. Introspección eminentemente lírica del «yo» poético (Poemas I - XIII); esta sección muestra afinidades con la poesía cubana del exilio preocupada por los temas de la nostalgia, la identidad nacional, la memoria y los sentidos reconstructores.

2. Épica santoral propiamente dicha, donde hablan en «yo» los orichas (Poemas XIV - XXII).

3. Epílogo (Poemas XXIII - XXIV), donde el «yo» se hace uno con la voz de los orichas, es ya el vate y los secretos divinos «habitan» su cabeza: «Yo soy Oni Ocun y / el poeta de los Orichas». Comienza entonces a

realizar con su voz, su oralidad, el proceso pacífico de humilde reconciliación con los orichas, reconciliación (o desagravio) que realiza en representación de (y para beneficio de) toda su comunidad.

Es con fuertes imágenes sexuales que la autora presenta esta situación de agravio y desagravio: ante una primera cópula violenta de la Isla, Galliano propone una segunda cópula restitutiva. Por realizarse sobre un cuerpo ya violado (la sustancia espiritual de la Isla), la cópula propuesta por ella tendrá efectos inversos: en vez de un acto de violencia corruptora, su penetración «en el vientre del trópico» constituye un paradójico acto de amorosa restitución espiritual de una nación mancillada. Sin embargo, el «yo» poético sabe que los orichas o divinidades del Monte son extremadamente susceptibles y es indispensable proceder de acuerdo con sus leyes. Para poder contar con ellos en su empresa restauradora, el «yo» cede humilde y respetuosamente su voz a los orichas: Changó, Ochún, Osaín y otras divinidades entran a hablar en la segunda sección del libro. Pero la intención épico-lírica del texto no abarca solamente la individualidad de la voz poética y la de los orichas, sino también la del pueblo cubano, exiliado o no. El «yo» poético, al extenderse e intencionar colectivamente su discurso, busca representar a su comunidad: todo el pueblo cubano. Del «yo» individual pasamos a un «nosotros» colectivo en los poemas I, XIV-XV y XXIII, los cuales son poemas claves del libro porque les sirven de umbral a las tres secciones señaladas.

Según Julia Cuervo Hewitt, el logocentrismo yoruba es esencialmente oral y su durabilidad está asociada a «la adaptación circunstancial de recitaciones ancestrales inviolables» tales como las realizadas —añado yo aquí— por la voz poética en el último poema del libro. De forma enfática por la tipografía en mayúsculas empleada, éste cierra con aquellas fórmulas retóricas de respeto y saludo a la divinidad que se habían olvidado o descuidado en la Isla: «MAFEREFUN ELEGUA / MAFEREFUN AREO / MAFEREFUN ORISAS / MAFEREFUN OLODUMARE». Pero ya en el poema umbral (XXIII) de esta sección, el «nosotros» colectivo había solicitado y co-

menzado ritualmente dicha reconciliación con las divinidades: «agua fresca para Eleguá, agua fresca para la Casa / agua fresca para todos los Santos, / agua fresca para todos los Espíritus». Ante el presagio apocalíptico con que cerraba la segunda sección, la voz colectiva del pueblo le pide, además, al sincrético panteón afrocubano, que libre al país «de la tragedia», «que despeje el camino de Erekusú [Cuba] / antes que sea demasiado tarde». Y tras reconocer que «sólo la visión colectiva es capaz / de destruir la feroz dimensión de la ignorancia», señala las urgencias (o los reclamos) sociales de la presente circunstancia cubana: «reconstruir la Patria» y «restaurar / la esperanza de un país».

Esta ductilidad de la primera persona (singular / plural y sus diversos desdoblamientos) le permite al texto apresar de forma fehaciente la circunstancia nacional, es decir, la dimensión épica de su asunto. La poesía cubana se enriquece así por dos motivos: suma otro texto épico de gran valor al fundacional *Espejo de paciencia* escrito supuestamente por Silvestre de Balboa en 1608, y amplía los cauces del negrismo practicado intermitentemente por la poesía cubana desde 1928. Galliano ofrece en su libro una dimensión épico-lírica nunca antes realizada con similar profundidad temática y consistencia formal en este tipo de poesía. Este libro de Galliano logra hablar, desde dentro del panteón afrocubano, con significativas dimensiones épicas y expresas intenciones críticas y a la vez conciliatorias, de la historia y futuro de la nación cubana. Logra incluso salvar el escollo de la incomunicación que un texto de esta índole podría tener en un lector no iniciado en la religión afrocubana. Galliano sabe construir poemas negristas que, sin perder su calidad poética, resultan autoexplicativos o se descodifican a sí mismos.

El libro cuenta, además, con un glosario y, como correspondería a un anónimo poema épico, con una versión oral en cassette a cargo de la recitadora Carmina Benguría. Con esta grabación Galliano rescata la rica tradición recitativa que formó parte del auge inicial de la poesía negrista en Cuba.

Este poemario constituye, además, un ejemplo de la posible confluencia de contenidos y motivos provenientes de dos modalidades de la poesía cubana tradicionalmente vistas como opuestas: la poesía intimista (practicada por Galliano en su obra anterior y que ahora se continúa fundamentalmente en la primera sección del libro) y la poesía negrista, modalidad a la que pertenece dignamente, por ser un valioso y arriesgado aporte renovador, *En el vientre del trópico*. ■

---

## *Piano mechanicus:* *Ensemblers*

CARLOS ALBERTO AGUILERA

---

Rito Ramón Aroche  
*Material entrañable*  
Editorial Abril, Edic. Por amor. Col. Trilce  
La Habana, 1996, 72 pp.

---

I. En un libro clásico sobre la cultura, George Steiner escribe: «Ya no experimentamos la historia como una curva ascendente». Tampoco —podríamos agregar *nosotros*— como una curva descendente, hacia abajo. Sencillamente, ya no hay Historia. Quiero decir: ya no hay curva. La historia (por suerte) ha dejado de ser ese dispositivo absoluto que regula (y logifica) la dinámica atomizada de un discurso cualquiera. La historia, ha dejado de ser (por suerte) un plano militar que se despliega y castra la posible *epistème* de una máquina cultural no-totalitaria. Lo que no quiere decir que cada cosa no posea su propia historia (en minúscula), su propia manera de *teatralizar* un proceso. Pero no como absoluto, no como canon-regulador-de-caminatas (recordemos a Lenz), no como centro. La historia, en su propia fragmentación (no evolución) ha ido ocupando un *hortus* doméstico, legible, fácilmente asimilable. Se ha ido convirtiendo en un dispositivo *liso* (y que me perdone San Deleuze) que puede ser coloca-

do como un pistón de gravedad en cualquier discurso. Sin traumas reguladores, sin *pactos*.

II. Cuando comencé a escribir *Piano mechanicus: ensemblers* una de las cosas que más me interesaban era hablar (o pensar) *Material entrañable* de una manera didáctica, casi: lineal, de la misma manera que recomiendan hacer los malos profesores en las escuelas. Es decir: «apretar el tornillo hasta el fondo y después sacarlo sin ningún problema». Para lograr esto debía subrayar (como en efecto fue *subrayada*) la importancia nula que para *Material entrañable* posee la historia como Ideología y la importancia (tremenda) que posee como micro-relato cotidiano, como anécdota o suceso parcial, como insignificante. En este libro vamos a encontrar los cines oscuros que ya no funcionan o el fragmento-voyeur donde lanzan a un perro desde un puente. Vamos a encontrar el *locus* funcional de un escritor y sobre todo las «sensaciones» que movilizan a este pequeño *locus* que se repite —casi invariablemente— en todas partes, como se repiten una-a-una las frases en un ritornello, como se repite la baba blanchuca en la risa de un anormal.

*Material entrañable* puede ser leído desde espacios diferentes, inclusive, desde espacios contrapuestos. Es un libro hecho (construido) desde la escritura, o como ha dicho Marqués-Guattari desde la-diseminación-ovular-de-la-escritura. Y en la *diseminación* —como ustedes saben— no hay jerarquías: una cosa no está por encima de otra. Aunque yo (y el yo de una confesión no puede ser borrado) siempre lo he leído como un diario marginal. O mejor: donde se ponen en evidencia conductas marginales. Conductas que están *al margen* de lo que una civilidad (o una Institución) permiten. *Paréntesis*: en *Material entrañable* la marginalidad es dicotómica. Por una parte señala frases, palabras, mitologemas que legitiman a una zona particular de la sociedad, por otra *marginaliza* su espacio (el lugar donde está ubicado *su* espacio) actuando directamente sobre la escritura, sobre los referentes que la escritura descentra. Alejando estratégicamente una pieza de otra, haciendo «cortes» donde comúnmente se lee (o se debe leer) sin el ácaro asfixiante de la coma, como una máquina que se ha

vuelto loca y ha empezado a *estructurar* de una manera no-simbólica, esquizofrénica; como una máquina que se ha vuelto loca y crea —de esto no cabe duda— *otra* ficción.

III. La semana pasada fui a casa de Rito. Allí, junto a Ismael (que había llegado unas horas antes) hablamos de *La Fábrica*. Rito nos explicó cómo —pensaba él— debía funcionar *ese* «proyecto». Y cómo (evidentemente) no debía funcionar. Ismael (que como siempre *deliraba*) empezó a crear fábricas y fábricas y fábricas, convirtiendo el «proyecto» más que en una *fábrica* en una transnacional. A la hora de irnos, Rito me prestó un libro de Dagmar Phillips; me dijo: «léetelo rápido». Allí (por suerte) encontré la frase con la que pienso terminar estas notas y, que me parece, explican algunas de las lógicas de la poesía de Rito. Dice Dagmar Phillips: «La escritura es un ácido. Escribir, es como vomitar encima de una alfombra; por mucho que la lavemos nunca podremos quitar *las pequeñas manchas*». ■

---

## Ceci n'est pas una pipe

CARLOS ALBERTO AGUILERA

---

Rito Ramón Aroche  
*Cuasi*  
Editorial Letras cubanas  
La Habana, 1997, 56 pp.

---

POR LO GENERAL, LOS POETAS SON CLASIFICABLES. O escriben desde la época (los paradigmas literarios que toda época impone), o intentan martillar un estilo (la parodia de un estilo) a partir de tics reconocibles y soluciones diferentes.

No hay en la poesía cubana tradición del *sinestilo*, de lo transversal, donde la escritura se articule a partir de lo que picotea al canon, y síntomas como mutación (cambiar las leyes de escritura según cada texto) y transgresión (atravesar constantemente lo

establecido) puedan ser vistos como espacio económico y preciso.

En la poesía cubana casi todo es plano, sin picos, como una línea de flote que se mueve entre ontos y arqueología, retórica y memoria. Como si el destino de cada poeta se concentrara en la confesión, o en el lloriqueo masoquista que confunde miseria civil con arcadia.

Esto hace de *Cuasi* un libro «subversivo», que rompe la gravedad ontológico-palabre de la isla y transforma los mecanismos visibles de representación en algo político / portátil: un libro que vende como poesía y parece ensayo; un libro que piensa como ensayo y es poesía.

Claro, esto no significa que *Cuasi* no repita, que no encontremos palabras o giros o atmósferas que no modelaran ya el Imaginario Rito, que a veces no nos molesten determinadas insistencias. Pero esto es lo que menos interesa. *Cuasi* se inserta en una zona donde aparentemente son más importantes las estrategias que las palabras, los ruiditos de la mente que las «frases», y lo hace de manera precisa: desarmando la rigidez totalitaria de los géneros literarios e insertándose en eso que Dagmar Phillips llama *transficción*.

Si en los poetas norteamericanos alrededor de 1950 hay una manera *proyektiva* de picar el verso («una percepción debe conducir inmediatamente a otra percepción». Ch. Olson); en *Cuasi*, llevando al límite la sequedad y el tartamudeo de algunas poéticas occidentales apenas hay versos. Todo se configura como «borradura de las fronteras» y más que cortes de tradición —o líneas pacatamente bien escritas— leemos apuntes, anécdotas que se conectan y parecen comentarios, ironías.

Y es que ésta es una de las virtudes de *Cuasi*: mostrar los mecanismos que convierten al poema en proceso («la oportunidad de hacer con la poesía al menos, otra cosa») y subvertir la ideología decadente que transforma a los poetas cubanos en marionetas del corazón. Y esto no es más que trabajo irónico, de picardía y cerebro, como cuando observamos los cuadros de Magritte y ante nubes, espejos que no refractan, trenes, encontramos una de las frases más extrañas de todo el siglo XX: *esto no es una pipa*. A partir de esta frase, las cosas hay que pensarlas más de una vez. ■

## ¿Qué bolá chen?

MARIO L. GUILLOT CARVAJAL

Carlos Paz Pérez  
*Diccionario cubano de habla popular y vulgar*  
Editorial Aguilar  
Madrid, 1998, 334 pp.

Oswaldo Ramos  
*Diccionario Popular Cubano*  
Editorial Aguilar  
Madrid, 1997, 158 pp.

LA EDITORIAL AGUALARGA HA PUBLICADO dos diccionarios relacionados con el habla del ambiente en Cuba: el *Diccionario cubano de habla popular y vulgar*, del filólogo cubano radicado en Estados Unidos, Carlos Paz Pérez, y el *Diccionario Popular Cubano* de Oswaldo Ramos. El primero es un investigador que lleva, según la síntesis biográfica incluida en el libro, algún tiempo ocupándose del habla de la juventud y grupos marginales, así como del mundo delincriminal. Del segundo, ignoro las causas, no se ha incluido en el libro ningún dato biobibliográfico.

La obra de Paz Pérez se enfrenta a la difícil tarea de reunir palabras empleadas por diferentes colectivos (presidarios, estudiantes, deportistas, etc.), ubicándolas en el contexto en que se usan, o mejor es decir en los contextos, pues algunas de ellas se utilizan con significados disímiles. Podría citar, entre muchos, los ejemplos de *amarrar*, que por una parte se define como «atraer, someter, sujetar a una persona mediante poderes mágicos», y por otra es «convenir, concertar, acordar»; o *tralla*, que además de «individuo de conducta reprobable», es «cadena» (la prenda).

Para lograr su objetivo, el autor divide el diccionario temático en veintidós secciones. Antes hay tres capítulos que nos introducen en el tema: «Algunas consideraciones sobre el español de Cuba», en el que se estudian algunas influencias de otras lenguas (o la no influencia, como el caso de las diferentes

lenguas asiáticas); «Unidad y diversidad del español en Cuba», donde se trata de algunas variaciones del habla según la zona del país, y la siempre interesante relación entre lengua y comportamiento; y «Formación de palabras y frases en el habla popular y vulgar cubana», en el que se mencionan diferentes mecanismos por los que se forma (o adquiere un nuevo significado) una palabra o frase: ampliación, reducción, personificación, metáforas y muchos otros).

Estos tres capítulos, a pesar de no constituir el *corpus* de la obra, y por tanto no ser extensos ni completos; preparan muy bien al lector para enfrentarse con el DICCIONARIO TEMÁTICO.

Para mí, criado en un barrio que si no era marginal lo parecía bastante; ha sido grato pasar la vista por palabras como *moña*, *títiri*, *surnar*, *sapingo*, *pelandruja*, *farruco*, *carterva*, *encufo*, *cundango* y cientos más; pues por mi zona había gente de las que podía decirse que no hablaban español, sino jerga, al punto de que si uno se iba un mes para la agricultura, al regreso no los entendía, por la velocidad con que inventaban o asimilaban nuevas palabras y significados.

Creo, principalmente por estos motivos, aunque hay otros, que la valoración del libro es positiva, y será en poco tiempo obra de consulta para estudiosos, fuente que utilicen los narradores y hasta los poetas para encontrar una palabra altisonante que poner en boca de un *ecobio*, o simplemente un libro para ojear acordándose de aquel vecino que llamaba *ambia* a todo el mundo, o del compañero de trabajo a quien sorprendimos un día *repellando* a una *tembana* en la guagua.

Y ahora voy a *cortar leva*. Hay algunos detalles que en mi opinión impiden que el libro esté *mortal hasta afuera*. El más importante para mí es cierta confusión que percibo entre las «palabras» y «cómo las pronuncian» algunas gentes de bajo nivel cultural. Creo que el autor comete el error de confundir la mala pronunciación, con la semántica. Entre marginales (y colaterales), al dinero se le dice *astilla*; y si alguien pronuncia *estilla*, es a causa de algo que pudiera (y debiera) ser motivo de otro estudio, pero no de éste, al menos como está presentado. Ese

desliz se repite con demasiada frecuencia en el libro: *celebro* por *cerebro*, *querendango* por *querindango*, *walfarina* por *warfarina*, *embéculi* por *embécuri*, *pérfilo* por *pérforo*.<sup>1</sup> Aunque el que me dejó en *Blanco y Trocadero* fue *se ñamaba* (modismo para afirmar que alguien ha muerto). Como toda mi vida he oído decir *se llamaba* para significar que alguien ha muerto; sólo me queda suponer que el autor oyó la frase a un fañoso.

Otro aspecto que deseo señalar es que, al leer el libro, me pareció percibir cierto rechazo *per se* a la secta secreta *Abakuá* (a pesar de reconocer el gran aporte que su lengua ha hecho al habla popular y marginal). Hablando del ñañiguismo, se dice que «resulta paradójico que en esta entidad se hayan refugiado individuos de disímiles conductas sociales: desde el devoto honesto, hasta el delincuente escudado tras una falsa moral». ¿Es que en la Iglesia Católica no hay también devotos honestos junto a farsantes de Grandes Ligas?

Más adelante se añade: «... marginales y delincuentes que en esta secta [la *Abakuá*] pretendían refugiarse»; y «... un amplio porcentaje de individuos que se acogían a la secta poseían antecedentes penales o eran buscados por la policía»; si bien a continuación de esta frase comenta que actualmente eso no pasa.

Bueno, lo de buscados por las autoridades, en un país donde a la *monada* hay que esconderse en *Malecón* y *90*, me parece una *turca*.<sup>2</sup> Además, en todas las religiones hay gente buscada por la autoridades. Y lo mismo ocurre entre los marxistas ateos y militantes del Partido; incluso en lugares en que el Partido es al mismo tiempo la Iglesia y la Autoridad.

También pienso que el autor no tiene claro lo que es la *charada*. Ésta no está unida

indisolublemente al dinero. Un *camarón* no son necesariamente treinta pesos, sino que pueden ser treinta años (—¿Qué edad tienes? —Un camarón.); y lo mismo ocurre con los números restantes de la charada china; que son precisamente eso: números.

Por último, es inevitable disentir en cuanto a algunos significados. Al respecto no quiero rebatir los del libro, sino añadir algunos que tengo por más usados. Los casos más llamativos los encuentro en *carpa* (bruto, torpe), que recuerdo más empleado como «gracioso, cómico» (el tipo es *un carpa*<sup>3</sup>), lo cual es algo diferente. Algo parecido ocurre con *beroco* (testículos), que es «huevo» en general (si no, los *ñañigos* no comerían berocos, porque tendrían que dimitir); y con *bolo* (de nacionalidad rusa), que también se aplica a los artículos (película *bola*, zapatos *bolos*) y no sólo rusos, sino soviéticos.

Un par más de *envolvencias* (tampoco está, a pesar de que la recuerdo como de uso muy generalizado). Los anexos del Capítulo II (y algunos ejemplos en el D.T.) no hay quien se los crea. Si están grabados, debe haber sido a un par de suecos intentando imitar a dos *negües*. Y respecto al habla relacionada con la raza (no puedo evitar el tema) y las religiones de origen africano; creo que los adjetivos *prieto* y *adelantado* no son voces populares: las personas más cultas del país los utilizan (incluido algún que otro Vicario General de La Habana), para marcar la distancia. La primera de ellas está en el Diccionario de la Real Academia (la otra también, aunque con un significado diferente al que tiene en Cuba). Y ya que hablamos de esas personas culteranas, algunas de las cuales practican (además) el *Palo Monte* y la *Regla de Ocha*, siempre me he preguntado qué lenguaje utilizan para su sincretismo religioso, ¿el de la Real Academia o el de la Vulgar Academia de la Calle?

Por su parte el libro de Oswaldo Ramos no tiene subdivisiones ni estudios filológicos

<sup>1</sup> Se observa que es muy común el error de usar la *l* en lugar de la *r*; sobre todo en La Habana, a cuyos naturales los orientales nos acusan de no saber pronunciar *carbón*; nunca he entendido por qué esa palabra precisamente.

<sup>2</sup> La *turca* (exageración, engaño) se le escapó al autor; aunque está claro que ninguna obra de este tipo puede aspirar a la exhaustividad.

<sup>3</sup> Siempre me llamó la atención que fuera *un* y no una *carpa*. Por cierto, se dice *un temba* y no *un tembo* con el significado de «Tratamiento de mal gusto dado a las personas que están entre los cuarenta y los cincuenta años».



cos. Es una enumeración de palabras que empieza con *a dieta* (sin contacto sexual) y termina con *zurdo* (el que demuestra torpeza ante determinada actividad).

Tiene, aproximadamente, mil ochocientas voces y frases; contra unas dos mil cuatrocientas del de Paz Pérez. Pudiera ser que incluyeran palabras distintas, pero no es ése el caso. La mayoría de las voces de la obra de Ramos está incluida en la de Paz Pérez, mientras que lo contrario es escaso, y de las poquísimas veces que ocurre, en ocasiones me quedé sin entender qué hacen en un diccionario popular voces como *ajonjolí* y *abeja criolla*, entre otras.

Ahora bien; hay un misterio que no logré entender. Casi en el ciento por ciento de las voces comunes a los dos libros (que son casi todas), *se usan las mismas palabras en las definiciones y se ponen los mismos ejemplos de uso*. Y algunos de ellos son bastante rebuscados como para pensar que se le ha ocurrido exactamente igual a dos investigadores. Citaré un solo ejemplo: *conejo búlgaro*. El libro de Paz Pérez dice:

CONEJO BÚLGARO (marg.) s. n. Tonto, que se deja engañar. «Me hace falta ver de qué manera resuelvo con el conejo búlgaro ese que tú tiene ahí pa' ver si bolá me arregla una lima pa'l lío del público». Dt. Conejo búlgaro.

Por su parte el de Ramos nos enseña que:

CONEJO BÚLGARO — Tonto, que se deja engañar. «Me hace falta ver de qué manera resuelvo con el *conejo búlgaro* ese que tú tiene ahí pa' ver si bolá me arregla una lima pa'l lío del público». (El subrayado es del diccionario.)<sup>4</sup>

Y de calcos como ése están llenos los dos libros. Reconozco que no sé qué pensar al respecto. ¿Estaban en un examen y las hojas de uno de ellos cayeron en el asiento del otro? Debe ser mi ejercicio como profesor lo que me hace enfocar así. Lo más probable es que tenga una explicación sencilla;

<sup>4</sup> Juro por la jerga de mi barrio, que no acabo de entender cuál es la parte de la frase que demuestra que se va a engañar a alguien.

pero como no la conozco le agradecería a quien la supiera que me la hiciera llegar.

Viéndolos por separado; es evidente que el primer libro es mucho más completo que el otro. La separación en capítulos, los análisis citados, el estudio de los modos de formación de las voces y frases, dan calor al libro comparado con el frío ordenamiento del segundo. El de Ramos, me apena decirlo porque estoy seguro de que le costó un gran esfuerzo compilarlo, queda *muerto*, o peor aún, *sale por el techo* si se compara con el otro. Su salvación hubiera sido haber salido mucho antes. Al ser casi un subconjunto del primero en cuanto a voces y frases; tiene sus mismos errores. Y al no prestar atención al estudio filológico, tiene menos virtudes.

Claro que en ediciones futuras pudieran arreglarse esos problemas (o detalles). Y no dudo que haya otras ediciones, pues este tipo de libro necesita atención continua como si se tratara de un enfermo grave; pero por todo lo contrario. Es que la lengua en Cuba está gravemente sana, y en poco tiempo los dos libros necesitarán reajustes.

Ése tiene que ser el momento que debe aprovechar Oswaldo Ramos para darle entidad propia a su obra y ponerla *entoletá*. Pero entonces, para beneplácito de los que nos preocupamos por estas cosas, Carlos Paz Pérez no se puede dejar *acaballar*. ■

## Glosas a Lezama Lima

MARÍA POUMIER

*Archivo de José Lezama Lima, Miscelánea*  
Transcripción, selección y  
notas de Iván González Cruz  
Fundación Ramón Areces  
Madrid, 1998, 870 pp.

**A**RCHIVO DE JOSÉ LEZAMA LIMA, MISCELÁNEA es un grueso volumen que reúne dos libros: una selección de borradores y cartas

recibidas, tomada del archivo de Lezama, y un torrente vital de Iván González Cruz. «Hace falta que corran los barrancos», dicen los habitantes de la Gomera, quejándose de la sequedad de su isla. Hay que dejarse arrastrar por las corrientes poderosas, aunque sean devastadoras, porque hacen descubrir la sequía circundante, hacen doler, y cuando nace el ansia, ya es señal de que han empezado a circular aguas nuevas bajo tierra.

Empecemos pues por celebrar a Iván González Cruz. Dice que nació el año en que murió el Che, lo cual podría ser una prueba más de que el Che no sólo dejó escombros. Se reconoció a los diecinueve años, y anotó lo que el espejo de obsidiana de Narciso americano le hizo ver en el fondo de sus aguas pardas: una novela de formación, que se empieza a leer ahora, dentro y fuera de Cuba, y que empieza ya, a ser signo que actúa (ver *Encuentro* N° 6/7 págs. 240-241, «El acto del signo», por Rafael Almanza, reseña de *El signo de jade*, Letras cubanas, La Habana, 130 pp.). Echó a andar la revista *Albur*, órgano de los estudiantes del Instituto Superior de Arte, donde fue publicando, a lo largo de veintidós números, inéditos de los maestros de la cultura cubana. Intensificó el ataque contra la ignorancia en los tres números de la revista *Credo*, que acaba de reeditar en fac símile la Universidad Politécnica de Valencia, España, con inspirado prólogo de Agustín Andreu. Ahora es la fundación Ramón Areces la que ha reconocido la importancia de su labor y le ha facilitado los fondos para esta *Miscelánea* de 870 páginas de letra apretadísima, y es muy notable que encuentre su lugar en un catálogo donde dominan los textos didácticos. ¡Ojalá *Miscelánea* se leyera como manual de consulta obligatoria en muchas escuelas! Se le abre un merecido camino a Iván González Cruz, que no puede dejar de suscitar envidia. ¿Quién no quisiera haber tenido la fuerza de escribir: «El horizonte crepuscular no existe. Sólo reina el desafío de la soledad. Al transitarla, el puente se ha extendido. También él es ese puente entre el trópico insular y el mundo que salvará al viajero, que ante todo es un guerrero. Él quiere atravesar el remanso que lo separa y al-

canzar la ribera. Tiene la eternidad por delante. Sus armas son sus compañeras. Cree que los dioses le acompañan y ya es feliz. Disfrazado de valor se le ve navegar sorteando escollos. La erizada vela apunta hacia lo alto mecida por el viento. Un calidoscopio gira en las manos del viajero-guerrero largo rato, y sus tres espejos se hunden en la tierra. Lo hacen avanzar y se detiene. Salta el seto. La distancia se ha recogido demasiado bajo sus pies. El abismo se cierra y aparece un jardín de misceláneas» (in «Vórtice de José Lezama Lima», prólogo a *Fascinación de la memoria*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1993). La cita que antecede recuerda el estilo de José Martí, especialmente en el prólogo a los *Versos libres*. Iván nunca ha disimulado que quiere ser un guerrero. En *Credo* publicó a Gastón Baquero y a Mons. Carlos Manuel de Céspedes. No le dejaron seguir con su *Credo*. Le dijo a Abel Prieto: «Ustedes organizan eventos de homenaje al grupo Orígenes. Pero no dejarían renacer un grupo Orígenes aquí y ahora». Lo echaron del país, ahora vive, con su mujer la de Pinar del Río, en Valencia, la tierra de los padres de Martí. Con el volumen *Miscelánea* el guerrero se ha multiplicado, es un ejército lo que despliega. Allí entra el rigor universitario como una invasión de datos a través de las notas. Muy justamente, éstas vienen situadas a pie de página como contrapunto de cada elevación del texto de Lezama. Como para combatir la agresividad de ese asedio sin descanso a la palabra del maestro, no se pegan a unidad lexical alguna, sino que van identificadas por el número de la línea correspondiente. Esta elección es muy significativa: combina el principio de la glosa y el nexa según lo entienden los prácticos de internet. Así en primer lugar, contesta ofreciendo un variado surtido a la pregunta «¿y con esto qué quiso decir Lezama?» al modo de San Juan de la Cruz, glosando paso a paso en prosa su propio *Cántico espiritual*, con desarrollos a veces muy inesperados: las notas a pie de página son otra antología más de Lezama Lima, con referencias bibliográficas precisas y tienen la delicadeza de no imponernos las opiniones de Iván. Por otra parte, al estilo Internet, nos conectan

con las más lejanas galaxias, a veces solamente por una coincidencia fortuita entre el repertorio mental lezamiano, y los varios diccionarios que Iván tuvo a mano. Celebramos este segundo procedimiento. Volcar diccionarios generosamente con el pretexto de la aclaración reintroduce una maravillosa libertad en la lectura. Gracias a este sistema, estamos ante una novela activa, donde el héroe es el lector, el único que decide en qué laberinto está metido, qué es lo que está buscando, por dónde le va a entrar al laberinto que ofrece Iván, y cómo sortear las pruebas del aburrimiento ante un libro de doctrina. Iván entrega su logística, un enorme acopio, para que cualquiera, con ese único volumen, tenga los instrumentos bibliográficos de los que él se vale para elucidar las alusiones lezamianas, sepa cómo ubicar cada uno de los apuntes que alcanzan publicidad por primera vez. Hay un excepcional desprendimiento en el método de Iván: regalar fuentes, divulgar maestros, echar secretos de los pedantes a andar por el vulgo: es una tarea propia de gente pobre entre los pobres, el invitar furtivamente a cualquiera a llevarse de la caverna de Alí Babá lo que le haga falta, y que el mercado oficial proporciona racionadamente, y sólo a los solventes, a los que tienen tiempo y capacidad para buscar en lugares dispersos de la ciencia su alimento. Es un arte de contrabandista al revés el de Iván, al entregar por nada sus cosechas personales; un universitario normal tarda veinte años en vender caro toda esa mercancía, y se busca la gloria con una parsimonia bien presupuestada. De Iván, parecería que sólo está echando por la borda un lastre estrellado, para que reverberar en la mar de todos, ganando él con desvalijarse. Además ordenó seis Índices valiosos, de personalidades aludidas, de instituciones y lugares geográficos citados, de obras citadas o aludidas, de personajes literarios aludidos, de mitología y religión, de escuelas o movimientos artísticos aludidos. Haría falta ahora que nos coloquemos todo esto en Internet, de alguna manera astuta para que lo descubran tantos que no saben que les hace falta llegar a Lezama, y no solamente los de la vieja guardia.

Ahora bien, entre las referencias, amonтона citas de la correspondencia, de las novelas, de los ensayos, como si conformaran un mismo texto. Podría pensarse que el procedimiento no es perfectamente riguroso, sobre todo por el hecho de poner fragmentos de *Paradiso* y *Oppiano Licario*, con sus escenarios y fábulas, a ese nivel testimonial directo. Pero ante el lamentable vacío de la bibliografía útil para descifrar seriamente a Lezama, creemos que se trata de una etapa necesaria. Como bien lo dice Iván, «éste será un libro madre», es decir una fuente de confianza para los que se hallen perdidos entre la explotación de lo turísticamente lezamiano, y el ceño de la hosca secta de los lezamistas filósofos. Iván, maestro, procura por las colecciones de citas que arma, dar a entender un ser en el que las contradicciones se disolvieron: un pagano sincretista que ensanchó el cristianismo con toda la cultura alejandrina, un nuevo Padre Orígenes, para quien la culpa es un espejismo, y la culpabilidad un sentimiento feo, que da cáncer. Este gnóstico al que no alcanza la lectura torturante de Jorge Luis Borges es nuestro feliz contemporáneo. Digeridor de Nietzsche, de Heidegger, de Croce, se convierte, por la red de conexiones heterogéneas que establece Iván, en punto de encuentro de infinidad de figuras de todos los tiempos y más allá de la cronología. Iván viene de un mundo en que la información está estrangulada, de ahí su apetito sin fondo, que entenderán los hambrientos.

Pasemos ahora a tratar de identificar la sustancia que él busca apresar, en tanta frondosidad. ¿Cuál es la clave, la cifra, el signo de este trabajador de fuerza lezamiana? «El alma y la sangre», título del autoprólogo, es más de María Zambrano que de Lezama. Iván no sabría expresarse sin imágenes, pero necesita además la seriedad de iluminada de María Zambrano, no podría prescindir de la solemnidad de la aurora, del temblor paroxístico de la «Diótima de Mantinea». Él piensa que Lezama aprendió de Cintio Vitier, y coloca a Colón como primero en su santa trinidad de Cuba (siendo la cumbre del triángulo Martí, por supuesto): le gustan los monumentos urbanos. Monumento

fundador él mismo, lo que él le añade a Lezama es un integrismo, en sentido propio: una férrea totalización. Era imposible que Lezama y Zambrano se casaran, a pesar de que existe una correspondencia donde se ve que ella sintió una gran nostalgia de él (Véase *Vivarium*, Revista del Arzobispado de La Habana, N° 9). Iván es el hijo de los dos, con muchos parecidos combinados. Pero también es otra cosa, es temible en sí. Él mismo lo ha dicho, cuando termine de publicar inéditos de Lezama, que todavía quedan, la emprenderá con otros, con Virgilio Piñera, por ejemplo. Lo que busca es reconciliarlos, y reconciliarlos a todos. Considera que el noventa y ocho español fue luz, y ha de ser visto así. Qué voluntad de invertir la historia, de hacer triunfos con derrotas. Cuando celebra a Colón dice que con él «Cuba surge en una orfandad siniestra», y califica a Cuba de «página en blanco de la razón». Ahora ya no queda más remedio que seguirle la corriente, dejarlo escribir en esa tabula rasa lo que le dé la gana, porque arrasa. «Hay que hacer profecías; ellas se arreglan después para cumplirse», dijo Keats, repitió Cortázar, editó Iván (pág. 837), y Cintio afirmaba que Orígenes anunciaba a Martí (*Credo* N° 3, pág. 6); ya se está viendo el cumplimiento gonzálezcruciano: una feliz encrucijada, echada a andar, a profetizar a su vez.

Entre los inéditos que ofrece Iván, es de destacar lo que alimentó la relación entre Mañach y Lezama (págs. 682-689), la ternura de Samuel Feijó, la dulzura de Adolfo Obieta, la compasión de Gaztelu por Juan Ramón Jiménez, la espléndida confesión de Eugenio d'Ors (pág. 777), varias cartas cálidas de Juan Ramón Jiménez, la tibieza, como un «hacha suave» de Julián Orbón (Iván aprovecha para desatar los armónicos de una locución amada por todos los peregrinos de su libro: «aguada de pasajeros», pág. 809), mucha prosa de Julio Cortázar (págs. 814-842), mil curiosidades más.

¿Y del Lezama inédito qué? «Milyunochesco» él, este libro es un muestrario, dedicatorias, mucho ensayo, algunas cartas, un programa de literatura francesa. O sea, un Lezama estudioso, prudente y sufriente, no el que se disfruta y paladea, tampoco uno

que sirva para abanderarse. Humano, escolar, metódico. Y naturalmente, como el otro, deslumbrante, el de los textos publicados por él mismo, útil, servidor, cumplidor, complementario, afanoso por ser vehículo. Se destaca una vez más lo cálido de su compañía «artizante» (José Prats Sariol), con variantes de sus artículos sobre plástica, de *Opiano Licario* y *La expresión americana*, en las «Palabras inaugurales» del Salón de las Artes Plásticas de 1948. Por las citas que añade Iván, se desprende otra imagen de Lezama como un preso que incesantemente echó botellas a la mar, y apretó en la más mínima superficie lingüística sus clamores por la justicia poética. Pero el ritmo sofocado es de Iván, Lezama «lento en su crecimiento» (pág. 148) no sentía la presión del tiempo, era la misma pulsación sin prisa del mar; la ciencia pausada, los matices, el rechazo al eclecticismo profesoral son algo muy sólido de Lezama, y aquí sobresalen como punto de partida del método lezamiano, en este material bruto, muchas veces destinado a una persona próxima, con la que se carteara muy francamente, o previo a las grandes síntesis, de la cual la suprema y la más audaz será siempre *La expresión americana*, la que todavía no se sabe aprovechar.

Relacionable con un subtema clave de este último texto, encontramos en la página 251 un notable elogio a la pobreza de los poetas cubanos (léase al pie como eco espléndido a Iván), y más adelante la reflexión de 1939 titulada «Las artes populares» donde se destaca una fórmula del trabajo artesanal que quiere imitar Lezama: «ser poseído por el estilo y no tener o hacer un estilo» (pág. 285). Esto es una clave para releer la *Antología de la poesía cubana* (¿por dónde andará la reedición que todos esperamos?) y todos los aportes de Lezama a la historia de las letras cubanas, especialmente su alabanza a Plácido en su estatura doble de artesano especializado en la platería (como El Aleijadinho en la plateresca) y «rey de los pobres» cuando lo elevan hasta el patíbulo (ver *Fascinación de la memoria*, págs. 105-131, y «Hallazgo, encuentro, descubrimiento», en Unión, N° 12, La Habana 1991 —retomado y traducido por la que suscribe en *Vericuetos*

Nº 4, París, enero de 1992— el capítulo olvidado de *Oppiano Licario* en que Fronesis daba una clase de literatura cubana).

Otro descubrimiento es la suma aportada por Iván a la meditación de Lezama acerca de lo clásico en el «Programa de literatura francesa» en el polo opuesto al conservadurismo. Iván no pudo señalarles fecha precisa (entre 1950 y 1970) a estos apuntes a la lectura de Brunetière pero está bien que se vea la fidelidad de Lezama a Valéry después de la «Conversación con Paul Valéry» que la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* (Nº 2, mayo-agosto de 1988, año 79, 3ª época vol. XXIX, págs. 16-20) dio a conocer, suponiéndola de 1943. Para todos los clásicos vale esta última cita: «un tema viviente, no un tema de digestión harinosa» (pág. 371). Y que conste para siempre que la «clasicia» de Lezama alumbrará más después de este libro madre (pág. 113, acerca de Bécquer). ■

---

## Devoción poética

ROBERTO MADRIGAL

---

Rogelio Fabio Hurtado  
*El poeta entre dos tigres*  
Editorial La Torre de Papel  
Miami, 1996

---

**D**E OTORGARSE UN PREMIO A LA PERSISTENCIA literaria, estoy seguro de que Rogelio Fabio Hurtado sería uno de los más formidables contendientes al mismo, pues pese a sufrir una casi interminable sucesión de adversidades, ha logrado finalmente publicar su primer poemario, tras más de treinta años de oficio poético.

«Rogelio Fabio Hurtado, un joven poeta aún inédito, daba clases a obreros de la industria pesquera de La Habana» es la escueta nota biográfica que aparece en la compilación *Poesía cubana de la Revolución*, presentada por Ernesto Cardenal en 1976

(Ed. Extemporáneos, México). Al poeta nicaragüense le cautivó la poesía de Hurtado, y publicó dos de sus poemas en el volumen citado y otros dos en su libro *En Cuba*, publicado en 1977 por Ediciones Era. Nada de Hurtado se ha publicado en Cuba, y su aparición en estos volúmenes, sin la aprobación oficial de la burocracia cultural, fue una de las principales causas de su ostracismo. Sin embargo, con fanática testarudez, continuó escribiendo poesía, mientras que paralelamente pasó de profesor de obreros, a normador en fábricas, a desempleado involuntario, a disidente certificado con militancia en el Movimiento Armonía, a, ya en estos últimos años, vendedor de flores por las calles de La Habana.

Desde una perspectiva histórica, Hurtado se encasilla en lo que ahora se conoce como la *generación del silencio* y que Manuel Ballagas define en sus ensayos recogidos en *Voces del silencio* (Término Editorial, 1996), como aquella que «defraudada y sin compromiso alguno con el pasado republicano y con el presente socialista» ha concebido sus textos «en la más absoluta clandestinidad» y a la cual «sólo el exilio ha permitido publicar sus obras», y que como el propio Hurtado señaló en una entrevista concedida recientemente a *El Nuevo Herald*, «...mi vocación por la verdad representó mi marginalización en Cuba» ya que él se considera entre aquéllos que «rechazan cualquier exigencia de compromiso ético o político».

Una visita temporal a Miami en 1996 sirvió para poner fin a tantos años de silencio forzado, y finalmente se ha hecho justicia poética con la publicación de *El poeta entre dos tigres*, en una bien cuidada edición de La Torre de Papel.

Estos veintiún poemas fechados entre 1970 y 1986, sitúan a su autor como uno de los poetas más importantes de su generación. Lo primero que llama la atención es la consistencia estilística y cualitativa de poemas escritos a lo largo de un período de 16 años, que reflejan una diversidad de experiencias que pasan de lo cotidiano a lo sentimental, y de lo político a lo filosófico. Su lenguaje es directo, con un lirismo que es sólo intrínseco a la fuerza de la palabra ubica-

da con precisión. El verbo oportuno, el adverbio apropiado, el adjetivo necesario, cobrando cada cual su máxima fuerza expresiva gracias a la habilidad creadora del poeta.

El libro está dividido en cuatro partes. En los poemas de amor agrupados en la primera parte bajo el título «Una muchacha casi igual que todas», Hurtado refleja el erotismo y el romanticismo contra las más nimias experiencias de la vida cotidiana, presentando estos sentimientos como algo que colorea y concede un carácter intimista a los objetos, los lugares, las gentes y los sonidos que a diario nos rodean. El tropezar con un rincón, una canción lejana, el título de un libro o de un artículo periodístico, puede desencadenar una reacción de amor o de lujuria que trasmuta al poeta y a su realidad, que permeará cada recuerdo asociado a su musa de turno, lo cual le permite disfrutar su entorno de manera insospechada a los demás, transmisible solamente mediante el verso: «...ligera y virtuosa / qué resplandor de novedad agregabas / a las calles comunes, a su gente corriente; / cuando vencías en ellos monotonía y reserva». Más adelante, al repasar los objetos abandonados tras una relación que terminó en divorcio, concluye otro poema con un gozo masoquista: «Con todo, es una maravilla ir de paseo al olvido / y encontrar todavía aquel húmedo invierno / en que aprendimos juntos a besar y a escribir».

En «Remember», la segunda parte, se recogen poemas de recuerdos adolescentes. En ellos el poeta gusta de enumerar prendas de vestir, indumentaria de campaña, nombres de amigos con los cuales ha perdido contacto porque fuera de la circunstancia que los unió, no tenía sentido mantenerlo, sin embargo, el recuerdo del momento les da vida y significado una vez más, siquiera en la brevedad de unas estrofas.

«Cita aplazada», la tercera parte del libro, reúne poemas de carácter introspectivo y existencial, en los cuales el autor recorre su biografía a modo de confesión y de autoanálisis, para poder deshacerse de sus perennes demonios y construir versos que lo liberen de sus dudas, como expresa al concluir su poema «Madrugada»: «Yo, / Despierto hoy desheredado de toda cosa muerta, / Gozo esta

bien ganada, fabulosa pobreza de no poseer nada / Salvo tierra y muchacha. / Hoy, / Expulsada toda propiedad de mí, / Salen a pie los versos / y entran volando palomas».

La parte final del libro, titulada «Crónica de amigos», recoge poemas dedicados a las amistades exiladas, a quienes no ha podido olvidar y cuya ausencia le aqueja como un mal de nostalgia que no tiene cura. Hurtado reflexiona sobre el impacto emocional de estas ausencias en un tono personal, expresado con características de poesía exteriorista, en voz coloquial que establece el diálogo con los ausentes: «En esta quieta, romántica, mañana de noviembre / alguna gente buena me recuerda de pronto / —el Técnico Tomás, Limbania la portera— / Reglo Guerrero el Chino vive contra los Grandes Lagos / Concha, que me leía la mano, se ha mudado de Luyanó a Madrid. / En esta solitaria, atómica, mañana de noviembre / no siendo yo accionista ni dirigente / sino un antiquísimo bebedor de pésima cerveza / ofrezco para todos cuarto en mi corazón, / paz desde esta cuartilla».

La poesía de Hurtado recorre todas las frustraciones de su generación, que trató de soñar mientras vivía una pesadilla, de quienes con malabares sobrevivieron una realidad esquizofrénica antes de que ésta los transformara en seres sin identidad.

Los antecedentes de Hurtado pueden encontrarse, sin necesidad de salvar las distancias paternalistamente, en la obra de William Carlos Williams, de Allen Ginsberg y más inmediatamente, de Heberto Padilla, sin que esto implique falta de originalidad, ya que Hurtado se expresa con un concepto poético muy personal, con las influencias debidamente digeridas.

A los 50 años de edad, el poeta regala su paradójica ópera prima, llena de la necesaria fuerza juvenil, pero con el oficio de un escritor en plenitud de facultades. Su devoción poética lo ayudó a prevalecer sobre la noche en la estepa de la represión literaria con una madurez sorprendentemente serena. Quizá su actitud y su avatar quedan reflejados en unos versos del poema que da título al libro: «Al poeta le encanta / parecer blanco entre los rojos / y rojo entre los blancos.

Siente / una apasionada inclinación por las minorías. / Considera aristocrático / avanzar hacia la derrota / ... / La ilimitada confianza que necesitaría el poeta / no es de este mundo, / pero cuando la flauta se le atora / y las alimañas lo cercan, / el poeta / como el personaje de una fábula Zen / colgado de cabeza en el abismo / saboreando una cereza / desconcierta a los tigres». ■

---

## De campos y vacas

PEDRO LUIS MARQUÉS DE ARMAS

---

Carlos Aguilera  
*Retrato de A. Hooper y su Esposa*  
 Editorial Unión  
 La Habana, 1996

---

AUNQUE EN MODO ALGUNO «ORIGINAL» *Retrato de A. Hooper y su Esposa* es un libro interesante y único, no sólo por su forma sino por los conceptos que mueve. Único en cuanto al novum que propone a la literatura cubana —para la que actualiza tópicos que fueron «duros» en los sesenta y setenta dentro del arte y pensamiento occidentales—, y por las dificultades que seguramente supondrá entre sus lectores, entendiendo un lector tipo aparcado en las coordenadas del canon. Por los conceptos que mueve, *A. Hooper* consiste en un juego pensamental, que se vale de la parodia y progresa en una suerte de ficción citatoria, y por sus modismos o «formas» conecta con los embalajes de Kantor, pasa a las máquinas célibes de Deleuze, corre hacia el postexpresionismo norteamericano, y recae en los sonajeros orgónicos de Reich. En éste último, ya no para extender una «nueva moral», sino para en virtud de su obsesividad, tomar de allí algún quantum de neurosis. Pero estas referenciales (no importa el orden que le demos) han sido asumidas por deterioro, esto es por desgaste al máximo de la noción

*Deus ex Machina* de que proceden. El Yo o cogito es luxado en sus «síntesis de conexiones» a la res extensa. De igual modo pasa (virtualmente como en los anteriores) por las cafeteras y columbinas astrales de Acosta León y los cristos de cuerda de Eiriz. En fin, máquinas disfuncionales que entran en su campo y con las cuales *A. Hooper*, al retardarse, acopla para adelantar.

Pero un poema no es una máquina-en-sí y el lector no deberá confundirse. Se pone en juego una figura conceptual cuyos preceptos son esencialmente maquínicos. Esto hace inabordable el recurso en definitiva representacional del símil y expulsa al margen cualquier alegoría o simbólica. Por ejemplo, la fórmula de Rimbaud *Yo es Otro* deserta al trucaje del símil lo mismo que a algún sustituto simbólico. Así el problema (con o sin desarreglo de los sentidos) consistiría, más que en «cambiar la vida», en cambiar de vía..., como hacen los trenes. Así también el texto («todo poema es una pequeña máquina», decía Willians) será siempre permutable por otro(s) dentro del cuerpo sin órganos de cuanto existe, sea o no «allende los humanos».

El verso de Celán nos pone a la vez frente a otra figura conceptual: la de inmateriales. Por cuanto una escritura como la de *Retrato de A. Hooper y su Esposa* anticipa determinado uso de sus «materias», que muestran y ya no esconden aquello que no podría ser representado. El campo se abre retroactivo a Kant (la pena por la imposibilidad de representar lo insensible es vuelta horror infinito), al primer Wittgenstein (de lo que no se pueda hablar mejor callarse) y sobre todo a Nietzsche. Es a partir de una frase de sus *Aforismos* —«escribo en la mitad de la vida»— que se desarrolla la trama del libro. Pero como el paradigma de lo representable ha sido puesto en duda (introito, nudo, desenlace en la versión más rápida) en realidad, por disyunción, nos movemos en el vector luxado, más bien en un proceso sin principio ni fin. La procesualidad de este poema-relato («cada texto es un proceso de múltiples cabezas», apunta Derrida) es pues del orden de una narración que al repetirse —máximo de repetición y de verticalidad, insiste el autor— produce extática, esto es intensidad

igual cero de sus pulsiones de muerte. De ahí que las palabras (decibles), queden relegadas en tanto «cadáveres» (Celán).

Con Lyotard podemos afirmar que el mérito de *A. Hooper* (y de su imaginario) radica en «colocar» aquello innombrable ya no para una historia concreta, judíos por ejemplo, ahora en tanto recordatorio de algo que siempre podría y de hecho-es-todavía-sucediendo. Así de nuevo las nociones de campo (otra frase cara al autor, si se me permite: «todo campo al de concentración conduce», de K. Kraus) y de vacas y cabezas. En este sentido *A. Hooper* y también *B,Ce* —otro de sus textos— imponen estructuras, las de sus férreos embalajes que remiten (por cadencia, es decir por ruido histórico) al problema fascista. De modo que tal anticipación porta su precisa intensidad micro-histórica, según el contexto en que se escribe.

La anécdota por su parte es bien simple, no obstante las combinatorias. Hooper es el granjero que es a la vez filósofo y es tanto Nietzsche como una primera persona (no necesariamente el autor) que en algunos momentos se inserta. El granjero Hooper (nombre trucado del pintor norteamericano) comenta los obstáculos «reales» y no sólo epistemológicos que padece mientras escribe su libro de comentarios sobre los *Aforismos* de Nietzsche. El obstáculo esencial resulta ser el dinero, situación que de golpe intuye resolver en el movimiento de sus propias vacas, y que le permite concluir esa «caja cerrada del pensar» en que también consisten sus aforismos. El *Retrato* es pues un relato propio, sobre la reapropiación dinero-escritura(s): capitales lógicos inflados y por lo tanto líquidos. De esta forma, como en una cadeneta de papel molecular y tomados de la mano van todos, desde Lutzen a Potsdam y desde Potsdam a Lutzen, unos y los mismos personajes o figuras conceptuales: Hooper, el filósofo en su bestia de orejas congeladas y los «maestros» (no por casualidad maestros de la percepción) Willians y el cartero Cheval. Y por esa cadeneta o tira de papel es que tira a su vez el autor, alargando por el centro de la página un texto que en definitiva no es largo. Pero de nuevo prefiero hablar de campo en lugar de página, en

acuerdo con la factualidad que la narración llega a producir.

Finalmente decir que *Retrato de A. Hooper* y *su Esposa* alude constantemente a las relaciones entre pensar y escritura, quizá sobremanera. Pero el supuesto lector no debería tomarse el trabajo ni siquiera mínimo de atisbar altivez en dicha alianza (en todo caso soberbia). A fin de cuentas el poeta no es «pensador» y sus recorridos al cabo no pasan de rayones, a veces necios, silogismos que se dan de cara contra el tope. En este caso no el tope que el límite del pensar impone, más bien el de los propios juegos pensamentales del autor. Pues ahí asoma la diferencia, de cualquier modo el uso, tal como Nietzsche mucho después de la mitad de su vida. En el hospicio de Jena, ya perdido el juicio, en una ocasión al ser visitado, dijo: «Son estos cielos huecos como el pensamiento». No existe aquí altivo trabajo de la mente en ese sentido: filosófico. Sí, muchos pensamientos huecos, defectuosos, como en toda máquina.

¿Por qué fue escrito esto como formando parte de la literatura cubana? Precisamente porque no había sido escrito antes. La necesidad de sus verticales (comas, comillas y el resto de los signos pensiles que recuerdan una colgadera de reses) apunta contra la necedad del consenso, tan abundante en nuestra «comatosa» tradición. ■

---

## La escritura como lapsus

ARMANDO VALDÉS

---

Jorge Ángel Pérez  
*Lapsus Calami*  
Ediciones Unión  
La Habana, 1996, 84 pp.

---

MÁS ALLÁ DE LAS POLÉMICAS SOBRE LA pertenencia o no a un discurso post-moderno, una buena parte de la cuentística escrita en Cuba por los narradores nacidos



después de 1958, se identifica con una práctica intencionada de la fragmentación, con una escritura (¿meta-escritura?) que se proclama autónoma, connotativa y polisémica, y con un juego de referencias que abarca todas las formas de intertextualidad. El texto deviene un territorio que juega con su independencia y, contradictoriamente (quizás porque no se interesa en reflexionar sobre los preceptos de una modernidad) funda en este juego de lecturas y alusiones cruzadas, en la (¿aparente?) neutralidad del contexto descrito, y el desinterés totalizador, su literalidad.<sup>1</sup>

Un primer acercamiento a estos cuentos exige una lectura activa de un lector prevenido. La escritura establece sus límites cuestionando su propia originalidad. Es por eso que una primera lectura de *Lapsus Calami*, de Jorge A. Pérez, nos obliga a abandonar una retórica de la lectura.

*Lapsus Calami* agrupa textos que pueden considerarse fragmentos de una idea alrededor de la cual se «construye» el libro: la escritura como *lapsus*, como «calamidad» surge en un acto de transición irracional (léase catastrófico) y, en todo caso, materialidad involuntaria de una revelación del inconsciente.

Visto de esta manera el libro puede considerarse como una ficción que justifica presupuestos teóricos. Aunque éste es uno de los puntos susceptibles de ser criticados en una zona de la más reciente narrativa escrita en la isla (algo así como verse obligado a responder: ¿quién va a leer eso?), éste no es el caso de *Lapsus...* Al libro lo distingue el tono del discurso, la ironía y el *choteo*, el uso de referencias sacadas de contexto y confrontadas a personajes y acontecimientos de una irrealidad (casi siempre) hilarante.

Teniendo en cuenta los procedimientos compositivos, podemos reunir en tres grupos las narraciones de *Lapsus...*, sin que estos procedimientos se excluyan entre sí.

<sup>1</sup> Literalidad comprendida como capacidad del texto «a agregar un valor singular», para de esta forma hacer valer su particularidad con respecto a una tradición. Ghislain Bourque «La littérarisation». *La Littérarité*. Les Presses de l'Université Laval. Sainte-Foy, 1991, p. 32.

Un primer grupo estaría compuesto por textos que acentúan su carácter fragmentario, a través de la confrontación de probables soluciones a conflictos presentados (y detenidos) en sus momentos climáticos. En este grupo el comentario de una tesis o de una situación dramática origina el texto fragmentado. La escritura propone cerrar un círculo, o hace un guiño al lector a través de interminables silogismos donde los personajes pueden ser números, letras o cifras, figuras bíblicas o seres anónimos que atraviesan ángulos opuestos. Los argumentos son disquisiciones que pierden el peso de su gravedad inicial. El desenlace es abolido y en su lugar sólo hay probabilidades. «El cocodrilo (tercer cuento)» es una página en blanco, mientras que «El cocodrilo (primer cuento)» abre y cierra el libro. En «Convicción o Jesús lee a Kant», el hijo de Dios susurra algo al oído de su padre después de leer a Kant, y acto seguido el padre poniéndose de pie señala «un punto de la Alemania, no muy distante del otro» y crea a Nietzsche.

En un segundo grupo de textos, el cuerpo funge como intermediario entre el imaginario y el acto (físico) de la escritura. Abordando este tema Chantal Chawaf propone llenar con la escritura el vacío existente entre el cuerpo y el lenguaje hablado, hacer de la escritura una (otra) lengua viva, que transcriba los procesos físicos del cuerpo.<sup>2</sup> La escritura como traductora, sin prejuicios que limiten su intervención entre escritor-texto-lector. Ese tipo de texto desorienta a un lector que busca llenar un espacio a través del imaginario del escritor, y no de páginas alejadas de una preceptiva de la alteridad: ficción (literatura)-vida (realidad).

En un cuento como «Mnémica» (encabezado por una cita de Nietzsche), el narrador enumera el fracaso de varios rituales puestos en práctica para tratar de recordar el origen de una cicatriz que cubre su rostro. Al final acepta ejecutar (irónicamente) el clásico ritual de la *madeleine* en la taza de té de Marcel Proust. En «Autorretrato con salero», el

<sup>2</sup> Chantal Chawaf. *Le corps et le verbe. La langue en sens inverse*. Presses de la renaissance. Paris, 1992.

protagonista lucha contra un grano de sal, sin que los músculos de su cuerpo «fofo» logren liberar la entrada del salero. En «Alte- ridad o nacimiento del otro», «Otra vez el banquete» y «Peligro postrero o peligro ini- cial», las descripciones del cuerpo actúan como imágenes generadoras de los textos. La negación de nacer, los cálculos milimétri- cos para comer a un hombre, la pasión de fotografiar la descomposición de un esque- leto, temas y asuntos de estos cuentos, son relegados a un segundo plano ante esas des- cripciones. La imposibilidad y la negación de enfrentarse a un mundo exterior hostil, recurre al territorio del cuerpo, fragmento de esa totalidad enemiga.

Pierre Garrigues señala que en una escri- tura fragmentada «el texto no se concibe sin un placer ligado al cuerpo», el rechazo a la sistematización, y una cierta violencia sádica o erótica.<sup>3</sup> En un ensayo Roberto González Echevarría, resume así la idea de *Escrito sobre un cuerpo* de Severo Sarduy: «La cultura es el más allá que se produce en exceso de la ne- cesidad, y como automutilación». Y argumen- ta que para este escritor cubano la literatura es un arte del tatuaje, «para que la palabra comunique, el escritor tiene que tatuarla, que insertar en ella sus pictogramas».<sup>4</sup> Sin ignorar la vigencia de muchos principios teóri- cos de Sarduy en la más reciente narrativa de la isla, sobre todo en cuanto a la intención de privilegiar el carácter connotativo de la pala- bra, evitar lo anecdótico y valerse de todos los recursos intertextuales posibles; *Lapsus Calami* parece construirse siguiendo un cami- no abierto por Virgilio Piñera.

En este sentido las marcas son tan evi- dentes que por momentos el libro parece concebido como una prolongación metoní- mica del estilo piñeriano. El rechazo a lo lí- rico, la presentación sin preámbulos del conflicto en una atmósfera fantástica o ab- surda, el lenguaje directo, la utilización del

cuerpo (y de la carne) como última posesión y a su vez símbolo de actitudes humanas, son algunos elementos del estilo de Piñera asumi- dos en la escritura del libro. Los cuentos de Piñera «Un parto insospechado», «La cena», «El enemigo», y varios otros, son claros ante- cedentes de los que hemos reunido en este segundo grupo.

Dos cuentos conforman el tercer grupo. En ellos prima la aplicación de relaciones in- tertextuales en su grado más elevado. El au- tor-narrador se reconoce en dos cuentos ya escritos. «El antecesor del antecesor» es una versión invertida del tema del doble presente en «El antecesor» de Miguel Ángel de la Torre. El sobrino no es condenado a cum- plir un destino trazado por el tío muerto al que todos lo comparan, sino que el resultado de sus actos en el presente y el futuro puede modificar la vida pasada de su tío. En el cuento titulado «Jorge Ángel Pérez autor de En el insomnio», el autor confiesa su deseo de suicidarse cuando termine de escribir un texto que es la explicación de su imposibili- dad de (re)escribir «En el insomnio» de Pi- ñera. De esta manera el personaje del cuento de Piñera sería el autor hipotético del cuen- to de *Lapsus Calami*, y por extensión, de todo el libro. Para esto Jorge Ángel se aprovecha de dos detalles; Piñera titula su cuento «En el insomnio» y no «El insomnio», y finaliza la breve narración con dos líneas que delimitan (y hacen independientes) los territorios de la muerte y del insomnio:

El hombre está muerto, pero no ha podido quedarse dormido. El insomnio es una cosa muy persistente.

Los dos cuentos de este tercer grupo son *derivados*, engendrados por relaciones in- tertextuales más evidentes.<sup>5</sup> Renunciar a la in- manencia de la escritura para insistir en esa deuda con Piñera, implica un homenaje y un sutil intento de superación. Este segundo

<sup>3</sup> Pierre Garrigues. *Poétiques du fragment*. Editions Klincksieck. Paris, 1995.

<sup>4</sup> Roberto González Echevarría. «Introducción» a *De dónde son los cantantes*, de Severo Sarduy. Ediciones Cátedra. Madrid, 1997; pp. 73 y 74.

<sup>5</sup> Nathalie Piegay-Gros. *Introduction à l'intertextualité*. Du- nod. Paris, 1996. Los derivados son («nuevos») textos concebidos a partir de la *reescritura* de una obra que ac- túa como antecedente, o *hipotexto*.

grado de aproximación compensa la presencia de ese antecedente, al mismo tiempo que le confiere al libro una posición desde la cual él puede defender (negándose) sus presupuestos.

Valorar con un mínimo de acierto un fenómeno literario como la narrativa de los escritores cubanos nacidos después del 58, del cual forman parte al menos una veintena de autores representativos, exige enfrentarse a tres problemáticas, que el solo análisis de un libro no puede resolver. 1) La diversidad de tendencias estilísticas, 2) el carácter de las relaciones de sociabilidad imperantes y su repercusión en la obra [no sólo la —repetida— dicotomía  *censura* (interior— isla) —  *libertad*» (exterior— extranjero), sino también,  *mercado* =  *paraliteratura*, entre otras], 3) la dificultad de poder conocer (y por ende poder estudiar) la mayor cantidad posible de textos o libros publicados.

Si la narrativa cubana del exilio es mayoritariamente realista y testimonial, confesional y autobiográfica,<sup>6</sup> la escrita en Cuba por un grupo de la generación mencionada, parece aferrarse a la desintegración por el fragmento, muestra lo marginal o lo himnico, lo fantástico y lo absurdo al (agónico) realismo de la cotidianidad. Y defiende a su manera un territorio que acepta constituido de reescrituras y referencias intertextuales, de islas a salvo en medio de la isla, de meta-lenguajes ingeniosos e irónicos.

En un conocido pasaje de  *Locus Solus* de Raymond Roussel, el poeta Gerard consagra su tiempo a hacer «extrañas maniobras» sobre dos hojas blancas de un diccionario escrito en latín. Utilizando como pluma una espina de rosa Gerard escribe y después reescribe sin cesar sobre las únicas hojas blancas del diccionario. Para Ghislain Bourque la poética de Roussel queda explicitada en ese pasaje; la  *lite-ratura* (del latín  *literatura*), es concebida como  *lectura de la rature* ( *rature*

del latín  *radere* = tachadura), lectura de algo ya escrito, de una corrección, vuelta a un texto anterior.<sup>7</sup> Otra acepción del latín  *calami* nos remite a caña para escribir, es decir, pluma. Jorge Ángel Pérez continúa la idea de Roussel, como el poeta Gerard reescribe a intervalos ( *a lapsus*), suma nuevos espacios a espacios ya ocupados por textos canónicos, y estructura de esa forma, a través de fragmentos superpuestos, uno de los libros representativos de su generación. ■

---

## Ocho mirillas a la condición humana

MARITHELMA COSTA

Sonia Rivera-Valdés

*Las historias prohibidas de Marta Veneranda*

Casa de las Américas y Ministerio de Cultura de Colombia

La Habana, 1997, 144 pp.

Ed. Txalaparta

Tafalla (Navarra), 1998, 158 pp.

UNA DE LAS CARACTERÍSTICAS QUE HACE que un libro sea tanto recomendable como memorable, es la posibilidad que ofrece a sus lectores de perderse en él, y hacerles olvidar, a través de la red de palabras que lo configura, el mundo que lo rodea. Esta capacidad de des-realizar lo real y darle consistencia a lo que no la tiene, permite a quienes se adentran en sus páginas el escapar del propio día a día o percibir ese día a día desde una nueva perspectiva.

Esto es sin duda lo que sucede cuando

---

<sup>6</sup> En este sentido ver: Rafael Rojas, «La neblina del ayer»,  *Encuentro*. Madrid, N° 4/5, 1997, p. 225. A los autores citados por Rojas, se puede añadir Jorge Luis Camacho con la novela  *La queue du singe* (El rabo del mono), publicada en 1997, en París.

<sup>6</sup> En este sentido ver: Rafael Rojas, «La neblina del ayer»,  *Encuentro*. Madrid, N° 4/5, 1997, p. 225. A los autores citados por Rojas, se puede añadir Jorge Luis Camacho con la novela  *La queue du singe* (El rabo del mono), publicada en 1997, en París.

<sup>7</sup> Ghislain Bourque,  *op. cit.*, p. 39.

uno abre *Las historias prohibidas de Marta Veneranda*, la colección de cuentos de Sonia Rivera-Valdés que publicó Casa de las Américas en colaboración con el Ministerio de Cultura de Colombia en 1997 y Editorial Txalaparta en 1998. El libro, que recibió el Premio Extraordinario de Casa de las Américas para la Literatura Hispana en los Estados Unidos, se compone de siete cuentos cortos y una *novella* donde se exploran una serie de situaciones-límite.

Según explica Marta Veneranda, su apócrifa editora, las historias fueron seleccionadas debido a su representatividad de los distintos conflictos humanos. Por ello los personajes que las narran, siempre en primera persona y siempre sobre la base de que se trata de situaciones vividas por cada uno de ellos, presentan las múltiples posibilidades del deseo hetero y homosexual, los problemas que surgen al contar una historia que puede dar sentido a toda una vida y las obligaciones que comporta la amistad cuando es verdadera.

Marta Veneranda se presenta en la «Nota aclaratoria» inicial como una investigadora que durante cinco años se ha dedicado a recopilar historias que sus protagonistas consideran escabrosas. Se trata de experiencias que jamás se han atrevido a contar y que ocultan más por la forma como las perciben, que por la mayor o menor carga de delito o desaprobación social de los episodios en cuestión. Con la ayuda de una serie de preguntas y de su facilidad para relacionarse con la gente, Marta Veneranda se va adentrando así en los laberintos humanos y recorriendo, para una tesis de sicología que pronto se transforma en una de letras, unos relatos insólitos que por vez primera sus protagonistas se atreven a compartir.

El recurso de la historia encontrada y el autor apócrifo no son nada nuevos. Lo que nunca se había tratado en la literatura con el mismo acierto, son los conflictos entre los que se debaten los personajes. En «Cinco ventanas del mismo lado» Mayté Perdomo le cuenta a Marta Veneranda cómo descubre, a través de una prima que llega de Cuba, tanto la otra cara de su sexualidad como la importancia de su independencia. En «El

olor del desenfreno» un amigo suyo sumamente pulcro confiesa una aventura erótica nada común de la que, a pesar de la vergüenza que le produce, aún guarda, como amuleto, el condón que utilizó. En «Entre amigas» varias mujeres se confabulan para liberar a la protagonista de la historia: una peruana que emigra a los Estados Unidos y se casa con un polaco; y en «Veneditos» también se lleva a cabo el asesinato de un marido, pero esta vez la esposa lo hace sin ayuda de nadie. Por otro lado, en «Los ojos lindos de Adela» se exploran las consecuencias de la verdadera amistad; en «Caer en cuenta» se narra una relación erótica entre dos mujeres que, aunque inconscientemente se desea, nunca se lleva a cabo; y en «Desvaríos» se exploran los problemas de un joven matemático homosexual que viene de la provincia a La Habana, sólo se acuesta con negros, pero en un momento de su vida descubre que su libido sólo se despierta con fantasías eróticas femeninas.

A pesar de constituir experiencias poco corrientes, las diversas metamorfosis y epifanías de los personajes se presentan a través de un lenguaje inocente, espontáneo y directo, el lenguaje de quienes viven y describen los hechos narrados. Aunque muchos de los protagonistas rememoran su vida en Cuba, todas las historias ocurren en Nueva York. Y esta ciudad unas veces se presenta como la urbe inhumana donde la mayoría debe luchar sólo para sobrevivir, mientras otras es la ciudad-escenario de encuentros amorosos, un espacio entrañable donde paradójicamente imperan la intimidad y la amistad solidaria. Esto es lo que se nos cuenta en «La más prohibida de todas», cuento extenso o novela corta que cierra con broche de oro el volumen.

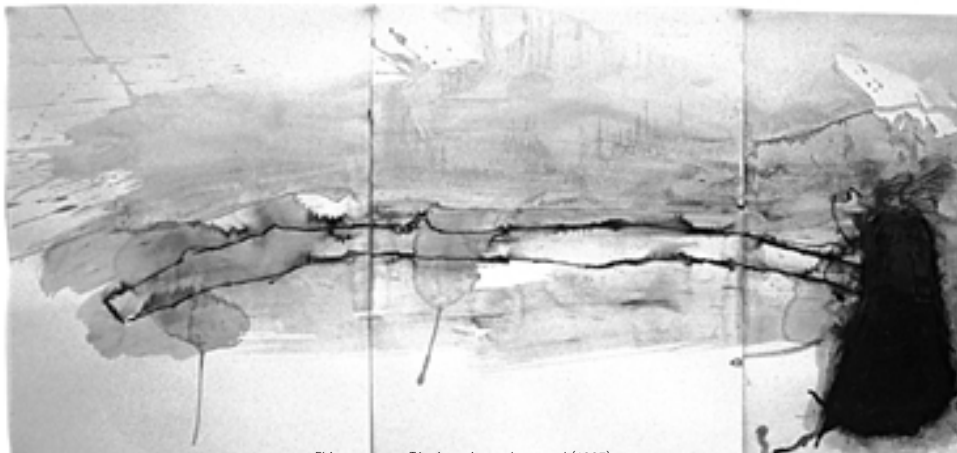
Su narradora, una escritora profesional obsesionada con el poder de las palabras, le regala a Marta Veneranda su historia prohibida; pero le exige que sea la última, la que culmine su colección. Por vez primera no se trata de un episodio aislado, sino que se nos da la narración pormenorizada de todo un periplo vital, el minucioso desglose de los detalles que lo fueron conformando hasta llegar al momento de su clímax. Sin embargo,

esto sólo se nos aclara en el encuentro final, un descubrimiento amoroso para el que las múltiples relaciones hetero y homosexuales de su protagonista han sido un mero hilo conductor. Y este hallazgo ya no se concretiza en la ciudad de Nueva York sino en La Habana, en una habitación con una ventana frente al mar. Allí la escritora-protagonista acierta de nuevo con la perfecta combinación entre el amor y la voluptuosidad del lenguaje, con lo que libro y personaje cierran con una vuelta a la tierra natal.

En *Las historias prohibidas de Marta Veneranda*, Sonia Rivera-Valdés maneja una prosa flexible, precisa, rica, natural. Una prosa que, debido a su origen confesional, unas veces se acerca al coloquialismo y otras se carga de contenido poético. Esta excelente narradora trenza asimismo términos caribeños y anglosajones, recreando de forma magistral el ambiente fronterizo donde se mueven sus personajes. Los ocho textos de la colección, que se pueden leer tanto de for-

ma independiente como engarzados en la macrohistoria de Marta Veneranda, nos proporcionan ocho ventanas a la realidad; ocho mirillas a través de las cuales podemos asomarnos para conocer los múltiples vericuetos de la condición humana.

Por su frescura y osadía, estos provocativos cuentos constituyen un hito tanto de la literatura escrita por los hispanos en los Estados Unidos, como en el mapa literario caribeño. Sus novedosos temas, tanto como sus sorprendentes tramas e impecable composición, ubican sin lugar a dudas a Sonia Rivera-Valdés dentro de ese grupo de escritoras que en los últimos diez años le han dado un giro de ciento ochenta grados al panorama de las letras latinoamericanas. Hay que felicitar a Casa de las Américas y al Ministerio de Cultura de Colombia por habernos dado acceso a estas historias que a partir de ahora no sólo pertenecen a Marta Veneranda y a Sonia Rivera-Valdés, sino a todos sus lectores. ■



*El instrumento. Técnica mixta sobre papel (1997)*

# Cartas a *encuentro*

---

✉ Les escribo porque hace poco tuve la posibilidad de leer un ejemplar de la revista *Encuentro de la cultura cubana*, la que encontré muy interesante pues se analiza la situación actual de Cuba sin fanatismos ni parcializaciones...

Les hablo centrandome mis ideas en la única revista de este tipo que ha llegado a mis manos, que data del 97, en la que Rafael Rojas tiene un artículo llamado «Políticas invisibles»... en realidad es una lástima que muchos más cubanos de dentro no tengamos acceso a una revista tan importante e interesante como lo es ésta que nos enseña otro punto de vista acerca de la realidad y la cultura cubana.

ARAMÍS MACHADO (La Habana)

---

✉ El valor de esta revista es enorme e invaluable de momento, pero en el futuro que se vislumbra en un horizonte no lejano ella ocupará un lugar honorable y de permanente recuerdo en el alma de la cultura cubana por la luz de libertad sin tasa partidista que emana de ella y por ese esfuerzo de unión y concordia a que llama a todos los cubanos.

NÉSTOR LELIEBRE CAMUÉ (Santiago de Cuba).

---

✉ Recibir la revista y leerla de un cabo a otro es para mí un placer cada vez más intenso. En el plano profesional, representa también para mí una fuente inmejorable de información y documentación sobre cultura cubana, y me ayuda considerablemente en mi labor de investigación y docencia, ya que me permite al mismo tiempo suministrar orientaciones bibliográficas y narratológicas muy útiles a los estudiantes de Doctorado que inician un trabajo de investigación y redacción sobre cultura y literatura cubanas contemporáneas en la Sorbona.

Considero que *Encuentro de la cultura cubana* ha adquirido un excelente nivel de presentación y, sobre todo, de información. El dossier dominante de cada número ofrece muy interesantes bases de discusión, a partir de una documentación siempre rigurosa y explícita. La revista goza de un equilibrio admirable en el reparto de los artículos entre historia y literatura, y aprecio particularmente el tono mesurado del conjunto.

CLAUDE FELL (Montrouge, Francia)

---

✉ Soy un apasionado de las culturas española y latinoamericana. La evolución de Cuba me interesa particularmente. Acabo de jubilarme como empresario y me ex-

preso bastante bien en lengua española, pero no la escribo perfectamente. Deseo hacerles una petición: quisiera ponerme en contacto con cubanos o españoles que estén dispuestos a entablar correspondencia conmigo (tal vez más adelante podríamos visitarnos) y de este modo acercarse más a la lengua y la cultura francesas. Podríamos intercambiar puntos de vista sobre una gran variedad de temas. Gracias por dar a conocer mi interés.

**CHRISTIAN PALLUCCA** (4 rue G. Clemenceau - 78130-Les Mureaux - France)

---

☒ Acuso recibo del número 10 de *Encuentro*: El poema de Díaz Martínez es fabuloso; y la crónica de Luis Antonio de Villena, tierna y familiar, humana y desoladora.

**CARLOS OLIVARES BARÓ** (México, D. F.)

---

☒ No sé qué relación puede haber entre la cabalística y la labor editorial, pero siempre escuché decir que una revista no era tal hasta que no alcanzara el número 5, y que no se podía hablar de su influencia y de su solidez hasta por lo menos el 10, pero *Encuentro* es revista desde el primer día y desde el primer día se perfilaba como lo que ya creo que es: la mejor revista hispanoamericana de la actualidad.

**FABIO MURRIETA** (Cádiz)

---

☒ Al venir a España lo hice pensando en lo que se conoce por el lugar común de «volver a las raíces». Mis abuelos paternos, sevillana la una y gallego el otro, me habían despertado desde tiempo atrás la curiosidad por lo que todavía llaman en Cuba, si bien a veces irónicamente, la Madre Patria. Ahora, en Sevilla, mientras disfruto de un verdadero encuentro con lo mejor que se ha producido en cultura cubana (en el exterior y dentro de la Isla), desconocido para mí, que salí de La Habana hace casi tres años, me doy cuenta de que el reencuentro no ha sido solamente con mis raíces españolas, sino con mi propia identidad cubana actual. Los nombres de Heberto Padilla, Gastón Baquero, Raúl Rivero y tantos otros autores que aparecen en la revista *Encuentro* me revelan otra Cuba. La que viví y no conocí, la que las ligaduras invisibles del régimen se han encargado de escamotearle a mi generación a maravilla.

**TERESA DOVAL PAGE** (San Diego, USA)

---

☒ La llegada a mis manos, aunque con un poco de retraso, de varios de los primeros números de la revista *Encuentro de la cultura cubana* fue una gran alegría además de la confirmación de que se puede hacer una revista profunda en su contenido y que, sin embargo, su lectura sea amena, por lo cual debo comenzar felicitando a los editores. Los felicito también porque esta publicación propicia el tendido de puentes que durante mucho tiempo ha venido reclamando la cultura cubana y que en tantas ocasiones se ha visto abortado por priorizar las posiciones políticas de un extremo u otro. Pero el tendido de puentes propuesto por *Encuentro* tiene la virtud de que no desemboca en uno de los lados sino en el centro, en ese territorio en el cual gobiernan el arte y la cultura cubanas y que nos representan mejor que cualquier tendencia política. He ahí, en mi opinión, el motivo del éxito de *Encuentro*.

**JORGE CARRIGAN** (Montreal)

✉ Quiero decirle que pocas son las revistas que recibimos con tanta alegría y leemos con tanto interés como *Encuentro*.

ARMANDO PINTO (Revista *Crítica*, México)

---

✉ Debo elogiarlos una vez más por otro exitoso número, el 11 de la revista, el cual acabo de recibir hace algunas semanas. Creo que se puede afirmar sin ambages ni vacilaciones que *Encuentro* es la revista cultural cubana de más peso y alcance de hoy en día. Por fin las letras cubanas, de Cuba y la Diáspora, han encontrado un dinámico punto de contacto en este favorable epicentro cultural y literario que no entiende ni de millas ni de fronteras.

MARIELA A. GUTIÉRREZ (Waterloo, Canadá)

---

✉ Aquí en las soledades de North Carolina cada entrega de la revista es como una bienvenida inyección de *cubanicilina*.

GUSTAVO PÉREZ FIRMAT (Durham)

---

✉ (...) quiero transmitirte las felicitaciones del consejo editorial de *Iniciativa Socialista* por la excelente y necesaria publicación *Encuentro*.

LUIS MIGUEL SÁENZ (Madrid)

---

✉ Llegó *Encuentro*. En los días siguientes tendrá mi sillón (léase mecedora, balance, pues soy villareño) un mayor sentido de existir. Al compás de su vaivén leeré la mayoría de las páginas de la única revista que leo de la primera a la última palabra: *Encuentro*. (...) En fin, sentiré a mi país y a los míos más cerca, gracias a que *Encuentro* me ayudará a esculpir una isla de Cuba diferente, la que deseo y yo sé que esas imágenes (¿ilusorias?) me sientan muy bien, sobre todo en estos meses grises del invierno centroeuropeo.

LUIS ENRIQUE PÉREZ HERNÁNDEZ (Berlín)

---

✉ El material que ofrece la revista continúa siendo de alta calidad, y nos ha venido creando, a los de la «diáspora» latinoamericana una verdadera «adicción» a *Encuentro*. Felicitaciones, pues. En el N° 11, el homenaje a Fina me pareció hermosísimo. Y me impresionó mucho el capítulo del libro de Valls.

HELENA ARAÚJO (Lausanne)

---

✉ Quiero felicitarles por la diversidad y calidad de los temas tratados en su valiosísima revista, y eso número tras número. Cuando me encuentro en Lovaina con cubanos, muchas veces estudiantes de posgrado, suelo recomendarles *Encuentro* vivamente, ya que es sin duda el medio idóneo para contribuir a una sociedad civil pluralista e intelectualmente honesta.

BERT CORNILLIE (Universidad de Lovaina, Bélgica)



☒ Quiero agradecerles todo el esfuerzo que están haciendo con la magnífica *Encuentro*. Han demostrado que los escépticos como yo podemos equivocarnos, y que sí se puede sostener la calidad de una revista literaria, a pesar de las insólitas circunstancias en que nos hallamos los escritores cubanos en este fin de milenio.

CARLOS VICTORIA (Miami)

---

☒ Les envió un catálogo a cambio de la invaluable *Encuentro*.

FLAVIO GARCÍANDÍA (Monterrey)

---

☒ Unas líneas para felicitarlos por el gran trabajo que realizan en mantenernos cerca a todos los cubanos a través de la Revista *Encuentro de la cultura cubana*.

Creo que todos debemos buscar las cosas que nos unen como pueblo, ya sea la música, el béisbol, el himno, la bandera, el tamal, el lechón asado, el arroz con frijoles o la materva.

Son 40 años de revolución, de confrontación y paredón; es demasiado. Los que nacieron con la revolución son padres y algunos abuelos, es hora de que todos comencemos a dismantelar nuestras propias trincheras y comencemos a dialogar.

ÁNGEL W. PADILLA PIÑA (San Juan de Puerto Rico)

---

☒ *Encuentro* se mantiene —en lo referente a su contenido y calidad— a la altura de lo que se merecen sus lectores.

MONIKA KRAUSE (Hamburgo)



*Escudo de América (Serie), (1995)*

Exposición de Mariano Rodríguez  
en Madrid

El Centro Cultural del Conde Duque acogió, desde principios de noviembre pasado, una exposición de Mariano Rodríguez (1912-1990) que se había proyectado antes del fallecimiento del artista. El curador de la misma fue Roberto Coba, especialista del Museo Nacional de Bellas Artes de La Habana, y el coordinador, Alejandro Rodríguez, hijo del pintor. Sus etapas más reconocidas y cotizadas se hicieron presentes gracias a una selección de obras verdaderamente acertada que abarcaba desde un autorretrato del 38 hasta sus últimas producciones. ●

Umberto Peña, premio  
«La Palma Espinada» 1999

El Cuban American Cultural Institute concede, desde 1997, el premio «La Palma Espinada» a escritores y artistas cubanos de trayectoria excepcional. Umberto Peña, maestro de las artes visuales que ha ejercido una influencia decisiva en las jóvenes generaciones cubanas del diseño gráfico, ha exhibido sus obras en las mejores galerías de Europa, América Latina y Estados Unidos. De 1963 a 1980 fue Director Artístico de la Casa de las Américas, La Habana, y desde los 90 reside en Miami, donde su estudio de diseño gráfico, Rice & Beans, continúa siendo un hito del arte contemporáneo cubano. ●

II Encuentro de Culturas Hermanas

Del 11 al 15 de abril pasado se celebró, en la sede habanera de la UNEAC, este encuentro que, según sus organizadores, tiene el propósito de «preservar la identidad cultural en la era de la globalización». El evento contó con el coauspicio de la Fundación Casa Brasil y abordó cuatro temas fundamentales: La identidad cultural y caribeña en la era de la globalización; Etnicidad y cultura en las puertas del 2000; Cultura y valores: un enfoque de género y Cultura y Sociedad. ●

Humberto Solás en Videoteca del Sur

El conocido cineasta cubano Humberto Solás, director de películas tan importantes para la cinematografía cubana como *Lucía*, fue seleccionado por la Videoteca del Sur, de Nueva York, para participar con una muestra de su obra, en la celebración del Décimo Aniversario de la Institución. La sesión inaugural de la conmemoración tuvo lugar el 26 de marzo pasado, y en ella fueron exhibidos sus cortos *El acoso*, *Simpárey* y *Obataleo*. ●

Nuevamente el «Café Gijón»  
para un cubano

El codiciado premio «Café Gijón» de novela policial, dotado con dos millones de pesetas y la publicación de la obra, ha sido ganado en su última edición por Juan Carlos Somoza Ortega con su novela *La ventana pintada*. A esta 49a. convocatoria se presentaron 127 novelas de otros tantos autores. Somoza Ortega, nacido en La Habana en 1959, ya había obtenido con anterioridad los premios españoles «La sonrisa vertical», de novela erótica, y el «Cervantes» de teatro. ●

Sonidos de las Américas. Cuba

Es el nombre del festival celebrado del 2 al 14 de marzo en Nueva York con conciertos de música cubana: canciones folklóricas, danzas, «jazz» afrocubano, música de cámara y orquesta, de clásicos como Lecuona, Roig, Saumell, hasta figuras contemporáneas como Adalberto Álvarez y su son, Harold Gramatges, que impartió una lección magistral y otros; además de instrumentistas, intérpretes, compositores y directores de orquestas de los Estados Unidos, tales como el Bronx Arts Ensemble, Dave Valentin, la Harbor Conservatory Latin Big Band, Dennis Russell, y otras figuras. El festival fue patrocinado por varias instituciones norteamericanas como la Fundación Ford, el National Endowment of Arts, el New York Council on the Arts, y el Departamento de Cultura de la Ciudad de Nueva York. ●

## Presentación del libro de Fernando Ortiz

---

El 1 de marzo pasado se presentó en la Casa de América una nueva edición de la obra cumbre del maestro Fernando Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. La edición ha estado al cuidado de su hija María Fernanda, que intervino en el acto junto a Gregorio Maqueda, Director de Edición de Cuba España, y al escritor J. J. Armas Marcelo. ●

## IX Muestra Iberoamericana de Narración Oral

---

Cuarenta narradores orales procedentes de siete países se dieron cita en Madrid, en el Centro Cultural de la Villa, para presentar sus trabajos. El impulsor y coordinador de este espectáculo es Francisco Garzón Céspedes, cubano que lleva más de tres décadas entregado a esta labor artística, de la que ha dicho que «es una dimensión contemporánea del antiguo arte de contar cuentos, pero no es lo mismo un narrador oral que un cuentacuentos». ●

## Waldo Balart y otros pintores exponen en Madrid

---

Un nutrido grupo de pintores de diferentes países, entre los que se encuentra el cubano Waldo Balart, han expuesto sus obras en la madrileña galería «Eduarne», durante la segunda quincena de marzo del presente año. La pintura de Balart propone una poética muy personal, fundamentada en la búsqueda del equilibrio ideal a través de la abstracción. ●

## Compositores cubanos hablan de música clásica contemporánea en Nueva York

---

Entre el 5 de marzo y el 9 de abril, tuvo lugar un ciclo de conferencias, «The Cuban Classical Composers Conference Series», organizado por el Centro Cultural Cubano y el Instituto Español, ambos de Nueva York. Cada una de las conferencias fue acompañada por un concierto. Participaron: Ileana Pérez Velázquez (compositora e intérprete); Aurelio de la Vega (compositor) y Marta Marchena (intérprete); Alfredo Díez Nieto (compositor) y Marianela Santurio (intérprete); Mirta Gómez (piano), René Izquierdo (guitarra) e Inalvis París (violín) ofrecieron un

panorama de la música clásica cubana desde el siglo XIX a nuestros días; Tania León (compositora e intérprete) y Flores Chaviano (compositor e intérprete). ●

## Nuevo grupo periodístico y literario independiente

---

El Grupo de Trabajo Periodístico y Literario Decoro ha quedado constituido en La Habana el pasado mes de enero. Sus integrantes tienen el propósito de ejercer el derecho a expresar libremente sus opiniones e ideales estéticos y aseguran que el grupo no pertenece a ninguna filiación política, aunque respeta la filiación individual, siempre que ésta no interfiera en los objetivos comunes. Sus fundadores son Manuel Vázquez Portal, Presidente; Armando Añel Guerrero, Vicepresidente; Sergio Cevedo Sosa, Vicepresidente; y lo integran Claudia Márquez Linares, Jacqueline Rimbau Pous, Héctor F. Maceda Gutiérrez, Manuel Larrañaga Sardiñas y Aurora García del Busto. ●

## Cuba en nuevo disco de Willy Chirino

---

El cantante cubano que desde Miami hizo furor en la Isla con su *Vienen llegando*, hace ahora en *Cuba libre* un recorrido a través de la música de su país de origen. Destaca la calidad de los artistas que ha invitado a participar de su aventura: Arturo Sandoval, Celia Cruz, Albita Rodríguez y otros. ●

## Polito Ibáñez piensa

---

*Para no pensar* fue el título del concierto que presentó Polito Ibáñez en el Teatro Nacional de La Habana, aunque en realidad debió llamarse *para sí pensar*, y mucho. El cantautor llevaba dos años de ausencia de los escenarios cubanos, lo que no impidió que más de dos mil personas desbordaran la Sala Avellaneda para escuchar esas canciones suyas que hablan de que «Te quisieron condenar / por anunciarte a favor del pluralismo...» ●

## Música de «las dos orillas»

---

Músicos británicos y norteamericanos, conjuntamente con lo mejor de sus colegas cu-

banos, compartieron en La Habana varios días de delirio musical. Montell Jordan, Joan Osborne, Andy Summers y otros muchos, se unieron a El Tosco, a Carlos Alfonso o a Chucho Valdés, para convertir los jardines del Hotel Nacional de La Habana en una gran fiesta de quince horas diarias de duración. La idea de organizar este Puente Musical entre los Estados Unidos y Cuba, países separados por la terquedad de políticos de ambas orillas, fue del compositor norteamericano Allan Roy Scott, quien ya había realizado experiencias similares en Indonesia, Irlanda y Rusia. «Pero éste, dijo, ha sido el de más calidad y mejor ambiente de todos». Por su parte, el rapero Michael Franti, uno de los presentadores de la gala de este Music Bridge, declaró que «Nos dijeron que no politizáramos el encuentro, pero yo espero que los problemas entre nuestros dos países se resuelvan». Que Dios te escuche, Michael. ●

El guión de *Solas* se escribió en La Habana

Benito Zambrano es el cineasta andaluz de 33 años que en el pasado Festival de Berlín logró, con su filme *Solas*, el Premio del Público y dos menciones especiales. Zambrano cursó estudios en la Escuela de Cine de San Antonio de los Baños, Cuba, donde recibió clases, entre otros, del desaparecido Tomás Gutiérrez Alea y de Gabriel García Márquez. En Cuba escribió el guión de la película galardonada, y allí regresó hace dos años, cuando su obra peligraba por falta de financiación. De su estancia cubana ha dicho que «Fui a La Habana y fue como si jamás hubiera dejado Andalucía. Jamás fui un extranjero...» ●

Gira de Albita en España

Albita Rodríguez realizó en abril una gira por España que comenzó en Córdoba y terminó en Santa Cruz de Tenerife, después de haberse presentado en otras ciudades como La Coruña o Valencia. A la pregunta de si creía posible un concierto en el que actuaran cubanos de todas partes, sin que importara dónde residieran, la cantante respondió que «La política sigue estando muy mezclada con lo musical. Yo estoy segura de

que todos los músicos estaríamos encantados en hacer un concierto así, pero por desgracia no depende únicamente de nosotros porque los músicos no son los que gobiernan mi país. Si lo hicieran, ten por seguro que todo iría mucho mejor en Cuba». ●

Exposición de Lázaro García Medina

«...como una canción de cuna para Carmen», ése es el título de la exposición que este artista plástico cubano presentó en Valencia, el pasado 4 de marzo, en la galería «val i 30». Los trabajos expuestos están dentro de esa línea ya habitual del pintor en la que un dibujo riguroso y un realismo formal propician escenas insólitas y en ocasiones absurdas. ●

La Universidad de Valencia en Cuba

La Universidad Politécnica de Valencia realiza desde hace cuatro años un intenso trabajo de intercambio y colaboración con el Instituto Superior Politécnico José Antonio Echeverría de La Habana. Este trabajo la ha convertido en la única Universidad extranjera con estructura estable en la Isla. ●

Diez canciones de amor y una novela de Paquito D'Rivera

*100 years of latin love songs* es el título del nuevo disco del afamado saxofonista cubano que reside desde 1980 en los Estados Unidos. Para este trabajo, realizó una investigación acuciosa que lo llevó a seleccionar finalmente las diez mejores canciones de amor latinoamericanas. Y paralelamente a su trabajo como músico, incursiona en los terrenos de la literatura. Ya ha terminado su libro de anécdotas, *Mi vida saxual*, y tiene en fase de conclusión su novela *En tus brazos morenos*. ●

Período especial en Barcelona

La Fundació Josep Comaposada, de Barcelona, ha organizado la muestra fotográfica de Nuria López Torres, *Cuba: Período especial «RESOLVIENDO»*. La colección de fotos exhibida revela imágenes de la vida cotidiana en la Cuba de hoy, lo que la convierte en un documento que parece salido de una máquina

del tiempo. No deja de ser sorprendente que todo lo que se pueda mostrar de Cuba cuarenta años después de proclamar que íbamos a «conquistar el futuro», pertenezca al pasado, incluida la Revolución misma. ●

#### Andy García se sigue sintiendo cubano

El actor cubano ha estado en Madrid recientemente para promocionar su primera película de largo metraje como realizador independiente: *Como caído del cielo*, la que además protagoniza junto con la actriz Andie Mac Dowell. De su personaje en este film, una especie de pillo que se dedica a revender entradas para grandes acontecimientos masivos, dijo: «Bueno, todos los cubanos somos un poco pícaros y hemos aprendido a vivir de picardías». Desde su productora CineSon, el actor proyecta realizar varios filmes relacionados con Cuba. ●

#### Cuba en el mundo

A finales de septiembre del pasado año, el Instituto de Relaciones Europeo-Latinoamericanas (IRELA), organizó la celebración del simposio internacional *Reintegration into World Society. Cuba in International Perspective*. El evento tuvo lugar en la Universidad de Nueva York (CUNY) y contó con la participación, entre otros, de los profesores cubanos residentes en USA Carmelo Mesa Lago, Marifeli Pérez-Stable y Eusebio Mujal-León. ●

#### Festival de la Trova en Santiago de Cuba

En el pasado mes de abril se celebró, en la ciudad de Santiago de Cuba, el 37º Festival de la Trova Pepe Sánchez, en homenaje a quien es considerado como el creador del primer bolero. El Festival ha dejado de contar con el apoyo financiero del Ministerio de Cultura y tiene que autofinanciarse, lo que genera no pocas dificultades en su organización y desarrollo y lo colocan al borde de naufragar. Muchos de los numerosos artistas que a pesar de las calamidades concurren al evento, tienen que pagarse sus gastos, incluidos los del alojamiento en Villa Trópico, lugar más conocido como Villa Mosquito. ●

#### Más de la trova

Las Hermanas Faez, el Trío Miraflores y Zaida Reyte, son los trovadores cubanos que han actuado en Madrid y Barcelona, en el pasado mes de abril. En España han grabado el disco *Casa de la Trova*, en el que se recrean algunas de las piezas tradicionales más conocidas de este género musical y se rescatan otras que se creían perdidas o cuya existencia nadie conocía. ●

#### Pinturas de Lissette Matalón

La Consejería de Sanidad y Servicios Sociales de la Comunidad de Madrid, a través del Centro de Promoción Sociocultural «Maestro Alonso», ha exhibido, del 11 al 19 de febrero de este año, una muestra de la obra de esta grabadora cubana. De ella ha escrito Osbel Suárez que «Dentro de las lecturas que logra abarcar la obra de Lissette Matalón, dejando a un lado la mujer y lo cristiano, ejes temáticos capitales de su producción plástica, se puede advertir también otro universal problema: las migraciones». ●

#### Matamoros tres generaciones después

Han tenido que ser los bisnietos de Miguel Matamoros quienes retomen su legado. El hombre a quien todos consideran como el padre del son cubano, se casó siete veces, tuvo numerosos hijos y, por increíble que resulte, ninguno se dedicó a la música. Son ahora sus bisnietos Raúl Emilio y Rubén Pérez Matamoros quienes, al frente del «Septeto Matamoros» han grabado un disco que contiene más de diez de los muchos números compuestos por su célebre bisabuelo. El disco lleva por título *De Matamoros a Matamoros* y ha sido editado por la compañía canaria Thomcal. ●

#### Informe Internacional de 1999 sobre Derechos Humanos: Acontecimientos de 1998. Capítulo sobre Cuba

El 6 de marzo de 1998 la Fundación Canadiense para las Américas celebró una mesa redonda titulada «Cuba today: the events taking place in Cuba and the ensuing issues

for Canadian policy», cuyas presentaciones aparecen publicadas en una revista que lleva el mismo nombre. Un artículo de especial interés es el Informe Internacional sobre Derechos Humanos, donde se explican las figuras legales que utiliza el gobierno cubano para aplastar la disidencia. Según el artículo, a pesar de que la visita papal sirvió para crear una atmósfera de apertura, el gobierno volvió a usar mano dura en su política contra la libertad de conciencia y expresión, incrementó las persecuciones, se negó a conceder una amnistía para los cientos de prisioneros políticos que aún permanecen encarcelados e ignoró las solicitudes de reforma del código penal. La ley cubana, dice el informe, todavía incluye regulaciones tales como el delito de propaganda enemiga, la difusión de noticias falsas, la peligrosidad, la advertencia oficial y el desacato a la autoridad. Además, contempla la oposición por medios no violentos en la figura de sedición, e impone límites a la libertad de asociación. Todas estas regulaciones crean un marco legal para la criminalización del periodismo independiente, la disensión, los grupos independientes y permite el encarcelamiento de individuos que no hayan cometido delito, pero que manifiesten «tendencias delictivas». El explícito informe cita casos de sentencias que pesan sobre los disidentes, las malas condiciones de las cárceles cubanas y la represión sobre las asociaciones económicas, sociales y de derechos humanos no autorizadas. Se menciona, además, las reiteradas denuncias de estos hechos presentadas por la comunidad internacional. Otros trabajos publicados en este número de la revista tratan sobre la economía cubana, la crisis política, las posibilidades de una sociedad civil en la isla, el impacto de la visita papal en las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos, y la política del gobierno canadiense con respecto a la isla. ●

#### XIX Festival del Caribe

---

Del 3 al 9 de julio se celebrará en Santiago de Cuba el festival *Fiesta del Fuego*, dedicado a la diáspora del Caribe. Estarán representadas las culturas caribeñas. Los grupos parti-

cipantes harán uso de espacios abiertos y podrán presentarse exposiciones de arte. Tendrán lugar encuentros con grupos tradicionales y coloquios. Podrán participar los interesados en la identidad caribeña, la presencia africana, sus religiones, su arqueología y su poesía e historia. También se celebrarán muestras de cine y video caribeños, además de desfiles de grupos culturales por las calles de la ciudad. Información en: CASA DEL CARIBE, Calle 13 # 154 Esq. a 8, Vista Alegre, Santiago de Cuba, 90100; Tel.: (53 226) 42285, fax: (53 226) 42387 y 41459, y MINISTERIO DE CULTURA, Dirección de Relaciones Internacionales. Calle 11 y 4, Vedado, Habana 4. CP. 1040; Tel.: (53 7) 552228, fax (53 7) 662053. ●

#### Ramón Valle en el Café Central (Jazz Club)

---

Entre los días 19 y 25 de abril, el pianista cubano Ramón Valle ofreció conciertos de piano solo en el Café Central de Madrid, en los que presentó temas de su segundo CD *Piano*. En breve regresará para presentar su tercer CD con Carlos Benabent, bajista de Paco de Lucía, y Salvador Niebla, prestigioso baterista catalán. Este CD fue editado por Nuevos Medios Discográfica de Madrid. ●

#### Seminario sobre Cuba en Nueva York

---

La organización CUBA Project de la Universidad de Nueva York ha celebrado dos eventos que forman parte de la serie de seminarios sobre la isla: 1) «Élite hispanocubana en el siglo XIX: Autonomismo y el Desastre del 98», el 30 de abril. Los presentadores fueron: Mariano Esteban de la Vega, profesor de la Universidad de Salamanca y José Cayuela Fernández, profesor de la Universidad de Castilla-La Mancha. El material para el seminario podrá encontrarse en la página web de la Cuba Project [<http://www.soc.qc.edu/procuba/cubasem.html>]; y 2) «*Picking Up the Pieces: The Demise of Cuba's Nuclear Ambition and Prospects for the Future*», del profesor Jonathan Benjami-Alvarado, de la Universidad de Georgia, el 18 de mayo. Más información sobre el seminario aparece en <http://www.soc.qc.edu/procuba/papers.html#occasional>. ●

### Elizardo Sánchez en Madrid

---

El pasado 29 de abril, Elizardo Sánchez, presidente de la Comisión Cubana de Derechos Humanos y Reconciliación Nacional, ofreció la conferencia «Cuatro décadas de la historia reciente en Cuba. Un testimonio personal», en la Fundación de Estudios Europeos, Madrid. ●

### Gira española de Cachao y su orquesta

---

A Israel López, Cachao, un día lo sorprendió en la radio la voz de un locutor: el dancón que acababa de escuchar era suyo. No lo recordaba. No sorprende, si se piensa que Cachao es el autor de más de mil danzones. Cachao y su orquesta, en una reciente gira española, han pasado por Oviedo, Barcelona, Madrid y Málaga, presentando un registro musical que incluye desde los viejos temas hasta trabajos más recientes. ●

### Encuentro de jóvenes narradores

---

Del 3 al 6 de mayo, y gracias a una iniciativa de la editorial Lengua de Trapo y la Casa de América en Madrid, tuvo lugar el I Congreso de Nuevos Narradores Hispánicos, con más de 30 participantes de toda Latinoamérica y de España. El congreso ha sido el colofón del título *Líneas Aéreas*, más que una antología, una guía de la nueva narrativa hispanoamericana que incluye textos de 70 autores nacidos a partir de 1960, entre ellos, los cubanos Antonio Rodríguez Salvador (1960), Carlos Cabrera (1962), Amir Valle Ojeda (1967), Michel Perdomo (1969), Karla Suárez (1969), Ronaldo Menéndez (1970) y Waldo Pérez Cino (1972). La diversidad de estilos, y el interés por el texto como una entidad autónoma —más allá de lo meramente referencial—, parece ser la nota relevante de los nuevos narradores, y el centro del interés editorial y crítico hacia la actual literatura hispanoamericana. El congreso, amén de las mesas teóricas y la discusión de afinidades y diferencias, sirvió sobre todo como punto de encuentro entre escritores con una patria común, la lengua castellana.

El cubano Ronaldo Menéndez explicó que en su país la censura es también un arte. «La censura adquiere la condición de un

fantasma y actuamos por intuición». «He aprendido a defender el principio de autonomía en la literatura. Los escritores también hemos aprendido a ser transgresores con las ideologías, irreverentes y subversivos. La política es muy aburrida y los escritores somos pésimos políticos. Nuestro compromiso es con la literatura». ●

### Centro Cultural en la mansión de los Loynaz

---

La Agencia Española de Cooperación Internacional y la Junta de Andalucía aportarán los fondos para la restauración de la casa de Dulce María Loynaz, que albergará la Academia Cubana de la Lengua y un pequeño museo personal dedicado a la escritora. El proyecto fue dado a conocer por el Director del Centro Español en La Habana, Ion de la Riva, quien dijo que «En los momentos más difíciles de estos últimos años, la cultura ha sido, de alguna manera, ese puente transitable en las relaciones entre Cuba y España. Y ese puente tiene un nombre, el de Dulce María, porque, de los premios Cervantes cubanos, uno vive en Londres [Guillermo Cabrera Infante], ella vivía aquí y el otro ya no vive [Alejo Carpentier]. La figura de Dulce María Loynaz está muy ligada a España, y no sólo por su matrimonio con el tinerfeño Pablo de Cañas, sino por su obra y por su relación con Federico García Lorca y con María Zambrano. De alguna forma, Dulce María representa, desde el movimiento Orígenes hasta la época revolucionaria, un puente de encuentro, ya que siempre permaneció en la isla y acapara la memoria de los que se fueron y de los que se quedaron». ●

### Perogurría en nueva película de Littin

---

El actor cubano Jorge Perogurría, mundialmente conocido después de su papel en *Fresa y Chocolate*, es el protagonista ahora de una nueva película del chileno Miguel Littin: *Tierra del Fuego*. El cubano desempeña esta vez el papel de un aventurero rumano, Julius Popper, que está empeñado en encontrar oro en Tierra del Fuego. Su compañera de aventuras es la actriz italiana Ornella Mutti, que interpreta a la dueña de un prostíbulo que decide financiar los proyectos del rumano. ●

## Música y nostalgia

---

El concierto Casa Viva, convocado por la Casa de las Américas y el trovador Silvio Rodríguez, tuvo lugar en abril pasado en La Habana, con el propósito de «convocar la nostalgia y abrir los brazos a la esperanza», según palabras de Alexis Vázquez, director artístico del espectáculo. Quizás la mejor definición de este evento sea la frase de Joaquín Sabina: «Lo que hace 30 años era protesta hoy es próstata». ●

## «Poesía y poder» en Logroño

---

El poeta cubano Manuel Díaz Martínez participó en el evento «Primeras Jornadas de poesía en español», celebrado entre el 13 y el 28 de mayo pasado en la ciudad de Logroño. Convocado por la institución «Cultural Rioja», el propósito fue el de «ofrecer un panorama lo suficientemente amplio (...) del estado actual de la poesía en nuestra lengua». El texto presentado por el poeta cubano se tituló «Poesía y poder: la experiencia cubana». ●

## Efraín Rodríguez Santana

Premio de Poesía Gastón Baquero 1999

---

Nuestro colaborador Efraín Rodríguez Santana, residente en La Habana, ha resultado el ganador del Premio de Poesía «Gastón Baquero», convocado por la Editorial Verbum, en su edición de 1999. Rodríguez Santana concursó con el libro *Un pequeño vacío en la pared* y el finalista Carlos A. Sotuyo, residente en Hialeah, con *Palabras en la noche*. El resultado se hizo público en el acto de presentación, en la Casa de América de Madrid, del libro *In Tempore Belli* del español Hilario Barrero, premiado el pasado año. La velada se completó con una lectura de poemas de Gastón Baquero en la que participaron numerosos poetas asistentes. ●

## Cesaria Évora en La Habana

---

La cantante Cesaria Évora, oriunda de Cabo Verde, ha estado en La Habana para grabar parte de su nuevo disco *Café Atlántico*, en el que participan, además, músicos cubanos y brasileños. Del título del disco, la cantante

ha dicho que «puede relacionarse con los cafés del puerto de Mindelo, en los que yo cantaba de joven, y también con todos los que me he tomado en Cuba». ●

## De literatura infantil

---

La profesora Alicia Abascal, de la Universidad Pedagógica de La Habana, y asesora de la Oficina del Historiador de la Ciudad, brindó el pasado 10 de mayo una conferencia sobre «La Literatura Infantil en Cuba», organizada por el Cuba Project de Queens College de Cuny y patrocinado por la Ford Foundation. ●

## Premio de Periodismo

para Carlos Alberto Montaner

---

El pasado 20 de mayo, la Fundación Independiente hizo entrega en Madrid de los «Premios Independiente» 1999, patrocinados por Andersen Consulting y Xacobeo '99. Carlos Alberto Montaner fue distinguido con el de Periodismo. En el acto intervinieron los Presidentes de los tres Jurados: Camilo José Cela, Premio Nobel de Literatura, Jesús Pérez Varela, Conselleiro de Cultura, Comunicación Social y Turismo de la Xunta de Galicia y Luis Martí Mingarro, Decano del Colegio de Abogados de Madrid, además de Pedro Navarro, Presidente de Andersen Consulting. ●

## Los «Orioles» de Baltimore

juegan por fin en Cuba

---

Peter Angelos, presidente del equipo americano de pelota, uno de los 30 que integran las Grandes Ligas en USA, necesitó tres años de negociaciones con el Departamento del Tesoro y de Estado norteamericano para que sus jugadores pudieran disputar un partido con una selección cubana. Finalmente, fue el presidente Clinton quien tuvo que conceder la autorización. Las entradas para que más de 50 mil cubanos pudieran presenciar el juego fueron repartidas por las organizaciones de masas, dependientes todas del Gobierno. El resultado del encuentro fue de tres carreras por dos a favor de los Orioles. Sin embargo, el equipo Cuba de



béisbol rió último, y por tanto mejor, en su enfrentamiento bilateral contra el conjunto de Grandes Ligas «Orioles» de Baltimore. En el Estadio Camden Yards de esta ciudad del Estado de Maryland, el *box score* del partido reflejó un contundente 12-6 a favor de la isla. El más destacado del encuentro, con cuatro *hits* fue Castro. En el terreno hubo además un intermedio de pugilato entre un árbitro cubano y un exiliado. ¡Ah! El Castro destacado se llama Danel y juega en los jardines.

#### Lo mejor de la literatura cubana en México

---

Entre los días 19 y 21 de mayo tuvo lugar, en la Casa de las Campanas, el encuentro «Cuba en Tlalpan». El primer día se inauguró una Expo-venta de Arte cubano. Feliz Luis Viera coordinó y moderó la Mesa Redonda «Narradores cubanos» que contó con la participación de Rafael Carralero, Andrés Jorge, Lisandro Otero, Eliseo Alberto, José Manuel Prieto y Josefina de Diego, entre otros. «Ensayistas cubanos» fue coordinada y moderada por Rafael Rojas y en ella participaron Ernesto Hernández Bustos, Marta Eugenia Rodríguez, Nara Araujo, Velia Cecilia Bobes y Alejandro González Acosta, entre otros. Finalmente, «Poetas cubanos», coordinada y moderada por Odette Alonso Yodú, contó con la presencia de Jesús J. Barquet, Elena Tamargo, Osvaldo Navarro y Ernesto Olivera, entre otros. ●

---

#### *Libros recibidos*

---

■ AA.VV.; *La actualidad del Che*, Ed. José Martí, Ediciones Libertarias Produffhi, S.A., España, 1999, pp. 480. Luis Suárez Salazar, Profesor de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana, ha compilado siete ensayos de otros tantos autores (incluido él mismo) que abordan la presunta vigencia de las ideas y la práctica revolucionaria de Ernesto Che Guevara en la sociedad contemporánea. Llama la atención que, en vísperas del siglo XXI, se acuda, para la presentación a la edición italiana de este texto, a una cita de Víctor Hugo, representativa del más depurado

romanticismo decimonónico: «La Utopía es la verdad del futuro». Esta tendencia a habitar en un pasado ideal que se proyecta hacia un futuro ideal y se resiste a admitir la realidad y los hechos del presente, hace incurrir a los autores en la paradoja de que, al pretender presentarse como portadores de un pensamiento revolucionario, las ideas que exponen resultan de un conservadurismo patético. Esta edición española contiene también un prefacio de Armando Hart en el que lo mismo se hace referencia a Prometeo, a Cristo o a Marx para emparentar «la trascendencia del Che» con «los fundamentos filosóficos de una ética revolucionaria» y con «el desafío teórico y práctico más importante que tiene la izquierda en la posmodernidad».

■ AA.VV.; *Cuarenta años de poesía en el Premio Casa de las Américas (1959-1999)*, Hiperión, Colección Poesía, Madrid, 1999, pp. 380. Esta antología, con prefacio del poeta y ensayista Roberto Fernández Retamar —actual director de la Casa de las Américas— y al cuidado de Caridad Tamayo Fernández, a quien se deben la selección de los poemas y las notas que los acompañan, reúne textos pertenecientes a los libros ganadores del premio de poesía que desde 1959 viene patrocinando la citada institución como parte de su concurso literario anual. Treinta y tres autores latinoamericanos (entre los que destacan Roque Dalton, Antonio Cisneros, Fayad Jamís, Enrique Lihn, Luis Rogelio Nogueras, Gioconda Belli, Omar Lara, Jorge Enrique Adoum y Pedro Shimose) y uno español (Félix Grande) están representados en este libro, en el cual también se recogen los nombres de los finalistas y de los jurados correspondientes a cada convocatoria.

■ AA.VV.; *Integración Económica y Democratización: América Latina y Cuba*, Ed. Instituto de Estudios Internacionales, Chile, 1998, pp. 370. El libro recopila textos de más de veinte especialistas en temas políticos y económicos que analizan diversos aspectos de la política interna y externa de Cuba. Desde esta óptica, se preguntan si sería conveniente apresurar o frenar la inclusión de la Isla en la integración latinoamericana y caribeña. Los trabajos son una verificación de la vigencia que mantienen los asuntos abordados en

el Seminario Internacional realizado en Chile los días 26 y 27 de mayo de 1997, con el mismo nombre del libro.

■ AA.VV.; *La prisión donde vivo*; Ed. Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores, Barcelona, 1998, pp. 302. Éste es un libro sorprendente y conmovedor. Se trata de una compilación de testimonios escritos por personas que han padecido prisión a causa de sus ideas políticas. Tal vez lo más inquietante sea comprobar que los casi setenta textos que integran la obra están repartidos por la mayoría de continentes y países del planeta, aunque hay una cifra bastante representativa de expresos de la antigua URSS y, por supuesto, no faltan los cubanos. De Ángel Cuadra aparece el poema escrito en prisión «Me he parado ante el tiempo». De Jorge Valls Arango, un fragmento de su libro *Veinte años y cuarenta días*. El prólogo es de Joseph Brodsky, y en él se afirma que «la privación parcial de la libertad —esto es, la prisión— es peor que la absoluta, ya que ésta última anula la capacidad para reconocer la privación».

■ AA.VV.; *Un elefante en la cuerda floja*; Ed. Unión, La Habana, 1998. Selección: Enid Vian. Ilustraciones: Miriam González Giménez. Veinte poetas participan en esta antología del género más frecuentado de la literatura cubana para niños. Salvo José Martí, presente en tanto que plebiscitado fundador, todos los autores publicaron sus poemas después de 1959 (desde Nicolás Guillén, Mirta Aguirre y Dora Alonso, nacidos en los primeros años de la república, hasta los treintañeros Eric González Conde y José M. Espino, pasando naturalmente por autores claves como David Chericrián, Froilán Escobar, Excilia Saldaña o Aramis Quintero. La selección (seis poemas per capita, como promedio) no sorprende ni por los nombres escogidos, ni por el ordenamiento estrictamente cronológico, sino por la ausencia de aquellos temas patrióticos e ideologizantes que pasan por caracterizar la poesía infantil *revolucionaria*. La diversidad estilística, temática y formal no disimula, sin embargo, la casi total inexistencia de puntos de vista propiamente infantiles. Los poemas ofrecidos a los cubanos más jóvenes (inéditos inclusive) siguen integrando una poética *de destinatario*, sin alcanzar lo que marca la verdadera madu-

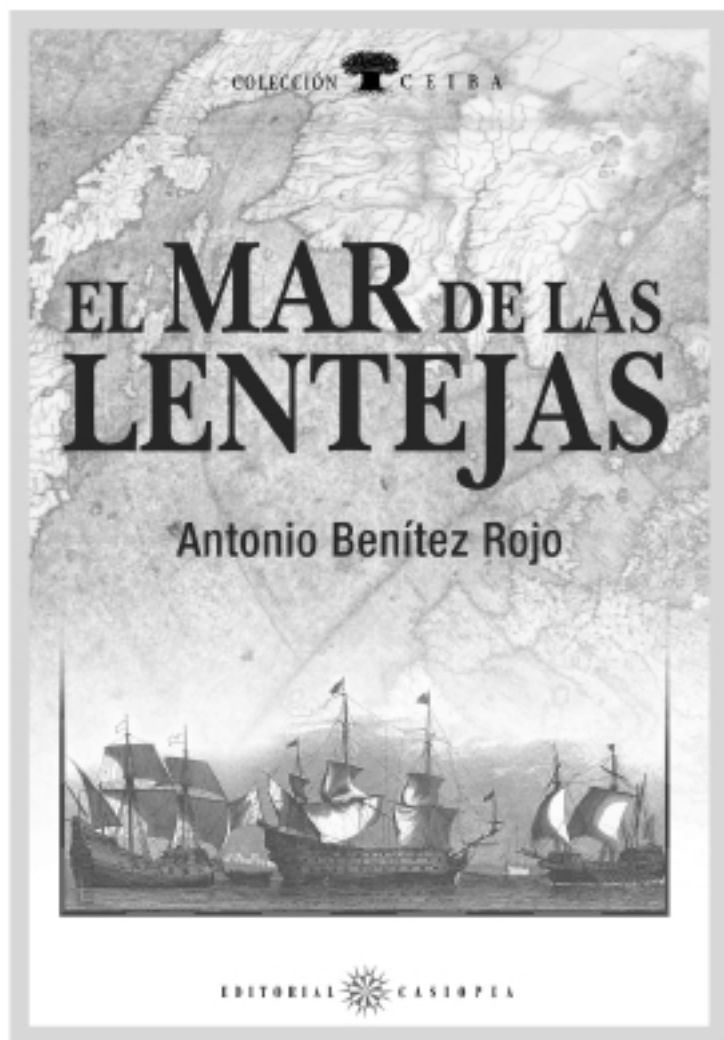
rez de la literatura infantil: la expresión de las preocupaciones e intereses del niño en un discurso estético que lo integre.

■ ALVARADO, ANA MARÍA; *En torno a la cubanía: Aproximaciones a la idiosincrasia cubana*; Ed. Universal, Miami, 1999, pp. 144. Parecen haberse puesto de moda entre los cubanos residentes en Miami estos libros que, mediante una recopilación de anécdotas familiares y personales, se proponen rescatar de un olvido inmerecido esa zona menos deslumbrante y no por ello menos importante de nuestra historia. Son libros que traen al presente voces perdidas, espacios olvidados, tradiciones locales, olores, pregones. Y *En torno a la cubanía* se inscribe totalmente en esa tendencia. En él se habla de gastronomía, de moda, de música, otra vez del choteo, de naturaleza, de identidad. La prosa es directa y sin pretensiones, un poco al estilo de aquellos diarios íntimos que tanto gustaban a las muchachas hace años. Ana María Alvarado salió de Cuba en 1960 y desde entonces ha residido siempre en los Estados Unidos.

■ BAQUERO, GASTÓN; *Autoantología comentada*; Ed. Signos, Madrid, 1998, pp. 98. Se trata de una selección de su poesía hecha por el propio autor, lo que no significa necesariamente, según él mismo acota en el prólogo, que lo sea de su «mejor» poesía. «En materia de preferencias no hay más legislador que el individuo», nos dice, con esa agudeza sencilla que lo caracterizó. «Si el propósito de una autoantología es indicar a otros una jerarquía de juicios literarios, una tabla fija de preferencias, equivale a concebir al lector como a un subnormal profundo, *un enfant handicapé*». Gastón Baquero nació en Banes, Cuba, en 1918, y murió exiliado en Madrid en 1997.

■ BORDAO, RAFAEL; *El lenguaje del ausente*, Ed. Tiempo largo para la poesía, Bogotá, 1998, pp. 34. Bordao es quizá el poeta cubano en el exilio que más activamente participa de la vida de los certámenes literarios y del difícil mundo editorial. El presente libro resultó finalista en el Premio Internacional de Poesía Emma Egea 1997, en Cartagena, España, y, al igual que *Propinas para la libertad*, Premio Poeta en Nueva York, 1997, el autor despliega una voz que se distancia de la retórica, de la exploración intelectual y del amanera-

COLECCIÓN  C E I B A



*"Una novela maravillosa, con la vida,  
el estímulo y la densidad de un poema."*

*John Updike*

EDITORIAL  CASIOPEA

miento y enfrenta con sobriedad un mundo interior y muy personal compuesto de sentimientos, recuerdos y, por supuesto, de «ausencias». En el poema «Letanía contra el olvido», Bordao, con gran libertad de lenguaje pero sin incurrir en prosaísmos, nos insta a que el desterrado «no se olvide del pavoroso instante / cuando se hundió en las aguas del suelo natal / y la secreta voz del alma enmudeció; / que no se vaya a olvidar del peso de la sangre / ni de la incorporea ceniza del adiós». Rafael Bordao nació en La Habana en 1951. Desde 1980 reside en Nueva York, donde trabaja como profesor de Español y Literatura.

■ CARRIGAN, JORGE; *Cascabeles en la punta*; Ed. Artifact, Canadá, 1999, pp. 82. Edición bilingüe. Consiste en una colección de poemas que destacan por un curioso sentido del humor y una indagación sobre la vida matizada por la ironía aunque no por el desencanto. Algunos, como «El Rey de la selva», ceden el espacio propio de la poesía a una fabulación moralista que disminuye considerablemente el tono general del libro. José Carrigan nació en La Habana, en 1953. Actualmente reside en Montreal, Canadá.

■ COBAS, ESTEBAN S.; *Lebab*; Ed. Indigo, París, 1998, pp. 46. Se trata de una serie de poemas breves con algo de aforismos muchos de ellos, escritos algunos en español y otros en francés. La gran economía idiomática en que se apoya el autor no siempre consigue ese efecto de precisión balística que pretende, aunque sí constituye un intento por atrapar, desnudas, algunas de esas ideas esenciales que por próximas y cotidianas no reparamos en ellas. Esteban Cobas nació en la antigua provincia de Oriente, ha sido funcionario de la UNESCO y reside actualmente en Francia.

■ COSTA, OCTAVIO R.; *Bolívar*; Ed. Universal, Miami, 1998, pp. 208. A más de doscientos años de su nacimiento, la figura de Simón Bolívar sigue siendo fuente de inspiración para novelistas, poetas y biógrafos. La presente biografía fue escrita por Octavio Costa en 1983, con motivo de la conmemoración del bicentenario del natalicio del Libertador y publicada por capítulos (35) en el periódico *La Opinión*, de Los Angeles. Se trata más de una cronología enriquecida con de-

tales oportunos y bien seleccionados que de una biografía propiamente dicha. El propio autor ha dicho de ella que «Lo mío ha sido sólo el circunstancial producto periodístico de un periodista que cree en las más amplias posibilidades culturales que un periódico tiene más allá de las noticias cotidianas». Por eso y por la fluidez de la prosa, este libro resulta una especie de guía bolivariana de gran utilidad. Octavio R. Costa nació en Cuba en 1915. Actualmente reside en Miami, donde es periodista y profesor universitario.

■ GONZÁLEZ ACOSTA, ALEJANDRO; *El enigma de Jicotencal*; Ed. Universidad Autónoma de México, México, 1997, pp. 242. Minuciosa investigación apoyada por un punto de vista tan novedoso como lúcidamente abordado: el cubano José María Heredia sería el iniciador, en la narrativa hipanoamericana, de ese género de novela histórico-romántica que aborda el tema del indio. El texto ha sido escrito con una prosa clara y precisa de la que se beneficia el inmenso volumen de información que aporta. El autor ha rastreado todas las huellas conocidas y muchas desconocidas, las compara con la respuesta española y convierte su hipótesis no sólo en verosímil, sino en difícilmente cuestionable. Es una lectura que se recomienda no solamente a estudiosos y académicos, sino a cualquier persona interesada en explorar los orígenes de esos temas y esa forma de narrar que tanto han deslumbrado a Europa en décadas recientes.

■ GONZÁLEZ ACOSTA, ALEJANDRO; *Sor Juana Inés de la Cruz y la crítica cubana*; Ed. Universidad Autónoma de México, México, 1998, pp. 70. Es una separata del volumen de ensayos que recoge los textos que, bajo el título de «Sor Juana Inés de la Cruz y las vicisitudes de la crítica», fueron presentados al Tercer Simposio del Seminario de Cultura Literaria Novohispana, de México, en 1995. El autor sitúa el inicio de las investigaciones efectuadas en Cuba sobre Sor Juana en el artículo de Mirta Aguirre «El testamento de Sor Juana Inés», que apareció publicado por vez primera en La Habana, en el periódico *Hoy*, el 21 de febrero de 1947.

■ GUERRA, GERMÁN; *Meta!*; Ed. Colección Dylemma, Miami, 1998, pp. 46. Ni el título ni la portada de este poemario invitan a su lec-

tura; sin embargo, si se logra vencer esa difícil barrera, se descubre el enmascaramiento y se accede a una poesía refinada y hasta sensual. Se encontrará, según palabras de Antonio José Ponte, «un himno por todo lo perdido, elegías, palabras que intentan abarcar mundos completos a punto de desaparecer en la voracidad del tiempo y las políticas».

■ HENRÍQUEZ, FRANCISCO; *Sonetos cósmicos y líricos*; Ed. Frente de Afirmación Hispanista, A.C., Miami, 1999, pp. 100. Aunque se trata, como su título indica, de una colección de sonetos, el vocabulario, la cadencia y los temas abordados están mucho más próximos a los derroteros de la décima en Cuba que a los de esa tradición hispana del soneto cuyo figura paradigmática fue sin duda Quevedo. Y es que el soneto no es sólo una métrica en la versificación ni una manera de componer estrofas rimadas, sino que es, sobre todo, un modo perfecto de expresión poética. Francisco Henríquez nació en Unión de Reyes, Matanzas, en 1928. Reside actualmente en Miami, donde ha publicado varios libros.

■ LEZAMA LIMA, JOSÉ; *Cartas a Eloísa y otra correspondencia*; Ed. Verbum, Madrid, 1998, pp. 448. Es frecuente que la correspondencia privada de un gran escritor sea tan reveladora de su pensamiento como su obra misma. Y aunque en el caso particular de Lezama su peculiar manera de entender la vida, el arte y la literatura está de sobra visible y hasta palpable en sus textos, constituye un verdadero placer y en ocasiones una revelación acceder a estas cartas que con tanta paciencia y cuidado ha recopilado la editorial Verbum para el presente volumen. No se puede dejar de mencionar tampoco la excelente «Introducción» de José Triana, que evoca con particular precisión la irrespirable atmósfera cultural de la Cuba en que vivió Lezama sus últimos años. José Lezama Lima nació en La Habana en 1910 y murió en la misma ciudad en 1976.

■ LÓPEZ-CAPESTANY, PABLO; *Cuentos sencillos*; Ed. Universal, Miami, 1998, pp. 124. Es una colección de cuentos más que breves, brevísimos. Algunos no alcanzan el medio folio y, sin embargo, el autor consigue que esa excesiva economía no vaya en detrimento del flujo narrativo ni del interés anecdótico. Un

cuento como «Evocación», por citar sólo uno, está resuelto en once líneas y aún así consigue atrapar un suceso dramático lleno de sugerencias. Pablo López-Capestany es cubano y reside actualmente en los Estados Unidos.

■ LOYNAZ, DULCE MARIA; *Fe de vida*; Ed. Libertarias-Prodhufo, S.A., Madrid, 1999, pp. 296. Con un estilo de una pulcritud a prueba de truenos y relámpagos, ha escrito esta ganadora del Premio Cervantes este testimonio de Pablo Álvarez de Cañas, quien fuera su esposo durante muchos años. Sin embargo, lo más importante no es propiamente la vida de ese hombre desconocido para la mayoría de los cubanos, sino la inserción de esa vida en la de la autora y en el contexto social cubano de la primera mitad de este siglo que ya termina, lo que lo convierte en un libro de memorias. Está presente también, y no es menos importante, un testimonio de amor: «Pablo, no sé donde tú estás, no sé siquiera si estás en algún lado. Pero, si como hasta ahora nos decían, existe una vida ultraterrena, entonces puede ser que tú recibas de algún modo sutil y misterioso, ésta, la última ofrenda de mi amor». Según la autora, el libro fue terminado de escribir el 3 de agosto 1978, y no debía ser publicado hasta después de haber cumplido ella los 90 años, o después de su muerte. Ambas cosas han sucedido ya.

■ LUIS, CARLOS M.; *El oficio de la mirada*; Ed. Universal, Miami, 1998, pp. 232. Esta colección de ensayos sobre pintura y literatura cubanas se detiene extensamente en dos figuras: José Lezama Lima y Carlos Enríquez. No falta tampoco una mirada sobre «Orígenes» o el imprescindible Virgilio Piñera, pero la mayoría de los textos están dedicados al «eros lezamiano» y a la «violencia y sexualidad en la obra de Carlos Enríquez». En todos los casos, se trata de análisis agudos y bien documentados que permiten un acercamiento más exacto e incluso entrañable a la obra de estas figuras tan representativas del arte y la cultura en Cuba. Es un libro que desde ya se convierte, sin duda, en referencia forzosa. Carlos M. Luis nació en La Habana, en 1936. Salió de Cuba rumbo Nueva York en 1961 y desde 1979 reside en Miami, donde abrió la galería *Meeting Point*, que ha dado a conocer a muchos pintores cubanos.

■ MASÓ, CALIXTO C.; *Historia de Cuba*; Ed. Universal, Miami, 1998, pp. 768. Tercera edición aumentada a cargo del Prof. Leonel de la Cuesta, a quien se deben las interesantes tablas cronológicas que abarcan el período comprendido entre el derrocamiento de Machado y la caída del Muro de Berlín. Se trata de una Historia de Cuba muy útil y hasta cierto punto inusual, puesto que no se trata de una «Épica de Cuba», sino de un relato histórico que abarca desde los primeros pobladores de la isla hasta 1933 y se apoya continuamente en testimonios literarios y artísticos. Porque para el autor la historia no era «una mera crónica de lo hecho por héroes, santos, sabios o estadistas, sino un recuento del quehacer de todos los componentes de una sociedad humana dada». Calixto C. Masó fue profesor de Historia Contemporánea de la Universidad de La Habana de 1942 a 1961, más tarde fue Profesor Emérito de Northeast Illinois University. Falleció en 1974.

■ MAYOR MARSÁN, MARICEL; *Un corazón dividido*; Ed. Hispamérica, USA, 1998, pp. 58. Edición bilingüe de un poemario de registro maduro y sosegado escrito por una poeta en la que, según el Dr. Max Figueroa, «tras la engañosa quietud hay un volcánico espíritu en constante y amenazador humeo, un géiser en permanente ebullición». Algo de esto se deja traslucir en «Una vieja crónica»: «¿Qué estás buscando en la vida? / ¿Acaso un lugar en una historia extendida? / ¿Estás pretendiendo contemplar la existencia / a través de la ficción?» Maricel Mayor Marsán nació en Santiago de Cuba en 1952. Reside en los Estados Unidos, donde se dedica a la docencia.

■ MORÍN, FRANCISCO; *Por amor al arte. Memorias de un teatrante cubano*; Ed. Universal, Miami, 1998, pp. 378. Los libros de memorias, si están bien escritos, siempre resultan de interés, no importa de quién sea la vida que narren; pero si además de estar bien escritos y de narrar una vida, aportan una visión panorámica y al mismo tiempo pormenorizada de algo tan atractivo como el teatro cubano entre las décadas del 40 y la del 70, ya hay que agradecerlos de forma especial. Y ése es el caso de *Por amor al arte*, texto en que su autor, protagonista él mismo de buena parte de

la vida teatral cubana anterior y posterior al 59, hace ese recuento objetivo, que ya venía siendo imprescindible, de cómo funcionó o dejó de funcionar el teatro en Cuba, cuándo alcanzó su esplendor y cuándo su decadencia, quiénes fueron algunas de sus figuras más relevantes y quiénes estuvieron a punto de terminar para siempre con él. Francisco Morín reside actualmente en Miami.

■ OTERO, LISANDRO; *Llover sobre mojado*; Ed. Libertarias-Prodhufo, S.A., Madrid, 1999, pp. 318. Otra vez las memorias. No sería desatinado vaticinar que dentro de algunos años este género tendrá en Cuba más cultivadores que en ninguna otra parte del mundo. Ahora aparecen éstas, escritas por alguien que ha tenido un curioso protagonismo dentro de la vida política y cultural de ese proceso político y social cubano que tan impropiamente se sigue llamando Revolución. Leer este libro es una experiencia que vale la pena, sobre todo porque aproxima al lector a esas contradicciones tan dramáticas que tiene el hombre consigo mismo cuando se ha dejado arrastrar por una circunstancia y una personalidad posesivas y confesionales y ha llegado la hora del reencuentro consigo mismo. Lisandro Otero reside actualmente en México D.F., donde trabaja como jefe editorial del periódico *Excelsior*.

■ PADILLA, HEBERTO; *Fuera del juego*; Ed. Universal, Miami, 1998, pp. 200. Es plausible que la editorial Universal haya hecho esta edición conmemorativa del treinta aniversario de este libro de destino insólito y alta calidad poética. Pocas veces un libro de poesía ha gozado del privilegio nada poético de marcar un antes y un después en la historia cultural de un país. Y ése ha sido el caso de *Fuera del juego*. No es inútil recordar cómo, en aquel triste año de 1968, este poemario se convirtió, al mismo tiempo, en una expectativa y una desilusión. Se había difundido el rumor de que la UNEAC había premiado un libro de poemas en el que se criticaba duramente al Gobierno, y muchos, después de su limitada y manipulada edición, lo buscaron con la esperanza de encontrar, versificadas, consignas crepitantes contrarias a la Revolución. Pero solamente hallaron un libro incomprensible, es decir, de auténtica poesía. La presente edición resulta particu-

larmente valiosa, porque incluye, además del texto íntegro del poemario, una selección de varios de los documentos que, después de haber recibido éste el premio Julián del Casal, 1968, dieron lugar a ese ridículo y abusivo proceso que ha pasado a la historia cultural cubana con un nombre de resonancias de pésima novela negra: «El caso Padilla».

■ PAZ PÉREZ, CARLOS; *La sexualidad en el habla cubana*; Ed. Aguilar Editores, S.L., Madrid, 1998, pp. 158. Es muy alentador que se realicen y publiquen investigaciones como ésta, porque el lenguaje hablado evoluciona rápidamente, y, especialmente a nivel popular, los vocablos o expresiones más brillantes se pierden pronto y muchas veces para siempre. El texto de Carlos Paz, además de hurgar con agudeza en la intención sexual de gran parte de nuestro vocabulario habitual, incluye un «Diccionario de la Sexualidad» que debía de ser más completo, pero que ya empieza a llenar un vacío. Carlos Paz Pérez nació en Ciego de Ávila y actualmente reside en los Estados Unidos.

■ QUEREJETA BARCELÓ, ALEJANDRO; *Álbum para Cuba*, Paradiso Editores, Colección Albatros, Quito, 1998, pp. 100. Nacido en Holguín, en 1947, el poeta, narrador y periodista Alejandro Querejeta Barceló reside hace años en Ecuador, donde se desempeña como jefe de sección del periódico *La Hora*, de Quito. En *Álbum para Cuba*, su más reciente poemario, Querejeta, apoyándose en parte en fotos tomadas en la isla por Olivier Auverlau, rememora sus vivencias cubanas, recreándolas en un verso transparente, emotivo y estricto. Como bien señala Xavier Michelena en su prólogo, «en los textos que conforman *Álbum para Cuba* (...) se construye incesante aquello que Lezama llamaba el eros de la lejanía», una característica que los sitúa en la línea de Eliseo Diego y Fina García Marruz. La última parte de *Álbum para Cuba* la ocupa un extenso y hermoso poema, «La soledad de Job», en que el poeta se adentra, cargado de preguntas, en la noche de Dios.

■ RIVERA, FRANK; *Varadero y otros cuentos cubanos*; Ed. Universal, Miami, 1998, pp.122. Colección de doce relatos con la apariencia de un realismo ingenuo tras el que se pretende sugerir claves subterráneas, sugerencias cifradas. Quizá el titulado «La mujer de arri-

ba» sea el cuento que mejor consigue este propósito de generar emociones sutiles y de enfrentar al lector con ese mundo que palpita detrás de toda realidad, mediante el método de relatarle un suceso aparentemente banal. Frank Rivera nació en Vertientes, en 1938. Tiene varios libros publicados y reside en los Estados Unidos.

■ SAMBRA, ISMAEL; *Hombre familiar o monólogo de las confesiones*; Ed. Betania, Madrid, 1999. Este libro fue finalista, en 1984, del concurso «Casa de las Américas». En 1986 obtuvo una Mención en el concurso Nacional Heredia. Y fue parcialmente publicado en 1991 por la Editorial Oriente, de Santiago de Cuba. La Editorial Betania edita ahora, íntegro, este texto que, en el decir de Guillermo Rodríguez Rivera, ha sido escrito por alguien que «formado en el espíritu de claridad y comunicación que caracterizó la llamada poesía conversacional de los años sesenta (...) consigue llevarla a explorar también aspectos de la intimidad del hombre, que dan carne y sangre al entorno en el que el hombre actúa». Ismael Sambra nació en Santiago de Cuba, en 1947. Ha sido preso político en Cuba y actualmente reside en Toronto.

■ SIAM ARIAS, JUAN I.; *Mentiras objetivas*; Ed. Publicaciones Ayuntamiento, Fundación Colegio del Rey, Alcalá de Henares, 1996, pp.100. Libro ganador del Premio de Poesía Ciudad de Alcalá de Henares, 1995. Cumple cabalmente con algo que es imprescindible en toda poesía y que es anterior al oficio y al talento: la sinceridad. Es curioso que un poemario que se titula precisamente *Mentiras objetivas* no mienta ni en un solo verso; más aún, que las verdades expresadas, algunas de ellas con rango de urgencias personales o colectivas, estén expresadas con un lenguaje bellamente decantado. Juan Isidro Siam Arias nació en Holguín en 1960. Vive actualmente en Cuba.

■ VICTORIA, CARLOS; *Abel le magicien*; Ed. Actes Sud, 1999, pp. 132. Verisón francesa de la novela *La ruta del mago*, traducida por Liliane Hasson. Narra la historia de un adolescente cubano, Abel, que vive los primeros años del triunfo revolucionario. Es una novela breve en la que la traducción logra conservar el estilo del autor para contarnos la vida de un joven a quien los desafueros políticos y las calamidades familiares no consiguen

sustraerle su peculiar manera de asumir la bondad. Carlos Victoria nació en Camagüey, en 1950. Reside actualmente en Miami, donde trabaja como redactor de *El Nuevo Herald*.

.....

### **Pasar revista**

---

■ **ACTIVIDADES** (Enero. Febrero. Marzo. 1999, pp. 52). Folleto de la Consejería de Cultura, Educación y Ciencia de la Generalitat Valenciana. Divulga las principales actividades artísticas y culturales desarrolladas en el trimestre. La presentación de este número está resuelta con mucho cuidado y un gran atractivo visual. Por él nos podemos enterar, entre otras cosas, de la importancia que la Generalitat Valenciana otorga a las relaciones culturales con Iberoamérica, por lo que ha patrocinado un simposio de «Diálogos España / América» con el tema de «La identidad Iberoamericana: modernidad y posmodernidad».

■ **AMÉRICA LATINA HOY** (Nº 19 y 20 de 1998, pp. 138 y 118, respectivamente). Revista de Ciencias Sociales coeditada por el Instituto de Estudios de Iberoamérica y Portugal de la Universidad de Salamanca y el Seminario de Estudios Políticos sobre Latinoamérica (SEPLA) de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid. El Nº 20 está dedicado al tema de los Derechos Humanos en América Latina con motivo del 50 aniversario de su Declaración Universal. En la «Introducción» a este número se deja constancia de que «Los artículos que aquí se presentan muestran que en América Latina, en muchas ocasiones, no se respetan en su integridad esos derechos». Directores: Manuel Alcántara y Esther del Campo. Dirección: San Pablo, 26; 37001-Salamanca.

■ **ANALES DE LA LITERATURA HISPANOAMERICANA** (Nº 27 - 1998, pp. 340). Revista periódica anual del Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense. El presente número contiene una serie de monografías dedicadas fundamentalmente al cuento criollista. Entre éstas se incluye «Onelio Jorge Cardoso y el cuento criollista cubano», de la

profesora Denia García Ronda, en la que se analiza con mucho rigor académico la obra cuentística de Cardoso. El número cierra con tres excelentes poemas de Efraín Rodríguez Santana.

■ **ARTE CUBANO** (Nº 2/1998, pp. 98). Publicación trimestral del sello ARTECUBANO EDICIONES, del Consejo Nacional de las Artes Plásticas, Ministerio de Cultura, Cuba. Se trata de una excelente revista cubana que se comercializa sólo en divisa norteamericana. Tanto el diseño, la presentación, la calidad del papel y la impresión, así como los textos que publica, son el producto de un trabajo cuidadosamente elaborado que permite acceder con agrado a una panorámica actualizada de las Artes Visuales en la Isla. El presente número incluye «Contrapunto de Carreño: Los años cubanos», de Ramón Vázquez, en el que se analiza con agudeza la obra de ese pintor. Directora: Margarita Ruiz. Dirección: Avenida Tercera, entre 12 y 14, Playa, Ciudad de La Habana.

■ **BOLETÍN DE LA ACADEMIA IBEROAMERICANA DE POESÍA CAPÍTULO DE NUEVA YORK** (Vol. 1, Nº 3, diciembre 1998, pp. 6). Con este número se reanuda la salida de este *Boletín* dedicado a informar sobre poetas contemporáneos. La presente edición se ocupa del poeta cubano Rafael Bordao, de cuyos poemas afirma Gerardo Piña que «nacieron del desgarrón del exilio, de la forzada ausencia de su patria, inmensa en un paréntesis de arena». Dirección: Teachers College, Columbia Univ. 525 West 120th St. Box 183 New York, NY 10027.

■ **EL CAIMÁN BARBUDO** (Edición 287, pp. 32). Publicación que se presenta como Revista Cultural de la Juventud Cubana. El presente número contiene un magnífico trabajo de Rosa Elvia Castro, «El precio de las vacantes», en el que ofrece una visión singular del mito de Prometeo y su relación con el artista y el arte. Director: Fernando Rojas. Dirección: Prado 553, entre Tte. Rey y Dragones, La Habana.

■ **CARTA LÍRICA** (Año IV Nº II, pp. 28). Número que rinde homenaje a Vicente Raúl García Huerta, pintor y escritor cubano. Se publican poemas de autores cubanos y de otros países y continentes y los ejemplares se distribuyen gratuitamente en medios univer-



sitarios de Hispanoamérica, España y Estados Unidos. Director: Francisco Henríquez. Dirección: 130 N.W. 189 th St. Miami, FL 33169-USA.

■ CASA DE LAS AMÉRICAS (Nº 212 julio-septiembre 1998, pp. 176). Del presente número se debe destacar «El canon y la escritura en Latinoamérica», de Iris M. Zavala, que toca algunos aspectos cruciales de la literatura en nuestro continente. Director: Roberto Fernández Retamar. Dirección: 3a. y G, El Vedado, La Habana 10400, Cuba.

■ CORREO (Año 4 / cuarto trimestre 1998 y Año 5 / primer trimestre 1999, pp. 64 c/u). Revista de la emigración cubana. Publicación trimestral adscrita a la Dirección de Asuntos Consulares y de Cubanos Residentes en el Exterior del Ministerio de Relaciones Exteriores. República de Cuba. Muy poco, por no decir nada, se sabe de la realidad cubana después de leer estos números de *Correo*. La vida real de la sociedad cubana brilla por su ausencia en todas sus páginas para ser sustituida por una visión amable, graciosa y hasta *light* de ese cotidiano existir que se ha vuelto tan árido y en ocasiones angustioso. Consejo de dirección: José R. Cabañas, Jacinto Granda y Félix Albisu. Dirección: Calle 21 Nº 406 Vedado, La Habana.

■ CUADERNOS IBEROAMERICANOS (Nº 582 diciembre 1998, 583 enero 1999, 584 febrero 1999 y 585 marzo 1999, pp. 156 c/u). Vale la pena destacar, en el Nº 582, el trabajo de Juan Gustavo Cobo Borda acerca de la relación que existe en Colombia entre cultura y violencia; el texto aporta información poco manejada en los medios y que viene a desmentir el tópico de que Colombia es un país sólo de narcotraficantes y cuatrerros. La entrevista al novelista argentino Abel Posse que aparece en el Nº 584 ofrece puntos de vista muy particulares y atractivos acerca de la novela histórica. El Nº 585, por su parte, incluye un dossier dedicado al centenario de Borges que contiene el texto de las conversaciones que en 1982 sostuvo Reina Roffé, en Chicago una y en Nueva York la otra, con el autor del *Aleph*. Vale la pena escuchar a Borges. Director: Blas Matamoro. Dirección: Av. Reyes Católicos, 4; 28040-Madrid.

■ CUBA BUSINESS (Vol. 12 Nº 6 December 1998 y Vol. 13 Nº 1 Jan-Feb 1999, pp. 8 c/u). Boletín independiente publicado en Londres. Se ocupa de analizar los aspectos más notables del mundo de las empresas y los negocios en Cuba. Editor Jefe: Gareth Jenkins. Dirección: 254-258 Goswell Road, London EC1V 7EB.

■ ECONOMÍA EXTERIOR (Nº 8 Primavera 1999, pp. 142). Revista española de Política Exterior. El presente número está dedicado íntegramente a Cuba y a las relaciones cubano-españolas. Acerca de estas relaciones incluye un texto de Juan Arenas en el que se afirma que «el reto para todos es conseguir que cuando, en un período más o menos próximo, Cuba vuelva a integrarse en su entorno económico natural, los intereses comerciales españoles mantengan, con un peso relativo lógicamente inferior al actual, su capacidad de ocupar un lugar en la economía cubana del futuro». Editores: Darío Valcárcel y Enrique Fanjul. Dirección: Padilla 6; 28006-Madrid.

■ ENFOQUE (Nº 64, pp. 42). Boletín de la Arquidiócesis de Camagüey. Este número rinde homenaje al 50 aniversario de la Declaración Universal de los Derechos Humanos y publica, íntegros, los treinta artículos de ese texto cuyo conocimiento y aplicación tanta falta hace en Cuba. Puede leerse también «El Cristo crucificado de Unamuno», breve ensayo de Roberto Méndez Martínez, en el que se pregunta si fue Unamuno un escritor cristiano y aventura una respuesta a través del análisis del poema «El Cristo de Velázquez». Asesor: P. Álvaro Beyra Luarca. Dirección: Plaza de los Trabajadores 4, apartado 72, Camagüey C.P. 70100.

■ ESPACIOS (Nº 1 Primer trimestre 1999, pp. 54). Publicación trimestral del Equipo Promotor para la Participación Social del Laico (EPAS), de la Arquidiócesis de La Habana. Son tan variados los asuntos que aborda esta revista que van desde comentarios sobre un grupo de rock hasta la enjundiosa ponencia de Orlando Márquez Hidalgo, «El futuro nos desafía a todos», en la que se proponen algunas tesis sobre el papel de la Iglesia en el presente cubano y en su futuro poscastrista. En estas páginas se habla también de los Beatles, de la vejez, de la revolución haitiana y de otra gran variedad de temas de interés.

Director: Eduardo Mesa. Dirección: Casa Lical, Teniente Rey entre Bernaza y Villegas, La Habana.

■ FRAGUA (Nº 1, 2 y 3 de enero, febrero y marzo de 1999, pp. 6 c/u). Publicación de ex prisioneros y combatientes políticos cubanos. Estos boletines tienen el propósito de realizar un activismo político mediante la divulgación de noticias breves acerca de la crisis cubana, así como de denuncias de algunas de las violaciones más graves de los derechos humanos cometidas por el régimen de Fidel Castro. Incluyen también algún artículo de opinión, algo más extenso, firmado siempre por Rolando Borges. Dirección: P.O.Box 520562, Miami FL 33152, USA.

■ LA GACETA DE CUBA (Nº 5, septiembre-octubre de 1998, pp. 64). Publicación bimestral de la Unión de Escritores y artistas de Cuba. Lo más notable de cada nueva entrega de esta revista es verificar cómo va adquiriendo una línea propia que se inserta en el panorama cultural del mundo contemporáneo, que no es decir poco. La inclusión de textos de Omar Pérez, Emilio Ichikawa, Antonio José Ponte y algunos otros, evidencia una voluntad de que en Cuba el quehacer literario sea rescatado. Director: Norberto Codina. Dirección: Calle 17 N° 354 e/G y H, El Vedado, La Habana.

■ EL HERALDO CUBANO (Nº 35, diciembre 1998 y Nº 1, 1999 enero-febrero, pp. 18 c/u). Publicación de exiliados cubanos en Suecia. La península escandinava está demasiado lejos del Caribe y es muy fría. Quizá ésa sea una de las razones que han incitado a la numerosa comunidad de cubanos absurdamente desplazados hasta esas latitudes a crear esta revista. Es un medio de mantenerse en contacto con Cuba, de reconocerse a sí mismos y de denunciar la estupidez y el despotismo que los ha lanzado tan lejos. Director: Francisco Díez González.

■ LETRA INTERNACIONAL (Nº 60, enero-febrero 1999, pp. 80). Revista miembro de la Asociación de Revistas Culturales de España, dedicada en este número al «siglo de Borges». Incluye una «conferencia recobrada», que sobre el Quijote fue pronunciada en inglés por Borges en 1968, en la Universidad de Texas, Austin. La traducción es la primera que se hace al castellano. También hay textos de María Kodama y de Jaime Siles,

entre otros. Directores: Salvador Clotas y Antonin J. Liehm. Dirección: Monte Esquinza 30, 2º Dcha. 28010-Madrid.

■ LEVIATÁN (Nº 71, invierno 1998, pp. 128). Revista de hechos e ideas, editada por la Fundación Pablo Iglesias. Contiene un texto de Joan Subirats, «La izquierda y los retos actuales de la gestión pública», en el que se aborda con lucidez esa especie de entelequia de nuestros días de las izquierdas y las derechas. Directora: Amelia Valcárcel. Dirección: Monte Esquinza 30; 28010- Madrid.

■ NEW LEFT REVIEW (Nº 232 Nov.-Dec. 1998 y 233 Jan.-Feb. 1999, pp. 160 c/u). Revista bimensual inglesa en la que se analizan temas políticos contemporáneos. El Nº 233 contiene una enjundiosa correspondencia entre Theodor Adorno y Herbert Marcuse que ilustra, como sólo puede conseguirlo el lenguaje epistolar, zonas del pensamiento de ambas personalidades. Editor: Robin Blackburn. Dirección: 6 Meard Street, London W1V 3HR.

■ NUEVA PRENSA CUBANA (enero 1999, pp. 24). Publicación mensual editada por New Press Corp. Los artículos aparecidos en este número prestan especial atención a la censura y represión castrista a toda forma de libertad expresiva. Ya desde el Editorial se citan las palabras de Octavio Paz: «Un pueblo sin poesía es un pueblo sin alma, una nación sin crítica es una nación ciega». Se comenta ampliamente una entrevista que *La Gaceta* de la UNEAC le hiciera al escritor peruano Mario Vargas Llosa, en la que el novelista afirma que sólo viajaría a la Isla si le permiten decir allí todo lo que piensa. Directora: Nancy Pérez Crespo. Dirección: 2660 Douglas Road, Suite 407, Miami, FL 33133 USA.

■ OLLANTAY (Vol. V, Nº 2 y Vol. VI, Nº 10, pp. 196 y 166, respectivamente). Revista de teatro que se publica dos veces al año. El Nº 10 contiene la versión al inglés de la obra de José Triana *Medea en el espejo*, además de una entrevista al dramaturgo y una serie de textos relacionados con la obra. Editor: Pedro R. Monge-Rafuls. Dirección: P.O. Box 720449, Jackson Heights, NY 11372-0449 USA.

■ OPUS HABANA (Nº 3/98, pp. 68). Publicación de la Oficina del Historiador de la Ciudad. Revista de excelente presentación y cuidadoso diseño. Incluye un hermoso reportaje

fotográfico, realizado en blanco y negro y con alto contraste, sobre los diferentes oficios rescatados para la restauración de la Habana Vieja. También las imágenes y el texto sobre la restauración de la iglesia de Reina tienen un atractivo especial. Director: Eusebio Leal. Dirección: Oficios 6 (altos), esquina a Obispo, Plaza de Armas, Habana Vieja.

■ PALABRA NUEVA (Nº 71, 72 y 73, pp. 44 c/u). Publicación del Departamento de Medios de Comunicación Social de la Arquidiócesis de La Habana. El Nº 71, al igual que otras tantas publicaciones no oficiales de la Isla, celebra el 50 aniversario de la Declaración de los Derechos Humanos. El Nº 72, por su parte, festeja los 20 años de ordenación Episcopal del Cardenal Jaime Ortega Alamino. En el Nº 73 se puede leer «Envilecimiento de la comunicación», comentario de Mons. Carlos Manuel de Céspedes, en el que aborda con erudición y humor el controvertido asunto del desbordamiento contemporáneo de los medios de comunicación. Director: Orlando Márquez. Dirección: Habana Nº 152 esq. A Chacón, La Habana Vieja, C.P. 10100.

■ PAPELES DEL NUEVO MUNDO (Nº 7 octubre-noviembre 1998, pp. 28). Gaceta Cultural de la Universidad Nuevo Mundo. Una vez más esta publicación de aspecto modesto demuestra su legítima vocación de universalidad y acoge textos de primera línea. Se le rinde homenaje a José Saramago y con él a la lengua portuguesa; se leen palabras de Javier Marías; se analiza el realismo mágico de García Márquez. El número tiene añadido, además, un importante Estudio sobre la posuniversalidad, del Profesor Gustavo Figueroa. Edición y redacción: Carlos Olivares Baró. Dirección: Apartado Postal 113-022 Correo Portales 03301 México D.F.

■ LA RAMBLA CUBANA (Nº 11 y 12 1998, pp. 32 y 42, respectivamente). Órgano mensual de divulgación de los lazos históricos y culturales entre Cataluña y Cuba. Elaboración conjunta entre la Cátedra de Cultura Catalana «Mariá Cubí i Soler», del Instituto de Literatura y Lingüística de La Habana, y Rogés Llibres, de Mataró. El Nº 12 publica «Fernando Ortiz y los países catalanes», un estudio breve pero muy detallado de la estancia del maestro en Ciudadella de Menor-

ca y de su primer libro publicado cuando sólo contaba catorce años de edad, «Principi i Postres», resultado de sus observaciones de las tradiciones menorquinas. Director: Jorge Domingo. Dirección: Ave. Salvador Allende Nº 710, entre Soledad y Castillejo, Centro Habana, Cuba.

■ REVISTA HISPANO-CUBANA (Nº 3 / 1999, pp. 240). Publicación de la Fundación Hispano-Cubana. El presente número continúa en la línea de ofrecerle a la prensa independiente cubana el espacio natural de que carece. Pero, además, amplía la inclusión de artículos y ensayos, así como poesía y relatos breves. En la sección «textos y documentos» se publican, bajo el título general de «Mi viaje a La Habana», las palabras del Ministro Español de Asuntos Exteriores, pronunciadas en el Aula Magna de la Universidad de La Habana y en el Congreso de los Diputados de Madrid, en el pasado mes de noviembre. En La Habana, el señor Ministro expresó que «El mundo ha cambiado enormemente en los últimos decenios y no es posible seguir anclado en una realidad y en un contexto internacional que han desaparecido». Director: Guillermo Gortázar. Dirección: Orfila, 8 - 1ªA; 28010-Madrid.

■ REVOLUCIÓN Y CULTURA (Nº 3/98, pp. 70). Publicación cultural cubana, impresa en Colombia y financiada por el FONCE. Publica un excelente artículo sobre la importancia de Octavio Paz y su obra: «El lector del mundo», de Rafael Acosta de Arriba. Este trabajo, cuya lectura recomendamos, concluye con una frase del propio Paz que no podría resultar más certera y oportuna: «Lo que separa la Historia lo une la poesía». Directora: Luisa Campuzano. Dirección: Calle 4 Nº 205, e/Línea y 11, El Vedado, Plaza de la Revolución.

■ TEMAS (Nº 11 y 12-13 / 1998, pp. 152 y 228, respectivamente). Revista trimestral que aborda temas relacionados con la cultura, la ideología y la sociedad. El Nº 12-13, en su sección de «Controversias» incluye la discusión sostenida entre un grupo de jóvenes artistas, críticos y especialistas, en torno a cuestiones tan relevantes y debatidas callejaramente como el papel desempeñado por el mercado en la obra de los creadores más recientes, qué elementos novedosos han apor-

tado éstos, qué función ha desempeñado el Museo de Bellas Artes, etc. Director: Rafael Hernández. Dirección: Calle 15 N° 602, esq. a C, Vedado, Ciudad de La Habana, Cuba C.P. 10400.

■ VENTANA EUROPEA (N° 37, febrero 1999, pp. 32). Revista Internacional de Información y Opinión. Número editado con la colaboración del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales de España. El problema de los inmigrantes «sin papeles» viene resultando desde hace años dramático y de difícil solución, tanto para los gobiernos de los países a donde van a parar estas personas como para ellas mismas. Esta revista da prioridad en sus páginas a este asunto que tantos cubanos también han padecido a causa de una diáspora que parece no tener fin. Se informa de la 24a. Edición de los Premios Imserso, en la que fue premiado el texto «Trabajadores Inmigrantes, Bajo qué condiciones», de Concha Carrasco. También destaca el artículo del misionero Eduardo E. Moreno Álvarez, que concluye hablando de «tantos países que siguen exportando sin cesar emigrantes por el mundo». Director: José Antonio Arzo. Dirección: Claudio Coello, 126 Esc. A-Bajo izq.; 28006-Madrid.

■ VITRAL (N° 28 1998, pp. 88). Revista Sociocultural del Centro Católico de Formación Cívica y Religiosa. Es muy posible que ésta sea la mejor publicación de su tipo entre todas las que se hacen en Cuba. Carece, es evidente, de grandes recursos de diseño, maquetación, impresión, etc., pero la calidad y oportunidad de sus textos es siempre creciente. Este número contiene el discurso pronunciado el 10 de diciembre de 1948 por Guy Pérez de Cisneros, entonces embajador de Cuba en la ONU, al proponer a votación la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Es muy oportuna la publicación de estas palabras, así como el texto introductorio que las acompaña, porque una gran cantidad de cubanos desconoce el papel protagónico que, mucho antes del 1 de enero de 1959, tuvo Cuba en hacer posible esta Declaración. Director: Dagoberto Valdés Hernández. Dirección: Obisepado de Pinar del Río. Calle Máximo Gómez N° 160, entre Ave. Rafael Ferro y Comandante Pinares. Pinar del Río, Cuba.

## Convocatorias

---

### GUIONES DE RADIO

■ Premio «Margarita Xirgú» de teatro radiofónico. Dotado con 500 mil pesetas y la realización de la obra por los Servicios de Producción de Programas Dramáticos de Radio Nacional de España. Los trabajos adoptarán el formato de guión radiofónico dramático con una duración no mayor de 30 minutos ni menor de 25. Originales por quintuplicado. Cierra el 15 de agosto y el fallo se hará público en octubre. Agencia Española de Cooperación Internacional-Radio Exterior de España. Apartado de Correos, 156.202; 28080-Madrid.

■ Premio «Casa de las Ciencias». Dotado por Bayer con un millón de pesetas y prisma de bronce. Tema: ciencias físicas o naturales a nivel divulgativo. Se otorga al mejor programa científico emitido el año anterior en cualquier país del mundo. Cierra el 30 de agosto. Casa de las Ciencias. Parque de Santa Margarita, s/n; 15005-La Coruña.

### INVESTIGACIÓN

■ Premio «Alonso Quintanilla». Un millón de pesetas. Tema: España e Hispanoamérica. Extensión máxima de 200 folios. Cierra el 30 de agosto. Fundación de Cultura. Ayuntamiento de Oviedo. Teatro Campoamor, Calle 19 de julio, s/n 5ª Planta; 33002-Oviedo.

■ Premio «Casa de las Ciencias». Textos inéditos. Dotado con un millón de pesetas en concepto de derechos de autor sobre la primera edición del libro hasta una tirada máxima de 5 mil ejemplares. Tema: Ciencias físicas o naturales, incluidas biografías de científicos e historia de las ciencias. Máximo de 120 páginas en DIN A-4 (220.000 matrices o caracteres). Las obras pueden estar firmadas por el autor o con seudónimo. Cierra el 30 de agosto. Casa de las Ciencias. Parque de Santa Margarita, s/n; 15005-La Coruña.

■ Premio Internacional «Elio Antonio de Nebrija». Dotado con cuatro millones de pesetas, diploma y edición de obra inédita. Investigación realizada por hispanistas extranjeros de ejemplar trayectoria en el campo de las humanidades. Candidaturas a propuesta institucional mediante formulario oficial. Cierra el 15 de septiembre. Servicio de Relaciones

Internacionales Universidad de Salamanca. Patio de Escuelas, 2; 37008-Salamanca.

■ Premio «Tribuna Americana». Un millón de pesetas. Investigación sobre relaciones iberoamericanas. Mínimo de 80 folios. Originales por quintuplicado. Se tendrá en cuenta la referencia a planteamientos de la Cumbre de Guadalajara. Cierra el 31 de octubre. Casa de América, Aula Bolívar. Pº de Recoletos, 2; 28001-Madrid.

#### **INFANTIL Y JUVENIL**

■ «Edebé» de Literatura Infantil. Tres millones de pesetas para el Primer Premio y un millón para el finalista. Además, publicación de las obras galardonadas. Textos para público de entre 7 y 12 años. Cierra el 15 de septiembre. Editorial Edebé. Pg. Sant Joan Bosco, 62; 08017-Barcelona.

■ «Edebé» de Literatura Juvenil. Cuatro millones de pesetas para el Primer Premio y un millón para el finalista. Publicación de ambas obras. Textos para lectores de más de 12 años. Mínimo de 80 páginas y máximo de 120. Cierra el 15 de septiembre. Editorial Edebé. Pas-seig Sant Joan Bosco, 62; 08017-Barcelona.

■ Premio «Apel-Les Mestres» de Literatura Infantil y Juvenil Ilustrada. Dotado con 750 mil pesetas. Una sola persona debe ser autora del texto y dos o más de la parte ilustrada. Cierra el 30 de septiembre. Ediciones Destino. Consell del Cent, 425; 08009-Barcelona.

■ «El Barco de Vapor». Concurso de libro infantil dotado con tres millones de pesetas para el Primer Premio y 300 mil para el finalista. Novela infantil y juvenil con un mínimo de 50 folios. Cada concursante puede enviar cuantos originales desee. Cierra el 30 de octubre. Fundación Santa María. Doctor Esquerdo, 125 -3º; 28007-Madrid.

■ «Gran Angula». Concurso de libro juvenil. Dos millones de pesetas para el Primer Premio y 400 mil para el segundo. Novela con una extensión mínima de 100 folios. Se pueden enviar cuantos originales se desee. Cierra el 30 de octubre. Fundación Santa María. Doctor Esquerdo, 125-3º; 28007-Madrid.

#### **NOVELA**

■ Premio «Alfonso XIII». Dotado con siete millones de pesetas. La novela ganadora será publicada por Ediciones B. Originales

por duplicado. Se acompañará certificado sobre la falta de compromiso de los derechos de la obra y la no presentación simultánea a otro concurso. Cierra el 30 de junio y el fallo se dará en el mes de noviembre. Extensión mínima de 200 páginas. Fundación Rey Alfonso XIII, Madrileña de Archivos S.A. Mauro, 6; 28002-Madrid.

■ Premio «Felipe Trigo» de novela. Tres millones de pesetas y publicación de la obra. Mínimo de 150 folios y máximo de 300. Originales por cuadruplicado. Cierra el 30 de junio. Ayuntamiento de Villanueva de la Serena, Concejalía de Cultura. 06700-Villanueva de la Serena.

■ Premio «Planeta» de novela. Dotado con 62 millones de pesetas, divididas en un Primer Premio de 50 millones y un accésit de doce. Extensión máxima de 200 folios. Originales por duplicado junto con certificación que garantice los derechos de publicación. Las obras podrán ir firmadas o con seudónimo. Cierra el 30 de junio. Editorial Planeta. Córcega, 273-279; 08008-Barcelona.

■ Premio «Café Gijón» de novela. Dos millones de pesetas a cuenta de los derechos de autor y edición de la obra por la Caja de Asturias. Podrá presentarse más de un trabajo por autor. Las obras podrán ir firmadas o con seudónimo. Extensión mínima de 200 folios y máxima de 300. Cierra el 17 de agosto y el fallo se producirá en diciembre. Fundación Municipal de Cultura, Educación y Universidad Popular del Ayuntamiento de Gijón. Jovellanos, 21; 33206-Gijón.

■ Premio «Herralde» de novela. Dos millones de pesetas. Cierra el 15 de julio. Editorial Anagrama. Pedro de la Creu, 58; 08034-Barcelona.

■ Premio «Mario Vargas Llosa» de novela. Un millón de pesetas. Cierra el 31 de julio y el fallo se dará a conocer en noviembre. Caja de Ahorros del Mediterráneo. Salcillo, 5; 30001-Murcia.

■ Premio «Alba / Prensa Canaria». Dotado con 3 millones de pesetas y publicación del libro por Alba Editorial. Extensión mínima de 150 folios. Originales por quintuplicado. Cierra el 15 de agosto. Periódico *La Provincia*. Alcalde Ramírez Bethancourt, 8; 35003-Las Palmas de Gran Canaria.

■ Premio «Ciudad de Salamanca» de novela. 5 millones de pesetas. Extensión mínima de

200 páginas. Cierra el 1 de septiembre. Ayuntamiento de Salamanca, Departamento de Cultura. Plaza Mayor, 1; 37002-Salamanca.

■ Premio «Alfaguara» de novela. Dotación de 175 mil dólares, una escultura conmemorativa y la edición de la obra en 16 países. Extensión mínima de 250 páginas. Se agradece la inclusión de disquete en formato PC. Los originales podrán enviarse a cualquiera de las sedes de Alfaguara en América o España. El fallo se hará público en febrero. Cierra el 30 de noviembre. Las obras podrán ir firmadas o con seudónimo. Editorial Alfaguara. Torrelaguna, 60; 28043-Madrid.

#### **NARRATIVA**

■ Premio «Torrente Ballester». Dotado con tres millones de pesetas. Pueden presentarse novelas, relatos o conjuntos de relatos. Originales por duplicado. Los datos del autor deben de ir en una plica cerrada identificada con un lema. Cierra el 1 de julio. Diputación Provincial de La Coruña. Avda. Alférez Provisional, s/n; 15006-La Coruña.

■ Certamen Internacional «Tomás Fermín de Arteta». 600 mil pesetas. Originales por quintuplicado. Mínimo dos folios y máximo 6. Cierra el 18 de julio. Grupo de Cultura Bilaketa de Aoiz. Francisco Yndurain, 12-1°; 32430-Aoiz.

#### **RELATO Y CUENTO**

■ Premio «Felipe Trigo» de relato. Dotado con un millón de pesetas. Mínimo de 40 folios y máximo de 75 en papel DIN A-4 (80 gr. mínimo). Originales por cuadruplicado, encuadernados o cosidos. Cierra el 30 de junio. Ayuntamiento de Villanueva de la Serena, Concejalía de Cultura 06700-Villanueva de la Serena.

■ Premio «Caja España» de libros de cuentos. Un millón de pesetas en un premio único e indivisible. Se podrá presentar una sola obra con un mínimo de 100 folios y dos cuentos. Cierra el 31 de julio. Caja España. Obra Cultural. Plaza de España, 13; 47001-Valladolid.

■ Premio «Demetrio Cañizares». 150 mil pesetas para el primer premio y un accésit de 75 mil. Extensión máxima de 10 folios. Cierra el 31 de julio. Asociación Cultural Unión Federal de Policía. Plaza de Carabanchel, 5; 28025-Madrid.

■ Certamen Internacional «Miguel de Unamuno». 400 mil pesetas para el primer premio y dos accésit de 100 mil cada uno. Extensión máxima de 10 folios. Originales por duplicado. Cierra el 31 de julio. Caja Duero, Obra Social y Cultural. Plaza de los Bandos, 15-17; 37002-Salamanca.

■ Premio «Juan Rulfo». Dotación de 85 mil francos repartidos en: 30 mil Radio Francia Internacional; 15 mil Casa América Latina; 15 mil Centro Cultural de México; 15 mil El Espectador-Colombia y 10 mil Radio Sarandí-Uruguay. Extensión máxima de 20 folios a razón de 22 líneas por página. Los relatos deberán ir firmados al final y con los datos personales del autor. Se enviará un solo ejemplar. Cierra el 30 de septiembre y el fallo se anunciará en diciembre. Centre Culturel du Mexique. 119, rue Vieille du Temple; 75003 París.

■ Premio «Ciudad de San Sebastián». Dotado con 700 mil pesetas y trofeo. Mínimo de 6 folios y máximo de 20. Se participa por el sistema de plica y se debe acalarar que es «en castellano». Cierra el 31 de octubre. Fundación Kutxa Calle 31 de agosto, 30; 20003-Donostia-San Sebastián.

■ Premio «Julio Cortázar». 300 mil pesetas. Mínimo de 5 folios y máximo de 15. Originales por quintuplicado. Cierra el 31 de octubre. Cátedra de Literatura Hispanoamericana y Caja Murcia. Santo Cristo, s/n; 30001-Murcia.

■ Concurso de Cuento «Museo Cubano». Dotado con un Primer Premio de 500 US dólares, un Segundo Premio de 200 y un Tercer Premio de 100. Tema libre. Puede enviarse un solo cuento, original y escrito en español. Extensión de 5 a 10 folios. Tres copias. Un sobre cerrado que contenga nombre, apellido, dirección y teléfono del autor y cuyo exterior debe aparecer identificado sólo por el título de la obra y un seudónimo; el mismo título y el mismo seudónimo deben de reflejarse en la primera página del cuento enviado. Cierra el 31 de julio. Museo Cubano, P.O. Box 14-4291. Coral Gables, FL 33114-4291 USA.

#### **POESÍA**

■ Premio Internacional «Fundación Loewe». Dos millones y medio de pesetas dividi-

dos en dos millones para el Primer Premio y un accesit de medio millón para un autor menor de 30 años. Ambas obras serán publicadas por la Colección Visor de Poesía. La extensión mínima será de 300 versos. En la plica aparecerá el lema y la edad del concursante si es menor de 30 años. Cierra el 24 de junio. Fundación Loewe. Carrera de San Jerónimo, 15; 28014-Madrid.

■ Justas Poéticas del Camino de Santiago. Consta de un Primer Premio de 100 mil pesetas y cuatro de 25 mil cada uno. El tema es el Camino de Santiago y el mínimo de versos de 75. Cierra el 26 de junio. Asociación del Camino de Santiago. Calle Carremonzón, 2; 34440-Fromista.

■ Premio «José Antonio Torres». 200 mil pesetas y diploma. Originales por cuadruplicado y una extensión mínima de 50 versos. Ilimitado el número de obras a presentar. Cierra el 16 de julio. Ayuntamiento de Tomelloso, Área Municipal de Cultura. Independencia, 32; 13700-Tomelloso.

■ Premio «Ciudad de Melilla». Dotado con dos millones de pesetas y edición de la obra en la Colección Rusadir para el texto ganador. Originales por quintuplicado y con una extensión mínima de 750 versos. Cierra el 15 de agosto. Ayuntamiento de Melilla, Concejalía de Cultura, Educación y Deporte. Plaza de España, 1; 52001-Melilla.

■ Premio «Cálamo» de poesía erótica. Dotado con 50 mil pesetas y edición de la obra, de la que se entregarán 50 ejemplares al autor premiado. Extensión de entre 200 y 300 versos. Cierra el 31 de octubre. Sociedad Cultural Gesto. Dindurra 26 - 1º D; 33202-Gijón.

#### **SIMPOSIO FERNANDO ORTIZ SOBRE LA SOCIEDAD Y LA HISTORIA DE CUBA**

■ La organización Cuba Project, y las instituciones College y Graduate School de Queens y la Universidad de la Ciudad de Nueva York convocan a la presentación de trabajos sobre Fernando Ortiz: vida y legado, relevancia actual de su obra; interpretaciones interdisciplinarias de la historia y la sociedad cubana; valoración de tesis o hipótesis específicas derivadas de su obra (por ejemplo, el papel que desempeñaron el azúcar y el tabaco en la conformación de la sociedad cubana, su identidad cultural y su

música); continuidad y cambio culturales a lo largo del siglo XX. Los trabajos serán publicados en un libro. Enviar título, resumen, y afiliación profesional antes del 15 de diciembre de 1999. Una descripción completa del simposio y material relacionado estará disponible en Internet próximamente en <http://www.soc.qc.edu/procuba>. Información en: Cuba Project/Ortiz Symposium, Queens College, Kissena Hall 217; 65-30 Kissena Blvd.; Flushing, Nueva York 11367. (e-mail: [font@troll.soc.qc.edu](mailto:font@troll.soc.qc.edu)).

---

### **Becas**

---

■ Cuba Working Group Support / Grupo de Trabajo de Ayuda a Cuba. En colaboración con la Academia de Ciencias de Cuba, el Grupo ha organizado actividades con instituciones académicas en Cuba y los Estados Unidos y ha otorgado una serie de becas para el siguiente tipo de actividades:

1. Mantenimiento de bibliotecas, museos, archivos de información académica al facilitar: a) *a instituciones*: la adquisición/preservación de catálogos y/o el traslado de información a formatos más accesibles, como microfilmes, fotografías, etc.; b) *a los bibliógrafos, archiveros y especialistas en conservación y preservación*: asistencia en técnicas profesionales.

2. Difusión de los trabajos de investigadores cubanos, a través de fondos para reducir costes relacionados con la publicación y/o la traducción de material académico.

3. Fortalecimiento y consolidación de sociedades formadas por instituciones investigadoras de ambos países, a través de fondos dirigidos a un limitado número de proyectos de colaboración particularmente promisorios.

4. Aumento del intercambio de investigadores entre los dos países mediante el otorgamiento de fondos para: a) participación de investigadores cubanos en conferencias internacionales y seminarios fuera de Cuba; b) participación de investigadores norteamericanos, invitados por instituciones cubanas, en conferencias o talleres dentro de Cuba.

Las solicitudes deberán incluir, en la primera página, la siguiente información: nombres y afiliación institucional de los investigadores en cada país; nombre y señas (dirección, teléfono, fax, correo electrónico) del investigador principal; título del proyecto; total de fondos solicitado; duración del proyecto (por ejemplo, del 1 de abril del 2000 al 1 de diciembre del 2000); un informe narrativo (5 a 10 folios) que describa la actividad en la que se emplearán los fondos, campo de investigación, participantes e instituciones propuestas, y capacidad del proyecto para generar una mayor colaboración entre académicos o instituciones cubanas y norteamericanas; un presupuesto del proyecto (1 folio) que incluya información presupuestaria adicional donde se especifique parte de los costes asumidos por otras fuentes; breve CV de los colaboradores principales en el proyecto y/o de los individuos a los que se asignarán los fondos; resúmenes de trabajos que el solicitante presentará en las conferencias para las que requiere los fondos.

No existen niveles fijos, y el monto de cada beca estará sujeto a las necesidades del proyecto. En general, los fondos no deberán exceder los totales siguientes: viajes: 1.500 dólares por investigador; becas para la ayuda en bibliotecas, museos y archivos: 5.000 dólares; premios a sociedades institucionales: de 10.000 a 20.000 dólares.

Todas las propuestas provenientes de Estados Unidos deberán incluir documentación cubana que pruebe que las actividades reflejan las necesidades de instituciones científicas o académicas de la isla. Las solicitudes de otro tipo de ayuda deberán presentarse en conjunto por instituciones de ambos países. Tendrán preferencia los proyectos que garanticen el fomento de la cooperación institucional y los vínculos profesionales entre investigadores cubanos y norteamericanos. Sólo se aceptará una solicitud por institución.

Los fondos serán entregados al recibirse las licencias adecuadas y los permisos de viaje de los gobiernos de Cuba, Estados Unidos y terceros países relacionados. Las becas prestarán ayuda en costes por concepto de viajes, alojamiento y comidas de los partici-

pantes, de compra o alquiler de equipamiento esencial, libros y material, incluyendo programas de ordenador.

Las solicitudes se aceptarán en español o inglés, y deberán entregarse en SSRC en Nueva York o la Academia de Ciencias en La Habana antes del 1 de julio de 1999. Las decisiones serán notificadas antes del 1 de octubre de 1999.

Las propuestas deberán enviarse a: ACLS /SSRC Working Group on Cuban Social Science Research Council - 810 Seventh Avenue - New York, Ny 10019 USA - Tel (212) 377-2700 - Fax (212) 377-2727 - Web: <http://www.acls.org/pro-cuba-htm> - E-mail: [cuba@ssrc.org](mailto:cuba@ssrc.org) o ACADEMIA DE CIENCIAS DE CUBA - Capitolio - La Habana, 12400 - Cuba - Tel (53-7) 57-0599 - Fax (53-7) 33-8054 - Web: <http://www2.ceniai.inf.cu/acc/ACADEMIA.HTM> - E-mail: [acc@cenai.inf.cu](mailto:acc@cenai.inf.cu)

.....

### ***Proyecto Memoria de la postguerra***

---

SE BUSCAN ARTISTAS PLÁSTICOS, DE LAS ARTES ESCÉNICAS, ESCRITORES, DRAMATURGOS, CINEASTAS, MÚSICOS, BAILARINES, CRÍTICOS, PERSONAS EN GENERAL QUE PARTICIPEN DENTRO DE CUALQUIER MANIFESTACIÓN DEL ARTE Y LA CULTURA CUBANA

que tengan interés en colaborar con obras escritas, imágenes o acciones en el proyecto MEMORIA DE LA POSTGUERRA (tercera edición) con el tema «La Reconciliación», como uno de los posibles acercamientos a un futuro cubano, a cómo vamos a acomodar nuestras ideas de la cultura al lado de otras e integrar todas las partes que somos, desde todos los lugares en que estamos.

MEMORIA DE LA POSTGUERRA es una obra que surgió en 1993 en La Habana, en un formato de periódico (que jugaba con la ilusión de ser real), con la intención de crear un espacio para compartir el testimonio dentro del mundo de las artes plásticas en Cuba.

Los temas de los dos números anteriores fueron: En el primero: la postguerra como



metáfora de las condiciones en las que se encontraba el arte después de los acontecimientos de la llamada generación de los ochenta; en el segundo: la emigración, ese elemento que nos estaba afectando a todos de alguna manera.

Esta edición va a mantener la idea de ser un espacio testimonial, y como parte final del proyecto MEMORIA DE LA POSTGUERRA va a buscar la coexistencia de todas las manifestaciones del arte en un mismo espacio de reflexión y diálogo sobre la realidad cultural cubana en estos momentos.

Este proyecto se pudiera convertir en un espacio también para encontrarse de nuevo, en muchos casos, con viejos conocidos que no se sabe ya dónde están o qué piensan, buscar el canal de conexión entre las islas en las que estamos cada uno de nosotros.

El evento se hará primeramente en forma de performance en La Habana en 1999. Será documentado en fotografía, video y finalmente quedará como una página Web. (Los que quieran participar o presenciar el performance, si no viven en La Habana, deberán hacer sus propios arreglos de viaje y estancia.)

Los trabajos pueden ser recibidos en forma de disco de computación en sistema DOS TEXT o ASCII; en el caso de las ilustraciones y fotos a través del correo. Videos VHS se deben mandar en sistema NTSC. Para grabaciones, se aceptan CDs y cassettes. Se reciben por igual materiales en inglés. Todos los textos serán traducidos al español. Se prefieren

trabajos realizados especialmente para este proyecto o inéditos. Los materiales podrán ser enviados a TANIA BRUGUERA.

*Desde fuera de Cuba:* 1354 W. Carmen Chicago IL 60640 U.S.

*Desde Cuba:* Calle O # 58 e/ 19 y 21 Edif. Altamira piso 9 apto 96 Vdo. C. Habana 10400 CUBA

Para más información, llame al 773-271 65 65 (EEUU), 32 51 08 o 61 68 55 (Cuba) o escribir al correo electrónico [postguerra@AOL.COM](mailto:postguerra@AOL.COM).

Debido al tiempo en el que está planificada la elaboración y presentación de la obra sería necesario que se confirme la participación lo antes posible.

Por favor, pase esta información a aquellos que puedan estar interesados.

Tania Bruguera es una artista interdisciplinaria que trabaja principalmente instalación y performance. Su obra ha participado en la II Bienal de Johannesburgo (Sudáfrica), XXIII Bienal de Sao Paulo (Brasil), V Bienal de La Habana (Cuba), Museo Boijman van Neuningen (Holanda), Whitechapel Art Gallery (Inglaterra), S.M.A.K. (Bélgica), Centro de Cultura Contemporánea (España), Museo Nacional de Bellas Artes (Cuba), y The School of the Art Institute of Chicago (EEUU), entre otros.

MEMORIA DE LA POSTGUERRA es un proyecto de carácter colectivo que forma parte de la obra de Tania Bruguera como artista. Esta edición de MEMORIA DE LA POSTGUERRA es posible a través de la John Simon Guggenheim Memorial Foundation.



*Sentido de relación (Serie)*. (1994)

# COLABORADORES

- Carlos Alberto Aguilera** (La Habana, 1970). Poeta, ensayista. Su último libro publicado es *Das Kapital* (1997). Co-dirige la revista *Diáspora(s)*. Reside en La Habana.
- Eliseo Alberto** (La Habana, 1951). Su última novela es *Caracol Beach*. Reside en México.
- Rafael Almanza**. Economista y escritor cubano. Premio Razón de Ser. Reside en Camagüey.
- Eliseo Altunaga**. Dramaturgo y escritor cubano. Su última novela publicada es *A medianoche llegan los muertos*. Reside en La Habana.
- Reinaldo Arenas** (Holguín 1943 - Nueva York 1990). Fue uno de los directores de la revista *Mariel*. Su última obra fue el libro de memorias *Antes que anochezca*.
- Jesús Barquet**. Poeta y ensayista. Miembro de la Generación del Mariel. Reside en Estados Unidos.
- Demetrio E. Brisset** (La Habana, 1946). Antropólogo y periodista. Profesor de Comunicación Audiovisual en la Universidad de Málaga.
- Atilio Caballero**. Su última novela publicada es *Naturaleza muerta con abejas*. Reside en La Habana.
- Madeline Cámara**. Ensayista y profesora cubana en San Diego State University, USA.
- Mons. Carlos Manuel de Céspedes**. Sacerdote y escritor cubano. Ha publicado la novela *Érase una vez en La Habana*.
- Cino Colina** (José Antonio) (La Habana, 1948). Periodista, traductor y escritor. Reside en Madrid.
- Marithelma Costa**. Profesora y escritora puertorriqueña residente en Nueva York. Su primera novela es *Era el fin del mundo*.
- Jesús Díaz** (La Habana, 1941). Su última novela es *Dime algo sobre Cuba*. Director de la revista *Encuentro*. Reside en Madrid.
- Manuel Díaz Martínez** (Santa Clara, 1936). Poeta. Dirige la revista *Especulo de paciencia*, de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, ciudad donde reside. Miembro del equipo de redacción de la revista *Encuentro*.
- Eliseo Diego** (La Habana 1920 - México 1994). Poeta. Su antología *La sed de lo perdido* (Ed. Siruela, Madrid y Ed. del Equilibrista, México, 1993) recoge lo más importante de su obra.
- Josefina de Diego** (La Habana, 1951). Economista y escritora. Ha publicado *El reino del abuelo*, 1993. Reside en México.
- Vicente Echerri**. Poeta, narrador y ensayista cubano. Reside en Nueva York.
- Oscar Espinosa Chepe**. Economista cubano. Reside en La Habana.
- Carlos Espinosa Domínguez** (Gisa, 1950). Crítico e investigador literario. Reside en Miami.
- Tony Évora**. Artista plástico y musicólogo cubano. Su último libro es el ensayo *Orígenes de la música cubana*. Reside en Madrid.
- Miguel Fernández** (Sagua la Grande, 1954). Bajo su cuidado editorial ha sido publicado el tabloide *Acento* (Universidad de La Habana). Reside en La Habana.
- Raúl Fernández** (Santiago de Cuba, 1945). Ensayista y profesor de la Universidad de California. Reside en Los Ángeles.
- Luis Manuel García** (La Habana, 1954). Ha publicado, entre otros, el libro de cuentos *Habannecer*. Miembro del equipo de redacción de la revista *Encuentro*. Reside en Sevilla.
- Florencio Gelabert** (La Habana, 1961). Escultor de la llamada «Generación de los 80». Su última exposición es «El sonido del bosque», exhibida en Miami, Panamá, Venezuela y Costa Rica.
- Berta Goldenberg**. Directora de la Escuela de Teatro de Buenos Aires, donde reside.
- Jorge Goldenberg**. Dramaturgo y guionista argentino. Entre sus obras se encuentra *Krinsky*. Reside en Buenos Aires.
- Mario Guillot** (La Habana, 1960). Matemático y escritor cubano. Ha publicado la novela *Familia de patriotas*. Reside en Madrid.
- Emilio Lamo de Espinosa**. Sociólogo español. Director del Instituto Universitario Ortega y Gasset. Su última obra publicada en colaboración es el *Diccionario de Sociología*. Reside en Madrid.
- Roberto Madrigal** (La Habana, 1950). Su último libro publicado es *Voces del silencio*. Dirige Témino Editorial. Reside en Cincinnati.
- Pedro Luis Marqués de Armas**. Poeta. Miembro del *Proyecto Diáspora(s)*. Reside en La Habana.
- Carmelo Mesa-Lago**. Autor de numerosos estudios sobre la evolución de la economía cubana en la etapa revolucionaria. Reside en Miami.
- Julio Miranda** (La Habana 1945 - Mérida, Venezuela, 1998) Escritor y poeta. Entre otros libros publicó la novela *Casa de Cuba*.
- María Montes**. Profesora de literatura en la Facultad de Letras de la Universidad de La Habana (1970-1992). Reside en París.
- Gerardo Mosquera**. Crítico, historiador y escritor

- de arte, actualmente reside en La Habana. Es curador en el New Museum of Contemporary Art en la ciudad de Nueva York.
- Consuelo Naranjo.** Investigadora en el Centro de Estudios Históricos, CSIC, Madrid.
- Iván de la Nuez** (La Habana, 1964). Miembro del equipo de redacción de la revista *Encuentro*. Ha publicado el volumen de ensayos *La balsa perpetua (Soledad y conexiones de la cultura cubana)*. Reside en Barcelona.
- Joaquín Ordoqui** (La Habana, 1953). Guionista de cine y televisión y crítico literario. Reside en Madrid.
- Enrique Patterson.** Ensayista y profesor cubano. Reside en Miami.
- Carlos Paz.** Profesor e investigador cubano. Su último libro publicado es *La sexualidad en el habla cubana*. Reside en Miami.
- Jorge A. Pomar.** Traductor y ensayista cubano. Reside en Colonia.
- María Pournier.** Traductora y profesora francesa. Fue profesora en la Universidad de La Habana de 1970 a 1979. Actualmente trabaja en la Universidad de París VIII.
- Sergio Ramírez.** Novelista y político; ex Vicepresidente de Nicaragua. Su última novela es *Margarita está linda la mar*. Reside en Managua.
- Raúl Rivero** (Morón, 1945). Poeta y periodista. Ha publicado, entre otros libros, *Firmado en La Habana*. Dirige la agencia de prensa independiente Cuba Press. Reside en La Habana.
- Robier Rodríguez Leyva** (Holguín, 1963). Licenciado en Física y escritor. Ex preso político. Reside en Madrid.
- Rafael Rojas** (La Habana, 1965). Historiador y ensayista. Su último libro es *Isla sin fin*. Miembro del equipo de redacción de la revista *Encuentro*. Reside en Ciudad de México.
- Enrico Mario Santí.** Escritor y profesor universitario cubano. Su último libro es *Por una politeratura: literatura hispanoamericana e imaginación política*. Reside en Estados Unidos.
- Pierre Schöri.** Viceministro de Relaciones Exteriores, Ministro de Cooperación Internacional, Migración y Política de Asilo en Suecia. Fue uno de los más íntimos colaboradores de Olof Palme. Su libro más reciente (junto con Peter Antman) es *Olof Palme, reformista sin fronteras* (Barcelona, 1997).
- Rafael Soto Vergés** (Cádiz, 1936). Poeta y crítico de arte y literatura. Su último poemario publicado es *Manual de prodigios* (Premio Ciudad de Valencia 1997).
- Armando Valdés** (La Habana, 1964) Autor del poemario *Libertad del silencio*. Reside en París.
- Enrique José Varona.** Ensayista cubano. Realiza su doctorado en Artes Plásticas en Estrasburgo, donde reside.
- René Vázquez Díaz.** Escritor cubano. Su última novela es *La Isla de Cundeamor*. Trabaja en el Centro Internacional Olof Palme. Reside en Suecia.
- Rafael Zequeira.** Narrador cubano. Miembro del equipo de redacción de la revista *Encuentro*. Reside en Madrid.

---

## D I S T R I B U I D O R E S

---

### Murcia, Albacete

DISTRIBUCIONES ALBA, S.L.  
Avda. San Ginés, 147, Nave D  
30169 San Ginés  
Tel.: (968) 88 44 27

### Valencia, Castellón

ADONAY, S.L.  
Castan Tobeñas, 74  
46018 Valencia  
Tel.: (96) 379 31 51

### Sevilla, Córdoba, Huelva, Cádiz,

#### Ceuta, Campo de Gibraltar

CENTRO ANDALUZ  
DEL LIBRO, S.A.  
Polígono La Chaparrilla,  
parcela 34-36  
41016 Sevilla  
Tel.: (95) 440 63 66  
Fax: (95) 440 25 80

### Granada, Almería, Jaén, Málaga,

CENTRO ANDALUZ DEL LIBRO, S.A.  
Carrión-Los Negros, 19  
29013 Málaga  
Tel.: (95) 225 10 04

### Madrid

CELESTE EDICIONES  
Fernando VI 8, 1º centro  
28004 Madrid  
Tel.: (91) 310 08 96 - 310 05 99  
Fax: (91) 310 04 59  
e-mail: celeste@fedecali.es

### Asturias

DISTRIBUC. CIMADEVILLA  
Polígono Industrial Nave 5  
Roces, 33211 Gijón  
Tel.: (98) 516 79 30

### Cataluña y Baleares

DISTRIBUC. PROLOGO, S.A.  
Mascaró, 35  
08032 Barcelona  
Tel.: (93) 347 25 11

### Canarias

LEMUS DISTRIBUCIONES  
Catedral, 29  
38204 La Laguna  
Tenerife, Canarias  
Tel.: (922) 25 32 44

---

## E X P O R T A D O R E S

---

### PUVILL LIBROS, S.A.

Estany, 13, Nave D-1  
08038 Barcelona  
Tels.: (93) 298 89 60  
Fax: (93) 298 89 61

### CELESA

Moratines, 22, 1º B  
28005 Madrid  
Tel.: (91) 517 01 70  
Fax: (91) 517 34 81

EN PRÓXIMOS NÚMEROS

---

## HOMENAJE A CÉSAR LÓPEZ

JESÚS DÍAZ

Palabras para Luisa

JOSÉ KOZER

Dos por uno: vida bilingüe

OTTMAR ETTE

Esperando a Godot. Las citas de  
Manuel Vázquez Montalbán en La Habana

GUSTAVO PÉREZ-FIRMAT

Cuba sí, Cuba no: Querencias de  
la literatura cubano-americana

LOURDES GIL

El doble discurso literario de la extrainsularidad

MARIELA A. GUTIÉRREZ

Dolores Prida: exilio, lengua e identidad

